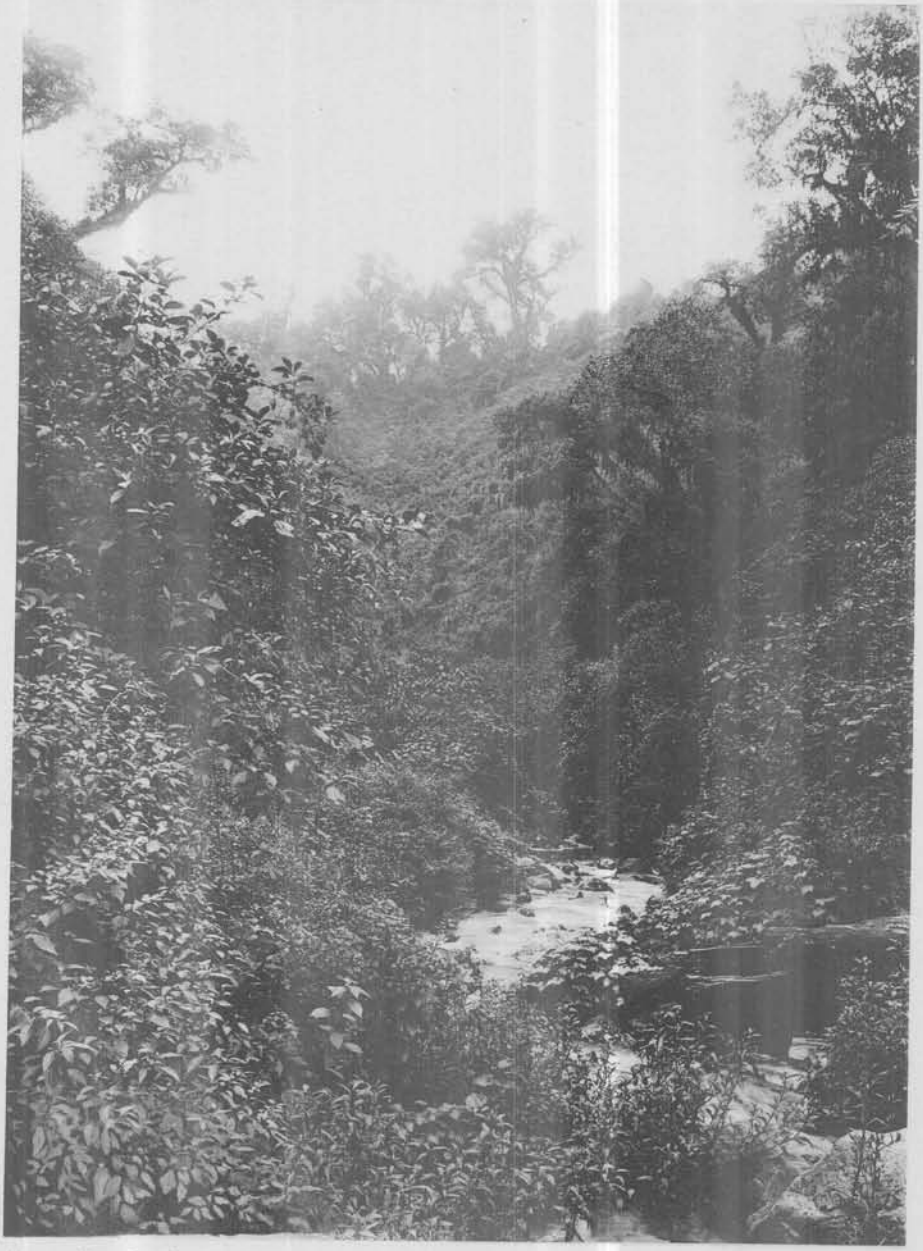


Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch fot.

Quebrada de Monteros (Provincia de Tucumán)

EXPLORACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LAS PROVINCIAS DE TUCUMÁN Y CATAMARCA

POR CARLOS BRUCH
Jefe de sección y profesor en el Museo de La Plata

PRIMERA PARTE

ARQUEOLOGÍA DE LA PROVINCIA DE TUCUMÁN

CAPÍTULO I

TAFÍ

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

El valle de Tafí está comprendido en la ancha depresión que se extiende desde el río Blanco hasta unas cuatro leguas más al sur de la población que le dió su nombre. Sus contornos encierran numerosos cerros y lomas, separados á la vez por quebradas y cañadas laterales: las faldas están cubiertas en parte por bosques de hermosos alisos [1] y queñuas [2], la vegetación arbórea característica de aquellas regiones. El terreno bajo se presenta ligeramente ondulado, bañado por el río que serpentea dentro de un ancho y pedregoso lecho; pero está desprovisto de arboledas, exceptuados los plantíos de las actuales propiedades, entre los cuales, grupos de bellos sauces y árboles frutales dan aspecto alegre al paisaje.

Por otra parte, las precipitaciones atmosféricas, tan frecuentes en toda la región al oeste del encadenamiento del Aconquija, producen siempre abundantes lluvias, manteniendo el suelo fértil, apropiado para la agricultura; y es probable que estas condiciones favorables hayan sido la causa para que el valle de Tafí se poblase desde épocas bastante remotas.

[1] Aliso = *Alnus jorullensis*. Árbol abundante en las montañas arriba de los 1200 metros.

[2] Queñua = *Polylepis racemosa*. Especie característica de las altas regiones; es árbol bajo y torcido, su corteza está formada por gran número de hojas delgadas superpuestas.

Efectivamente, esto se deduce de los abundantes restos prehistóricos y trabajos de piedra que por ahí se encuentran diseminados; y sus tipos característicos ofrecen tal interés que, no obstante haber sido algunos de ellos tratados en anteriores publicaciones [1], deben volver á ser descriptos detalladamente en esta relación de viaje.

Podemos decir que la población antigua de Tafí ha tenido su asiento principal en el extremo sur del valle, en las proximidades del lugar conocido por « El Mollar », precisamente en los campos al este y oeste del río del Rincón, hoy propiedad de los señores Frías Silva y Chenaut. El viajero que recorre el valle citado, percibe fácilmente los vestigios de las obras de piedra que á continuación nos proponemos describir.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Penetrando al valle por el lado norte se observan muchas *pircas* [2], sobre el alto al oeste del río, en el trayecto desde el río Blanco hasta Tafí. Estas *pircas* fueron levantadas con grandes cantos rodados; rara vez exceden de 50 á 80 centímetros de altura, y otro tanto mide su espesor: corresponden á construcciones más ó menos angulares, agrupadas con cierta regularidad, pero muchas veces forman también simples muros largos y bajos, y, en su conjunto, aparentan más bien corrales ó cercos, que ruinas de habitaciones propiamente dicho. Debido á su mala conservación, es difícil probar si existían vanos de entrada á los diferentes recintos.

Como ejemplo, reproducimos (fig. 1) una de estas construcciones que se encuentra sobre « El Lamedero », al norte de Tafí, la cual representa

[1] Juan B. Ambrosetti, *Los monumentos megalíticos del valle de Tafí* (Tucumán) en el *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomo XVIII, páginas 105-114, 1897.

Las primeras noticias sobre estos interesantes restos los debemos al profesor Ambrosetti, quien publicó en el referido *Boletín* sus observaciones recogidas durante una rápida excursión, ocupándose preferentemente de los menhires de Tafí y presentando de ellos diversas figuras.

Samuel A. Lafone Quevedo, *Viaje á los menhires é intihuatana de Tafí y Santa María, en octubre de 1898*, en la *Revista del Museo de La Plata*, tomo XI, páginas 123-128, 1904.

Comunicación en la cual describe (pág. 125-126) el profesor Lafone Quevedo algunos menhires de Tafí, haciendo á la vez algunas observaciones en cuanto á los dibujos de la publicación anterior.

[2] Empleamos también la palabra *pirca*, en boga entre nuestros arqueólogos, comprendiendo con ella las ruinas de habitaciones ó paredes levantadas con piedras superpuestas sin empleo de cemento alguno.

una especie de corral cuadrangular que mide unos 30 metros de costado. En su interior hay un pequeño recinto cuadrado (3 × 3 m.), y algunas paredes bajas forman, con los ángulos sur y noroeste del corral, dos recintos más: el primero pequeño, semicircular y el otro mayor, rectangular, de siete metros de ancho por nueve de largo. Á la pared del costado norte acompaña, paralelamente y á distancia de seis metros, un muro bajo, del cual se destacan dos columnas de piedra dispuestas de tal modo, que quizás hayan servido alguna vez de entrada al corral.



Fig. 1. — Corral de piedras sobre « El Lamedero », al norte de Tafi



Fig. 2. — Columnas de piedras del mismo lugar

Los vestigios que hallamos luego en el Mollar y sus alrededores, ofrecen caracteres especiales y, si bien abundan también pircas más ó menos angulares y circulares, las encontramos allí irregularmente dispuestas y no agrupadas: los recintos son pequeños y las paredes bajas.

En una gran extensión, el suelo está cubierto de piedras de distintos tamaños, dispuestas en series de líneas paralelas (lám. II, fig. 1), de tal manera, que quedan espacios desiguales que varían entre unas decenas de centímetros y algunos metros, formando así un sistema de graderías, aun más pronunciadas en sitios donde el terreno ofrece mayor declive.

Pocas veces se observa en esas filas paralelas, piedras superpuestas, pero las vemos en ocasiones divididas por otras hileras transversales, que dan por resultado una especie de plataformas rectangulares [1].

Alternando con estos extraños alineamientos, encontramos muchas construcciones más ó menos circulares, formadas casi siempre de cantos rodados muy grandes, parados á cierta distancia unos de otros y algo enterrados en el suelo. Estos cercados circulares tienen generalmente dos á cuatro, hasta más de diez metros de diámetro, y muchas veces existe en el interior alguna piedra más larga, clavada (lám. II, fig. 2), que en otros casos es substituída probablemente por ciertos monolitos ó menhires.

§ III

MENHIRES DEL VALLE DE TAFÍ

Las piedras del Mollar. — Los menhires del Mollar ó «piedras paradas» como los llaman los moradores de aquella localidad, constituyen sin duda una especialidad importante en la arqueología de la región. Los encontramos distribuídos en dos grupos, de los cuales uno de doce piedras está sobre la plataforma que se extiende entre el río del Rincón y la estancia del Mollar: el otro grupo, en número igual, se halla del lado oeste del río, como á un kilómetro largo distante del primero. Pocos son los monolitos que aun se conservan enteros y en su posición primitiva; muchos de ellos parecen tronchados y otros yacen sobre el suelo, quizá derribados intencionalmente y acaso transportados de algún otro sitio. Por ahora, sería aventurado si pretendiésemos entrar en consideraciones sobre si su disposición, en aquel curioso conjunto, obedeció en realidad á un plan intencional, ó no: ello es un enigma, como lo es también el verdadero objeto de estos monumentos. Nos limitaremos, pues, á describir las piedras del Mollar tal cual las hemos visto en el año 1908, y agregaremos á más algunas noticias de ciertos ejempla-

[1] AMBROSETTI, J. B., *Los monumentos*, etc., página 106. Hace referencias á estas series alineadas de piedras, que atribuye á obras hechas para cultivos, cuyo objeto fuera despejar el suelo y detener la tierra sobre el terreno, más ó menos inclinado, utilizándolo así para el sembrado.

Obras semejantes, he visto sobre el portezuelo antes de bajar á «Las Carreras», estando de excursión desde el Mollar hasta el Rincón; y, más tarde, en el curso de mi viaje, he podido observar otras, cerca del antiguo pueblo de Quilmes, también en las proximidades del Fuerte Quemado, de Punta Balasto y Ampajango.

La presencia de tales obras en estos últimos lugares, por ejemplo en Quilmes, donde cubren una gran extensión de terreno hoy completamente estéril é inadecuado á los fines aludidos, no se explica satisfactoriamente sino por un cambio en las condiciones climatéricas de la región.

res procedentes de otros lugares, que quizás tengan alguna relación con los primeros.

Gran menhir esculpido. — Aislado de los dos grupos aludidos, yendo de la estancia del Mollar, á 150° rumbo al sur y á unos 900 metros de ésta, se encuentra un gran menhir, ahora derribado, que yace sobre el suelo (lám. III, fig. 2 ; plano, *a*). Representa una columna de piedra mica-

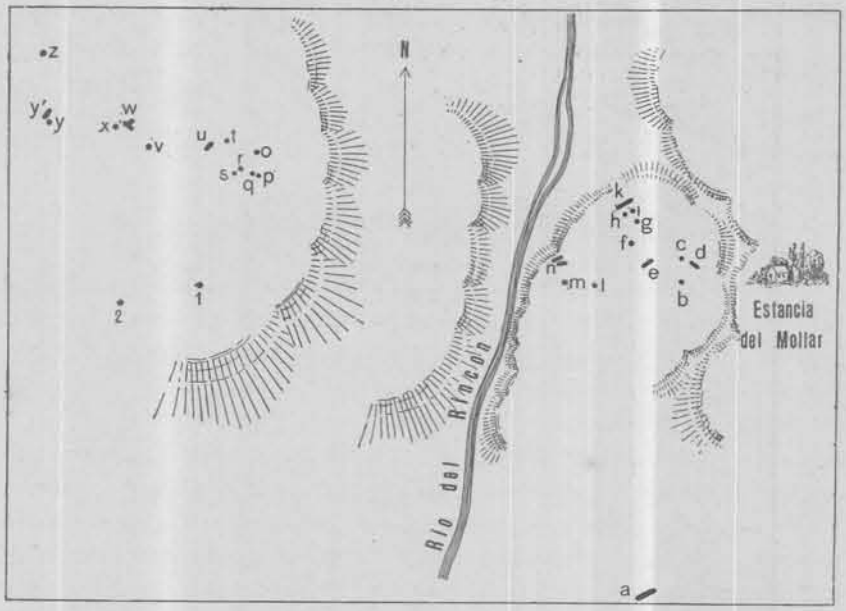


Fig. 3. — Relevamiento topográfico de los menhires del Mollar

esquistosa que mide 3m10 de largo, 60 centímetros de ancho y unos 20 centímetros de grosor, y que en sección transversal afecta una forma elíptica. La escultura que lo adorna, al parecer, ha sido ejecutada á cincel hasta una profundidad de uno á cuatro centímetros, y ocupa de un lado de la columna poco más de dos terceras partes de su superficie. El dibujo es simétrico, constituído por varios elementos, pero como lo demuestra la fotografía (fig. 4), algo confuso en el tercio superior, donde el menhir se halla mutilado [1].

[1] Esta circunstancia y el dibujo defectuoso de Voltmer (AMBROSETTI, J. B., *Los monumentos*, etc., pág. 107, fig. 2), han motivado una interpretación de esta parte del dibujo, muy distinta de aquella á que hemos llegado. Con la reserva que el caso requiere, nos permitimos presentar una reconstrucción (fig. 5), y recordar á la vez la semejanza de ésta con las caras humanas, que han publicado A. Stübel y M. Uhle, plancha 35, en su clásica obra *Die Ruinenstaette von Tiahuanaco*.

En el tercio superior se observa un doble surco semicircular terminal, y dos transversales rectos, que dividen esta parte en tres secciones. En la primera de ellas, un surco semicircular acompaña el borde superior, y en el espacio debajo de éste hay algunos puntos desparramados, apenas perceptibles. En la sección siguiente aparecen borradas dos grandes depresiones, más ó menos angulares, de cuyos ángulos postlaterales arranca una pequeña línea oblicua; otra depresión circular mediana hay debajo de las dos anteriores. El tercer espacio lleva de cada lado tres líneas oblicuas, marcadas desde la segunda ranura transversal, hasta la proximidad del doble surco semicircular, ya referido.



Fig. 5. — Reconstrucción de la cara del menhir



Fig. 4. — Gran menhir esculpido [1] ($^1/_{20}$ del nat. aprox.).

No parece del todo imposible que en las dos depresiones paralelas hubiera habido en un principio algún dibujo semejante á los rectángulos escutiformes, como lo encontramos luego en el menhir *x*, figura 8, y si se confirmara esa opinión, quizá representaría este ornamento, en una forma convencional, alguna de esas caras típicas, como estamos acostumbrados á ver en ciertos monumentos de Tiahuanaco.

La escultura de la parte restante del menhir está constituída por varios elementos, que forman dos figuras principales. Una de ellas consiste de cuatro pares de círculos perfectos, con hoyos profundos, concéntricos é infundibuliformes, unidos por una ranura transversal. La otra está combinada por contornos más ó menos rectangulares con prolongaciones alargadas hacia los lados, de manera que afectan una figura de seudocruces, provistas de un pequeño círculo central, uno con, otro sin punto en su interior, y transformado en un hoyito, en una de estas tres figuras.

[1] Esta fotografía fué sacada del calco conservado en el Museo de La Plata, representa por lo tanto una copia fiel del original.

La ornamentación que ha resultado de esas dos distintas figuras alternadas, es agradable. En el espacio arriba de los primeros círculos gemelos, se observa las líneas basales de otra de esas seudocruces, y los golpes de cincel á la terminación de los círculos inferiores, indican la intención del artista, de repetir otra vez los mismos dibujos.

Grupo de piedras al este del río. — Dejemos ahora nuestro menhir, para seguir rumbo derecho al norte, y encontramos casi frente á la estan-



Fig. 6. — El menhir *k* derribado y las piedras *h* é *i* en pie [1]

cia (286° NO.) el segundo menhir *b*, aun en pie, el cual forma parte de los doce del primer grupo (lám. IV, fig. 1).

Éste, de piedra micaesquistosa, como la mayoría de ellos, está colocado en posición vertical, con las dos caras que miran al norte y sur respectivamente. Su altura es de 2m80 sobre el suelo, y probablemente todavía mayor en su totalidad que la del monolito esculpido, al que iguala en las demás dimensiones, pero no presenta rastros de dibujo alguno.

Conservando la misma dirección, á los 29 metros se tropieza con el menhir *c*, parado, pero tronchado, que tiene á mano derecha y á pocos metros, otro caído, *d*. Luego rumbo opuesto, ó sea directamente al oeste, como á 42 metros del anterior, un gran menhir *e*, yace sobre la

[1] Las pircas que aparecen entre los dos menhires son de construcción actual.

tierra, y casi á igual distancia, unos 50° al noroeste, vemos los restos de otro parado, *f*.

Próximo á este último, se divisa un grupo de cuatro monolitos, que vienen á quedar más ó menos en línea como á 30° al noroeste del primer menhir *b*. De ellos, la piedra *g*, se encuentra aun en pie, pero rota; después, como 18 metros distantes de ella, se elevan dos grandes columnas, *h* é *i*, menos regulares, separadas sólo de 2m30 la una de la otra; siendo además, la última de roca granítica. Á pocos metros de allí y ya cerca del borde de esta gran plataforma, un hermoso menhir *k* (fig. 6), de 3m20 de largo, se halla derribado en tierra; en su superficie se distinguen dos pequeñas cavidades paralelas y algunas impresiones apenas perceptibles.

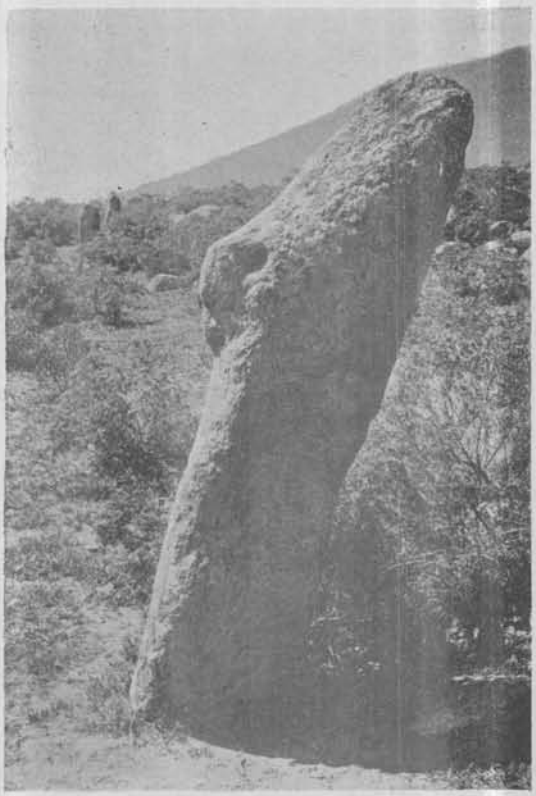


Fig. 7. — El menhir *s*; al fondo é izquierda del mismo los menhires *p* y *q*

Volviendo luego de nuevo al menhir *b*, y tomando rectamente rumbo al oeste, á los 114 metros está la piedra *l*, aun en pie pero quebrada, y de ella, 40 metros, poco más al este hay otra *m*, que es más pequeña y parece haber tenido algún grabado.

Con dificultad hemos podido descubrir entre un pequeño maizal la piedra *n*, también quebrada, bastante enterrada y situada, más ó menos 40° al noroeste, á los 35 metros de la precedente. También en ella, se repiten las pequeñas cavidades en forma de ojos, pero la mala conservación, no permite interpretar con toda seguridad las primitivas esculturas que formaban su ornamentación.

Grupo de piedras al oeste del río. — Como hemos dicho ya antes, un segundo grupo de menhires se encuentra del otro lado del río, ó sea

al noroeste, como á un kilómetro de los recién descriptos. Siguiendo, pues, de la estancia, con rumbo 70° al noroeste, llegamos al menhir *o*, que conserva aún poco menos de un metro de altura.

En dirección al sur y á 23 metros de la piedra *o*, otras cuatro, *p-s*, se suceden casi en línea recta, con dirección al oeste (lám. III, fig. 1); las primeras separadas por espacio de unos dos metros, son de tamaño mayor, gruesas, pero quebradas y más ó menos cuadriláteras, como la anterior. Á los 14 metros está el menhir *r*, delgado, ligeramente inclinado, que lleva además rastros de grabados, hoy casi totalmente borrados; tiene á su lado, más al sudoeste, el menhir *s*, reproducido en nuestro clisé (fig. 7). Su forma afecta la de una columna más ó menos cilíndrica con una protuberancia subangular en su mitad superior, donde aparecen dos cavidades laterales, y un pequeño surco transversal mediano en el borde inferior, los que muy bien pueden representar ojos y boca, si se tratase de hallarle parecido á una cara humana.

Como á los 40 metros y 30° hacia el sur hallamos los restos de un menhir en pie, y siguiendo al oeste otro, *u*, de regulares dimensiones, ahora caído dentro de la zanja por donde corre una acequia; ni uno ni otro presentan especialidad digna de mención; lo mismo diremos de la piedra *v*, que dista de la anterior unos ochenta metros en igual dirección.

El menhir *w* (lám. IV, fig. 3) está á 40 metros, 50° noroeste, del precedente y próximo al rancho que levantó allí Nazario Mamaní. Hoy está casi tumbado y partido por la mitad; midió unos $2^{m}80$ fuera del suelo y era de gruesas dimensiones; tiene forma casi angular, con sus cuatro costados bastante planos.



Fig. 8. — Menhir esculpido *x*, ($^{1}/_{17}$ del nat. aprox.)

Al continuar nuestro recorrido, á siete metros en dirección al ranchito, encontramos un monolito bajo, que apenas sobresalía unos 60 centímetros del suelo y se hallaba rodeado de un círculo de piedras. Después de un examen más prolijo, pudimos convencernos que su extremidad superior estaba intacta y que la escultura del lado norte continuaba sobre la parte enterrada. Ante el nuevo hallazgo, proseguimos la excavación, de suerte que fué posible dibujarlo y sacar en seguida un molde del mismo (fig. 8).

Este menhir es como los anteriores de roca esquistosa, pero de calidad

más dura; tiene también forma de una columna cuadrangular de $2^{m}30$ de largo, $0^{m}36$ de ancho y $0^{m}30$ de espesor: el lado con la escultura es bastante convexo: la labor que lleva, alcanza apenas á unos dos centímetros de profundidad.

El dibujo es simétrico; toda la ornamentación está combinada por líneas transversales y verticales, y por otras meándricas que forman figuras geométricas. En el tercio superior de la piedra se observa un profundo surco transversal y otras líneas que forman dos rectángulos escutiformes, con cavidades ovaladas en el medio. Los dibujos que siguen, representan probablemente un mismo motivo, con algunas modificaciones, pero sus elementos principales serían cuatro pares de meandros paralelos; en el primer par de éstos, la línea terminal é interna de los meandros se junta con la infero-externa, resultando así dos figuras más ó menos rectangulares, separadas por un surco longitudinal mediano. El tercer par de meandros está colocado en sentido inverso al segundo y unido con él por un surco longitudinal, como para formar una sección aparte. Los bordes de estos seudorectángulos son, como en el par anterior, bien redondeados, resultando así esta figura bastante convexa. El dibujo que se repite luego, es más superficial; la piedra en esta parte es más chata; en su tercio inferior, es lisa, y ésta sin duda fué la parte originariamente enterrada [1].

Los tres menhires restantes no ofrecen particularidad alguna; el primero *y*, está tronchado y situado á 90 metros línea recta al oeste del menhir labrado. Ocho metros al norte encontramos otro caído, y por último, siguiendo la misma dirección, á 80 metros distante del anterior, el menhir *z* (lám. IV, fig. 2). Éste es de pequeñas dimensiones, su cúspide es triangular; alrededor de él existe aun intacto un pequeño círculo de piedras.

Quedan todavía por mencionar algunas grandes piedras, que hallamos al sur de los menhires descriptos, de las que una es el gran bloque de granito que representa nuestra fotografía (lám. IV, fig. 4). Es posible que éstas tengan todas el mismo origen, como la escultura del Rincón y demás monumentos megalíticos que citaremos de otros lugares.

La piedra esculpida del Rincón. — En el curso de una conversación con Nazario Mamaní, éste nos habló de una piedra grabada que se halla

[1] Cuando volvimos á colocar de nuevo el menhir en tierra, quedó éste en la misma posición de antes, pero á menos profundidad, dejando la parte esculpida fuera del suelo; no es del todo improbable que en realidad hubiese sido ésta la posición que debió haber ocupado en un principio.

Haremos notar, que al remover la tierra, no hemos encontrado indicio alguno que nos hiciera sospechar una sepultura cualquiera.

en «El Rincón», precisamente en el rancho de un hijo suyo, quien habiéndola encontrado muy cerca del sitio que hoy ocupa, y viendo en este hallazgo un buen agüero, resolvió colocarla dentro de la habitación que estaba por construir. Interesado en conocer al petroglifo, fuímos en la mañana del 4 de febrero, guiados por el mismo Mamaní hasta «El Rincón», lugar situado á dos leguas al este del Mollar. Allí encontramos la piedra mencionada, embutida dentro de la pared en el interior del rancho.

Es una roca granítica, de 1m20 de largo, 60 centímetros de ancho y unos 20 aproximadamente de grueso. Su forma es más ó menos rectangular, enangostada en una extremidad; la superficie es bastante plana: no parece que la piedra hubiese sido labrada intencionalmente.

Los dibujos están formados por anchas líneas cóncavas y hoyitos, grabados hasta un centímetro de profundidad. Nuestra figura 9 reproduce el petroglifo en su posición actual; ignoramos cuál debió ocupar en un principio, pero es casi seguro que debe invertírsele.

En cuanto á su ornamentación, observamos un curioso dibujo en el cual se distingue entonces entre los contornos subtrapezoidales, los ojos y boca esféricos, y la nariz triangular de una cara humana. La parte angosta de la piedra está limitada por un surco transversal y en el extremo opuesto existe un rectángulo alargado, con un hoyo pequeño en cada extremidad, equivalente quizás á algún adorno frontal.



Fig. 9. — Piedra esculpida del Rincón (1/10 del nat. aprox.)

No queremos comprometer opinión alguna sobre el posible significado de esta escultura, que muy bien puede representar algún otro signo convencional y muy diferente de la cara humana, pero lo cierto es que se observa algo muy parecido sobre muchos objetos, especialmente de bronce, que proceden de los valles catamarqueños.

El menhir esculpido del río Blanco. — La última de estas interesantes piezas labradas que nos queda por mencionar, es un menhir que fué hallado en las proximidades del río Blanco, en el perímetro de la estancia

del señor Lucas Zavaleta, quien al darle otra ubicación, lo empleó como poste en la puerta de un corral de piedras, en uno de sus puestos (fig. 10).

Este menhir es de granito; tiene la forma de una gruesa columna cuadrilátera; de frente es chato y labrado, del dorso menos parejo y algo más convexo. Sus medidas son 1m45 de largo, 36 centímetros de ancho y unos 30 de grueso. En cuanto á su escultura, ella es poco profunda : se distinguen dos secciones de dibujos iguales, el uno superpuesto al otro, siendo el superior más borrado, lo que tal vez haya resultado de una intención original.



Fig. 10. — Menhir esculpido de río Blanco (1/14 del nat.)

Si comparamos ahora este dibujo con el de la piedra precedente, notaremos sin duda entre ellos bastante parecido; y puede ser que ambos representen un mismo motivo, más ó menos diferenciado por la omisión de ciertos detalles. También aquí existe un triángulo central, con líneas paralelas que terminan en rectángulos grandes[1].

Algunos datos sobre otros menhires. — Es cosa segura que, en estos mismos parajes existían aun otros menhires más, pues varias personas de allí recuerdan uno ú otro trozos, que hoy se hallan desparramados en el campo, ó que figuran entre las piedras de los corrales, como sucede con frecuencia en la estancia del Mollar.

Por otra parte, podemos mencionar del mismo Tafí diversos fragmentos y un monolito liso, de notables dimensiones, que actualmente sir-

[1] Hemos preferido publicar una fotografía del menhir, pues el dibujo sacado por Voltmer (Ambrosetti, J. B., *Los monumentos*, etc., pág. 111, fig. 11) no está del todo conforme con el original; las líneas de los triángulos parecen mal interpretadas; las dos secciones no son netamente separadas entre sí, y tampoco la terminación superior se halla bastante marcada, para hacer aparecer la piedra como tronchada.

ve de banco en la huerta de « Las Tacanas », propiedad de Lucas Zavaleta; debo también á este señor la noticia de cinco grandes piedras más, que se encuentran en « Carapunco », otra de sus pertenencias próxima á la « Abra del Infiernillo ». Dichas piedras no las hemos visto; ellas son, según el informante, de gran tamaño, sin esculturas, y fueron removidas de sus sitios primitivos, para emplearlas como pilares de una habitación moderna.

Luego en el curso de nuestra expedición, viajando hasta Andaguala, el baqueano Luciano Méndez nos mostró en San José un gran monolito, idéntico á los de Tafí, usado como puente sobre una acequia actual. Á una legua del citado pueblo, sobre el mismo camino á Andaguala, vimos otro de pequeñas dimensiones; cuenta mi acompañante que hacía muchísimos años su padre hizo traer algunos de éstos de los pueblos viejos, sin recordar de cuáles, para demarcar la posesión de su colindante. Si bien tenemos que tomar este dato con alguna reserva, es ya importante señalar la presencia de los monolitos, á pesar de no poder confirmar su verdadera procedencia.

Muy pocas son las noticias que poseemos sobre semejantes restos arqueológicos de otros lugares [1]; sería tanto más de desear que los hombres de hoy los respetasen, absteniéndose de removerlos de sus sitios originarios, conservándoles así el mérito científico que aun puedan tener.

§ IV

MATERIAL ARQUEOLÓGICO

Durante mi permanencia en el valle de Tafí, no me fué posible efectuar excavación alguna; esto no obstante, mis averiguaciones dieron por resultado la compra de una pequeña colección de objetos arqueológicos, de procedencia intachable, de cuyas piezas procederé á describir algunas de las más interesantes.

Objeto de piedra perforado. — Es una piedra esquistosa, al parecer poco labrada, que mide 360 milímetros de largo, 110 de ancho y 60 de

[1] Adán Quiroga encontró cuatro grandes menhires entre la antigua población de Fuerte Quemado. (*Ruinas Calchaquíes. Fuerte Quemado*, en *Anales de la Sociedad científica argentina*, 1901, LII, pág. 242).

También Eric Boman cita en su preciosa obra algunos menhires hallados entre las ruinas del Pucará de la Rinconada. (*Antiquités de la région andine de la République et Désert d'Atacama*. París, 1908, pág. 637).

grueso; estas dimensiones son casi constantes y su sección transversal tiene forma elíptica. Una de las extremidades está ligeramente redondeada, la otra es algo más puntiaguda, y á distancia como de 40 milímetros del borde de aquélla, hay una perforación perfecta, bicónica, que tiene 60 milímetros de diámetro en ambas superficies y 30 milímetros el punto de comunicación, que viene á quedar equidistante de ambos lados.



Fig. 11. — Objeto de piedra perforado. N° 57, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat. aprox.).

Dicho objeto es de uso desconocido; pero es posible que haya servido alguna vez de estaca, por el dato que ha proporcionado el capataz de la estancia del Mollar, quien lo encontró clavado en el suelo cerca del rancho de Mamaní, al oeste del río, de donde lo trajo para usarlo luego como piedra de afilar.

Hacha de piedra. — De roca esquistosa, muy dura, bien trabajada, de superficie bastante lisa. Pertenece al tipo de hachas con cuello incompleto, por tener un lado sólo perfectamente plano y rectilíneo; el otro lado es redondeado. La cabeza es cónica y truncada; el cuello perfectamente excavado, amplio; el cuerpo asimétrico, con el filo bien pronunciado, curvilíneo.



Fig. 12. — Hacha de piedra. N° 53 Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Largo total del hacha, 145 milímetros; ancho, 65; espesor, 45; ancho del surco, 35, y profundidad del cuello, 6 milímetros.

Del tipo de la precedente, tenemos otra hacha (n° 54, Col. M. L. P.), pero groseramente trabajada y mal concluída, notándose todavía los golpes de cincel, sobre todo en el costado plano. La cabeza es más larga, y el cuello más corto, poco excavado y el filo completamente romo; sin duda se trata de una pieza no bien terminada.

Las dos hachas han sido encontradas por los peones de Lucas Zavaleta, en el perímetro de su propiedad « Las Tacanas ».

Mortero de piedra. — De forma subhemisférica, con figura ya antropo, ya zoomórfica, confeccionado en roca diorítica.

La cabeza se desprende de un cuello largo y grueso; la cara es ovalada, separada del cuello por una estrecha ranura; la nariz destacada, pero achatada: los ojos son pequeños hoyos y la boca una simple ranura horizontal. En la parte superior de la frente se destacan dos lóbulos laterales que representan acaso las orejas, ó los arcos superciliares.



Fig. 13. — Mortero de piedra. N° 44, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

La base del mortero es algo achatada y de ella se destacan cuatro mamelones, simétricamente dispuestos en cuadro.

En la parte posterior, un angosto borde ó relieve baja desde el margen superior hasta cerca de la base; quizás con el fin de indicar la cola de este enigmático animal.

El largo total del mortero es de 145 milímetros, el ancho de 102, y su altura de 145. El hoyo es subhemisférico, el borde delgado, su diámetro de 90 y su profundidad de 65 milímetros.

Fué adquirido de una mujer, quien me aseguró haberlo encontrado casualmente en el mismo pueblo de Tafí.



Fig. 14. — Vaso de figura zoomoría. N° 4, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Vaso de figura zoomorfa. — La figura zoomorfa tiene el cuerpo esférico, un poco deprimido para servir de base. En la parte anterior del vaso está la cabeza, de dimensión casi igual á la del cuerpo, con nariz y boca en relieve. De la base de la nariz, muy prominente, se inician las cejas, destacadas y curvilíneas, en las cuales se han hecho escotaduras, unas cerca de otras y con un instrumento ancho pero romo. Los pequeños ojos

situados en los costados, parecen estar formados por unos párpados postizos.

Hacen de pies de este curioso vaso, dos cilindros huecos, sin más de talle. En la parte posterior del cuerpo se nota una pequeña prominencia que indica la raíz de la cola.

El modelado es grosero, bastante tosco, el color es el gris natural del barro, sin pintura, pero con manchas negruzcas, debidas tal vez á la cocción sino al uso.

De la parte superior de la cabeza se desprende el cuello del vaso, con borde más ó menos plegado hacia afuera y del que nace el asa que termina en la nuca de este animal grotesco.

El vaso tiene 130 milímetros de alto, por 150 de largo y el diámetro del cuerpo es de 90 milímetros.

Fué obtenido por compra, de Segundo Ríos Bravo y procede de una sepultura hallada en las inmediaciones del pueblo de Tafí [1].

Escudilla ó «puco» [2] decorado. — De la misma procedencia que el objeto anterior, conseguimos una escudilla ó *puco,* que pertenece al tipo que se describirá más tarde del Fuerte Quemado (ver pág. 61).

Este *puco* es pesado y tosco, tiene forma subhemisférica, la base ligeramente cóncava, que se manifiesta en sentido contrario en el interior. Sus paredes son muy gruesas, las asas grandes, groseras y semicirculares, como en muchos de estos vasos.

Su color es de un rojo subido, sanguíneo; la ornamentación exterior negra, la interior casi completamente borrada. Por fuera, el dibujo que lleva es el serpentiforme usual, pero con la diferencia, que consta de una sola serpiente en forma de S, la cual ocupa las dos mitades del recipiente, separada solamente en una de las asas por dos series de triángulos negros, que convergen hacia la base, y tienen sus vértices contrapuestos. El cuerpo del ofidio presenta las líneas transversales de costumbre, alternadas con otras en sentido longitudinal. Algunos otros detalles de este curioso esquema serpentiforme, que sigue sin solución de continuidad para repetirse en su otra mitad bien pudiera representar una decoración de tipo local.

[1] El objeto tiene mucha semejanza con el vaso publicado por Ambrosetti, en la *Revista del Museo de La Plata,* tomo III, 75, nº 5, pl. V, 1892, el cual procede también de la provincia de Tucumán.

[2] No habiéndose establecido hasta hoy uniformidad en la nomenclatura, conservamos el nombre local *puco,* para las escudillas ó tazas, por habérselo usado casi siempre en los trabajos arqueológicos del país. El profesor Outes en el suyo sobre *Alfarería del noroeste argentino (Anales del Museo de La Plata,* t. I, 2ª serie, 1909), ha substituído el término *puco* por el de *bol.*

El puco en cuestión mide 110 milímetros de alto por 160 de diámetro.

Vaso ó «yuro» [1]. — Este vaso consta de dos cuerpos, uno ventral y otro que es el gollete, formando un conjunto de agradable aspecto.

El cuello es alargado, subcilíndrico, con un labio ligeramente plegado hacia el exterior. Las asas son simétricas en su colocación y están situadas á la altura del diámetro mayor de la parte ventral.

El color del fondo del vaso es bermejo, rojizo en algunas partes, y el de los dibujos, pardo obscuro. Estos están compuestos por guardas, que bajan del labio á la faja negra que divide el vientre en dos. Estas guardas forman á su vez líneas quebradas; del lado derecho dos centrales finas entre dos anchas, probablemente una variante del otro dibujo formado por dos líneas también delgadas, pero rectas, y limitadas por series de triángulos grandes. Entre dichas guardas existe una doble línea central bipenada, que representa tal vez un elemento fitomórfico muy estilizado.

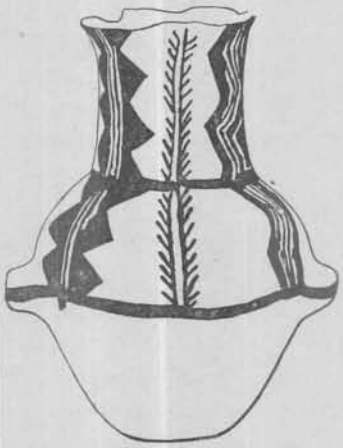


Fig. 15. — Vaso ó *Yuro*. N° 3, Col. M. L. P. ($^{1}/_{3}$ del nat.)

Además, se ve una estrecha faja, que rodea la base del cuello.

Este bonito vaso fué hallado próximo á la estancia del Mollar, en un desmoronamiento de la barranca del este del río, por el capataz de la casa, quien me lo vendió.

Urna con ornamentación antropomorfa. — Para terminar con la enumeración de los objetos de Tafí, réstanos mencionar la urna grande, figura 16, hallada por un peón de la estancia del Mollar, en el derrumbe de un zanjón cerca de la misma casa.

Por su forma y ornamentación pertenece á la misma categoría que todas las urnas típicas de las poblaciones antiguas del valle de Yocavil ó Santa María. Conviene, por lo tanto, tener en cuenta lo que sobre ese particular referiremos al final de los dos capítulos siguientes, en que se describirá una serie de estas urnas.

Como en todas ellas, el color del fondo es también en nuestro ejemplar

[1] Con el mismo criterio, expresado en la nota de la página anterior, usamos el nombre *yuro* para los vasos de garganta ó gollete angosto.

de un amarillo impuro, claro; los dibujos son negros, y la parte roja se distingue por lo rayado en el esquema. Debe interpretarse como una representación antropomorfa, en mérito de los siguientes detalles: una cara humana, que consta de ojos y arcos superciliares con la nariz, y que ocupan, como siempre, el gollete, se destacan en relieve; los brazos con sus manos, las que sostienen un objeto y se hallan como de costumbre, sobre el cuerpo ó vientre de la urna. Estos brazos encierran de cada lado una especie de medallón ó escudo cuadriculado, con algunos de sus cuadros reticulados ó pintados de rojo.



Fig. 16. — Urna con ornamentación antropomorfa N° 2, Col. M. L. P. ($^1/_7$ del nat.)

La ornamentación que cubre el gollete se distingue con toda claridad en nuestra esquema; si la comparamos con la de otras urnas descriptas en los capítulos posteriores, encontramos los mismos símbolos ó figuras, las que á su vez son típicas en toda la alfarería llamada de Santa María. Haremos sólo constar que las dos secciones alternadas del gollete están pintadas de rojo, quedando en el medio un pequeño vacío rectangular del color del fondo, con su correspondiente dibujo; las dos secciones contrapuestas llevan unos escalones irregulares negros con sus grecas, todo lo cual puede verse en la figura 16.

En la porción basal, la urna ostenta una faja escalonada, de color rojo en el medio, y otros complementos, formando todo ello una decoración muy característica y también típica en muchísimas de estas urnas, y otros objetos. Por último, conviene hacer constar que los dibujos del reverso de la urna son iguales á los del anverso.

No quisiéramos aventurarnos á decir que esta urna y los demás objetos que acabamos de describir, correspondan á una industria exclusivamente local; muy posible es, que algunos de ellos hayan sido introducidos de los centros principales de la gran región vecina; pero, en todo caso, quedaría siempre evidenciada la influencia que estos han ejercido sobre la población que ocupó en época lejana el valle de Tafí.



Fig. 1 **Piedras dispuestas en lineas en el campo del Mollar** (Tafí, Prov. de Tucumán)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch fot.

Fig. 2 **Piedras dispuestas en circulos en el campo del Mollar** (Tafí)



Fig. 1 **Piedras paradas aisladas en el campo del Mollar** (Tafí, Prov. de Tucumán)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 2 **Una de las piedras paradas esculpidas del campo del Mollar (Tafí), en su posición actual** (piedra A del plano respectivo)



Fig. 1 Piedra B del plano respectivo



Fig. 2 Piedra Z del plano respectivo



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 3 Piedra W del plano respectivo



Fig. 4 Piedra 1 del plano respectivo

Las piedras paradas del campo del Mollar (Tafí, Provincia de Tucumán)

CAPÍTULO II

QUILMES

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

La región considerada como dominio de los antiguos Quilmes, se halla situada al este de los promontorios de la sierra del mismo nombre, precisamente en la expansión que forma la provincia de Tucumán en su lado noroeste; comprende las tierras al norte del distrito catamarqueño de Fuerte Quemado, juntamente con los de Colalao y Amaicha de la provincia citada. Por consiguiente, Quilmes forma parte de la gran región Diaguita, propiamente dicha, de Calchaquí; y fué, sin duda, el más importante entre los viejos centros de población, que existían entonces al norte del antiguo valle de Yocavil, ahora más conocido con el nombre de Santa María.

Limitado hacia el oeste por la Sierra de Quilmes, y al este por el mismo río que lo separa de la prolongación hacia el norte del Aconquija, llamada Sierra de Santa Bárbara, dicho valle se extiende con toda amplitud río abajo y en línea recta, de sur á norte, desde su comienzo en la terminación de la sierra y Punta de Balasto, hasta la quebrada de Las Conchas, á la altura de Cafayate, lugar donde desemboca también el río que lo riega. El valle referido representa, pues, una importante vía de comunicación, que ha influído transcendentalmente sobre el desarrollo de los viejos centros indígenas, de los cuales vamos á ocuparnos.

La Sierra de Quilmes, continuación de la de Santa María, es de formación muy antigua, y constituye una cadena denudada, de norte á sur, en la precordillera de Catamarca y Salta. Sus cimas y cuestas están entrecortadas por planos de destrucción, que demuestran la poderosa erosión que han sufrido á causa del clima seco, vientos y fuertes llu-

vias de verano; de cuyos efectos resultaron los enormes conos de deyección ó de erosión, que están de manifiesto. Es, pues, una «sierra pampina», en el sentido de Stelzner [1], que se compone en su mayor parte de roca arcaica ó paleozoica (precámbrica?); pero, principalmente, de gneis, micaesquisto y filitas sericíticas.

Todo el vasto territorio, que fué ocupado por los Quilmes, presenta dos regiones completamente distintas, características á la vez para todo ese gran valle Diaguito-Calchaquí. Una, es la de la sierra y sus faldas, y, por lo tanto, accidentada y muy escarpada, atravesada por diversas quebradas, como la de Los Chanchos, Chañares, Las Cañas, Chilca, etc., que se hallan más ó menos provistas de agua, según las épocas del año. Esta parte es árida, desierta, cubierta de una vegetación raquítica, donde predominan los matorrales espinosos, jarillas, breas y chañares [2], pero mezclados con numerosas especies de cactáceas, entre las cuales abundan los gigantescos «cardones» *(Cereus)*, semejantes á enormes candelabros, que dan al paisaje un aspecto peculiar y típico.

La otra región comprende la misma llanura del valle, que alcanza en esta parte una anchura de diez kilómetros más ó menos. Estas tierras, regadas por el río de Santa María y sus afluentes, son más fértiles, y constan á trechos de extensos bañados ó de bosques de algarrobos [3] y chañares.

No es nuestro propósito, ocuparnos de ciertos datos históricos que, con referencia á los Quilmes, nos ha dejado el antiguo cronista, padre Lozano y otros [4]. Las ruínas que quedan, bastan para confirmar las noticias, de que fué un pueblo muy numeroso, constituyendo una raza de belicosidad á toda prueba, que á la larga acabó por desaparecer en los bañados del nuevo Quilmes, en las cercanías de Buenos Aires, hasta donde fueron traidos cautivos por los españoles.

[1] Stelzner Alfred, *Beiträge zur Geologie und Palaeontologie der argentinischen Republik. Cassel und Berlin*, I, capítulo I, páginas 1-5. 1885.

[2] Jarilla = *Larrea divaricata*. Brea = *Caesalpinia praecox*. Chañar = *Gourlica decorticans*.

[3] Varias especies del género *Prosopis (P. alba* y *P. nigra*, etc.)

[4] Lozano, *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*.

Juan B. Ambrosetti, *La antigua ciudad de Quilmes (valle Calchaquí)*, publicado en el *Boletín del Instituto geográfico*, tomo XVIII, números I, II y III. Buenos Aires, 1897.

El infatigable investigador de las regiones del noroeste argentino, ha publicado también una descripción general de esta población, en la cual trata de muchos detalles de sus construcciones, etc.; en las páginas 4, 18-20, transcribe los escritos que sobre historia y rendición de los Quilmes, ha dejado el cronista ya nombrado.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Al norte de la quebrada y del lado sudeste del gran cerro de Quilmes, ó mejor dicho, de sus contrafuertes, encuéntranse las ruínas de la vieja población, notable por sus construcciones excepcionales y la gran extensión de ellas. Por el aspecto general y su ubicación, Quilmes puede dividirse en dos partes, completamente distintas entre sí: una, situada en terreno bajo, á la cual pertenece el «pueblo», propiamente dicho; mientras que á la otra, para la cual mejor correspondería el nombre de fortificaciones ó defensas, pertenecen las construcciones que se elevan sobre las faldas sur y este y las que hay también sobre el plano superior del cerro. La naturaleza misma de este último ha facilitado ciertas obras artificiales y, los Quilmes supieron aprovechar muy bien toda desigualdad y punto saliente de sus faldas y cuestas escarpadas, para levantar allí un sinnúmero de *pircas* que consisten á veces de simples muros, pero que se presentan casi siempre como recintos de tamaño y forma muy variables. Por lo general, en todo ese conjunto se observa que la disposición de las construcciones no responde precisamente á un plan premeditado y, que para ellas, se ha elegido simplemente los sitios más apropiados, en un suelo por demás accidentado y vario en sus niveles.

El pueblo bajo. — El pueblo bajo ocupa una superficie de tres kilómetros cuadrados aproximadamente; se halla levantado sobre el terreno que desciende de la base del cerro, al sur y este, hacia la llanura del valle y abarca la región limitada al suroeste por el pequeño «Filo del Molino», donde existe una gran represa antigua artificial, para embalse de las aguas (lám. V).

Nos encontramos, dentro de un enorme caserío, formado en su mayor parte de habitaciones grandes, dispuestas con irregularidad, tanto agrupadas como aisladas entre sí, separadas por anchos zanjones y pasajes intrincados. Muchas de estas habitaciones están ahora derrumbadas, quedando de ellas solamente grandes montones de escombros.

Las contadas horas de nuestra permanencia entre las ruínas de Quilmes, no bastaron naturalmente para efectuar de esa población un relevamiento, aunque fuera aproximado; en consecuencia, sólo podemos ofrecer por ahora algunos detalles que nos fué posible observar.

Para la edificación los Quilmes se valieron del abundante material que el cerro les proporcionaba, es decir, la piedra laja, micaesquistosa y de

filitas sericíticas, usada tal como se separa por su propio clivaje. Estas lajas, se comprende, son muy apropiadas para la edificación y han sido superpuestas con cuidado sin el empleo de cemento alguno, formándose con ellas paredes perfectamente perpendiculares, casi siempre de uno y hasta de más de dos metros de espesor. Muchas veces, donde las paredes son excepcionalmente gruesas, aparecen éstas rellenadas con piedra menuda ó ripio de la misma roca.

Por regla general, todos los muros son más lisos del lado de adentro y perfectamente verticales; á menudo, la base se halla reforzada con piedras grandes, chatas ó lajas clavadas de punta, sobre todo en los sitios donde el suelo se presenta muy inclinado. Al contrario, por fuera, los muros son siempre más desiguales é irregulares. Con frecuencia se encuentran enormes paredones de dos metros de espesor y con altura de hasta dos metros en el interior, por tres del lado exterior. El plano superior de los muros es siempre horizontal, perfectamente nivelado.

Las construcciones del pueblo son cuadrangulares y redondas; las últimas son más escasas y de dimensiones menores, pero, á juzgar por las pocas que hemos podido observar, parecen estar en relación con las primeras [1]: estas son cuadradas ó rectangulares, y constituyen las verdaderas habitaciones (lám. VII). Las hay de todas dimensiones desde menos de dos metros por costado, pero casi siempre son más espaciosas; estos recintos ó corrales, por decir así, miden generalmente de cinco á seis metros, alcanzando algunos hasta quince y veinte metros de ancho y largo. Á veces, la vivienda consta de un solo cuarto cuadrangular; también las hay de varios, que se comunican unos con otros por medio de estrechos zaguanes, ó sino se hallan tan sólo divididos por paredes bajas, de pocas piedras superpuestas unas sobre otras. Las esquinas en el interior de las construcciones son casi siempre bien angulares; los muros tienen, término medio, poco más de un metro de altura y se comunican con el exterior por una ó dos salidas en forma de puertas, con 70 á 80 centímetros de luz; estas aberturas que hacen las veces de puertas, se completan en algunos casos por dinteles (fig. 17 y 18), de lajas largas que cierran el vano y cargan aún con la pirca que se levanta encima. Por otra parte, haremos constar que no existen ventanas ni troneras y no hemos encontrado vestigio alguno, que pudiera proporcionar datos acerca del tipo de la techumbre [2].

[1] El profesor Ambrosetti *(La antigua ciudad,* etc., páginas 11-12) ha podido hallar mayor número de pircas circulares y, con su estudio llega al convencimiento que posiblemente habrían servido éstas de recintos (« pirhulas, cercadas de piedra »), donde los indígenas solían almacenar sus vituallas.

[2] Ambrosetti, *La antigua ciudad,* etc., páginas 8 y 9, figuras 3 y 4, expone diversos argumentos, de los cuales se sirve, para presentar una reconstrucción del techado

Como á medio kilómetro del pie del cerro y en dirección de 230° al sudoeste, hallamos entre otras, una casa bien construída, de 10 por 14 metros, medida de fuera. Las paredes de metro y medio de espesor, tienen por dentro otro tanto de altura; en el costado que mira hacia el oeste están dos puertas, próximas á las esquinas: una de ellas provista de dintel, formado de tres lajas de metro y medio de largo. La mayoría de las casas que existen en la parte baja del pueblo, tienen el piso interior en un nivel inferior al de afuera; es probable, que este desnivel se deba en parte al amontonamiento de material suelto, que ha bajado del cerro con las crecientes, durante losl argos años transcurridos.



Fig. 17. — Vano completado por dintel; detalle de la construcción, (lám. VI, fig. 2)

La fortaleza. — Volviendo de nuevo á las construcciones que se elevan sobre las faldas del cerro, se confirma nuestra hipótesis de que, en realidad, ellas deben haber respondido á obras de defensa; si bien, como se dijo ya, no obedecen precisamente á un plan especial, como el que correspondería á una fortaleza completa.

Los Quilmes, continuamente acosados por los invasores, se han visto obligados á fortificar el cerro, aprovechando sus asperezas y puntos estratégicos, para repeler desde allí los ataques del enemigo, durante largos años ó siglos de lucha. Por otra parte, á juzgar por la edificación y ciertos detalles, la abundancia de morteros, por ejemplo, es de suponer que, á lo menos una parte del cerro, haya tenido sus moradores permanentes.

Las construcciones que van escalonándose sobre las faldas (lám. VI,

de una habitación antigua; luego, página 15, figura 18, menciona haber encontrado « una casa de la fortaleza, que aun conserva dos horcones de algarrobo, empotrados en la pirca ».

Ten Kate, *Rapport sommaire*, etc. *Revista del Museo de La Plata*, tomo V, página 336, 1893, ha observado asimismo entre una ruina de una casa antigua de Quilmes, los marcos de la puerta, perfectamente conservados.

fig. 1), son generalmente pequeñas é irregulares, consistiendo á veces de simples pircas ó parapetos; pero, en otros casos, cualquier roca saliente del cerro ú otra pared lateral sirve para formar recintos ó verdaderas casas, siempre que las condiciones del terreno se muestren favorables. Á veces una pared vertical sostiene el plano inclinado de la falda, por donde debe de haber sido el acceso al interior de la habitación, desde que no siempre existen sitios de entrada por algún otro lado. Hemos encontrado solamente dos cuartos que tenían en la pared externa una pequeña puerta provista de dintel, formada de grandes lajas y cuya abertura medía escasamente 70 centímetros de ancho por 80 de alto.



Fig. 18. — Puerta de una habitación con dintel

Exceptuando pocos casos, todos los edificios de la fortaleza son angulares, más ó menos cuadrados; sin embargo hemos visto también algunas pequeñas construcciones circulares; y una vez, cinco de ellas agrupadas cerca de la cumbre y sobre el filo que baja hacia el este.

La cima del cerro forma una estrecha meseta que corre en dirección este-oeste. Esta parte, considerada por el doctor Ambrosetti con mucha razón como campo de refugio, se halla también ocupada por ruínas de edificios angulares, en parte ya muy destruídos.

Nuestra permanencia en Quilmes fué por demás corta, así que no nos fué posible efectuar relevamiento alguno. La descripción que antecede dará, aunque someramente, una idea de la importancia de la población antigua y la ampliarán los detalles que á continuación mencionamos.

Represa para el embalse de aguas. — En el extremo sudoeste de la ciudad baja, precisamente al pie del Filo del Molino, se encuentran los restos de una gran represa (lám. V), construída sin duda para almacenar las aguas procedentes de alguna fuente más ó menos vecina que hoy por hoy no existe: á tal propósito, debe haber servido el canal pircado, cuyos vestigios se observan aún de trecho en trecho á lo largo del cerro, por su costado sudoeste. La represa está limitada por la corrida del mismo cerro, cuyo espolón ó punta da vuelta al nordeste en forma de media luna; y una muralla artificial que arranca de dicha punta vie-

ne á cerrar la represa por el costado este, siendo innecesaria por el lado sur, puesto que allí el terreno sube paulatinamente.

Esta muralla á lo que se ve, y al efecto de resistir al empuje de la gran masa de agua, demuestra haber sido construída con todo esmero; con una extensión como de diecisiete metros, tiene tres metros de espesor por igual altura del lado exterior, y como metro y medio del interior. Se ve, pues, que los Quilmes han sabido utilizar esa gran depresión natural de tal manera, que en una represa, de como cuarenta metros por costado han podido almacenar dos mil y más metros cúbicos de agua, y llevarla por un canal de regadío, que aun existe rumbo al norte de la población.

En el extremo izquierdo de nuestra lámina (V) se distingue perfectamente la boca que daba salida á las aguas. Dicho desagüe está formado por un boquete ó canal de casi un metro de alto por medio de ancho, perfectamente construído en la misma muralla, y cubierto por grandes lajas. Del lado de adentro debe haber estado la compuerta: aun hoy se observan dos pircas de mayor á menor, convergentes hacia el interior de la represa, que dejaban una abertura triangular en comunicación con el desagüe externo: no pretendemos explicar el mecanismo de esa construcción.

Morteros. — Durante nuestra excursión por estas ruínas, frecuentemente tropezamos con una clase de morteros, pertenecientes á un tipo muy generalizado y común en muchas de las poblaciones abandonadas del noroeste argentino; algunos de ellos también sirven en la actualidad. Esos morteros consisten de simples hoyos hemisféricos, de unos quince centímetros de diámetro término medio, excavados en la roca viva del propio suelo. Raras veces se encuentran en el interior de las casas, más bien fuera de ellas, pero no muy lejos de las habitaciones, casi siempre en pequeños grupos reunidos en una sola peña; precisamente nos llamó la atención el hecho de que son mucho más frecuentes sobre las faldas del cerro que en medio de las casas del pueblo situado en el bajo.

Más escasos son los morteros excavados en piedras aisladas; no hemos tenido la suerte de hallar alguno de la curiosa forma descripta por Ambrosetti [1]; en cambio, daremos cuenta de otros dos que acaso pertenezcan á la misma categoría.

[1] Ambrosetti, J. B., *La antigua ciudad*, etc., páginas 13 y 14, les ha llamado morteros públicos; consisten en un círculo de piedras colocadas sobre la superficie del suelo, en cuyo interior se encontraron, una vez una sola piedra y otra cuatro, con los hoyos en el centro. Esas piedras se hallan colocadas á flor del piso, que está embaldosado con lajas en todo el espacio que resta entre las piedras y el arco mencionado.

Uno de ellos (fig. 19) se encuentra al norte del pueblo bajo, casi en su extremo oeste, y próximo al pie del cerro. Es un gran bloque rectangu-



Fig. 19. — Bloque rectangular con nueve hoyos de mortero

lar, de 5^{m}50 de largo por 2^{m}30 de ancho y casi 3 de alto. Su superficie es plana y en ella se observaban nueve hoyos: ocho, dispuestos

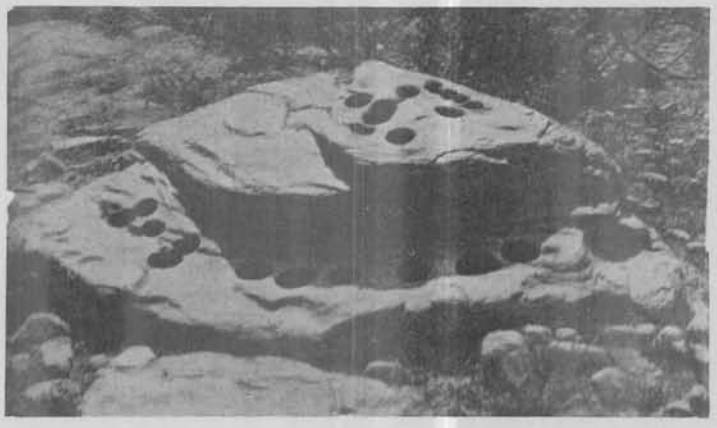


Fig. 20. — Roca con hoyos de mortero al sud de la antigua población.

en tres filas, en la parte que mira al este, y el noveno, aislado, en la extremidad opuesta de la piedra. Las cavidades de estos morteros son perfectas, tienen casi todas un diámetro de 20 centímetros, por 15 de profundidad.

La segunda piedra con hoyos queda como á cinco kilómetros al sur de

la antigua población, pero, probablemente corresponde también al radio de ésta, pues llegan hasta allí los vestigios de las construcciones, á las cuales nos hemos referido más arriba.

Se trata aquí de una roca irregular, que mide unos 3m50 de ancho é igual largo, y poco más de un metro de alto. Su superficie se compone de dos planos que contienen en su totalidad veintidós morteros, distribuídos entre aquellos por partes iguales: once ocupan el plano superior, arreglados asimétricamente, mientras que los otros once, en el plano inferior, rodean en semicírculo á los primeros. Las cavidades son de tamaño variable: en su mayoría miden 15 centímetros de diámetro y algo más de 10 centímetros de profundidad; la distribución exacta puede verse en la fotografía (fig. 20).

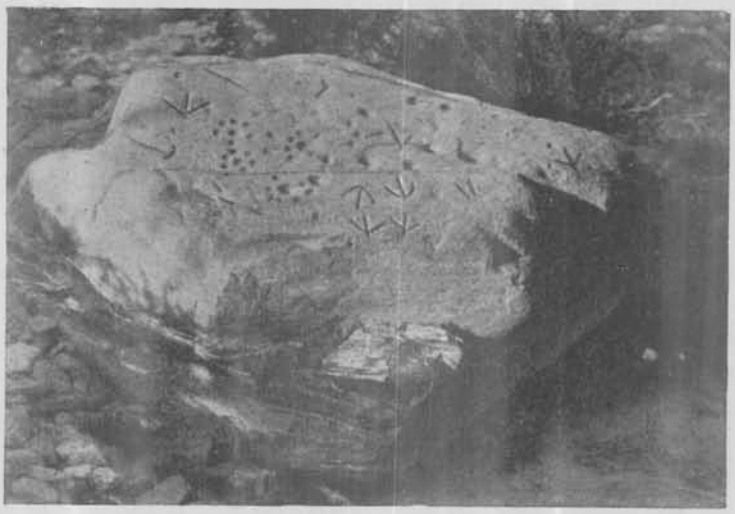


Fig. 21. — Petroglifo á la orilla del arroyo del Divisadero

Petroglifo. — Además de las cuatro piedras con petroglifos, publicadas por Ambrosetti [1], tuvimos ocasión de visitar una más de las de esta región, aun no descripta, segun nuestras referencias; hallazgo, que debemos á un chicuelo que cuidaba una pequeña majada de cabras que pastoreaban cerca de nuestro campamento.

Acompañado más tarde por dicho pastorcillo, salimos de la represa rumbo al sur, hasta el «arroyo del Divisadero», donde, después de un kilómetro de camino, encontramos la piedra buscada, pudiendo aprovechar los últimos rayos del sol de la tarde para tomar la fotografía (fig. 21).

[1] Ambrosetti, J. B., *La antigua ciudad*, etc., página 38, figuras 47-50.

El petroglifo ha sido esculpido á cincel hasta la profundidad de cinco á diez milímetros sobre la superficie plana de la piedra, la cual mide en su totalidad $2^{m}60$ de largo, 2 de ancho y $0^{m}70$ de alto.

Los dibujos son sencillos, pero no por eso menos interesantes, porque se nos ocurre hallar en ellos cierto parecido con otros, que vímos en años anteriores esculpidos sobre rocas descubiertas en los territorios del Río Negro y Neuquen [1].

Observamos también en este petroglifo, cinco de esas figuras, formadas por tres líneas cortas, convergentes, que en aquel entonces interpretamos como que eran las huellas tridáctilas del « Suri » ó avestruz americano: con ellas está una serie de impresiones semiesféricas, muy parecidas á ciertos hoyos ó depresiones que se ha supuesto eran las huellas del puma, que existen también en las rocas ya referidas.

Del lado izquierdo de la piedra, y debajo de la huella tridáctila aislada, se distingue dos pequeños círculos, formados por seis puntos ú hoyitos de igual tamaño, con otro punto en el centro. Hay entre los otros hoyitos varios de dimensiones algo mayores y, en un caso, están unidos dos á dos, por una línea algo arqueada. En lo demás del dicho petroglifo, aun se advierten algunas líneas cortas, desparramadas, que difícilmente alcanzan hoy á representar figura convencional alguna.

Á mero título de información hemos comparado los dibujos de nuestro petroglifo con los otros aludidos [2]; quizás no hubiéramos dado á ellos mayor importancia, á no haber hallado más tarde en Andaguala diversos petroglifos que también llevan estas huellas tridáctilas y otros diseños distintos, pero idénticos á aquellos de la región patagónica, los cuales, á lo que sabemos, no han sido aún mencionados como propios de la región que nos ocupa.

§ III

MATERIAL ARQUEOLÓGICO

Por motivos ya manifestados, nos fué imposible efectuar excavaciones en los antiguos cementerios de Quilmes. Así que el reducido número de objetos traídos de allá, se obtuvo por compra á la directora de la

[1] C. Bruch, *La piedra pintada del arroyo Vaca Mala y las esculturas de la cueva de Junín de los Andes*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo X, página 173, láminas I y II; *Ibid. La piedra pintada del Manzanito. Revista del Museo de La Plata*, tomo XI, página 71, figura *a*.

[2] Nos referimos aquí á las esculturas de la piedra pintada del arroyo Vaca Mala, etc.

escuela de Bañado. José González, capataz de las estancias de Quilmes, también nos vendió las urnas grandes, que él mismo había sacado de las sepulturas de dicha localidad. Desgraciadamente, no se conocen otros datos sobre estas piezas, que á continuación vamos á describir someramente.

Los objetos procedentes del Bañado son todos recipientes de diversas formas, y entre ellos se encuentran unos llamados *pucos*, tazas, más ó menos hondas, también jarros y vasos ornitomorfos.

Escudillas ó pucos. — El más sencillo de los trece objetos de la pequeña colección es una taza ó puco, de forma subhemisférica, con la base marcada por una depresión central; sus paredes son delgadas, casi verticales en la porción superior, donde presentan un estrechamiento ó cintura apenas marcado. Se trata de una pieza ordinaria, fabricada con po-



Fig. 22. — Puco amarillo con decoración rectilínea
N° 31, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

co cuidado, pero de pasta fina; sus dimensiones son 75 milímetros de alto y 135 de diámetro.

Otro puco de tamaño menor tiene el fondo aplanado, el borde oblicuamente truncado, é inclinado hacia adentro; dos pestañas, ó labios simétricos sirven de asas, arrancan del borde y se dirigen hacia afuera. Las paredes son gruesas, interiormente bien pulidas, pintadas con un barniz rojizo, como también la faja marginal del lado exterior; aquí la superficie es más áspera, de color rojo, propio de la cocción de la pasta.

Un tercer ejemplar es subhemisférico, tiene la base cóncava y proyectada hacia el interior. El borde presenta dos ligeras depresiones producidas con el dedo estando aun blanda la pasta, sobre las cuales se ha aplicado en cada lado un pequeño botón.

Este puco es negro por dentro, perfectamente pulido; por afuera el fondo está pintado bien espeso de un amarillo ocre, y con una ornamentación rectilínea, bastante mal dibujada que, como se ve en la fotografía figura 22, se divide en cuatro secciones. De los mencionados botones bajan

dos triángulos, que separan las dos caras del puco. El color de estos triángulos, lo mismo que el de algunos otros y de las líneas divisorias verticales, es más rojizo que el resto de la ornamentación; por último, una ancha faja marginal está pintada de negro.



Fig. 23. — Taza de barro gris, con ornamentación grabada
N° 29, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Unos cuantos objetos, que á continuación se mencionan, son de alfarería gris, grabada.

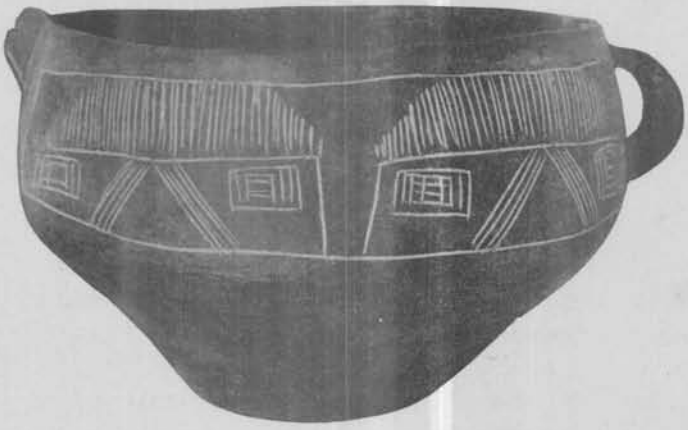


Fig. 24. — Taza de barro gris, con ornamentación grabada
N° 30, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Tazas. — La taza número 29 de la colección, de 110 milímetros de alto y 180 de diámetro, tiene la mitad inferior ligeramente cónica, la base plana, y sus paredes algo cerradas hacia arriba. Está provista de un asa vertical, de unos 20 milímetros de ancho y, del lado opuesto, de un pequeño pico ó pegote acodado y groseramente aplicado debajo del mismo borde.

La ornamentación de esta taza consiste de dibujos geométricos, grabados con punta fina á bastante profundidad; y como se ve, se compone de fajas rayadas biacodadas, entre otras reticuladas, que bajan perpendicularmente; dibujo que se repite en el otro lado de la taza.

Tanto por dentro como por fuera, la superficie es bastante lisa, pero se nota perfectamente la unión de las dos partes de que se fabricó este vaso: sobre una base cónica truncada para producir el asiento, se levantan los costados de la taza.

La otra taza, figura 24, es del mismo tipo, apenas un poco más grande; la porción inferior es más cónica, y la base cóncava es más pronunciada en el interior. También aquí existe de cada lado una guarda, más ó menos ajustada á las paredes del vaso, con un doble dibujo rectilíneo, que bien pudiera compararse con la cara humana muy estilizada; toda descripción detallada se hace innecesaria con nuestro grabado.

Vasos zoomorfos. — De la misma procedencia tenemos un lindo vaso ó taza con detalles muy caprichosos, que lo convierten en vaso zoomorfo,



Fig. 25. — Vaso zoomorfo, visto de costado. N° 32, Col. M. L. P. (1/2 del nat.)

subovalado; volcado imita la caparazón del «quirquincho», seguramente el *Dasypus vellerosus* Gray, originario de aquellas regiones. Dicho objeto pertenece también á la alfarería gris.

El fondo del recipiente es de altura reducida, la base poco achatada; las paredes, sobre todo en los costados, están encorvadas hacia adentro. Adelante está la cabeza del animal, bastante bien modelada, y del lado opuesto se nota un apéndice cónico, la cola, que es hueca interiormente, lo mismo que la cabeza; la cola lleva rayas grabadas en toda su periferia. Las tres figuras zoomorfas, que se ven perfectamente en el grabado (fig. 25 y 26), se repiten también en el otro lado.

La superficie del vaso es lisa, pero se nota muy bien la unión del fondocon la parte superior. La abertura es elipsoidal, algo más estrecha atrás; las paredes son delgadas: tienen dos á tres milímetros de espesor.

El ejemplar número 36 de la colección, es un pequeño vaso de fabricación muy tosca, de forma aplastada y se compone de dos partes semejantes: la inferior subcónica, con base circular y plana; la superior un poco más convexa, tiene la abertura en el centro de 40 milímetros de diámetro; el diámetro total del vaso es de 150, y su altura de 40 milímetros.



Fig. 26. — El mismo vaso zoomorfo, visto de frente

En el medio de la pared superior se destaca la pequeña cabeza de una figura zoomorfa, y en el lado opuesto parece haber existido un pegote, que indicaría quizá la cola del animalito.

Este vaso, de superficie rugosa, es de color de barro cocido, y está groseramente decorado. La ornamentación pintada de negro se descompone así: una faja superior de triángulos combinados con grecas, en la parte inferior, una faja de dos líneas separadas por puntos negros, y abajo de ésta, otra de líneas onduladas.

Jarros. — De paso mencionaremos los dos jarros cilíndricos, de fondo plano y con bocas algo más abiertas: ambos con un asa, como lo muestra la figura 27.

Estos jarros son de color amarillo pardusco. En uno de ellos se ve, á la altura del asa, una faja horizontal de dos líneas paralelas, entre las cuales hay cinco círculos con punto central; mientras que el otro ejemplar tiene la faja de tres líneas y, entre los dos espacios, solamente gruesos puntos. Los dos jarros tienen rayas cortas y oblicuas pintadas en el borde interior.



Fig. 27.—Jarro con decoración sencilla N° 34, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Vasos ornitomorfos. — Los tres ejemplares que completan la pequeña colección del Bañado, pertenecen á vasos ornitomorfos.

Empezaremos por el que reproduce la figura 28, de cuerpo subesférico, comprimido y alargado en el extremo posterior, imitando la cola del ave. Tiene la base formada por un aplanamiento circular, donde se encuentran

dos pegotes, bastante groseros, que representan las patas ó pies tripartitos.

La mitad superior del cuerpo es más convexa; cerca del borde anterior se desprende el cuello ancho, completamente cilíndrico y colocado en sentido vertical; éste se halla imperfecto, pero conserva aún ocho centímetros de alto y tiene seis de diámetro.

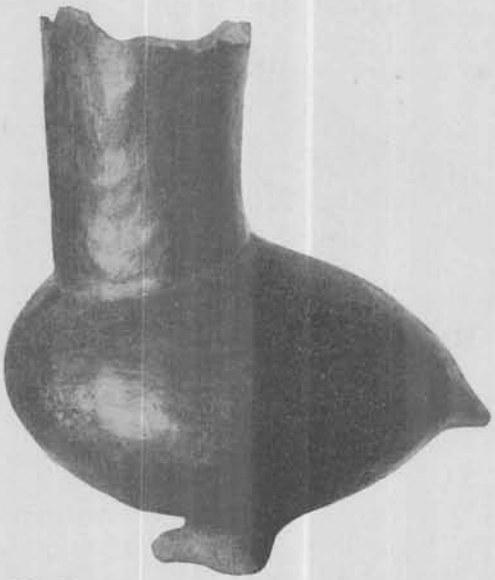


Fig. 28. — Vaso ornitomorfo de color rojo sanguíneo N° 27, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Este curioso vaso está pintado de un color rojo sanguíneo, que aparenta una especie de barniz, la superficie es bastante lisa, y el modelado, excepto el detalle de las patas, es bastante bueno.

El ejemplar que representa la figura 29, es un vaso delicado, muy bien trabajado, de pasta fina; sus paredes son delgadas, la superficie es perfectamente lisa, de un color bayo uniforme. Se caracteriza por su cuerpo algo globoso aviforme, poco aplanado en la base y ceñido en la garganta ó lugar de la unión del cuerpo con el cuello. La cola en su extremidad está lateralmente comprimida; las patas son unos pequeños conos postizos, aplicados en la región antero-basal. Además, el vaso va provisto de un asa ancha, que arranca del mismo borde trasero del cuello, el cual está oblicuamente truncado. Esta asa viene á descansar sobre el dorso, y al tacto deja sentir que ha sido introducida perforando la pared del vaso, que conserva aun un pegote en su interior.



Fig. 29. — Vaso ornitomorfo de paredes delgadas N° 28, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Por último, en el pequeño ejemplar figura 30, volvemos otra vez á la alfarería gris: podríamos considerarlo como derivado de los dos vasos

ornitomorfos, que acabamos de describir, ó sino representando también un sér zoomorfo convencional.

Aquí el cuerpo es netamente piriforme, la base un poco aplanada y con depresión central. De su parte antero-superior, se desprende el cuello subcilíndrico y ligeramente enangostado en el sitio de unión con el cuerpo. Encuéntrase ahora el cuello horizontalmente tronchado, y otros detalles indican que debe haber habido un asa, desde el labio hasta el dorso.



Fig. 30. — Vaso ornitomorfo de alfarería gris. N° 26, Col. M. L. P. (1/2 del nat.)

En los lados del cuello, un poco más atrás, aparecen ojos, figurados como en otros objetos. Sobre la línea basal, en el costado izquierdo del cuerpo, hay dos pequeñas protuberancias con rayas breves, impresas, que por ciertos indicios (manchas simétricas) deben haber existido en el otro lado también. Desde la protuberancia anterior, sale una línea quebrada, que se dirige hacia atrás, y termina debajo de una tercera, también con tres rayas grabadas como las anteriores.

Pequeña urna de tipo excepcional. — La pequeña urna, figura 31, la encontramos al recorrer las ruínas de Quilmes, debajo de una gran roca inclinada, junto á dos cráneos: es probable que alguien la colocara accidentalmente en aquel sitio. Por su pequeño tamaño y detalles de ornamentación, nos vemos obligados á mencionarla por separado.



Fig. 31. — Urna de tipo excepcional. N° 25 Col. M. L. P. (1/2 del nat.)

Como puede verse en el esquema, esta urna consta de un vientre muy estrechado en la base, de asiento cóncavo, y de un gollete ó cuello casi cilíndrico, terminado en labio inclinado hacia afuera. Por defectos del modelado es ligeramente asimétrica, y su diámetro de frente un poco mayor que el otro, por ser su sección ovalada.

El fondo de la ornamentación es blanquizco, algo amarillento; los dibujos son negros, sencillos é iguales en los dos lados de la urna, separados por una ancha faja negra vertical, en la región de las asas, lo que fija el tipo.

Los dibujos se componen de un reticulado, ó mejor dicho de un jaquelado, que cubre el cuello incluso el labio, y de una espiral volutiforme con series de puntos negros, que ocupan el vientre. Los espacios laterales de la espiral están pintados de negro, como también la ancha faja marginal del lado interior del labio.

Urnas ó tinajas con ornamentación antropomorfa. — Con las seis urnas ó tinajas, como se llaman en el lenguaje local, se completa la pequeña colección arqueológica de Quilmes. Ellas pertenecen á la alfarería característica de la gran región que nos ocupa, y constituyen á par de los pucos, el material mejor representado en nuestras colecciones [1].

Á pesar de sus formas heterogéneas, estas urnas corresponden, sin embargo, á un tipo bien definido, que consta siempre de dos partes; es decir, de una inferior, su cuerpo ó vientre, de forma subglobosa ú ovoidea; y de otra superior, el cuello ó gollete, á veces bastante alto, que termina en boca amplia, con labio doblado hacia afuera. Á los costados del vientre, y casi á la mitad de su altura se colocan las asas del tipo común.

La superficie exterior siempre va pintada de un blanco impuro algo amarillento, como fondo, sobre el cual se han trazado dibujos en negro, complementados muchas veces con alguna pintura roja.

Las diferencias que observamos en los caracteres morfológicos de estas urnas, se manifiestan también en los detalles decorativos, que forman un conjunto sumamente caprichoso, de diversos dibujos, pero de un efecto agradable y de valor artístico. Desde ya, y en mérito de la ornamentación, ellas corresponden á la categoría de las antropomorfas, en razón de que llevan figurados ojos, narices, bocas y manos de un sér humano, si bien en formas muy convencionales y estilizadas, que no siempre se hallan todas representadas en la misma pieza.

Entre los dibujos del gollete se nota en primer lugar la cara humana del tipo usual, compuesta siempre de curvas simples ó paralelas, que convergen hacia la línea media, simulando así los arcos superciliares y la nariz: en el caso que exista boca (fig. 32), las curvas se prolongan en rectas paralelas, hasta la base del cuello; los dientes se hallan indicados por pequeñas rayas. Los ojos van formados por círculos perfectos, y más ó menos ovalados, á veces con su punto ú otros circulillos concéntricos, y con los complementos (rayitas y curvas) de costumbre.

En el caso en que la representación antropomorfa está provista de

[1] Haremos presente que casi todos los autores citados en este trabajo se han ocupado de esta clase de urnas, publicando de ellas gran número de figuras que no mencionaremos aisladamente.

brazos, existen éstos siempre sobre el cuerpo ó vientre de la tinaja, colocados en sentido inverso á los arcos superciliares de la cara, como puede verse en la figura 34; es probable, que las series de triángulos negros con líneas rectas dirigidas hacia arriba, equivalgan también á una representación de manos. Hemos de advertir, que en varias urnas, los arcos superciliares de la cara, alguna vez los ojos, como también los arcos inferiores ó brazos, por ejemplo en la tinaja figura 35, son postizos, ó sea en relieve y perfectamente destacados de la superficie. En la base del gollete, dos líneas paralelas separan los dibujos correspondientes á cada parte, es decir, la superior de la inferior, mientras que las fajas negras verticales é irregulares, que bajan en la región de las asas, se interponen entre la ornamentación del anverso con el reverso.

Por regla general, la decoración de estas urnas ó tinajas es más bien asimétrica, en el sentido de que alguna vez los dibujos de la izquierda difieren de los de la derecha; tampoco son siempre iguales los que ocupan sus dos frentes opuestos.

Examinemos ahora los motivos ornamentales de nuestras urnas: encontramos en su mayor parte las mismas figuras, que son á su vez típicas en otros objetos de aquella región, naturalmente modificadas, según el sentido estético del artista, ó para adaptarlas mejor á las formas ó espacios libres de los vasos.

Si tomamos la representación antropomorfa del gollete como base ó dibujo principal, los adornos complementarios en esta parte constan, casi siempre, de especies de fajas horizontales, oblicuas ó curvas, donde predominan los elementos típicos, como ser triángulos negros con sus grecas.

En cambio, la ornamentación ventral es la que nos da la nota característica de estas tinajas, y sus diferencias facilitarán el medio de establecer ciertas subdivisiones, lo que no haremos por ahora, dado el reducido número de ejemplares en nuestra colección. Nos limitaremos, pues, á mencionar ligeramente algunos de sus detalles más importantes.

La urna, figura 32, ostenta un ejemplo de ornamentación ventral muy común, y que no es otra cosa, que la típica faja quebrada ó escalonada, llamada también ofídica [1], con todos sus complementos, tal cual la veremos más tarde sobre los pucos de fondo claro, descriptos como del Fuerte Quemado. Una faja divisoria, vertical, formada por elementos romboidales, separa los dos dibujos más ó menos simétricos en los lados de los frentes. En esta urna, como en casi todas las demás, ambas fajas escalonadas ú ofídicas del vientre, lo mismo que otras en forma de Z que se ven en el gollete, están pintadas de un rojo lacre muy obscu-

[1] Es en razón de que, en ciertos casos, esta faja quebrada termina por una cabeza de serpiente.



Fig. 32. — N° 18, Col. M. L. P.



Fig. 33. — N° 20, Col. M. L. P.



Fig. 34. — N° 21, Col. M. L. P.



Fig. 35. — N° 19, Col. M. L. P.

(Urnas antropomorfas de decoración negra y roja. $^1/_6$ del natural)

ro; la orilla superior del labio lleva un ancho ribete interior negro.

Otras dos tinajas, que llevan los números 20 y 23 de la colección, pertenecen á la misma categoría que la anterior. La faja vertical del medio se compone de escalinatas con sus grecas de costumbre.

En el ejemplar figura 33, la ornamentación del anverso en la parte ventral á cada lado de la faja céntrica, es del mismo tipo que el propio de la anterior (fig. 32), con la diferencia que la banda es de líneas rectas y no escalonada, y los claros del fondo están ocupados por los motivos maniformes [1], con algunos otros detalles que resaltan del dibujo.

En el reverso, se repite en la parte ventral la misma ornamentación á la derecha de la faja vertical, pero á la izquierda el esquema de ornamentación se asimila al de la figura 32, sólo que la banda escalonada del medio es de color negro en el centro con sus contornos rojos.

La decoración del gollete en las dos caras de la urna es más ó menos simétrica, y sólo haremos constar que los arcos, nariz y ojos se destacan aquí en relieve.

En cuanto á ornamentación, la otra urna (n° 23) es casi idéntica á la precedente, pero los detalles de la cara están como lo demás solamente pintados de negro.

En la figura 34, reproducimos otra tinaja con tipo de ornamentación bien conocido. Como se ve, ésta se divide en tres secciones, de las cuales corresponde una al gollete, con los dibujos usuales; otra, á la ventral, con dos brazos que complementan la representación antropomorfa, y encierran á su vez unos dibujos, que no son, sino otras modificaciones de los motivos típicos, que vuelven á reaparecer en la tercera ó sección basal. La claridad de nuestro esquema hace innecesaria una descripción extensa; los espacios, ó sean figuras pintadas de rojo, se indican aquí por un rayado oblicuo; conviene sólo hacer constar, que los dibujos del reverso son idénticos, con un detalle más: una cruz, entre los arcos superciliares de la cara.

La diversidad, en cuanto á forma, del quinto ejemplar está perfectamente indicada en nuestro esquema figura 35; resulta como las otras tinajas algo más ensanchada en su sección ventral, que en la del labio, la cual es casi circular. Los arcos de la cara, y los que representan los brazos están aquí en relieve; los últimos terminan en un reborde semicircular, que en casos análogos representa un objeto, tal vez algún puco ó vaso, sujetado con ambas manos.

La ornamentación en cada uno de los frentes de esta tinaja es más ó menos simétrica, excepción hecha de los dibujos que ocupan los dos espacios entre los brazos, que en el anverso son las dos figuras avifor-

[1] Elementos estos que pudieron interpretarse también como forma de alas, como se verá en la nota que se refiere á la decoración ornitomorfa del puco figura 59.

mes de *Rhea* ó « suris », con los detalles que están de manifiesto en el esquema; en el reverso un motivo semejante al que ostenta el vientre de la tinaja anterior (fig. 34), substituye las dos aves. Los dos campos del gollete, oblicuamente rayados en nuestro esquema, corresponden en el original á un fondo de un rojo lacre muy obscuro, lo mismo que el interior de la banda escalonada de la base; todos los demás dibujos son negros. Repetimos que también aquí, como en las demás urnas, el borde interior lleva un ancho ribete negro.

Las dos urnas que nos quedan aún por mencionar, se caracterizan por su forma bastante ancha, de sección elipsoidal; su factura es más bien tosca, y la decoración más grosera que en los ejemplares anteriores. Ellas se encuentran, además, en mal estado de conservación.



Fig. 36. — Urna antropomorfa de decoración negra N° 24, Col. M. L. P. ($^1/_6$ del nat.)

La urna número 22 de la colección, lleva en los dos lados del vientre brazos y manos, como en el ejemplar figura 34, que encierran figuras típicas de la *Rhea* ó « suris », con cuerpo circular, negro, y una cruz en su centro; el espacio debajo de los brazos, se complementa con adornos semejantes á los de la urna mencionada (fig. 35).

La ornamentación del gollete consta en el anverso de la cara estilizada, donde los contornos de los arcos superciliares forman ángulos rectos, y terminan en boca con dientes; los ojos se ubican en un rectángulo horizontal, y debajo de éste, dos más forman fajas, con los elementos típicos de triángulos escalonados con grecas. Parece que algunos de estos triángulos estuvieran pintados de un pardo rojizo, lo mismo que dos triángulos alargados en los ángulos infero-laterales de los rectángulos superiores. El reverso del cuello está cubierto por un reticulado tupido muy irregular; la cara solamente indicada por unos pequeños arcos, angulosos como en el lado opuesto, y rojizos, color que llenaba también el interior de los brazos en ambos lados.

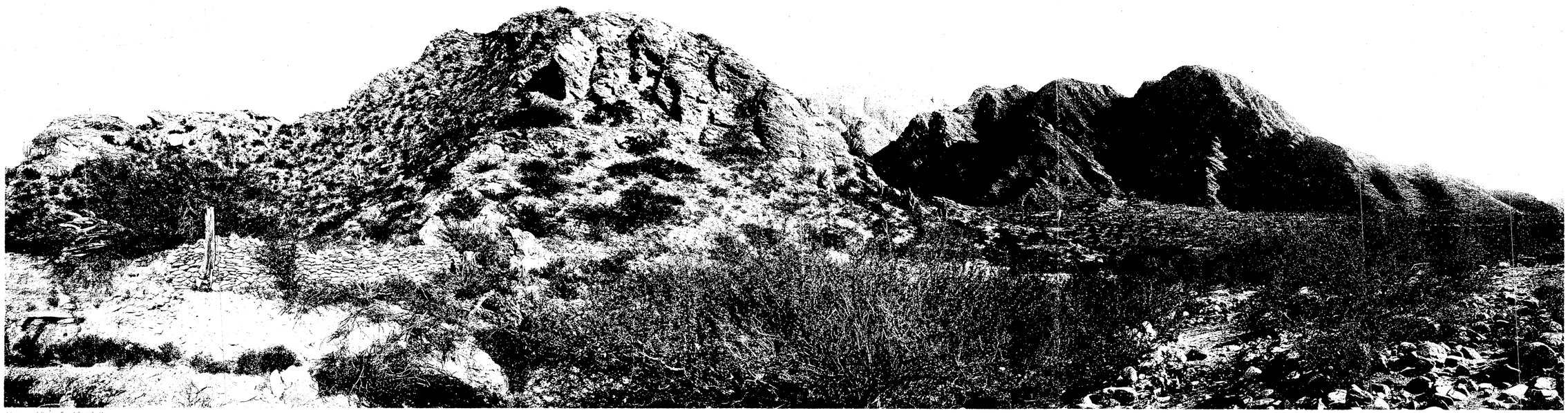
Por último, de la tinaja número 24 sólo puede decirse que es enteramente tosca, y de sección muy elíptica. Su decoración, á pesar de estar casi del todo borrada, hemos logrado reconstruirla, con ayuda de ejempla-

res similares que posee la colección del Museo [1], lo que permite presentar el esquema figura 36.

En la parte debajo del labio, las curvas usuales determinan los arcos superciliares de la cara; algunas de estas líneas vienen á juntarse en la base del cuello, acompañadas de una curva que arranca de los dos ojos.

La decoración ventral consta de la figura zoomorfa, que representa sin duda un batracio con cabeza bipartita, serpentiforme, y con demás detalles, que no necesitan otra explicación. El espacio á los costados de dicha figura, se completa por líneas paralelas, alternadas con series de puntos negros; las dos fajas negras, en la región de las asas, separan el anverso del reverso.

[1] Las dos urnas proceden de Loma Rica y llevan los números 193 y 284ª respectivamente.



Werner u. Winter, Frankfurt M.

C. Bruch, fot.

Boca del canal de regadío

Pared del embalse de aguas

Región del pueblo antiguo

Vista parcial de Quilmes (Provincia de Tucumán)



Fig. 1 **Ruinas en la falda sur del cerro de Quilmes** (Prov. de Tucumán)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 2 **Aspecto del pueblo antiguo de Quilmes en su parte baja**

SEGUNDA PARTE

ARQUEOLOGÍA DE LA PROVINCIA DE CATAMARCA

CAPÍTULO I

FUERTE QUEMADO

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

La antigua población de Fuerte Quemado ha sido otro importante centro indígena, establecido en el valle de Yocavil, cuyas ruínas se encuentran precisamente en la extremidad norte de la población actual del mismo nombre y también sobre los cerros que la rodean al oeste; se halla como á unos 16 kilómetros al sur de Quilmes.

El paisaje que ofrecen los alrededores del Fuerte Quemado, es propio de la región descripta al principio del capítulo anterior. Las mismas montañas pertenecientes á la continuación de la Sierra de Quilmes, son allí más bajas y menos accidentadas; interrumpen su monotonía las plantaciones y arboledas de las propiedades, ubicadas en la estrecha faja de tierras, que baja desde la base de la cerrillada hasta el lecho del río, donde se halla en la actualidad la parte más densa de la población (lám. VIII).

También aquí, especialmente del lado norte, perdidos entre huertas y verdes alfalfares, se distinguen aún vestigios de construcciones idén ticas á las que existen en Tafí y Quilmes, que hemos supuesto hayan sido destinadas á los cultivos de aquellos tiempos.

Como acabamos de ver, la población indígena se compone de dos partes distintas: una de ellas es la situada en el terreno llano del mismo valle; á la otra, el «Fuerte», pertenecen las construcciones dispersas sobre los cerros inmediatos.

Todo lo que hasta ahora se ha publicado sobre Fuerte Quemado, sólo se refiere á esta última parte, cuya descripción nos dió el malo-

grado Adán Quiroga [1]. Al doctor Lafone Quevedo, asimismo, debemos una breve relación [2] sobre uno de los puntos más interesantes en estos lugares, la cual ha servido para un más prolijo estudio de cuanto allí pudimos hallar. Por lo que respecta al plano publicado por Ten Kate [3], debo hacer constar que fué por error titulado «Fuerte Quemado».

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Ruinas en el llano del valle. — Corresponden éstas á la parte principal del pueblo viejo, el que ocupa aproximadamente un kilómetro cua-

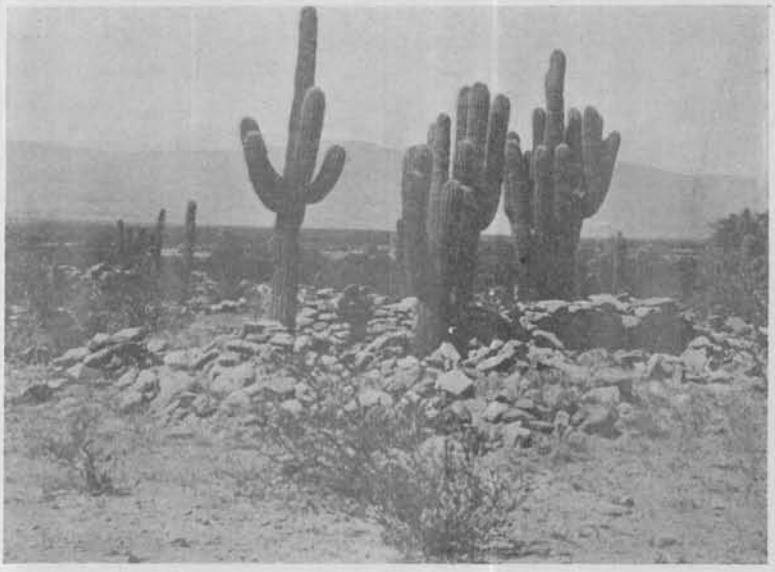


Fig. 37. — Vista parcial de las ruinas de la antigua población

drado; desde luego, una extensión inferior á la del pueblo de Quilmes, que también lo supera en cuanto á la magnitud de sus construcciones.

Las pircas bastante mal conservadas, se destacan en su mayor parte

[1] Adán Quiroga, *Ruínas Calchaquíes. Fuerte Quemado*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo LII, 1901, pág. 235, etc., con siete figuras incluso un plano. Lamento no haber tenido á la mano dicho trabajo, cuando recorrí aquellos lugares; pues me parece curioso no poder hallar en el plano (fig. 5) varios de los puntos personalmente visitados y anotados por mí.

[2] Lafone Quevedo, *l. c.*, *Revista del Museo de La Plata*, XI, 1902, páginas 7 y 8.

[3] Ten Kate, Herman, F. C., *Anthropologie des anciens habitants de la région Calcha-*

apenas de medio metro sobre la superficie del suelo; sólo en contadas ocasiones llegan á medir metro y medio y hasta dos de altura, cuando mucho; su espesor no es extraordinario, y no pasa de 60 centímetros, término medio. Para la edificación, los indios se sirvieron en su mayor parte de cantos rodados del río ó de piedras desprendidas de los cerros, empleándolas en la forma habitual, es decir, todas las piedras superpuestas unas sobre otras, sin uso de liga alguna.

En conjunto, el Fuerte Quemado lleva el sello característico de los pueblos indígenas de la región; sin embargo, parece que á veces se hu-

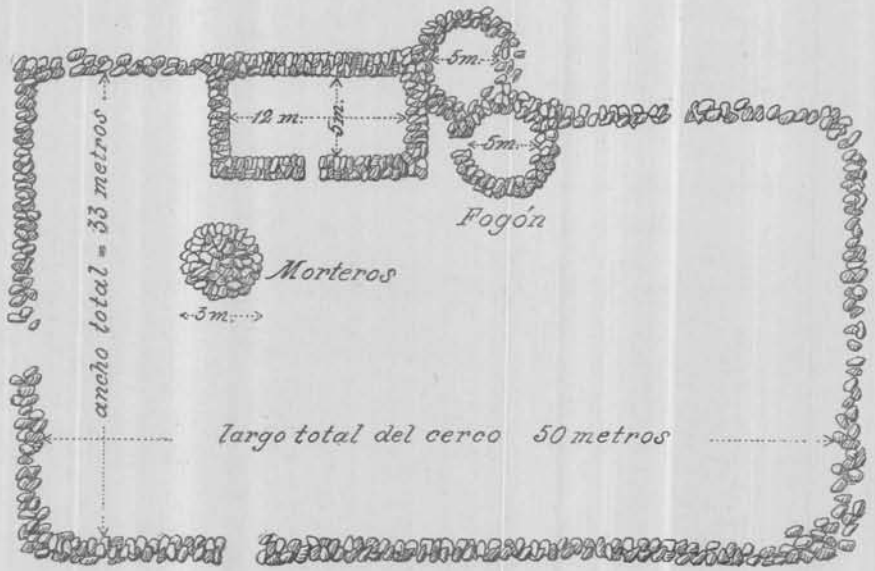


Fig. 38. — Croquis de una habitación en el llano

biese cuidado de distribuir ciertos edificios con algo de simetría, y si alguna irregularidad existe, no es tan manifiesta en la parte sur del pueblo.

Allí se ven (fig. 37) algunos grupos de casas, que constan de una y hasta tres ó más piezas, perfectamente cuadrangulares, de paredes bastante gruesas y altas, provistas de simples aberturas de entrada; luego otras construcciones más pequeñas, bajas y de forma circular, casi siempre unidas con las angulares. Además, cada casa, por decirlo así,

quí (Rép. Argentine), en *Anales del Museo de La Plata* (sección antropológica), I, 1896, página 17, plancha A, figura 27 y 27*a*.

El plano mencionado, hecho según un croquis muy someramente levantado por el ingeniero Bovio, representa las fortificaciones sobre el cerro de la Punta de Balasto, como lo pude comprobar con el original hallado por casualidad entre los documentos del Museo.

está rodeada de una pirca baja, que le sirve de amplio cerco, generalmente hacia el este, y anchas calles corren más ó menos paralelas de sur á norte, separando una vivienda de la otra.

Para dar una idea suficiente, ofrecemos dos planos de estas construcciones características.

El croquis (fig. 38) representa una casa compuesta de una sola habitación rectangular, cuyas paredes, de unos 80 centímetros de espesor conservan en parte casi dos metros de altura; el pasaje, que da acceso al patio, tiene 60 centímetros de luz. Á la derecha de esta pieza, se hallan dos pircas circulares, de las cuales parece que la externa hubiese sido la más alta; la otra, quizá haya servido de cocina, pues, al efectuar una pequeña excavación en el centro de la misma, se descubrieron abundantes vestigios de cenizas y fragmentos de huesos carbonizados.

Con cierto interés hemos examinado un círculo de tres metros de diámetro, cubierto totalmente de piedras, y que se hallaba en el interior del



Fig. 38 bis. — Croquis parcial de una habitación vecina

patio. Al remover las piedras, vimos dos fragmentos de lajas, provistas de hoyos para morteros, lo que nos hizo sospechar, que se tratara tal vez del mismo tipo de morteros, descubiertos por Ambrosetti [1]. Las construcciones mencionadas están rodeadas por un amplio cerco, tal cual lo demuestra nuestro plano.

El segundo croquis (fig. 38 bis) corresponde á otra casa, que se encuentra al este y próxima á la anterior. En el caso presente, existen tres piezas cuadrangulares dispuestas en línea, de las cuales la del medio es casi cuadrada, pero separada del muro exterior y de la pieza contigua por una pared externa, algo curva. También aquí hallamos dos pircas circulares bajas, de tres y cinco metros de diámetro respectivamente. El muro general ó cerco forma un gran rectángulo, algo irregular en el rincón ocupado por los edificios, que mide unos 50 metros del costado este y 33 del otro sur.

[1] Véase página 25 de este trabajo.

El resto de las construcciones del bajo no ofrece particularidad alguna; las habitaciones son allí casi siempre pequeñas, aisladas, en parte muy mal conservadas, circunstancia que nos ha impedido estudiarlas como lo deseáramos. Entre las construcciones angulares abundan también otras de formas circulares, separadas ó en relación con aquéllas. Así, por ejemplo, hemos visto al noroeste de las primeras casas descriptas, una quincena de pircas circulares, colocadas en dos filas paralelas á distancia de unos treinta metros una de otra, y en dirección de este á oeste. Estas pircas, de tres á cuatro metros de diámetro, tienen apenas unos 50 centímetros de altura, por otro tanto de espesor; pero no presentan indicio alguno de haber tenido vano para puerta.

Otros vestigios más, dan á conocer que debe haber existido un muro bajo, que cercaba la antigua población en sus costados sur y nordeste.

Ruínas en la región montañosa. — Sin duda alguna, las construcciones que hallamos en esa parte, tenían por objeto, servir para obras de defensa: con ese fin, el indio levantó una gran extensión de pircas sobre las faldas de los cerros, para proteger con ellas las pequeñas quebradas y caminos que conducen á los puntos más elevados del cordón principal, cuyas cimas, aquí y allá, están ocupadas por construcciones de menor importancia.

Las construcciones que se hallan sobre las faldas del cerro constan en su mayor parte de simples paredones cortos y bajos, dispuestos con irregularidad, pero siempre en forma tal que se aprovecha muy hábilmente cualquier peña ó lugar adecuado, sin descuidar la disposición estratégica como condición de primera importancia.

Otras veces, estas paredes son mucho más largas, constituyendo entonces murallas horizontales, colocadas algunas en doble, y hasta triple filas paralelas, que rodean luego los morros en su base para dominar el acceso á ellos.

Todas estas obras de defensa son más abundantes en la parte norte y este de las alturas que en las faldas del oeste, las cuales por lo general son muy paradas, abruptas, y casi inaccesibles; por lo tanto ha sido innecesario fortificarlas.

Si hemos de atenernos al plano de Adán Quiroga, cuyos detalles y orientación creo deben estudiarse de nuevo y con más detención, son cinco los morros que ofrecen mayor interés; están ocupados por construcciones cercadas por una serie de murallas protectoras. Las primeras tienen forma angular; son de dimensiones variables, entre dos á tres metros de ancho, y de tres hasta siete de largo; en ciertas partes conservan aún dos metros de altura, y su espesor es el mismo que en las demás edificaciones ya mencionadas.

Al extremo norte de la población antigua, cerca del camino que conduce á la Chilca, y sobre el mismo filo que baja del cerro, levántanse sobre algunas rocas escarpadas tres hermosas torres cilíndricas, construídas de piedra laja [1].

Estas torres, en la actualidad muy destruídas, se suceden elevándose en línea recta, con metro y medio entre la primera y segunda, distante ésta unos once metros de la tercera. Á juzgar por los muros que en partes se han conservado, la altura de dichas torres no excedía en mucho de 2 metros: los diámetros, medidos por Quiroga, indican $4^{m}10$ para la primera, $2^{m}80$ y $3^{m}20$ para las otras respectivamente. Cada una de ellas lleva su puerta de entrada, y se distinguen además en sus paredes externas ciertas lajas salientes, horizontales y separadas, á manera de escalones.

Inoficioso nos parece hacer referencia al valor estratégico de estas construcciones circulares, pues, es de suponer, que ellas fueran los primeros reductos de las defensas, que entonces servían de avanzadas, capaces de rechazar cualquier ataque por aquel costado.

En el curso de nuestras investigaciones hemos podido dar con algunas de estas torres más: varias de ellas se encuentran sobre las faldas al sudeste de la cerrillada; otras forman parte de las construcciones de un cerro, que por lo visto, parece ser el más interesante de todos, y quizás hayan correspondido á la principal de las fortificaciones, la que pasamos á describir en seguida.

Construcciones sobre el cerro. — Nuestro cerro, ó mejor dicho morro (lám. IX), está situado como á un kilómetro al sudeste del caserío grande de la llanura, y al oriente del mismo cordón de la cerrillada, donde viene á marcar un lugar más prominente entre los otros comprendidos en el radio de esta población. Su altura puede apreciarse en algo menos de trescientos metros, sobre el nivel del río; siendo ese morro un verdadero « divisadero », pues desde su cima se domina el gran valle Calchaquí en toda su amplitud, alcanzando la vista hasta la misma Punta de Quisca, por el norte, y hasta las extensas planicies que se abren al sur del mismo valle, sin que se pierdan en nada todos los detalles de los lugares y puntos circunvecinos.

Por otra parte, la configuración natural de este cerro, es una circuns-

[1] Quiroga *(Fuerte Quemado,* pág. 236), compara dichas torres con aquellas de Batungasta; dice haber notado que las piedras lajas empleadas, han sido ligadas con un barro gredoso, y que las torres estuvieron rebocadas por afuera. Extraño no recordar este detalle que, si el dato fuera exacto, no dejaría de tener importancia, puesto que no vimos ejemplos parecidos entre otras construcciones indígenas de la región.

tancia en favor de que el pequeño fuerte resultara una posición tan importante como inexpugnable.

Con el objeto de efectuar el relevamiento de las pircas, que coronan su cima, realizamos el 23 de marzo de 1907 una ascensión, acompañado por Manuel Guerra, criollo de Fuerte Quemado. Á pesar de la poca altura del cerro, la subida se presenta bastante dificultosa; la emprendimos empero por el costado sudeste, siguiendo por las faldas hasta un portezuelo, y después de salvar unas laderas muy ásperas y empinadas, tomamos directamente hacia el norte, para llegar al filo principal (lám. IX, fig. 1 y 2).



Fig. 39. — Plano de las construcciones principales sobre el filo del cerro

Por los costados este y oeste el cerro es inaccesible, por estar sus faldas y laderas casi á pique y presentar puros despeñaderos: desde luego su única parte transitable es el estrecho filo, que forma un plano irregular, angosto y ligeramente inclinado con rumbo de noroeste al sudeste, y sobre el cual encontramos interesantes fortificaciones.

Casi todas estas construcciones se hallan hoy día muy mal conservadas, y para nuestro relevamiento tuvimos que guiarnos las más de las veces por los cimientos que han quedado de lo edificado.

Ambos lados de todo el plano superior del cerro están cercados por una pirca que en alguna parte llega á medir hasta dos metros de altura, por fuera, sobre todo donde hubo necesidad de levantar el piso para nivelarlo. Dentro de este pircado queda el recinto habitable, bastante estre-

cho por cierto, con solo cinco á siete metros de ancho, el cual está ocupado por las cinco construcciones, exactamente, como ellas figuran en nuestro plano (fig. 39).

De la primera A, sólo quedan cuatro pilares ó macizos ya derrumbados, que dispuestos en rectángulo están separados entre sí por un espacio de un metro; y cada macizo mide un metro de ancho por dos de largo.

Á los doce metros nornoroeste de esta original construcción, hallamos una torre circular B, que descansa como el edificio C que la sigue, sobre grandes peñascos. Esta torre tiene 4 metros de diámetro, su pared, del lado de adentro, 1^{m}40 de alto, y hacia el sur se abre una estrecha salida de apenas 40 centímetros de luz.

La construcción C, corresponde á un recinto rectangular, perfectamente orientado de sur á norte. Es la mayor de todas, con 8 metros de largo y 5 de ancho, ocupa el lugar más elevado de la misma cumbre del filo. La pirca tiene unos 40 centímetros de espesor y en aquella que hace la pared del lado oeste, la única que está aún en pie y visible desde abajo del cerro, se halla además una puerta de 55 centímetros de abertura.

De las otras dos piezas, D y E, rectangulares también, sólo quedan marcadas sus bases. Ellas están situadas al lado opuesto de las mencionadas más atras: son pequeñas de 2 por 3 y 3 por 5 metros de ancho y largo respectivamente y tienen también sus vanos de salida en los sitios donde lo indica el dibujo.

Desde la última pirca E, el angosto filo del morro baja rápidamente unos 150 pasos derecho al norte; luego con mayor pendiente aun, dobla hacia el este, y unos 50 pasos más adelante llega á una pequeña plataforma que se confunde con las sinuosidades de las mismas faldas; éstas se hallan cortadas á la vez por profundas gargantas.

Aprovecharon este descolgadero los antiguos, para transformarlo en un camino, por donde tenían una subida relativamente cómoda hasta la cumbre del cerro. Con tal fin, gran parte de este filo ha sido pircado, y de trecho en trecho se encuentran lajas escalonadas, sobre todo en los sitios donde el terreno tiene más declive; y esta escalinata llega hasta la construcción mayor (C) de la cima, donde aun está muy visible.

Por otro lado, la subida estaba perfectamente defendida, como consta por restos de las pircas, y torre circular que aun existe al pie de la primera bajada. La plataforma á la terminación del filo está cercada por un muro cuadrilátero bajo, de unos 35 metros por 20, con otro formando un martillo cuadrado al nordeste; este último es bastante alto, de unos cuatro metros por costado, y viene á dar sobre el mismo borde de la plataforma.

De allí parece que el camino continuó bajando hacia el nordeste al abrigo de las defensas, que están distribuídas sobre las ásperas laderas

y en las mismas quebradas ó gargantas del cerro, de manera que habría sido casi imposible cualquier tentativa de asalto por esta parte.

La breve relación que antecede, basta para darse uno cuenta de la importancia de esta posición é inteligencia de sus moradores, una y otra cosa puestas ya de relieve en la amena descripción de Quiroga. El mismo autor menciona el descubrimiento de cuatro grandes menhires [1] hallados sobre uno de los morros al nordeste del Fuerte, de los cuales no hemos hallado rastro, ya porque hayan sido destruídos, ya porque no pudimos dar con su ubicación.

§ III

CEMENTERIOS Y SEPULCROS

En las siguientes líneas, á grandes rasgos, daremos algunos detalles sobre el tipo de sepulturas halladas en nuestra rápida exploración y mencionaremos también los dos enterratorios de donde procede la mayor parte del material arqueológico adquirido durante la breve permanencia en esa localidad. Es de sentir que los que realizaron las excavaciones para obtener estos objetos, no hayan observado todas las precauciones indispensables en tales casos. Afortunadamente, conocemos la procedencia cierta de los hallazgos, dato que nos permitirá aventurar opinión al respecto.

Para que un estudio de los enterratorios y de las excavaciones sea prolijo, sistemático y escrupulosamente llevado, debe de estar siempre correlacionado con el examen de las viviendas del pueblo á que perteneciran. Lástima grande es que, por lo general, entre nosotros han sido descuidados estos detalles desde un principio; y, es tanto más sensible en este caso, por tratarse de una localidad de la cual se han sacado materiales tan numerosos como interesantes, que se hallan actualmente diseminados en las grandes colecciones del país y del extranjero.

Sorprende el número de cementerios y la enorme cantidad de objetos arqueológicos extraídos de Fuerte Quemado, al parecer fuera de toda relación con la importancia de esta población. Es de suponerse, pues, que se trata de un centro muy antiguo y habitado durante largas épocas, por varias generaciones, acaso de origen étnico muy distinto, como podría deducirse de las construcciones y objetos que ellas nos han dejado.

[1] Á estos nos hemos referido en la nota 1, página 13.

Los enterratorios, hoy casi todos profanados, son muchos y constan generalmente de buen número de sepulcros agrupados, y excavados en los derrumbes que se hallan en la base de algún cerro, siendo más frecuentes en el lado nordeste del cordón principal (lám. X). Se encuentran también, aunque más aislados, al pie de algunas lomas al extremo norte de la población, y al oeste de la misma cerrillada.

Nada hace sospechar en la actualidad la presencia de sepulturas, puesto que se hallan totalmente cubiertas por el material suelto que se ha desmoronado de las alturas, posiblemente durante largos siglos. Esta circunstancia nos permite suponer que, en un principio, todas estas construcciones funerarias hayan estado perfectamente visibles sobre el nivel del suelo, como sucede en los casos en que no han intervenido dichos derrumbes.

Examinando más tarde los escombros de las sepulturas ya excavadas por otros, que se hallan al pie de los cerros, pudimos observar que todas ellas son más ó menos de una misma construcción, por consiguiente podríamos considerarlas como típicas de la localidad [1]. Todos los sepulcros son más bien pequeños, de forma más ó menos circular ú ovalada, á veces rectangular, con sus ángulos mal definidos, y cuyo interior casi nunca excede de $1^{m}50$ á 2 metros de diámetro y un metro de altura, mejor dicho de profundidad. Sobre el propio piso del sepulcro descansan los restos fúnebres y se alzan las paredes formadas por lajas muy delgadas y largas, de un solo tamaño, y colocadas como duelas de barril; á menudo estas paredes son inclinadas de tal modo que el diámetro de la parte de arriba supera al de abajo, diferencia que les ha valido el nombre local de « hornos ».

En ciertas ocasiones hemos observado, que por la falta de lajas laterales bastante largas, y para aumentar la altura, se sobrepone á éstas una pirca de piedras colocadas horizontalmente; en este caso el diámetro máximo está en la parte donde descansa la pirca sobre las lajas; sólo en raras ocasiones, tal vez por la carencia de lajas de conveniente tamaño, hemos hallado sepulcros más ó menos cuadriláteros, pero pircados con piedras pequeñas desde su propia base.

Por lo que se ve, y sin excepción alguna, todas estas construcciones se han tapado con piedras muy grandes y chatas, que estarían ó no á la vista; pero que hoy por hoy se hallan cubiertas por una capa de ripio y pedregullo de medio metro y más de espesor.

Desgraciadamente, ningún dato preciso se ha podido obtener sobre la disposición de los sepulcros entre sí, ni de los hallazgos en el interior

[1] Me refiero aquí solamente á las excavaciones recientes, y lugares de donde proceden nuestros objetos. De las excavaciones anteriores, pocos vestigios quedan aún, pero según mi acompañante las sepulturas aquéllas pertenecían al mismo tipo.

de los mismos. Parece que éstos se distribuían sin orden alguno, ya muy arrimados unos á los otros, ya separados. En cuanto á su contenido, se nos ha asegurado que en todos los casos la osamenta era poca, pero la alfarería mucha; y que del panteón que representa nuestra vista lámina X, los hermanos Guerra descubrieron como 200 objetos, en una extensión de unos 800 metros cuadrados, sin contar las piezas desperdiciadas que se hallan aun desparramadas por el suelo.

El otro cementerio del cual procede la colección rotulada *Molino del Puesto,* merece una descripción especial, por la factura tan inferior de los objetos, como luego veremos. Este cementerio descubierto y excavado por el vecino José Méndez, pocas semanas antes de nuestra llegada,

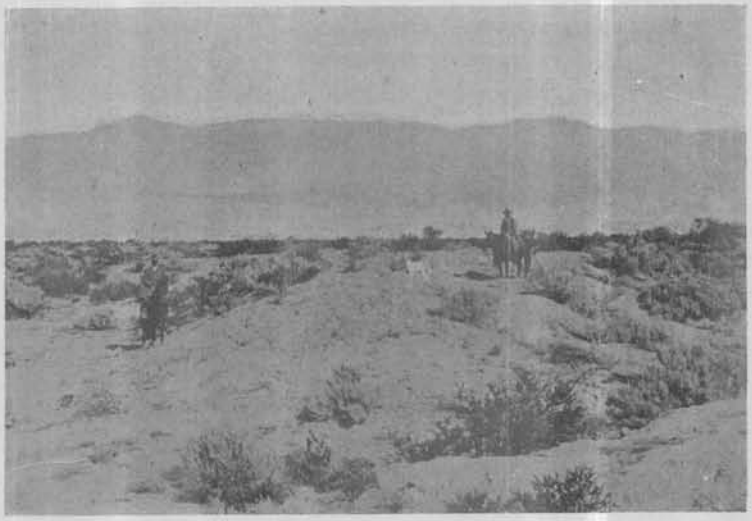


Fig. 40. — Aspecto actual del cementerio próximo á Molino del Puesto

se halla como á tres kilómetros al sudeste del anterior, en la misma llanura del valle, distando de Molino del Puesto, propiedad de Manuel Gómez, apenas un kilómetro, rumbo al este.

En esta parte del valle el terreno se presenta bastante desigual y ondulado, entrecortado á veces por los torrentes que bajan del alto, los que han acumulado en algunos lugares pequeños montículos de ripio y otros depósitos fluviales. Precisamente una de estas elevaciones fué la que ha servido en el presente caso, para convertirlo en el panteón de donde proceden muchos de los objetos comprados á Méndez.

Ya dijimos que por la factura tosca, estos objetos se diferencian completamente de aquéllos sacados de los enterratorios arriba mencionados, y no cabe duda que ellos pertenecen á un *Kulturlager* muy distinto; observaciones ulteriores resolverán, si es anterior ó posterior al de la al-

farería tipo Santa María. Según noticias proporcionadas por Méndez, parece que muy poco cuidado se ha tenido para construir los sepulcros que pertenecen á este panteón: á menudo, una simple pirca de forma más ó menos rectangular ú ovalada, pero de gran extensión, debe haber formado un grupo de sepulturas, las que se hallaban separadas entre sí por una que otra hilera de piedras.

§ IV

MATERIAL ARQUEOLÓGICO

Los objetos que nos proponemos describir en este párrafo, no proceden, como sería de desear, de excavaciones sistemáticas; pues faltan los antecedentes y detalles sobre los hallazgos, que deberían acompañarlos siempre; sin embargo, no por ello desmerece su interés, tanto más cuanto que por lo menos podemos tener confianza de que su origen es fidedigno. La colección adquirida de José Méndez, la había formado él personalmente, y poco antes de nuestro paso por aquella villa, había hecho las excavaciones en el enterratorio próximo á Molino del Puesto, lo que pudo comprobarse *in situ*. La colección comprada á José Martínez, comerciante de Fuerte Quemado, la obtuvo él á su vez de los hermanos Guerra, convecinos y hábiles buscadores de antigüedades, quienes nos acompañaron hasta los sitios donde hicieron las excavaciones de que hablamos ya en otro lugar. Por último, las grandes urnas que nos vendió Inocencio González, las obtuvo de los mismos Guerra, por una pequeña deuda que ambos resolvieron cancelar mediante esta venta.

Sin otros detalles precisos sobre los hallazgos, y por tratarse de un material en parte completamente homogéneo en cuanto á su decoración, haremos la enumeración en conjunto, señalando como de Molino del Puesto ó sólo con la letra M, todos aquellos objetos que Méndez nos dijo haber extraído del panteón próximo á la propiedad de Manuel Gómez.

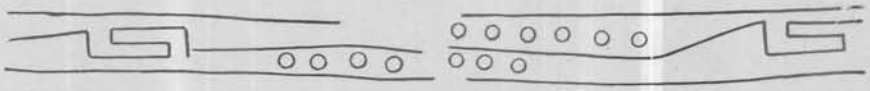
Escudillas ó «pucos»

Pucos negros. — De todos los objetos obtenidos de esos lugares y en las condiciones arriba expresadas, los más son las escudillas, llamadas pucos [1]. Comenzaremos su descripción con los de una clase bien cono-

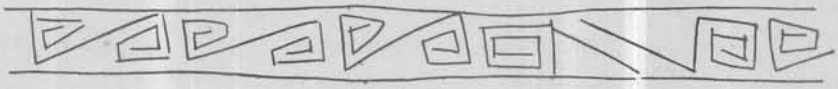
[1] Conservaremos el nombre local *puco* (véase nota 2 de la página 16), para toda la serie de escudillas ó tazas, si bien de formas bastante heterogéneas, tanto más cuanto que aun no se han establecido términos especiales para los distintos tipos de estos vasos.



a Fuerte Quemado. N° 212, Col. M. L. P.



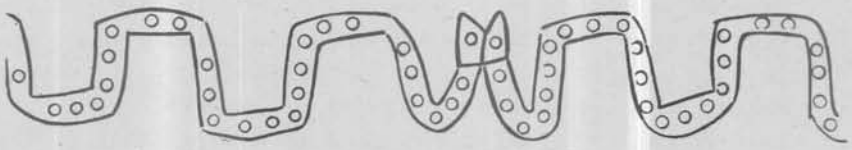
b) Fuerte Quemado. N° 208, Col. M. L. P.



c) Fuerte Quemado. N° 203, Col. M. L. P.



d) Molino del Puesto. N° 207, Col. M. L. P.



e Fuerte Quemado. N° 201, Col. M. L. P.



f) Fuerte Quemado. N° 206, Col. M. L. P.

Fig. 41. — Ejemplos de ornamentación grabada sobre diversos pucos

cida: los de alfarería negra; de éstos tenemos unos catorce ejemplares, seis de ellos completamente lisos, sin adorno alguno; los otros, provistos de una guarda ó faja grabada en el margen exterior.

Salvo diferencias insignificantes, estos pucos corresponden morfológicamente á un solo tipo: de forma subhemisférica, altura reducida, con base circular y cóncava; la pared superior proyectada ligeramente hacia el interior del recipiente, que siempre está desprovisto de asas.

El modelado está bien hecho, de pasta uniforme, arcillosa; la superficie perfectamente alisada y, ya por fuera, ya por dentro, ó también en ambos lados, negra, muy bien pulida.

En cuanto á las dimensiones, el ejemplar más pequeño de la serie sin guarda (n° 213) tiene 45 milímetros de alto y 90 de diámetro; el más grande mide 80 y 180 milímetros respectivamente.

El puco número 211 es, por excepción, de forma más alta, sus paredes son rectas, se ensanchan gradualmente hasta el mismo borde y ambas superficies están bien pulimentadas.



Fig. 42. — Pequeño vaso de triple cintura. N° 81, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Los pucos grabados son de igual forma que los lisos. El ejemplar número 214, procedente de Molino, es pequeño ($0^m04 \times 0^m07$), y su guarda idéntica á la del puco número 212, que representamos en la figura 41 *a*.

Para simplificar nuestra descripción hemos reproducido los esquemas de las diferentes guardas en la figura 41 *a-f*. Como se ve, se componen en su mayor parte de figuras geométricas, formadas de líneas rectas y curvas, combinadas alguna vez con pequeños círculos ó con grecas y meandros.

Solamente en los pucos número 201 y 206, la guarda está formada por la representación de la serpiente, figurada como faja quebrada con pequeños círculos estampados: en uno de estos vasos, el ofidio está reproducido con más naturalidad; y en éste mismo, la superficie externa es de color gris, pero negra por dentro.

Sea dicho de paso, todos los dibujos han sido grabados con bastante profundidad y antes de la cocción, estando aún blanda la pasta.

Pequeño vaso de triple cintura. — Citaremos por separado un pequeño vaso, que si bien es de forma distinta á la de los otros recién descriptos, pertenece también á la alfarería grabada.

Como se ve por la fotografía figura 42, se compone de tres partes superpuestas, de manera que dan lugar á una triple cintura, terminando la superior en un labio, inclinado hacia afuera. Las tres partes que componen este vaso están adornadas por fajas de dos líneas paralelas, sepa-

radas por series de pequeños círculos estampados, visibles perfectamente en nuestra reproducción, como también el lugar donde estaba colocada el asa que falta.

Pucos rojos sin decoración. — Los pucos sin decoración, representan los ejemplos más simples de la alfarería colorada, pero no por esto son más abundantes; por el contrario, casi todos los ejemplares de nuestra colección están artísticamente decorados.

Desprovistos de toda ornamentación tenemos tres pucos sacados del cementerio de Molino, que merecen ser mencionados por su forma perfectamente hemisférica, sin base ó con ésta apenas manifiesta. Sobre todo uno de estos pucos (n° 191), ha sido modelado con especial cuidado; las paredes son siempre gruesas, perfectamente lisas en ambos lados, pero el material empleado para la fabricación contiene mucha mica; en cuanto á sus medidas, alcanzan á unos 10 centímetros de alto y poco menos de 20 de diámetro.

Algunos otros pucos de la misma factura se distinguen por su forma menos convexa y la parte inferior más bien cónica, que termina en una base acentuada por una pequeña depresión circular. Dos ejemplares bastante grandes de este tipo, proceden también del cementerio del Molino.

De otros dos pucos de Fuerte Quemado, uno, el número 149, es muy pequeño ($0^m03 \times 0^m07$ de alto y diámetro respectivamente), muy bien alisado y pintado de rojo; el otro, de doble dimensiones, muestra la parte de arriba visiblemente inclinada hacia el interior.

Pucos decorados. — Las escudillas ó pucos de que vamos á tratar en este párrafo, son del tipo común, de forma subhemisférica, más bien subcónica, si bien con diferencias en el tamaño: ellos carecen de asas y son siempre de color rojizo con dibujos negros.

Esta decoración se compone de líneas rectas y también curvas, dispuestas siempre en guarda ó faja más ó menos ancha, que ocupa toda la circunferencia en la parte labial del recipiente.

El adorno más sencillo consta, en uno de los ejemplares, de dos líneas paralelas; se repiten en otro, pero aquí más distanciadas, y el espacio entre ellas está ocupado por puntos algo gruesos.

De Molino tenemos un puco (n° 173) que lleva una especie de faja formada solamente por triángulos negros, con los vértices dirigidos hacia abajo; un esquema parecido se nos presenta en el ejemplar número 162, de Fuerte Quemado; las fajas en éste son dos y dentadas en forma de serrucho, una debajo del borde, la otra en el medio del puco, con los picos en sentido opuesto á los de arriba.

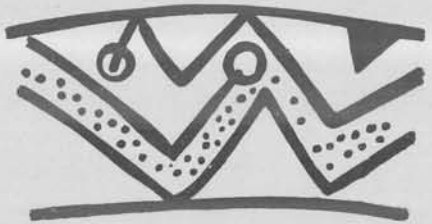
En la guarda, figura 43 *a*, tenemos una decoración rectilínea, común á varias tazas, que se repite con algunas variantes en otros ejemplares.



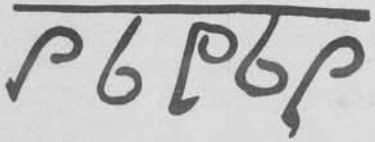
a) Fuerte Quemado. N° 169, Col. M. L. P.



b) Molino del Puesto. N° 200, Col. M. L. P.



c) Fuerte Quemado. N° 170, Col. M. L. P



d) Fuerte Quemado. N° 144, Col. M. L. P.



g) Molino del Puesto. N° 104, Col. M. L. P.



e) Molino del Puesto. N° 140, Col. M. L. P.



h) Molino del Puesto. N° 141, Col. M. L. P.



f) Fuerte Quemado. N° 175, Col. M. L. P.



i) Fuerte Quemado. N° 189, Col. M. L. P.

Fig. 43. — Ejemplos de guardas pintadas sobre pucos rojos

Mencionaremos en este lugar el pequeño puco número 147, de factura tosca, con base y un asa pequeña, antropomorfa, en la orilla. La guarda es sencilla, formada también por rombos entre dos líneas horizontales, con puntos negros en su centro y en los triángulos de arriba.

Otro puco de forma excepcional, bajo y de paredes como de cono truncado, con dos pequeñas asas simétricas, colocadas sobre el mismo borde, conserva aún vestigios de una guarda parecida á la anterior, pero combinada con varios círculos.

El ejemplar número 186 M de la colección, tiene las líneas dispuestas en tal forma, que los rombos son más alargados en sentido horizontal, con otros incluídos dentro de los mismos y todo ello con bastante simetría; el espacio entre uno y otro rombo lleva los puntos negros tan conocidos.

Otra variante se consiguió (n° 165) con las mismas dos líneas, que encierran rombos libres con otros manchones de la misma forma en el medio, todo más ó menos asimétrico; los rombos principales en los puntos de contacto tienen sus ángulos pintados, para formar unos triángulos negros. En la parte inferior de la guarda, los espacios triangulares que resultan, llevan también unos piquillos negros que más ó menos condicen con las líneas que los limitan. En la figura 43 *b*, la faja usual es completamente asimétrica y caprichosa, pero se ve que resulta de líneas y triángulos con apéndices contrapuestos.

El puco número 170, figura 43 *c*, es muy curioso, porque las líneas en zigzag de la ornamentación usual imitan la forma de serpiente aunque muy estilizada, como resulta de los círculos en que terminan las quebradas, base del dibujo; los puntos que llenan el campo del esquema representan las manchas del ofidio y dos de los vacíos triangulares superiores llevan su triángulo invertido.

En la figura *e*, se representa en parte el esquema de otra taza, que se explica por sí solo: es una combinación de líneas y espirales que nacen de triángulos.

La figura 43 *g* representa también parte de la guarda de otro puco, aun más caprichosa que las anteriores, pero que ocupa el mismo lugar y se ciñe á las mismas limitaciones: un espacio cuadrilongo con puntos, dos series de piquillos (2 y 2), otra de triángulos que acaban en espirales y otra de unas S, muy conocido tema de aquellos artífices.

La figura 43 *f* corresponde á un puco de pequeño tamaño, del cual se ha conservado solamente el adorno que representa nuestro esquema.

Algunos vasos con guarda marginal que tenemos aún que mencionar se diferencian de los citados, por tener también en la parte interior dibujos que parecen indicar algo como fajas.

En los pucos número 143 y 144 (fig. 43 *d*) y al exterior de la línea negra

marginal, se desprenden ganchos que encierran otros contrapuestos que suben del espacio inferior. En el interior van pintados unos ángulos formados por dos líneas paralelas, y cuyos espacios están colmados por gruesos puntos.

Se puede hacer referencia á una escudilla que por fuera tiene unos triángulos groseramente cuadriculados, como guarda, y en el interior una faja mediana con espirales.

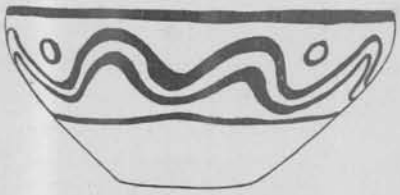


Fig. 44. — Decoración del puco nº 150 M Col. M. L. P. ($^1/_3$ del nat.)

También se incluirá aquí otro ejemplar, cuya ornamentación exterior se reproduce en la figura *h*. El interior lleva esas espirales dobles en forma de S opuestas una á otra, símbolo que reaparece en el número 178 de la colección.

Por último, el puco número 189 es de una factura y ornamentación muy superior, como se verá por el esquema que representa en su integridad la guarda exterior (fig. *i*), muy complicada y poco común. La exactitud del calco hace innecesaria toda otra descripción. Los ejemplares de este tipo son dos, casi iguales en forma, tamaño y ornamentación.

El pequeño puco figura 44, número 150 M, se adorna con líneas onduladas y circulillos en los vacíos de arriba.

La diversidad en los caracteres morfológicos de nuestros pucos se manifiesta también en su ornamentación, pues, no siempre hallamos concordancia entre las formas y su decoración. Tal vez sería posible agrupar todas estas piezas de mejor manera; pero seguro es que habrá siempre alguna contradicción, debido á que el material es demasiado heterogéneo. Dado el carácter de simple enumeración á que nos sometemos, no sería extraño que alguna vez lleguemos á citar tal ó cual ejemplar que estarían mejor colocados en división aparte; verdad es que hemos tratado de reunir ciertas piezas especiales, considerando los detalles de su decoración exterior como razón de origen para esta agrupación. Después de estas explicaciones, pasemos á examinar los objetos.



Fig. 45. — Taza hemisférica. Nº 155 Col. M. L. P.

De las dos tazas números 155 y 157 de la colección, una de ellas está representada en la figura 45. Como se ve, tiene forma casi perfectamente hemisférica, sin aplanamiento alguno en la base; estando provis-

tas de una pequeña asa vertical al borde, y del lado opuesto, con el dedo, se ha producido una depresión hacia adentro. Del lado de afuera se ven triángulos negros, dispuestos en dos filas, limitada la inferior por una línea circular mal trazada, que falta en el segundo ejemplar; allí los triángulos inferiores resultan más bien manchones subovalados é irregulares. En el interior de las dos tazas se advierten líneas y otros dibujos bastante borrados.

Otro ejemplar (nº 154 M), en color y tamaño, se parece á los anteriores, pero su forma es más cónica con base bien pronunciada. Dos protuberancias ó pegotes, como á la mitad del vaso, hacen las veces de asas, y cuatro pequeños pegotes más, dispuestos en cruz y con algunas incisiones, sirven de adorno al borde.

Toda la decoración ha sido muy groseramente ejecutada; en la parte exterior hay líneas muy irregulares, verticales, con algunas oblicuas que determinan cuatro ángulos ó cheurrones desiguales, con sus vértices hacia abajo, sobre una línea circular en la base. En el interior, el vaso está cubierto con líneas muy onduladas, entreveradas con rectas de trecho en trecho y pequeños redondeles en algún espacio.

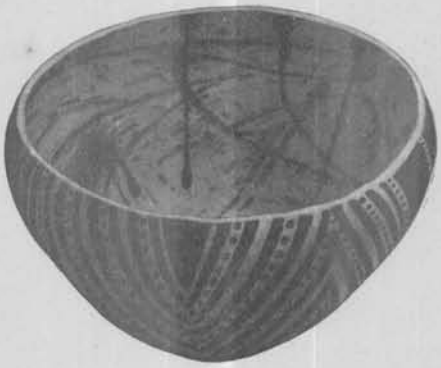


Fig. 46. — Taza con decoración exterior rectilínea en su interior las salpicaduras típicas. Nº 156, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Intercalamos también aquí tres pucos, dos de ellos, altos, grandes, de tipo muy general, pero distintos de los anteriores, por su ornamentación exterior, que consta de series de cheurrones, incluídos unos dentro de otros, formados de rectas paralelas sembrados de puntos negros.

De estos recipientes el número 156 es algo más tosco y su interior sólo lleva unas salpicaduras que hacen las veces de dibujo, lo que es bastante común en la alfarería de aquellos lugares. El color del fondo es más bien bayo que rojizo. Es de notar que las series de estos cheurrones alternan los vértices, unas veces para arriba, otras para abajo. Algunos de los vacíos se completan con triángulos negros, y de la región de las asas laterales, se desprenden dos de ellos que se extienden del borde hasta el asiento. Las asas faltan, pero han sido del tipo usual en los pucos, á saber un reborde semicircular abierto hacia abajo.

El otro ejemplar que merece ser descripto, es un puco grande, de 15 centímetros de alto por 29 de diámetro, de forma subhemisférica, base pequeña, ligeramente cóncava y pronunciada en el interior, donde

aparece convexa; las paredes son perfectamente lisas. Su color es rojo obscuro, por dentro más pardusco. Del lado exterior la decoración es semejante á la del ejemplar precedente, pues consiste de cuatro series, parecidas á las anteriores, de cheurrones invertidos que bajan hacia la base, sembrados éstos de puntos negros, algo alargados y con triángulos negros en los vacíos superiores.

Estas cuatro series están separadas una vez por dos fajas verticales, groseramente reticuladas, y por otras dos, inferiormente onduladas, que bajan en la parte de las asas en forma de doble línea, adorno muy típico en esas localidades.

La decoración del interior (fig. 47) se compone de dos fajas angostas y cuadriculadas, que hacen cruz con otras dos muy anchas, ajustadas las cuatro á la superficie por cubrirse. Las dos más anchas constan de dos bandas laterales, onduladas como en las dichas del exterior, y en el espacio entre ellas están dos figuras zoomorfas, que representan batracios.



Fig. 47. — Ornamentación interior del puco con fajas en cruz. N° 111, Col. M. L. P. (1/5 del nat.).

Pucos con decoración serpentiforme. — En este párrafo vamos á tomar en consideración un buen número de escudillas bastante parecidas, no sólo en cuanto á sus formas sino también por el hecho de que su decoración del lado exterior presenta siempre un dibujo serpentiforme. Como excepciones, empero, y como introducción á esta serie de vasos, empezaremos en este lugar con cuatro ejemplares, números 106, 124, 166 y 187 de la colección, que ofrecen una ornamentación distinta: en dos de ellos, la serpiente está substituída por cuatro espirales, que se inician junto al mismo borde; mientras que en los otros, las espirales son simples, libres ó unidas en forma de una S volcada, y representan un dibujo serpentiforme muy simplificado, completado en un vaso con triángulos negros, en los vacíos que ocupan el sitio de las asas; éstas faltan en los cuatro ejemplares. Se previene aquí, que los números 106 M y 124 tienen ornamentación interior que será representada más adelante en el esquema figura 56.

En su mayor parte, éstos pucos tienen forma subhemisférica, á veces más ó menos modificada en la porción que viene á formar la base; están casi siempre provistos de asas, marcadas simplemente por un reborde postizo, semicircular ó en forma de herradura, siempre boca abajo.

Pertenecen todos á la alfarería rojiza; muchos pintados de un hermoso color lacre ó de un rojo sangre subido, y parecen tener una pátina protectora ó especie de barniz, que ha contribuído notablemente á la conservación de las pinturas.

El dibujo de las serpientes se repite en las dos mitades del vaso, asas por medio, ó separado alguna vez por unas líneas en ángulos. La serpiente es un símbolo muy usado en toda la alfarería de aquellas regiones; ella se representa por dos líneas paralelas que se desarrollan usualmente en forma de S volcada, con el interior del cuerpo llenado con líneas transversales : en otros casos, está dividido por secciones, en las cuales se pintaron alternadamente estas líneas transversales y otras en sentido longitudinal. Las dos figuras 48 y 49 representan una de estas serpientes típicas y la modificada.

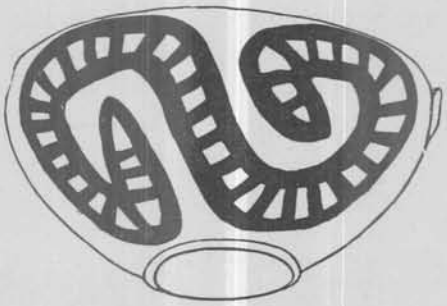


Fig. 48. — Decoración serpentiforme típica

Si examinamos ahora estos pucos por su decoración interior, encontraremos, al contrario de la exterior, una ornamentación lo más variada posible. Querer describirlos detalladamente uno por uno, sería tarea larga y fastidiosa, hasta cierto punto imposible, y no resultaría tan provechosa como la representación de dibujos esquemáticos, lo que haremos de las piezas más interesantes de esta colección.



Fig. 49. — Decoración serpentiforme modificada del puco N° 103. Col. M. L. P.

Ante todo empezaremos por distribuir los pucos de este tipo en dos grandes divisiones : una que lleva ornamentación serpentiforme, simple ó combinada con dibujos geométricos: la otra que se limita á dibujos sólo de este último tipo.

Primera división : de los siete pucos que corresponden á ésta, uno de ellos lleva cuatro figuras de serpientes, más bien vermiformes, que se extienden sobre toda la superficie interior, menos el fondo. Se caracterizan por el cuerpo anterior recto, que arrancando de dos lóbulos negros, en forma de cabeza convencional, se enrosca luego en espiral, adelgazándose hacia el ápice.

El cuerpo en tres de los casos lleva su cuadriculado, adorno que se

trueca en puntos negros en la cuarta figura. En su colocación, estas serpientes se alternan, las unas con la cabeza para arriba, las otras con la misma hacia el fondo, y una de ellas lleva una cruz pintada en el vacío que forma la parte posterior enroscada.

Los detalles de las diferentes formas de serpientes y de su ornamentación complementaria, se dejan ver tan claros en nuestros dibujos, que nos evitan largas descripciones: es una ornamentación simétrica, en la que el ofidio se repite igualmente en la otra mitad del vaso.

En algunos ejemplares, la serpiente se ha dibujado con dos cabezas, una en cada extremidad (fig. 50); en otros, va ella figurada con cabeza y cola (fig. 51), ó más simplificada, en forma de cinta que termina en dos colas, y éstas enroscadas (fig. 52). En conjunto, algunas de estas representaciones son artísticas, y de aspecto agradable, y pueden considerarse como figuras típicas, aplicadas á muchísimos objetos de toda la alfarería regional. Á los detalles del adorno del cuerpo de estos ofidios, que figuran en nuestras esquemas, pueden agregarse los del puco número 100, en el cual aun se distinguen (casi borradas) serpientes con cabezas en sus dos extremidades, pero de formas idénticas á las del puco figura 52; el cuerpo lo constituye una guarda de grecas con triángulos negros, escalonados, decoración muy usual que reaparece en muchos objetos de nuestra colección.

Excepción hecha de los primeros dos pucos mencionados en esta serie, las figuras serpentiformes van siempre separadas entre sí: en dos de los casos, por simples fajas reticuladas, ó como en el ejemplar figura 52, por dos triángulos contrapuestos; otras veces, por guardas más complicadas, como lo demuestra el puco figura 53, donde vemos los mismos dibujos geométricos que se notan en ejemplares de la segunda serie.

Antes de pasar á la clase de pucos con adornos puramente geométricos, vamos á describir el curioso ejemplar figura 54. En éste se representa al ofidio en una forma algo más que convencional, hasta fragmentaria, á juzgar por el dibujo que se ve en la parte anterior izquierda del esquema y por los cheurrones con pintas negras; también la disposición de las guardas atravesadas constituye en este caso un ejemplo poco común y caprichoso. En este ejemplar, las asas forman dos protuberancias contiguas y arrimadas al borde.

Segunda división: Corresponden á esta categoría diecinueve pucos, cuya decoración interior está formada por figuras geométricas, y la exterior por dibujos serpentiformes. Respecto á este último detalle, conviene hacer constar que en cinco ejemplares agregados sin embargo á dicha serie, la decoración ha sido modificada en el sentido, que las serpientes ocupan aquí solamente la parte infero-exterior del recipiente, mientras que la parte superior lleva una guarda marginal, compuesta de triángulos ó escalones y con grecas contrapuestas del tipo usual; á los costados,



Fig. 50. — Fuerte Quemado. Nº 99, Col. M. L. P.



Fig. 51. — Molino del Puesto. Nº 101, Col. M. L. P.



Fig. 52. — Molino del Puesto. Nº 103, Col. M. L. P.



Fig. 53. — Fuerte Quemado. Nº 98, Col. M. L. P.



Fig. 54. — Fuerte Quemado. Nº 110, Col. M. L. P.



Fig. 55. — Molino del Puesto. Nº 115, Col. M. L. P.

(Diversas decoraciones asimétricas, serpentiformes y geométricas en el interior de pucos rojos)

esta ornamentación se halla limitada á veces por líneas ó fajas verticales, en la región de las asas.

Todos estos vasos son más ó menos subhemisféricos, del tipo común; la mayor parte miden unos 2 centímetros de alto y 20 á 25 de diámetro: el ejemplar más grande, 15 y 30 centímetros respectivamente. Las asas faltan en algunos ejemplares, casi siempre son semicirculares ó en forma de herradura, y en otros pocos, las substituyen dos pares de protuberancias más ó menos contiguas.

Sucede con la mayor parte de nuestros pucos, como con muchísimos otros que se conocen de aquellos lugares, que la ornamentación trazada en el interior del recipiente, se proyecta en ocho secciones, fraccionadas en cuatro principales; éstas, dispuestas en forma de cruz de Malta, presentan dibujos simétricos, en sus dos lados opuestos, cuando no se repiten siempre los mismos en las cuatro divisiones. Esta ornamentación está compuesta de líneas rectas, quebradas ú onduladas, de triángulos simples ó escalonados, combinados con grecas ó elementos espiralados, que en ocasiones vienen á formar un conjunto curioso, pero complicado, y tan general que llega á ser típico.

Los cuatro vacíos ó espacios entre la ornamentación principal, están ocupados por dibujos de valor secundario, donde predominan triángulos negros y alargados. Por último, el centro del vaso está limitado por una línea circular, ó por otras que vienen á cerrar las cuatro fajas en esta parte.

Antes de enumerar los ejemplos que corresponden á este tipo, tenemos que mencionar algunos dibujos que se apartan algo de lo común. Principiaremos por el puco número 126 de Molino del Puesto. De un círculo central se dirigen líneas rectas ó radios hacia la periferia, sobre las cuales descansan, siempre de un solo lado, dos grandes triángulos negros con sus hipotenusas escalonadas y vértices truncados. Esta ornamentación algo irregular y asimétrica está dividida en dos mitades por triángulos angostos y muy alargados.

Nuestra figura 55, reproduce fielmente la ornamentación de otro puco de la misma procedencia que el anterior; por la claridad de aquélla no entraremos en explicaciones, y sólo haremos constar que la serpiente del lado exterior es algo distinta del tipo común.

La figura 56 representa un ejemplo de la decoración característica que se repite con ciertas variantes, en siete pucos, sacados de las sepulturas de Fuerte Quemado. En ciertas ocasiones, la ornamentación de las guardas principales no lleva sino una sola greca combinada con las líneas diagonales y onduladas, y los vacíos entre dichas fajas llevan líneas en cheurrones, que en otros casos son paralelas onduladas, completadas con tal ó cual dibujo, en vez de los triángulos negros usuales.

Naturalmeute, la proyección que ostenta el puco figura 57, es otra variante de la misma decoración; y en el pequeño vaso número 105, también de Molino, los adornos de las cuatro fajas se componen de dos motivos distintos: el uno, del tipo usual con grecas, el otro, compuesto de triángulos negros alternados, con una línea mediana en zigzag, pintada en los vacíos; en este puco, como en el anterior, sólo hay triángulos negros en dos de los espacios; los otros dos están vacíos.

Á mero título de información, daremos á conocer algunos pucos más, haciendo abstracción de otros de menor interés ó en parte mal conservados.

El ejemplar número 113 M es curioso por tener una mitad de su superficie exterior pintada de rojo, y la otra de amarillento pálido.



Fig. 56. — Fuerte Quemado. N° 122
Col. M. L. P.



Fig. 57. — Molino del Puesto. N° 117
Col. M. L. P.

Decoraciones simétricas formadas por dibujos geométricos usuales

La decoración consta de guarda en la parte superior y de serpiente en la inferior. En el interior se repiten los dibujos que acabamos de ver en los pucos anteriores: esta vez las fajas son anchas, en dos de ellas hay triángulos con grecas, y en las otras dos, figuras romboidales, de líneas diagonales, rectas y onduladas, que llevan también alguna greca en el interior, resultando el conjunto un adorno típico.

Una decoración bastante sencilla vemos en el pequeño puco número 107, cuya ornamentación principal se compone de dos guardas cuadriculadas, y de otras dos con ángulos ó cheurrones dobles, interlineados; en el centro de este puco se ha pintado una especie de asterisco.

Otra escudilla (n° 125), tiene la decoración muy apretada, formada de cuatro anchas bandas en cruz, dos de ellas jaqueladas, y otras dos con triángulos alternados, combinados con líneas rectas y onduladas que las separan. Los cuatro espacios están ocupados por líneas onduladas y paralelas, y todo ello forma una composición bastante compleja.

En el esquema del puco número 118, se repiten los mismos motivos en las cuatro secciones, que constan de grandes triángulos negros alternados, separados por una faja doble, paralela á las hipotenusas de los triángulos : el espacio entre las dichas líneas se adorna con otra ondulada, y cuatro triángulos alargados ocupan los correspondientes vacíos que dejan los cuatro brazos de las bandas en cruz.

Puco con decoración ornitomorfa. — Á los diversos tipos de pucos que acabamos de mencionar, debemos agregar uno más, de alfarería colorada, que por su factura esmerada y los motivos de decoración



Fig. 58. — Decoración serpentiforme estilizada del puco nº 97, Col. M. L. P.



Fig. 59. — Decoración ornitomorfa interior del mismo puco. ($^1/_4$ del nat.)

representa una de las piezas más notables de la colección; lo reproducimos en los dibujos de las figuras 58 y 59.

Se trata de un hermoso puco hemisférico, perfectamente simétrico, con base destacada, muy bien alisado y pintado de un lindo rojo obscuro; los dibujos, como siempre, son negros.

La decoración del lado exterior consta de una ancha guarda limitada por dos líneas horizontales, cuyo motivo principal es sin duda otra representación serpentiforme, muy estilizada y recticulada en el cuerpo. Los vacíos superiores é inferiores de esta figura convencional están ocupados por triángulos negros, algo irregulares y escalonados de un solo lado.

En el interior de este vaso vemos las dos hermosas figuras ornitomorfas, con los dos adornos en S, cuya descripción se hace innecesaria [1].

[1] Es indudable que este puco corresponde á la misma categoría que el ejemplar publicado por el profesor Outes, *Alfarería*, etc., 1907, pág. 20, plancha II, fig. 5, donde venimos á encontrar los mismos elementos maniformes ó en forma de alas, usados también en diversas alfarerías de otros lugares.

Pucos de fondo claro con dibujos negros. — Unos treinta pucos, si bien variados en su forma y detalles de ornamentación, podemos reunir en este párrafo, por el hecho de que todos ellos tienen el fondo exterior pintado de un color amarillento, más ó menos impuro ó blanquizco; los dibujos son negros y en ocasiones una que otra figura de color rojo. El interior es á veces del mismo color de fuera, pero generalmente más rojizo. Representan, pues, estos pucos un conjunto más variado, pero á su vez, otro tipo de alfarería tan característica y tan común de la región, como los pucos rojos que recién hemos enumerado.

Excepción hecha de algunos pocos, su forma es bastante cónica en la porción inferior, y las paredes arriba ligeramente arqueadas hacia el interior. Las asas faltan á veces, ó se marcan por un par de pequeños pegotes simétricos, unos redondos, otros alargados, verticales y contiguos; algunos son retorcidos, en forma de cuerda ó significan también alguna representación zoomorfa convencional; pero siempre estas asas se encuentran cerca del borde.



Fig. 60. — Decoración interior con guarda y salpicaduras usuales. N° 134, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Cuanto más variada se presenta la ornamentación en el exterior, tanto más pobre es ésta en el interior de los vasos, y nueve de ellos carecen totalmente de dibujo alguno; en otros doce, el adorno consiste apenas de las manchas ó salpicaduras usuales, completadas en uno de los casos con la linda guarda, que aparece en la figura 60.

En tres de los pucos, la ornamentación interior consta de dibujos geométricos, y en otros cuatro, de figuras zoomorfas.

De los tres primeros, en el número 127, parece que se inició un dibujo, como otros en cruz, pero sólo se alcanzó á formar uno de los brazos, constando de dos guardas contrapuestas, con tres triángulos negros en cada una, sobre líneas separadas por un claro del fondo.

La proyección del puco número 114 M, sobre fondo rojo, es tripartita, porque consta de tres anchas fajas trapezoidales, que arrancan de la circunferencia del fondo, separadas por gruesas líneas en los vacíos correspondientes. Estos dibujos están bien trazados, y son parecidos á aquellos de los pucos rojos, descriptos precedentemente; se forman de dos grecas triangulares, separadas por ciertas líneas usuales : una recta entre dos onduladas dispuestas en ángulo, y con uno que otro de los ángulos de dichas grecas llenados de negro.

El tercer ejemplar, número 160 de la colección, á que nos referi_

mos, de un tipo excepcional, de forma más esbelta, de base cónica; y sus paredes arriba bien arqueadas hacia adentro, terminan en un estrecho labio. El color del fondo es de un amarillo pardusco.

En las cuatro fajas que se ven en el interior, apenas quedan rastros de dibujos, que se han borrado al cubrirlos con la mano de pintura amarillenta que hoy se advierte: lo que tal vez se hizo, para hacer destacar más el color rojo, que cubre los cuatro espacios en cruz; éstos se juntan en el pequeño rectángulo central del mismo color; los espacios rojos se encierran con líneas negras, y otras de éstas, cortas, ocupan también la parte supero-interior del labio.

La decoración del lado de afuera, se compone de figuras losángicas ó rombos, dispuestas en dos cadenas oblicuas: cada una con cuatro rom-



Fig. 61. — N° 93, Col. M. L. P.



Fig. 62. — N° 94, Col. M. L. P.

Pucos con ornamentación serpentiforme estilizada ($^1/_4$ del nat.)

bos, producidos por líneas rectas que se cruzan, y encierran otras figuras análogas completamente libres, y en ocasión alguna de ellas con su punto central. Los espacios á ambos lados de los losanges se completan con los típicos triángulos ó escalinatas negras, juntas á simples listones y ángulos, separadas como de costumbre con puntos gruesos, y con triángulos reticulados, en el último vacío que dejan los ángulos superiores.

Esta ornamentación se repite en el reverso del puco, separada por fajas laterales reticuladas; en este caso, á las asas substituyen dos figuras zoomorfas, muy rudimentarias, formadas por un cuerpo alargado hacia abajo, y una cabeza con ojos que asoma sobre el mismo borde.

De los cuatro pucos con figuras zoomorfas, el ejemplar número 96 de la colección, lleva una serpiente muy mal dibujada, con cuatro líneas quebradas que ocupan los espacios libres; todo apenas se distingue sobre el fondo rojo obscuro del interior del recipiente.

Los dibujos en los otros tres pucos, figuras 61, 62 y 63 del texto, están

muy bien ejecutados, y los esquemas que de ellos reproducimos, harán innecesaria una descripción detallada. En el primero, la simbólica serpiente tiene su cuerpo formado por la linda faja, que podrá verse en la figura 61; mientras que el cuerpo del ofidio en el puco número 94 es linear, y en ambos son de dos cabezas, con las barbas tan usuales, representación bien conocida en otros ejemplos de esta clase. En dichos pucos, la superficie exterior se halla bastante deteriorada: en el número 93, la ornamentación lleva también serpientes lineales en forma de S, como lo veremos más tarde; el otro (n° 94) conserva solamente dos serpientes en relieve, postizas, de cuerpo vermiforme y ondulado, con cabezas toscas en cada extremidad que reposan sobre el borde.

Fijémonos ahora en la decoración externa de nuestros pucos y veremos que ésta se compone en su mayor parte de dibujos geométricos, combinados en algunos otros casos con las serpientes usuales; los dibujos son negros, ó completados con rojo, pero siempre dispuestos como para cubrir la superficie entera.

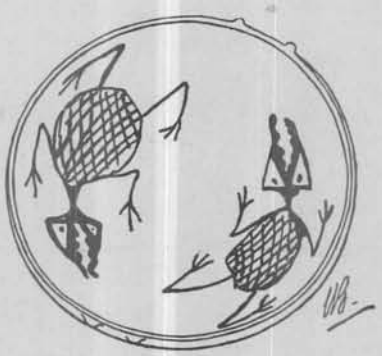


Fig. 63. — Figuras zoomorfas en el interior del puco n° 95, Col. M. L. P. (1/4 del nat.)

La ornamentación más común, que se repite en doce ejemplares, con ciertas variantes, tiene por motivo principal una faja ó guarda escalonada, que consta de dos líneas negras equidistantes, cuyo interior es de color rojo; el artista, aprovechando los espacios que deja dicha guarda, ha pintado en ellos dibujos complementarios en forma de líneas y ángulos, separados por puntos, y los triángulos y escalinatas negras de costumbre, produciéndose así un conjunto, no siempre simétrico, pero agradable, y que se repite más ó menos igual en ambos lados del vaso; los dibujos del anverso y reverso son separados por espacios libres, ó fajas, en la región de las asas.

Para evitarnos prolijidades, citaremos solamente unos cuantos ejemplares de este tipo de ornamentación que se reproduce en la figura 64.

Sin embargo, en uno de los pucos (n° 96 de la colección), á la típica guarda escalonada substituye una serpiente pintada de rojo, mal dibujada, de cuerpo ondulado, con ojos y cabeza redondos. Los espacios que quedan arriba de esta figura, los ocupan series de ángulos ó cheurrones más ó menos paralelos, y separados por puntos que bajan del borde hacia la base; existe un triángulo negro en el último vano que dejan los ángulos superiores. Este puco es el único de la serie que lleva asas en forma del reborde semicircular, descriptas ya al hablar de los pucos rojos.

Una decoración muy semejante, en cuanto á los referidos ángulos, tenemos en el puco número 132 de la colección. Aquí la faja está escalonada con toda regularidad, y es simétrica, pues baja del borde hasta la base, para volver á subir á la inversa. En los espacios entre faja y los dichos ángulos, se han puesto los dibujos usuales; en los costados también los escalones completan los vacíos, y como el mismo esquema se repite en el reverso, los dos se separan por fajas verticales reticuladas en la región de los pegotes, que hacen las veces de asas.

La decoración de otro puco (nº 127) es asimétrica. El fondo es de un amarillo ocre subido, los dibujos bien negros, pero la guarda escalonada y la faja lateral son de color rojo. Los espacios libres van ocupados por figuras irregulares, más ó menos en forma de escalinatas ó listones, con otras casi triangulares ó escalonadas, cuyos ángulos son contrapuestos á los de la guarda principal, resultando series de losanges en los claros.

Por último, el puco número 134 M, mencionado ya al ocuparnos de su decoración interior, tiene por fuera también la misma guarda que se ve en la figura 60, y bajo de ella un adorno parecido al de los pucos recién descriptos (fig. 64), sin embargo distinto en el detalle del esquema escalonado, que es de una sola línea, y negra como los demás dibujos, en vez de constar de un listón ofioide con fondo rojo. Las paredes en el tercio superior del vaso son casi rectas; llevan como asas dos pegotes verticales en forma de cordón.



Fig. 64. — Decoración exterior típica sobre pucos de fondo claro. Nº 131, Col. M. L. P.

En siete ejemplares más de esta clase de pucos, es decir, con fondo claro, la ornamentación está formada por la típica guarda de triángulos con grecas, modificada según los casos, pero siempre compuesta de los mismos motivos. En varios ejemplos, los triángulos son alternados, unos negros y otros rojos, y ofrecen ciertas variantes en los detalles; como se ve en tres pucos (129, 133 M y 194 de la colección), la guarda es ancha, y ocupa toda la circunferencia ó mitad superior del vaso.

En el número 129, las dos fajas divisorias verticales son también de este mismo tipo, es decir, triángulos y grecas: aquí la porción inferior está ocupada por series paralelas y oblicuas de triángulos y losanges negros, ornamentación que en el número 133 M se substituye por un ofidio en forma de S, con el cuerpo transversalmente estriado.

El puco número 194 es de fondo blanquecino por fuera y negro por dentro; la guarda de arriba, como de siete centímetros de ancho, es de grecas entrelazadas que nacen de grandes triángulos contrapues-

tos, reticulados, que un estrecho espacio del fondo en zigzag separa.

Falta citar otro ejemplar (n° 159), que procede del enterratorio de Molino, y lleva de un lado tres fajas horizontales, superpuestas, con los detalles de costumbre, y parte de sus triángulos (casi siempre los superiores) rojos: en el reverso, la superficie está muy gastada, y sólo se distinguen aún dos de estas fajas; en el espacio inferior un semicírculo con líneas cortas, dirigidas hacia arriba. El mencionado puco es de factura algo tosca, de forma subhemisférica, base saliente; la superficie es áspera y pintada de amarillo rojizo, que por otra parte resulta ser el mismo color natural del resto del vaso.



Fig. 65. — Decoración de figuras geométricas usuales sobre fondo claro. N° 95, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Otro ejemplar de factura bastante grosera es el número 167, en el cual se encuentran los mismos motivos de la guarda típica, dispuestos en tres secciones triangulares, cada una de éstas formada de una greca doble entrelazada, que nace de triángulos escalonados y negros, separados todos por líneas rectas en zigzag, ajustadas á los espacios. Las asas son pegotes toscos, retorcidos. De los costados bajan dos franjas divisorias; la una con serie de ángulos ó cheurrones invertidos entre líneas negras, y la otra con su orilla dentellada hacia afuera.



Fig. 66. — Decoración excepcional con banda ofioide roja. N° 158, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Tenemos á la vista dos ejemplares más, cuya decoración se reproduce en las figuras 65 y 66. El primero lleva por dentro las dos representaciones zoomorfas (fig. 63); su guarda marginal es de triángulos contrapuestos y reticulados, debajo de la cual se colocan tres fajas paralelas y oblicuas, una ornamentación que se repite en el reverso, separada por un espacio ó vacío del fondo, con dos pequeñas protuberancias que hacen las veces de asas.

El puco representado en la figura siguiente, tiene una ornamentación original, distinta en los dos costados, si bien los elementos de que consta son análogos. Entre dos grupos ó series de triángulos negros, con grecas ó sin ellas, serpentea una estrecha banda ofioide, de color rojo en su interior, la cual falta en el reverso del vaso, donde los mismos motivos se agrupan en cuatro series horizontales, de dibujos

semejantes, en las dos franjas laterales, que separan el anverso del reverso del vaso.

El color del fondo en este ejemplar es de un amarillo ocre subido, y algunos de los triángulos están pintados de rojo, como la faja serpentiforme. La forma del puco es subhemisférica, su factura y decoración bastante ordinarias. Dos pegotes alargados en cada lado sirven de asas.

Por fin, los últimos ejemplares (nos 93, 138, 139, 183 y 188 de la colección) que quedan de los pucos con fondo claro, tienen una decoración común y típica; en cuatro de ellos es la característica de serpientes, enroscadas unas en forma de S, otras en espiral con todos los complementos que acompañan á estos símbolos, ajustándose á la forma del vaso respectivo, y formando un conjunto simétrico y hasta artístico.

Los dos grandes pucos subhemisféricos numeros 138 y 139, no ofrecen detalles dignos de mención; las serpientes constan de dos líneas con una serie de puntos negros que ocupan el cuerpo. Las mismas figuras existen también en el puco número 188 de Molino : éste es bastante alto, sus paredes de arriba encorvadas hacia adentro terminan en un estrecho labio levantado, y pintado con rayas cortas en su borde interior.

Mencionaremos también la pequeña escudilla con la faja serpentiforme interior; las serpientes de afuera están también enroscadas en forma de S, pero constando de una sola línea algo gruesa, y de la cabeza usual, bipartita, con barbas onduladas; los demás detalles son los mismos de siempre.

El quinto y último puco de la serie (n° 183), es distinto de los demás; tiene forma perfectamente hemisférica, con una depresión basal cóncava, que se manifiesta en sentido contrario en el interior del recipiente. Las paredes de este vaso son gruesas, lisas; el fondo está pintado de color amarillo claro, la decoración es negra, casi borrada.

Los dibujos se dividen en cuatro campos ó medallones, formados por círculos concéntricos, que en dos de los casos encierran espirales; y otra vez, una cruz de Malta con dos simples líneas cruzadas en el medio. El cuarto medallón está formado por un círculo con una figura en que cuatro cuadrados negros se hallan dispuestos en cruz en derredor de un vacío de igual color al del fondo; del círculo se desprenden cuatro triángulos, que sirven para completar el esquema y acentuar la forma de la cruz de Malta. Algunos de los intervalos ó fajas, formados por líneas, llevan series de gruesos puntos, y los vacíos ó espacios de arriba, que separan los cuatro medallones, se complementan con pintura negra en forma de grandes triángulos curvilíneos que bajan de la orilla superior del puco.

Para terminar la ya larga serie de nuestros pucos ó escudillas, vamos á mencionar también otros, que en nuestro concepto no pueden incluirse las series descriptas.

Pucos de fondo blanco con dibujos rojos. — Los tres ejemplares conseguidos de esta clase de vasos, fueron sacados por Méndez de las sepulturas de Fuerte Quemado. Se distinguen de la alfarería anterior por su decoración un lindo color rojo, pintada sobre fondo blanquizco, como también porque ella se compone de elementos distintos de los ya conocidos.

El pequeño puco número 153, es perfectamente hemisférico, pero con la base aplanada; la superficie es lisa, por fuera conserva el color rojizo, propio de la cocción, y una faja roja de dos centímetros rodea la parte superior del vaso.

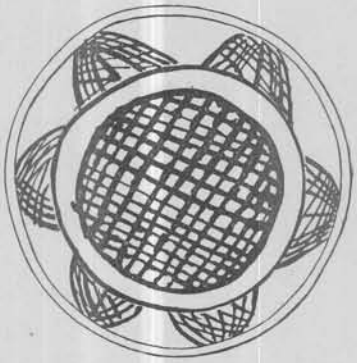


Fig. 67. — Ornamentación interior linear roja sobre fondo blanco. Nº 153, Col. M. L. P. ($^1/_3$ del nat.)

El lado interior, en su totalidad, ha sido pintado de blanco, y sobre este fondo, en color rojo, se ha trazado el dibujo que se ve en la figura 67. Consiste éste de dos círculos concéntricos, el interior cuadriculado; mientras que del exterior se desprenden seis picos subtriangulares, muy asimétricamente reticulados y dispuestos en forma de estrella.

El ejemplar, bastante bien trabajado, es de pasta fina y homogénea; mide casi 7 centímetros de alto y 14 de diámetro.



Fig. 68. — Ornamentación espiralada, roja sobre fondo blanco. Nº 152, Col. M. L. P. ($^1/_3$ del nat.)

El otro puco, de igual altura, pero con diámetro de 19 centímetros, es completamente parecido al anterior, en cuanto á forma, color, y faja colorada externa. En él, la superficie interior está también pintada de blanco, y el dibujo de rojo, es tal como lo reproduce la figura 68.

Se compone de una gran espiral, de cuya periferia nacen otras espirales pequeñas, dentadas en la línea exterior, y engrosadas en forma triangular hacia la línea de unión con la primera.

Del borde del puco se destacan hacia abajo cuatro ángulos, con series de líneas paralelas y pequeños rectángulos alternados entre los espacios de las dos líneas inferiores; mientras que el espacio arriba de las líneas está completado con pintura, resultando así en cada uno de los dichos ángulos, un triángulo rojo alargado, den

tado en su línea inferior, detalles todos conocidos en estos vasos [1].

El tercer ejemplar de esta reducida serie, es el más curioso, y posiblemente ha sido importado al lugar donde se halló; pues no recordamos haber visto ornamentación igual en la alfarería de aquellas regiones: puede considerarse este puco como único en su clase.



Fig. 69. — Vaso con decoración excepcional roja sobre fondo blanco. N° 223, Col. M. L. P. (1/3 del nat. aprox.)

Se trata de un vaso subglobular, algo achatado, tanto en la parte superior cuanto en la inferior, donde termina en una base un poco aplanada. La parte inferior es algo áspera y sin pintura; la superior en cambio, está bien alisada y ha recibido una mano de pintura blanca que parece esmalte, sobre la cual se dibujó la original guarda, que aparece en la figura 69. Dicha guarda consta de dos líneas paralelas, distantes unos seis centímetros una de otra, entre las que se ha dibujado una línea ancha y quebrada, que forma espacios triangulares, ocupados por espirales con especies de flabelos; en los pequeños vacíos que quedan entre esa línea y las espirales, van sembrados unos puntos rojos, irregularmente dispuestos. La superficie interior está bien alisada, pero sin pintura alguna.

Todo el trazado de esta interesante decoración está hecho con esmero y sentido artístico, y como dijimos ya, el modelado es simétrico; la cocción ha sido perfecta. Las medidas de este vaso son las siguientes: altura total 11 centímetros; diámetro máximo 18,5, y de la abertura 12,5.



Fig. 70. — Pequeña escudilla ó plato con decoración interior. N° 89, Col. M. L. P.

Escudilla ó plato con asa. — El curioso plato, cuya decoración reproduce la figura 70, procede también de Fuerte Quemado y es de origen probablemente exótico, como el vaso que acabamos de describir. Por la forma y los dibujos se parece á los objetos de La Paya, semejanza ésta, observada también en otros hallazgos, como en los vasos lla-

[1] Juan B. Ambrosetti, *Arqueología argentina. Los pucos pintados de rojo sobre blanco del valle de Yocavil*, en *Anales del Museo Nacional* (S. III), t. II, 1903, pág. 361, fig. 4-6.

mados « yuros », y ciertos objetos de madera, etc., reproducidos por los doctores Ambrosetti y Debenedetti en diversas publicaciones.

El plato de que nos ocupamos, es de altura reducida, cinco centímetros, y quince de diámetro; sus paredes bastante gruesas, son perfectamente cóncavas; la base, del lado de afuera, es apenas aplanada. Del borde se desprende un asa de tres centímetros de ancho y



Fig. 71. — Puco cestiforme, casi de tamaño natural. N° 222, Col. M. L. P.

de sección casi ovalada, encorvada hacia arriba, mientras del lado opuesto al asa se destacan dos pequeños pegotes. Las dos superficies están bien alisadas y pintadas de lindo color bermejo; los dibujos que ostenta el interior son negros. Conviene hacer notar que la decoración debió ser aplicada después de la cocción del plato, por el hecho de que ha podido borrarse con facilidad al efectuar la limpieza.

En este plato se nota en primer lugar una doble guarda: la superior, formada por triángulos escalonados que terminan en espirales, y la

inferior, de una doble línea ondulada entre dos más ó menos paralelas. El centro se divide en cuatro sectores, por dos listones dispuestos en cruz, y que constan de tres líneas rectas, con dos onduladas.

En estos sectores están pintadas cuatro figuras: dos zoomorfas y dos ornitomorfas que se ven reproducidas en la figura 70, y representan seguramente el guanaco ó llama *(Auchenia huanachus)* y el suri ó avestruz americano *(Rhea americana)*. Un adorno simple, de tres líneas y de dos fajas en cruz, aparece sobre el asa, y todo el borde del plato está ribeteado de negro.

Puco cestiforme. — Por su calidad y factura corresponde describir aparte el pequeño puco, número 222, que procede de Fuerte Quemado. Es de fabricación algo tosca, pero por el mismo exterior se ve que fué modelado dentro de un cesto de trama bastante fina, que desaparecía con la cocción.

Su forma es la de un cono truncado, de paredes rectas, base cóncava, es decir, la misma que la del pequeño cesto que sirvió de molde; la pieza producida conservó todos los rastros del contacto.



Fig. 72. — Detalle de la decoración del puco cestiforme

Su color es el natural, más bien amarillento, como ladrillo. En el exterior se distinguen aún dibujos negros, que hacen al puco más interesante.

La decoración en el interior consta de simples manchones ó salpicaduras, colocados en forma de gruesos puntos también sobre el labio, todo irregular y sin arte.

La ornamentación que ocupa toda la superficie exterior consiste en una guarda de dos líneas horizontales con triángulos negros alternados, naciendo grecas simples de los superiores. De la mencionada guarda se desprenden pares de líneas onduladas hacia la base, algunas de éstas terminando como lo demuestra el dibujo parcial adjunto.

Vasos antropo y zoomorfos. — De esta clase de vasos ventricosos hemos conseguido los dos ejemplares representados en las figuras 73 y 74. Uno de ellos, el de alfarería negra, consta de un cuerpo subhemisférico, algo comprimido, formado de dos partes unidas en su diámetro mayor: la inferior tiene la base circular destacada y de

diámetro igual á la boca; en la superior, algo más abajo de la boca, se ha puesto la curiosa cabeza, cuyos detalles reproduce nuestra fotografía; en ella se distingue también la ornamentación, grabada con punta como de un milímetro de grueso y á la misma profundidad. En la parte opuesta, el fragmento de un pequeño pegote, sin duda debió corresponder á la cola del enigmático animal.

El otro vaso, también de carácter antropomorfo, es de mayor tamaño, de factura más tosca, de color amarillo rojizo y con pinturas negras. La figura humana está representada por una cabeza de cara chata, y nariz muy pronunciada, con una mano llevada á la boca, y dos brazos suplementarios que se dirigen hacia el lado opuesto.



Fig. 73. — Vaso antropo-zoomorfo grabado. N° 87 Col. M. L. P. (Tam. nat.).

Los dibujos están formados por triángulos negros, y grecas combinadas con líneas oblicuas, rectas y onduladas.

Descansa sobre una base cóncava, de doble diámetro que el de la boca ó abertura.



Fig. 74. — Vaso antropomorfo pintado. N° 86 Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Vasos de tipos diversos sin decoración. — El material reunido en este párrafo, se compone de diecinueve recipientes, de diferentes formas y tipos, que son jarros y ollitas, destinados probablemente al uso doméstico, desde que varios estaban cubiertos de hollín; constituyen un conjunto tan original como característico, por la factura tosca y *sui generis* : todos ellos carecen de pintura ó decoración.

Por otra parte, ellos proceden del antiguo enterratorio cerca de Molino del Puesto, como pudimos comprobarlo por el gran número de fragmentos de la misma alfarería desparramados por el suelo. Según afirma Méndez, estos toscos vasos fueron hallados con los demás objetos que en este trabajo se mencionan como de la misma localidad y

cuya importancia hicimos ya constar en páginas anteriores. Es de sentir que, en oportunidad, no se haya tenido la prolijidad de conservar apuntes de otros detalles, así como la nómina de los diversos objetos, y cómo se hallaron en las respectivas sepulturas.

Principiaremos nuestra enumeración con una serie de doce vasos, de un tipo bien definido que se distingue por su forma globosa, con la base ligeramente prolongada en cono, terminada en un pie más ó menos alto y con asiento circular y cóncavo. La boca es ancha, provista de labio plegado hacia afuera, cuyo diámetro total es casi siempre inferior y raras veces mayor al máximo del vaso. Hay una pequeña asa arqueada que arranca del mismo borde, y se coloca sobre la parte superior del cuerpo.

La mayor parte de estos vasos son de color amarillento pardusco y



Fig. 75. — N° 60 M, Col. M. L. P.



Fig. 76. — N° 59 M, Col. M. L. P.

Pequeños vasos toscos de uso doméstico ($^1/_2$ del nat.)

muchos de ellos conservan aún las manchas negras del hollín, que revelan su empleo en las cocinas indígenas.

En cuanto al tamaño, éste es variable : el más pequeño mide 9 centímetros de alto y 20 el ejemplar más grande; la mayor parte mide entre 15 y 20 centímetros. En los más pequeños, la fabricación ha sido menos cuidada; los grandes en cambio, son simétricos, su superficie bastante lisa y, por lo general, la pasta bien elaborada, pero siempre recargada de mica.

Por la homogeneidad de forma y material, es innecesario describir en detalle estos vasos; por consiguiente, haremos notar tan sólo ciertas diferencias que se observan en algunos de los ejemplares reproducidos en las figuras.

El vaso más pequeño de la serie (n° 61), de boca ancha y labio plegado hacia afuera, tiene casi el mismo diámetro del cuerpo.

Otro (fig. 75), es un poco más grande; tiene la boca estrecha, sin labio; su cuello es relativamente corto, truncado y puesto verticalmente sobre el vaso.

En el jarro número 59, de color negruzco, observamos que el asa es retorcida (fig. 76).

La forma del ejemplar número 55 (fig. 77), es algo distinta de la típica, por tener sus paredes arriba ensanchadas, la boca muy amplia, el labio fuertemente inclinado hacia el exterior, y su diámetro un poco mayor que el del cuerpo. El pie es bastante alto y en la base profundamente excavado. En sutal, es una pieza muy ordinaria, en la que se distingue perfectamente la unión de las dos mitades en que ha sido modelada. Además, es de un color ladrillo pálido, y se observa cierta pátina de barro más fino, aplicado para mejorar la superficie áspera. Las medidas de este vaso son: altura 17, diámetro máximo del cuerpo 12 y del pie 8 centímetros.



Fig. 77. — Vaso tosco. N° 55 M. Col. M. L. P.

Haremos mención aquí de otro vaso ó jarro (n° 62), que por su forma se asemeja al ejemplar anterior; es más pequeño y aun más tosco, tiene un labio muy estrecho, apenas manifiesto. Carece además del asa: en su defecto lleva una especie de botón pegado debajo del borde, y que parece haber existido también en el otro lado.



Fig. 78. — Vaso tosco de forma globosa N° 51 M, Col. M. L. P.

Por último, el ejemplar mayor de la serie, representado en nuestra figura 78, es de fabricación más esmerada, de pasta más fina, y de color amarillo rojizo. Su forma es globosa, y de la boca ancha se desprende un labio estrecho é inclinado hacia afuera; el asa, lo mismo que la base, son relativamente pequeñas. Las medidas del vaso son: altura 20 centímetros, diámetro del borde 16, del cuerpo 19 y de la base 8.

Los dos ejemplares número 65 y 66 de la colección son dos vasos de fabricación tan tosca y ordinaria como los de la serie que acabamos de describir.

El primero es una jarra de forma subovoide arriba truncada, estrechada en la base, que consta de un aplastamiento algo oblicuo, debido á los desperfectos de la fabricación. Un asa en semicírculo se coloca verticalmente en su segundo tercio. Por fuera, la jarra es de color pardusco con manchas obscuras, pero en el interior se nota un tinte rojo, como si hubiese servido alguna vez de recipiente para contener una mezcla de dicho color. Su altura es de unos 12 centímetros, y su diámetro equivalente.



Fig. 79. — Vaso de forma irregular. N° 62 M Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

El segundo ejemplar es más pequeño que el anterior; tiene paredes muy gruesas, forma subglobosa, estrechada en la parte inferior y la base plana. Es de boca ancha, su labio estrecho. En el costado y á la altura del primer tercio se destacan un par de pegotes tuberculiformes, puestos en sentido horizontal, y á juzgar por otros indicios, parece que hubo asa del otro lado.

La pasta que sirvió para la fabricación del vaso ha sido poco trabajada, y partículas de cuarzo y terrones dejan una superficie granulosa, defecto éste, que se ha remediado con una capa de barro más fino, lo que se observa aun mejor en el interior, donde forma una pátina de color amarillento.

Vasos irregulares. — De los dos ejemplares que describiremos á continuación, el vaso ó jarro, que representa la figura 79, corresponde á la categoría de los vasos « asimétricos », como los llamó Ambrosetti [1] y es del mismo tipo que los ejemplares publicados por Debenedetti [2].

Se distingue por un cuerpo ó vientre abultado, subgloboso y algo achatado, de manera que su pared superior es casi paralela á la base; ésta última está marcada por un borde circular saliente.

Del lado opuesto al vientre nace un ancho cuello, colocado oblicua-

[1] Ambrosetti, J. B., *Exploraciones arqueológicas en la Pampa grande*, etc., en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*. 1906, VI, página 58.

[2] Debenedetti, S., *Exploración arqueológica en los cementerios prehistóricos de la isla de Tilcara*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1910, página 200, figura 148.

mente sobre el vaso, y con un asa plana, poco destacada en su reverso. La parte antero-superior del cuello está ahora quebrada, pero es probable que terminó alguna vez en un labio, tal como lo representa nuestra fotografía, tomada del objeto restaurado.

En su color y factura tosca, el vaso se parece á las piezas anteriores; es seguro que debía contener agua ú otros líquidos, pues la estabilidad cuando lleno es perfecta, á pesar de la fuerte inclinación de su parte posterior.

El otro, que muestra la figura 80, difiere del anterior por su tamaño mayor, y por detalles de fabricación.

El cuerpo presenta también un vientre globoso en la parte anterior, mientras que la porción basal del lado opuesto está más encorvada hacia arriba, formando un ángulo bastante pronunciado en la unióncon la parte superior.

La base es convexa y provista de tres patas cortas, cilíndricas, con pies : dos anteriores rectas y una posterior con una especie de codo, dirigido hacia atrás; este último detalle y la presencia de tres dedos toscamente modelados, hacen sospechar que sea una representación zoomorfa muy convencional.



Fig. 80. — Vaso irregular con tres pies. N° 50 bis M Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

El cuello se coloca sobre el cuerpo casi verticalmente; es bastante alto y muy ensanchado hacia arriba; su borde lleva adelante un pegote ó pico, con dos estrechos agujeros, mientras del lado opuesto arranca un asa bastante amplia, ancha y plana, ligeramente arqueada, la que viene á colocarse debajo del mismo cuello.

Este curioso vaso, á pesar de su apariencia tosca, es una de las piezas más interesantes del gran enterratorio de Molino. Tiene como los demás el color natural de la cocción, y conserva en partes manchas de hollín. Su superficie es áspera y presenta las estrías paralelas del instrumento ó raspador que sirvió al alfarero.

Como dimensiones, este vaso tiene : 23 centímetros de alto, 17 de diá-

metro máximo del vientre, 11 del cuello en su base y 15 el de su borde ó labio; los pies miden 4 centímetros de alto.

Ollitas con pies. — Las dos ollitas que mencionaremos de paso, son los últimos ejemplares que nos quedan de este tipo de alfarería rústica.



Fig. 81. — Ollita tosca de tres pies. N° 63 M Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Como lo demuestra la figura 81, se trata de un vaso enteramente tosco, de forma subhemisférica, asimétrica por los defectos de fabricación, y con un asa lateral poco destacada. Descansa sobre tres pies cortos, cilíndricos, y oblicuos es decir, convergentes hacia el centro, donde se encuentran unidos por un pegote grosero. De color natural amarillento gris, mejor conservado en su interior; está por fuera ennegrecido por hollín.

La otra ollita (fig. 82), semejante á la anterior, está mejor trabajada más lisa y de color del barro, gris. Su forma es más bien globosa, el fondo un tanto aplanado y provisto de cuatro pies cortos y cilíndricos, dispuestos en cuadro. La rotura que se observa en el costado indica la posibilidad de un asa, que puede haber desaparecido junto con la pared.



Fig. 82. — Ollita tosca de cuatro pies. N° 64 M Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Ollas pequeñas de fondo rojo. — Á cinco ejemplares solamente asciende el número de las comprendidas en esta categoría; proceden también de los mismos sepulcros que los objetos recién descriptos, pero corresponden á una alfarería superior, bien modelada y pintada de color rojo. Se trata, sin embargo, de vasos conocidos, sin particularidades dignas de mención, por lo cual nos ocuparemos de ellos muy ligeramente.

Las dos, números 75 y 77, se caracterizan por su cuerpo globular,

comprimido, y apenas aplanado en la base. Arriba termina en cuello bajo, que da lugar á un labio plegado hacia afuera y de cuyo borde se desprende un asa bastante ancha, que viene á colocarse en semicírculo sobre el vaso, más ó menos á la mitad de su altura.

Las dos ollas tienen 11 centímetros de alto y 15 de diámetro; por fuera su superficie es perfectamente lisa y está pintada de color rojo, excepción hecha en la parte inferior del vaso, que es también más áspera; la pintura de las dos se extiende hasta el borde superior del labio y es más cargada en la número 75.

La olla número 76, pertenece al mismo tipo, y es del tamaño de las anteriores; sólo se diferencia en tener la parte inferior del cuerpo más alta con un aplanamiento en la base bien manifiesto, siendo toda la superficie lisa y pintada.

Como variedad, sólo por su forma y tamaño, tendríamos el vaso número 78: este es mucho más pequeño, relativamente más alto y su base aun más destacada que en el precedente.

Por último, la olla número 72 M, puede incluirse entre las demás, pues solamente difiere de ellas por su forma más alta, su base saliente y por estar provista de dos asas simétricas, pero del mismo tipo que las anteriores.

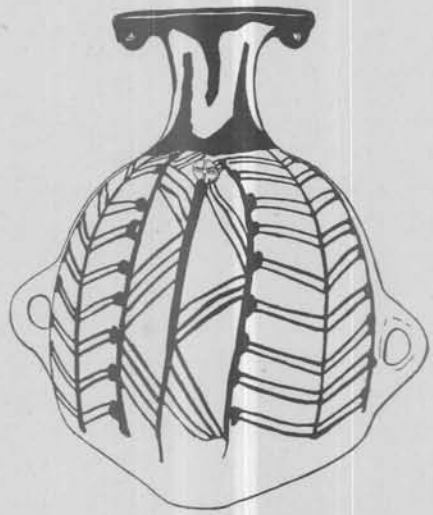


Fig. 83. — Vaso ó yuro de base cónica con decoración fitomorfa estilizada. N° 92, Col. M. L. P. (1/4 del nat.)

Vasos ó yuros [1]. — De los tres hermosos vasos ó yuros procedentes de la colección Martínez, dos de ellos pertenecen á los vasos de base cónica sin asiento ó *ápodos,* propiamente dichos. Ellos corresponden por su forma al tipo así llamado por el profesor Outes [2]: son en su ornamentación muy semejantes á dos de los vasos que figuran entre las láminas cromolitográficas, publicadas por este autor [3].

Como aquéllos, nuestros vasos son de vientre subgloboso, de base cónica, y su cuello termina en un labio plegado hacia afuera del cual cuel-

[1] Véase la referencia en la nota 1, página 17.

[2] Outes, *Alfarerías,* etc., página 24.

[3] *Ibid.*, plancha III, figuras 4 y 7.

gan dos aletillas ó protuberancias; en el centro de la parte superior del vientre hay otra especie de botón, y en el tercio inferior del mismo hállanse las asas colocadas verticalmente.

El ejemplar representado en la figura 83 es el más pequeño; tiene 24 centímetros de alto; el fondo es de uniforme color amarillo rojizo.

Los dibujos son negros, ocupan un solo lado del vientre, todo el cuello y parte inferior del labio. Entre los del vientre se distinguen elementos fitomórfos estilizados, formados por un tallo central con una serie de líneas dobles bipenadas, que terminan en gruesos puntos negros. Esta ornamentación ocupa las dos zonas laterales y es limitada á su vez por las líneas verticales subparalelas al tallo central del dibujo fitomórfo.

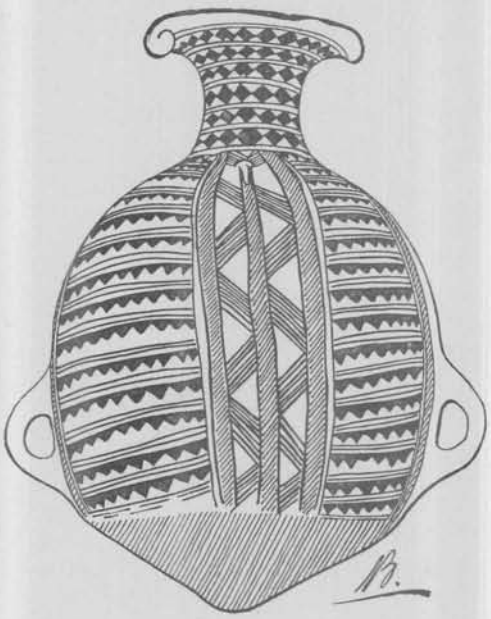


Fig. 84. — Vaso ó yuro de base cónica con decoración tricolor. N° 91, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Otra línea longitudinal divide el espacio medio en dos estrechas bandas, ocupadas por unas líneas diagonales dispuestas en grupos de cuatro y de tres, y en tal forma, que en cada una de estas bandas resultan dos vacíos angulares.

En el cuello y labio se ve pintada una doble serie de triángulos alternados, algo asimétricos, con sus vértices muy alargados, forma de ornamentación común en toda la región.

El vaso está bien modelado, de superficie perfectamente pulimentada y al parecer su color general corresponde á la cocción de la propia pasta.

Ya se dijo que las aletillas del labio están perforadas y ahora se advierte que el botón del vientre lleva una doble escotadura dispuesta en cruz.

El otro vaso sin asiento (fig. 84), tiene 34 centímetros de alto. Su fondo está pintado de un color amarillento impuro ó bayo claro, pero la base y el cuello son rojos. Los adornos, distribuídos como en el otro ejemplar, son negros, á excepción de cinco fajas rojas, las que dividen el vientre en cuatro zonas y están limitadas á su vez por estrechas rayas negras.

En las dos zonas ó franjas laterales se distinguen series paralelas y

transversales de líneas dobles, angostas, alternadas cada vez con una hilera de pequeños triángulos con los vértices hacia abajo.

Los espacios entre las fajas centrales rojas, están ocupados por líneas diagonales como en el primer vaso, pero cuyo número varía de cinco á nueve líneas paralelas.

Todo el cuello está pintado con series de pequeños losanges, colocados siempre entre dos líneas paralelas. El borde externo del labio lleva también su ribete negro.

En la unión del vientre con el gollete y del lado opuesto al del dibujo, se extienden tres líneas paralelas y el espacio entre la superior de éstas y la terminal del dibujo del cuello, está cruzado tres veces por líneas cuádruples onduladas.



Fig. 85. — Vaso ó yuro de base cónica truncada rojo con dibujos negros. Nº 90, Col. M. L. P.

En este vaso, las aletillas del labio están perforadas y aquella de la parte ventral es un simple botón sin adorno alguno.

El tercer vaso pertenece á un tipo muy semejante á los anteriores, clasificado por Ambrosetti con el nombre de *seudoápodo;* que se diferencia de ese tipo en primer lugar, por tener una base en forma de cono truncado, que permite asentarlo en el suelo. Las asas se hallan situadas hacia la mitad del vientre, y faltan en este ejemplo las aletillas en el labio y el botón en el vientre, tan propios en la mayoría de las piezas del otro tipo.

Nuestro ejemplar, representado en la figura 85, tiene 42 centímetros de alto; es de color rojo sanguíneo, los dibujos son negros y ocupan los dos costados del vientre y todo el cuello.

Estos dibujos forman tres franjas iguales y horizontales, limitadas en los costados por dos verticales que bajan de la región de las asas y que constituyen otros tantos rectángulos, de cuyo margen superior se desprenden triángulos reticulados; los vértices de estos son prolongados en forma semiespiral, resultando un espacio subovalado, en el cual está una línea corta oblicua, entre cuatro puntos dispuestos en cruz.

En la guarda del medio, las líneas en espiral se encorvan en sentido contrario á las otras y el número de éstas es allí de tres contra dos.

El lado opuesto del vientre tiene los mismos dibujos con pequeñas variantes, pues, la última guarda es la que lleva las tres figuras, y entre los dos seudoóvalos de la del medio, se aumenta un triángulo de más, el cual se levanta de la línea inferior, con su vértice hacia arriba.

En el cuello está pintada una doble fila de triángulos con vértices muy alargados y entre sí alternados. El labio lleva un ribete negro.

Este vaso, que por su ornamentación constituye una de las piezas más interesantes de esta colección, ha sido elaborado con esmero, y la cocción perfecta.

Los tres ejemplares que acabamos de describir, nos aseguró don José Martínez, fueron exhumados de los panteones al pie de los cerros, ó sea al sudoeste de la antigua población.

Ollas y urnas decoradas. — Los objetos que á continuación se mencionan, pertenecen todos á tipos bastante heterogéneos en cuanto á su forma y ornamentación : los dibujos son negros y pintados con poco arte en el primer grupo que vamos á citar.



Fig. 86. — Pequeña urna decorada de doble cintura. N° 74 M, Col. M. L. P.

Nuestra figura 86, reproduce una pequeña urna ú olla algo tosca, formada por un vientre globular del cual se levanta otro cuerpo ó cuello corto de doble cintura, que termina en un labio. Hay dos pequeñas asas del tipo común.

La ornamentación se ve perfectamente bien en el esquema; se compone de la guarda central de triángulos con vértices alargados y contrapuestos ; de otra que circunda el cuello, y de una simple línea quebrada sobre la orilla interior del labio.

El fondo de este vaso no es pintado, conserva su color natural rojizo; la superficie es áspera, por estar la pasta recargada de mica.

Ubicaremos aquí el pequeño vaso biglobular número 80, formado de dos cuerpos iguales superpuestos, unidos por una cintura pronunciada y cóncava : la parte inferior termina en una base algo destacada y plana; la parte superior de las paredes está inclinada hacia adentro.

La superficie del vaso es lisa y está pintada de rojo impuro, con una especie de faja marginal de dos líneas equidistantes, separadas por una serie de gruesos puntos en el medio, lo que constituye su único adorno. Mide este vaso unos 11 centímetros de alto, y otros tantos de diámetro.

Otro, número 67 M, de la misma altura que el anterior, es subgloboso ;

la parte inferior cónica con base pequeña y cóncava ; el cuello es corto, la boca ancha y el labio inclinado hacia afuera ; su diámetro es el del cuerpo.

Los dibujos que están casi del todo borrados, constan de una línea irregular quebrada que baja del labio y corre separada por espirales casi invisibles.



Fig. 87. — Olla tosca con decoración romboidea. N° 70 M Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Urnas ú ollas toscas. — Las tres urnas ú ollas números 69 á 71, pertenecen á un mismo tipo, bastante generalizado y son ordinarias por su factura y detalles de ornamentación. Se caracterizan por la forma subglobosa, un poco más estrechada hacia la base, terminada en un asiento pequeño de sección cóncava; la boca es ancha, el labio dirigido hacia afuera. Las asas son simétricas, situadas á la altura del diámetro mayor de la urna, colocadas horizontalmente en un ejemplar, y en sentido vertical en los otros dos.



Fig. 88. — Olla tosca con decoración irregular grosera N° 71 M, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Méndez extrajo dos de estas urnas de los sepulcros cerca de Molino. En la primera (fig. 87), el fondo está pintado de color amarillento, y los dibujos de la guarda ventral son los mismos que hemos visto en las decoraciones de ciertos pucos, descriptos en las páginas anteriores; lleva también una ancha faja negra debajo del labio, y sus asas son horizontales, del tipo común.

El segundo ejemplar, representado en nuestra figura 88, es un poco mayor que el anterior; acaso por efecto de la cocción, su color sea rojizo, pues este color sólo aparece caprichosamente en partes de la superficie.

En ésta, la guarda es ancha, cubre casi toda la mitad superior

y consta de dos líneas paralelas que encierran otras líneas quebradas y algunas verticales entre círculos, como se ve en el dibujo.

Las asas son en este caso verticales, y aparecen como lóbulos que se desprenden del cuerpo.

La urna número 69, procede de las sepulturas de Fuerte Quemado; tiene forma algo menos globosa que las otras, los dibujos han desaparecido casi del todo, y sobre un fondo rojizo se nota solamente en parte los restos de una guarda, formada por líneas horizontales y algunas espirales que se desprenden, al parecer, de triángulos contrapuestos. Las asas son muy toscas, verticales, pegadas solamente abajo y arrimadas con la otra extremidad á la pared de la urna; sobre su línea mediana hay pequeñas impresiones circulares, estampadas, comunes en otros ejemplos de la alfarería local.

Urnas diversas. — Las figuras 89 á 91, representan otras tantas urnas de nuestra colección, ejemplares únicos, de distintos tipos, pero de alfarería roja con ornamentación negra. Dos de ellas proceden del cementerio antiguo cerca de Molino del Puesto, la tercera de Fuerte



Fig. 89. — Urna baja con guarda y serpiente típicas.
N° 82 M, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Quemado ; las tres se hallan en un estado admirable de conservación : para ello ha influído la calidad superior de su factura y materiales.

La mayor parte de las figuras que componen la ornamentación, no son sino los mismos motivos que hemos tratado más atrás, al ocuparnos de la decoración de ciertos pucos, razón por la que desistimos de describirlas con mayor extensión.

La urna figura 89, es de fabricación más bien tosca; se distingue por su cuerpo subglobular relativamente bajo, que hacia arriba vuelve á en-

sancharse en curva suave, dando lugar á un cuello de diámetro algo mayor que el del mismo cuerpo; á la altura de este último están situadas las asas, horizontales y de tipo común.

El fondo de la urna es de lindo color rojo ladrillo. La ornamentación en el anverso y el reverso es igual; está limitada por líneas verticales en la región de las asas, y por dos horizontales, una debajo del mismo borde, la otra sobre el diámetro máximo del cuerpo. El dibujo, en el espacio superior, ó del cuello, consta de la conocida faja de los triángulos negros, con grecas entrelazadas, mientras que la parte inferior está ocupada por la típica representación serpentiforme, idéntica á la que vemos en los



Fig. 90. — Urna de tipo común con decoración variada y figuras zoomorfas. N° 83 M, Col. M. L. P. (1/4 del nat.)

pucos rojos; también se observan algunas líneas salpicadas en el interior de la urna.

El modelado de esta pieza no es precisamente muy prolijo; la parte alta es ligeramente ovalada, y se advierte muy bien la unión de las dos mitades de que la urna fué fabricada, como también la perforación de sus paredes para colocar el asa.

Del mismo lugar sacó Méndez la hermosa urna figura 90, muy bien trabajada, de superficie lisa y de lindo color lacre. Pertenece á un tipo conocido, formado de tres zonas superpuestas: la de la base, perfectamente cónica, con asiento pequeño y cóncavo, sobre la cual se coloca otra más alta, ó vientre, de paredes más arqueadas que disminuyen de diámetro para formar en la tercera zona un labio amplio dirigido hacia afuera.

Las asas horizontales, tienen el borde superior más estrecho, y están

oblicuadas del lado interior, por consiguiente menos separadas en la parte inferior, pero como en la urna precedente, colocadas mediante la perforación de las paredes del recipiente.

Encima de las asas sube de cada lado una figura zoomorfa (fig. 90 bis), posiblemente el llamado « quirquincho » *(Dasypus vellerosus)*, á juzgar por su forma y líneas impresas, que indicarían su caparazón [1].

Los dibujos que ocupan respectivamente las tres zonas de la urna, están separados por dos líneas paralelas, que en su parte superior limitan el vientre del cuello, y en la inferior de la base; otras tantas verticales bajan de la línea inferior del cuello por los costados de las asas hasta la misma base, formando así el anverso y reverso de esas dos secciones.



Fig. 90 bis. — Figura zoomorfa de la urna nº 83 (tam. nat.)

La serpiente en la zona inferior es la típica de dos cabezas.

El dibujo sobre el vientre de la urna consta de los triángulos negros con espirales, unidos en dos figuras romboidales por líneas rectas y onduladas ; estas mismas figuras no son sino ligeras modificaciones de una ornamentación usual y típica en los pucos de la misma región (véase fig. 56 y 57).

El gollete lleva un adorno negro que consta de una guarda reticulada y angulosa, la cual serpentea en toda su circunferencia ; el interior del labio lleva su guarda de rayas negras, bastante largas y juntas, y verticales á la periferia.

La preciosa urna figura 91, encontrada por los hermanos Guerra en Fuerte Quemado, corresponde á un tipo especial, de forma alta y subcilíndrica. Se compone de un vientre alto, subovoide, que termina en una base en forma de cono truncado con asiento cóncavo ; arriba, el vientre se prolonga en cuello ó gollete, ensanchándose paulatinamente hacia la boca ó borde superior. Dos asas anchas, en forma de cinta semicircular, están en el lugar de costumbre.

[1] Hemos encontrado idénticas figuras en muchas otras urnas ó cántaros del mismo tipo en la alfarería de la región.

El profesor Outes *(Alfarerías,* etc., pág. 36, fig. 27) las consideró como representación del puma.

El modelado de esta urna es muy esmerado; sus paredes son delgadas, de 6 milímetros de espesor, muy bien alisadas, sobre todo del lado de fuera, donde están pintadas de lindo rojo sanguíneo, que abarca también el margen superoinferior; la pasta empleada es de primera calidad y la cocción perfecta.

Los dibujos son de un negro puro. El gollete se adorna con la hermosa guarda marginal, que se duplica también, pero más simplificada, en la orilla interior.

La ornamentación que aparece en nuestra figura, se repite en el reverso; es posible que los curiosos motivos correspondan á una representación como en las grandes urnas de tipo antropomorfo, si bien muy convencional. Las líneas verticales que limitan los dos frentes dejan espacios libres, entre las asas y la cintura del gollete, ocupados en cada caso por una figura de dos triángulos reticulados unidos por sus vértices; las asas ostentan siete rayas negras verticales.



Fig. 91. — Urna de tipo especial con decoración antropomorfa. N° 84, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)



Fig. 92. — Fragmento de urna con cara humana en relieve. N° 85, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Fragmento de urna. — Presentamos en este lugar el fragmento (figura 92), que hemos hallado entre los escombros de sepulturas excavadas, y que debió pertenecer á una urna de forma parecida á la anterior. Es también de factura de buena calidad, de color pardo rojizo; su ornamentación justifica el rubro de antropomorfo que dimos á la urna indicada.

Una cara humana se destaca dentro de un contorno ovalado, con nariz muy pronunciada, ojos y boca de dos bordes repujados, debido esto á

una impresión horizontal profunda; de los ojos bajan tres líneas verticales también impresas, todo en la forma muy usual en muchos otros ejemplos de la alfarería regional. Otras líneas horizontales y verticales pintadas atraviesan la cara, y en lo demás del fragmento, se distingue algo como la parte caudal de una de esas representaciones serpentiformes, con otras figuras que adornaban la urna.

Urnas ó tinajas diversas. — Entre las grandes urnas ó tinajas, con las cuales terminaremos la descripción del material arqueológico de Fuerte Quemado, figuran dos ejemplares que por sus diferencias de tipo, tenemos que separar de los demás que luego describiremos.



Fig. 93. — Urna de tipo excepcional. N° 43 Col. M. L. P. (1/6 del nat.)

Á mero título de información, vamos á mencionar una urna funeraria mal conservada, con su ornamentación borrada, pero que presenta á su vez otra forma muy conocida en la región que nos ocupa.

Estas urnas se caracterizan por estar formadas mediante la yuxtaposición de dos partes: la inferior baja, de base subcónica y truncada, arriba algo estrechada hasta el plano de unión con la superior, que es alta, cilíndrica, con sus paredes ligeramente arqueadas, terminando en labio estrecho y horizontal.

Además están provistas siempre de dos asas anchas, colocadas horizontalmente sobre el diámetro máximo de la porción inferior de la urna.

Por la tonalidad del fondo, se advierte en nuestro ejemplar que los dibujos ocuparon ocho fajas ó registros verticales, una decoración muy general en esta clase, y como puede verse en otra urna de un panteón de Las Mojarras, que se publica al final del capítulo siguiente.

En la figura 93, reproducimos una hermosa urna ó tinaja *sui generis*, y única en nuestra colección. Por su forma se acerca al tipo de urnas funerarias que acabamos de mencionar. Se diferencia por su fondo ó porción basal perfectamente hemisférica, sobre la cual se coloca un cuerpo

alto, cilíndrico, de menor diámetro en su parte superior, donde termina en un labio ancho y oblicuado; el asiento de la base es ligeramente cóncavo.

Las asas son grandes, horizontales é inclinadas hacia afuera.

El color de la urna es el rojizo natural, pero á la superficie exterior cubre una capa de un blanco impuro, algo amarillento, sobre la cual se han trazado dibujos negros, entreverados con algunas líneas de color rojo.

La ornamentación, de un conjunto armonioso y de gusto artístico, se repite en el reverso con pocas variantes. La que ocupa el cuerpo alto, está separada en los costados, y en la base por líneas negras, que dejan un espacio libre, más ancho en la región de las asas. Otras líneas dividen el frente en tres registros ó fajas verticales.

El dibujo de la faja del medio, está formado de ángulos ó cheurrones negros, acompañados por otros rojos que en el anverso están debajo, pero en el reverso, arriba de los negros. En el vacío del ángulo superior, una pequeña raya entre dos puntos indica quizá la representación antropomorfa, en una forma muy simple y convencional, tan común en las grandes tinajas de otros tipos: en el anverso, de los ojos se desprenden dos rayas ó lágrimas rojas.

Los motivos de los registros ó fajas laterales constan de cuatro hermosas grecas triangulares, contrapuestas dos á dos, y separados los pares de ellas por un adorno de piquillos ó triángulos negros, que dejan vacíos losángicos del color del fondo.

En la parte inferior de la tinaja se repiten los mismos motivos de las franjas laterales, con la diferencia, que la greca central que aparece en nuestra figura, se hace dos en el reverso; unas cuantas líneas paralelas, complementan los vacíos que la disposición de los triángulos deja en el esquema.

Por último, la parte exterior del labio está ocupada por un reticulado, formado por líneas diagonales negras y rojas que las cruzan.

La altura total de la urna ó tinaja es de 52 centímetros, su diámetro entre las asas de 29, del cuello ó labio 35; las asas son de 13 centímetros de ancho y casi 6 de alto.

Urnas ó tinajas con ornamentación antropomorfa. — Nueve son las grandes urnas ó tinajas que, como se dijo en un principio, fueron adquiridas de Inocencio Gómez en Fuerte Quemado. Ellas corresponden á la misma categoría, que las descriptas al final del capítulo anterior, ó sea también al llamado « tipo Santa María », desde que coinciden perfectamente con sus formas y detalles de ornamentación. Por lo tanto, no es necesario que repitamos los caracteres generales, propios de esta clase de urnas, de que se ha tratado ya en páginas que anteceden; nos referiremos, pues, sólo á las diferencias más notables, con los dibujos

de los ejemplos más interesantes que pueden servir para comparación.

Así encontramos, por ejemplo, en las dos tinajas figuras 94 y 95, la típica faja escalonada con todos sus complementos, que constituyen también la ornamentación ventral de la urna de Quilmes, representada ya en la figura 32. En la tinaja figura 94, la faja vertical media, se compone de triángulos rojos alternados, separados por líneas diagonales entre otras onduladas, formando un conjunto conocido, pero poco común en estas urnas, pues, esta faja consta casi siempre de los triángulos con grecas : motivos empleados también con más frecuencia en la ornamentación del gollete. La cara humana está figurada aquí por los arcos superciliares, prolongados hasta la boca con dientes, y el todo limitado del lado inferior por un espacio pintado de color rojo dentro del cual se hallan ubicados los ojos.



Fig. 94. — Urna antropomorfa con decoración ventral típica y guarda vertical excepcional. N° 43, Col. M. L. P. ($^1/_6$ del nat.)

La urna figura 95 es otro hermoso ejemplar y, como la anterior, muy bien conservado. Los arcos y los ojos se destacan en relieve; los primeros, que determinan también la nariz, están pintados de rojo, lo mismo que dos secciones de gollete alrededor de los dibujos geométricos usuales : éstos se alternan con las serpientes, todo ello perfectamente detallado en nuestro dibujo, cuya ornamentación se repite asimismo en el reverso de la tinaja.

Los tres ejemplares que á continuación se mencionan, llevan los números 46 á 48 de la colección; son de factura menos esmerada, de vientre algo más bajo y de gollete más alto, que el ejemplar de Quilmes, reproducido en la figura 34 del capítulo anterior, á cuya categoría corresponden sin embargo en razón de su ornamentación ventral. En las dos tinajas números 47 y 48, los brazos encierran también un motivo ornamental semejante al que vemos sobre la urna de Quilmes, substituído por un batracio, de cuerpo romboidal y cabeza bipartita, en el tercer ejemplar. En este mismo, el gollete es bastante ensanchado hacia el

labio, y su ornamentación consta de dos series oblicuas de los típicos triángulos con grecas, limitados arriba y abajo por grandes triángulos negros. También el labio lleva del lado interno una ancha faja ó guarda marginal, con los elementos recién mencionados de triángulos con grecas.

En la urna número 47 de la colección, los brazos se dibujan por una simple línea negra, que termina en cuatro dedos largos. El espacio debajo de los brazos se complementa con las líneas paralelas y series de puntos usuales, pero en la sección basal, la ornamentación consta de la característica serpiente en forma de S volcada. Los dibujos del gollete son parecidos á los de la tinaja anterior; la representación antropomorfa es algo burda, pero menos estilizada.



Fig. 95. — Urna antropomorfa con decoración ventral típica. N° 46, Col. M. L. P. ($^1/_6$ del nat.)

Por último, en la tercera urna, número 48, la decoración ventral es la misma y típica, como en la figura 34 de Quilmes. Los brazos y la faja escalonada, en la sección inferior, son rojos. La ornamentación del gollete es asimétrica; lo son también los arcos superciliares y una faja horizontal debajo de la nariz. Los ojos son pequeños, debajo del izquierdo hay una serpiente de cuerpo acodado con puntos en su interior, y los espacios triangulares que quedan entre los codos, se complementan con figuras digitales ó maniformes. Esta serpiente, con los demás detalles, se repite en la parte inferior del lado derecho del gollete, mientras que los vacíos ó espacios opuestos se alternan con los motivos de triángulos y grecas de costumbre.

Por los detalles de sus dibujos, conviene citar en este lugar otra tinaja más, que lleva el número 41 de la colección y que reproduce nuestra figura 96. Se diferencia sin embargo de todas las otras, por su gollete desproporcionadamente alargado, pero representa á su vez un subtipo de estas mismas urnas, bien conocido en la región. El cuerpo ó vientre es en tales casos relativamente pequeño, y en nuestro ejemplar subovoide.

Los dibujos son negros, muy borrados. En el vientre, los brazos encierran de cada lado un espacio jaquelado, el resto de la ornamentación no ofrece nada de particular; en el gollete, los motivos usuales están agru-

pados en dos bandas muy oblicuas, y el espacio entre ellas está ocupado por figuras ornitomorfas. El interior de la urna se adorna con la guarda marginal y dos figuras de « Suri » ó *Rhea,* tal como lo muestra el esquema (fig. 96 bis).

Las formas y ornamentación de otras dos tinajas, se reproducen con suficiente claridad en nuestras figuras 97 y 98; ambas se distinguen por sus dibujos curiosos y no tan comunes.

La tinaja figura 97, se caracteriza por su gollete muy ensanchado hacia el labio; el vientre presenta una cintura al nivel de las asas, que corresponde á la unión de las dos partes de que ha sido fabricado el todo.



Fig. 96. — Urna antropomorfa de gollete alto. N° 41, Col. M. L. P. ($^1/_6$ del nat.)

Los dibujos del gollete son curiosos por la interpretación convencional, que se ha dado á la cara humana y por los detalles que la complementan. La boca es elipsoidal, las mejillas están groseramente reticuladas, y á los arcos acompaña una faja de color rojo, que se dirige por los costados de la cara, hasta la misma boca.

La ornamentación ventral es senci-



Fig. 96 bis. — Un detalle de la decoración interna de la misma urna

lla y consta de la guarda vertical media, con los motivos tantas veces mencionados, á cuyos costados aparecen ángulos ó cheurrones, pintados de rojo en el medio, con algunos triángulos negros en los espacios que dejan los ángulos superiores.

La tinaja figura 98 ostenta una decoración de buen efecto, y ya conocida en otros ejemplares procedentes de dicha región. Parece que tanto la del gollete como la del vientre, corresponden á una representación serpentiforme, pintada de rojo, y que tiene en esta última parte la forma acostumbrada de S. Los demás detalles se perciben perfectamente en nuestro dibujo.

El último ó noveno ejemplar de esta pequeña serie, quizás debiera separarse de los demás, por el hecho de que ni el gollete, ni tampoco el vientre llevan la ornamentación antropomorfa que caracteriza por una parte estas tinajas.

Los dibujos que ocupan el gollete, forman una especie de red, de trama irregular, con algunas mallas exagonales, intercalados gruesos manchones más ó menos circulares, de modo que imitan un dibujo jaquelado: algunos de los vacíos de la malla llevan puntos negros. Tanto esta ornamentación como la ventral, están separadas en las dos caras de la urna, por la típica faja negra, que baja en la región de las asas.

Los dibujos del vientre están muy borrados; de ellos se distinguen líneas curvas, paralelas, separadas por series de puntos negros, y que acompañan en sus vueltas una especie de faja tortuosa, repitiéndose con cierta asimetría en cada lado, pintada de rojo y que recuerda en algo los motivos de la urna figura 98.

Sea dicho, en general, que todas estas urnas tienen el borde interior del labio pintado de negro, y á menudo se presentan en la superficie interna las típicas salpicaduras de que dimos cuenta para otros objetos.



Fig. 97. — Urna antropomorfa con chevrones N° 50, Col. M. L. P. ($^1/_6$ del nat.)

Objetos diversos. — No debemos dar por terminada nuestra ya extensa enumeración, sin completarla con algunos objetos más, que forman también parte de la colección obtenida de José Méndez; las piezas más interesantes las reproducimos en la figura 99.

Los pocos objetos de madera proceden del enterratorio de Molino del Puesto, y están representados por un par de cucharas talladas, una de ellas con mango bien arqueado, pero ambas mal conservadas.

La tercera pieza es solamente la mitad de otro objeto en forma de tortero de huso, con una perforación central y varios dibujos ó líneas graba-

dos; se trata de un objeto de tipo bien conocido, de que Ambrosetti ha publicado numerosos ejemplares [1].

Entre los mismos sepulcros del gran enterratorio, encontró Méndez muchos fragmentos de frutos de una cucurbitácea, llamada « Mate » en el lenguaje del país, de forma más ó menos esférica, partidos por el medio, y usados probablemente como recipientes ó cucharas para tomar líquidos.



Fig. 98. — Urna antropomorfa con ornamentaciones serpentiformes. N° 45, Col. M. L. P. ($^1/_6$ del nat.)

De los objetos fabricados de hueso, dos de ellos proceden de Fuerte Quemado: el uno, es una especie de alfiler, de forma cilíndrica con un pequeño disco plano; el otro, se parece á una espátula ó utensilio empleado, tal vez como el anterior, en el modelado de la alfarería. Hay también puntas de flechas de hueso, encontradas en abundancia, pero mal conservadas, dentro de las sepulturas de Molino del Puesto y juntas con los vasos toscos, que hemos descripto en páginas anteriores.

Los cinco ejemplos que presentamos en la figura 99, nos darán una idea perfecta de este tipo. Todas ellas han sido más ó menos bien talladas; muchas con punta aguda y una pequeña escotadura en la extremidad posterior; están provistas casi siempre en uno, ó en ambos lados, de una profunda ranura longitudinal mediana. Estas puntas de hueso se parecen mucho á las mencionadas por Ambrosetti de los cementerios de La Paya [2].

Entre las diversas sepulturas, y aun sobre el suelo entre las ruinas de la población de Fuerte Quemado, se han recogido algunos objetos de piedra tallada, como ser puntas de jabalina y también de flecha de forma lanceolada, bastante gruesas, pero con cantos ó filo en toda la circunferencia. Luego, un buen número de puntas de flecha casi todas de peque-

[1] Ambrosetti, J. B., *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1907, t. VIII, páginas 12, 105, 108, 126, etc.

[2] Ambrosetti, J. B., *Exploraciones*, etc., 1907, página 50, figura 26.

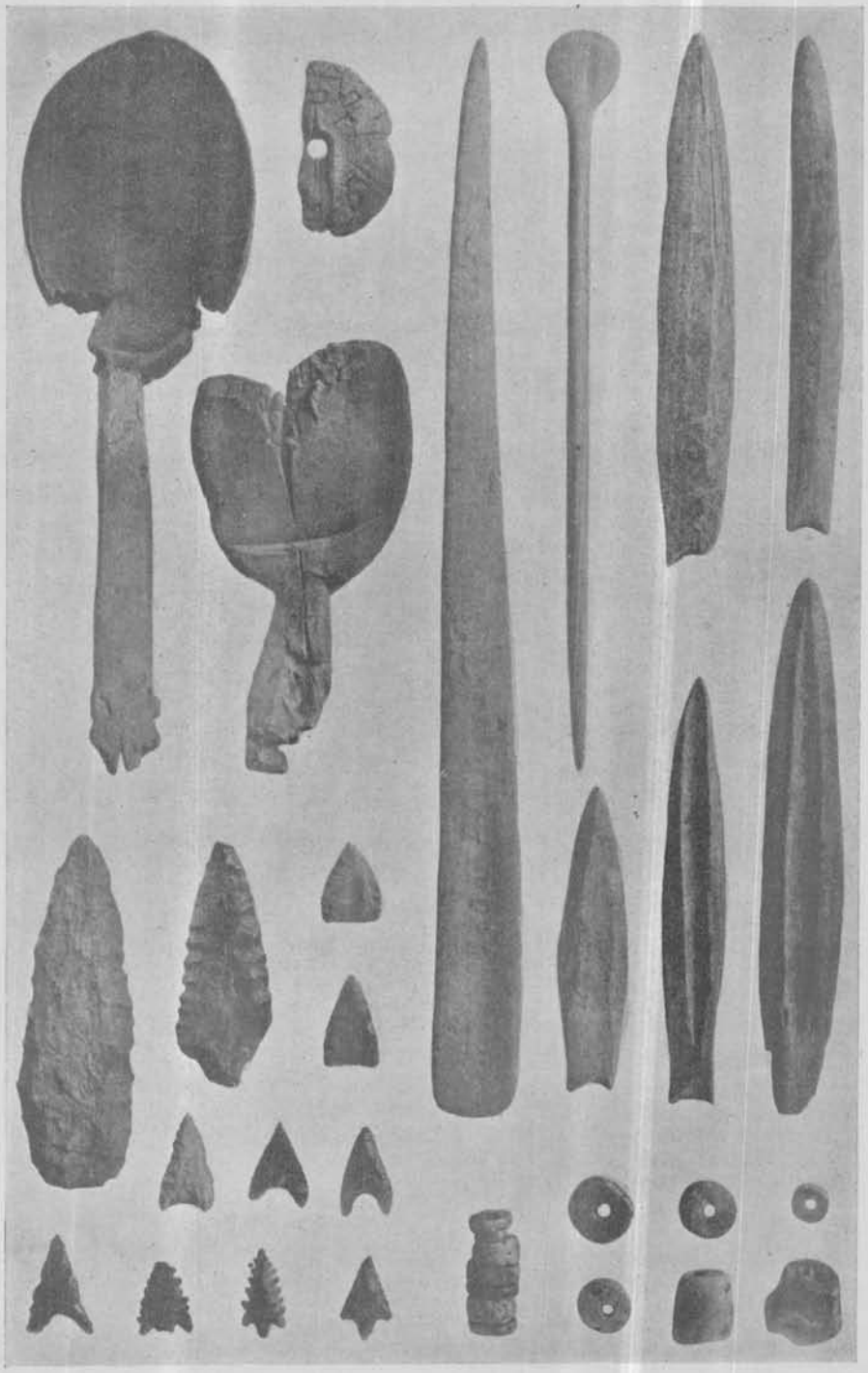


Fig. 99. — Objetos extraídos de las sepulturas de Fuerte Quemado y Molino del Puesto ($^2/_3$ del nat.)

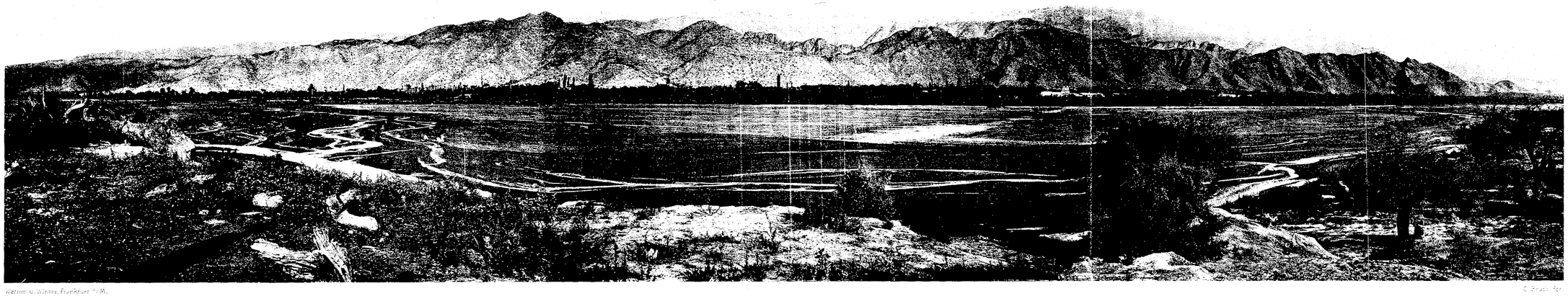
ñísimo tamaño y de diversos tipos, como puede verse perfectamente en nuestra figura.

Hay entre estas puntas de flecha, muchas de forma triangular, con los dos bordes y la base rectos ó ligeramente convexos; otras, en esta última parte, cóncavas, y muchas veces profundamente escotadas, conservando dos aletillas pronunciadas: este grupo constituye el tipo predominante de la región. Se encontraron también puntas de flecha más ó megos pedunculadas en su base, algunas pequeñas, de forma corta, triannular, con los bordes laterales cortantes, y otras más alargadas fuertemente dentadas. El material empleado con más frecuencia para su fabricación es de obsidiana y basalto (?), de vez en cuando también de cuarzo lechoso, calcedonia de varios colores y de pórfido cuarcífero.

Terminamos, por fin, mencionando unos objetos pequeños de piedra, tallados y perforados en forma de cuentas, que se han encontrado también dentro de los sepulcros de Fuerte Quemado. La mayor parte de ellos son turquesas, de color que varía entre verde cardenillo y verde aceituna; también los hay de color azul marino que son todos de sodalita. Muchos tienen forma de disco circular con perforación central, y algunos otros, de tamaño mayor, son cilíndricos ó conservan la forma primitiva de la piedra, siempre perfectamente pulidos y perforados. De estos objetos se conocen muchos ejemplos hallados en diversos puntos del noroeste argentino [1], pero hasta ahora no se sabe con seguridad su verdadero origen.

Por último, hubiese sido muy interesante, conocer con precisión el medio en que se hallaron gran número de cuentas ó perlas azules de vidrio, de forma esférica, alargada ó cilíndrica, encontradas al remover varias sepulturas, según Méndez, al pie del cerro de Fuerte Quemado y también en otras de Molino del Puesto. Desgraciadamente, no se conoce su relación con las otras extraídas, posiblemente de los mismos sitios; pero correspondiendo estas perlas á las introducidas por los españoles en el siglo XVI, no tenemos cómo tomarlas en consideración.

[1] Véase los trabajos de : Ambrosetti, Debenedetti, Boman, etc., etc.



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

C. Bruch, fot.

Cerro Pintado de las Mojarras

Ubicación del pueblo antiguo del Fuerte Quemado

Vista del valle de Santa Maria y de la actual población del Fuerte Quemado (Provincia de Catamarca)

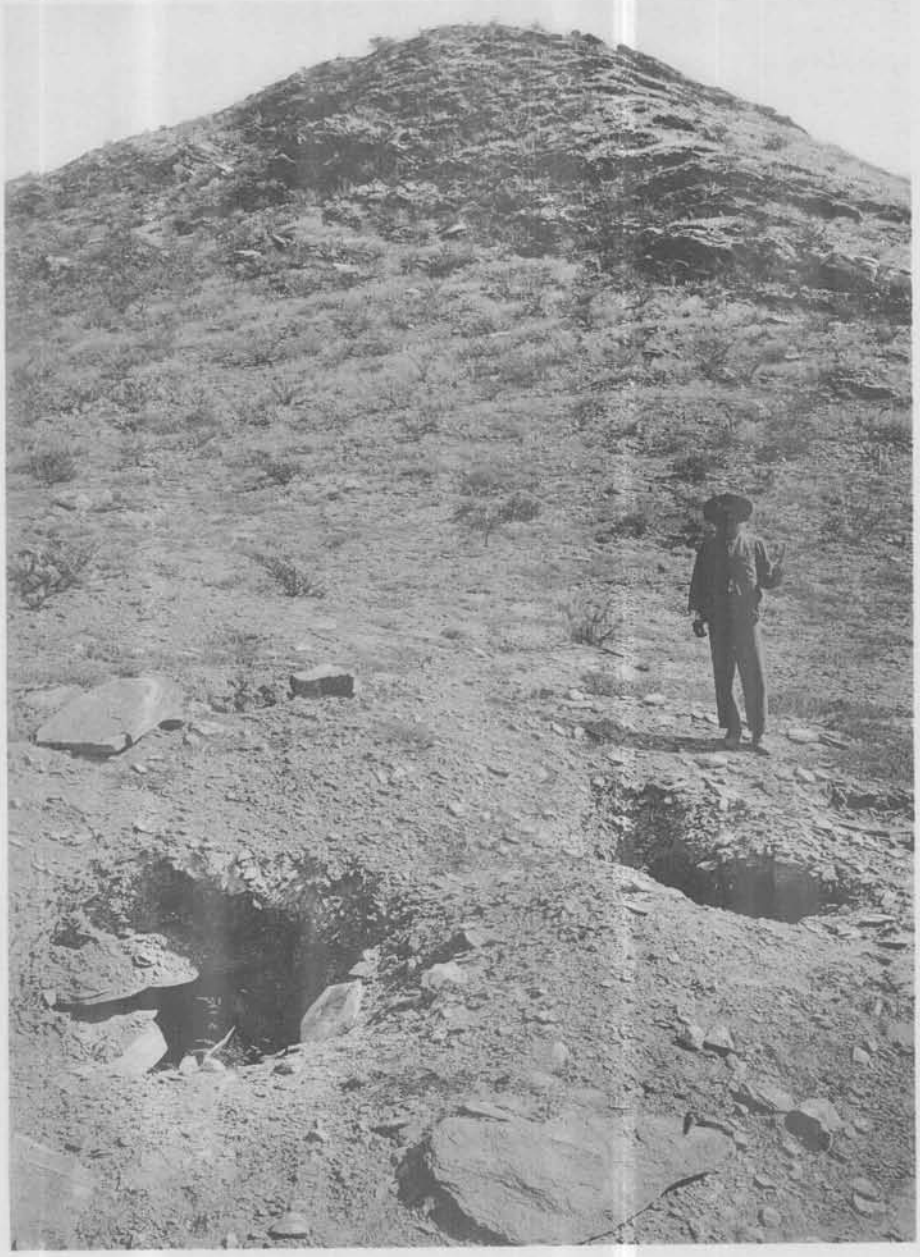


Fig. 1 **Cumbre del cerro del Fuerte Quemado, vista hacia el noreste**



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch for.

Fig. 2 **Construcciones antiquas en la cumbre del cerro del Fuerte Quemado**
(Provincia de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Sepulturas al pie del cerro del Fuerte Quemado (Prov. de Catamarca)

CAPÍTULO II

CERRO PINTADO DE LAS MOJARRAS

§ 1

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

El acondicionamiento de nuestras colecciones originó una demora de dos días en Molino del Puesto, circunstancia que aprovechamos para visitar también el Cerro Pintado de Las Mojarras, situado como á dos kilómetros de la Estancia del Molino, rumbo al sudoeste, y más ó menos á medio camino entre la villa de Fuerte Quemado y la de Santa María.

Corresponde, por consiguiente, Cerro Pintado al mismo cordón que ya se citó, y de cuyo costado oriental se destaca, como á distancia de tres kilómetros al sur de la vieja población de Fuerte Quemado. Unos cuantos ranchos de las propiedades al pie del cerro, forman el lugar llamado « Las Mojarras ».

El cerro tendrá escasamente unos doscientos metros de alto. Visto de frente, es decir, desde el lado del río, afecta más ó menos una forma hemisférica, y se extiende como 400 metros hacia el noroeste (lám. XI, fig. 1).

Las construcciones antiguas se hallan circunscriptas en casi toda su extensión sobre el mismo morro, donde se levantan las ruínas de un gran caserío.

La subida al cerro es muy tendida por su costado este, y es precisamente en esta parte, y á contar de su mitad superior, donde existe mayor número de construcciones, las que se elevan gradualmente, una después de otra (lám. XII). Más escasas son las construcciones sobre la falda norte, y, excepción hecha de unas cuantas, faltan en los costados sur y oeste, siendo éstos, por otra parte, mucho más escarpados y, por lo tanto, menos accesibles.

La cumbre del cerro forma una estrecha planicie de unos 20 metros

de ancho, pero bastante despareja, la que se halla edificada también en una extensión como de 30 metros de sudeste á noroeste.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Todas las construcciones son por lo visto angulares; no hemos encontrado ni una sola de forma redonda. Las que ocupan las faldas son típi-

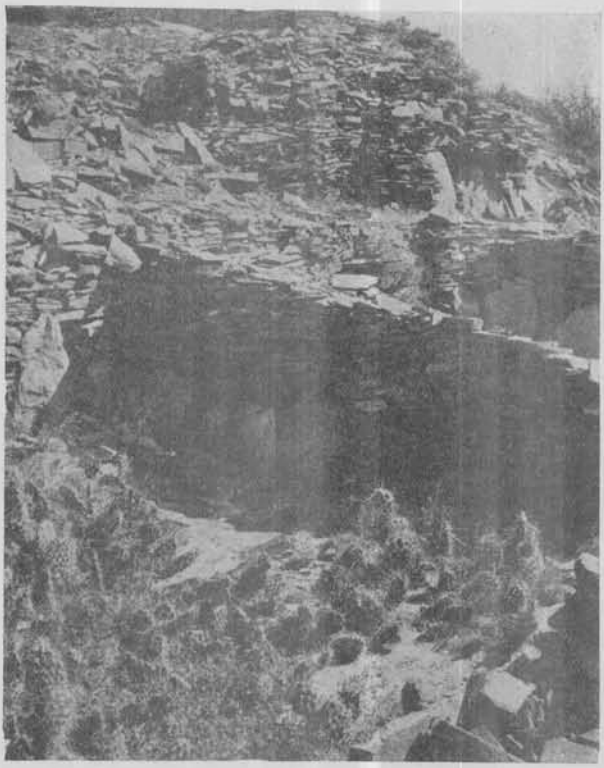


Fig. 100. — Paredes de base reforzada, sobre la falda

cas, y semejantes á aquellas de Quilmes: por lo general determinan recintos que miden de 3 á 4 metros de ancho, por 4 á 5 de largo; formados por cuatro paredes, de las que, la una está arrimada á la falda y libres las demás.

El espesor de las paredes varía entre 70 centímetros y un metro; su altura rara vez excede de 2 metros, correspondiendo esta medida

máxima á la pared del frente ó externa, cuando el terreno presenta cierta inclinación; en ese caso la interna se halla arrimada al cerro.

Por otra parte, observamos también aquí, que las paredes son más esmeradas, perfectamente á plomo en el interior de cada recinto, y la base reforzada con lajas grandes y chatas (fig. 100).

Las entradas á las habitaciones están casi siempre del lado sur é inmediatas á la pirca posterior. Cuando hay dos ó tres cuartos juntos, éstos se comunican entre sí por simples vanos, ó por una pequeña pirca, formando codo, que facilita la entrada á los mismos.

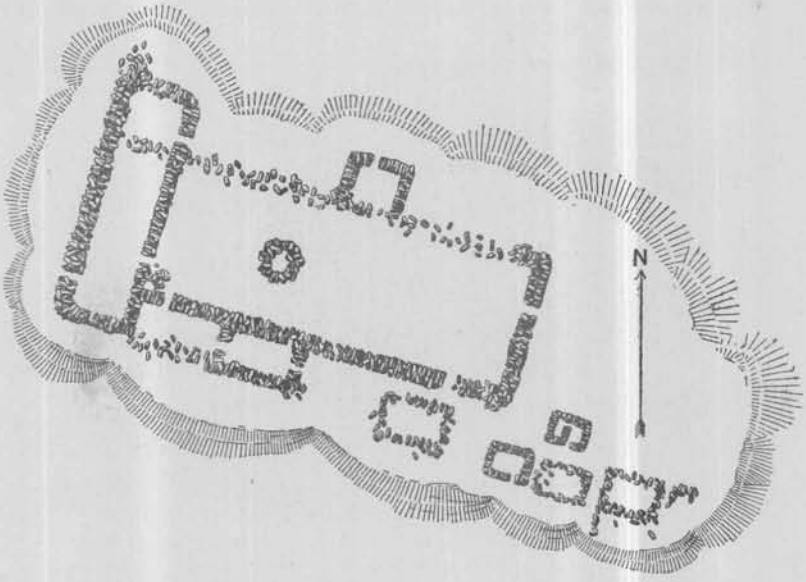


Fig. 101. — Relevamiento de las construcciones encima del cerro

Hemos dicho ya, que las construcciones abundan en esta parte del cerro; se suceden unas á otras, como los escalones de una gran escalinata: á corta distancia de la pared trasera de cada casa, se levanta la delantera de la de más arriba.

Las construcciones en el costado norte se hallan casi todas muy derrumbadas, y, á juzgar por los vestigios que aun se distinguen, deben haber existido dos grandes murallas paralelas, que cercaban todo este conjunto de casas en su parte baja.

Construcciones en la cima del cerro. — Nuestro croquis (fig. 101) dará una idea completa de la edificación que lleva la parte superior del cerro [1],

[1] Debo hacer presente también aquí, que el plano publicado por el doctor Ten Kate (*Anthropologie des anciens habitants*, etc., plancha A, fig. 26), en nada se parece á

cuya vista fotográfica reproduce además la lámina XI, figura 2. Tenemos aquí, un pequeño grupo de construcciones angulares, cuadradas y de rectángulos alargados, dispuestas con cierta simetría y que seguramente corresponden á otras tantas habitaciones. Éstas, salvo algunas particularidades, no ofrecen diferencias dignas de ser mencionadas en detalle.

El grupo principal de estas construcciones representa un edificio compuesto de una gran pirca rectangular, que mide 40 metros de largo por 12 de ancho y parece haber servido de patio; á éste se hallan adheridas las habitaciones, pero aquí arrimadas á la pared externa y no á la interior.



Fig. 102. — Habitación sobre el cerro al oeste de las construcciones principales

Una gran galería rectangular y sobresaliente, forma dos martillos por su costado occidental; además, aun existen otros tres cuartuchos: uno perfectamente cuadrado, ubicado en la mitad de la pared del norte, en parte hoy derrumbado; mientras que los otros dos, rectangulares, se hallan del lado opuesto, tal cual lo vemos en el plano, en el que también están indicados los vacíos ó pasadizos, aun más ó menos reconoscibles. Allí se incluyen otros cuartuchos inmediatos, hacia el sudeste del edificio citado, que pueden ó no haber pertenecido al primer grupo: en uno de ellos se distingue una pirca divisoria.

Haremos notar, á más de todo esto, que en el interior de la gran cuadra existe un círculo, formado de piedras lajas, que mide unos tres metros de diámetro y está colocado á flor de tierra. Otra pequeña pirca en

la realidad; es posible que se trata de una equivocación, como en el plano de Fuerte Quemado, ó de un relevamiento hecho con poco cuidado.

forma de cuadrante, pero muy deteriorada y cuyo destino ignoramos, se halla en el rincón sudoeste de la cuadra.

Todas estas construcciones han sido levantadas con piedra laja hasta un metro y algo más de altura [1].

De la gran galería rectangular hacia el sudoeste, hay una pequeña depresión en el cerro, y, como á los cien metros encontramos una casa alta de una sola pieza de 4 × 4,50 metros, muy bien edificada y que conserva aún el dintel de su puerta, formada por dos largas piedras (fig. 102). Á poca distancia de esa casa, y siempre sobre el mismo filo, se encuentran vestigios de trabajos mineros, efectuados, según información del doctor Lafone Quevedo, á mediados del siglo pasado.

En las proximidades de este último edificio existe una serie de ruínas, que están completamente destruídas, probablemente debido al tráfico de los mineros, para los trabajos posteriores á que nos referimos en las líneas que anteceden.

Á lo que se ve, existe cierta relación entre las obras antiguas de Cerro Pintado y aquellas otras de Quilmes y de Fuerte Quemado, y, dada la proximidad de estas localidades, es muy posible, y aun probable, que todas hayan pertenecido á indios de una misma estirpe ó nación, que tuvo su asiento principal á la altura de Fuerte Quemado, centro que parece haber sido del valle de Yocavil.

§ III

CEMENTERIOS

Á la bajada del cerro con el mismo Méndez, quien nos había acompañado en esta excursión, pasamos á un lugar de donde, según él, fueron extraídas muchas tinajas y otros objetos de alfarería, muy parecidos á los que conocemos de los cementerios de Fuerte Quemado. Se trata aquí de un enterratorio, situado como á medio kilómetro al nordeste

[1] Quiero aprovechar esta oportunidad para manifestar que he podido ver en muchísimas ocasiones paredes pircadas por los habitantes actuales, que son en todos sus detalles perfectamente idénticas á aquellas de épocas más remotas.

El tipo de casas de pirca baja, está muy generalizado entre los actuales habitantes de esta región; pero, la disposición del techado, y otros detalles complementarios, con los largos años han desaparecido completamente en las construcciones antiguas, y sin duda modificaron sensiblemente la altura interior de esos edificios: puede muy bien ser que se imitara la falta de altura en las paredes, sin que se acordasen de los techos altos que las complementaban.

de Cerro Pintado, en una de las propiedades de «Las Mojarras».

Poquísimos restos han quedado de los sepulcros, después de una remoción completa del terreno, que se hizo, según nos lo aseguraron, como un año antes de nuestro arribo; pero, por los mismos datos proporcionados



Fig. 103. — Aspecto actual de un antiguo cementerio

por nuestros acompañantes, se ve que estos sepulcros deben haber sido muy parecidos al del primer tipo, descripto en nuestro capítulo anterior, lo que confirmaron después dos rápidas excavaciones (fig. 103), que se hicieron en nuestra presencia en otro lugar vecino al cementerio profanado.

§ IV

MATERIAL ARQUEOLÓGICO

El material que á continuación vamos á describir, se ha adquirido por compra; una sola vez tuvimos oportunidad de presenciar personalmente la excavación de una sepultura. Esta colección, vendida por José Martínez, comerciante de Fuerte Quemado, consta de unos veinte objetos, reunidos por los vecinos Guerra y Méndez en el antiguo pueblo de Las Mojarras; la mayor parte son pucos, casi todos pintados y de alfarería roja, que corresponden del todo á los mismos tipos, descriptos ya de Fuerte Quemado y de Molino del Puesto.

Pucos de fondo rojo. — El ejemplar más sencillo es un puco (n° 13), de factura algo tosca sin pintura, de color ladrillo, ennegrecido por el hollín, que muy bien puede resultar de uso en alguna cocina indígena. Es de forma cónica, de altura reducida, paredes rectas, arqueadas solamente en la parte superior hacia adentro; la base es pequeña y de sección cóncava.

Otro de los mismos (n° 6), pertenece á un tipo distinto en cuanto á su forma baja, achatada, con una cintura entre los dos pares de protuberancias laterales y el borde de un labio oblicuamente dirigido hacia el exterior: hubo dos pestañas en el labio, entre las protuberancias dichas, de las que una ha desaparecido. Su base es perfectamente circular, amplia y cóncava, y como en el anterior ejemplo convexa en el interior. La superficie es lisa, de color gris amarillento; por afuera se distinguen aún unas gruesas líneas oblicuas de rojo muy claro.

Los demás pucos rojos llevan sus dibujos negros; á excepción de tres de ellos, la ornamentación del lado exterior consta otra vez de esquemas típicos serpentiformes, tales como los tenemos en el material procedente de Fuerte Quemado. En algunos ejemplares, los dibujos del lado interior están tan mal conservados que resultan casi del todo invisibles.

Uno de los tres pucos excepcionales, es de forma parecida, pero más grande, que el número 13; tiene del lado exterior una banda formada por líneas paralelas sembradas de puntos negros y que corre en zig-zag entre el borde y una línea negra cerca de la base.

Otro puco pequeño es algo tosco; sus paredes son más verticales y la porción basal cónica; además está provisto de dos protuberancias simétricas como asas, en el punto de reunión de las dos partes antedichas. La decoración externa se compone de seis fajas verticales, que caen del labio á un círculo cerca de la base, formadas por líneas más ó menos paralelas. El adorno del lado de adentro comprende cuatro fajas en cruz, constituídas por dos líneas rectas entre otras dos onduladas: estas cuatro fajas se desprenden de un ancho círculo en la base.

El tercer ejemplar (n° 10) es grueso y tosco, de forma subhemisférica, con una base como siempre cóncava por fuera, y convexa por dentro muy pronunciada. Del lado exterior se distingue un trozo de una doble línea, que serpenteaba por toda la circunferencia, y en el interior, unos siete listones con ornamentación caprichosa y asimétrica.

Cuatro de los pucos que por fuera ostentan el símbolo del ofidio llevan también en el interior figuras serpentiformes (n°s 1, 5, 8 y 16 de la colección).

En uno de ellos vemos, por ejemplo, cuatro figuras que corresponden á la parte posterior del ofidio típico, muy semejantes á los del puco número 104 de Fuerte Quemado; pero, en este caso, las figuras son más

angulosas, alternadas en los detalles que adornan los cuerpos, como que dos llevan puntos, y otras dos, líneas transversales en gran profusión.

Los otros tres pucos están muy mal conservados; en dos de ellos se distinguen apenas rastros de un dibujo serpentiforme, que aparece una vez como especie de guarda, completada con la ornamentación de grecas que nacen de triángulos negros; mientras que en el otro, se distinguen dos serpientes del tipo común, con los cuerpos adornados por series de líneas transversales, y otras en sentido longitudinal. Las dos figuras están separadas por una banda mediana de dos líneas paralelas con otras quebradas, dispuestas en sentido del ancho de la banda.

La ornamentación interior de los otros pucos (nos 4, 7 y 8 de la colección) consta de elementos geométricos, dispuestos en ocho secciones, tal como se ha dicho de los ejemplos citados en otro lugar (ver pág. 65).

El puco mayor (n° 7) de 30 centímetros de alto y 32 de diámetro, procede de la misma sepultura, de donde se ha sacado la urna funeraria, de la que nos ocuparemos más tarde. Se distingue del tipo común, por su forma alta y subcónica con paredes poco arqueadas, el borde ceñido por una cintura cerca del labio, que resulta plegado hacia afuera; la base es muy pequeña y cóncava, con escasa convexidad en el interior. Hay dos asas, las de siempre, semicirculares, simétricas, un poco más abajo del borde.



Fig. 104. — Decoración interior con fajas cruzadas. Puco n° 12, Col. M. L. P. (1/3 del nat.)

El símbolo de la serpiente, en la superficie exterior, está groseramente dibujado: se forma el ofidio por dos líneas separadas con una hilera de puntos en su interior.

La decoración del lado de adentro es sumamente sencilla: los cuatro listones ó fajas principales en cruz, se forman con tres líneas onduladas entre dos rectas, y se complementan en los cuatro espacios correspondientes con cuatro grandes triángulos negros.

En el puco número 12, como siempre, tenemos por base cuatro fajas principales, dispuestas en cruz, alternadas: dos de ellas con triángulos, solos ó con grecas, separados entre sí por curiosas líneas rectas y onduladas; las otras dos también llevan triángulos, pero sin grecas y cada una su serie de losanges simétricos, unos dentro de otros, y separados de los triángulos por líneas similares á las anteriores: los detalles de estos artísticos dibujos, se ven en el dibujo reproducido en la figura 104. Estas cuatro fajas en cruz se separan por cuatro figuras parecidas á cheurrones invertidos, cuyos detalles constan en el mismo dibujo.

En el número 4 de nuestra colección, tenemos en las fajas principales los mismos adornos de triángulos con grecas, muy parecidos á los del puco anterior, si bien peor ejecutados, y dispuestos de la misma manera. Los vanos correspondientes también llevan su ornamentación; en dos de los casos, líneas onduladas (dos de un lado, tres del otro); y en los otros, líneas en zig-zag, de las cuales se desprenden hacia arriba ciertas líneas cortas, en número de cuatro ó más, que muy bien pudiéramos considerar como adorno fitomorfo muy estilizado; sea de ello lo que fuere, es una decoración también típica de la región.

Escudillas de fondo amarillento claro. — Seis son los pucos que nos quedan por citar de esta localidad; ellos pertenecen á la misma categoría que los descriptos en el capítulo anterior.

El único ejemplar bien conservado tiene del lado de afuera las dos guardas del tipo común, como puede verse en el grabado adjunto (fig. 105).



Fig. 105. — Decoración exterior de doble guarda
Puco nº 11, Col. M. L. P.

Esta misma decoración constituye también en otro puco el adorno del lado interior, pero en vez de simples guardas, trátase de ofidios, por completarse aquellas con la cabeza triangular de la serpiente. En este mismo puco, se repite luego la típica guarda en la porción inferior del lado externo; mientras que el dibujo principal ó superior, se compone de dos serpientes en forma de S, con dos cabezas, boca dentada y ganchos que se desprenden de los ángulos postlaterales de la cabeza; figuras triangulares, con claros sembrados de puntos, complementan los vacíos que dejan las vueltas y contornos de los ofidios.

Igual decoración ocupa también el otro lado del mismo puco, y estos dos motivos están separados por líneas verticales una á cada lado de las asas también verticales y retorcidas. Finalmente, sobre el borde, se distinguen breves líneas negras.

Los demás ejemplares presentan del lado interno las típicas trazas de salpicaduras.

El puco número 14 es de factura tosca, distinto de los demás por su forma cónica; mide unos 15 centímetros de alto, 32 de diámetro en el borde y 10 en la base; las asas son retorcidas y toscamente aplicadas.

Este puco lleva un fondo blanquizco sobre el cual se ha dibujado con más ó menos arte el esquema de su ornamentación, que es diferente en los

dos lados. En el anverso tenemos dos guardas, como en tantos otros casos: la superior consta de triángulos con grecas, desprendidos de dos líneas negras que forman la semicircunferencia del vaso; los dos triángulos superiores tienen el centro pintado de rojo y los dos inferiores son negros, pero dentados en su hipotenusa superior. La segunda guarda la forma una banda quebrada, pintada de rojo entre líneas negras, y los espacios que quedan, contienen otros triángulos cuadriculados, que completan el dibujo. En el otro lado la mayor parte de la ornamentación ha desaparecido; sus elementos parecen los mismos, pero otra es su disposición.

Los demás ejemplares tienen el adorno casi completamente borrado, pero se nota aún que en uno hubo guarda quebrada roja, y decoración como en los ejemplares de Fuerte Quemado; en el otro tal vez un motivo serpentiforme muy irregular [1].

Ollas. — Las dos ollas, halladas según Méndez en una misma sepultura, en cuanto á forma y color son idénticas á las descriptas en la



Fig. 106. — Olla tosca con decoración subespiralada
N° 18, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

página 87 del capítulo anterior. En factura y ornamentación, ambas son bastante ordinarias: el dibujo del lado que representa nuestra figura 106, no necesita mayores comentarios; no es igual el del lado opuesto, pues allí se notan tres espirales más pequeñas, y mal trazadas; además sobre la línea inferior de la guarda, otra figura, formada por una

[1] Son los números 9 y 15 de nuestra colección.

simple curva con triángulos negros en las dos extremidades, y dos líneas cruzadas en el espacio medio. Á cada lado hay una faja vertical, muy asimétrica, la una con varias líneas reticuladas, la otra con estas más enredadas. El labio interior de la olla, lleva sus pequeños piquillos ó triángulos negros, que arrancan de la misma orilla.



Fig. 107. — Trozo de la guarda de la olla nº 19 Col. M. L. P.

La otra olla es más ó menos del mismo tamaño; tiene la pintura ya muy borrada. Se distingue aún parte de una guarda quebrada de dos líneas equidistantes, con una serie de gruesos puntos negros. Los demás detalles se verán en la figura 107. También el interior del labio lleva un adorno de ganchos subespirales que se desprenden del borde.

Urna funeraria. — Cuando recorrimos con Méndez los sitios de los antiguos enterratorios, los ocupantes de un rancho cercano, atraídos por la curiosidad y la esperanza de que un nuevo hallazgo les proporcionaría algún beneficio pecuniario, se pusieron á excavar el terreno adyacente á las sepulturas ya profanadas. Desanimados por el resultado negativo en su exploración, estuvieron á punto de retirarse, cuando de pronto tropezaron con algunas piedras que indicaban se trataba de un sepulcro, cuya abertura pudimos presenciar [1].

La forma de éste, nada tenía de novedoso, como detalle de la construcción: varias lajas, ó sean piedras chatas, bastante separadas unas de otras, hacían las veces de paredes, mientras que otras tres largas servían de techo.

Luego se descubrió una gran urna con su correspondiente tapa, volcada ésta sobre la boca de aquélla. En el interior de la urna se hallaba el puco número 7, que hemos descripto anteriormente, algunos fragmentos de alfarería y unos pocos restos humanos muy mal conservados, mezclados con pedregullo.

La urna, que reproduce nuestra figura 108, es de un tipo bien conocido, y de la misma forma de la que obtuvimos de Fuerte Quemado: las condiciones del hallazgo confirman su empleo como urna funeraria. Es de color rojo ladrillo, y la decoración está distribuída en ocho bandas verticales, con ornamentación alternada, dibujada con poco arte. En las

[1] Corresponde este sepulcro precisamente al sitio que representamos en nuestra figura 103.

cuatro bandas, que se componen de elementos curvilíneos, el fondo es más amarillo; en las otras se repiten series de ángulos ó cheurrones, con los detalles usuales que se ven en la figura. Esta decoración ocupa toda la parte superior de la urna, y parece que hubo intención de repetirla también en la parte inferior, donde se presenta muy irregular, y no ya en relación con los grupos de arriba. Por último, sobre el labio se ven líneas cortas verticales á la periferia, adorno que se repite casi en todos los ejemplares de este tipo de urnas; también las asas son las usuales.



Fig. 108. — Urna funeraria con su correspondiente tapa, extraída del sepulcro figura 103. N° 12, Col. M. L. P. ($^1/_6$ del nat.)

La tapa es muy parecida á la parte inferior de la urna, sobre la cual se hallaba volcada, tanto en tamaño como en los detalles de su decoración, y, á primera vista pensábamos considerarla como fondo truncado de otra de dichas urnas: esta costumbre, en efecto, se ha observado en casos análogos. Sin embargo, un examen prolijo de la tapa, no confirma nuestra suposición, á juzgar por la curva pronunciada que describen sus paredes hacia el interior del recipiente. El borde, recortado en toda su circunferencia, debió estrechar aun más la abertura, y no podía haber dado lugar á la yuxtaposición de un cuerpo alto, como lo lleva este tipo de urnas. Es probable que el ejemplar en cuestión haya sido alguna vez un enorme puco que más tarde fué recortado para emplearlo como tapa. Resta decir que á la altura de su diámetro máximo, hay dos especies de listones horizontales, poco destacados, que hacen las veces de asas.



Fig. 1 **Vista del cerro Pintado de las Mojarras** (Prov. de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch fot.

Fig. 2 **Caserío en la cumbre del cerro Pintado de las Mojarras**



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

C. Bruch fot.

Construcciones antiguas en la parte este de la cumbre del cerro Pintado de las Mojarras
(Provincia de Catamarca)

CAPÍTULO III

LOMA RICA, ANDAGUALA Y AMPAJANGO

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

Al continuar nuestra exploración hacia el sur, nos dirigimos hasta Loma Rica, Andaguala y Ampajango, lugares vecinos situados al costado oriental del valle de Santa María, y que estuvieron habitados, sin duda, por las mismas tribus indígenas que ocuparan algunas de las poblaciones descriptas. Dichos lugares nos eran asimismo bien conocidos como grandes centros de petroglifos. Haremos mención de varios ejemplares, algunos de ellos reproducidos por Liberani y Hernández en uno de los primeros trabajos sobre estudios arqueológicos, iniciados precisamente en estos parajes [1].

Tenía nuestro viaje por objeto principal buscar dichos petroglifos, razón por la cual no se dedicó más tiempo á ruínas ú otros restos arqueológicos. Aprovecharemos, sin embargo, la oportunidad para ofrecer algunas observaciones realizadas en este sentido, antes de dar cuenta de los interesantes monumentos hallados durante nuestra rápida excursión.

El 28 de marzo dejamos la villa de Santa María y pasamos á San José, de donde arranca el camino que cruza el valle en dirección al suroeste y conduce directamente á Loma Rica; desde la quebrada

[1] LIBERANI y HERNÁNDEZ, *Exploración en Loma Rica*, 1871. *Album de fotografías tomadas de dibujos*. Tucumán, 1877.

Es una publicación muy rara, pues se hizo solamente un número reducido de ejemplares; muchos de los dibujos que, sea dicho de paso, carecen de exactitud, han sido reproducidos más tarde por el doctor Ameghino, véase: *Inscripciones anticolumbianas encontradas en la República Argentina*, Bruselas, 1879 (comunicación al Congreso internacional de americanistas en Bruselas, 1879); luego en su clásica obra: *La antigüedad del hombre en el Plata*. París y Buenos Aires, 1880-1881.

de Yape, otro camino se dirige á Andaguala y á unos ocho kilómetros rumbo al suroeste se encuentra Ampajango, distante unas cinco leguas de nuestro punto de partida.

El paisaje que presenta la parte oriental del valle en esta altura es bastante distinto al del lado opuesto. De la prolongación de esta cadena del Aconquija, se desprenden escarpadas colinas de areniscas multicolores, cuyos mantos rojos y amarillos dan á la región un aspecto simpático y más pintoresco que el monótono cordón de la Sierra de Quilmes, del otro lado. Regadas por algún arroyo afluente del río de Santa María, las poblaciones nombradas constan de trecho en trecho de terrenos fértiles, mientras que por lo general el suelo es accidentado y árido; un sinnúmero de cerros y pequeñas lomas forman un laberinto de cuestas y quebradas tortuosas, sitios por donde se encuentran desparramados restos de construcciones antiguas, como también petroglifos de que luego haremos referencia.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Á juzgar por ciertos detalles que durante nuestro recorrido pudimos observar, se confirma la semejanza de muchas de estas construcciones con otras de que se ha tratado ya en capítulos anteriores. En las proximidades de Ampajango, por ejemplo, encontramos una gran extensión cubierta de cantos rodados, dispuestos y alineados, como los de Quilmes y Fuerte Quemado: una serie de círculos del mismo material puesto á flor de tierra, como de dos á tres metros de diámetro, reproducen perfectamente otros vistos posteriormente en Punta de Balasto, etc. (véase fig. 114, pág. 126).

En Andaguala hemos hallado también las ruínas de un gran caserío compuesto de habitaciones rectangulares, parecidas á la de Fuerte Quemado; y numerosos vestigios de pircas derrumbadas y sepulcros excavados, obra de los exploradores que nos precedieron [1].

Loma Rica. — Loma Rica es una colina ó loma aislada de unos

[1] Cuéntanse entre ellos, en primer lugar, los ya citados Liberani y Hernández, y más tarde, el malogrado Methfessel, antiguo empleado del Museo de La Plata, quien exhumó en Andaguala y Loma Rica buen número de urnas y objetos arqueológicos del mayor interés.

Si bien se observa entre dichos objetos algo de la característica regional, no puede negarse que, en su mayoría, las grandes urnas, por ejemplo, corresponden perfecta-

100 metros sobre el nivel del río, cuya parte superior forma una planicie horizontal alargada que mide unos 350 metros de largo en dirección de naciente á poniente, y poco menos de cien metros en su mayor anchura [1].



Fig. 109. — Vista parcial de las construcciones de Loma Rica

Está dicha planicie cubierta en su totalidad con pircas irregularmente dispuestas, con sus ángulos y martillos que constituyen á la vez habitaciones más ó menos cuadradas, unas juntas á las otras ó separadas algunas por estrechos pasajes ó calles, de manera que en conjunto estas construcciones se parecen á una gran red.

mente á la factura típica de todo ese valle (tipo Santa María, de Lafone Quevedo), como ser los de San José, Cerro Pintado y Fuerte Quemado, etc.

Parte de esta alfarería figura en los trabajos del profesor Outes (*Anales del Museo de La Plata*, 1907, t. I); y del doctor Lafone Quevedo (*Revista del Museo de La Plata*, 1908, t. XV).

[1] En el mapa publicado por Boman, de la región de los Diaguitas (*Antiquités*, etc., fig. 10), Loma Rica está indicada entre Colalao del Valle y Bañado de Quilmes; en cambio se lee Loma de Jujuy en el sitio que correspondería para aquella. Sin perjuicio de cualquiera otra Loma Rica que pueda existir, insisto en que la Loma Rica clásica es la situada entre San José y Andaguala, advirtiendo que en sus inmediaciones se halla un riacho llamado localmente de Jujuy.

Por la disposición de las construcciones, es muy probable que el plano publicado por Ten Kate (*Anthropologie des anciens habitants*, etc., planche A, fig. 25), como de Loma de Jujuy, sea en efecto el de Loma Rica. Por lo que ya hemos dicho (pág. 42 y 103), que deben aceptarse con reserva los detalles de dicho plano.

Por lo general, los recintos de estas habitaciones son pequeños, de pocos metros de ancho y largo; las pircas, cuyo espesor raras veces tiene más de un metro, están levantadas en la forma usual, de cantos rodados micaesquistosos; en la actualidad, de su altura no conservan más de un metro, á lo sumo metro y medio, y es asimismo difícil descubrir en ellas vanos de puertas ó aberturas de pasajes. Algunas veces se observa una doble pared paralela, es decir, una pirca más baja, arrimada á la principal.

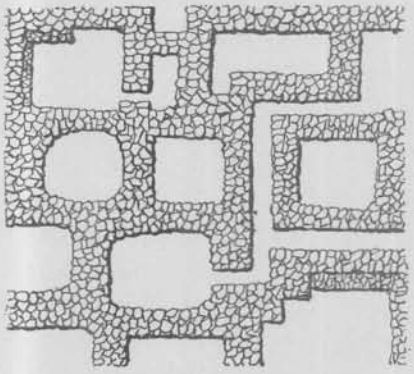


Fig. 110. — Detalle de construcciones (según Methfessel)

La abundante vegetación de plantas espinosas en su mayor parte cactáceas, nos privaron de poder hacer un relevamiento cualquiera, faltándonos tiempo para realizar el desmonte. Por ahora nos limitaremos á presentar un detalle de las construcciones sacado de los apuntes de Methfessel que demuestra perfectamente cómo eran entonces, mientras que la vista fotográfica reproduce su aspecto actual (fig. 109 y 110).

Desde la meseta de Loma Rica se domina todo el valle de Santa María con sus poblaciones antiguas desde Punta de Balasto hasta Quilmes y aun más allá.

Las faldas al este y sur de la loma tuvieron también sus «pircados», pero ellos se encuentran ahora completamente derrumbados y destruídos. Posible es que alguna vez existieran las murallas en círculos, de las que hablaron Liberani y Hernández, consideradas como obras de defensa; por nuestra parte, nada pudimos afirmar al respecto, y no deja de extrañar que el mismo Methfessel no las haya descubierto durante su larga estadía en esos lugares.

§ III

PETROGLIFOS

La costumbre de fijar inscripciones sobre las peñas, ha sido muy generalizada también entre los indígenas del noroeste argentino. Los ejemplares observados en las provincias andinas, se presentan todos en la región calchaquí, pero en ninguna parte con tanta frecuencia como en los lugares de que ahora nos ocupamos.

Al clasificar estas inscripciones, corresponde dividirlas en dos cate-

gorías: unas como pictografías, si para producirlas se empleó solamente la pintura; otras como petroglifos, si ellas se hallan grabadas sobre las peñas; no nos consta que se usaran los dos procedimientos combinados, y en el presente caso, no encontramos sino rocas grabadas ó petroglifos propiamente dichos.

Para tal objeto, el indio ha elegido siempre piedras obscuras, de roca porfídica, cuya superficie, por su descomposición natural, presenta un aspecto betuminoso y sobre la cual los dibujos se destacan con más claridad; para producir el petroglifo, parece que el procedimiento ha sido golpear esa superficie negra, con algún instrumento ú otra piedra más dura. El grabado tiene, por decirlo así, poca profundidad, casi como una simple raspadura, y es muchas veces difícil poder descifrar los dibujos, sobre todo si no se hallan colocados en buenas condiciones de luz.

Parece que los indígenas, en la selección del material, no tuvieron en cuenta la forma ni el tamaño de las piedras, y simplemente aprovecharon las más obscuras, desde pequeños cantos rodados hasta bloques á veces de grandes dimensiones. Igual cosa puede decirse, en cuanto á la ubicación, siendo probable que no haya habido mayor premeditación en cuanto al sitio asignado; así es que encontramos los petroglifos ya dispersos y separados unos de otros por largas distancias, ya reunidos ó agrupados, lo mismo en campo llano como entre quebradas ó sobre cuestas y lomadas.

Ahora bien, las inscripciones de nuestros petroglifos están compuestas de distintos elementos: de líneas rectas ó curvas, entrelazadas de la manera más irregular, de figuras geométricas como ser círculos, espirales y grecas, ó de representaciones convencionales de seres antropo ó zoomorfos, como también de un sinnúmero de otros signos curiosos. Por ahora su interpretación es imposible y tampoco pretendemos ofrecerla, ni entrar en dilatadas consideraciones al respecto; reproducimos simplemente las fotografías y dibujos de los ejemplares hallados durante los días que recorrimos los lugares circunvecinos entre Loma Rica y Ampajango. Hoy por hoy, el pequeño conjunto que ofrecemos representa tan sólo parte de los curiosos monumentos existentes en los lugares mencionados; tengo que lamentar asimismo, por una parte, la pérdida de fotografías tomadas de otros ejemplares situados en las proximidades del antiguo ingenio de Ampajango, y por otra, que algunos originales no se hallarán en condiciones favorables para obtener de ellos reproducciones.

Haremos constar que se ha seguido siempre el sistema de reproducir solamente aquellos trazos que se destacan con toda claridad; en su mérito hemos dibujado con esmero las figuras, que entre tantas otras ilegibles contiene la lámina XV, mientras que las fotografías que aparecen en la lámina XIV, se obtuvieron después de repasar cuidadosamente los contornos de los dibujos con tiza. Este último procedi-

miento es sin duda el más recomendable, pero tiene el inconveniente que las figuras se proyectan á veces deformadas por la perspectiva. Al mismo tiempo de la fotografía, debiera hacerse siempre de cada petroglifo un calco, el cual se podrá tomar fácilmente empleando papel transparente, ó como se me ocurrió, repasando los contornos con lápiz de copiar y aplicando después hojas de papel humedecido, que se ajustan al dibujo por medio de un cepillo suave, recibiendo así la impresión de lo repasado con lápiz. Los calcos obtenidos de este modo tienen la ventaja de que el dibujo es exacto, y se podrá desarrollar más tarde sobre superficie plana y reducir al tamaño que se desea.



Fig. 111. — Petroglifo en el arroyo seco de Marcos Yape

Dos petroglifos, que mencionaremos por separado, hemos hallado sobre el camino á Andaguala; uno, en el mismo lecho del arroyo seco, cerca de Marcos Yape; el otro, sobre la falda de una loma, pocos metros al oeste del camino que conduce al arroyo del bajo de Andaguala [1].

El primero es un bloque rectangular, de 0m70 por 1m50 de ancho y largo y 0m60 de alto, que lleva una serie de dibujos en la parte superior y en uno de sus costados; algunos de ellos se ven en nuestra fotografía (fig. 111), mientras que el resto se halla ya casi totalmente borrado.

Las figuras que se destacan á la derecha del bloque, corresponden quizás á representaciones zoomorfas, si bien de un convencionalismo algo exagerado.

En parecidas condiciones se encuentra el otro petroglifo, cuyo cro-

[1] Los dos petroglifos han sido publicados por Liberani y Hernández y reproducidos por AMEGHINO, *La antigüedad*, etc., plancha XII, páginas 362-363 y plancha XI, páginas 356-357. Los dibujos de los mencionados autores son poco fieles á los originales.

quis se ve en la lámina XV, figura 7. Este es casi igual al anterior en cuanto á forma y dimensiones; también los diseños que ostenta en uno de sus costados se destacan muy poco sobre la superficie obscura y betuminosa.

Entre un conjunto de figuras irregulares y de elementos geométricos, como ser líneas subespiraladas, grecas ó círculos, se ven otras figuras más complejas, difíciles de interpretar. Pudiera ser que los trozos de alguna línea ondulada con círculo, representasen un ofidio, y que el diseño que aparece en el centro, signifique tal vez un ave, como las que hemos visto en las inscripciones de este género, sobre peñas en la provincia de Córdoba [1].



Fig. 112. — Fragmento de petroglifo, depositado en la colección del Museo

Del lado superior del bloque hay también algunos dibujos y, entre ellos, el precioso diseño escutiforme, cuyo facsímile reproduce nuestro grabado (fig. 112). En esta misma parte, hallábase la roca agrietada, lo que nos permitió desprender el fragmento con el escudo en cuestión, el que se encuentra hoy en las colecciones del Museo.

Fijándonos ahora en los demás petroglifos, se observa en ellos cierta característica local, á pesar de que en parte tienen mucha analogía con aquellos que ya se conocen de otras regiones. Seguramente, esta nota característica se manifestará en mayor grado á medida que se estudie el material en más números ejemplos, y con más detención.

En este caso, nos faltan todas aquellas representaciones humanas típicas y otras figuras que acompañan á éstas en las pictografías y en algunos petroglifos de las altas planicies [2]; las figuras de llamas ó guana-

[1] Outes, *Los tiempos prehistóricos y protohistóricos en la provincia de Córdoba*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo XVII, 1910-11, página 315, figuras 15 y 20.

[2] Boman, *Antiquités de la région andine*, etc., 1908, páginas 665-676, plancha LXI; Ambrosetti, *Las grutas pintadas*, etc., en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomo XVI, 1895, figura de la página 311.

cos, tan comunes allí, no las hemos visto sino en una sola ocasión, sobre una piedra cerca de Andaguala (lám. XIV, fig. 5); pero conviene hacer notar que también otros de los dibujos de ese mismo ejemplar tienen mucho parecido con los de dichas planicies, como puede verse, por ejemplo, en el petroglifo de Puerta de la Rinconada, publicado por Boman [1].

Varias de estas figuras irregulares formadas por líneas curvas de terminaciones digitiformes, guardan semejanza con algunas que ostentan nuestros petroglifos. Por otra parte, encontramos también parecido en los detalles del petroglifo situado en el Bajo de Canota, en la provincia de Mendoza publicado por el doctor Moreno [2], y el malogrado profesor Aguiar, de San Juan, me mostró unos dibujos muy parecidos á los nuestros, sacados de varias piedras grabadas de aquella provincia.

Las figuras 5 á 8 y 11 á 13 de la lámina XV, nos dan á conocer algunos de los petroglifos que hemos encontrado en nuestro recorrido en los campos al noroeste del antiguo ingenio de Ampajango. En ellos ocurren solamente líneas curvas, espiraladas y entrelazadas, combinadas con círculos, una que otra vez con punto céntrico, formando el total figuras caprichosas, que tan difíciles son de describir, como de interpretar.

Otra piedra, que se halla sobre una pequeña lomada entre Loma Rica y la casa de Eugenio Gómez, en el bajo de Andaguala, tiene dos de sus superficies grabadas: una de $0^m80 \times 0^m60$, la otra de $0^m60 \times 0^m40$ de largo y ancho respectivamente. Sobre ellas, se destacan con claridad los esquemas que reproducimos en la lámina XIV, figuras 3 y 4, formados por líneas rectas y quebradas, más ó menos paralelas con los contornos trapezoidales de la piedra, y que terminan en círculos con puntos céntricos y algunas grecas bien trazadas.

Muchos son los signos, por supuesto muy convencionales, que encontramos sobre otros petroglifos. En su mayor parte se componen de figuras geométricas, como por ejemplo el dibujo de doble espiral en forma de S, que se ve sobre las rocas, lámina XIV, figura 5 y lámina XV, figura 1. Este último petroglifo está situado al nordeste, como á dos kilómetros de la casa de Gómez en Andaguala: tiene 0^m80 de alto y entre otros signos curiosos, algo más profundamente grabados que de costumbre, se distingue una huella tridáctila del «Suri» ó «Pata de Perdiz», denominación local.

Muy interesante es sin duda el hallazgo del petroglifo situado cerca de Ampajango, yendo de la Cuesta del Vallecito, el que figura en la lá-

[1] Boman, *Antiquités*, etc., página 677, figura 149.

[2] Francisco P. Moreno, *Exploración arqueológica de la provincia de Catamarca*, en *Revista del Museo de La Plata*, 1890-91, tomo I, figura de la página 208.

mina XIV, número 2. Además de buena cantidad de curiosos signos, mezclados con círculos concéntricos, rastros tridáctilos, etc., se encuentra aquí, por primera vez, las huellas de la planta del pie ó de la palma de la mano humana, idénticas á aquellas de las esculturas en la roca de Río Negro [1], ejemplo que hemos citado ya, al tratar de los petroglifos de Quilmes [2].

Los pocos petroglifos que nos quedan aun por mencionar, son de representaciones antropo y zoomorfas.

La figura humana, que ostenta una pequeña piedra hallada al suroeste de Marcos Yape (lám. XV, fig. 2), acaso pertenezca á un tipo moderno; por otra parte, no sería demasiado aventurado, considerar las figuras de la lámina XV, números 3 y 4, y tal vez aun parte del número 5, como seres antropoides, muy estilizados por cierto [3].

Para terminar haremos notar las dos representaciones reptiliformes, muy bien ejecutadas, del petroglifo lámina XV, figura 10, hallado sobre la Cuesta del Vallecito, y en el cual se conservan también rastros de grabados en la parte superior de la piedra; y por último, otra figura zoomorfa, lámina XIV, figura 1, se destaca con mucha claridad sobre la peña obscura, casi negruzca. Entre algunas figuras enigmáticas aparecen otra vez las llamadas « patas de perdiz », y del lado izquierdo, una ornamentación que bien pudiera ser de carácter fitomorfo muy estilizado.

Si este corto relato basta para darnos á conocer, siquiera someramente, los petroglifos de la región, no hemos satisfecho con ello nuestra curiosidad en cuanto á su origen y significación. ¿Sería posible con tales antecedentes emitir opinión alguna en cuanto al sincronismo de estos petroglifos con las ruínas y restos arqueológicos? ¿Acaso pertenecen todos ellos á una sola estirpe, é intervinieron en todos los artistas que fabricaron también el abundante material arqueológico? Tal aseveración parece poco probable, por el solo hecho de que no existe suficiente analogía entre los respectivos simbolismos. Es admisible que los petroglifos correspondan á una época más moderna, porque en el transcurso de largos siglos los dibujos hubieran quedado del todo ilegibles, por el proceso de descomposición que experimentaría la superficie raspada.

Por ahora, esta solución nos parece tan problemática como la de pretender descubrir el significado de los petroglifos. Admitiendo la posibilidad de que algunos de ellos puedan haber servido para algún fin cere-

[1] Bruch, *La piedra pintada*, etc., en *Revista del Museo de La Plata*, tomo X, 1902, página 173, lámina II.

[2] Véase el capítulo II, página 27 del presente trabajo.

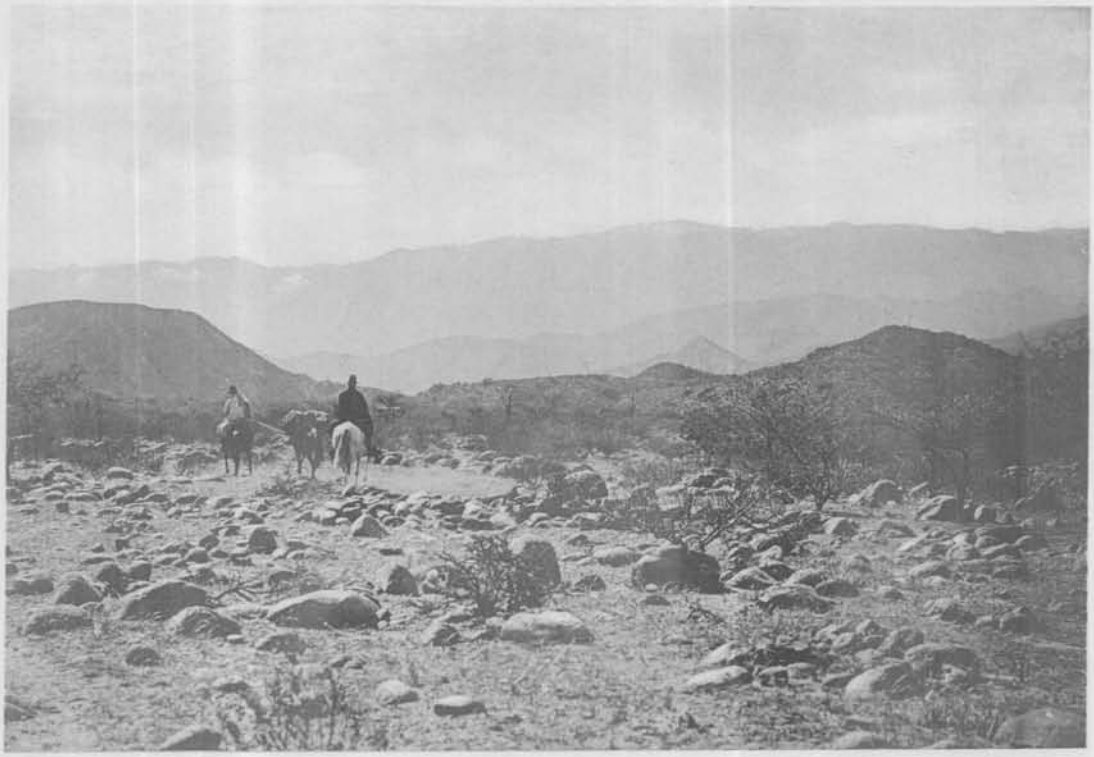
[3] El petroglifo lámina XV, figura 3, se encuentra sobre la Cuesta de los Marciales; el representado en la figura 4, poco más al sur de la Cuesta del Vallecito.

monial ó de culto, debe dejarse la última palabra á estudiosos más autorizados; me adhiero, no obstante, á lo que dice Boman al final de su capítulo referente á este punto [1]: « Tal vez que los hombres de la época de los petroglifos, hayan mirado estas obras enigmáticas simplemente como obras de arte, que satisfacieron sus conceptos estéticos, sin darles ninguna significación precisa, y que jamás será posible descifrarlos ó descubrir su significado. »

[1] Boman, *Antiquités*, etc., página 829.



Fig. 1 **Vista general de la Loma Rica** (Prov. de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch fot.

Fig. 2 **Ampajango desde el valle de Santa Maria** (Prov. de Catamarca)



Fig. 1 Piedra sobre la cuesta del Vallecito



Fig. 2 Piedra en las proximidades de Ampajango



Fig. 3 Piedra en las proximidades de Andaguala



Werner u. Winter, Frankfurt a. M.

Fig. 4 Lado opuesto de la piedra de la Fig. 3



Fig. 5 Piedra al sur de Andaguala

Petroglífos (Provincia de Catamarca)



Fig. 1



Fig. 11



Fig. 2



Fig. 3



Fig. 13



Fig. 12



Fig. 4



Fig. 5

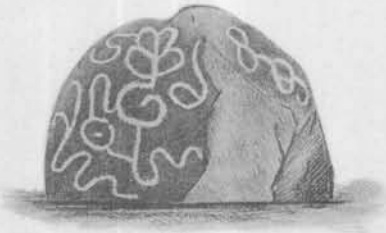


Fig. 6

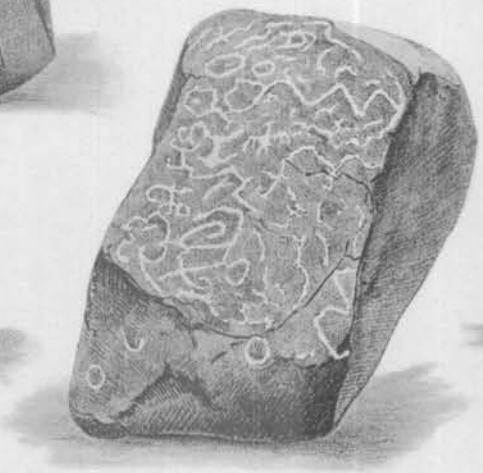


Fig. 7



Fig. 8

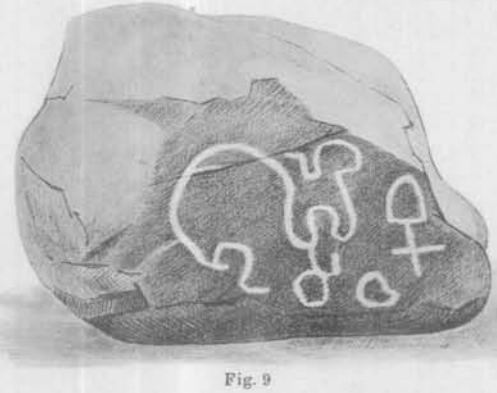


Fig. 9

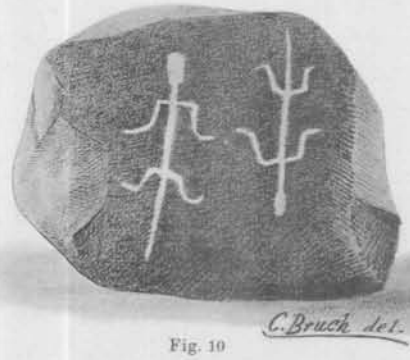


Fig. 10

Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Petroglifos (Provincia de Catamarca)

CAPÍTULO IV

PUNTA DE BALASTO

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

Con la descripción de que nos ocuparemos en el presente capítulo, damos á conocer por primera vez lo que aun queda del antiguo pueblo en la Punta de Balasto, uno de los más interesantes de todos los que hemos estudiado, y, que por lo curioso é importante de sus construcciones, parece que debió pertenecer á una plaza fuerte de primer orden para aquellos tiempos.

Punta de Balasto es lugar bien conocido, situado en el extremo sur del valle de Santa María ó Yocavil, y muy próximo á la terminación de la serranía de Quilmes, de ahí su nombre de « Punta ». Está al este del cordón final de la cerrillada, sobre un morro que se destaca de dicha sierra, en el que se halllan las ruínas.

En este lugar se ramifican importantes vías de comunicación entre las poblaciones del valle de Santa María y las principales de más al sur, como ser: 1° de Andalgalá á las Minas y Quebrada de Muschaca; 2° de Hualfín y Belén, cruzando en dirección sudoeste la inmensa llanura, hasta llegar á Los Nacimientos; 3° otra que dando vuelta á la Punta va hacia el norte y toma el otro valle que conduce desde Famabalasto hasta El Cajón: la sierra de Quilmes se interpone á los dos valles paralelos citados (lám. XVI).

Si marchamos de Punta de Balasto hacia el norte, damos con el lugar de San José, y más allá, con la villa de Santa María; luego las poblaciones viejas del Cerro Pintado de Las Mojarras, Fuerte Quemado y Quilmes, esta última, como dijimos ya, la más notable por sus imponentes construcciones y su gran extensión. Del costado oriental del mismo

valle, rumbo nordeste de Punta de Balasto, hállanse los lugares de Ampajango, Andaguala y Loma Rica.

Los alrededores de Punta de Balasto son tan áridos como los demás lugares ya mencionados: la vegetación es pobre, formada de plantas xerófilas, como jarillas *(Larea divaricata)*, retamas *(Bulnesia retama)* y otras espinosas, entre las cuales abundan cactáceas y grandes «cardones» *(Cereus)*, tan característicos de estas regiones.

El río, bastante caudaloso en este punto, corre hacia el sur por el valle del Cajón, rodea la terminación de la sierra, y continúa su curso en dirección opuesta, ó sea norte, por el ancho valle de Santa María. Las tierras, bañadas por sus aguas, son algo más fértiles, pero no por eso mejor aprovechadas por los pocos pobladores actuales. La casa de Ismael Vargas, que sirve de hospedaje á casi todos los viajeros que transitan por esas regiones, es asimismo la única propiedad de alguna importancia, y en sus confines es donde está situada la vieja población.

Como en las demás localidades, observamos en Punta de Balasto, dos grupos bien distintos de construcciones, separadas unas de otras: el uno, es el de la edificación en el llano del valle; el otro, el de las construcciones que se hallan sobre el cerro. Sucede, pues, tal como en Quilmes, Fuerte Quemado y tantas otras poblaciones antiguas, que las construcciones de la parte llana fueron habitadas en tiempo de paz y por gente entregada á sus labores domésticas y al cultivo de sus tierras; mientras que aquellas otras, remontadas sobre los cerros, debieron haber servido como sitios de observación, de refugio, ó como verdaderas fortificaciones, como lo vemos en el caso presente.

Dejando de lado otras consideraciones, nos limitaremos á describir las ruínas de Punta de Balasto, tal cual las hemos hallado en marzo de 1907.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Construcciones en el llano del valle. — Penetrando al valle de Santa María por el sur, como un kilómetro antes de llegar á la casa de Vargas, se encuentran sobre una ligera elevación del terreno, ó terraza inmediata al río, que corre á la derecha, ruínas de un centenar de pircas, que ocupan aproximadamente una superficie de 10 hectáreas.

Se trata aquí, en su mayor parte, de pequeñas construcciones de dos metros por tres, de forma cuadrilonga, con ángulos no siempre bien definidos. Estas construcciones se hallan ya aisladas, ya en grupos de á dos, pero siempre bastante separadas entre sí, y distribuídas con cierta

regularidad. Para su edificación se han empleado cantos rodados del río: las pircas son bajas, apenas de medio metro de alto y de igual espesor, pero actualmente se hallan muy destruídas. No aparecen vestigios que pudieran indicarnos los vanos ó pasadizos, razón por la cual es más difícil explicarse su verdadero objeto. Los interiores casi nunca miden más de uno ó dos metros cuadrados y todas esas pircas en apariencia son muy semejantes á las que veremos luego en una excursión por Pajanco, localidad al sur del actual pueblo de Siján; análogas pircas volvimos á encontrar, pero mucho más extensas, en «La Ciudacita» de Saujil. Es posible, que á par de aquéllas, las construcciones aludidas de Punta de Balasto correspondan á simples cuadras ó andenes, destinadas á la agricultura.

Al este de la serie de pircas, y cerca del borde de otra terraza, que se eleva á pocos metros sobre el nivel de la anterior, se distinguen aun

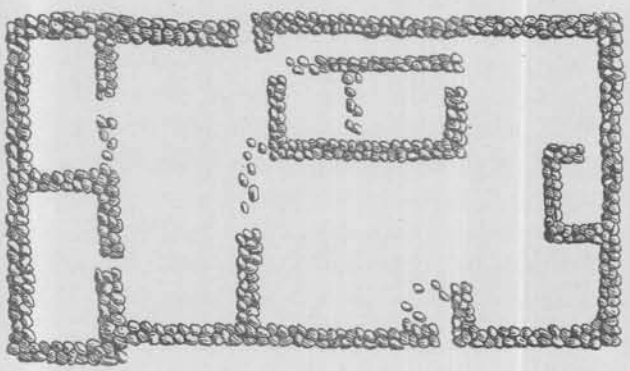


Fig. 113. — Croquis de una habitación en el valle

los cimientos de una habitación (fig. 113 y lámina XIX, fig. 1), formada de varios departamentos angulares, que se comunican por vanos y se hallan cercados por un muro de 26 metros de largo por 14 de ancho. Estas construcciones, también levantadas con cantos rodados, se encuentran actualmente muy mal conservadas: las paredes derrumbadas ó tapadas por arena, tienen muy poca altura, y no presentan más particularidades que la disposición de los diferentes departamentos, en lo cual se parecen á las construcciones ya descriptas.

Encima de la pequeña terraza, al naciente de aquellas ruínas, hallamos algunas construcciones curiosas, observadas más tarde también en otras poblaciones, y que, en un principio, suponíamos debían ser sepulturas: me refiero á unos círculos perfectos, de dos hasta tres metros de diámetro, formados de piedras colocadas á flor de tierra.

En esta ocasión eran once los círculos, y se hallaban repartidos en dos hileras más ó menos simétricamente, y á corta distancia unos de

otros; cada círculo consta de una, de dos ó más series de piedras (fig. 114).

Hemos efectuado excavaciones en algunos de estos círculos, sin descubrir indicio alguno de que pudieran haber servido de sepulturas: su verdadero objeto es un enigma [1].

Muy pocos vestigios, fuera de éstos, quedan en la predicha población en su parte llana; sin embargo, al dar vuelta otra vez hacia el sur, hallamos á uno y otro lado del camino real, en una buena extensión, restos



Fig. 114. — Uno de los círculos de piedras en la llanura

de pircas, como también una serie de construcciones circulares, más pequeñas que las anteriores, y á más, los mismos cantos rodados en series largas, más ó menos simétricas, que anteriormente hemos supuesto destinados á la labranza.

Circunstancias ya conocidas, y además el hecho de no haber dado con un panteón ó gran enterratorio, durante nuestro rápido recorrido, nos hicieron desistir de intentar excavaciones; pero los fragmentos de objetos de alfarería recogidos sobre el suelo, aquí y allí entre las primeras construcciones citadas, demuestran perfectamente el tipo de algunos de esos objetos; aunque sólo sea de paso, no queremos dejar de llamar la atención en este lugar sobre los mismos. Al parecer, proceden estos fragmentos de pucos ó tazas muy esmeradamente fabricados, con pare-

[1] El terreno en esta parte es enteramente pedregoso y estéril, por cuya razón no es posible suponer que hayan servido para sembradíos.

des delgadas, de pasta muy bien trabajada y cocida, de color rojo unos, y otros blanco esmaltado, con sus pequeñas figuras geométricas ó zoomorfas de exagerado convencionalismo. Todo el aspecto de esta alfarería, á primera vista, se correlaciona mucho con aquella que conocemos de los valles de Calingasta.

La fortaleza. — El gran fuerte, que constituye el segundo grupo de construcciones á que nos hemos referido ya en esta relación, se levanta sobre un cerro como á tres kilómetros al norte del pueblo del bajo, y á unos dos kilómetros al noroeste de la casa de Vargas.

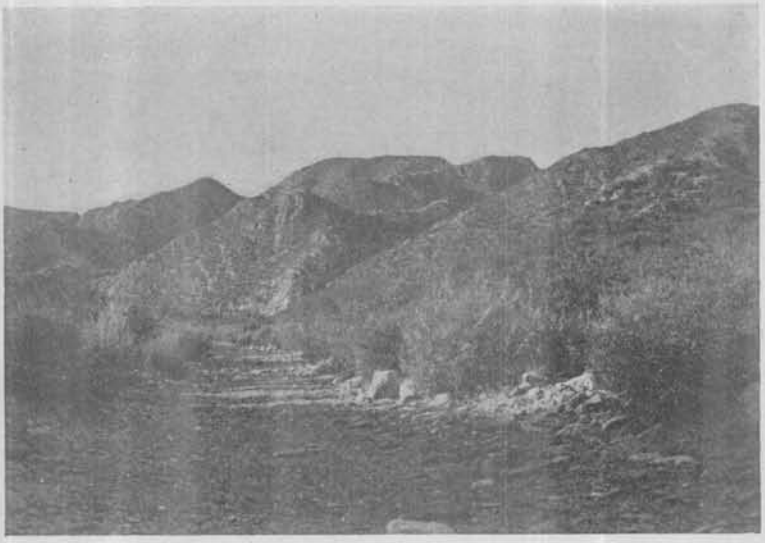


Fig. 115. — El cerro fortificado desde la Quebrada del Mendocino

Dicho cerro tiene 480 metros de altura sobre el valle y un total de 2380 sobre el nivel del mar, siendo además el más elevado entre los del contorno. Visto desde el valle, este morro se presenta como un gran cono muy regular, pero prolongado hacia el oeste, de lo que resulta, en su cima, un estrecho filo bastante desigual, ó en realidad una larga y angosta meseta. Sus faldas y laderas al norte y nordeste, son enteramente escarpadas, llenas de grandes é inaccesibles peñascos y por consiguiente desprovistas de toda construcción. Por la parte sur, al frente de una quebrada, llamada del « Mendocino » (fig. 115), que en esta misma dirección desemboca en el valle de Yocavil á la altura de la poblacion del llano, el cerro se presenta menos empinado, con sus faldas formadas por anchas lomadas, separadas por cuatro profundas gargantas. Son por lo tanto, las faldas sur y oeste y toda la cumbre, las que están erizadas de

paredones ó pircas; pero debe advertirse, que éstas empiezan á aparecer recién á unos 250 metros del pie del cerro (lám. XVII).

Á objeto de estudiar estas fortificaciones, ascendimos tres veces al cerro, acompañados por el vecino Alberto Cáceres. La primera vez, efectuamos la subida por el costado sudeste, trepando con dificultad por las ásperas laderas y gargantas, llenas de ripios corredizos y en parte muy empinadas; por cuya razón, la segunda vez, dimos vuelta por el pie de la cerrillada, para remontar la Quebrada del Mendocino, la que nos condujo con más comodidad hasta la lomada en el extremo oeste del cerro, y que probablemente fuera el camino transitado por los constructores de aquella plaza fuerte.

Lo más notable de estas fortificaciones son las enormes murallas horizontales, más ó menos continuas, que protegen admirablemente la subida al cerro en todas sus partes más accesibles: vienen á colocarse en número hasta de siete murallas paralelas, que se elevan equidistantes de diez á veinte metros, y en ocasiones hasta de cincuenta una de la otra, y cuya disposición demuestra nuestro plano (fig. 116) [1].

La muralla inferior del recinto fortificado, al sudoeste del cerro, lleva dos grandes torres cilíndricas, á distancia como de 200 metros una de otra, quebrada por medio; la muralla que corre hacia el norte desde la primera torre, es sin duda la más monumental, pues conserva en partes tres metros de alto, medida del lado externo, y hasta metro y medio de espesor: á los siete metros tiene una entrada de $1^{m}70$ de luz. Las demás murallas miden casi siempre dos metros de alto y tienen un espesor constante de un metro, por lo cual, muchas veces, debido al fuerte declive del cerro, disminuye la altura interna de estos paredones. Otra de sus particularidades es la construcción escalonada, sobre todo en los sitios por donde van ascendiendo; de esta manera se ha mantenido su nivel general más ó menos siempre horizontal.

Las dos torres se levantan sobre grandes peñascos en laderas sobresalientes y puntos en sumo grado estratégicos, desde donde se domina todo el camino de la quebrada que caracolea al pie de este cerro. Estas torres son perfectamente cilíndricas, muy bien construídas, y la primera (fig. 117) tiene un diámetro de $5^{m}70$; su pared por fuera es de 2 metros de alto, y su espesor de 70 centímetros.

Para todas estas construcciones en general, se ha empleado el mismo material del cerro, lajas de filita sericítica, en una palabra, la pizarra arcillosa, usada tal cual la separa su clivaje natural. Estas lajas consti-

[1] Observaré aquí, que todo lo edificado en la cima del cerro corresponde á un relevamiento prolijo, mientras que lo demás del croquis sólo sirve para indicar aproximadamente los sitios y el carácter de las demás construcciones.

Véase página 42, nota 3, lo observado respecto al plano de Punta de Balasto.

Fig. 116. — Plano de la fortaleza en Punta de Balasto

tuyen siempre el material más excelente y apropiado para la edificación: y aquí, como en otras partes, las encontramos superpuestas sin cemento alguno; las paredes son perfectamente perpendiculares y trabajadas con mucho esmero. Repetiremos que los paredones éstos, excepción hecha del exterior ó de más abajo, son discontinuos en partes, respondiendo así á varias causas, una de ellas, sin duda, la configuración del suelo.

Con el interés de conocer las construcciones que se aperciben desde lejos, más arriba de la serie de imponentes muros, recorrimos primero las dos lomadas centrales en dirección al naciente, explorando después



Fig. 117. — Torre circular en el extremo sudoeste de la fortaleza

la tercera, ó sea la última en el extremo sudeste del cerro, separada de aquéllas por profunda garganta. Sobre estas tres lomadas, nos encontramos con otros tantos grupos de construcciones, de las cuales, dos forman el caserío principal, compuesto en su totalidad de habitaciones, dispuestas sobre las faldas superiores de las dos lomadas centrales [1]. En la lomada oriental, las habitaciones se alternan con otros edificios, menos regulares, varios de forma circular, que sin duda son los reductos de defensa en las avanzadas de este lado del fuerte.

Los edificios del caserío referido, son todos sólidos cuartuchos, cuadrados ó de forma más ó menos rectangular, algunos muy largos y bas-

[1] En término medio, estas habitaciones miden 3 metros por 5 de ancho y largo. Cerca de la cumbre de la segunda lomada (la del medio de las tres citadas), hay una casa grande, aislada, de 16 metros de largo y 8 de ancho, con dos pasadizos de 0m90 de luz, que comunican á dos pequeños departamentos (3 × 4 m.) por el lado sur y este respectivamente.

tante grandes, sobre todo donde las condiciones del terreno permiten su extensión; por la misma causa encontramos estos cuartuchos, ya aislados, ya en pequeños grupos de tres á cuatro juntos, sin comunicación entre sí ó con simples vanos.

Casi siempre, estos edificios constan de tres paredes libres, mientras que la cuarta se confunde con la falda del cerro, la que sirve de estribo; pero, todas se levantan perfectamente á plomo y á igual nivel; la última pirca parece que sirviera también de acera ó camino para facilitar la bajada al interior de las habitaciones: en algunos casos, existe la entrada abierta en el muro, pero está siempre del lado de la falda.

Por lo general, muchas de estas construcciones son idénticas á las de Quilmes. Las pircas son como de metro y medio de grueso, y su altura máxima de dos metros; la base va muchas veces reforzada de grandes lajas, chatas y lisas, y cada una de ellas superpuesta con esmero, en la forma habitual, pero aquí, como en las de aquel pueblo, rellenadas con ripios y detritos de la misma roca.

Las construcciones que se hallan por último sobre la lomada al naciente, corresponden en gran parte á obras de defensa, como lo manifestamos ya. La misma lomada se presenta aquí más parada, llena de laderas ásperas y de grandes peñascos, que se aprovecharon hábilmente para levantar sobre ellos, á más de varios edificios, buen número de pequeñas construcciones de formas irregulares y ángulos redondeados. Hay otras, que son torres bajas que se suceden hasta la misma cumbre del cerro, donde se encuentran colocadas sobre las laderas más escarpadas: estas debieron guarecer á los defensores de nuestro fuerte, que de estos puntos altamente estratégicos arrojaran sus mortíferos proyectiles de piedra al invasor que intentara trepar por los pocos sitios accesibles. En varias de las torres encontramos el suelo cubierto de cantos rodados, arrojadizos, acarreados del río y muy bien seleccionados.

Muchas veces, debido á la irregularidad ó declive pronunciado del terreno, tanto las torres como los otros edificios no alcanzan á estar del todo pircados: en tales casos substituye la peña viva á la pared en una que otra parte (casi siempre es la posterior del edificio); la pirca de circunvalación arranca entonces de la misma peña viva, y por allí se baja con facilidad al interior de cada recinto.

Haremos constar á más, que esta lomada no lleva otras murallas de defensa, fuera del fragmento de pirca gruesa al costado sur, que corresponde á la prolongación de la gran muralla inferior: las condiciones del mismo cerro hicieron, en esta parte, tan impracticables como innecesarias estas defensas.

Llegamos por último á la cima del cerro, donde experimentamos nueva sorpresa, al contemplar las ruínas de las grandes y complicadas construcciones que la coronan.

Como se dijo ya, la cima está formada por una especie de meseta angosta, bastante accidentada, en una extensión como de 150 metros de este á oeste y de 15 á 30 metros en su mayor anchura. La parte más elevada de la meseta corresponde al extremo oeste; el suelo está erizado de peñascos, y declina hacia el sur con un desnivel de algunos metros, el que se ha podido subsanar en la manera de levantar las pircas de los edificios.

Como sucede en las construcciones de las lomadas, y en las otras ya descriptas, están aquí también casi todos los edificios sin pared visible en su costado norte, debido al declive del terreno: estas paredes se hallan siempre perfectamente ajustadas á la peña ó al suelo, el que á veces ha sido escarpado, y esta misma peña determina después la altura de las demás paredes de circunvalación.

Todos estos paredones son muy anchos, muchos de dos metros, levantados á plomo y su centro, á veces, relleno de ripios. Por otra parte, obsérvase que las esquinas en estos edificios son por lo general imperfectas unas, redondeadas otras, y las pircas asimismo curvas ó también en ocasiones subcirculares. Las entradas á los recintos son casi siempre del lado norte, nunca del sur; cuando los edificios son de varios departamentos ó cuartos, éstos se comunican entre sí por medio de estrechos pasadizos abiertos.

Hemos reproducido con cuidado en nuestro croquis (fig. 116) la disposición y detalles de las construcciones que constituyen este curioso fuerte.

El edificio que ocupa la parte más angosta de la meseta en su extremo este, está compuesto de varios departamentos; uno de ellos, el más amplio, es de contorno rectangular por fuera, y original por la forma que tienen sus muros en el interior: constan de diversos ángulos bien definidos y de una pirca con vano, que forma un pequeño recinto con una ancha pared sin abertura, á la derecha. De este lado hay una pirca cuadrilonga, con salida al exterior, y otra que comunica con la pieza contigua, más ó menos de las mismas dimensiones, pero de forma algo caprichosa. Á mano izquierda de la gran sala, aparece una pirca muy destruída, que corresponde á otro departamento de forma apsidal, con su salida al exterior y en comunicación con el gran salón del medio.

De este edificio, á los dos metros apenas hacia al poniente, se levanta un segundo, también grande é irregular, compuesto de dos piezas, una cuadrada, y otra mayor más ó menos rectangular; en cada una de ellas se desprende una corta pared como para formar recodos: bastará con referirnos al plano.

Al norte de este último edificio, y sobre el terreno más alto, se encuentran las ruínas de dos cuartuchos más ó menos cuadrados; el del lado oeste está enteramente derrumbado.

Dichos edificios están separados de los otros más al oeste, por una ligera depresión en la parte central de la meseta, donde existe una especie de corral ó patio, cerrado por tres muros bajos, pero gruesos, y levantados con lajas muy grandes: los dos más ó menos paralelos miden 20 y 32 metros de largo respectivamente, y 18 metros el que cierra el patio al sudeste y que parece no hubiese existido en el lado opuesto. Llama la atención, por hallarse el piso de dicho patio perfectamente embaldosado con lajas delgadas, muy bien seleccionadas.

Unos 15 metros rumbo noroeste de este corral, y sobre el terreno ascendente, encontramos las ruínas del segundo grupo de construcciones. Primeramente se da con un edificio irregular, de pirca ancha y baja, compuesto de tres habitaciones, comunicadas entre sí por vanos ó pasadizos abiertos, los que no se alcanzan á ver del exterior: los ángulos dentro y fuera del edificio son más bien redondeados, y casi no existe pirca externa. Á los seis metros encontramos una habitación doble, y muy cerca de ésta, otro gran salón cuadrilátero de unos 8 × 12 metros de luz, con paredes muy gruesas (2m00), separado á la mano izquierda de otra sala menor, muy angosta, por una pirca divisoria más baja y con comunicación en el medio. De este mismo lado se levanta otro edificio, colocado oblicuamente á la pared divisoria del salón, que responde á la vuelta del cerro, y el triángulo sólido que resulta de la unión de paredes está relleno de ripio. Este cuarto, de pirca incompleta, está separado de las murallas ó defensas, al noroeste, por un pasadizo, que comunica con las últimas construcciones por ese lado.

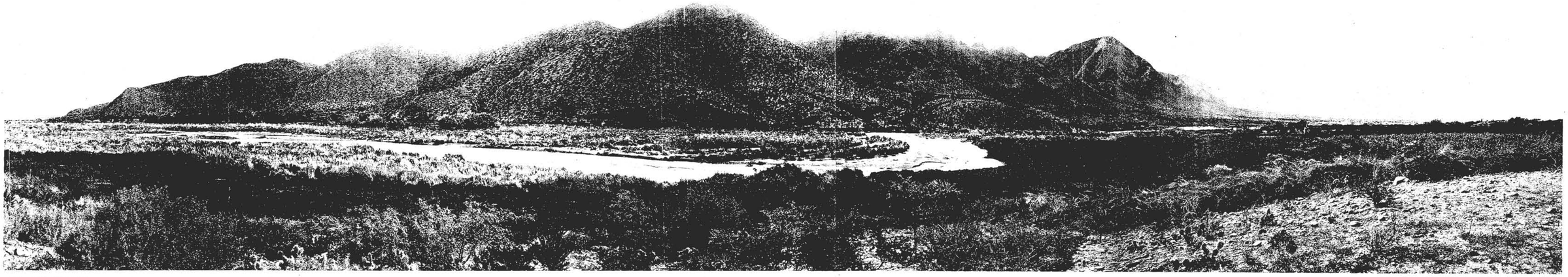
Los tales edificios, en número de tres, son de forma caprichosa, irregulares, más ó menos redondos; sus paredes muy anchas, como otras veces son rellenadas de ripio, sin sobresalir en partes del nivel del suelo. Debido á los desprendimientos del borde de la meseta, la construcción más al nordeste se halla muy destruída, y no es fácil saber, si el muro ha sido un círculo completo, ó si ha formado parte del de las otras dos. De éstas, la de más al norte mide unos 5 metros de diámetro y poco menos de uno de alto ó, mejor dicho, de fondo; á más, está completamente cerrada, su costado izquierdo reforzado exteriormente por una pared gruesa. Por último, la tercera de estas construcciones tiene mayor capacidad; su pared del lado izquierdo es recta, como si fuese la prolongación de la del edificio antedicho, y después de formar esquina, cierra en semicírculo este recinto por el lado del norte. En el rincón, y á mano izquierda, dos paredes de escasas dimensiones y más bajas que las otras, forman dos recintos pequeños: uno con entrada abierta, el otro de forma trapezoidal y completamente cerrado [1].

[1] Véase la vista, lámina XVIII, que corresponde á esta parte; allí puede distinguirse á la derecha una de estas pircas dobles con relleno de ripio.

¿Cuál sería el objeto de estas singulares construcciones? No es fácil dar respuesta categórica á tal pregunta, pues lo más probable es que no sirvieron de habitaciones sino de almacén para víveres, y hasta para el agua que puede haberse depositado en esa pirca circular, que figura con la pared de refuerzo. Esta hipótesis es tanto más admisible, cuanto que sin este requisito, los defensores de la fortaleza, no hubiesen podido resistir un sitio prolongado. Es de advertir que el morro en cuestión carece de fuente ó vertiente alguna, y toda el agua tiene que haberse acarreado desde el río ó de alguna quebrada cercana, que en otros tiempos tenía su riacho.

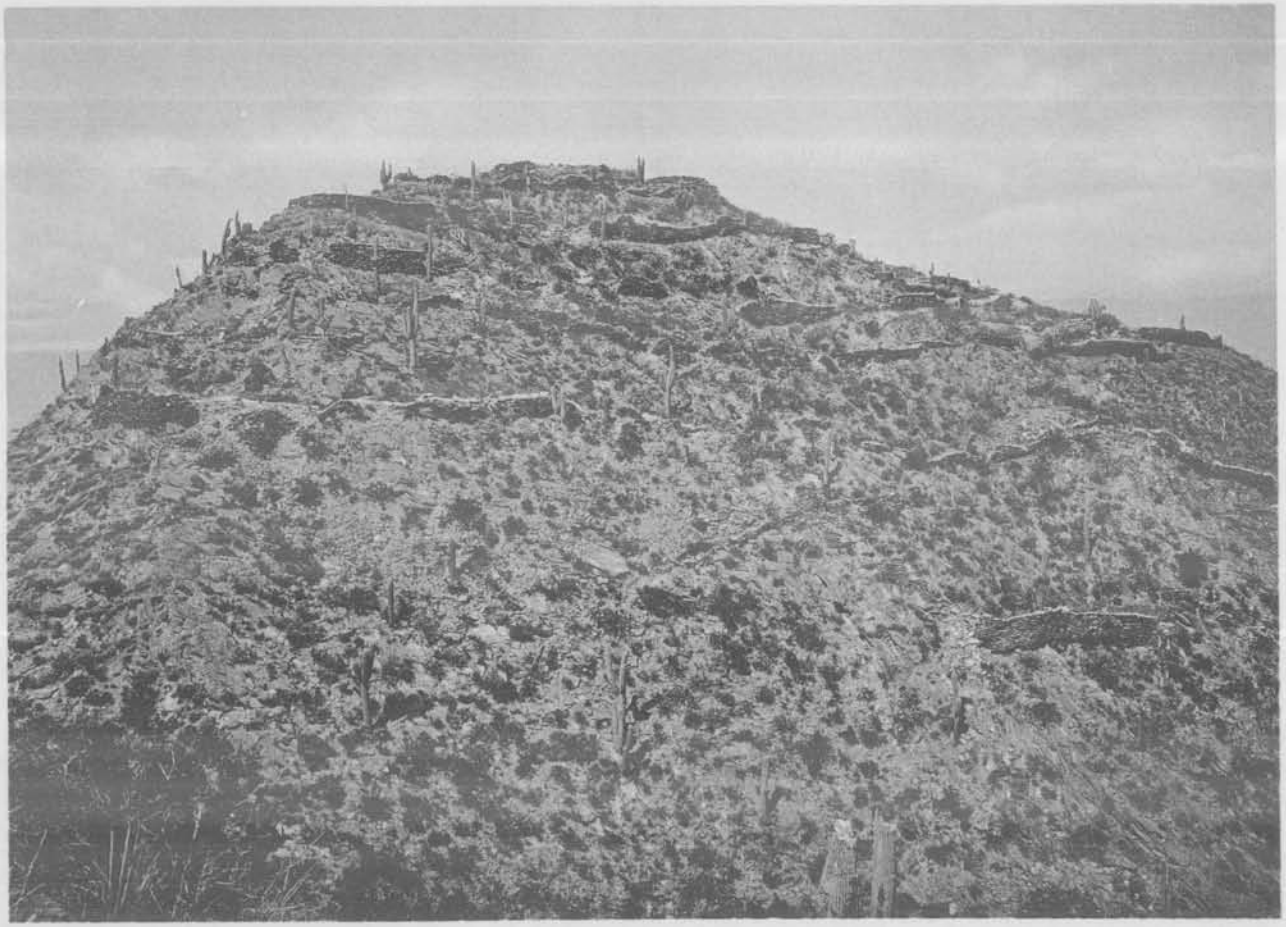
Por otra parte, nos ha llamado la atención, que durante nuestro viaje en aquellos lugares, hemos visto muy pocos hoyos de mortero excavados; tampoco hemos hallado objetos ó fragmentos de alfarería, cosa tan abundante siempre en todos los otros pueblos.

Pero, sea de ello lo que fuere, si hemos de analizar todas las construcciones con el criterio que corresponde á las exigencias del momento, y, si aun tenemos en cuenta la posición geográfica del cerro, fácilmente podremos apreciar la importancia que alguna vez alcanzó el « fuerte » de Punta de Balasto en la época de las conquistas precolombianas.



Cerro con restos de fortificaciones indígenas

Vista del valle de Santa María en las proximidades de Punta de Balasto (Provincia de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch fot.

Construcciones paralelas en la parte sudoeste del cerro de Punta de Balasto (Prov. de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch, fot.

Construcciones en la parte oeste de la cumbre del cerro de Punta de Balasto (Prov. de Catamarca)

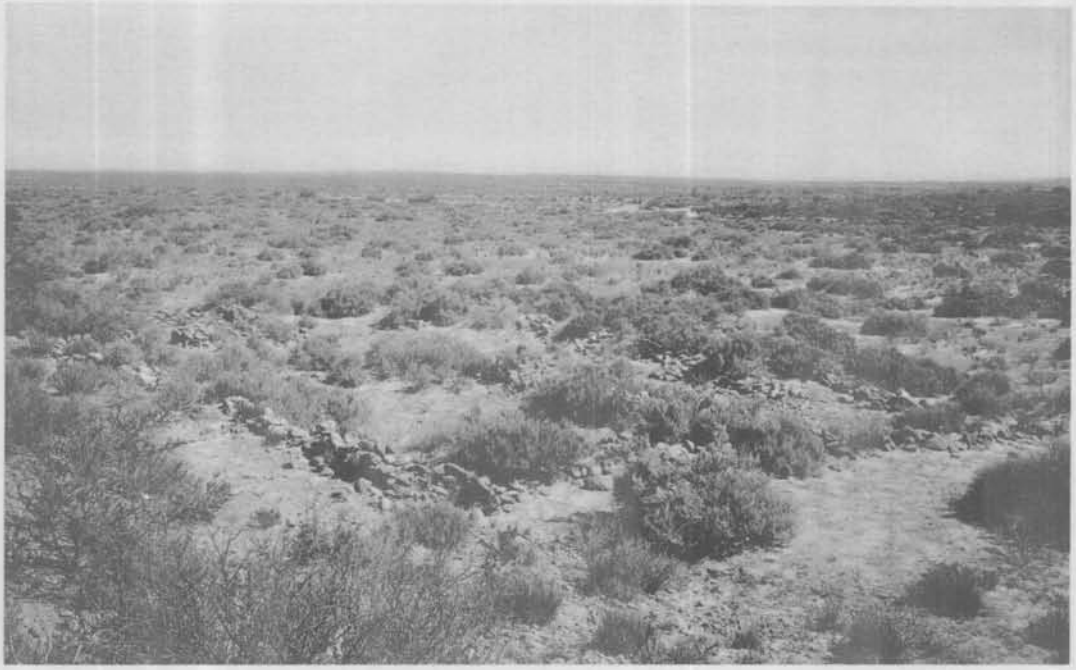
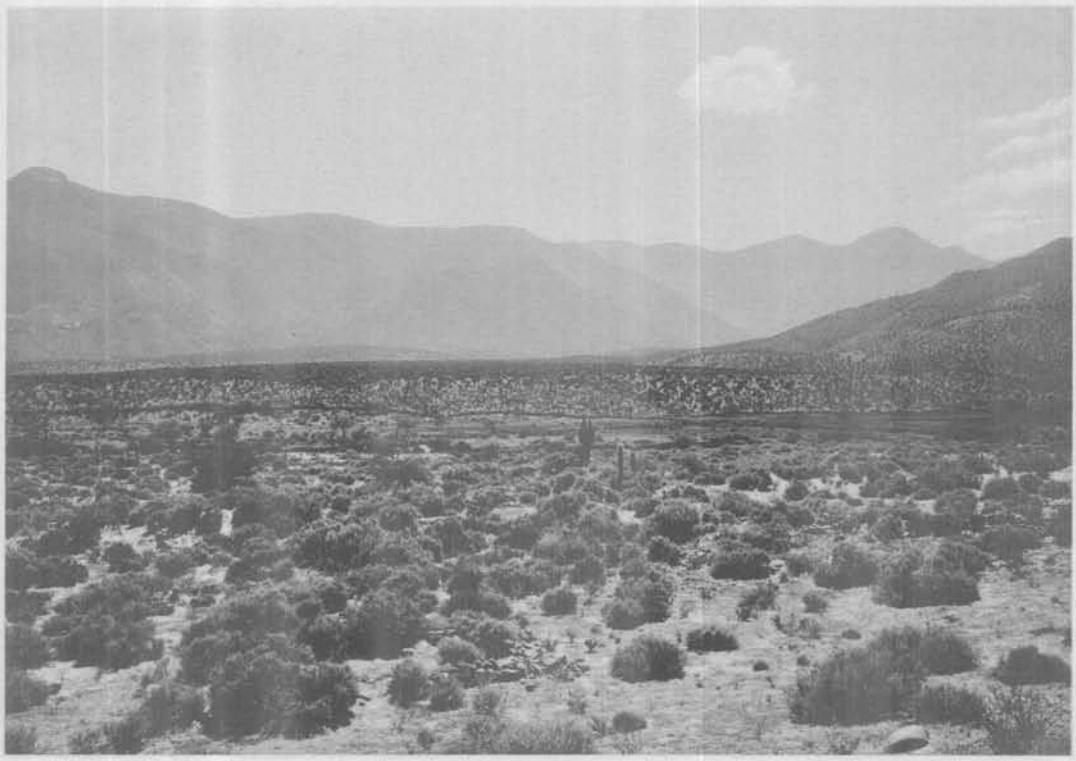


Fig. 1 **Vestijios de construcciones en el valle al sur del cerro de Punta de Balasto**



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 2 **Aspecto general de la region ocupada por el pueblo antiguo del mismo valle**

CAPÍTULO V

FAMABALASTO

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

En el curso de nuestra exploración del año 1908, y de regreso de Ampajango á lugares vecinos, llegamos por segunda vez á Punta de Balasto, para seguir de allí hasta Famabalasto y conocer también la población indígena de la cual sólo teníamos una que otra referencia. No existe, que sepamos, trabajo alguno que trate de dicha población, y así, grande fué nuestro asombro al encontrar luego ruínas tan extensas como curiosas.

Como lo indicamos al principio del capítulo precedente, Famabalasto está situado del lado occidental de la sierra de Quilmes, y al este del valle de El Cajón, que corre paralelamente con el de Santa María ó Yocavil. De Punta de Balasto, dista unas ocho leguas y se llega allí fácilmente en otras tantas horas de marcha, siguiendo el camino aguas arriba, que da vuelta por la sierra, poco más al norte de Pie del Médano.

Á par de otros lugares que hemos conocido de paso, Famabalasto cuenta en la actualidad con una sola casa habitada, ó mejor dicho un puesto, que consta de un pequeño rancho con corral para ovejas y cabras, cerca de las lomas que se desprenden de la sierra principal: allí establecimos campamento.

Del lado oeste, el valle de El Cajón está limitado por las bajas colinas, que se pierden al sur hacia la gran llanura de Campo de los Pozuelos, mientras que al naciente se levantan las montañas, en ese punto bastante altas y más imponentes que las del otro costado de la sierra. La vegeta-



Fig. 118. — Vista general de la región ocupada por el antiguo pueblo

ción es más ó menos la misma, que en la región ya descripta; las arenas depositadas por el río forman anchas playas, en las que se destacan los plateados penachos de la cortadera *(Cortaderia argentea)*, que cubre largos trechos.

Por ausencia del puestero ó de otra persona baqueana de esos lugares, que posiblemente nos hubiera podido proporcionar datos sobre el pueblo viejo, nos vimos abandonados á nuestra propia suerte, por lo que, apenas llegados, nos dedicamos á la tarea. Habíamos recorrido sin resultado los lugares del bajo en un radio de varios kilómetros, así como las lomas circunvecinas á dicho puesto, cuando remontando un valle transversal que desemboca en el de El Cajón, como á diez cuadras al sur del rancho, penetramos en una quebrada que desciende del noroeste, donde descubrimos construcciones de pirca baja, una roca con morteros excavados y momentos después, al obscurecer, gran cantidad de construcciones, casi invisibles, sobre las faldas de un cerro que intercepta la quebrada. Convencidos de haber hallado la población buscada, entrada ya la noche, volvimos á nuestro campamento.

Al día siguiente, para abreviar camino, salimos directamente rumbo al oeste, cruzando la meseta que se levanta detrás del puesto, y bajando á una ancha quebrada que conduce también al pueblo viejo, distante como dos largos kilómetros del punto de partida.

Contrariamente á lo que hemos observado en las otras poblaciones estudiadas, la de Famabalasto se halla escondida en las montañas, lejos de la llanura. Los únicos vestigios de construcciones fuera de su ejido, son las pircas que sirvieron para los sembradíos y una que otra roca con morteros excavados que se encuentran en las dos quebradas aludidas, en el extremo occidental del pueblo (fig. 118).

Á este rumbo, está limitada por un cerro de unos doscientos metros de altura; en la falda, bastante empinada, que da al poniente hallamos muchísimas pircas que se suceden hasta la misma cumbre, formada por estrecho filo muy desigual, cubierto también de construcciones, como la falda oriental, por cierto más tendida.

Recién desde la altura, domínase las ruínas de todo el gran conjunto de construcciones que ocupa en esta cerrillada, compleja y apiñada, una superficie más ó menos de un kilómetro de sur á norte, y dos de naciente á poniente. En esta dirección corre el gran cerro, ó mejor dicho cordón, que rodea la región poblada por el costado norte, y dando vuelta se eleva paulatinamente hacia los morros que surgen en el extremo oriental, y sobresalen sobre el cordón unos 100 metros. Por último, la cerrillada del sur es más baja, forma una cadena paralela que acompaña al cordón y está separada de éste por una quebrada bastante áspera y sinuosa.

La parte más densa de la población corresponde al mencionado cordón,

cuya cima, faldas y laderas del sur están cubiertas en toda su extensión por importantes construcciones, careciendo de ellas el costado norte por lo mismo que es muy escarpado y accidentado. Abundan asimismo las construcciones en las laderas de los morros, en su extremo oriental, pero ellas son más escasas y diseminadas en toda la parte sur del pueblo.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Las ruínas de Famabalasto. — Demás está decir que dos días de permanencia en esta población no bastaron para estudiarla como era nuestro deseo; á mero título informativo y á grandes rasgos, nos limitaremos, pues, á describir estas antiguas ruínas, ofreciendo de ellas las fotografías reproducidas en las láminas XX y XXI.

Famabalasto lleva el sello típico de los pueblos indígenas; se diferencia, sin embargo, por ciertos detalles de construcción y en su conjunto, de los otros lugares tratados en el presente trabajo. Por lo observado es lícito suponer que la edificación no responda á un plan intencionalmente trazado, sino que el objeto principal ha sido aprovechar las condiciones favorables del terreno, levantándose con tal motivo esas vastas construcciones, sin cuidarse de orden ni distribución.

Llama la atención la falta de murallas, torres, ú otra obra de defensa; lo que allí se nota perfectamente son dos tipos de edificios bien caracterizados: uno que corresponde á las habitaciones propiamente dicho, y otro formado por *andenes* construídos quizá para sembradíos ú otros fines, que no alcanzamos á vislumbrar. Estas construcciones, exceptuadas unas pocas circulares, son más ó menos rectangulares, levantadas en la forma habitual, con pircas sencillas ó dobles, rellenadas en medio con ripio si la anchura lo requería. Los materiales empleados son piedras de micaesquista y de granito pegmatítico, ambas extraídas del mismo cerro.

Las habitaciones ó casas abundan más sobre la cumbre y parte superior de las faldas sur del cordón principal; encuéntranse también aquí y allá en la cerrillada, entreveradas con las pircas de los *andenes*, menos en la falda oeste al poniente de la población, donde sólo hay andenes.

Cada habitación, por lo general, está compuesta de varios cuartos rectangulares, que se comunican entre sí, casi siempre, por angostos pasadizos abiertos, pero pocas veces con el exterior; sus paredes, de setenta centímetros á un metro de ancho, conservan aún, más ó menos, otro tanto de altura, medidas por el lado interior. Sobre el morro más elevado al naciente, encontramos un grupo de habitaciones muy bien construídas; desde este punto se domina todo el pueblo viejo, los cerros y las quebradas circunvecinas, hasta los dos grandes valles que se pierden hacia el sur en el horizonte de la extensa llanura.

Las otras construcciones que llamamos *andenes,* son mucho más abundantes que las verdaderas casas. Se caracterizan, por tener el

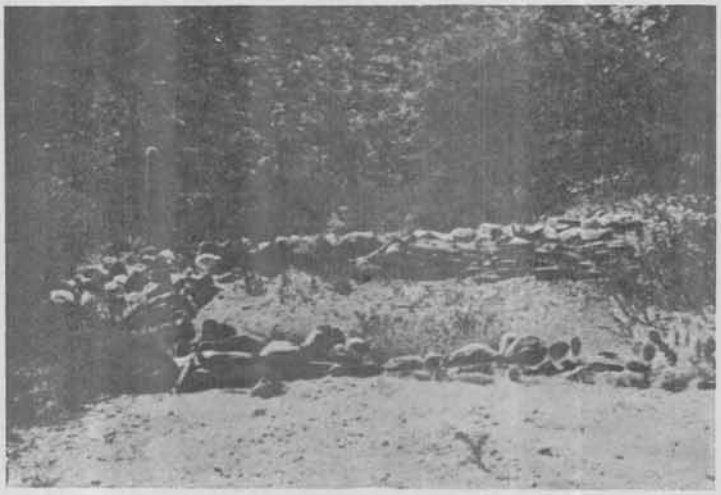


Fig. 119. — « Andén » de la quebrada en su aspecto actual

recinto que deja la pirca de circunvalación rellenado casi hasta arriba, formando una especie de terraza con piso horizontal.

El mismo plano inclinado del cerro y muchas veces alguna roca ó la peña viva, substituyen á la pirca en los edificios que se encuentran sobre las faldas y laderas; en otras ocasiones, la pirca es completa, de forma rectangular y perfectamente ajustada al desnivel del terreno que se compensa por la mayor altura de las paredes.

Las construcciones sobre la falda, en la parte occidental del pueblo, miden término medio unos dos metros de ancho por tres á cuatro de largo, y sus muros al frente como un metro y más de alto. El acceso á ellas debe haber sido por la misma falda del cerro, estando aún de manifiesto una que otra senda ó camino pircado que facilitaría el tránsito entre di-

chas construcciones. Son éstas algunas veces de grandes dimensiones; por ejemplo, en el extremo nordeste del cordón principal y sobre su falda superior, hemos medido una de pircas gruesas con ocho metros de ancho, veinte de largo y por un lado más de tres metros de alto, y con ripios en su interior [1].

Como hemos dicho, entre las dos quebradas al norte y al sudoeste de la población, existen muchos de estos andenes formados por pircas bajas y rectangulares (fig. 119).

§ III

MATERIAL ARQUEOLÓGICO

Morteros. — No deja de ser curioso, la gran cantidad de morteros excavados sobre las rocas y peñascos, que se encuentran con tanta frecuencia en cualquier punto del pueblo. Nuestro clisé (fig. 120) representa uno de estos ejemplos de morteros, típicos de toda la región Calchaquí, que se halla en la quebrada del noroeste. Los diecisiete hoyos están excavados en la peña viva, ó sea aquí en uno de los llamados « diques de pegmatita », que atraviesan la quebrada. Los hoyos, hoy tapados por arena, son perfectamente circulares y subhemisféricos; su diámetro es más ó menos de quince centímetros. En esta misma quebrada y en la del sudoeste, se hallan algunos peñascos más, pero con menos morteros.

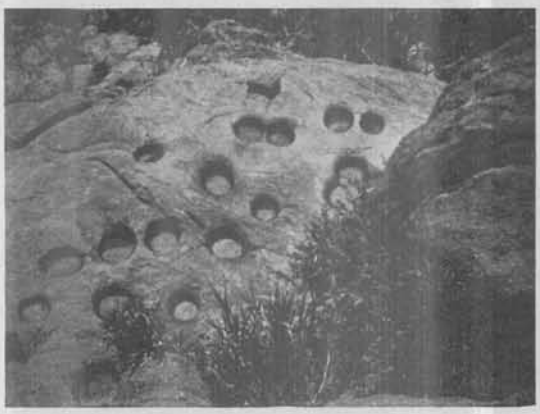


Fig. 120. — Roca con 17 morteros en la quebrada del noroeste

En toda población, estos morteros siempre están próximos á las habitaciones. Hemos visto sobre el filo del cerro, al extremo nordeste, una pe-

[1] Trátase aquí de uno de los llamados andenes, que se apercibe debajo de una gran peña inclinada, á la derecha en la lámina XXI, figura 2.

ña con catorce hoyos; luego, dando vuelta al naciente, encima de las laderas, y sobre el mismo precipicio de un desfiladero, hay un enorme bloque rectangular de granito con 22 hoyos (fig. 121), cuyo costado está limitado por un lado á pique del cerro. Esta peña es muy interesante no sólo por su situación sino también por el inminente peligro á que se exponían al menor descuido las personas que usaban los hoyos. Cerca de este gran bloque, hay otra peña con 27 hoyos, y sobre el morro más alto, al lado de las casas, vimos un mortero excavado en forma de batea con bordes en los costados, pero con un solo hoyo en el centro, y que conserva aún sus correspondientes manos.

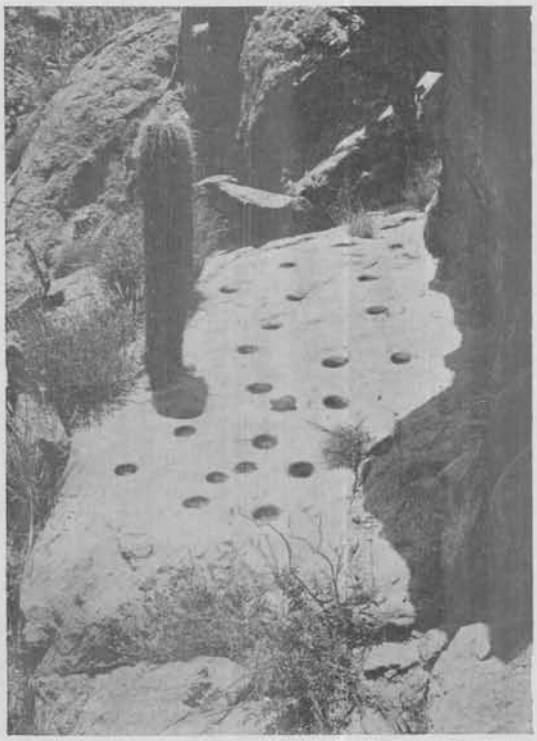


Fig. 121. — Roca con 22 morteros al borde de un precipicio

Por la gran abundancia de morteros, fácilmente podemos darnos idea del principal elemento en la alimentación de los antiguos habitantes, que, por otra parte, explica el gran número de andenes necesarios para el cultivo de los granos.

En el curso de esta exploración por el pueblo y lugares circunvecinos, llamaron nuestra atención las condiciones enteramente desfavorables en que se hallan éstos en la actualidad, debido al clima seco; nuestras investigaciones para descubrir obras de riego ó embalses de agua, fueron infructuosos. Es indudable que esta extensa población sería inhabitable en nuestros días; Famabalasto ofrece, pues, una prueba evidente de que en aquellas épocas toda esta gran región debe haber sido más húmeda y lluviosa, opinión que emitieron ya varios exploradores.

Por último, la aparente falta de construcciones estratégicas ó de defensa, nos hace suponer que los moradores de Famabalasto vivían pacíficamente, retraídos tal vez durante muchísimos años, en aquella montaña tortuosa y quebrada, de donde á su vez ellos desaparecieron,

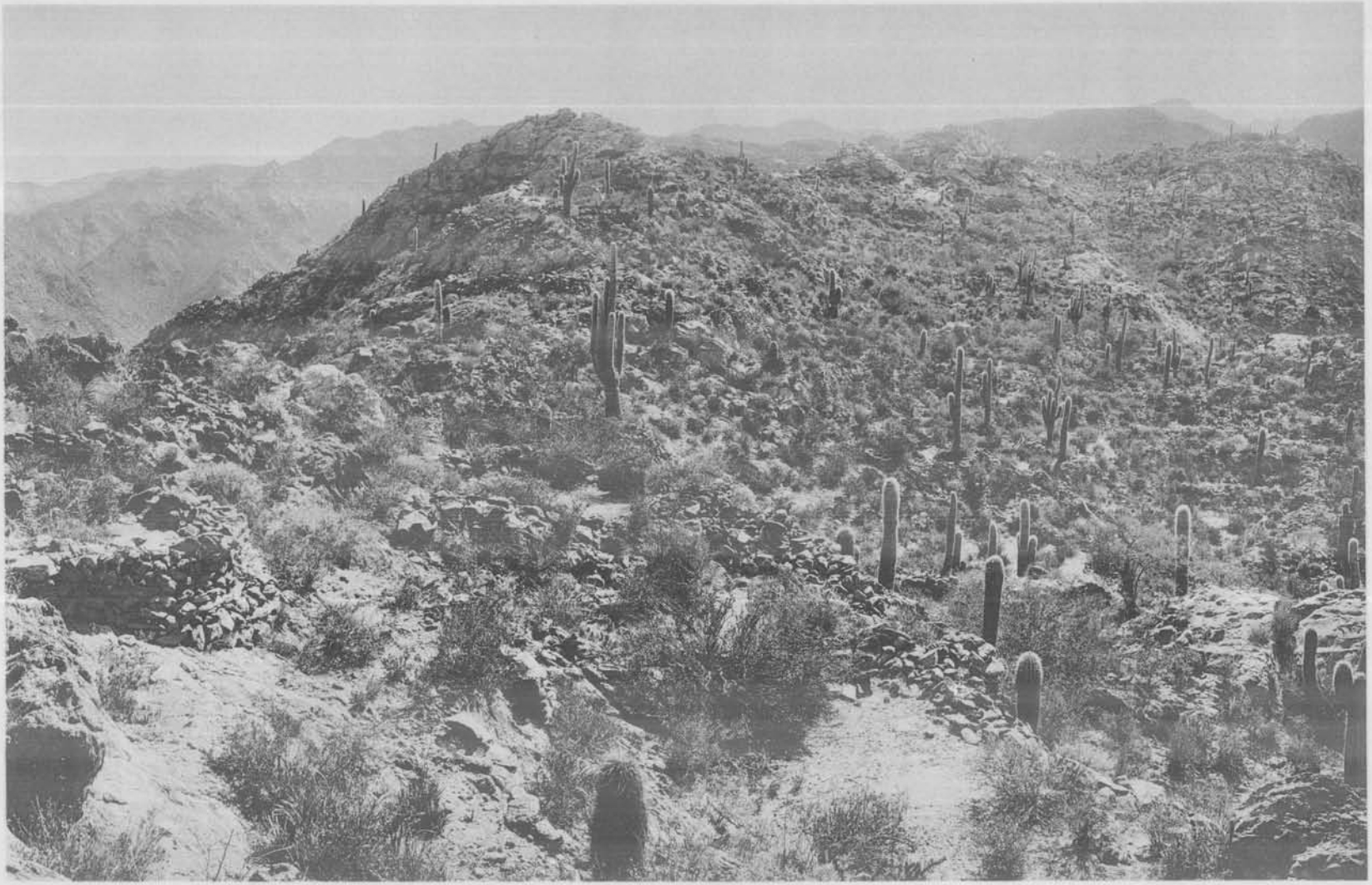
quedando hoy, como mudos testigos, las ruínas cuyo estudio proporcionará quizá más de una sorpresa.



Fig. 122. — Fragmento de urna antropomorfa con su decoración interior

La falta de tiempo nos obligó á suspender toda diligencia para buscar enterratorios ó efectuar excavaciones en las mismas construcciones. Los pocos fragmentos de alfarería hallados entre las ruínas, si bien no bastan para darnos una idea cabal sobre los objetos arqueológicos de Famabalasto, demuestran, sin embargo, que hubo ahí indudablemente pucos decorados y grandes urnas ó tinajas de igual tipo á los del valle Santa María.

Un pequeño fragmento, que corresponde al labio de una de estas urnas, reproducido en la figura 122, ostenta el dibujo del surí ó avestruz americano; las dos perforaciones que se observan en él, se hicieron probablemente á los efectos de alguna compostura.



Werner u. Winter, Frankfurt a. M.

C. Bruch fot.

Vista general del cerro de Famabalasto (Provincia de Catamarca)

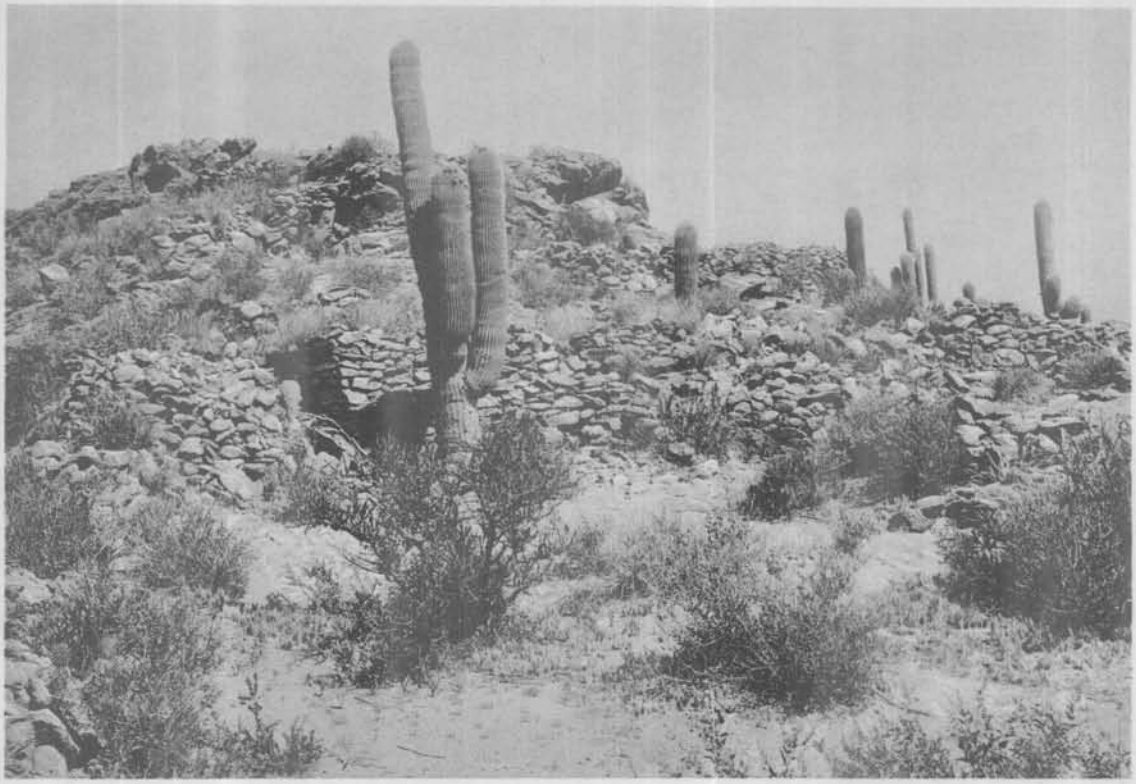


Fig. 1 **Construcciones en las laderas del cerro de Famabalasto** (Provincia de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 2 **Construcciones en las laderas del cerro de Famabalasto**

CAPÍTULO VI

HUALFÍN

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

De Famabalasto nos dirigimos directamente á Hualfín, cruzando desde Saladillo la gran llanura rumbo al sudoeste hasta Nacimientos, siguiendo luego el curso del río que conduce á la población referida. Esta jornada resulta bastante penosa, no sólo por la larga distancia que separa los antedichos lugares, sino también debido á la extrema aridez del paisaje por recorrer; el viajero que durante los días de la canícula se ve obligado á efectuar esta travesía, conservará siempre recuerdos de aquella ingrata y desolada comarca.

Por otra parte, este camino es la vía de comunicación directa entre las poblaciones del valle de Santa María y las del departamento de Belén, y que seguramente no fué menos frecuentada en las épocas precolombianas que lo es en la actualidad.

Hualfín es la población principal del distrito del mismo nombre, el que se halla incorporado al departamento de Belén. El aspecto de sus alrededores difiere ciertamente de los lugares tratados en los capítulos precedentes, más bien por la configuración del suelo que por el carácter de la vegetación.

La erosión ó efectos de poderosos torrentes convirtieron el antiguo suelo de aluvión en un sinnúmero de pequeñas mesetas ó lomas que constituyen la formación característica de esta región (lám. XXII). Su monotonía está interrumpida por verdes arboledas y sembradíos de las actuales propiedades, ubicadas en ambos lados del río, interceptando en su curso, y al extremo norte del pueblo, una serie de terrazas; tras de las cuales se levantan colinas de areniscas rojas, con el Cerro Colorado al oeste (lám. XXIII), que destacándose de la serranía lejana, dan la nota pintoresca al paisaje.

Esta vasta región fué habitada en otra época por los antiguos indios hualfines, quienes, según refieren los viejos cronistas, formaron tribus numerosas y guerreras, cuyo centro ocupaba la parte nordeste de la actual población. Algunas de las ruínas de viviendas y sepulturas allí existentes, nos son ya conocidas por el relato de viaje, efectuado en el verano de 1896 [1]. La presente información servirá para completar dichas noticias sobre las antiguas construcciones y sepulcros, que hallamos precisamente dentro de la propiedad de los Leguizamón, situada en el extremo norte del pueblo. Haremos constar que muchas de las ruínas y sepulcros observados entonces, los volvimos á encontrar en el mismo estado; en cambio, es de lamentar que otras construcciones desaparecieran al extenderse las superficies cultivadas.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Toda la edificación hecha por los «hualfines» es de piedra ó cantos rodados de regular tamaño y bien seleccionados, formando así *pircas,* como de costumbre, de un metro de ancho, y que en su mayor parte conservan aun algo más de un metro de altura. Por lo general, las paredes de estos edificios están perfectamente á plomo, y más parejas del lado interior; muchas veces no existe pared exterior, confundiendose entonces con el nivel del suelo, como se ha visto en otras poblaciones indígenas ya mencionadas.

Las construcciones son todas cuadrangulares [2] y miden desde 4 á 5 metros en cuadrado, hasta 15 por 20 y también más en su interior, comunicándose entre sí, estando agrupadas, por estrechas aberturas de pasaje. Ningún complemento se observa que pudiera proporcionarnos otro detalle ó indicarnos el tipo usado para techumbre.

Nuestro croquis (fig. 123) y la fotografía (lám. XXIII), nos darán idea de las construcciones, cuyas ruínas se encuentran sobre la pequeña meseta al sudeste, inmediata á la casa de Leguizamón. Tendrá la me-

[1] Carlos Bruch, *Descripción de algunos sepulcros calchaquíes (resultado de las excavaciones efectuadas en Hualfín). Revista del Museo de La Plata,* tomo XI, 1902, páginas 11-27, figuras 1-9, láminas I-IV.

[2] Entre la edificación que tuve ocasión de visitar en mi primer viaje y de la cual se publicó un plano aproximado (Bruch, *Descripción,* etc., lámina III), se encuentran muchas construcciones redondas junto á las cuadrangulares. Todas ellas ocupan una meseta del otro lado del río, al sur de nuestro punto actual de observación.

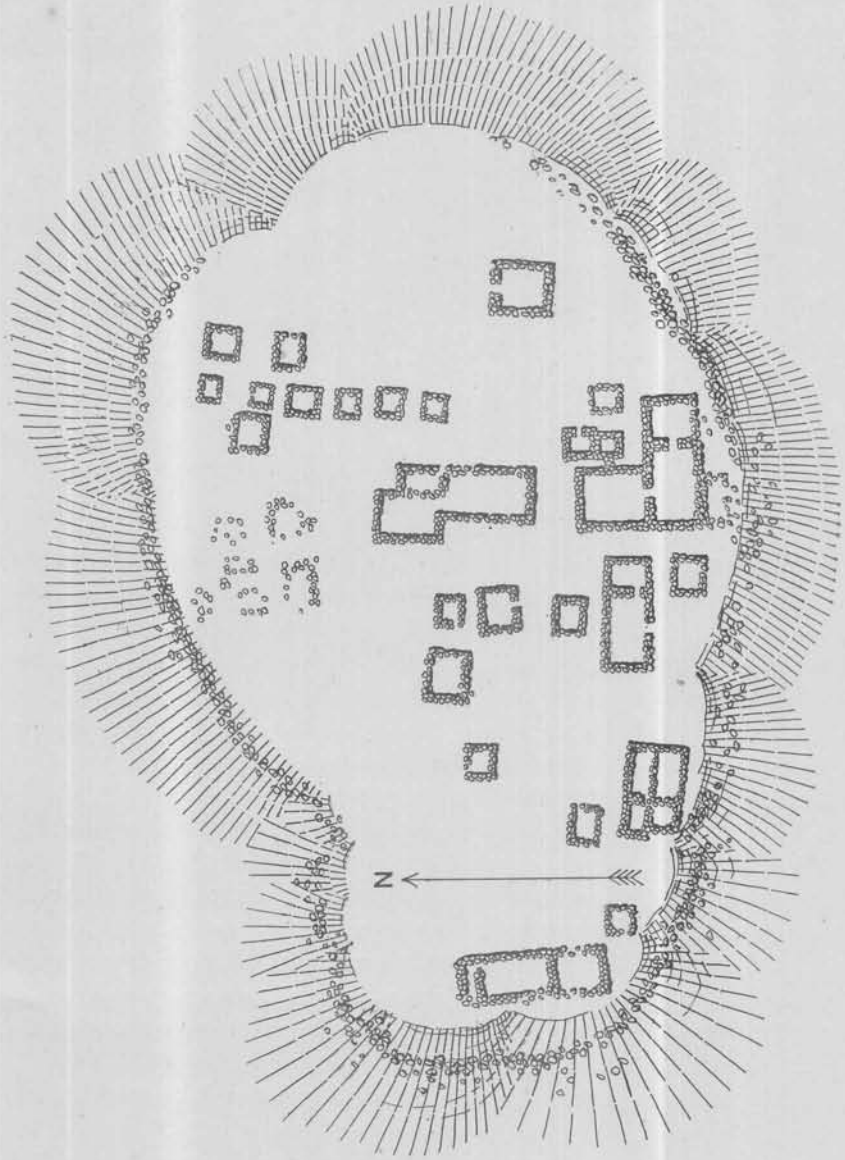


Fig. 123. — Croquis aproximado de las construcciones sobre la meseta al sudoeste de la casa de los Legnizamón

seta apenas 30 metros de alto y una superficie de unos 300 metros de largo por 240 de ancho; á juzgar por ciertos vestigios, parecería que el borde superior hubiera estado cercado por una pirca baja, ahora casi toda caída.

Las construcciones que se hallan encima de la meseta se componen en su mayor parte de pequeñas habitaciones ó recintos cuadrados, aislados, y de otros más amplios, á veces rectangulares y dispuestos en grupos como lo indica el plano adjunto. Los recintos al nordeste de la



Fig. 124. — Pequeña meseta edificada, al norte de la casa de los Leguizamón á la izquierda aparece la Loma Colorada

meseta miden de 4 á 6 metros los de forma cuadrada, y como 10 por 20 metros, y algo más, los rectangulares de mayor capacidad. Casi todas estas viviendas se hallan muy mal conservadas; la mayor parte de ellas son bajas, y la correspondiente pared, en uno que otro costado, sólo existe en el interior, mientras que su lado exterior, como de costumbre no pasa del suelo.

De la casa de Leguizamón, rumbo al norte, y antes de llegar al cerro ó Loma Colorada [1], encontramos otra pequeña meseta (fig. 124) con un grupo de habitaciones, algo mejor conservadas que las precedentes. Un estrecho borde de la loma en su tercio medio, se halla cercado por una gruesa pirca de este á oeste en todo el costado sud.

[1] No es este el mismo Cerro Colorado á que nos hemos referido ya.

Encima de la loma vimos construcciones rectangulares, algunas con paredes de $1^{m}50$ hasta 2 metros de espesor y poco más de 1 metro de altura: una de ellas de 14 por 20 metros de superficie. Otro gran rectángulo, con 16 metros de ancho y 30 de largo, lleva á su costado norte cuatro, y al oeste tres recintos menores, sin otros detalles dignos de mención.

El panorama que representa la lámina XXII, muestra en primer plano parte de los edificios levantados sobre tres pequeñas lomas ó mesetas contiguas y próximas al costado sur de la misma Loma Colorada citada; en el croquis figura 125, ofrecemos un relevamiento aproximado de estas construcciones.

Por lo que se ve, cada una de estas lomas está ocupada por una serie

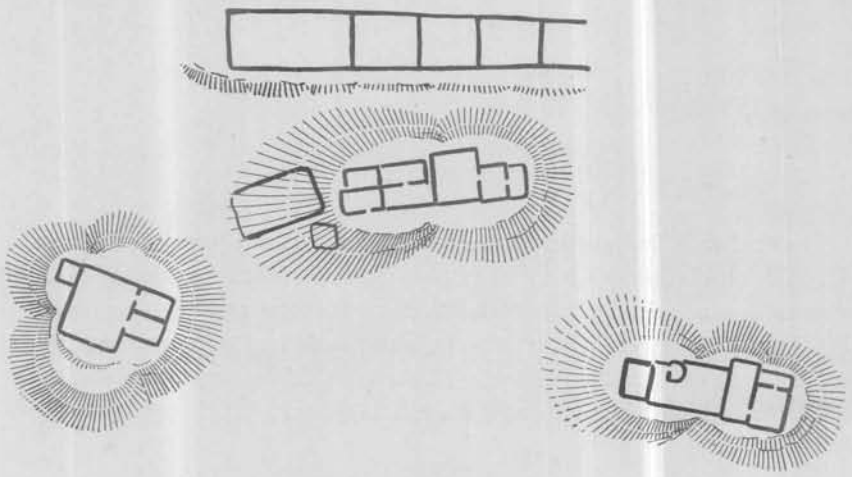


Fig. 125. — Croquis de las construcciones sobre las tres mesetas cerca de la Loma Colorada

de edificios perfectamente cuadrangulares, dispuestos de tal manera, que vienen á formar un grupo, quizá una sola vivienda ó propiedad. Las diferentes subdivisiones, que conservan más ó menos en nuestro plano, su relación de medidas, son casi todas amplias, habiendo una de 20×25 y otra de 16×35 metros de ancho y largo respectivamente. En los demás detalles se parecen á las construcciones ya referidas, y como lo demuestra la fotografía, sus paredes se levantaron con todo esmero; son perfectamente rectas y con los ángulos bien definidos, á excepción de un recinto de pirca semicircular en el interior del gran cuarto rectangular de la loma á la derecha.

Sobre las faldas de estas lomas ó mesetas y al pie de las mismas, como también sobre otras y en todo el terreno circunvecino, se encuentra una que otra construcción y muchos vestigios de algunas muy mal conservadas. El estrecho plano ó elevación que separa las tres mesetas menciona-

das de la Loma Colorada, está ocupado por una serie de grandes cercos rectangulares de pircas bajas y formadas de piedras de la misma roca de la Loma.

Conviene hacer constar, que sobre la falda sur de esta última hemos visto restos de pircas, y varios hoyos de morteros del tipo usual.

Por los vestigios de construcciones que hemos hallado durante nuestra exploración por Hualfín y lugares vecinos, puede juzgarse que la antigua población debe haberse extendido al otro lado de las mesetas del poniente, hasta el llamado Eje, frente á la quebrada de Villavil; y recuerdo aún la enorme cantidad de fragmentos de alfarería que en el viaje de 1896 ví diseminados por todo el arenal al oeste del Cerro Colorado, que crucé entonces con motivo de una excursión hasta Culampajá.

§ III

SEPULCROS

No obstante haber descripto ya los diferentes tipos de sepulcros de Hualfín en el relato de nuestro primer viaje, consideramos de interés volverlos á referir. Éstos se encuentran dispersos por la propiedad de los Leguizamón, en el terreno bajo al pie de las terrazas, muchos de ellos cerca del panteón actual, y sobre las faldas, así como encima de las mismas lomas inmediatas á las citadas en el párrafo precedente.

Los sepulcros más característicos de esta localidad, están sólidamente construídos, en forma de campanas ó de bóvedas, con grandes piedras, cantos rodados bien elegidos y colocados sin liga alguna. Desde la superficie del suelo se advierte su presencia por un círculo de piedras, más ó menos de 30 á 50 centímetros de diámetro interior, que corresponde á la abertura ó boca de la bóveda; á veces, como puede verse en nuestra lámina XXIV, figura 1, se completa por un semiarco [1] ú otro círculo de piedras colocadas á flor del suelo y de 3 á 4 metros de diámetro. Haremos referencia á un caso singular, en que el sepulcro se hallaba marcado en el suelo por tres círculos concéntricos, el exterior de grandes dimensiones (fig. 126).

Las paredes de todas estas tumbas van ensanchándose gradualmente hasta la base que llega á medir de 2 á $2^{m}50$ de diámetro; la altura ó más bien la profundidad, de $1^{m}50$ á 2 metros. Los despojos fúnebres se colocaban sobre este suelo ó base y luego se rellenaba por dentro como por

[1] En varias excavaciones pude observar que este arco correspondía más ó menos á la cabecera de los individuos enterrados.

fuera con tierra y piedras en la forma usual. En la lámina XXIV, figura 2, representamos el mismo sepulcro que descubrimos en febrero de 1896 [1], el cual, como los demás, volvimos á hallar en el mismo estado, sin haberse desprendido ni una sola piedra.

Otro tipo de sepulcros usual afectaba una forma rectangular; sus paredes estaban constituídas sólo por unas cuantas piedras grandes, chatas y

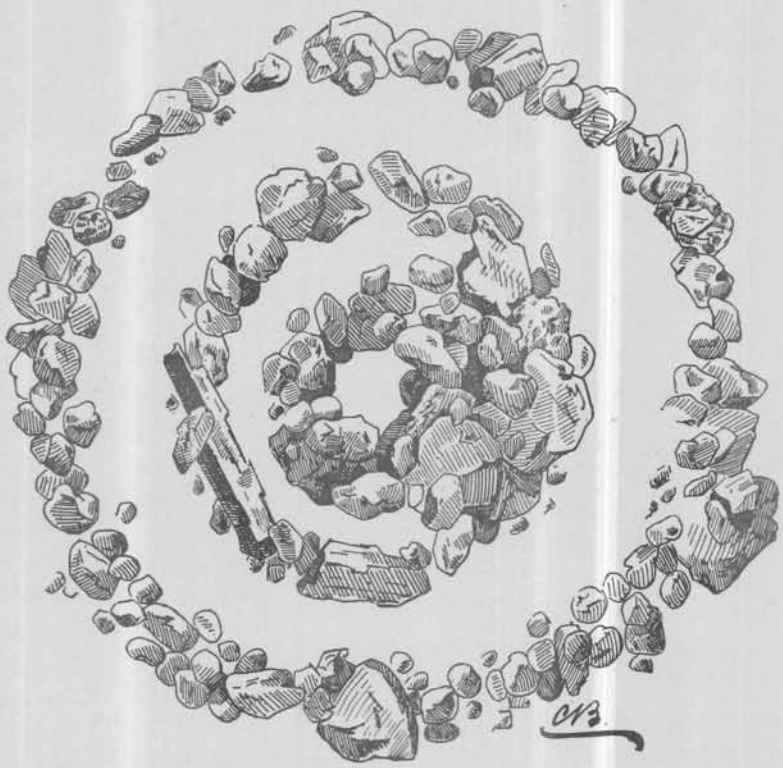


Fig. 126. — Sepulcro excepcional, marcado por tres círculos concéntricos

bien seleccionadas, y en los casos observados tenían como un metro de profundidad; para cerrarlas se habían colocado diversas piedras por encima conservando siempre la forma rectangular. Por este detalle, de manifiesto sobre la superficie del suelo (fig. 127), es que se advierte la existencia de la sepultura. De esta clase de enterratorios pudimos estudiar unos cuantos en nuestro viaje de 1896, pero no volvimos á encontrar ninguno durante esta expedición.

Un tercer tipo de sepulcros, que entonces se hallaba junto á las cons-

[1] Bruch, *Descripción*, etc., lámina II, figura 2.

trucciones á que se refiere nuestro plano, figura 123, estaba formado solamente por una sencilla pirca elíptica, hasta escasa profundidad y marcada por una simple hilera de piedras sobre el suelo [1].

Por último, puede citarse otro caso aislado, en el que la sepultura estaba ubicada sobre la falda de una loma, debajo de estratificaciones horizon-



Fig. 127. — Sepulcro de forma rectangular, visto desde arriba

tales que le servían de techo; el único indicio aparente era una pirca semicircular que cerraba esta especie de cueva [2].

No tenemos para qué recapitular otros detalles, ya publicados de los hallazgos hechos en estos sepulcros y pasaremos á dar cuenta del resultado de las pocas excavaciones efectuadas durante el presente viaje, y á describir el reducido número de objetos obtenidos durante nuestra estadía en Hualfín, que adelantan algo más nuestros conocimientos referentes á la alfarería local.

[1] Bruch, *Descripción*, etc., página 5, figura I.

[2] Bruch, *Descripción*, etc., página 14, figura VII.

§ IV

MATERIAL ARQUEOLÓGICO

Alentado por el resultado relativamente satisfactorio que he tenido en las excavaciones efectuadas en estos mismos lugares en marzo de 1896, aproveché los últimos dos días de nuestra estadía en Hualfín, para hacer abrir siete sepulcros, que se encontraron diseminados sobre las faldas y al pie de la pequeña colina, mencionada más arriba. Empero, los hallazgos que obtuvimos de nuestro trabajo resultaron casi nulos, porque solamente de tres sepulcros logramos extraer un objeto de cada uno, que son: una taza ó puco, número 25, y las dos urnas números 22 y 28 de la colección. En las otras tumbas, sólo se encontraron restos de osamentas humanas, pero todas en tan mal estado de conservación, y tan entreveradas con cantos rodados, que no fué posible averiguar el número de esqueletos ni su posición en el hueco que los contenía. Al describir dichos objetos agregaremos tres urnas y un fragmento de ídolo, procedentes también de Hualfín, y que se obtuvieron como se expresará en seguida.

Puco tosco decorado. — De un sepulcro, sobre la falda de una loma, el cual, á juzgar por las osamentas, contenía también dos ó tres esqueletos, se extrajo la pequeña taza ó puco, figura 128. Dicho puco es de factura bastante tosca y de color amarillento. Del lado de afuera se destacan en relieve dos ofidios, de cuerpo ondulado, con cabeza en cada extremidad, que asoman sobre el mismo borde y llevan los ojos y boca estampados. Tanto por dentro como por fuera, se distinguen dibujos mal conservados: unas líneas negras siguen los contornos del ofidio, y en los espacios superiores é inferiores, se nota una que otra greca ó espiral, mientras que líneas verticales bajan desde las cabezas de las serpientes, separando el anverso del reverso, con una decoración idéntica.



Fig. 128. — Puco pintado y con serpientes en relieve. N° 25, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Urnas rojas con ornamentación negra. — Las cinco urnas de Hualfín, tienen por fuera el fondo pintado de lindo rojo sanguíneo, y los dibujos trazados en negro.



Fig. 129. — Pequeña urna de tipo especial. N° 27, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

El primer ejemplar de la serie es la pequeña urna ó ánfora, figura 129, de factura algo tosca, pero interesante por su forma poco común, y por los dibujos que la adornan. La parte superior y las asas están quebradas; éstas últimas tenían colocación simétrica, horizontal, y estaban situadas sobre el diámetro máximo, que corresponde asimismo á la unión de las dos piezas de que se fabricó el vaso. Su porción inferior es cónica y termina en pie con asiento cóncavo; la superior, constituída por un gollete alto, de paredes arqueadas, que vuelven á ensancharse hacia la boca ó labio que ya no existe.

La ornamentación es curiosa: consta de cuatro grupos de grecas bastante irregulares, superpuestas de á dos, y una vez de á tres, que nacen de ramas que las encierran, correspondiendo sin duda á una ornamentación fitomórfica convencional. En la región de las asas, las dos ramas laterales se prolongan en líneas rectas por la parte inferior del vaso.

Como dijimos ya, el modelado se hizo con poco esmero, hasta falta la simetría; la superficie está mal alisada; el color de la cocción es ladrillo rojizo.

Debemos esta urna á un obsequio de don Ramón Miñaur, en cuya propiedad ha sido casualmente hallada.



Fig. 130. — Urna pintada con figuras zoomorfas encima de las asas. N° 24, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

De la misma procedencia que el ejemplar anterior hemos conseguido otra urna que reproduce nuestra figura 130. Ella pertenece á un tipo bien conocido, caracterizado por la superposición de tres partes, ó sea:

de una base en forma de cono truncado con asiento cóncavo ; un cuerpo ó vientre, de paredes verticales ligeramente arqueadas, enangostadas hacia la unión de la tercera parte ó cuello, que se ensancha gradualmente para formar el labio de la urna.

Existen dos gruesas asas horizontales del tipo usual, oblicuadas del lado interno, y así apenas separadas de la pared de la urna en su parte inferior. Encima de cada asa se encuentra una figura zoomorfa de cabeza saliente, cuerpo ovalado con rayas horizontales impresas y de poco relieve : son éstas sin duda las mismas figuras del « quirquincho » *(Dasypus vellerosus)*, que hemos visto en la urna de Fuerte Quemado (fig. 90 *bis)* y en muchas otras.



Fig. 131. — Hermosa urna con ornamentación serpentiforme N° 23, Col. M. L. P. ($^1/_6$ del nat.)

El modelado de esta urna está bien hecho ; la superficie perfectamente alisada y provista de una pátina ó barniz protector.

La ornamentación es sencilla ; consta sobre el cuello de cinco anchas fajas verticales y reticuladas, que descansan sobre una línea horizontal en la base de éste, y de la cual se desprenden hacia abajo nueve triángulos negros, de cuyos vértices nacen espirales. La guarda en la parte inferior del vientre, está formada por dos líneas paralelas equidistantes á unos 45 milímetros, con el interior ocupado por una serie de ganchos dobles, enroscados que muy posible es que representen algún motivo fitomórfico ; estos dibujos y la línea inferior de la guarda están interrumpidos en la región de las asas. Por último, de la mencionada guarda se desprenden cinco pares de líneas onduladas, que llegan hasta la base ; y del lado interior del labio serpentea una banda muy ondulada que ocupa toda la circunferencia sin solución de continuidad.

El tercer ejemplar (fig. 131), es una hermosa urna del tipo de la anterior, pero de doble tamaño y de paredes más uniformemente arquea-

das. Los dos animalitos encima de las asas, están substituídos por un simple pegote subovalado, pero también con rayas impresas; alrededor de dichos pegotes están pintados dos, y una vez tres líneas semicirculares entre series de gruesos puntos.

El gollete ó cuello está separado del cuerpo por una línea negra; por fuera presenta una ancha faja ó guarda escalonada y reticulada, y del lado interior grandes triángulos negros, que se desprenden del borde; una estrecha línea negra, corre próxima á la base del cuello.

El vientre de la urna ostenta el lindo esquema de serpiente, con cabeza triangular, de la cual se desprende un cuello, y de él, á cada lado, un cuerpo con cola enroscada en espiral; todos los detalles de este ofidio están reproducidos fielmente en nuestra figura.



Fig. 132. — Urna tronchada con decoración serpentiforme N° 28, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Una de las asas se ha roto; sobre la otra se ven siete rayas verticales negras; la porción basal lleva las líneas onduladas, dispuestas en cuatro grupos, propias de este tipo de urnas.

Por mera casualidad, esta urna fué hallada dentro de la propiedad de don Justiniano Leguizamón, al excavar un agujero para plantar un poste de cerco; pude comprobar que no se trataba de sepulcro, y que la urna estaba simplemente enterrada allí, á muy poca profundidad.

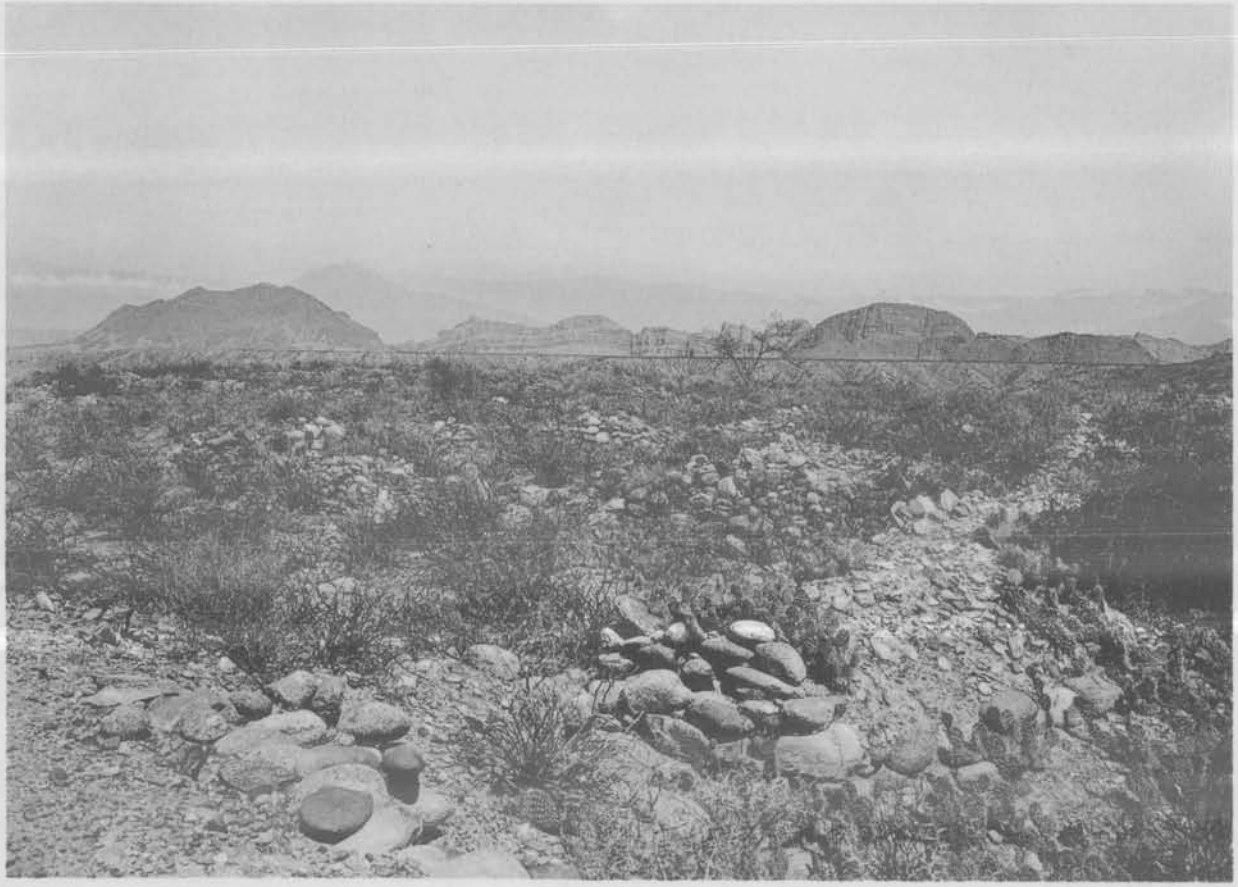
Otro ejemplar, semejante á la urna recién descripta fué extraído de un sepulcro que contenía al parecer, los restos de un solo individuo, y la urna á su vez algunos huesecillos de quirquincho y fragmentos del fruto de una cucurbitácea.

En cuanto á su forma, ella es menos ancha que la precedente, casi de la misma altura (38 centímetros), de paredes más gruesas y factura algo tosca. La superficie se halla bastante deteriorada; se distingue aún los dibujos de su ornamentación, que en la parte ventral consta de un ofidio parecido al de la figura 131, pero de cuerpo menos esbelto, ancho, con las dos colas acodadas dirigidas hacia arriba. La guarda del gollete se compone de líneas y anchas fajas negras, verticales, que forman cua-



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Vista parcial de las construcciones existentes sobre las terrazas fluviales al noreste de Hualfin (Provincia de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch fot.

Restos de caseríos en una de las terrazas al noreste de Hualfín (Prov. de Catamarca)



Fig. 1 **Sepultura intacta en las proximidades de Hualfin** (Prov. de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 2 **Sepultura abierta lateralmente** (Hualfin)

tro secciones desiguales, cada una de ellas con tres pares de líneas paralelas horizontales, separadas por una serie de gruesos puntos.

Encima de las asas, y en la base del cuello se encuentra un pegote grosero con una sola incisión horizontal profunda, y limitado abajo por un doble arco semicircular; sobre las asas hay algunas rayas verticales. La porción basal lleva las líneas onduladas usuales; el borde interior del labio está ribeteado de negro, y acompañado de una línea quebrada que complementan triángulos con vértices dirigidos hacia el interior.

De otra sepultura al lado de la anterior procede la urna tronchada figura 132. Ésta es de factura algo tosca; su cuerpo subgloboso termina en base alta en forma de cono truncado. La superficie es granulosa, poco pulimentada y ostenta en ambos lados una serpiente con cabeza en cada extremidad, limitada por dos líneas horizontales, constituyendo la única decoración ventral con los detalles de costumbre.

En esta misma sepultura se hallaba también la cabeza de un pequeño ídolo, de forma circular, cara chata, con ojos, nariz y arcos superciliares destacados, la boca impresa, y con las tres rayas típicas debajo de los ojos, pintadas sobre las mejillas; á cada lado, en la región de las orejas lleva la perforación de costumbre para suspender el objeto.

CAPÍTULO VII

LA CIÉNAGA

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

La población actual de La Ciénaga queda más ó menos á mitad de camino entre Hualfín y la villa de Belén. Yendo de Hualfín á esta última, se pasa por el Eje, San Fernando y Palo Blanco, donde la que-



Fig. 133. — Cerro con ruinas antiguas, al sudoeste de la población actual de La Ciénaga

brada se convierte en un valle ancho y fértil que baja hacia el sud hasta la Angostura de San José, y por el cual se extiende la población referida.

Con motivo de una misión especial nos dirigíamos á casa de una señora Zenona Ochoa, dueña de la propiedad conocida por El Baño, una

pequeña vertiente de aguas alcalinas, situada á mano derecha del río, y casi en el extremo sur de La Ciénaga.

Nuestras averiguaciones entre las personas de dicha casa nos dieron á conocer varios sitios, donde existían antiguos panteones, como también ruínas de paraderos aislados y de otras construcciones, que probablemente pertenecieron á algún centro de indios de esa localidad.

Las ruínas de tal centro, se hallan situadas como á tres kilómetros al sudoeste del Baño, encima de un cerro que avanza hacia la margen izquierda del río, precisamente entre los ranchos de Ildefonso Arancibia y Domingo Romero. Este cerro alcanza á unos 150 metros de altura aproximadamente; su forma es indefinible, parecida á una meseta ondulada, con distintos niveles, sobre la cual se levanta un pequeño morro, perfectamente visible en nuestras fotografías (fig. 133 y lám. XXV). En el nordeste, otra elevación determina la mayor altura del cerro, cuyas faldas al norte y oeste son bastante tendidas, pero más paradas en los costados opuestos, y sobre todo al sudeste, donde bajan á la quebrada de un río seco.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Todas las construcciones de que nos ocuparemos, son en cuanto á detalles de edificación, semejantes á las ya descriptas de las poblaciones del valle de Santa María; el material empleado es la cuarcita paleozoica, originaria del mismo cerro. Subiendo á éste por el costado norte, encontramos restos de pircas, que se elevan sobre sus faldas en forma de muros bajos, ya muy derrumbados, pues sólo en partes conservan apenas medio metro de alto; en ocasiones se completan como de costumbre por una que otra pared lateral.

Encima de la meseta hallamos en seguida el primer grupo de construcciones compuesto de una gran pirca rectangular, y en el medio de uno de los costados más cortos, se desprende una pared divisoria que ocupa como dos tercios del interior; luego, sobre el terreno ascendente están diez construcciones bajas, rectangulares, más ó menos de unos cinco metros por siete de ancho y largo respectivamente.

Al nordeste de estas construcciones, y también sobre las mismas laderas, en la parte nordeste del cerro, existe buen número de sepulcros ya abiertos, cuya forma describiremos más tarde.

De las construcciones que ocuparon la falda sur del pequeño morro, se conservan solamente pocos vestigios; al parecer no hubo en esta parte sino unos cuantos cuadros, formados por pircas sumamente bajas

y de poco ancho. Sobre la misma cumbre del morro, hay dos pirças circulares, más ó menos de tres metros de diámetro exterior y poco más de uno en su interior; una de ellas caída, la otra conserva unos cincuenta centímetros de su altura primitiva.

Nuestra lámina XXV, reproduce un recinto ó habitación rectangular, de unos 6 metros de ancho por 12 de largo, excavada de manera que no se advierte pared alguna en el exterior, como lo hemos visto ya en casos análogos. Por dentro hay una pared que está perfectamente á plomo y mide más ó menos un metro de alto, ó mejor dicho, por hallarse enterrada, de profundidad. En el costado oeste queda un estrecho pasaje abierto que da salida á un plano ligeramente inclinado, cerrado en esta parte y del lado norte por un cerco angular y muy bajo, de unos 24 y 12 metros de extensión en sus dos brazos. Otra pirca de unos tres metros de largo, corre paralela con la pared de la construcción mencionada en la parte del sur.



Fig. 134. — Disposición aproximada de las construcciones sobre el cerro de La Ciénaga

El segundo grupo de construcciones se halla ubicado sobre la meseta en la parte sud del cerro, y ocupa aproximadamente unos 150 metros de naciente á poniente, y algo menos de norte á sud. Los cercos cuadrados de la parte oeste están distribuídos con menos regularidad: constan de pircas rectangulares de unos 5 metros de ancho por 7 de largo, y de unas pocas piedras superpuestas. Las paredes de los otros edificios, por decir así, se hallan mejor conservadas, sin embargo raras veces tienen más de medio metro de alto por unos setenta centímetros de grueso; la mayor parte de ellas tienen sólo los costados de piedra, las que van rellenadas de ripio, como lo hemos hecho notar ya.

Otro grupo de ocho construcciones está dispuesto en línea de naciente á poniente; se compone en primer lugar de dos pircas rectangulares de 6 por 8 metros, con una pared divisoria baja y angosta; el tercer recinto es muy estrecho y separado de los anteriores por una muralla ancha, levantada con piedras grandes al exterior é interiormente rellenada con ripio. Tres de los cuadros que siguen, miden entre 4 y 5 metros de ancho;

los dos primeros los separa una pirca divisoria baja, que llega solamente hasta la mitad del interior, mientras que la pirca de la sexta construcción es otra vez muy ancha, como en uno de los casos anteriores; por último, dos recintos más son cuadrados, de 8 metros por lado y están subdivididos por una angosta pirca medianera.

Haremos constar que en ninguna de estas construcciones hemos observado vanos ó puertas de salida ú otros detalles dignos de mención; las paredes son todas muy bajas, perfectamente á plomo, y de ángulos bien pronunciados. Más al sudeste se encuentran algunas ruínas de construcciones más pequeñas, pero mal conservadas; entre ellas, uno que otro sepulcro explorado.

§ III

SEPULCROS Y MATERIAL ARQUEOLÓGICO

Todos los enterratorios que hemos hallado dispersos sobre la meseta y las laderas del cerro, han sido construídos en forma de bóveda, de un tipo muy semejante á los descriptos de Hualfín; sin embargo, los de la Ciénaga son más pequeños y menos profundos. Hemos visto una veintena de ellos: casi todos han sido abiertos por arriba, ó sea por la misma boca ó abertura de la bóveda del sepulcro, que en pocas ocasiones llega á tener más de un metro de profundidad.

Estas bóvedas se han construído prolijamente con igual piedra angulosa que la de los edificios; el mayor diámetro está en la base, el de la boca mide apenas medio metro de luz que corresponde á la pared interior. Como en las demás sepulturas de esta clase, las paredes se van estrechando hasta formar el arco de arriba, tal como lo hemos visto en las de Hualfín (lám. XX, fig. 1).

Seguramente que un reconocimiento prolijo del cerro y lugares circunvecinos, nos permitiría descubrir sepulcros aun intactos, como también otros restos de la población indígena, pues en ésta sólo pudimos hacer un registro muy somero durante las contadas horas de nuestra estadía, el 3 de marzo de 1908.

Unos pocos objetos antiguos que hemos conseguido en la Ciénaga, han sido encontrados casualmente en la propiedad de la señora Ochoa por Juan Carrión, quien los tenía reservados. Excepción hecha del hacha y de la ollita roja, los cuatro recipientes de esta pequeña colección, proceden de dos distintas sepulturas, descubiertas al excavar un canal de regadío. Parece que éstas estaban formadas por paredes verticales de piedras superpuestas y tapadas con otras *lajas* grandes y

planas; contenían además, según cuenta Carrión, «unos huesos largos y cráneos, pero tan frágiles, que se deshicieron al sacarlos con la pala». El hacha y la ollita proceden del mismo cerro del cual ya nos ocupamos.

Hacha de piedra. — El hacha, figura 135, con que comenzaremos la enumeración, es de gran tamaño; mide unos 25 centímetros de largo, es algo asimétrica, y para su fabricación se aprovechó la forma natural de la piedra, sacando el filo correspondiente á su forma; paralelas á él dos escotaduras profundas vienen á formar un cuello. Este último, por consiguiente, no da vuelta completa alrededor de la cabeza del hacha y tiene poco más de 30 milímetros de ancho, con unos 14 en su mayor concavidad. La cabeza del hacha está redondeada, pero no es del todo globular, debido á la asimetría general de la piedra.

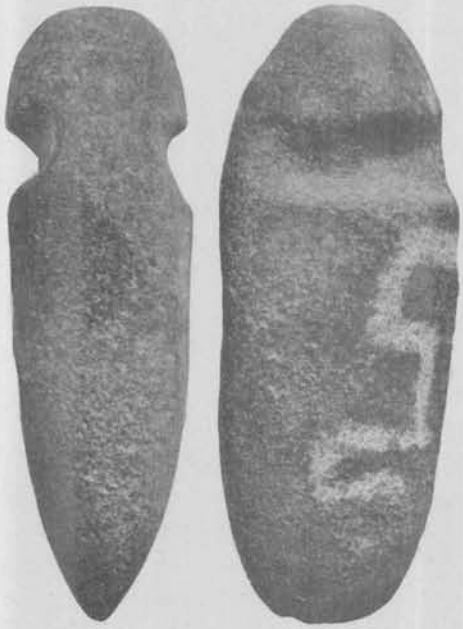


Fig. 135. — Gran hacha de piedra con dibujo esculpido en uno de sus lados. N° 78, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

En la superficie se advierten algunos golpes del cincel ó instrumento manejado por el tallista; pero lo que hace más curioso al objeto, es la figura grabada en uno de sus costados: se trata tal vez de un dibujo inconcluso formado por una banda quebrada, esculpida á poca profundidad, y que conviene hacer constar como caso único, pues no recordamos otro.

Vasos de alfarería gris grabada. — Los cuatro objetos de que ahora nos ocuparemos, pertenecen todos á la alfarería gris grabada. Corresponden á una fabricación esmerada, con pasta muy fina y arcillosa; sus paredes son sumamente delgadas y, tanto por fuera como por dentro, bien alisadas, de color gris uniforme.



Fig. 136. — Pequeño vaso de alfarería gris grabada. N° 76, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.).

La pequeña taza ó puco, figura 136, es de forma perfectamente he-

misférica, con una depresión basal de sección apenas cóncava. En cada lado lleva dos figuras de dobles ganchos rayados en el centro y limitados por una línea horizontal paralela al borde, de donde dos laterales bajan hasta la misma base. Los dibujos han sido grabados con punta fina á regular profundidad.



Fig. 137. — Vaso subesférico con ornamentación draconiana. Nº 75, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

El segundo ejemplar de esta serie, es un hermoso vaso subgloboso ligeramente comprimido, con un aplanamiento formando la base, de unos siete centímetros de diámetro, el que equivale al de la abertura ó boca, situada en el centro del recipiente. En la parte superior del vaso y de ambos lados, se encuentra grabado el curioso monstruo reproducido en todos sus detalles en nuestra figura 137. De un cuerpo encorvado, dibujado de perfil, se desprenden una cola larga y angulosa, pies y manos, así como la cabeza provista de ojo, oreja y boca con grandes dientes triangulares ; el interior del monstruo está ocupado por rayas y figuras fusiformes con estrías cortas, tal como lo reproducen las figuras. En el vacío, delante de cada dibujo, se repiten en mayor escala los detalles de la boca, en forma de dos series dentadas convergentes hacia un círculo, sin duda el ojo, que corresponde á otra representación convencional del sér misterioso. Estos grabados fueron hechos con punta fina, y las figuras están encuadradas por contornos trapezoidales.

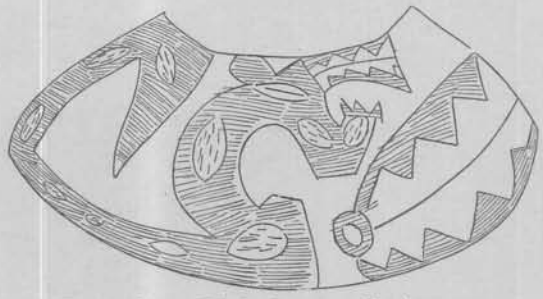


Fig. 137 bis. — Dibujo al reverso del mismo vaso

Esta interesante ornamentación no es por cierto desconocida; el doctor Lafone Quevedo la llama draconiana y ha publicado una serie de ejemplos análogos sobre alfarería procedente de Andalgalá, donde parece ser típica.

Poseemos dos jarras, de ornamentación bastante parecida; el ejemplar figura 38, está formado por un cuerpo globoso con base circular y ligeramente cóncava, del cual nace un cuello subcilíndrico; está provisto de un asa plana, vertical. Exceptuando la región del asa, toda la superficie del vaso está cubierta por una decoración rectilínea constituída en el cuello por series de líneas paralelas, muy juntas, que convergen alternadamente, una vez hacia arriba, otra vez hacia abajo; una serie de rayas cortas verticales limitan este conjunto en la base del cuello. Como se puede ver, el cuerpo ó vientre está adornado con ángulos alargados, agudos, que llevan como adorno pequeñas rayas horizontales; el conjunto representa un dibujo geométrico en forma de estrella.



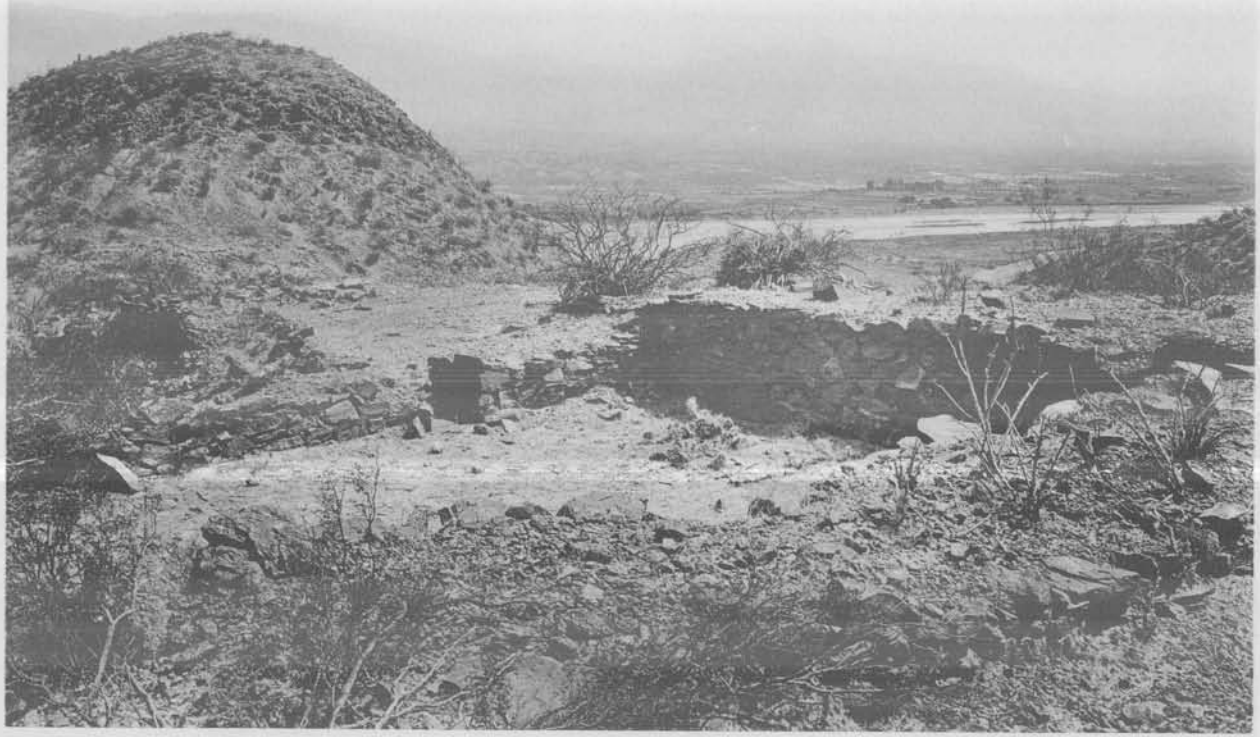
Fig. 138. — Jarro de alfarería gris grabada N° 74. Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

De la segunda jarra (fig. 139), se conserva el fondo y la parte anterior con el asa, habiéndose perdido gran parte del reverso. Se diferencia de la precedente por tener un cuerpo más bajo, subhemisférico, sobre el cual se levanta el cuello.

Los dibujos han sido grabados con un instrumento poco punzante, como de un milímetro de ancho, y en partes á poca profundidad. Los que ocupan la pared superior de la jarra se asemejan á los del ejemplar anterior y recuerdan cierta ornamentación fitomórfica. Los dibujos de la base son más irregulares; existen aquí también los ángulos con rayas transversales, pero ellos están separados por una, dos, ó más líneas paralelas, pero general-



Fig. 139. — Jarra de alfarería gris grabada. N° 73, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

C. Bruch fot.

Construcción rectangular en las cercanias de La Ciénaga (Prov. de Catamarca)

mente por tres de ellas. El asa está situada en esta jarra más ó menos en su tercio medio.

Pequeña olla roja con dibujos. — La pequeña olla tosca que nos resta por describir tiene forma perfectamente globular; su base es estrecha y plana, la boca es ancha y termina en labio recto, oblicuamente dirigido hacia afuera. Está provista de dos asas toscas, poco destacadas del cuerpo, y encima de cada una, de un pegote en forma de tubérculo.

La superficie es de color rojo ladrillo; la ornamentación es simétrica y consta en el anverso de dos cabezas serpentiformes, completadas por triángulos con terminaciones digitales y limitadas por gruesas líneas en los cuatro lados. En el reverso hay dos figuras como manchones ovalados con series de líneas paralelas y puntos. El espacio entre pegote y asa está ocupado por dos y tres rayas horizontales. La base de la ollita lleva los cuatro pares de líneas onduladas usuales, y el labio otros tantos grupos de rayas verticales, del lado exterior como del interior.

Haremos notar que los dibujos del anverso y otros detalles, tienen semejanza con los de una urna de Belén, publicada por los profesores Outes y Lafone Quevedo [1].

[1] Outes, *Alfarerías*, etc., plancha IV, figura 5; Lafone Quevedo, *Tipos de alfarería en la región Diaguito-Calchaquí*, en *Revista del Museo de La Plata*, 1908, página 344, figura 17.

CAPÍTULO VIII

LONDRES DE QUINMIVIL

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

El hecho de haberse incluído en nuestro itinerario el viaje hasta el antiguo pueblo de Londres, justifica que publiquemos las siguientes observaciones, advirtiendo desde luego que no es imposible sean estas

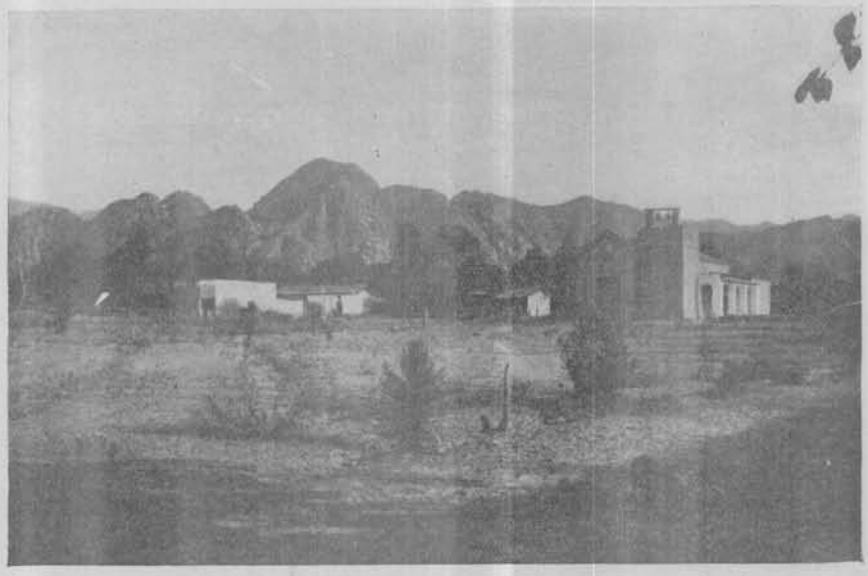


Fig. 140. — Vista parcial de la actual población de Londres

ruínas, al menos en parte, de una población de origen español: algo así se deduce de las crónicas antiguas, transcriptas por los doctores Lafone Quevedo [1] y Adán Quiroga; el aspecto de las mismas construcciones es

[1] Lafone Quevedo, *Londres y Catamarca*, Buenos Aires, 1888.

distinto de aquéllas, de que nos hemos ocupado hasta ahora. De todo esto trató Furque en un artículo sobre Londres de Quinmivil [1], pero sus conjeturas y el plano que publicó de las ruínas, no están en completo acuerdo con la impresión que recibimos durante nuestra rápida visita, y si bien someramente, nos ocuparemos en el presente capítulo de esas ruínas más ó menos antiguas.

El pueblo viejo de Londres está situado al nordeste de la población actual; conduce á él la quebrada del río Quinmivil, y como á los tres kilómetros, otra, que rumbo al oeste va hasta las primeras murallas del antiguo caserío : éste se extiende sobre un kilómetro cuadrado de un terreno bastante desigual, cubierto ahora por un matorral bajo pero muy tupido, entreverado con varias especies de mimosas, breas, chañares y otros ejemplares característicos de la vegetación local. En la parte sur del pueblo se alzan tres pequeñas lomas aisladas, en cuyas faldas se destacan algunas construcciones. Hacia el sudeste, la vista se pierde en la llanura, mientras que del lado opuesto se levantan las montañas de la serranía que aparece en la lámina XXVI.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Sorprendidos por fuertes aguaceros en las dos ocasiones en que visitamos las ruínas del caserío de Londres, nuestra exploración por el espeso matorral fué bastante penosa, y por la misma razón no pudimos hacer un relevamiento prolijo de cuanto allí había; pero, sin embargo, alcanzamos á ver que no es enteramente exacta la distribución de los edificios que aparece en el plano de Furque.

Hay, por cierto, bastante simetría en algunos grupos de las habitaciones, por cuanto éstas se hallan formadas por una serie de piezas dispuestas una al lado de otra, constituyendo así el tipo local. Se ha podido observar, un paralelismo perfecto entre la pared del frente y la del fondo; esta última conserva en partes casi tres metros de altura, y es probable que ha debido sostener el techo inclinado hacia adelante. Los muros de las subdivisiones son generalmente más bajos; sólo en algunos casos las respectivas piezas se comunicaban por pasadizos abiertos, y las entradas deben haber estado en la parte anterior ó frente del edificio.

[1] Hilarión Furque, *Las ruínas de Londres de Quinmivil (Catamarca)*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo L, 1900, página 166-171, con un croquis.

Todas las paredes están construídas en forma de pirca ancha con grandes piedras simplemente superpuestas, que por la forma cuadrangular de muchas de ellas, parecen haber sido labradas. En ninguno de los casos pudimos notar puerta con dintel, tampoco ventanas, ni otros detalles que nos indicasen el tipo de la techumbre [1]: nos limitaremos, pues, á la descripción de las construcciones más importantes en este supuesto primitivo Londres, observando en lo posible la exactitud de su distribución.



Fig. 141. — Pared exterior de un grupo de viviendas

Las primeras ruínas que encontramos al llegar á la población por el camino seguido, constan de un cerco de pirca muy baja de unos 30 metros de largo por 14 de ancho que encierra dos recintos rectangulares (de 3 × 5 m.), separadas las pircas por unos 80 centímetros de la del cerco, á la cual se ajusta por afuera otro rectángulo de 25 por 8 metros de superficie.

Como 200 metros al sur de esta vivienda, hay otra, compuesta de siete piezas en línea, orientadas de este á oeste. De un costado, las paredes son altas y perfectamente á plomo (fig. 141); del otro, que corresponde

[1] Furque, *Las ruínas*, etc., página 167, observó en las murallas de alguno de los recintos ciertas cavidades como nichos que yo no he podido descubrir. Estos nichos debieron estar como á 80 centímetros del suelo y distantes dos metros uno de otro.

al frente, su altura alcanza á poco más de un metro, y las dos paredes se hallan equidistantes entre sí á unos 3m50. Siguiendo estas construcciones desde el naciente, hallamos un recinto muy largo, de 26 metros, hasta llegar á la primera pared divisoria; á ésta siguen otras tres piezas de 4, 2m50 y de 3 metros respectivamente, todas de paredes divisorias enteras y sin comunicación alguna interior, notándose sólo aberturas ó salidas del lado sur. La cuarta pieza recién se comunica con la siguiente de 10 metros de largo; otra contigua mide 6 metros y termina en un muro alto, al que sigue el último ó sea el séptimo recinto, con su entrada perfectamente visible del lado del sur.

Caminando hacia el poniente, encontramos unas cuantas construcciones cuadrangulares, ya muy derrumbadas y rodeadas del lado del este por una pirca baja. De ahí hacia el sur, el terreno está surcado por una estrecha zanja, antiguo canal alimentado en otro tiempo por las mismas aguas del río Quinmivil, que fueron á no dudarlo, aprovechadas para mover el molino allí instalado: porque dentro del mismo canal yace una gran piedra de moler.

Á distancia como de algunos cientos de metros de las ruínas susodichas, hay otras de construcciones perfectamente alineadas y orientadas de sur á norte. Éstas están distribuídas en tres grupos de viviendas con paredes paralelas, distan unos cuatro metros unas de otras y se hallan subdivididas en ocho recintos, cada grupo de tres á cinco metros por costado. Los dos grupos que en parte aparecen en la lámina XXVII, figura 1, se hallan separados solamente por un espacio de un metro; los dos muros paralelos corresponden probablemente á los del fondo, que conservan aún mayor altura. El tercer grupo, también de ocho piezas, se halla separado de los demás por un espacio ó patio de unos 10 metros de ancho; se compone de una simple hilera de piezas, y la pared considerada como trasera corre acompañada por otra á distancia de un metro más ó menos.

Por la mala conservación de estas construcciones, es difícil reconocer sus correspondientes entradas, pero parece que éstas, como en otros edificios análogos ya mencionados, deben haber existido al frente de cada uno de los tres grupos de viviendas.

Aun nos queda por citar otras construcciones que vimos cerca de una loma al nordeste de la población (lám. XXVII, fig. 2); son tres edificios rectangulares, dos de ellos de 5 metros por 10, hallándose rodeados por un cerco de pirca de regular extensión.

Por otra parte, y á juzgar por ciertos vestigios de paredes, diríase que esta pequeña ciudad hubiese estado cercada por una muralla, mejor conservada en su costado oriental, pero más ó menos continua en toda su línea.

Ni estas breves observaciones, ni los antecedentes conocidos sobre la

primitiva ciudad de Londres, nos permiten emitir fundada opinión respecto á su origen, es decir, si fué indígena ó colonial; es preciso que nuevos estudios ó excavaciones complementen las informaciones que de ella tenemos.

Toda la región de Belén y los pueblos circunvecinos estuvieron ocupados por tribus indígenas, y es menester tener presente que por esos parajes se levantaron dos ó más ciudades coloniales; casi seguro es que el pequeño fragmento de alfarería que encontré entre las pircas caídas de esos pueblos, representen algo de la cultura de aquellas tribus.



Fig. 142. — Fragmento de urna ó cántaro encontrado entre las ruinas de Londres. N° 71, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.).

No hemos hallado durante nuestra exploración ningún vestigio de sepultura.

El fragmento en cuestión (fig. 142), corresponde á la parte superior de una urna ó cántaro de boca muy estrecha, gollete bajo y labio poco pronunciado; por los detalles de su ornamentación y factura pertenece á un vaso del tipo draconiano. El color del fondo es amarillo obscuro, los dibujos son negros y en parte rojos. Un ejemplar completo de estos vasos, de gollete muy parecido y que procede de Belén, se conserva entre las colecciones del Museo de La Plata [1].

[1] Esta misma urna fué publicada por Lafone Quevedo, *Tipos de alfareria* etc., página 356, figura 37.

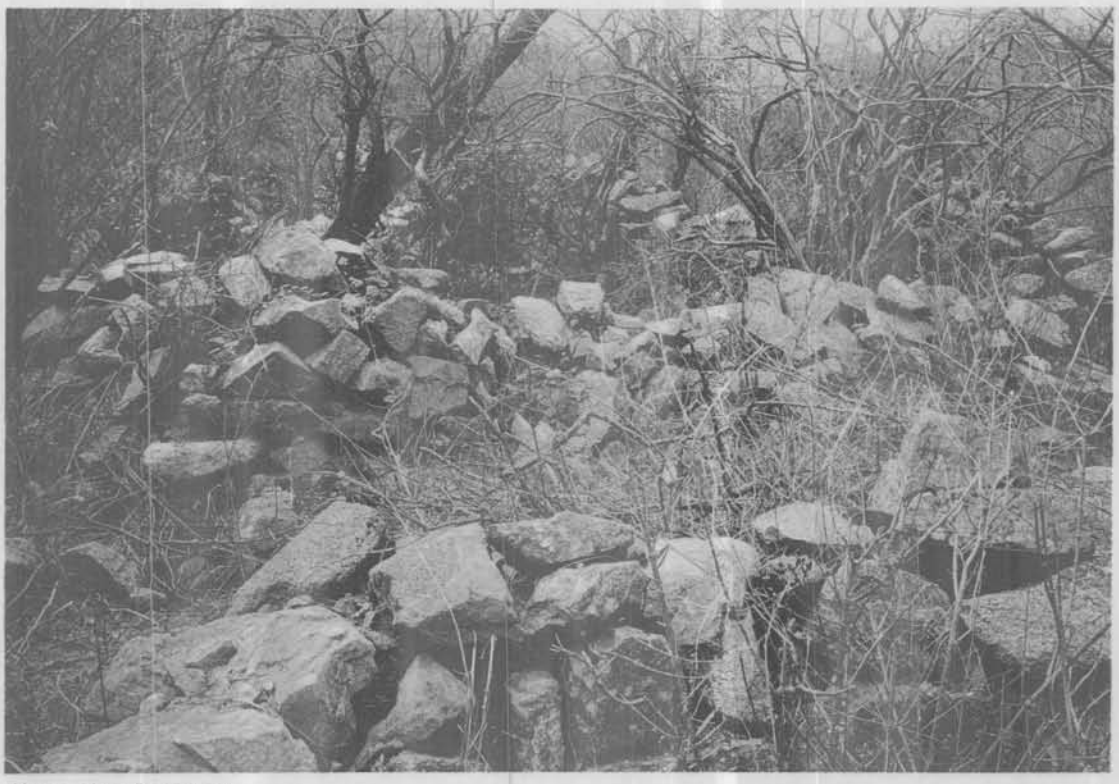


Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch fot.

Aspecto de la región ocupada por el pueblo antiguo de Londres (Prov. de Catamarca)



Fig. 1 **Aspecto del caserío del antiguo pueblo de Londres** (Prov. de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 2 **Aspecto del caserío del antiguo pueblo de Londres** (Prov. de Catamarca)

CAPÍTULO IX

ANDALGALÁ

A pesar de haber iniciado uno de nuestros viajes en Andalgalá ó más bien en Huasán, población á ocho kilómetros al norte de dicha villa, no hemos tenido ocasión aún de explorar los distintos sitios que for-

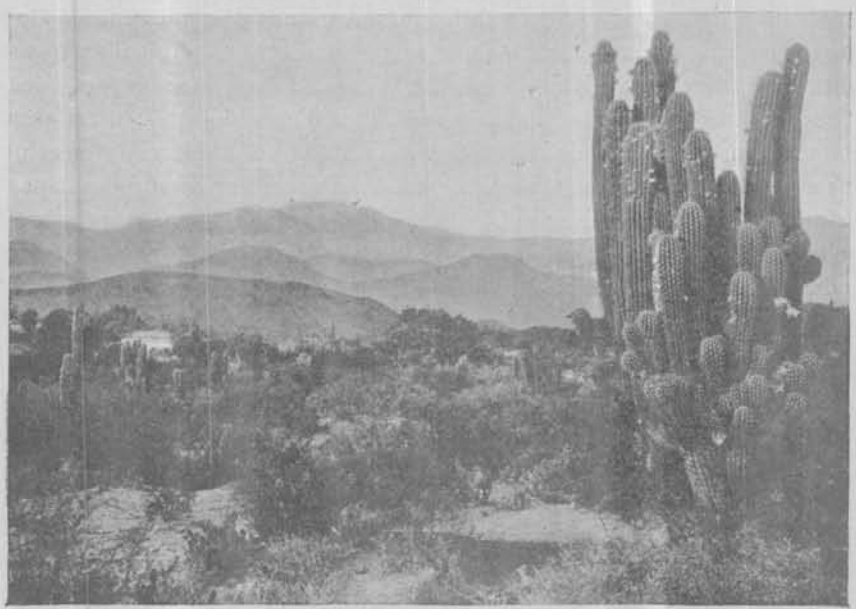


Fig. 143. — Vista desde Huasán hacia la población actual de Chaquiago

man parte de aquella región. La causa de tal desistimiento se debe á la escasez de tiempo, y al propósito de dedicar alguna vez una temporada suficientemente larga, para efectuar un estudio como lo requieren las condiciones, en que se hallan los vestigios de las poblaciones indígenas en la actualidad.

La villa de Andalgalá constituye uno de los oasis más fértiles en la provincia de Catamarca; fundada á mediados del siglo pasado [1] conserva su importancia, merced á su posición geográfica y estratégica; puesto que es punto donde convergen las grandes vías de comunicación, que desde épocas lejanas pusieron en contacto las poblaciones dispersas en las cuatro direcciones, á saber: Santa María, Belén, Tinogasta, los « Pueblos » de Pomán y todos los de La Rioja [2].

Los yacimientos arqueológicos más conocidos de la región andalgalense, se hallan comprendidos en los campos de Huasán, Chaquiago y Choya, en la parte norte y noroeste de la villa; se hicieron también hallazgos al sur de la misma región, donde se extendían las antiguas posesiones de los pueblos de Saujil, Sijan y Mutquín, etc.

Por la circunstancia de encontrarse ahora muchísimas de estas tierras cultivadas, gran parte de las viejas construcciones han desaparecido para dar lugar á extensos viñedos y alfalfares, donde sólo por casualidad, algún torrente ó el arado ponen á descubierto uno que otro resto ú objeto de los primitivos moradores.

Á mi entender nada se ha publicado, ni estamos en condiciones de informar sobre las construcciones que correspondiesen á viviendas ó sepulturas indígenas de la región de Andalgalá. Su importancia histórica y geográfica ha sido considerada por Lafone Quevedo en sus valiosas comunicaciones [3], donde nos ofrece también abundantes y preciosas reproducciones, que le permitieron definir perfectamente los tipos principales de la alfarería regional. En este sentido dedicamos este breve capítulo con el propósito de aumentar, si bien con un número muy reducido, la lista de los objetos procedentes de Andalgalá.

MATERIAL ARQUEOLÓGICO

De los pocos ejemplares y fragmentos que forman parte de nuestra colección, una taza lisa de alfarería negra, encontrada en los alrededores de Huasán, debémosla á la gentileza de la señora Helena F. de Blamey; tres vasos y otros tantos fragmentos se consiguieron de Jerónimo Páez, quien los había encontrado al remover el terreno de su propiedad, situada sobre la misma plaza de Andalgalá.

[1] Como lugar lo menciona el padre Techo en el siglo XVII.

[2] « Pueblos » que eran de los indios Diaguito-Calchaquíes, y así se designan hasta el día de hoy.

[3] LAFONE QUEVEDO, *Londres y Catamarca*, l. c.; Ibid., *Viaje arqueológico en la región de Andalgalá*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo XII, 1906, pág. 75-110, lám. I-XVIII.

La taza no ofrece detalles dignos de mención; su forma es subglobosa, con la base plana, apenas cóncava; las paredes son delgadas, poco inclinadas hacia adentro, perfectamente pulimentadas en ambos lados. La taza está provista de un asa vertical, colocada en semicírculo desde el borde hasta el medio del vaso, el cual mide poco menos de 9 centímetros de alto y 12 de diámetro.

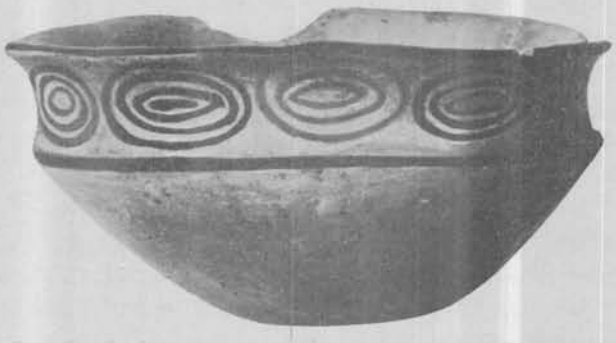


Fig. 144. — Puco de color bayo con decoración negra y roja. N° 62, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Todos los objetos de Andalgalá los reproducimos en el texto. El primero que citaremos es una especie de puco ó plato hondo (fig. 144), de forma subhemisférica, y base plana, apenas cóncava, provisto de un labio ancho y vertical, de sección también cóncava, con el adorno descripto más adelante. En la base del labio hay dos pequeñas asas en semicírculo y boca abajo, del tipo como los pucos rojos de Fuerte Quemado, etc.

La superficie del puco es lisa, por fuera pintada con un fondo de color bayo; el labio ostenta á cada lado de las asas una guarda, limitada por líneas negras, las que encierran cuatro círculos imperfectos, con otros concéntricos, alternados rojos y negros.



Fig. 145. — Vaso gris con ornamentación en relieve y grabada N° 61, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

El vaso figura 145, es algo tosco; pertenece á un tipo de recipientes conocido; tiene el fondo qajo y bastante chato; sus paredes arriba bien convexas, estrechadas hacia la abertura de la boca de diámetro reducido. La forma del vaso es ligeramente ovalada; su color de un pardo amarillento, que corresponde á la cocción natural de la pasta.

Como puede verse en nuestra ilustración, en la parte anterior del vaso se destaca en relieve una figura, al parecer un ofidio, con cabeza y

cuello, del cual se desprenden hacia los lados dos cuerpos ondulados, cuyas colas terminan en la mitad del vaso; del lado opuesto á la mencionada cabeza hay un pegote indefinible. La mitad posterior está adornada con una serie de ángulos ó piquillos invertidos, grabados, dispuestos alrededor del borde con su fondo sembrado de pequeñas impresiones del tipo conocido.

La figura 146 representa un pequeño vaso de alfarería gris, grabado, parecido á un fragmento procedente de Chaquiago, publicado por Lafone Quevedo [1].

Este vaso tiene forma de un cono truncado con base perfectamente plana, su borde inferior está redondeado y el superior adelgazado. Ha sido fabricado de fina pasta arcillosa; su color es de un gris plomizo; la superficie está bien alisada y los dibujos han sido grabados con una espina ó utensilio bastante agudo. Como consta en el esquema desarrollado, el mismo dibujo está dispuesto en dos guardas rectangulares, unidas de un lado y separadas del otro por un espacio de tres centímetros de ancho.



Fig. 146. — Pequeño vaso gris grabado N° 62, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Las dos cabezas, ó más bien los bustos humanos, están trazados con poco arte; á sus costados se encuentran otras figuras, tal vez flechas, hachas ú otro objeto. Llama la atención el adorno que ostentan las figuras sobre la cabeza, una diadema cortada en piquillos: es muy posible

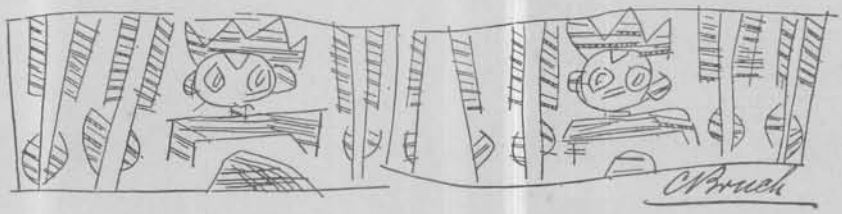


Fig. 146 bis. — Dibujo desarrollado del mismo vaso

que se trata aquí de estos adornos fabricados de lámina de oro, que deben haberse usado en dichos lugares á juzgar por los hallazgos recientes en poder del doctor Lafone Quevedo, hasta podría sospecharse que fuese una imitación moderna.

La figura 147 corresponde á la porción superior de un vaso ó urna,

[1] *Viaje arqueológico*, etc., página 13, número 10, y lámina II, figura 10.

de alfarería negra, grabada, del tipo draconiano muy conocido en la región. Representa este fragmento como un tercio de la circunferencia total del vaso, que prolongando su curva del borde, habría tenido en esta parte unos 20 centímetros de diámetro; sus paredes superiores eran moderadamente convexas, y terminaron en un labio de unos dos

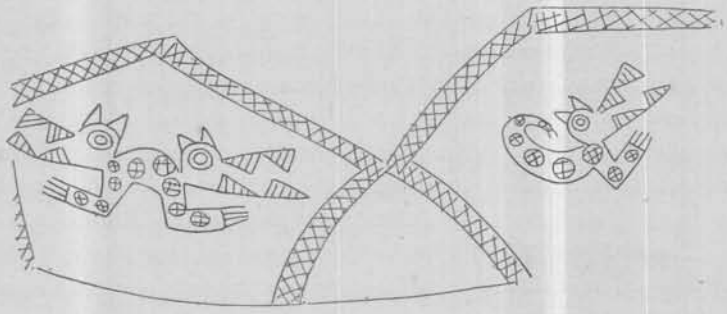


Fig. 147. — Ornamentación draconiana sobre un fragmento de urna N° 78, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

centímetros de ancho y con el borde plegado hacia afuera. Las paredes tienen como cuatro milímetros de espesor; los dos lados están perfectamente alisados, negros, pero conservan en su interior el color gris plomizo de la arcilla.

Las dos figuras draconianas ocupan espacios pentágonos irregulares, formados por cuatro guardas cuadriculadas y la base rectilínea.



Fig. 148. — Fragmento de un vaso antropomorfo modelado y grabado. N° 67, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.).



Fig. 149. — Cabeza de Guanaco, fragmento de urna tosca. N° 68, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

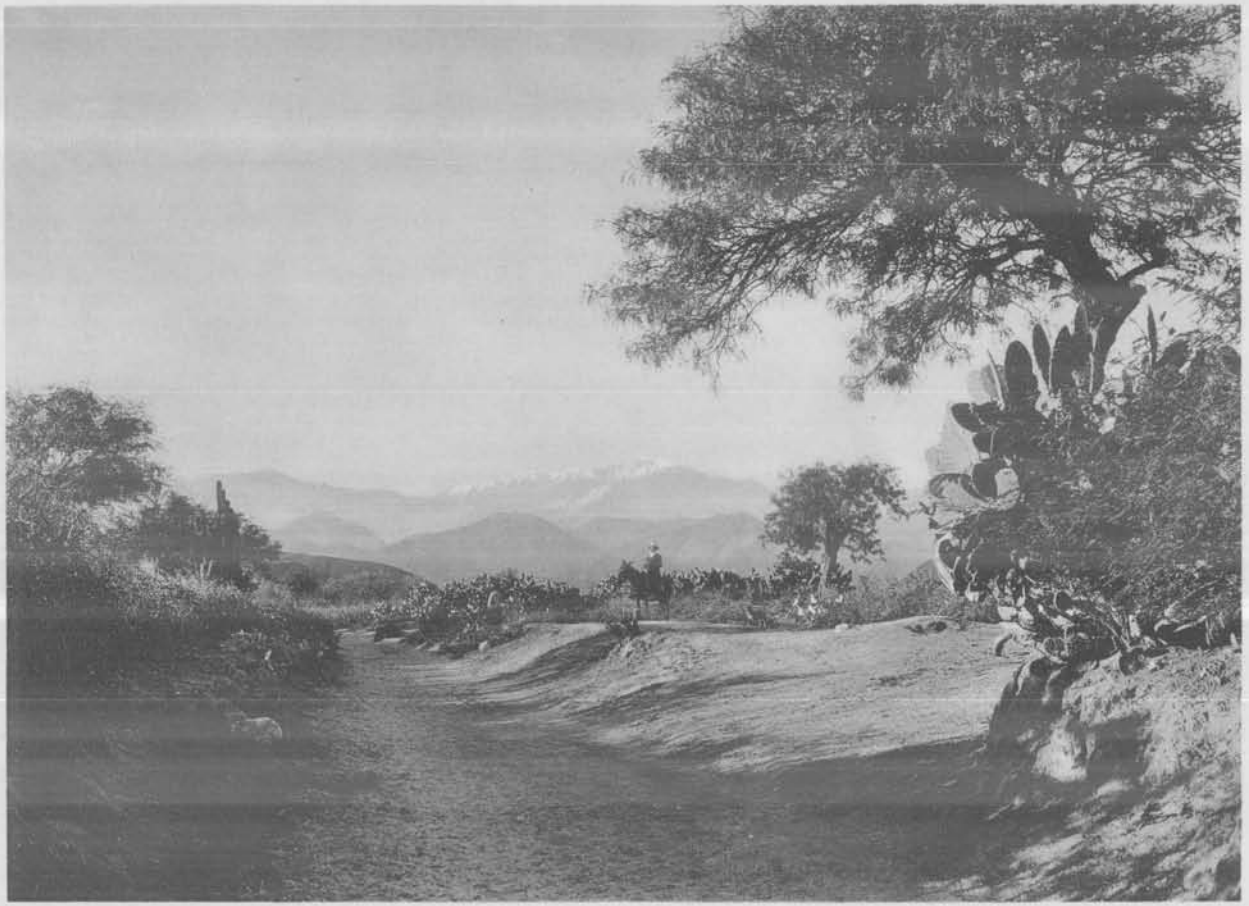
Nuestro dibujo, que reproduce dichas figuras con exactitud, nos exonera de una descripción detallada. Conviene repetir que tal ornamentación es muy característica de la región de Andalgalá, de la cual el trabajo de Lafone Quevedo nos ofrece hermosos ejemplos. El vaso completo ha sido de algún mérito.

El segundo fragmento (fig. 148), corresponde probablemente á un vaso antropomorfo, también de alfarería negra, como el objeto anterior,

y que á juzgar por su poca convexidad, debió haber sido de regular dimensión. Se trata de una pieza muy artística, de la cual se conserva sólo parte de una cara, hermosamente modelada y bien concluída. El triángulo reticulado entre la oreja y el ojo, y la faja estriada debajo de este último, están grabados con punta fina: dada la naturalidad con la cual está representada la cara, puede interpretarse este detalle como un ejemplo de tatuaje ó pintura, usado entonces por aquella tribu indígena. Esta suposición confirman casos análogos que hemos mencionado más atrás; y uno de estos tatuajes es manifiesto en el interesante ídolo de figura entera, que se conserva entre las colecciones del Museo [1], cuyos detalles de modelado ofrecen mucho parecido con el fragmento en cuestión: de éste haremos constar también que tiene como 4 ó 5 milímetros de grueso y que la superficie del interior no está tan bien alisada como la del exterior.

Por último, mencionaremos la cabeza zoomorfa (fig. 149), de barro gris y factura tosca, que probablemente sirvió de asa en alguna olla ó urna. Las orejas están quebradas; por los detalles de la boca, con su labio superior partido pudiéramos sospechar que fuese tal vez la cabeza del guanaco *(Auchenia huanachus)*; debajo de los ojos se encuentran las típicas tres rayas, tan usuales en las diversas formas de caras, que se presentan en una multitud de ejemplares parecidos, muy comunes entre la alfarería del Valle de Santa María y los pueblos al sur de Andalgalá.

[1] Publicado en las láminas murales, *Las viejas razas argentinas* (lám. I, fig. 17), por Felix F. Outes y Carlos Bruch; Ibid. en *Los aborígenes de la República Argentina*, página 57, figura 30. Buenos Aires, 1910. Angel Estrada y compañía, editores.



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. G. Bruch fot.

Alrededores de Huasán (Prov. de Catamarca)

CAPITULO X

PUCARÁ DEL ACONQUIJA

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

Á las grandes vías de tránsito, mencionadas en distintas ocasiones, pueden agregarse dos más, también importantes, por las que se comunica Andalgalá con Tucumán y con Catamarca respectivamente.

El primero de estos caminos [1] pasa por Villavil, rodea la sierra del Aconquija al norte del Campo de Pucará, y baja por el río de las Cañas, al este de dicha sierra, hasta llegar á los llanos de Tucumán. El otro, que conduce á la ciudad de Catamarca, cruza la cuesta de la Chilca [2], y el Campo de Pucará en su parte sur, para bajar por Humaya ó por Singuil al costado oriental de las montañas altas de la sierra del Manchao ó Ambato.

El Campo del Pucará ocupa, pues, la planicie situada á unos 1800 metros de altura, comprendida entre las dos sierras del Aconquija al norte y del Manchao al sur, con una extensión de 23 kilómetros, siendo poco menos de 10 kilómetros de naciente á poniente. En el extremo oriental lo limita el cordón de Narváez, bastante alto, mientras que los cerros del lado opuesto son más bajos y descienden á unos 700 metros hacia la llanura, la cual se extiende al sudeste de Andalgalá, hasta dar con las serranías de la provincia de la Rioja.

El Aconquija con sus picos cubiertos por nieves eternas mide 5450

[1] Nos referimos aquí al camino viejo, que ha sido abandonado y sigue ahora por el río de Cochuna.

[2] El paso por la cuesta de la Chilca que hasta hace pocos años era bastante malo y penoso, hállase convertido hoy en un camino cómodo y muy transitado.

metros, y el Manchao 4050, sobre el nivel del mar. Así se explica que el Campo del Pucará, por su propia altitud, y la valla de altas montañas que lo rodea, experimenta un clima más benigno, no tan seco como en la llanura al poniente; la humedad y las lluvias aumentan en mayor grado á medida que nos internamos en los cerros al naciente de esta región.

La vegetación de la planicie misma es por consiguiente menos xerófila que en los lugares circunvecinos. Desaparecen en parte los grandes cardones *(Cereus)*; la jarilla *(Larrea divaricata)* es aquí más escasa; en cambio abunda por todo el campo la maravilla *(Flourensia tortuosa)*, mezclada con el suncho ó la chilca *(Baccharis salicifolia)*, y la hediondilla *(Cestrum pseudoquina)*. Entre las quebradas encontramos cortaderas *(Cortaderia argentea)*, uno que otro arbusto y árbol, como algarrobo *(Prosopis)* y palán-palán *(Nicotiana glauca)*, etc.; en las partes más secas del campo, y sobre los cerros alrededor del Pucará predominan las gramíneas del género *Stipa*.

La actual población del Pucará está situada en el ángulo sudeste de la altiplanicie llamada Campo del Pucará, por donde pasa también el río ó arroyo del mismo nombre; ella se reduce á unas cuantas casas de piedra, dispersas al pie de las primeras lomas.

Precisamente, en esta parte, al nordeste de las últimas casas y sobre un cerro que se levanta al norte del arroyo, se encuentran las interesantes ruínas del Pucará [1] ó fortaleza antigua, cuyo estudio motivó nuestra excursión. De Andalgalá se llega fácilmente al Pucará por el camino de la Chilca en una corta jornada.

Fuera de la descripción de von Tschudi [2], que no estuvo á mi alcance y que, según Boman, está escrita de un modo algo fantástico, no tenemos sobre este fuerte sino el trabajo del ingeniero Lange [3], el cual nos proponemos reconsiderar y ampliar con detalles que obtuvimos de la propia investigación.

Ante todo, conviene advertir la incertidumbre en que nos hallamos

[1] *Pucará* es palabra quichua y significa en efecto fortaleza. Nos encontramos en la región del noroeste, como en Perú y Bolivia, con numerosas localidades que llevan el nombre de Pucará, y en las cuales observamos entonces siempre vestigios de antiguas fortificaciones. Por eso hemos llamado á nuestro fuerte el « Pucará del Aconquija », para no confundirlo con los *Pucará* de Humahuaca, de Lerma y de Rinconada, etc.; de este último se ocupa Boman extensamente en su obra *Antiquités de la région*, etc.

[2] J. J. von Tschudi, *Reise durch die Andes von Süd-Amerika, von Córdoba nach Cobija, im Yahre 1858*. (Appendice des Petermanns geographischen Mittheilungen, Gotha, 1860).

[3] Gunardo Lange, *Las ruínas de la fortaleza de Pucará* en *Anales del Museo de La Plata*, sección de arqueología, III, 1892, con cuatro láminas y figuras en el texto.

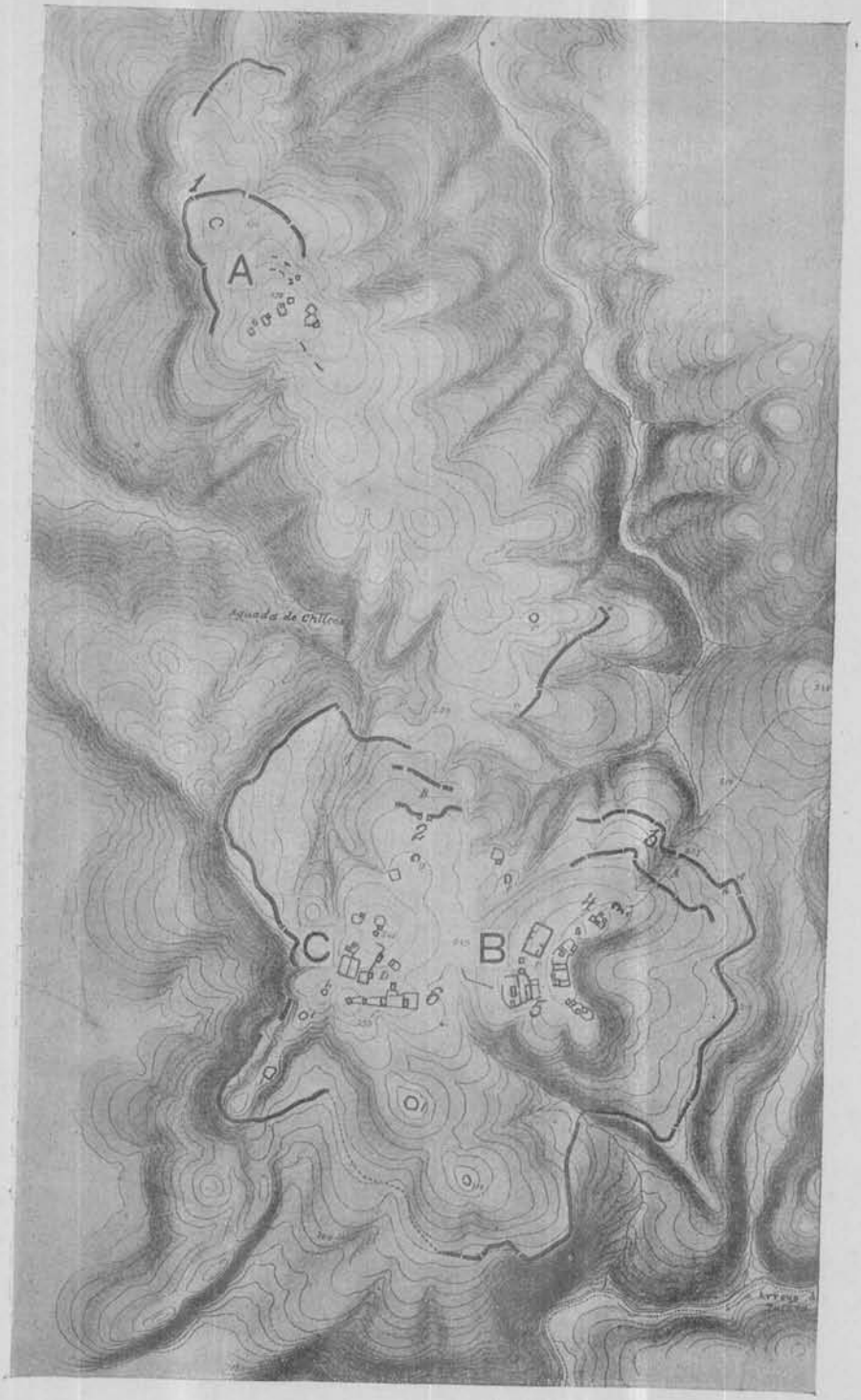


Fig. 150. — Plano general del Fuerte de Pucará, según relevamiento del ingeniero Lange

acerca de esas famosas construcciones, las cuales, como se verá por su descripción, presentan un carácter tan singular y distinto de todas cuantas hemos visto hasta ahora, que no podemos hallarles parecido con ninguna de ellas. Sucedió probablemente en esta localidad lo propio que en la primitiva Londres: pero, es igualmente posible, que las diferencias observadas correspondan á una cultura anterior á la usual en la región Diaguito-Calchaquí; las razones para tal suposición las deducimos de nuestras observaciones.

El cerro fortificado corre de norte á sur y alcanza, según Lange, á 275 metros sobre el cauce del arroyo del Pucará, y su quebrada lo separa por el sur y oeste de las lomas vecinas, como lo hacen otras quebradas en los demás contornos. Dichas faldas son bastante empinadas, en parte casi inaccesibles, y las cortan gargantas de mayor ó menor importancia como la que baja á la aguada de Chilcas, en el medio del costado oeste del cerro. La planicie de arriba consta de dos distintos planos de poco más ó menos la misma altura, cada uno de ellos con sus grupos de ruínas cercadas por complicadas murallas de defensa.

La parte norte ó punto más alto del cerro, está separada de la del sur por una depresión transversal, que forma la citada garganta ó quebradita con la aguada de Chilcas, y que ofrece por el naciente una subida relativamente cómoda á una y otra parte. Desde el borde sur del primer plano se divisan los otros dos grupos de edificios, con las dobles murallas, que les servirían de eficaz defensa. El segundo y más importante grupo de estas ruínas, ocupa la elevación al este, un poco más alta que la tercera é inmediata hacia el poniente.

Las faldas al noroeste del cerro son más tendidas, y desde las murallas de defensa que allí existen, se domina las lomas que descienden hacia el Campo del Pucará (lám. XXXI, fig. 1). Las murallas que rodean al segundo grupo de edificios sirvieron admirablemente para defender la salida al cerro por las quebradas y faldas del lado del norte y sudeste (lám. XXXI, fig. 2); desde el tercer grupo de construcciones se divisan los lugares circunvecinos que dan hacia el oeste.

Para poder orientarnos mejor, reproducimos nuevamente el plano general de las ruínas, publicado por Lange, en el cual hemos marcado los puntos á que se hará referencia en el texto. Los esquemas de los tres grupos de edificios incluídos en el texto, corresponden á observacion es y mensuras hechas por nosotros *in situ*.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Con excepción de ciertos detalles en los edificios y del tipo de murallas que servían para la defensa, y que dan á las ruínas del Pucará su nota característica, poco se observa que pueda llamar la atención en cuanto á la manera de cómo fueron construídas. Las paredes son todas de *pirca*, como de costumbre; para ellas se emplearon las piedras de los cerros de la localidad, que son de roca micaesquista granatífera (arcaica), tal cual se separan por su propio clivaje.

Murallas de defensa. — Tanto las paredes de los edificios como las de las murallas de defensa han sido muy sólidamente construídas, perfectamente á plomo, con altura de 2, 3 y hasta 4 metros en algunas partes: su ancho es más ó menos constante, de unos 60 centímetros, pero en varios edificios y casi siempre en todas las murallas de defensa, el lado interior se halla reforzado con una base de medio metro de ancho por otro tanto de alto. Este último detalle no se ha observado en ninguna otra de las construcciones en los demás lugares; parece que no sólo se buscó aquí de reforzar las murallas, sino también de utilizar esta base ó acera, para mirar á través de las troneras y asomarse por las mismas, para lanzar los proyectiles que habrían de usarse contra el enemigo invasor.

Dichas troneras se encuentran siempre á ambos lados de algún portillo de entrada al recinto fortificado; consisten en pequeñas aberturas cuadradas, de unos 20 á 30 centímetros de luz, distantes como metro y medio ó dos metros unas de otras y colocadas más ó menos á igual altura del suelo. Estos vanos están limitados generalmente por una especie de marco, de cuatro piedras rectangulares, una por costado, y este mismo método se usó también para las aberturas equivalentes á ventanas, que existen en diversas paredes de los edificios.

Al interior del fuerte conducen varias entradas, situadas en los puntos más accesibles del cerro, y las forman unos portillos á través de las murallas de 2 á 3 metros de ancho, flanqueados por paredes cortas, hacia el interior y perpendiculares á las murallas, como se verá en nuestra lámina XXXI, figura 1 [1]. Estos dos flancos en una de las murallas, al norte del tercer grupo de edificios, sirven para formar recintos pequeños cuadrados [2].

[1] El lugar correspondiente está indicado en el plano con número 1.

[2] Véase en el plano el número 2.

Otro ejemplo que demuestra perfectamente la importancia estratégica de estas obras de defensa, la tenemos al nordeste del segundo grupo de edificios: en esta parte, una doble línea de hermosas murallas corre paralelamente, distantes unos 40 metros, una más arriba que la otra, formando así una verdadera punta de bastión, con su cortina ó pared de frente, protegida por correspondientes flancos provistos de troneras [1]. En este caso, los flancos son amplios parapetos, pero externos y siempre formando ángulo con el muro de circunvalación; en la base tienen su

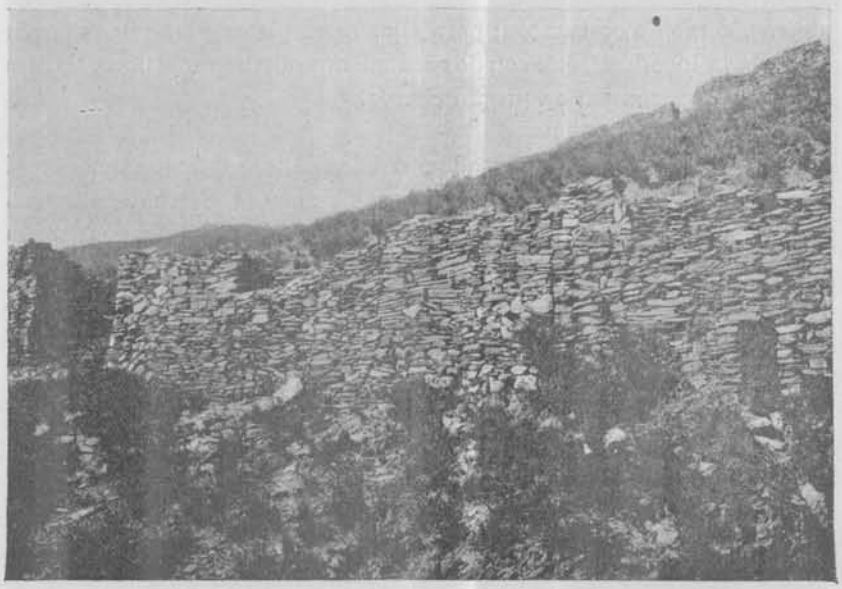


Fig. 151. — Muralla de defensa con entrada principal y puerta accesoria á la derecha arriba se distingue la muralla interior

pirca de refuerzo como se dijo ya más arriba. También esta entrada en el medio de la muralla de frente, tiene los flancos de costumbre y en sentido inverso; á la derecha de la entrada hay una abertura (fig. 151), como de $1^{m}50$ por 50 centímetros de luz, parecida á una alcantarilla de desagüe, pero que puede haber sido una entrada especial.

Á juzgar por la disposición de las murallas aun en pie, es muy posible que estas hayan sido alguna vez continuas, encerrando así por completo los edificios y las viviendas de ese gran fuerte. Diversas construcciones circulares y otras han servido seguramente de reductos, dis-

[1] Lámina XXXI, figuras 2 y 3; la vista figura 2, fué tomada desde el punto indicado con número 3 de nuestra lámina y el mismo flanco que aparece en esta vista, está representado por la figura 3, visto del exterior.

tribuídos sobre algún punto prominente, y estarían, pues, en relación con las demás obras de defensa, cuyo valor estratégico no necesita comentarios.

Edificios para viviendas. — En esta clase de construcciones se observan dos tipos de paredes: las unas son perfectas, de pirca alta, y constituyen las verdaderas habitaciones ó casas; las otras, bajas, sirven para subdivisiones ó recintos complementarios, como también para los cercos que con frecuencia rodean las casas. En todos los casos hemos observado que las paredes son sólidas, de piedras superpuestas y nunca rellenadas con ripio, método tan usual en otras poblaciones de que nos hemos ocupado ya.

Los edificios son casi siempre rectangulares, compuestos de una ó dos, y hasta de mayor número de piezas, como sucede en los más grandes; y si bien parece que en estos últimos existe cierto alineamiento, no se observó lo mismo en la distribución de todo el conjunto de las distintas casas. Buena parte de éstas se encuentran bastante bien conservadas; se distinguen aún las correspondientes entradas ó vanos de comunicación entre las piezas, en algunos casos abiertas en las paredes, y provistas de dintel: una de estas puertas medidas tiene casi dos metros de altura, por 60 centímetros de ancho.

Otra particularidad ofrecen los pequeños vanos que hacen las veces de ventanas [1], y que ya hemos mencionado al ocuparnos de las troneras abiertas en las murallas de defensa. Además, parece que el piso de las viviendas estaba perfectamente aplanado, hasta en algunos casos embaldosado con lajas, pero no hemos hallado ni desnivel notable en la parte superior de las paredes, ni otro detalle, que pudiesen indicarnos con cierta probabilidad el tipo de techo que pudo haberse empleado.

Por último, los muros de los cercos son menos regulares; alguna vez tienen sus ángulos redondeados ó formados por una simple pirca curva ó más ó menos circular, como se puede ver por los croquis que ofrecemos de los tres grupos de ruínas A—C [2]. Sin entrar en largas descripciones, daremos algunas noticias más, referentes á los relevamientos y vistas fotográficas tomadas.

Construcciones del grupo A. — Entre las ruínas de unas trece construcciones pequeñas, que encontramos sobre la punta norte del cerro, cuatro de ellas podríamos llamar viviendas ó casas propiamente dichas;

[1] Obsérvese la ventana en la casa, lámina XXXI, figura 4, cuyo sitio está indicado en el plano con el número 4.

[2] No figuran entre ellas las viviendas de la parte oriental del grupo B, por habérsenos extraviado en viaje la correspondiente hoja de apuntes.

se componen siempre de una sola pieza rectangular con patio cercado por pirca baja, y están dispuestas como indica nuestro croquis figura 152 [1].

Yendo del reducto ó pirca circular, en el extremo norte, como 50 me-

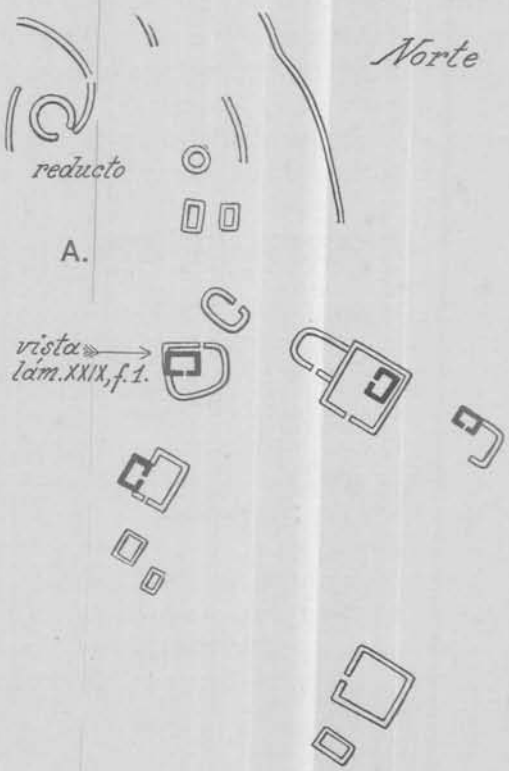


Fig. 152. — Plano detallado de las construcciones del grupo A

tros hacia al sudeste, hallamos la casa que representa la lámina XXIX, figura 1. Medida interiormente, sus dimensiones son 4^{m}50 de largo por 3^{m}50 de ancho, y las paredes conservan 1^{m}80 de altura; al costado sur está la entrada con apenas unos 60 centímetros de ancho, pero no lleva dintel ó muro alguno, que cierre el vano por arriba. El cerco que rodea esta vivienda consiste en una pirca baja, más ó menos rectangu-

[1] En los croquis que reproducimos en estas construcciones, las paredes altas, más ó menos completas, se indican con líneas gruesas negras, mientras que las otras dobles equivalen á pircas bajas ó caídas, cuya altura primitiva no se puede ya apreciar. Probablemente, algunas de las construcciones ahora derrumbadas han servido alguna vez también de viviendas.

lar, de 12 metros de largo por 8 en su mayor ancho, y con su correspondiente entrada del costado norte.

Unos veinte metros al este de la construcción mencionada, hay otra de dimensiones parecidas, ubicada dentro del ángulo nordeste de un gran cerco cuadrado, pero separado de él por un espacio de medio metro; al costado oeste del mismo cerro se le arrima otro pircado, formando martillo. Las entradas á ambos cercos están perfectamente visibles del lado sur, y la de la habitación interior conduce, como de costumbre, al patio.

De las otras viviendas, una de ellas es pequeña y está bastante mal

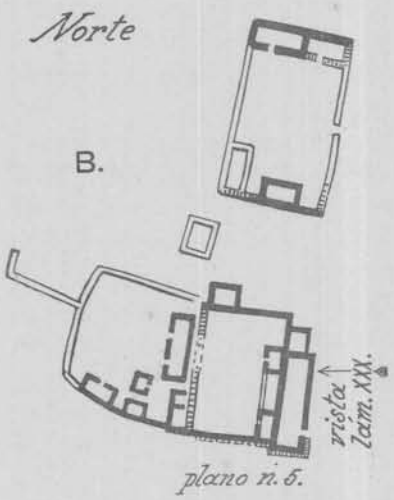


Fig. 153. — Plano detallado de las construcciones del grupo B

conservada; la última difiere por la disposición del cerco, que aquí no la encierra.

Las demás construcciones no ofrecen nada de particular; se distinguen aun varias pircas caídas, que pueden haber servido de parapetos y estar en relación con los reductos y la gran muralla de defensa, que protege toda la edificación en la parte norte del cerro.

Construcciones del grupo B. — Nos referimos á las mismas, marcadas con B en nuestro plano, que son á la vez las más importantes de este fuerte. Constan de cinco edificios principales, cada uno compuesto de buen número de recintos ó viviendas en grupos, cercados por sus correspondientes patios.

El gran edificio, figura 153, cuya vista fotográfica reproduce la lámina XXX, consta de gruesas paredes, altas y levantadas á plomo. La

pared del ángulo sudeste del edificio ha sido reforzada con una base que sobresale medio metro del lado de afuera hasta 1m70 de alto, porque el cerro declina aquí bruscamente hacia el sud. El nivel de todas las paredes, se ajusta al terreno, que es bastante desigual; en la esquina mencionada, conservan aun más de 4 metros de altura, extendiéndose como 45 metros en el costado sur, y unos 20 metros del lado que mira al naciente. En esta parte, y cerca de la esquina, está una estrecha entrada que da acceso á una pieza de 6 metros de ancho, que con otra cuadrada, ocupan todo el frente al norte. Á los fondos de esta pieza, hay dos piezas pequeñas, con puertas de 50 centímetros por 1m80 de luz y provistas con dintel, que se comunican con un amplio patio. Sobre el costado norte y por fuera, hay un pequeño recinto cuadrado.

En un segundo patio, contiguo al primero, y de mayor extensión, hállanse dispuestas las otras viviendas en la forma que indica el croquis (fig. 153).

La pieza, situada en el ángulo sudeste del patio, está subdividida en dos; otra al norte, con dos entradas, tiene en su pared del costado sur un pequeño vano como para ventana, á 1m70 del nivel del suelo. El muro que arranca al oeste de aquel vasto edificio, corresponde probablemente á otro cercado que hubo en esta parte.

Algunos metros al norte del edificio mencionado, hay otro compuesto de cuatro cuartuchos, encerrados dentro de un gran rectángulo pircado de unos 20 metros de ancho por 35 de largo.

Las construcciones al naciente, debido al desnivel del cerro, están distribuídas con cierta irregularidad; varias de sus paredes conservan aún cuatro metros de alto. No pudimos hallar otro detalle, que indicara la existencia de un segundo piso, como lo presume en su descripción el señor Lange, y los que recuerda haber visto el doctor Lafone Quevedo, hace más de cuarenta años. En dos paredes de los mismos edificios hemos visto pequeños vanos que sirvieron de ventanas (véase lámina XXXI, fig. 4).

Construcciones del grupo C. — En el último plano de nuestra fotografía, lámina XXX, se distingue parte de las ruínas, que pertenecen al tercer grupo de las construcciones, cuyo relevamiento representa el croquis figura 154. Este conjunto comprende un gran edificio principal, perfectamente alineado, orientado de este á oeste, y varios otros angulares y redondos, con sus correspondientes cercos de pirca baja, algunas veces de forma irregular y caprichosa.

El edificio mayor consta de amplias piezas ó viviendas cuadrangulares; la del medio, corresponde más bien á un extenso patio, de 17 metros de ancho por 25 de largo; no lleva división alguna en su interior, pero dos pircas bajas (3 × 5 m.), arrimadas á la pared exterior, una de cada

costado y con sus ángulos redondeados. Las otras viviendas están formadas por recintos casi todos perfectamente angulares, además de un recinto circular y de una pequeña pirca baja en semicírculo; sus correspondientes entradas están marcadas en nuestro croquis, lo mismo que las pequeñas ventanas (V) que existen en varias de las paredes. La pieza al poniente se ajusta por un cerco bajo, redondeado, en su ángulo sudoeste al edificio principal; todas las demás paredes son bastante altas, como de dos metros y aun algo más en ciertas partes.

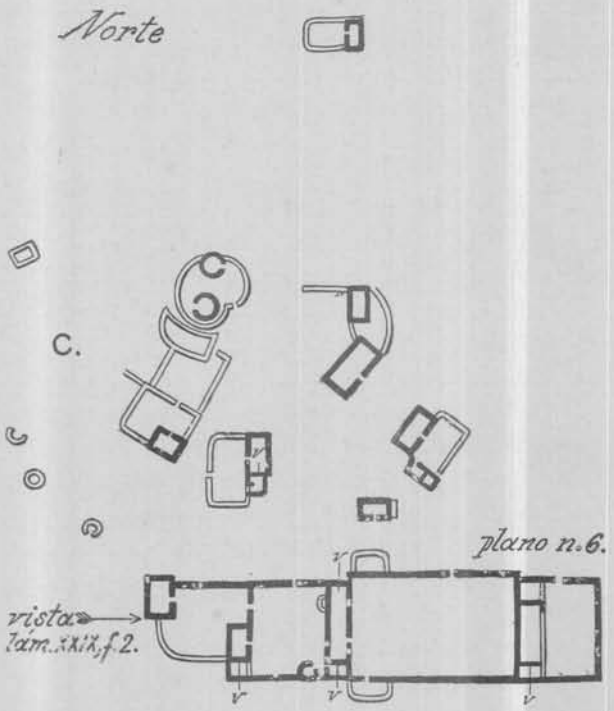


Fig. 154. — Plano detallado de las construcciones del grupo C (plano nº 6)

Entre las construcciones al norte del edificio mayor, y casi sobre el borde del cerro, hay dos torres cilíndricas, de 1m50 de alto, encerradas por una pirca subcircular con entrada del lado sur. Contiguas á ésta, otras tres pircas de irregular forma se extienden hacia el sur, con un cuartucho en el ángulo sudeste de una de ellas. Los detalles de los otros edificios constan en el plano; sobre el cerro, en la orilla del poniente, hay vestigios de parapetos y de pequeñas torres circulares; más al norte, está una pequeña casa aislada (de 2×5 m.), con vanos para puerta y ventana [1].

[1] La fotografía, lámina XXIX, figura 2, representa el caserío, visto desde el poniente hacia el naciente, y no hacia el oeste, como por equivocación está indicado.

Esta breve descripción basta para darnos una idea de la importancia del antiguo fuerte de Pucará; pero en cuanto á su verdadero origen, las conclusiones que de aquella pudiéramos sacar, nos obligan á ciertas reservas.

La disposición de los edificios, su forma, altura de sus paredes, con los vanos para puertas y ventanas, pero sobre todo el tipo de las murallas de defensa, con todos los detalles mencionados, confieren á las construcciones del Pucará un carácter peculiar. Por eso, creemos más que probable, que éstas pertenecían á otras tribus, quizá á una nación muy distinta, de las que ocuparon en otras épocas las demás regiones que acabamos de visitar. Por estos hechos estudiados, sería admisible que el fuerte de Pucará tuviese más bien su origen en el tiempo colonial que en la época precolombiana.

El ingeniero Lange ha atribuído al Pucará gran importancia estratégica; sus argumentos provienen tal vez de un criterio militar demasiado moderno. Ciertamente, las mismas obras de defensa prestarían mejor servicio á guerreros equipados con armas de fuego, desde que el tiro con arco y flecha, ya sea por encima, ya á través de los muros, en la forma que se hallan éstas dispuestas, es casi impracticable. Asimismo, parece curioso, no haber hallado ni siquiera fragmentos de puntas de flecha, de las cuales debieron hacerse derroche, en los momentos más encarnizados de las luchas.

Seguramente con el estudio de antiguos enterratorios y de su correspondiente material arqueológico, se adelantarían los conocimientos sobre esta localidad. Nuestro empeño para descubrir sepulcros, en el interior ó en las proximidades del fuerte, no dió resultado alguno; así, hasta la fecha, no se ha hecho mencion de ningún ejemplo. Se dice, que en los alrededores del Campo del Pucará, abundan pircas y vestigios de obras de piedra, los cuales no pudimos visitar.

En cuanto á objetos de alfarería del Pucará, muy poco conocemos de ellos, y el reducido número no es suficiente, para formarnos una idea del tipo local. Una olla tosca, publicada por Lange *(l. c.*, pág. 11, fig. 11), como procedente de la población del Pucará, lleva de cada lado una cabeza zoomorfa en vez de asas. El doctor Franz Kühn, tuvo la amabilidad de prestarme el material, que con el doctor Rauenbusch, juntaron entre las ruínas del Fuerte y en el Campo del Pucará; en su totalidad son unos ochenta fragmentos de alfarería ordinaria del tipo usual, restos de objetos que bien pueden haberse introducido de la región Calchaquí.

Entre los objetos del Fuerte, figura un pedazo de mortero esculpido, de piedra micaesquistosa, angular por fuera y con su hoyo excavado á unos 5 centímetros. Luego una cantidad de fragmentos de vasos y ollas

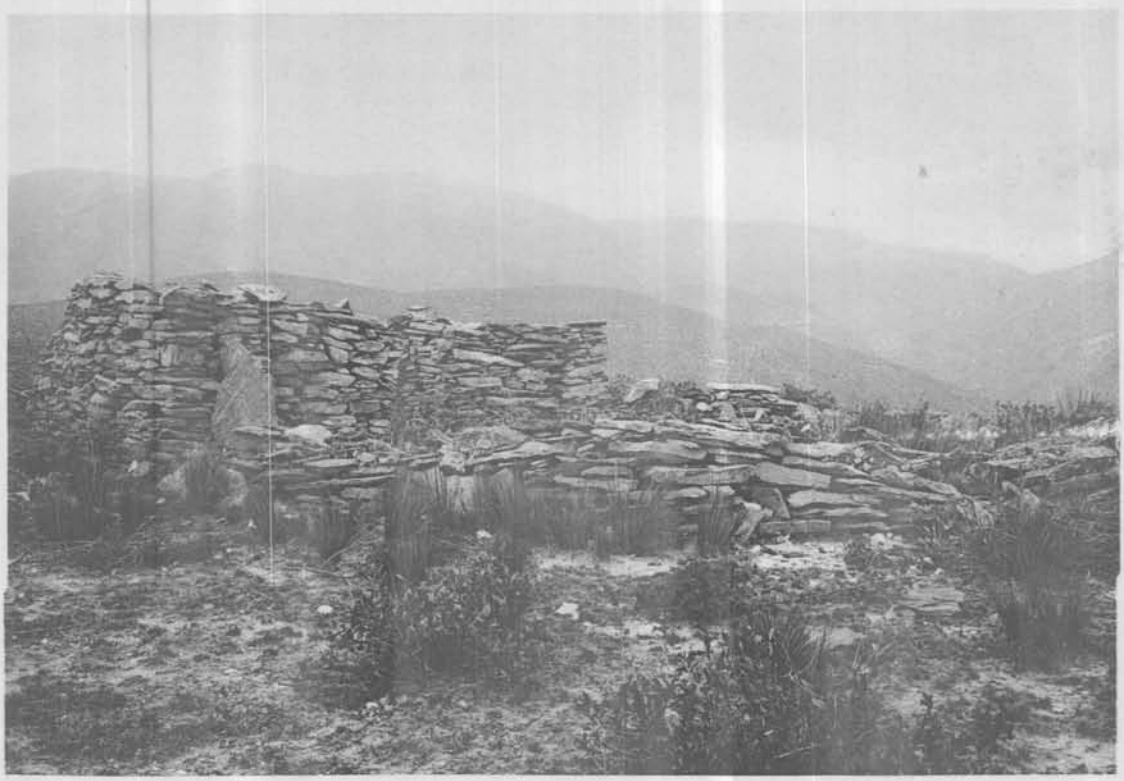


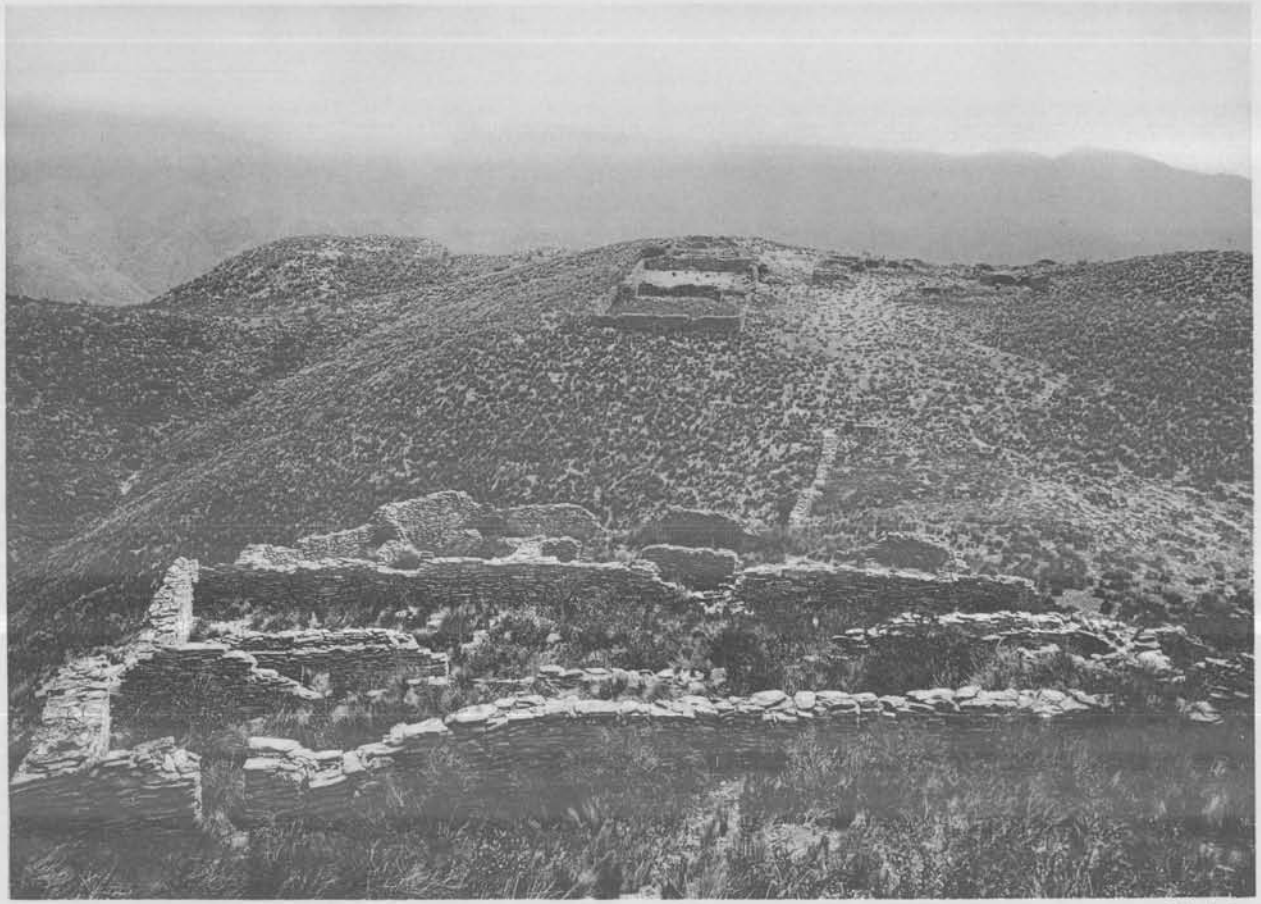
Fig. 1 Casa cercada en la parte norte del Pucará



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 2 Parte sur de los caseríos, vista hacia al oeste

Ruinas en los cerros del Pucará (Prov. de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

C. Bruch fot.

Grupo de casas en el interior del recinto fortificado del Pucará (Prov. de Catamarca)



Fig. 1 Pasaje á través de una muralla



Fig. 2 Entrada protegida por murallas laterales provistas de troneras



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 3 Muralla provista de troneras, vista de afuera



C. Bruch fot.

Fig. 4 Casa en el interior del recinto fortificado

Construcciones antiguas en el Pucará (Provincia de Catamarca)

toscas, como también de tazas ó pucos de alfarería roja con pintura negra del tipo común. Una cabeza de ave, como de loro, con pintura roja, es idéntica á unas que tenemos en nuestro Museo, y que sirven de asas á pequeños platos.

Los fragmentos procedentes del Campo de Pucará, pertenecen también á vasos ordinarios; algunos son de alfarería gris grabada, parecida á la andalgalense; solamente dos pequeños trozos llevan líneas negras, pintadas sobre fondo gris, que tal vez representarían el esquema usual de la serpiente.

CAPÍTULO XI

LA « CIUDARCITA », PAJANCO Y TUSCAMAYO

§ I

BREVES APUNTES SOBRE ESTOS LUGARES

Aprovechando nuestro regreso de Andalgalá á Chumbicha, al fin de la primera expedición, visitamos, si bien sólo de paso, los antiguos lugares arriba mencionados; así que estos breves apuntes fueron reunidos durante las pocas horas que allí demoramos. Con ellos confirmamos las observaciones hechas con anterioridad por el doctor Lafone Quevedo [1], que ampliarán nuestras informaciones gráficas.

La Ciudarcita. [2] — Las viejas construcciones, conocidas por el nombre La Ciudarcita, se encuentran como á un kilómetro al norte de la villa de Saujil, y al este del ancho valle ó primitivo lecho del río. Ya á primera vista, ofrecen estas construcciones un aspecto particular, razón por la cual no pensábamos considerarlas como edificios ó habitaciones propiamente dichas; hasta podrían caber dudas sobre su origen indígena.

Observamos mucha simetría en la disposición de todo este conjunto, que consta en su mayor parte de amplias pircas rectangulares, agrupadas en series paralelas, como para servir de patios, que tal vez encerraron viviendas que ya no existen. Pero es más probable, que se trate

[1] LAFONE QUEVEDO, *Las ruinas de Pajanco y Tuscamayo entre Siján y Pomán (Provincia de Catamarca)* en *Revista del Museo de La Plata*, tomo X, 1902, p. 257 con una lámina.

[2] Se llama « La Ciudarcita », probablemente de ciudadcita, en lenguaje local, y no Ciudacita, como se lee en nuestra lámina XXXII, y en la referencia que de este lugar hicimos en la página 125.

aquí, como dice Lafone Quevedo, de obras destinadas á antiguos cultivos, si bien las condiciones del suelo, en el interior de los cuadros son poco adecuadas para tal fin, á lo menos si las juzgamos por el estado actual en que se hallan.

El panorama lámina XXXII, muestra las principales construcciones de La Ciudarcita. Estas constan de varias series paralelas de pircas ó cercados rectangulares, orientados de norte á sur, y que están separados entre sí por espacios ó calles, como de tres á cinco metros de ancho. Las dimensiones de los recintos pircados son variables: generalmente miden unos 10 metros de ancho por 20 á 30 de largo, y los hay también de mayor extensión. Algunas veces se distinguen pasajes á través de las

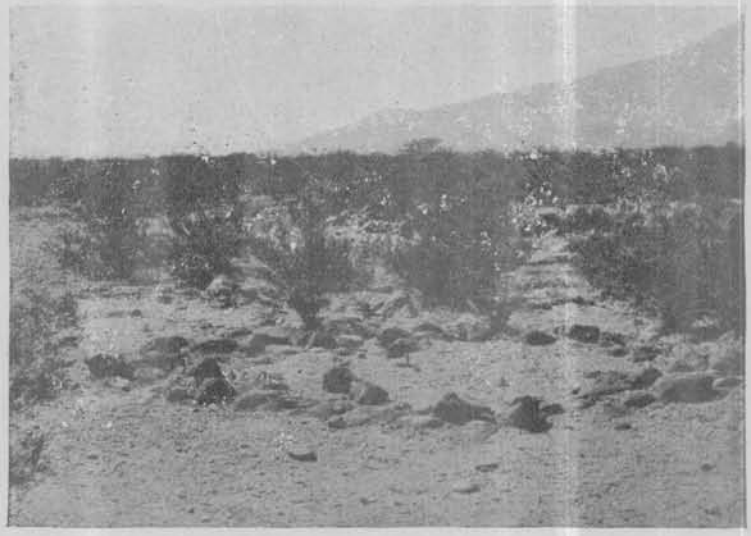


Fig. 155. — Círculos de piedras próximas á los cuadros

pircas, pero no hemos notado nada de particular que pudiese proporcionarnos alguna idea del fin á que se destinaron.

Todas las construcciones han sido levantadas con cantos rodados del río, de regular tamaño; las pircas más altas apenas miden un metro; por lo general, no alcanzan á medio metro ó sólo constan de unas pocas piedras superpuestas.

Junto á las series de cercos mencionadas, se encuentran también otros pircados aislados, de forma cuadrangular, y uno que otro círculo de piedras, puestas solamente á flor de tierra, como muestra la figura 155. Estos círculos son idénticos á otros ya mencionados de las poblaciones indígenas del valle de Santa María.

Pajanco y Tuscamayo. — Dichos lugares están situados al sur de Siján;

Pajanco á distancia de unos seis kilómetros, á mano izquierda del camino; y del otro lado, como dos kilómetros más al sudoeste se encuentra Tuscamayo. Es muy posible que las construcciones cerca de Pomán tuviesen también alguna relación con los tres restos de poblaciones referidas, y que esas puedan haberse extendido hasta los terrenos altos de Mutquín, de donde conseguimos unos pocos objetos que se citarán más adelante.

Entre las ruínas de Pajanco volvimos á encontrar esas conocidas series paralelas de piedras alineadas, semienterradas, que forman á veces pequeños rectángulos (lám. XXXIII, fig. 2). Las demás construcciones



Fig. 156. — Construcciones cuadrangulares en Pajanco

constan de simples cercados de pirca baja, en forma cuadrangular y más ó menos de unos tres por cuatro metros, término medio (fig. 156); la mayor parte de ellas se encuentran dispersadas con irregularidad; algunas están también agrupadas de dos á tres juntas, pero no hemos logrado descubrir otros detalles dignos de mención.

El mismo señor Estratón Gómez, propietario del campo, donde se encuentran las ruínas de Tuscamayo nos sirvió de baqueano, y tanto más se lo agradecemos, porque sin esa ayuda no hubiésemos acertado á dar con los vestigios de esas viejas construcciones. Ocupan éstas como un kilómetro por costado, es decir, más ó menos en extensión como las de La Ciudarcita de Saujil, á las cuales se parecen mucho, por la disposición de sus pircados, pero no así por su aspecto general.

Fuera de ciertas excepciones, las pircas son aquí muy bajas, semien-

terradas y así con pared sólo visible en el interior; se levantan perfectamente á plomo y construídas con suma prolijidad, como veremos por el detalle figura 157. Entre las piedras angulares, se advierten otras, también de cantos rodados, pero al parecer descantilladas con intención, para formar así una pared perfectamente pareja; con el mismo cuidado se han rellenado los vacíos con ripio y piedra menuda. La fotografía, lámina XXXIII, figura 1, representa una parte de estos cercados, que corren de norte á sur á distancias desiguales, separados unos de otros, por espacios que varian desde algunos, hasta veinte y más metros.

Del lado del norte de las mencionadas construcciones están los vestigios de una gran depresión ó estanque artificial para retener las aguas,

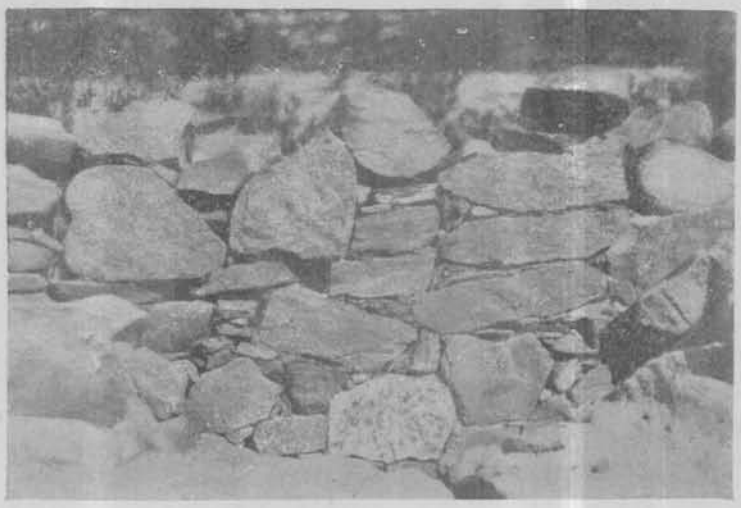


Fig. 157. — Detalle de pirca baja del lado interior; se advierte los cantos partidos intencionalmente

con sus bordes en partes levantados hasta dos metros. Parece que esta represa recibió sus aguas por un pequeño canal en comunicación con uno de los riachos que en otro tiempo bajaron desde la sierra del naciente y que en la actualidad ya no existen.

Más al sudoeste del estanque encontramos varios grupos de construcciones cuadrangulares, que por su aspecto, altura de las paredes y otros detalles, podríamos considerar como viviendas propiamente dichas. En esta parte, una muralla corre de naciente á poniente, y limita la población por el lado norte; dada su escasa altura y construcción bastante débil, no nos animamos á tomar esta muralla como obra de defensa.

Por último, tenemos que citar también unos círculos de piedra, que vimos al sudoeste de las supuestas habitaciones. Estos miden de uno á dos metros de diámetro; constan algunos de doble hilera de piedras,

puestas como de costumbre á flor de tierra (fig. 158). Según información de Gómez, quien dice haber extraído de ellos diversos objetos, es muy probable que se trata en el presente caso de verdaderos sepulcros. Llama la atención que el suelo se halla en estos sitios materialmente cubierto con fragmentos de alfarería.

Por estas breves observaciones sobre aquel conjunto y la condición del terreno, probablemente mejor irrigado en otro tiempo, podemos considerar á Tuscamayo como que fuera centro agrícola de cierta importancia. Nos remitimos así á la opinión del doctor Lafone Quevedo, también en cuanto á los demás lugares; atribuímos, pues, la mayor parte

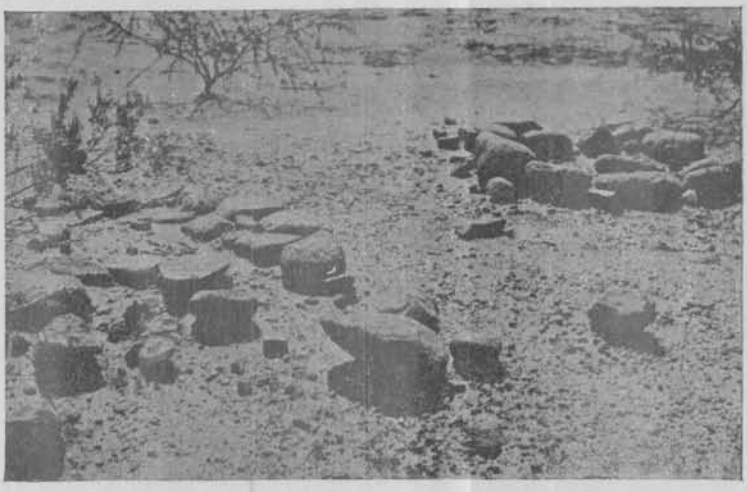


Fig. 158. — Pequeñas construcciones circulares, probablemente sepulcros en Tuscamayo

de estas construcciones á obras destinadas para cultivos, ó sean los llamados *andenes,* citados en capítulos anteriores, mientras que estudios más detenidos no nos prueben otra cosa.

§ II

MATERIAL ARQUEOLÓGICO

Las interesantes publicaciones del doctor Lafone Quevedo, incluyen también varios ejemplos de alfarerería de los lugares recién tratados, que demuestran la dispersión de objetos pertenecientes á un tipo bien caracterizado, como de la región andalgalense propiamente dicha. Naturalmente, hallamos aquí, como en todas partes, ciertos objetos espe-

ciales, acaso importados, y que fueron introducidos con anterioridad de algún otro punto [1].

Ídolo. — El único objeto, hallado casualmente entre un montículo de rodados, cerca de los cuadros de Saujil, es un pequeño ídolo, ó sea una de esas figuras humanas, tan comunes en toda la región (N° 229, Col. M. L. P.).

Tiene la cabeza más grande que el resto del cuerpo, de forma rectangular, chata y solamente convexa en la parte facial. Los ojos son dos sencillas impresiones oblicuas; otra impresion horizontal forma la boca, y las narices son dos pequeños agujeros. Los brazos son muy cortos; los pies algo más largos, se dirigen hacia adelante. Á cada lado del pecho hay tres rayitas horizontales grabadas. En la región auricular ó ángulos infralaterales de la cabeza existen las perforaciones de costumbre, que sirvieron para suspender al ídolo.

Fragmento de cántaro. — Por referencias de que el comisario en Mutquín había encontrado, poco antes, un hacha de bronce, nos costeamos desde



Fig. 159. — Fragmento de vaso ó cántaro del tipo draconiano. N° 235, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Siján hasta dicha población. En efecto, era cierto, y este señor cedió el curioso objeto, junto con un fragmento de cántaro y algunas prendas de plata; estas últimas, por considerarlas de origen postcolombino y ser de procedencia dudosa, las excluiremos de la descripción.

[1] Nos referimos aquí, por ejemplo, al hacha ó cetro de cobre, que describimos á continuación; recordamos asimismo, el interesante pito de Tuscamayo, publicado por Lafone Quevedo (*Viaje arqueológico*, etc., 1906, página 109, lámina VIII).

El fragmento, figura 159, corresponde á uno de estos cántaros del tipo draconiano. Como casi todos los de esta clase, tenía forma subesférica, cuello corto y labio estrecho, dirigido hacia afuera. Las paredes son delgadas, bien alisadas; de pasta fina, y de su calidad y la cocción perfecta resultó el color bayo claro del vaso. Los dibujos son negros, completados en partes con rojo pardusco.

El cuello se adorna con líneas verticales y con triángulos alternados, rojos los de arriba y negros los de abajo.

Entre los trazos que ostenta el fragmento, se advierten los detalles característicos de las figuras convencionales de dragón, como los óvalos rojos y negros en el interior de su cuerpo y cola, y ciertos triángulos prolongados en espiral. Es también probable, que unos círculos concéntricos con ganchos, significan una representación convencional de manos ó pies, muy común en varias de estas figuras [1].



Fig. 160. — Hacha de bronce hallada en Mutquín N° 249. Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Hacha ó cetro de bronce. — Como el objeto precedente, el hacha ó cetro fué también encontrado en los alrededores de Mutquín; es una pieza de mérito. Consta de una lámina delgada, de dos milímetros en su mayor espesor, y con la ornamentación en relieve. La hoja ó parte anterior del hacha es completamente lisa, con el filo adelgazado y bien arqueado. El borde opuesto es más grueso, casi recto, y tiene las puntas fuertemente encorvadas.

Como se ve en nuestra fotografía, figura 160, del borde posterior se destacan en relieve las dos caras humanas, con los detalles característicos en muchísimos otros objetos de bronce conocidos, con procedencia de la región Calchaquí [2]. Entre las caras y el mango, hay tres pequeños rectángulos dispuestos en línea.

[1] Véase Lafone Quevedo, *Tipos de alfarería*, etc., 1905, figuras 39 y 46.

[2] Consúltese al respecto la monografía del doctor Ambrosetti, *El bronce en la región Calchaquí*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, serie 3ª, tomo IV, 1905, página 163 y siguientes.

El mango ostenta también dos caras: una bien pronunciada, en la misma punta, y otra, casi borrada, que viene á quedar entre las dos hojas. Esta cara está limitada por un rectángulo perfecto, de cuyos ángulos infralaterales se desprenden ganchos ó espirales.

El mango presenta tres figuras en forma de triángulos, erizados en sus hipotenusas y con espirales que nacen de los vértices. El mismo debió



Fig. 161. — Fragmentos de alfarería grabada y estriada de Tuscamayo (tam. nat.l)

haber sido más largo, porque está fracturado en su extremo; próxima á la quebradura, se nota en cada lado una pequeña incisión.

Por último, haremos constar, que el mismo ornamento se repite con toda exactitud en el reverso del hacha. Su peso total es de 330 gramos; medido entre las dos hojas tiene 20 centímetros de largo, y el mango 24 centímetros.

Fragmentos de alfarería. — Los muchos fragmentos desparramados sobre el suelo en Tuscamayo, pertenecen principalmente á dos clases de alfarería: unos, á vasos ordinarios, sin pintura, pero grabados ó estríados; otros, á un tipo superior, de grandes vasos ó cántaros decorados.

Por ciertos detalles de pintura, como los conocidos óvalos, á veces negros, rojos ó reticulados en su interior, podemos saber que allí abundaron los famosos cántaros del tipo draconiano ó de otro muy semejante, como ya lo hizo constar el doctor Lafone Quevedo [1].

El color predominante de estos vasos es amarillo impuro, bayo pardusco; el de los dibujos, negro, con rojo en algunas figuras. Hay también alfarería roja, pero no hemos encontrado nada que hiciera sospechar la presencia de los conocidos pucos rojos con decoración serpentiforme, ó de esas grandes urnas ó tinajas, tan comunes en los pueblos antiguos del valle de Santa María.

Los fragmentos (fig. 161) son de alfarería gris, más ó menos bayo ó rojizo, según la pasta y su cocción. Pertenecían á recipientes de paredes delgadas, provistas casi siempre de un reborde ó especie de labio; por lo general, toda la superficie externa estaba groseramente estriada con líneas paralelas y onduladas.

[1] *Ruinas de Tajanco*, etc., página 263, 1902.



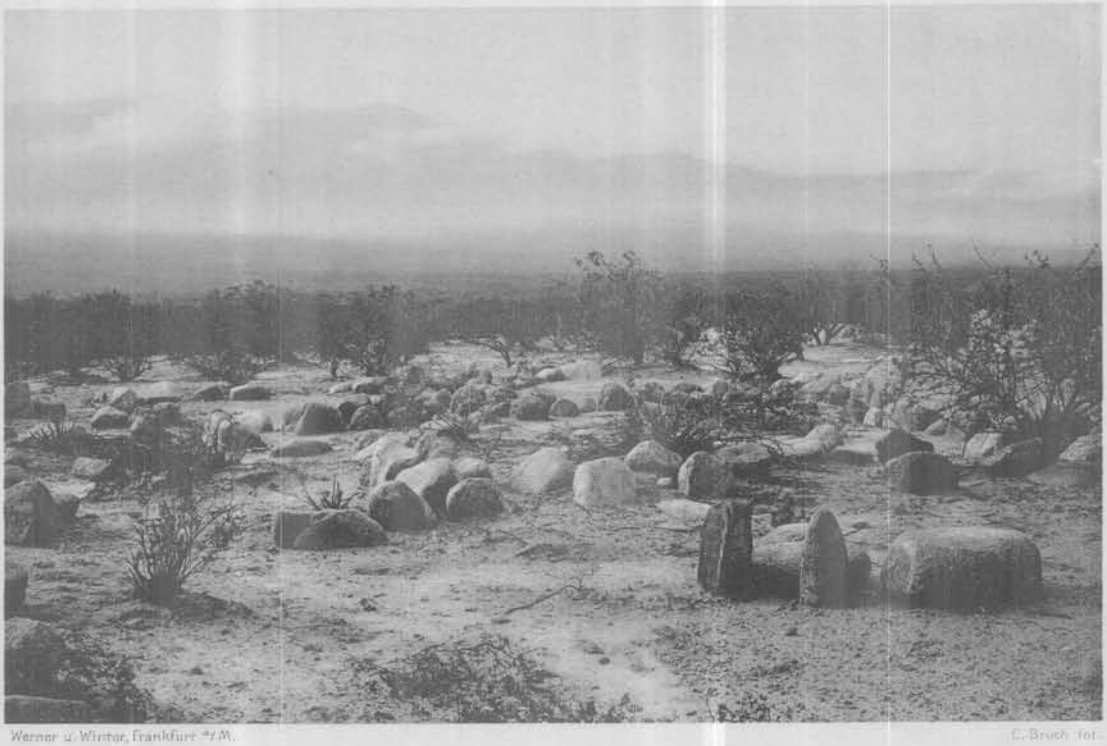
C. Bruch fot.

Werner u. Winter, Frankfurt a. M.

»La Ciudacita« en los alrededores de Saujil (Provincia de Catamarca)

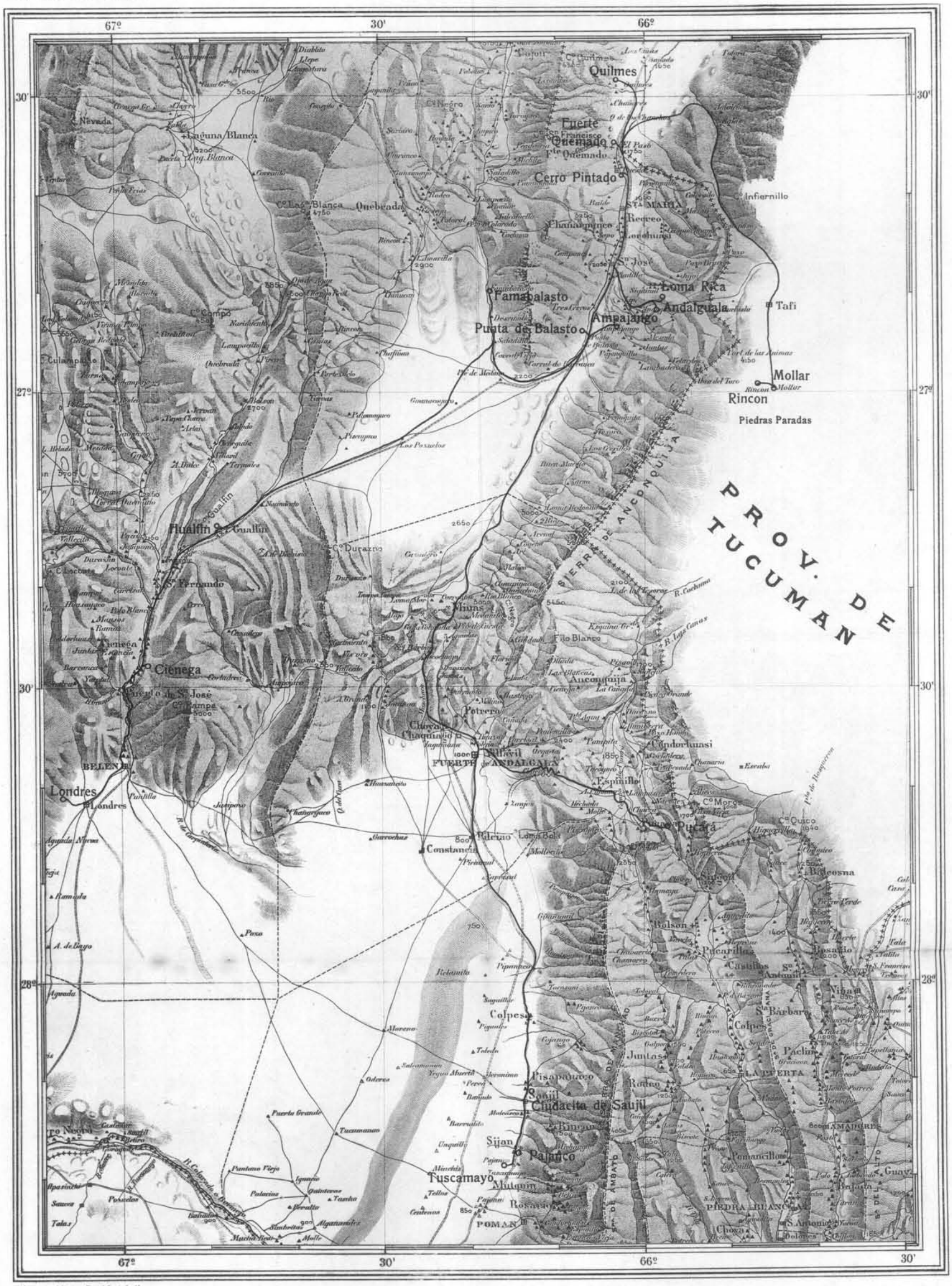


Fig. 1 **Vestigios de construcciones en Tuscamayo** (Prov. de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch fot.

Fig. 2 **Vestigios de construcciones en Pajanco** (Prov. de Catamarca)


67º
30'
66º
Quilmes
Fuerte Quemado
Cerro Pintado
Infiernillo
Recreo
Loma Rica
Andalgualá
Tafi
Ampajango
Punta de Balasto
Famabalasto
Mollar
Rincon
Piedras Paradas
PROV. DE TUCUMAN
SIERRA DE ANCONQUIJA
Ancanquija
Laguna Blanca
Nevada
Cº Las Blancas
Quebrada
Cº Campo
Cº Durazno
Hualfin
S. Fernando
Cienega
Cº Lacosta
Cº Rampa
Londres
BELEN
Villavil
FUERTE de ANDALGALA
Potrero
Chuya
Chaquivil
Condorhuasi
Espinillo
Cº Morro
Cº Quico
Pucará
Bideosna
Rolson
Pucarillas
Casillas
Sta Barbara
Colpes
Juntas
Paclin
LA PUERTA
Rodeo
Saujil
Ciudacita de Saujil
Pisapaluco
Bingan
Sijan
Pajanco
Tuscamayo
Mutquin
Rosario
POMAN
Pomancillos
AMADORES
PIEDRA BLANCA
S. Antonio
Choya
Guayamba
Cº Negro
Cº Durazno
Cº Lacosta
Cº Campo
Cº Las Blancas
Cº Negro
Cº Quico
Cº Morro
Cº Durazno
Cº Negro

CONCLUSIONES

Terminado este estudio, que por su índole representa ya un compendio de mis observaciones, agregaré aún estas breves conclusiones, deducidas de los principales hechos, tratados en los capítulos respectivos.

Ante todo, debo de advertir, que la agrupación de los capítulos tiene solamente un valor relativo, por coincidir con los límites políticos actuales, pues, se trata más ó menos de una misma comarca arqueológicamente considerada.

Puede considerarse á la antigua población de Tafí, como importante centro agrícola. Entre sus construcciones, destinadas á los cultivos, no hay nada parecido á viviendas ó habitaciones; tal vez á ese objeto usábase maderamen y ramaje, que ya no subsiste.

Son característicos de esta localidad los curiosos monolitos ó menhires, si bien algunos hay también en las viejas poblaciones del valle de Yocavil ó Santa María. Posiblemente estuvieron en relación con esas obras agrícolas, odedeciendo tal vez, á ciertos ritos ó ceremonias, para nosotros desconocidas.

Con el reducido número de alfarerías de Tafí, no sería prudente establecer tipos determinados de industria local; es posible, que muchos de estos objetos fueron introducidos de los grandes centros vecinos, cuya influencia, aun en caso contrario, queda siempre evidenciada.

Todas las viejas poblaciones, ubicadas en el valle de Santa María, pertenecían sin duda, á una misma región, perfectamente definida, por su carácter étnico, sus construcciones, y sobre todo, por los tipos de su alfarería. Hállanse comprendidos en esa región, entre nosotros conocida como « Calchaquí », los viejos centros de Quilmes, Fuerte Quemado, Cerro Pintado, Loma Rica, Ampajango y Andaguala; también comprende á Punta de Balasto y tal vez á Famabalasto, y otros pueblos trás de la sierra de Quilmes.

En cuanto á las construcciones de estos pueblos, se observa bastante parecido entre ellas, distinguiéndose casi siempre tres tipos: unas, las viviendas ó verdaderas habitaciones; otras, destinadas á la defensa, y las terceras á los cultivos agrícolas. Las primeras se encuentran tanto en terreno llano, como sobre los mismos cerros, estando, generalmente en esta parte, en combinación con las construcciones, que sirvieron de defensa. Estas constan á veces de simples parapetos ó murallas, más ó menos continuas, con sus correspondientes reductos ó torres, como en Quilmes y en Fuerte Quemado, pero sobre todo, en Punta de Balasto, donde constituyen una verdadera fortaleza de mucha importancia estratégica. Los trabajos agrícolas comprenden tambien á los llamados *andenes*, substituídos en Famabalasto por curiosas terrazas sobre las faldas del cerro; pudiera ser que ciertos círculos de piedras semienterradas, conocidos de otros lugares, hayan servido también para ese fin.

Por lo general, hay cierta relación entre antiguas construcciones y demás restos arqueológicos de esta región; sin embargo, no parece que exista sincronismo entre los petroglifos de Ampajango y Andaguala, y sus ruínas y alfarería. Quizá estos petroglifos correspondan á una civilización muy distinta, y á una época más reciente; su significado es por ahora un enigma.

En cuanto al material de alfarería, nada hay más característico para esta región, que los pucos decorados juntamente con las grandes urnas ó tinajas antropomorfas, tan abundantes en todo el valle de Santa María. Naturalmente se agregan á estas una serie de objetos no menos interesantes; en cambio, otros, pueden corresponder muy bien á una industria local, quizá de épocas ó tribus diferentes, como es posible en los hallazgos que proceden del enterratorio de Molino del Puesto. Por último, hay también objetos probablemente introducidos de otras regiones ó países.

La antigua población de Hualfín ofrece cierto aspecto local; lo debe por una parte, al ambiente ó medio físico de la región, y á sus propias construcciones, algo distintas de las que hemos visto en los pueblos arriba mencionados; por otra, á la forma de los sepulcros, á las grandes bóvedas sobre todo, y á los tipos de alfarería bastante característicos de esta localidad.

Los pocos objetos y datos, obtenidos de La Ciénaga, Andalgalá, Ciudarcita y lugares circunvecinos, confirman, en sus rasgos más típicos, el carácter de otra gran región étnica á que pertenecían dichos pueblos. Su alfarería, del llamado *tipo de Andalgalá*, comprende vasos negros, grabados, y policromos con figuras draconianas, que no se encuentran

en el valle de Yocavil, y viceversa lo mismo sucede con las grandes tinajas antropomorfas.

Por los restos de construcciones se deduce que constituían estos pueblos otros tantos centros agrícolas, favorecidos por su posición geográfica y por mejores condiciones climatéricas que las de hoy día; causas, por las cuales, más tarde surgieron los pueblos actuales, que pueden haber modificado ó borrado la primitiva edificación. Me refiero aquí á los curiosos pircados de La Ciudarcita, cuya disposición simétrica no es la más usual en las construcciones indígenas.

En cuanto al antiguo Londres de Quinmivil y al Fuerte de Pucará, se podría considerarles, al menos en parte, como poblaciones de origen postcolombiano, tanto más si se tiene en cuenta ciertos antecedentes relacionados con la fundación de varios pueblos coloniales en aquellas localidades. Se advierte ya en Londres un carácter distinto de las construcciones, pero no tan especial, como en el Pucará de Aconquija, donde forman ellas un gran fuerte, de alto mérito estratégico.

Para dilucidar el origen de este Pucará, creo necesarias investigaciones más detenidas, principalmente en lo que se refiere á la alfarería; investigaciones que deberían llevarse á cabo cuanto antes, si no se quiere ver borradas las ruínas de ese pueblo por el efecto destructor de los años y de los actuales habitantes.

AUTORES CONSULTADOS

Ambrosetti, Juan B., *Descripción de algunas alfarerías calchaquíes depositadas en el Museo provincial de Entre Ríos. Revista del Museo de La Plata*, t. III, p. 65, etc. La Plata, 1892.

— *Las grutas pintadas y los petroglifos de la provincia de Salta. Boletín del Instituto geográfico argentino*, t. XVI, p. 311, etc. Buenos Aires, 1895.

— *Los monumentos megalíticos del valle de Tafí (Tucumán). Boletín del Instituto geográfico argentino*, t. XVIII, p. 105, etc. Buenos Aires, 1897.

— *La antigua ciudad de Quilmes (valle Calchaquí). Boletín del Instituto geográfico argentino*, t. XVIII, p. 33, etc. Buenos Aires, 1897.

— *Arqueología argentina. Los pucos pintados de rojo sobre blanco del valle de Yocavil. Anales del Museo nacional de Buenos Aires*, t. IX, serie 3ª, t. II, p. 357, etc. Buenos Aires, 1903.

— *El bronce en la región Calchaquí. Anales del Museo nacional de Buenos Aires*, t. XI, serie 3ª, t. IV, p. 163, etc. Buenos Aires, 1905.

— *Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande (provincia de Salta). Revista de la Universidad de Buenos Aires*, t. V. Buenos Aires, 1906.

— *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya (valle Calchaquí, provincia de Salta). Revista de la Universidad de Buenos Aires*, t. VIII. Buenos Aires, 1907.

Ameghino, Florentino, *La antigüedad del hombre en el Plata*. París y Buenos Aires, 1880-1881.

Boman, Eric, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*. París, 1908.

Bruch, Carlos, *La piedra pintada del arroyo Vaca Mala y las esculturas de la cueva de Junín de los Andes. Revista del Museo de La Plata*, t. X, p. 173, etc. La Plata, 1902.

— *Descripción de algunos sepulcros calchaquíes (resultado de las excavaciones efectuadas en Hualfín). Revista del Museo de La Plata*, t. XI, p. 11, etc. La Plata, 1902.

— *La piedra pintada del Manzanito (territorio del Río Negro). Revista del Museo de La Plata*, t. XI, p. 71, etc. La Plata, 1904.

Debenedetti, Salvador, *Exploración arqueológica en los cementerios prehistóricos de la isla de Tilcara. Revista de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1910.

Furque, Hilarión, *Las ruinas de Londres de Quinmivil (Catamarca). Anales de la Sociedad científica argentina*, t. L, p. 166, etc. Buenos Aires, 1900.

Lafone Quevedo, Samuel A., *Londres y Catamarca*. Buenos Aires, 1888.

LAFONE QUEVEDO, SAMUEL A., *Las ruínas de Pajanco y Tuscamayo entre Siján y Pomán (provincia de Catamarca). Revista del Museo de La Plata*, t. X, p. 257, etc. La Plata, 1902.

— *Viaje á los menhires é intihuatana de Tafí y Santa María, en octubre de 1898. Revista del Museo de La Plata*, t. XI, p. 123, etc. La Plata, 1904.

— *Viaje arqueológico en la región de Andalgalá en 1902-1903. Revista del Museo de La Plata*, t. XII, p. 73, etc. La Plata, 1906.

— *Tipos de alfarería en la región Diaguito-Calchaquí. Revista del Museo de La Plata*, t. XV, 2ª serie, t. II, p. 295, etc. Buenos Aires, 1908.

LANGE, GUNARDO, *Las ruínas de la fortaleza de Pucará. Anales del Museo de La Plata*, sección de arqueología, III. La Plata, 1892.

LIBERANI, J., y HERNÁNDEZ, R., *Exploración en Loma Rica en 1877*. Album de fotografías tomadas de dibujos. Tucumán, 1877.

MORENO, FRANCISCO P., *Exploración arqueológica de la provincia de Catamarca. Revista del Museo de La Plata*, t. I, p. 199, etc. La Plata, 1890-1891.

OUTES, FÉLIX F., *Alfarería del noroeste argentino. Anales del Museo de La Plata*, t. I, 2ª serie. Buenos Aires, 1909.

— *Los tiempos prehistóricos y protohistóricos en la provincia de Córdoba. Revista del Museo de La Plata*, t. XII, 2ª serie, t. IV, p. 261, etc. Buenos Aires, 1910-1911.

OUTES, FÉLIX F. y BRUCH, CARLOS, *Las viejas razas argentinas*. Cuadros murales con texto explicativo. Buenos Aires, 1910. Ángel Estrada y Cª, editores.

— *Los aborígenes de la República Argentina*. Manual adaptado á los programas de las escuelas primarias, colegios nacionales y escuelas normales. Buenos Aires, 1910. Ángel Estrada y Cª, editores.

QUIROGA, ADÁN, *Ruínas calchaquíes. Fuerte Quemado. Anales de la Sociedad científica argentina*, t. LII, p. 235, etc. Buenos Aires, 1901.

STELZNER, ALFRED, *Beiträge zur Geologie und Palaeontologie der argentinischen Republik*. Cassel und Berlin, 1885.

TEN KATE, HERMAN F. C., *Rapport sommaire sur une excursion archéologique dans les provinces de Catamarca, de Tucumán et de Salta. Revista del Museo de La Plata*, t. V, p. 331, etc. La Plata, 1893.

— *Anthropologie des anciens habitants de la région Calchaqui (Rép. Argentine). Anales del Museo de La Plata* (sección antropológica), I. La Plata, 1896.

ÍNDICE DE LÁMINAS

Lámina I. — Quebrada de Monteros (provincia de Tucumán) 1
Lámina II. — Fig. 1. Piedras dispuestas en líneas en el campo del Mollar (Tafí, provincia de Tucumán); Fig. 2. Piedras dispuestas en círculos en el campo del Mollar (Tafí) 18
Lámina III. — Fig. 1. Piedras paradas aisladas en el campo del Mollar (Tafí, provincia de Tucumán); Fig. 2. Una de las piedras paradas esculpidas del campo del Mollar (Tafí) en su posición actual (piedra A del plano respectivo). 18
Lámina IV. — Las piedras paradas del campo del Mollar (Tafí, provincia de Tucumán). — Fig. 1. Piedra B del plano respectivo; Fig. 2. Piedra Z del plano respectivo; Fig. 3. Piedra W del plano respectivo; Fig. 4. Piedra 1 del plano respectivo 18
Lámina V. — Vista parcial de Quilmes (provincia de Tucumán) 40
Lámina VI. — Fig. 1. Ruínas en la falda sur del cerro de Quilmes (provincia de Tucumán); Fig. 2. Aspecto del pueblo antiguo de Quilmes en su parte baja 40
Lámina VII. — Paredones de los caseríos al pie del cerro de Quilmes (provincia de Tucumán) 40
Lámina VIII. — Vista del valle de Santa María y de la actual población del Fuerte Quemado (provincia de Catamarca) 100
Lámina IX. — Fig. 1. Cumbre del cerro del Fuerte Quemado, vista hacia el nordeste; Fig. 2. Construcciones antiguas en la cumbre del cerro del Fuerte Quemado (provincia de Catamarca) 100
Lámina X. — Sepulturas al pie del cerro del Fuerte Quemado (provincia de Catamarca) 100
Lámina XI. — Fig. 1. Vista del cerro Pintado de las Mojarras (provincia de Catamarca); Fig. 2. Caserío en la cumbre del cerro Pintado de las Mojarras. 112
Lámina XII. — Construcciones antiguas en la parte este de la cumbre del cerro Pintado de las Mojarras (provincia de Catamarca) 112
Lámina XIII. — Fig. 1. Vista general de la Loma Rica (provincia de Catamarca); Fig. 2. Ampajango desde el valle de Santa María (provincia de Catamarca) 122
Lámina XIV. — Petroglifos (provincia de Catamarca). Fig. 1. Piedra sobre la cuesta del Vallecito; Fig. 2. Piedra en las proximidades de Ampajango; Fig. 3. Piedra en las proximidades de Andaguala; Fig. 4. Lado opuesto de la piedra de la figura 3; Fig. 5. Piedra al sur de Andaguala 122

Lámina XV. — Petroglifos (provincia de Catamarca) 122
Lámina XVI. — Vista del valle de Santa María en las proximidades de Punta de Balasto (provincia de Catamarca)..... 134
Lámina XVII. — Construcciones paralelas en la parte sudoeste del cerro de Punta de Balasto (provincia de Catamarca)..... 134
Lámina XVIII. — Construcciones en la parte oeste de la cumbre del cerro de Punta de Balasto (provincia de Catamarca) 134
Lámina XIX. — Fig. 1. Vestigios de construcciones en el valle al sur del cerro de Punta de Balasto; Fig. 2. Aspecto general de la región ocupada por el pueblo antiguo del mismo valle..... 134
Lámina XX. — Vista general del cerro de Famabalasto (provincia de Catamarca)..... 142
Lámina XXI. — Fig. 1. Construcciones en las laderas del cerro de Famabalasto (provincia de Catamarca); Fig. 2. Construcciones en las laderas del cerro de Famabalasto..... 142
Lámina XXII. — Vista parcial de las construcciones existentes sobre las terrazas fluviales al nordeste de Hualfín (provincia de Catamarca)..... 154
Lámina XXIII. — Restos de caseríos en una de las terrazas al nordeste de Hualfín (provincia de Catamarca)..... 154
Lámina XXIV. — Fig. 1. Sepultura intacta en las proximidades de Hualfín (provincia de Catamarca); Fig. 2. Sepultura abierta lateralmente (Hualfín). 154
Lámina XXV. — Construcción rectangular en las cercanías de La Ciénaga (provincia de Catamarca)..... 162
Lámina XXVI. — Aspecto de la región ocupada por el pueblo antiguo de Londres (provincia de Catamarca)..... 168
Lámina XXVII. — Fig. 1. Aspecto del caserío del antiguo pueblo de Londres (provincia de Catamarca); Fig. 2. Aspecto del caserío del antiguo pueblo de Londres (provincia de Catamarca)..... 168
Lámina XXVIII. — Alrededores de Huasán (provincia de Catamarca)..... 174
Lámina XXIX. — Ruinas en los cerros del Pucará (provincia de Catamarca. Fig. 1. Casa cercada en la parte norte del Pucará; Fig. 2. Parte sur de los caseríos, vista hacia el este 186
Lámina XXX. — Grupo de casas en el interior del recinto fortificado del Pucará (provincia de Catamarca)..... 186
Lámina XXXI. — Construcciones antiguas en el Pucará (provincia de Catamarca). — Fig. 1. Pasaje á través de una muralla; Fig. 2. Entrada protegida por murallas laterales provistas de troneras; Fig. 3. Muralla provista de troneras, vista de afuera; Fig. 4. Casa en el interior del recinto fortificado.. 186
Lámina XXXII. — La Ciudarcita en los alrededores de Saujil (provincia de Catamarca)..... 196
Lámina XXXIII. — Fig. 1. Vestigios de construcciones en Tuscamayo (provincia de Catamarca); Fig. 2. Vestigios de construcciones en Pajanco (provincia de Catamarca)..... 196
Lámina XXXIV. — Mapa parcial de la provincia de Catamarca, comprendiendo la región explorada..... 196

ÍNDICE DE MATERIAS

Introducción III

PRIMERA PARTE

ARQUEOLOGÍA DE LA PROVINCIA DE TUCUMÁN

CAPÍTULO I

TAFÍ

§ I. Situación y aspecto general 1
§ II. Construcciones antiguas 2
§ III. Menhires del valle de Tafí 4
Las piedras del Mollar 4
Gran menhir esculpido 5
Grupo de piedras al este del río 7
Grupo de piedras al oeste del río 8
La piedra esculpida del Rincón 10
El menhir esculpido del río Blanco 11
Algunos datos sobre otros menhires 12
§ IV. Material arqueológico 13
Objeto de piedra perforado 13
Hacha de piedra 14
Mortero de piedra 15
Vaso de figura zoomorfa 15
Escudilla ó « puco » decorado 16
Vaso ó « yuro » 17
Urna con ornamentación antropomorfa 17

CAPÍTULO II

QUILMES

§ I. Situación y aspecto general 19
§ II. Construcciones antiguas 21
El pueblo bajo 21

La fortaleza 23
Represa para el embalse de aguas 24
Morteros 25
Petroglifo 27
§ III. Material arqueológico 28
Escudillas ó pucos 29
Tazas 30
Vaso zoomorfo 31
Jarros 32
Vasos ornitomorfos 32
Pequeña urna de tipo excepcional 34
Urnas ó tinajas con ornamentación antropomorfa 35

SEGUNDA PARTE

ARQUEOLOGÍA DE LA PROVINCIA DE CATAMARCA

CAPÍTULO I

FUERTE QUEMADO

§ I. Situación y aspecto general 41
§ II. Construcciones antiguas 42
Ruínas en el llano del valle 42
— en la región montañosa 45
Construcciones sobre el cerro 46
§ III. Cementerios y sepulcros 49
§ IV. Material arqueológico 52
Escudillas ó « pucos » 52
Pucos negros 52
(Pequeño vaso de triple cintura) 54
Pucos rojos sin decoración 55
Pucos decorados 55
Pucos con decoración serpentiforme 60
Primera división 61
Segunda división 62
Puco con decoración ornitomorfa 66
Pucos de fondo claro con dibujos negros 67
Pucos de fondo blanco con dibujos rojos 73
Escudilla ó plato con asa 74
Puco cestiforme 76
Vasos antropo y zoomorfos 76
Vasos de tipos diversos sin decoración 77
Vasos irregulares 80
Ollitas con pies 82
Ollas pequeñas de fondo rojo 82
Vasos ó yuros 83
Ollas y urnas decoradas 86

Urnas ú ollas toscas 87
Urnas diversas 88
Fragmento de urna 91
Urnas ó tinajas diversas 92
Urnas ó tinajas con ornamentación antropomorfa 93
Objetos diversos 97

CAPÍTULO II

CERRO PINTADO DE LAS MOJARRAS

§ I. Situación y aspecto general 101
§ II. Construcciones antiguas 102
Construcciones en la cima del cerro 103
§ III. Cementerios 105
§ IV. Material arqueológico 106
Pucos de fondo rojo 107
Escudillas de fondo amarillento claro 109
Ollas 110
Urna funeraria 111

CAPÍTULO III

LOMA RICA, ANDAGUALA Y AMPAJANGO

§ I. Situación y aspecto general 113
§ II. Construcciones antiguas 114
Loma Rica 114
§ III. Petroglifos 116

CAPÍTULO IV

PUNTA DE BALASTO

§ I. Situación y aspecto general 123
§ II. Construcciones antiguas 124
Construcciones en el llano del valle 124
La fortaleza 127

CAPÍTULO V

FAMABALASTO

§ I. Situación y aspecto general 135
§ II. Construcciones antiguas 138
Las ruínas de Famabalasto 138

§ III. Material arqueológico..... 140
Morteros..... 140
Fragmento de urna antropomorfa..... 142

CAPÍTULO VI

HUALFÍN

§ I. Situación y aspecto general..... 143
§ II. Construcciones antiguas..... 144
§ III. Sepulcros..... 148
§ IV. Material arqueológico..... 151
Puco tosco decorado..... 151
Urnas rojas con ornamentación negra..... 152

CAPÍTULO VII

LA CIÉNAGA

§ I. Situación y aspecto general..... 156
§ II. Construcciones antiguas..... 157
§ III. Sepulcros y material arqueológico..... 159
Hacha de piedra..... 160
Vasos de alfarería gris grabada..... 160
Pequeña olla roja con dibujos..... 163

CAPÍTULO VIII

LONDRES DE QUINMIVIL

§ I. Situación y aspecto general..... 164
§ II. Construcciones antiguas..... 165
(Fragmento de urna ó cántaro encontrado entre las ruínas de Londres). 168

CAPÍTULO IX

ANDALGALÁ

Material arqueológico..... 170
(Puco de color bayo con decoración negra y roja)..... 171
(Vaso gris con ornamentación en relieve y grabada)..... 171
(Pequeño vaso gris grabado)..... 172
(Fragmento de cántaro con ornamentación draconiana)..... 173
(Fragmento de un vaso antropomorfo modelado y grabado)..... 173
(Cabeza zoomorfa)..... 173

CAPÍTULO X

PUCARÁ DEL ACONQUIJA

§ I. Situación y aspecto general 175
§ II. Construcciones antiguas 179
Murallas de defensa 179
Edificios para viviendas 181
— construcciones del grupo A 181
— — del grupo B 183
— — del grupo C 184
(Objetos de alfarería) 186

CAPÍTULO XI

LA « CIUDARCITA », PAJANCO Y TUSCAMAYO

§ I. Breves apuntes sobre estos lugares 188
La « Ciudarcita » 188
Pajanco y Tuscamayo 189
§ II. Material arqueológico 192
Ídolo 193
Fragmento de cántaro 193
Hacha ó cetro de bronce 194
Fragmentos de alfarería 196

Conclusiones 197
Autores consultados 201
Índice de láminas 203
— de materias 205

PUBLICACIONES DEL MUSEO DE LA PLATA

PRIMERA SERIE

Las diversas publicaciones correspondientes á la primera serie, se hallan de venta en el Museo á los precios siguientes:

ANALES

SECCIÓN ZOOLÓGICA

	Pesos
Primera parte	2.00
Segunda parte	6.00
Tercera parte	4.00

SECCIÓN DE HISTORIA GENERAL

Primera parte	6.00

SECCIÓN DE ARQUEOLOGÍA

Primera parte	2.00
Segunda y tercera parte	3.00

SECCIÓN GEOLÓGICA Y MINERALÓGICA

Primera parte	5.00
Segunda parte	20.00
Tercera parte	15.00

SECCIÓN DE HISTORIA AMERICANA

	Pesos
Primera parte	3.00
Segunda parte	6.00
Tercera parte	60.00

SECCIÓN DE PALEONTOLOGÍA

Primera parte	15.00
Segunda parte	agotada
Tercera parte	agotada
Cuarta parte	6.00
Quinta parte	8.00

SECCIÓN DE ANTROPOLOGÍA

Primera parte	10.00
Segunda parte	6.00

SECCIÓN BOTÁNICA

Primera parte	10.00

REVISTA

(PRECIO DE CADA TOMO)

Tomos I á V	12.50	Tomos VIII y IX	30.00
Tomo VI	15.00	Tomos X á XII	12.50
Tomo VII	20.00	Tomo XIII	5.50

ATLAS GEOGRÁFICO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Entrega primera, mapa de la provincia de Catamarca, en cuatro hojas. 12.00

PUBLICACIONES DEL MUSEO DE LA PLATA

SEGUNDA SERIE

Las diversas publicaciones correspondientes á la segunda serie, se hallan de venta en el Museo á los precios siguientes :

ANALES

	Pesos m/n
Tomo I, entrega I	6.00
Tomo I, entrega II	25.00

BIBLIOTECA

Tomo I	4.00
Tomo II	4.00
Tomo III	4.00

REVISTA

Tomo XIV (segunda serie, tomo I)	24.00
Tomos XV á XVII (segunda serie, tomos II á IV)	12.00
Tomo XVIII (segunda serie, tomo V)	8.00

EXPLORACIONES ARQUEOLÓGICAS EN LAS PROVINCIAS DE TUCUMÁN Y CATAMARCA

POR CARLOS BRUCH
Jefe de sección y profesor en el Museo de La Plata

PRIMERA PARTE

ARQUEOLOGÍA DE LA PROVINCIA DE TUCUMÁN

CAPÍTULO I

TAFÍ

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

El valle de Tafí está comprendido en la ancha depresión que se extiende desde el río Blanco hasta unas cuatro leguas más al sur de la población que le dió su nombre. Sus contornos encierran numerosos cerros y lomas, separados á la vez por quebradas y cañadas laterales: las faldas están cubiertas en parte por bosques de hermosos alisos [1] y queñuas [2], la vegetación arbórea característica de aquellas regiones. El terreno bajo se presenta ligeramente ondulado, bañado por el río que serpentea dentro de un ancho y pedregoso lecho; pero está desprovisto de arboledas, exceptuados los plantíos de las actuales propiedades, entre los cuales, grupos de bellos sauces y árboles frutales dan aspecto alegre al paisaje.

Por otra parte, las precipitaciones atmosféricas, tan frecuentes en toda la región al oeste del encadenamiento del Aconquija, producen siempre abundantes lluvias, manteniendo el suelo fértil, apropiado para la agricultura; y es probable que estas condiciones favorables hayan sido la causa para que el valle de Tafí se poblase desde épocas bastante remotas.

[1] Aliso = *Alnus jorullensis*. Árbol abundante en las montañas arriba de los 1200 metros.

[2] Queñua = *Polylepis racemosa*. Especie característica de las altas regiones; es árbol bajo y torcido, su corteza está formada por gran número de hojas delgadas superpuestas.

Efectivamente, esto se deduce de los abundantes restos prehistóricos y trabajos de piedra que por ahí se encuentran diseminados; y sus tipos característicos ofrecen tal interés que, no obstante haber sido algunos de ellos tratados en anteriores publicaciones [1], deben volver á ser descriptos detalladamente en esta relación de viaje.

Podemos decir que la población antigua de Tafí ha tenido su asiento principal en el extremo sur del valle, en las proximidades del lugar conocido por « El Mollar », precisamente en los campos al este y oeste del río del Rincón, hoy propiedad de los señores Frías Silva y Chenaut. El viajero que recorre el valle citado, percibe fácilmente los vestigios de las obras de piedra que á continuación nos proponemos describir.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Penetrando al valle por el lado norte se observan muchas *pircas* [2], sobre el alto al oeste del río, en el trayecto desde el río Blanco hasta Tafí. Estas *pircas* fueron levantadas con grandes cantos rodados; rara vez exceden de 50 á 80 centímetros de altura, y otro tanto mide su espesor: corresponden á construcciones más ó menos angulares, agrupadas con cierta regularidad, pero muchas veces forman también simples muros largos y bajos, y, en su conjunto, aparentan más bien corrales ó cercos, que ruinas de habitaciones propiamente dicho. Debido á su mala conservación, es difícil probar si existían vanos de entrada á los diferentes recintos.

Como ejemplo, reproducimos (fig. 1) una de estas construcciones que se encuentra sobre « El Lamedero », al norte de Tafí, la cual representa

[1] Juan B. Ambrosetti, *Los monumentos megalíticos del valle de Tafí* (Tucumán) en el *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomo XVIII, páginas 105-114, 1897.

Las primeras noticias sobre estos interesantes restos los debemos al profesor Ambrosetti, quien publicó en el referido *Boletín* sus observaciones recogidas durante una rápida excursión, ocupándose preferentemente de los menhires de Tafí y presentando de ellos diversas figuras.

Samuel A. Lafone Quevedo, *Viaje á los menhires é intihuatana de Tafí y Santa María, en octubre de 1898*, en la *Revista del Museo de La Plata*, tomo XI, páginas 123-128, 1904.

Comunicación en la cual describe (pág. 125-126) el profesor Lafone Quevedo algunos menhires de Tafí, haciendo á la vez algunas observaciones en cuanto á los dibujos de la publicación anterior.

[2] Empleamos también la palabra *pirca*, en boga entre nuestros arqueólogos, comprendiendo con ella las ruinas de habitaciones ó paredes levantadas con piedras superpuestas sin empleo de cemento alguno.

una especie de corral cuadrangular que mide unos 30 metros de costado. En su interior hay un pequeño recinto cuadrado (3 × 3 m.), y algunas paredes bajas forman, con los ángulos sur y noroeste del corral, dos recintos más: el primero pequeño, semicircular y el otro mayor, rectangular, de siete metros de ancho por nueve de largo. Á la pared del costado norte acompaña, paralelamente y á distancia de seis metros, un muro bajo, del cual se destacan dos columnas de piedra dispuestas de tal modo, que quizás hayan servido alguna vez de entrada al corral.



Fig. 1. — Corral de piedras sobre « El Lamedero », al norte de Tafi



Fig. 2. — Columnas de piedras del mismo lugar

Los vestigios que hallamos luego en el Mollar y sus alrededores, ofrecen caracteres especiales y, si bien abundan también pircas más ó menos angulares y circulares, las encontramos allí irregularmente dispuestas y no agrupadas: los recintos son pequeños y las paredes bajas.

En una gran extensión, el suelo está cubierto de piedras de distintos tamaños, dispuestas en series de líneas paralelas (lám. II, fig. 1), de tal manera, que quedan espacios desiguales que varían entre unas decenas de centímetros y algunos metros, formando así un sistema de graderías, aun más pronunciadas en sitios donde el terreno ofrece mayor declive.

Pocas veces se observa en esas filas paralelas, piedras superpuestas, pero las vemos en ocasiones divididas por otras hileras transversales, que dan por resultado una especie de plataformas rectangulares [1].

Alternando con estos extraños alineamientos, encontramos muchas construcciones más ó menos circulares, formadas casi siempre de cantos rodados muy grandes, parados á cierta distancia unos de otros y algo enterrados en el suelo. Estos cercados circulares tienen generalmente dos á cuatro, hasta más de diez metros de diámetro, y muchas veces existe en el interior alguna piedra más larga, clavada (lám. II, fig. 2), que en otros casos es substituída probablemente por ciertos monolitos ó menhires.

§ III

MENHIRES DEL VALLE DE TAFÍ

Las piedras del Mollar. — Los menhires del Mollar ó «piedras paradas» como los llaman los moradores de aquella localidad, constituyen sin duda una especialidad importante en la arqueología de la región. Los encontramos distribuídos en dos grupos, de los cuales uno de doce piedras está sobre la plataforma que se extiende entre el río del Rincón y la estancia del Mollar: el otro grupo, en número igual, se halla del lado oeste del río, como á un kilómetro largo distante del primero. Pocos son los monolitos que aun se conservan enteros y en su posición primitiva; muchos de ellos parecen tronchados y otros yacen sobre el suelo, quizá derribados intencionalmente y acaso transportados de algún otro sitio. Por ahora, sería aventurado si pretendiésemos entrar en consideraciones sobre si su disposición, en aquel curioso conjunto, obedeció en realidad á un plan intencional, ó no: ello es un enigma, como lo es también el verdadero objeto de estos monumentos. Nos limitaremos, pues, á describir las piedras del Mollar tal cual las hemos visto en el año 1908, y agregaremos á más algunas noticias de ciertos ejempla-

[1] AMBROSETTI, J. B., *Los monumentos*, etc., página 106. Hace referencias á estas series alineadas de piedras, que atribuye á obras hechas para cultivos, cuyo objeto fuera despejar el suelo y detener la tierra sobre el terreno, más ó menos inclinado, utilizándolo así para el sembrado.

Obras semejantes, he visto sobre el portezuelo antes de bajar á «Las Carreras», estando de excursión desde el Mollar hasta el Rincón; y, más tarde, en el curso de mi viaje, he podido observar otras, cerca del antiguo pueblo de Quilmes, también en las proximidades del Fuerte Quemado, de Punta Balasto y Ampajango.

La presencia de tales obras en estos últimos lugares, por ejemplo en Quilmes, donde cubren una gran extensión de terreno hoy completamente estéril é inadecuado á los fines aludidos, no se explica satisfactoriamente sino por un cambio en las condiciones climatéricas de la región.

res procedentes de otros lugares, que quizás tengan alguna relación con los primeros.

Gran menhir esculpido. — Aislado de los dos grupos aludidos, yendo de la estancia del Mollar, á 150° rumbo al sur y á unos 900 metros de ésta, se encuentra un gran menhir, ahora derribado, que yace sobre el suelo (lám. III, fig. 2 ; plano, *a*). Representa una columna de piedra mica-

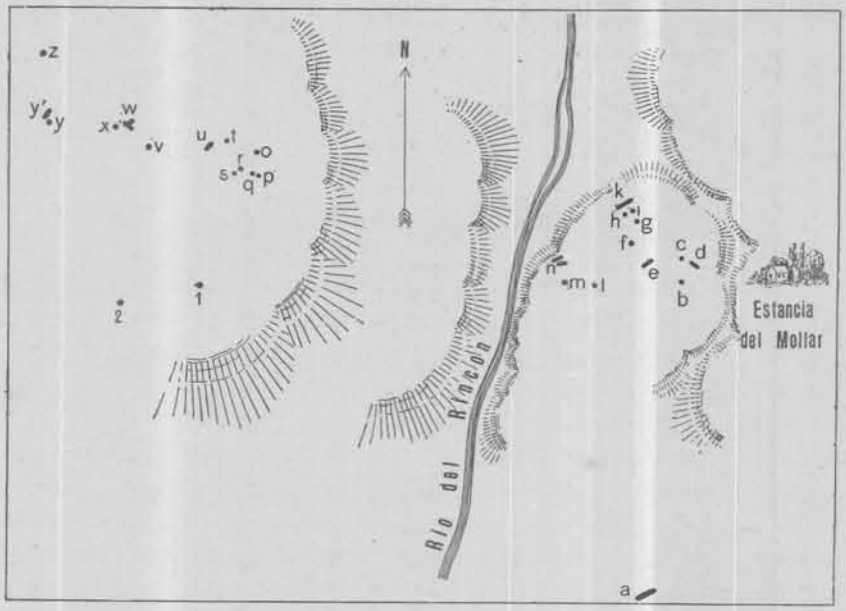


Fig. 3. — Relevamiento topográfico de los menhires del Mollar

esquistosa que mide 3m10 de largo, 60 centímetros de ancho y unos 20 centímetros de grosor, y que en sección transversal afecta una forma elíptica. La escultura que lo adorna, al parecer, ha sido ejecutada á cincel hasta una profundidad de uno á cuatro centímetros, y ocupa de un lado de la columna poco más de dos terceras partes de su superficie. El dibujo es simétrico, constituído por varios elementos, pero como lo demuestra la fotografía (fig. 4), algo confuso en el tercio superior, donde el menhir se halla mutilado [1].

[1] Esta circunstancia y el dibujo defectuoso de Voltmer (AMBROSETTI, J. B., *Los monumentos*, etc., pág. 107, fig. 2), han motivado una interpretación de esta parte del dibujo, muy distinta de aquella á que hemos llegado. Con la reserva que el caso requiere, nos permitimos presentar una reconstrucción (fig. 5), y recordar á la vez la semejanza de ésta con las caras humanas, que han publicado A. Stübel y M. Uhle, plancha 35, en su clásica obra *Die Ruinenstaette von Tiahuanaco*.

En el tercio superior se observa un doble surco semicircular terminal, y dos transversales rectos, que dividen esta parte en tres secciones. En la primera de ellas, un surco semicircular acompaña el borde superior, y en el espacio debajo de éste hay algunos puntos desparramados, apenas perceptibles. En la sección siguiente aparecen borradas dos grandes depresiones, más ó menos angulares, de cuyos ángulos postlaterales arranca una pequeña línea oblicua; otra depresión circular mediana hay debajo de las dos anteriores. El tercer espacio lleva de cada lado tres líneas oblicuas, marcadas desde la segunda ranura transversal, hasta la proximidad del doble surco semicircular, ya referido.



Fig. 5. — Reconstrucción de la cara del menhir



Fig. 4. — Gran menhir esculpido [1] ($^1/_{20}$ del nat. aprox.).

No parece del todo imposible que en las dos depresiones paralelas hubiera habido en un principio algún dibujo semejante á los rectángulos escutiformes, como lo encontramos luego en el menhir *x*, figura 8, y si se confirmara esa opinión, quizá representaría este ornamento, en una forma convencional, alguna de esas caras típicas, como estamos acostumbrados á ver en ciertos monumentos de Tiahuanaco.

La escultura de la parte restante del menhir está constituída por varios elementos, que forman dos figuras principales. Una de ellas consiste de cuatro pares de círculos perfectos, con hoyos profundos, concéntricos é infundibuliformes, unidos por una ranura transversal. La otra está combinada por contornos más ó menos rectangulares con prolongaciones alargadas hacia los lados, de manera que afectan una figura de seudocruces, provistas de un pequeño círculo central, uno con, otro sin punto en su interior, y transformado en un hoyito, en una de estas tres figuras.

[1] Esta fotografía fué sacada del calco conservado en el Museo de La Plata, representa por lo tanto una copia fiel del original.

La ornamentación que ha resultado de esas dos distintas figuras alternadas, es agradable. En el espacio arriba de los primeros círculos gemelos, se observa las líneas basales de otra de esas seudocruces, y los golpes de cincel á la terminación de los círculos inferiores, indican la intención del artista, de repetir otra vez los mismos dibujos.

Grupo de piedras al este del río. — Dejemos ahora nuestro menhir, para seguir rumbo derecho al norte, y encontramos casi frente á la estan-



Fig. 6. — El menhir *k* derribado y las piedras *h* é *i* en pie [1]

cia (286° NO.) el segundo menhir *b*, aun en pie, el cual forma parte de los doce del primer grupo (lám. IV, fig. 1).

Éste, de piedra micaesquistosa, como la mayoría de ellos, está colocado en posición vertical, con las dos caras que miran al norte y sur respectivamente. Su altura es de 2m80 sobre el suelo, y probablemente todavía mayor en su totalidad que la del monolito esculpido, al que iguala en las demás dimensiones, pero no presenta rastros de dibujo alguno.

Conservando la misma dirección, á los 29 metros se tropieza con el menhir *c*, parado, pero tronchado, que tiene á mano derecha y á pocos metros, otro caído, *d*. Luego rumbo opuesto, ó sea directamente al oeste, como á 42 metros del anterior, un gran menhir *e*, yace sobre la

[1] Las pircas que aparecen entre los dos menhires son de construcción actual.

tierra, y casi á igual distancia, unos 50° al noroeste, vemos los restos de otro parado, *f*.

Próximo á este último, se divisa un grupo de cuatro monolitos, que vienen á quedar más ó menos en línea como á 30° al noroeste del primer menhir *b*. De ellos, la piedra *g*, se encuentra aun en pie, pero rota; después, como 18 metros distantes de ella, se elevan dos grandes columnas, *h* é *i*, menos regulares, separadas sólo de 2m30 la una de la otra; siendo además, la última de roca granítica. Á pocos metros de allí y ya cerca del borde de esta gran plataforma, un hermoso menhir *k* (fig. 6), de 3m20 de largo, se halla derribado en tierra; en su superficie se distinguen dos pequeñas cavidades paralelas y algunas impresiones apenas perceptibles.

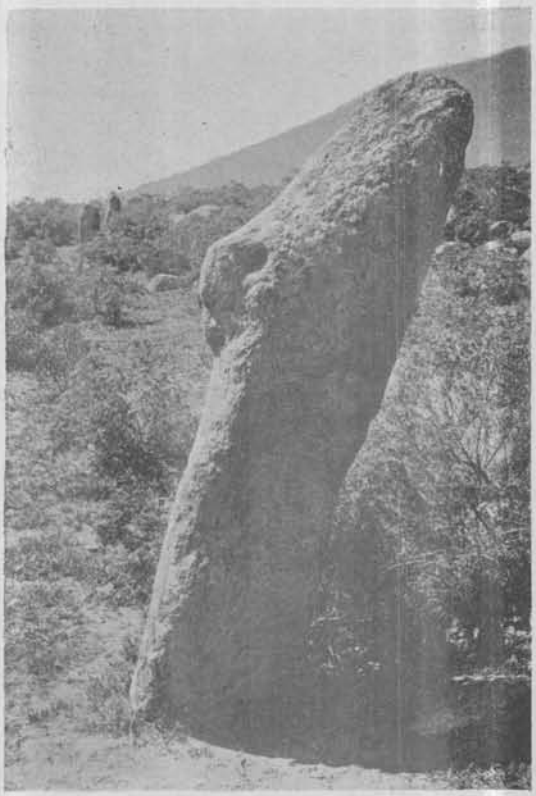


Fig. 7. — El menhir *s*; al fondo é izquierda del mismo los menhires *p* y *q*

Volviendo luego de nuevo al menhir *b*, y tomando rectamente rumbo al oeste, á los 114 metros está la piedra *l*, aun en pie pero quebrada, y de ella, 40 metros, poco más al este hay otra *m*, que es más pequeña y parece haber tenido algún grabado.

Con dificultad hemos podido descubrir entre un pequeño maizal la piedra *n*, también quebrada, bastante enterrada y situada, más ó menos 40° al noroeste, á los 35 metros de la precedente. También en ella, se repiten las pequeñas cavidades en forma de ojos, pero la mala conservación, no permite interpretar con toda seguridad las primitivas esculturas que formaban su ornamentación.

Grupo de piedras al oeste del río. — Como hemos dicho ya antes, un segundo grupo de menhires se encuentra del otro lado del río, ó sea

al noroeste, como á un kilómetro de los recién descriptos. Siguiendo, pues, de la estancia, con rumbo 70° al noroeste, llegamos al menhir *o*, que conserva aún poco menos de un metro de altura.

En dirección al sur y á 23 metros de la piedra *o*, otras cuatro, *p-s*, se suceden casi en línea recta, con dirección al oeste (lám. III, fig. 1); las primeras separadas por espacio de unos dos metros, son de tamaño mayor, gruesas, pero quebradas y más ó menos cuadriláteras, como la anterior. Á los 14 metros está el menhir *r*, delgado, ligeramente inclinado, que lleva además rastros de grabados, hoy casi totalmente borrados; tiene á su lado, más al sudoeste, el menhir *s*, reproducido en nuestro clisé (fig. 7). Su forma afecta la de una columna más ó menos cilíndrica con una protuberancia subangular en su mitad superior, donde aparecen dos cavidades laterales, y un pequeño surco transversal mediano en el borde inferior, los que muy bien pueden representar ojos y boca, si se tratase de hallarle parecido á una cara humana.

Como á los 40 metros y 30° hacia el sur hallamos los restos de un menhir en pie, y siguiendo al oeste otro, *u*, de regulares dimensiones, ahora caído dentro de la zanja por donde corre una acequia; ni uno ni otro presentan especialidad digna de mención; lo mismo diremos de la piedra *v*, que dista de la anterior unos ochenta metros en igual dirección.

El menhir *w* (lám. IV, fig. 3) está á 40 metros, 50° noroeste, del precedente y próximo al rancho que levantó allí Nazario Mamaní. Hoy está casi tumbado y partido por la mitad; midió unos $2^{m}80$ fuera del suelo y era de gruesas dimensiones; tiene forma casi angular, con sus cuatro costados bastante planos.



Fig. 8. — Menhir esculpido *x*, ($^{1}/_{17}$ del nat. aprox.)

Al continuar nuestro recorrido, á siete metros en dirección al ranchito, encontramos un monolito bajo, que apenas sobresalía unos 60 centímetros del suelo y se hallaba rodeado de un círculo de piedras. Después de un examen más prolijo, pudimos convencernos que su extremidad superior estaba intacta y que la escultura del lado norte continuaba sobre la parte enterrada. Ante el nuevo hallazgo, proseguimos la excavación, de suerte que fué posible dibujarlo y sacar en seguida un molde del mismo (fig. 8).

Este menhir es como los anteriores de roca esquistosa, pero de calidad

más dura; tiene también forma de una columna cuadrangular de $2^{m}30$ de largo, $0^{m}36$ de ancho y $0^{m}30$ de espesor: el lado con la escultura es bastante convexo: la labor que lleva, alcanza apenas á unos dos centímetros de profundidad.

El dibujo es simétrico; toda la ornamentación está combinada por líneas transversales y verticales, y por otras meándricas que forman figuras geométricas. En el tercio superior de la piedra se observa un profundo surco transversal y otras líneas que forman dos rectángulos escutiformes, con cavidades ovaladas en el medio. Los dibujos que siguen, representan probablemente un mismo motivo, con algunas modificaciones, pero sus elementos principales serían cuatro pares de meandros paralelos; en el primer par de éstos, la línea terminal é interna de los meandros se junta con la infero-externa, resultando así dos figuras más ó menos rectangulares, separadas por un surco longitudinal mediano. El tercer par de meandros está colocado en sentido inverso al segundo y unido con él por un surco longitudinal, como para formar una sección aparte. Los bordes de estos seudorectángulos son, como en el par anterior, bien redondeados, resultando así esta figura bastante convexa. El dibujo que se repite luego, es más superficial; la piedra en esta parte es más chata; en su tercio inferior, es lisa, y ésta sin duda fué la parte originariamente enterrada [1].

Los tres menhires restantes no ofrecen particularidad alguna; el primero *y*, está tronchado y situado á 90 metros línea recta al oeste del menhir labrado. Ocho metros al norte encontramos otro caído, y por último, siguiendo la misma dirección, á 80 metros distante del anterior, el menhir *z* (lám. IV, fig. 2). Éste es de pequeñas dimensiones, su cúspide es triangular; alrededor de él existe aun intacto un pequeño círculo de piedras.

Quedan todavía por mencionar algunas grandes piedras, que hallamos al sur de los menhires descriptos, de las que una es el gran bloque de granito que representa nuestra fotografía (lám. IV, fig. 4). Es posible que éstas tengan todas el mismo origen, como la escultura del Rincón y demás monumentos megalíticos que citaremos de otros lugares.

La piedra esculpida del Rincón. — En el curso de una conversación con Nazario Mamaní, éste nos habló de una piedra grabada que se halla

[1] Cuando volvimos á colocar de nuevo el menhir en tierra, quedó éste en la misma posición de antes, pero á menos profundidad, dejando la parte esculpida fuera del suelo; no es del todo improbable que en realidad hubiese sido ésta la posición que debió haber ocupado en un principio.

Haremos notar, que al remover la tierra, no hemos encontrado indicio alguno que nos hiciera sospechar una sepultura cualquiera.

en «El Rincón», precisamente en el rancho de un hijo suyo, quien habiéndola encontrado muy cerca del sitio que hoy ocupa, y viendo en este hallazgo un buen agüero, resolvió colocarla dentro de la habitación que estaba por construir. Interesado en conocer al petroglifo, fuímos en la mañana del 4 de febrero, guiados por el mismo Mamaní hasta «El Rincón», lugar situado á dos leguas al este del Mollar. Allí encontramos la piedra mencionada, embutida dentro de la pared en el interior del rancho.

Es una roca granítica, de 1m20 de largo, 60 centímetros de ancho y unos 20 aproximadamente de grueso. Su forma es más ó menos rectangular, enangostada en una extremidad; la superficie es bastante plana: no parece que la piedra hubiese sido labrada intencionalmente.

Los dibujos están formados por anchas líneas cóncavas y hoyitos, grabados hasta un centímetro de profundidad. Nuestra figura 9 reproduce el petroglifo en su posición actual; ignoramos cuál debió ocupar en un principio, pero es casi seguro que debe invertírsele.

En cuanto á su ornamentación, observamos un curioso dibujo en el cual se distingue entonces entre los contornos subtrapezoidales, los ojos y boca esféricos, y la nariz triangular de una cara humana. La parte angosta de la piedra está limitada por un surco transversal y en el extremo opuesto existe un rectángulo alargado, con un hoyo pequeño en cada extremidad, equivalente quizás á algún adorno frontal.



Fig. 9. — Piedra esculpida del Rincón (1/10 del nat. aprox.)

No queremos comprometer opinión alguna sobre el posible significado de esta escultura, que muy bien puede representar algún otro signo convencional y muy diferente de la cara humana, pero lo cierto es que se observa algo muy parecido sobre muchos objetos, especialmente de bronce, que proceden de los valles catamarqueños.

El menhir esculpido del río Blanco. — La última de estas interesantes piezas labradas que nos queda por mencionar, es un menhir que fué hallado en las proximidades del río Blanco, en el perímetro de la estancia

del señor Lucas Zavaleta, quien al darle otra ubicación, lo empleó como poste en la puerta de un corral de piedras, en uno de sus puestos (fig. 10).

Este menhir es de granito; tiene la forma de una gruesa columna cuadrilátera; de frente es chato y labrado, del dorso menos parejo y algo más convexo. Sus medidas son 1m45 de largo, 36 centímetros de ancho y unos 30 de grueso. En cuanto á su escultura, ella es poco profunda : se distinguen dos secciones de dibujos iguales, el uno superpuesto al otro, siendo el superior más borrado, lo que tal vez haya resultado de una intención original.



Fig. 10. — Menhir esculpido de río Blanco (1/14 del nat.)

Si comparamos ahora este dibujo con el de la piedra precedente, notaremos sin duda entre ellos bastante parecido; y puede ser que ambos representen un mismo motivo, más ó menos diferenciado por la omisión de ciertos detalles. También aquí existe un triángulo central, con líneas paralelas que terminan en rectángulos grandes[1].

Algunos datos sobre otros menhires. — Es cosa segura que, en estos mismos parajes existían aun otros menhires más, pues varias personas de allí recuerdan uno ú otro trozos, que hoy se hallan desparramados en el campo, ó que figuran entre las piedras de los corrales, como sucede con frecuencia en la estancia del Mollar.

Por otra parte, podemos mencionar del mismo Tafí diversos fragmentos y un monolito liso, de notables dimensiones, que actualmente sir-

[1] Hemos preferido publicar una fotografía del menhir, pues el dibujo sacado por Voltmer (Ambrosetti, J. B., *Los monumentos*, etc., pág. 111, fig. 11) no está del todo conforme con el original; las líneas de los triángulos parecen mal interpretadas; las dos secciones no son netamente separadas entre sí, y tampoco la terminación superior se halla bastante marcada, para hacer aparecer la piedra como tronchada.

ve de banco en la huerta de « Las Tacanas », propiedad de Lucas Zavaleta; debo también á este señor la noticia de cinco grandes piedras más, que se encuentran en « Carapunco », otra de sus pertenencias próxima á la « Abra del Infiernillo ». Dichas piedras no las hemos visto; ellas son, según el informante, de gran tamaño, sin esculturas, y fueron removidas de sus sitios primitivos, para emplearlas como pilares de una habitación moderna.

Luego en el curso de nuestra expedición, viajando hasta Andaguala, el baqueano Luciano Méndez nos mostró en San José un gran monolito, idéntico á los de Tafí, usado como puente sobre una acequia actual. Á una legua del citado pueblo, sobre el mismo camino á Andaguala, vimos otro de pequeñas dimensiones; cuenta mi acompañante que hacía muchísimos años su padre hizo traer algunos de éstos de los pueblos viejos, sin recordar de cuáles, para demarcar la posesión de su colindante. Si bien tenemos que tomar este dato con alguna reserva, es ya importante señalar la presencia de los monolitos, á pesar de no poder confirmar su verdadera procedencia.

Muy pocas son las noticias que poseemos sobre semejantes restos arqueológicos de otros lugares [1]; sería tanto más de desear que los hombres de hoy los respetasen, absteniéndose de removerlos de sus sitios originarios, conservándoles así el mérito científico que aun puedan tener.

§ IV

MATERIAL ARQUEOLÓGICO

Durante mi permanencia en el valle de Tafí, no me fué posible efectuar excavación alguna; esto no obstante, mis averiguaciones dieron por resultado la compra de una pequeña colección de objetos arqueológicos, de procedencia intachable, de cuyas piezas procederé á describir algunas de las más interesantes.

Objeto de piedra perforado. — Es una piedra esquistosa, al parecer poco labrada, que mide 360 milímetros de largo, 110 de ancho y 60 de

[1] Adán Quiroga encontró cuatro grandes menhires entre la antigua población de Fuerte Quemado. (*Ruinas Calchaquíes. Fuerte Quemado*, en *Anales de la Sociedad científica argentina*, 1901, LII, pág. 242).

También Eric Boman cita en su preciosa obra algunos menhires hallados entre las ruinas del Pucará de la Rinconada. (*Antiquités de la région andine de la République et Désert d'Atacama*. París, 1908, pág. 637).

grueso; estas dimensiones son casi constantes y su sección transversal tiene forma elíptica. Una de las extremidades está ligeramente redondeada, la otra es algo más puntiaguda, y á distancia como de 40 milímetros del borde de aquélla, hay una perforación perfecta, bicónica, que tiene 60 milímetros de diámetro en ambas superficies y 30 milímetros el punto de comunicación, que viene á quedar equidistante de ambos lados.



Fig. 11. — Objeto de piedra perforado. N° 57, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat. aprox.).

Dicho objeto es de uso desconocido; pero es posible que haya servido alguna vez de estaca, por el dato que ha proporcionado el capataz de la estancia del Mollar, quien lo encontró clavado en el suelo cerca del rancho de Mamaní, al oeste del río, de donde lo trajo para usarlo luego como piedra de afilar.

Hacha de piedra. — De roca esquistosa, muy dura, bien trabajada, de superficie bastante lisa. Pertenece al tipo de hachas con cuello incompleto, por tener un lado sólo perfectamente plano y rectilíneo; el otro lado es redondeado. La cabeza es cónica y truncada; el cuello perfectamente excavado, amplio; el cuerpo asimétrico, con el filo bien pronunciado, curvilíneo.



Fig. 12. — Hacha de piedra. N° 53 Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Largo total del hacha, 145 milímetros; ancho, 65; espesor, 45; ancho del surco, 35, y profundidad del cuello, 6 milímetros.

Del tipo de la precedente, tenemos otra hacha (n° 54, Col. M. L. P.), pero groseramente trabajada y mal concluída, notándose todavía los golpes de cincel, sobre todo en el costado plano. La cabeza es más larga, y el cuello más corto, poco excavado y el filo completamente romo; sin duda se trata de una pieza no bien terminada.

Las dos hachas han sido encontradas por los peones de Lucas Zavaleta, en el perímetro de su propiedad « Las Tacanas ».

Mortero de piedra. — De forma subhemisférica, con figura ya antropo, ya zoomórfica, confeccionado en roca diorítica.

La cabeza se desprende de un cuello largo y grueso; la cara es ovalada, separada del cuello por una estrecha ranura; la nariz destacada, pero achatada: los ojos son pequeños hoyos y la boca una simple ranura horizontal. En la parte superior de la frente se destacan dos lóbulos laterales que representan acaso las orejas, ó los arcos superciliares.



Fig. 13. — Mortero de piedra. N° 44, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

La base del mortero es algo achatada y de ella se destacan cuatro mamelones, simétricamente dispuestos en cuadro.

En la parte posterior, un angosto borde ó relieve baja desde el margen superior hasta cerca de la base; quizás con el fin de indicar la cola de este enigmático animal.

El largo total del mortero es de 145 milímetros, el ancho de 102, y su altura de 145. El hoyo es subhemisférico, el borde delgado, su diámetro de 90 y su profundidad de 65 milímetros.

Fué adquirido de una mujer, quien me aseguró haberlo encontrado casualmente en el mismo pueblo de Tafí.



Fig. 14. — Vaso de figura zoomoría. N° 4, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Vaso de figura zoomorfa. — La figura zoomorfa tiene el cuerpo esférico, un poco deprimido para servir de base. En la parte anterior del vaso está la cabeza, de dimensión casi igual á la del cuerpo, con nariz y boca en relieve. De la base de la nariz, muy prominente, se inician las cejas, destacadas y curvilíneas, en las cuales se han hecho escotaduras, unas cerca de otras y con un instrumento ancho pero romo. Los pequeños ojos

situados en los costados, parecen estar formados por unos párpados postizos.

Hacen de pies de este curioso vaso, dos cilindros huecos, sin más de talle. En la parte posterior del cuerpo se nota una pequeña prominencia que indica la raíz de la cola.

El modelado es grosero, bastante tosco, el color es el gris natural del barro, sin pintura, pero con manchas negruzcas, debidas tal vez á la cocción sino al uso.

De la parte superior de la cabeza se desprende el cuello del vaso, con borde más ó menos plegado hacia afuera y del que nace el asa que termina en la nuca de este animal grotesco.

El vaso tiene 130 milímetros de alto, por 150 de largo y el diámetro del cuerpo es de 90 milímetros.

Fué obtenido por compra, de Segundo Ríos Bravo y procede de una sepultura hallada en las inmediaciones del pueblo de Tafí [1].

Escudilla ó «puco» [2] decorado. — De la misma procedencia que el objeto anterior, conseguimos una escudilla ó *puco,* que pertenece al tipo que se describirá más tarde del Fuerte Quemado (ver pág. 61).

Este *puco* es pesado y tosco, tiene forma subhemisférica, la base ligeramente cóncava, que se manifiesta en sentido contrario en el interior. Sus paredes son muy gruesas, las asas grandes, groseras y semicirculares, como en muchos de estos vasos.

Su color es de un rojo subido, sanguíneo; la ornamentación exterior negra, la interior casi completamente borrada. Por fuera, el dibujo que lleva es el serpentiforme usual, pero con la diferencia, que consta de una sola serpiente en forma de S, la cual ocupa las dos mitades del recipiente, separada solamente en una de las asas por dos series de triángulos negros, que convergen hacia la base, y tienen sus vértices contrapuestos. El cuerpo del ofidio presenta las líneas transversales de costumbre, alternadas con otras en sentido longitudinal. Algunos otros detalles de este curioso esquema serpentiforme, que sigue sin solución de continuidad para repetirse en su otra mitad bien pudiera representar una decoración de tipo local.

[1] El objeto tiene mucha semejanza con el vaso publicado por Ambrosetti, en la *Revista del Museo de La Plata,* tomo III, 75, nº 5, pl. V, 1892, el cual procede también de la provincia de Tucumán.

[2] No habiéndose establecido hasta hoy uniformidad en la nomenclatura, conservamos el nombre local *puco,* para las escudillas ó tazas, por habérselo usado casi siempre en los trabajos arqueológicos del país. El profesor Outes en el suyo sobre *Alfarería del noroeste argentino (Anales del Museo de La Plata,* t. I, 2ª serie, 1909), ha substituído el término *puco* por el de *bol.*

El puco en cuestión mide 110 milímetros de alto por 160 de diámetro.

Vaso ó «yuro» [1]. — Este vaso consta de dos cuerpos, uno ventral y otro que es el gollete, formando un conjunto de agradable aspecto.

El cuello es alargado, subcilíndrico, con un labio ligeramente plegado hacia el exterior. Las asas son simétricas en su colocación y están situadas á la altura del diámetro mayor de la parte ventral.

El color del fondo del vaso es bermejo, rojizo en algunas partes, y el de los dibujos, pardo obscuro. Estos están compuestos por guardas, que bajan del labio á la faja negra que divide el vientre en dos. Estas guardas forman á su vez líneas quebradas; del lado derecho dos centrales finas entre dos anchas, probablemente una variante del otro dibujo formado por dos líneas también delgadas, pero rectas, y limitadas por series de triángulos grandes. Entre dichas guardas existe una doble línea central bipenada, que representa tal vez un elemento fitomórfico muy estilizado.

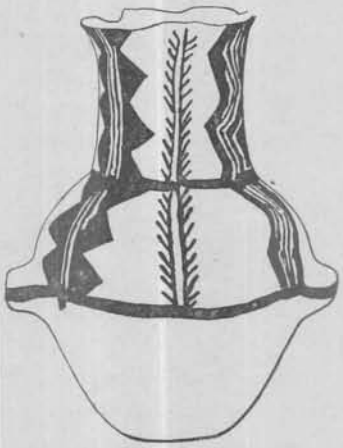


Fig. 15. — Vaso ó *Yuro*. N° 3, Col. M. L. P. ($^{1}/_{3}$ del nat.)

Además, se ve una estrecha faja, que rodea la base del cuello.

Este bonito vaso fué hallado próximo á la estancia del Mollar, en un desmoronamiento de la barranca del este del río, por el capataz de la casa, quien me lo vendió.

Urna con ornamentación antropomorfa. — Para terminar con la enumeración de los objetos de Tafí, réstanos mencionar la urna grande, figura 16, hallada por un peón de la estancia del Mollar, en el derrumbe de un zanjón cerca de la misma casa.

Por su forma y ornamentación pertenece á la misma categoría que todas las urnas típicas de las poblaciones antiguas del valle de Yocavil ó Santa María. Conviene, por lo tanto, tener en cuenta lo que sobre ese particular referiremos al final de los dos capítulos siguientes, en que se describirá una serie de estas urnas.

Como en todas ellas, el color del fondo es también en nuestro ejemplar

[1] Con el mismo criterio, expresado en la nota de la página anterior, usamos el nombre *yuro* para los vasos de garganta ó gollete angosto.

de un amarillo impuro, claro; los dibujos son negros, y la parte roja se distingue por lo rayado en el esquema. Debe interpretarse como una representación antropomorfa, en mérito de los siguientes detalles: una cara humana, que consta de ojos y arcos superciliares con la nariz, y que ocupan, como siempre, el gollete, se destacan en relieve; los brazos con sus manos, las que sostienen un objeto y se hallan como de costumbre, sobre el cuerpo ó vientre de la urna. Estos brazos encierran de cada lado una especie de medallón ó escudo cuadriculado, con algunos de sus cuadros reticulados ó pintados de rojo.



Fig. 16. — Urna con ornamentación antropomorfa N° 2, Col. M. L. P. ($^1/_7$ del nat.)

La ornamentación que cubre el gollete se distingue con toda claridad en nuestra esquema; si la comparamos con la de otras urnas descriptas en los capítulos posteriores, encontramos los mismos símbolos ó figuras, las que á su vez son típicas en toda la alfarería llamada de Santa María. Haremos sólo constar que las dos secciones alternadas del gollete están pintadas de rojo, quedando en el medio un pequeño vacío rectangular del color del fondo, con su correspondiente dibujo; las dos secciones contrapuestas llevan unos escalones irregulares negros con sus grecas, todo lo cual puede verse en la figura 16.

En la porción basal, la urna ostenta una faja escalonada, de color rojo en el medio, y otros complementos, formando todo ello una decoración muy característica y también típica en muchísimas de estas urnas, y otros objetos. Por último, conviene hacer constar que los dibujos del reverso de la urna son iguales á los del anverso.

No quisiéramos aventurarnos á decir que esta urna y los demás objetos que acabamos de describir, correspondan á una industria exclusivamente local; muy posible es, que algunos de ellos hayan sido introducidos de los centros principales de la gran región vecina; pero, en todo caso, quedaría siempre evidenciada la influencia que estos han ejercido sobre la población que ocupó en época lejana el valle de Tafí.



Fig. 1 **Piedras dispuestas en lineas en el campo del Mollar** (Tafí, Prov. de Tucumán)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch fot.

Fig. 2 **Piedras dispuestas en circulos en el campo del Mollar** (Tafí)



Fig. 1 **Piedras paradas aisladas en el campo del Mollar** (Tafí, Prov. de Tucumán)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 2 **Una de las piedras paradas esculpidas del campo del Mollar (Tafí), en su posición actual** (piedra A del plano respectivo)



Fig. 1 Piedra B del plano respectivo



Fig. 2 Piedra Z del plano respectivo



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 3 Piedra W del plano respectivo



Fig. 4 Piedra 1 del plano respectivo

Las piedras paradas del campo del Mollar (Tafí, Provincia de Tucumán)

CAPÍTULO II

QUILMES

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

La región considerada como dominio de los antiguos Quilmes, se halla situada al este de los promontorios de la sierra del mismo nombre, precisamente en la expansión que forma la provincia de Tucumán en su lado noroeste; comprende las tierras al norte del distrito catamarqueño de Fuerte Quemado, juntamente con los de Colalao y Amaicha de la provincia citada. Por consiguiente, Quilmes forma parte de la gran región Diaguita, propiamente dicha, de Calchaquí; y fué, sin duda, el más importante entre los viejos centros de población, que existían entonces al norte del antiguo valle de Yocavil, ahora más conocido con el nombre de Santa María.

Limitado hacia el oeste por la Sierra de Quilmes, y al este por el mismo río que lo separa de la prolongación hacia el norte del Aconquija, llamada Sierra de Santa Bárbara, dicho valle se extiende con toda amplitud río abajo y en línea recta, de sur á norte, desde su comienzo en la terminación de la sierra y Punta de Balasto, hasta la quebrada de Las Conchas, á la altura de Cafayate, lugar donde desemboca también el río que lo riega. El valle referido representa, pues, una importante vía de comunicación, que ha influído transcendentalmente sobre el desarrollo de los viejos centros indígenas, de los cuales vamos á ocuparnos.

La Sierra de Quilmes, continuación de la de Santa María, es de formación muy antigua, y constituye una cadena denudada, de norte á sur, en la precordillera de Catamarca y Salta. Sus cimas y cuestas están entrecortadas por planos de destrucción, que demuestran la poderosa erosión que han sufrido á causa del clima seco, vientos y fuertes llu-

vias de verano; de cuyos efectos resultaron los enormes conos de deyección ó de erosión, que están de manifiesto. Es, pues, una «sierra pampina», en el sentido de Stelzner [1], que se compone en su mayor parte de roca arcaica ó paleozoica (precámbrica?); pero, principalmente, de gneis, micaesquisto y filitas sericíticas.

Todo el vasto territorio, que fué ocupado por los Quilmes, presenta dos regiones completamente distintas, características á la vez para todo ese gran valle Diaguito-Calchaquí. Una, es la de la sierra y sus faldas, y, por lo tanto, accidentada y muy escarpada, atravesada por diversas quebradas, como la de Los Chanchos, Chañares, Las Cañas, Chilca, etc., que se hallan más ó menos provistas de agua, según las épocas del año. Esta parte es árida, desierta, cubierta de una vegetación raquítica, donde predominan los matorrales espinosos, jarillas, breas y chañares [2], pero mezclados con numerosas especies de cactáceas, entre las cuales abundan los gigantescos «cardones» *(Cereus)*, semejantes á enormes candelabros, que dan al paisaje un aspecto peculiar y típico.

La otra región comprende la misma llanura del valle, que alcanza en esta parte una anchura de diez kilómetros más ó menos. Estas tierras, regadas por el río de Santa María y sus afluentes, son más fértiles, y constan á trechos de extensos bañados ó de bosques de algarrobos [3] y chañares.

No es nuestro propósito, ocuparnos de ciertos datos históricos que, con referencia á los Quilmes, nos ha dejado el antiguo cronista, padre Lozano y otros [4]. Las ruínas que quedan, bastan para confirmar las noticias, de que fué un pueblo muy numeroso, constituyendo una raza de belicosidad á toda prueba, que á la larga acabó por desaparecer en los bañados del nuevo Quilmes, en las cercanías de Buenos Aires, hasta donde fueron traidos cautivos por los españoles.

[1] Stelzner Alfred, *Beiträge zur Geologie und Palaeontologie der argentinischen Republik. Cassel und Berlin*, I, capítulo I, páginas 1-5. 1885.

[2] Jarilla = *Larrea divaricata*. Brea = *Caesalpinia praecox*. Chañar = *Gourlica decorticans*.

[3] Varias especies del género *Prosopis (P. alba* y *P. nigra*, etc.)

[4] Lozano, *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*.

Juan B. Ambrosetti, *La antigua ciudad de Quilmes (valle Calchaquí)*, publicado en el *Boletín del Instituto geográfico*, tomo XVIII, números I, II y III. Buenos Aires, 1897.

El infatigable investigador de las regiones del noroeste argentino, ha publicado también una descripción general de esta población, en la cual trata de muchos detalles de sus construcciones, etc.; en las páginas 4, 18-20, transcribe los escritos que sobre historia y rendición de los Quilmes, ha dejado el cronista ya nombrado.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Al norte de la quebrada y del lado sudeste del gran cerro de Quilmes, ó mejor dicho, de sus contrafuertes, encuéntranse las ruínas de la vieja población, notable por sus construcciones excepcionales y la gran extensión de ellas. Por el aspecto general y su ubicación, Quilmes puede dividirse en dos partes, completamente distintas entre sí: una, situada en terreno bajo, á la cual pertenece el «pueblo», propiamente dicho; mientras que á la otra, para la cual mejor correspondería el nombre de fortificaciones ó defensas, pertenecen las construcciones que se elevan sobre las faldas sur y este y las que hay también sobre el plano superior del cerro. La naturaleza misma de este último ha facilitado ciertas obras artificiales y, los Quilmes supieron aprovechar muy bien toda desigualdad y punto saliente de sus faldas y cuestas escarpadas, para levantar allí un sinnúmero de *pircas* que consisten á veces de simples muros, pero que se presentan casi siempre como recintos de tamaño y forma muy variables. Por lo general, en todo ese conjunto se observa que la disposición de las construcciones no responde precisamente á un plan premeditado y, que para ellas, se ha elegido simplemente los sitios más apropiados, en un suelo por demás accidentado y vario en sus niveles.

El pueblo bajo. — El pueblo bajo ocupa una superficie de tres kilómetros cuadrados aproximadamente; se halla levantado sobre el terreno que desciende de la base del cerro, al sur y este, hacia la llanura del valle y abarca la región limitada al suroeste por el pequeño «Filo del Molino», donde existe una gran represa antigua artificial, para embalse de las aguas (lám. V).

Nos encontramos, dentro de un enorme caserío, formado en su mayor parte de habitaciones grandes, dispuestas con irregularidad, tanto agrupadas como aisladas entre sí, separadas por anchos zanjones y pasajes intrincados. Muchas de estas habitaciones están ahora derrumbadas, quedando de ellas solamente grandes montones de escombros.

Las contadas horas de nuestra permanencia entre las ruínas de Quilmes, no bastaron naturalmente para efectuar de esa población un relevamiento, aunque fuera aproximado; en consecuencia, sólo podemos ofrecer por ahora algunos detalles que nos fué posible observar.

Para la edificación los Quilmes se valieron del abundante material que el cerro les proporcionaba, es decir, la piedra laja, micaesquistosa y de

filitas sericíticas, usada tal como se separa por su propio clivaje. Estas lajas, se comprende, son muy apropiadas para la edificación y han sido superpuestas con cuidado sin el empleo de cemento alguno, formándose con ellas paredes perfectamente perpendiculares, casi siempre de uno y hasta de más de dos metros de espesor. Muchas veces, donde las paredes son excepcionalmente gruesas, aparecen éstas rellenadas con piedra menuda ó ripio de la misma roca.

Por regla general, todos los muros son más lisos del lado de adentro y perfectamente verticales; á menudo, la base se halla reforzada con piedras grandes, chatas ó lajas clavadas de punta, sobre todo en los sitios donde el suelo se presenta muy inclinado. Al contrario, por fuera, los muros son siempre más desiguales é irregulares. Con frecuencia se encuentran enormes paredones de dos metros de espesor y con altura de hasta dos metros en el interior, por tres del lado exterior. El plano superior de los muros es siempre horizontal, perfectamente nivelado.

Las construcciones del pueblo son cuadrangulares y redondas; las últimas son más escasas y de dimensiones menores, pero, á juzgar por las pocas que hemos podido observar, parecen estar en relación con las primeras [1]: estas son cuadradas ó rectangulares, y constituyen las verdaderas habitaciones (lám. VII). Las hay de todas dimensiones desde menos de dos metros por costado, pero casi siempre son más espaciosas; estos recintos ó corrales, por decir así, miden generalmente de cinco á seis metros, alcanzando algunos hasta quince y veinte metros de ancho y largo. Á veces, la vivienda consta de un solo cuarto cuadrangular; también las hay de varios, que se comunican unos con otros por medio de estrechos zaguanes, ó sino se hallan tan sólo divididos por paredes bajas, de pocas piedras superpuestas unas sobre otras. Las esquinas en el interior de las construcciones son casi siempre bien angulares; los muros tienen, término medio, poco más de un metro de altura y se comunican con el exterior por una ó dos salidas en forma de puertas, con 70 á 80 centímetros de luz; estas aberturas que hacen las veces de puertas, se completan en algunos casos por dinteles (fig. 17 y 18), de lajas largas que cierran el vano y cargan aún con la pirca que se levanta encima. Por otra parte, haremos constar que no existen ventanas ni troneras y no hemos encontrado vestigio alguno, que pudiera proporcionar datos acerca del tipo de la techumbre [2].

[1] El profesor Ambrosetti *(La antigua ciudad,* etc., páginas 11-12) ha podido hallar mayor número de pircas circulares y, con su estudio llega al convencimiento que posiblemente habrían servido éstas de recintos (« pirhulas, cercadas de piedra »), donde los indígenas solían almacenar sus vituallas.

[2] Ambrosetti, *La antigua ciudad,* etc., páginas 8 y 9, figuras 3 y 4, expone diversos argumentos, de los cuales se sirve, para presentar una reconstrucción del techado

Como á medio kilómetro del pie del cerro y en dirección de 230° al sudoeste, hallamos entre otras, una casa bien construída, de 10 por 14 metros, medida de fuera. Las paredes de metro y medio de espesor, tienen por dentro otro tanto de altura; en el costado que mira hacia el oeste están dos puertas, próximas á las esquinas: una de ellas provista de dintel, formado de tres lajas de metro y medio de largo. La mayoría de las casas que existen en la parte baja del pueblo, tienen el piso interior en un nivel inferior al de afuera; es probable, que este desnivel se deba en parte al amontonamiento de material suelto, que ha bajado del cerro con las crecientes, durante losl argos años transcurridos.



Fig. 17. — Vano completado por dintel; detalle de la construcción, (lám. VI, fig. 2)

La fortaleza. — Volviendo de nuevo á las construcciones que se elevan sobre las faldas del cerro, se confirma nuestra hipótesis de que, en realidad, ellas deben haber respondido á obras de defensa; si bien, como se dijo ya, no obedecen precisamente á un plan especial, como el que correspondería á una fortaleza completa.

Los Quilmes, continuamente acosados por los invasores, se han visto obligados á fortificar el cerro, aprovechando sus asperezas y puntos estratégicos, para repeler desde allí los ataques del enemigo, durante largos años ó siglos de lucha. Por otra parte, á juzgar por la edificación y ciertos detalles, la abundancia de morteros, por ejemplo, es de suponer que, á lo menos una parte del cerro, haya tenido sus moradores permanentes.

Las construcciones que van escalonándose sobre las faldas (lám. VI,

de una habitación antigua; luego, página 15, figura 18, menciona haber encontrado « una casa de la fortaleza, que aun conserva dos horcones de algarrobo, empotrados en la pirca ».

Ten Kate, *Rapport sommaire*, etc. *Revista del Museo de La Plata*, tomo V, página 336, 1893, ha observado asimismo entre una ruina de una casa antigua de Quilmes, los marcos de la puerta, perfectamente conservados.

fig. 1), son generalmente pequeñas é irregulares, consistiendo á veces de simples pircas ó parapetos; pero, en otros casos, cualquier roca saliente del cerro ú otra pared lateral sirve para formar recintos ó verdaderas casas, siempre que las condiciones del terreno se muestren favorables. Á veces una pared vertical sostiene el plano inclinado de la falda, por donde debe de haber sido el acceso al interior de la habitación, desde que no siempre existen sitios de entrada por algún otro lado. Hemos encontrado solamente dos cuartos que tenían en la pared externa una pequeña puerta provista de dintel, formada de grandes lajas y cuya abertura medía escasamente 70 centímetros de ancho por 80 de alto.



Fig. 18. — Puerta de una habitación con dintel

Exceptuando pocos casos, todos los edificios de la fortaleza son angulares, más ó menos cuadrados; sin embargo hemos visto también algunas pequeñas construcciones circulares; y una vez, cinco de ellas agrupadas cerca de la cumbre y sobre el filo que baja hacia el este.

La cima del cerro forma una estrecha meseta que corre en dirección este-oeste. Esta parte, considerada por el doctor Ambrosetti con mucha razón como campo de refugio, se halla también ocupada por ruínas de edificios angulares, en parte ya muy destruídos.

Nuestra permanencia en Quilmes fué por demás corta, así que no nos fué posible efectuar relevamiento alguno. La descripción que antecede dará, aunque someramente, una idea de la importancia de la población antigua y la ampliarán los detalles que á continuación mencionamos.

Represa para el embalse de aguas. — En el extremo sudoeste de la ciudad baja, precisamente al pie del Filo del Molino, se encuentran los restos de una gran represa (lám. V), construída sin duda para almacenar las aguas procedentes de alguna fuente más ó menos vecina que hoy por hoy no existe: á tal propósito, debe haber servido el canal pircado, cuyos vestigios se observan aún de trecho en trecho á lo largo del cerro, por su costado sudoeste. La represa está limitada por la corrida del mismo cerro, cuyo espolón ó punta da vuelta al nordeste en forma de media luna; y una muralla artificial que arranca de dicha punta vie-

ne á cerrar la represa por el costado este, siendo innecesaria por el lado sur, puesto que allí el terreno sube paulatinamente.

Esta muralla á lo que se ve, y al efecto de resistir al empuje de la gran masa de agua, demuestra haber sido construída con todo esmero; con una extensión como de diecisiete metros, tiene tres metros de espesor por igual altura del lado exterior, y como metro y medio del interior. Se ve, pues, que los Quilmes han sabido utilizar esa gran depresión natural de tal manera, que en una represa, de como cuarenta metros por costado han podido almacenar dos mil y más metros cúbicos de agua, y llevarla por un canal de regadío, que aun existe rumbo al norte de la población.

En el extremo izquierdo de nuestra lámina (V) se distingue perfectamente la boca que daba salida á las aguas. Dicho desagüe está formado por un boquete ó canal de casi un metro de alto por medio de ancho, perfectamente construído en la misma muralla, y cubierto por grandes lajas. Del lado de adentro debe haber estado la compuerta: aun hoy se observan dos pircas de mayor á menor, convergentes hacia el interior de la represa, que dejaban una abertura triangular en comunicación con el desagüe externo: no pretendemos explicar el mecanismo de esa construcción.

Morteros. — Durante nuestra excursión por estas ruínas, frecuentemente tropezamos con una clase de morteros, pertenecientes á un tipo muy generalizado y común en muchas de las poblaciones abandonadas del noroeste argentino; algunos de ellos también sirven en la actualidad. Esos morteros consisten de simples hoyos hemisféricos, de unos quince centímetros de diámetro término medio, excavados en la roca viva del propio suelo. Raras veces se encuentran en el interior de las casas, más bien fuera de ellas, pero no muy lejos de las habitaciones, casi siempre en pequeños grupos reunidos en una sola peña; precisamente nos llamó la atención el hecho de que son mucho más frecuentes sobre las faldas del cerro que en medio de las casas del pueblo situado en el bajo.

Más escasos son los morteros excavados en piedras aisladas; no hemos tenido la suerte de hallar alguno de la curiosa forma descripta por Ambrosetti [1]; en cambio, daremos cuenta de otros dos que acaso pertenezcan á la misma categoría.

[1] Ambrosetti, J. B., *La antigua ciudad*, etc., páginas 13 y 14, les ha llamado morteros públicos; consisten en un círculo de piedras colocadas sobre la superficie del suelo, en cuyo interior se encontraron, una vez una sola piedra y otra cuatro, con los hoyos en el centro. Esas piedras se hallan colocadas á flor del piso, que está embaldosado con lajas en todo el espacio que resta entre las piedras y el arco mencionado.

Uno de ellos (fig. 19) se encuentra al norte del pueblo bajo, casi en su extremo oeste, y próximo al pie del cerro. Es un gran bloque rectangu-



Fig. 19. — Bloque rectangular con nueve hoyos de mortero

lar, de 5^{m}50 de largo por 2^{m}30 de ancho y casi 3 de alto. Su superficie es plana y en ella se observaban nueve hoyos: ocho, dispuestos

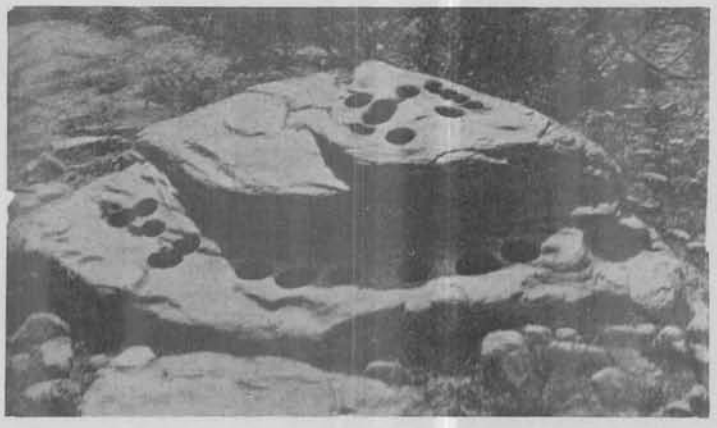


Fig. 20. — Roca con hoyos de mortero al sud de la antigua población.

en tres filas, en la parte que mira al este, y el noveno, aislado, en la extremidad opuesta de la piedra. Las cavidades de estos morteros son perfectas, tienen casi todas un diámetro de 20 centímetros, por 15 de profundidad.

La segunda piedra con hoyos queda como á cinco kilómetros al sur de

la antigua población, pero, probablemente corresponde también al radio de ésta, pues llegan hasta allí los vestigios de las construcciones, á las cuales nos hemos referido más arriba.

Se trata aquí de una roca irregular, que mide unos 3m50 de ancho é igual largo, y poco más de un metro de alto. Su superficie se compone de dos planos que contienen en su totalidad veintidós morteros, distribuídos entre aquellos por partes iguales: once ocupan el plano superior, arreglados asimétricamente, mientras que los otros once, en el plano inferior, rodean en semicírculo á los primeros. Las cavidades son de tamaño variable: en su mayoría miden 15 centímetros de diámetro y algo más de 10 centímetros de profundidad; la distribución exacta puede verse en la fotografía (fig. 20).

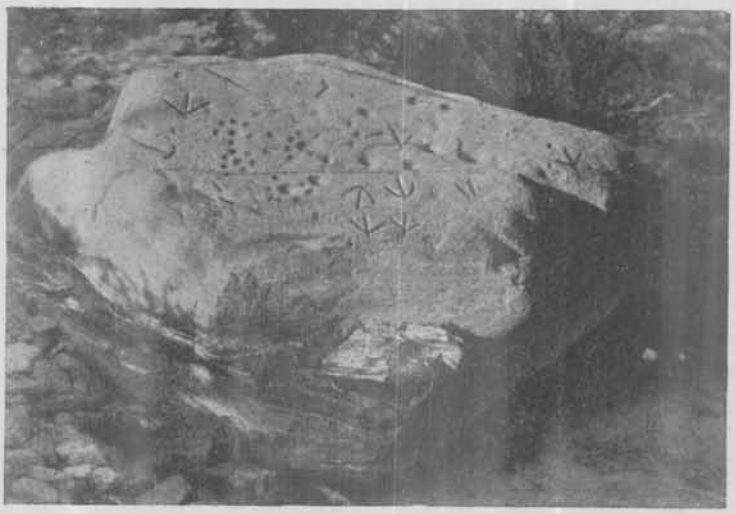


Fig. 21. — Petroglifo á la orilla del arroyo del Divisadero

Petroglifo. — Además de las cuatro piedras con petroglifos, publicadas por Ambrosetti [1], tuvimos ocasión de visitar una más de las de esta región, aun no descripta, segun nuestras referencias; hallazgo, que debemos á un chicuelo que cuidaba una pequeña majada de cabras que pastoreaban cerca de nuestro campamento.

Acompañado más tarde por dicho pastorcillo, salimos de la represa rumbo al sur, hasta el «arroyo del Divisadero», donde, después de un kilómetro de camino, encontramos la piedra buscada, pudiendo aprovechar los últimos rayos del sol de la tarde para tomar la fotografía (fig. 21).

[1] Ambrosetti, J. B., *La antigua ciudad*, etc., página 38, figuras 47-50.

El petroglifo ha sido esculpido á cincel hasta la profundidad de cinco á diez milímetros sobre la superficie plana de la piedra, la cual mide en su totalidad $2^{m}60$ de largo, 2 de ancho y $0^{m}70$ de alto.

Los dibujos son sencillos, pero no por eso menos interesantes, porque se nos ocurre hallar en ellos cierto parecido con otros, que vímos en años anteriores esculpidos sobre rocas descubiertas en los territorios del Río Negro y Neuquen [1].

Observamos también en este petroglifo, cinco de esas figuras, formadas por tres líneas cortas, convergentes, que en aquel entonces interpretamos como que eran las huellas tridáctilas del « Suri » ó avestruz americano: con ellas está una serie de impresiones semiesféricas, muy parecidas á ciertos hoyos ó depresiones que se ha supuesto eran las huellas del puma, que existen también en las rocas ya referidas.

Del lado izquierdo de la piedra, y debajo de la huella tridáctila aislada, se distingue dos pequeños círculos, formados por seis puntos ú hoyitos de igual tamaño, con otro punto en el centro. Hay entre los otros hoyitos varios de dimensiones algo mayores y, en un caso, están unidos dos á dos, por una línea algo arqueada. En lo demás del dicho petroglifo, aun se advierten algunas líneas cortas, desparramadas, que difícilmente alcanzan hoy á representar figura convencional alguna.

Á mero título de información hemos comparado los dibujos de nuestro petroglifo con los otros aludidos [2]; quizás no hubiéramos dado á ellos mayor importancia, á no haber hallado más tarde en Andaguala diversos petroglifos que también llevan estas huellas tridáctilas y otros diseños distintos, pero idénticos á aquellos de la región patagónica, los cuales, á lo que sabemos, no han sido aún mencionados como propios de la región que nos ocupa.

§ III

MATERIAL ARQUEOLÓGICO

Por motivos ya manifestados, nos fué imposible efectuar excavaciones en los antiguos cementerios de Quilmes. Así que el reducido número de objetos traídos de allá, se obtuvo por compra á la directora de la

[1] C. Bruch, *La piedra pintada del arroyo Vaca Mala y las esculturas de la cueva de Junín de los Andes*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo X, página 173, láminas I y II; *Ibid. La piedra pintada del Manzanito. Revista del Museo de La Plata*, tomo XI, página 71, figura *a*.

[2] Nos referimos aquí á las esculturas de la piedra pintada del arroyo Vaca Mala, etc.

escuela de Bañado. José González, capataz de las estancias de Quilmes, también nos vendió las urnas grandes, que él mismo había sacado de las sepulturas de dicha localidad. Desgraciadamente, no se conocen otros datos sobre estas piezas, que á continuación vamos á describir someramente.

Los objetos procedentes del Bañado son todos recipientes de diversas formas, y entre ellos se encuentran unos llamados *pucos*, tazas, más ó menos hondas, también jarros y vasos ornitomorfos.

Escudillas ó pucos. — El más sencillo de los trece objetos de la pequeña colección es una taza ó puco, de forma subhemisférica, con la base marcada por una depresión central; sus paredes son delgadas, casi verticales en la porción superior, donde presentan un estrechamiento ó cintura apenas marcado. Se trata de una pieza ordinaria, fabricada con po-



Fig. 22. — Puco amarillo con decoración rectilínea
N° 31, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

co cuidado, pero de pasta fina; sus dimensiones son 75 milímetros de alto y 135 de diámetro.

Otro puco de tamaño menor tiene el fondo aplanado, el borde oblicuamente truncado, é inclinado hacia adentro; dos pestañas, ó labios simétricos sirven de asas, arrancan del borde y se dirigen hacia afuera. Las paredes son gruesas, interiormente bien pulidas, pintadas con un barniz rojizo, como también la faja marginal del lado exterior; aquí la superficie es más áspera, de color rojo, propio de la cocción de la pasta.

Un tercer ejemplar es subhemisférico, tiene la base cóncava y proyectada hacia el interior. El borde presenta dos ligeras depresiones producidas con el dedo estando aun blanda la pasta, sobre las cuales se ha aplicado en cada lado un pequeño botón.

Este puco es negro por dentro, perfectamente pulido; por afuera el fondo está pintado bien espeso de un amarillo ocre, y con una ornamentación rectilínea, bastante mal dibujada que, como se ve en la fotografía figura 22, se divide en cuatro secciones. De los mencionados botones bajan

dos triángulos, que separan las dos caras del puco. El color de estos triángulos, lo mismo que el de algunos otros y de las líneas divisorias verticales, es más rojizo que el resto de la ornamentación; por último, una ancha faja marginal está pintada de negro.



Fig. 23. — Taza de barro gris, con ornamentación grabada
N° 29, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Unos cuantos objetos, que á continuación se mencionan, son de alfarería gris, grabada.

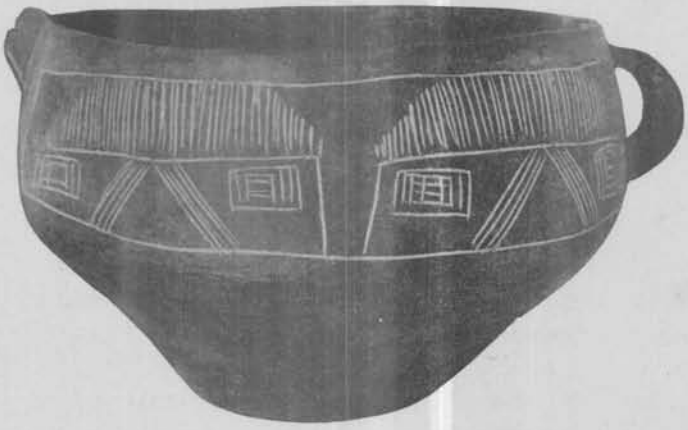


Fig. 24. — Taza de barro gris, con ornamentación grabada
N° 30, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Tazas. — La taza número 29 de la colección, de 110 milímetros de alto y 180 de diámetro, tiene la mitad inferior ligeramente cónica, la base plana, y sus paredes algo cerradas hacia arriba. Está provista de un asa vertical, de unos 20 milímetros de ancho y, del lado opuesto, de un pequeño pico ó pegote acodado y groseramente aplicado debajo del mismo borde.

La ornamentación de esta taza consiste de dibujos geométricos, grabados con punta fina á bastante profundidad; y como se ve, se compone de fajas rayadas biacodadas, entre otras reticuladas, que bajan perpendicularmente; dibujo que se repite en el otro lado de la taza.

Tanto por dentro como por fuera, la superficie es bastante lisa, pero se nota perfectamente la unión de las dos partes de que se fabricó este vaso: sobre una base cónica truncada para producir el asiento, se levantan los costados de la taza.

La otra taza, figura 24, es del mismo tipo, apenas un poco más grande; la porción inferior es más cónica, y la base cóncava es más pronunciada en el interior. También aquí existe de cada lado una guarda, más ó menos ajustada á las paredes del vaso, con un doble dibujo rectilíneo, que bien pudiera compararse con la cara humana muy estilizada; toda descripción detallada se hace innecesaria con nuestro grabado.

Vasos zoomorfos. — De la misma procedencia tenemos un lindo vaso ó taza con detalles muy caprichosos, que lo convierten en vaso zoomorfo,



Fig. 25. — Vaso zoomorfo, visto de costado. N° 32, Col. M. L. P. (1/2 del nat.)

subovalado; volcado imita la caparazón del «quirquincho», seguramente el *Dasypus vellerosus* Gray, originario de aquellas regiones. Dicho objeto pertenece también á la alfarería gris.

El fondo del recipiente es de altura reducida, la base poco achatada; las paredes, sobre todo en los costados, están encorvadas hacia adentro. Adelante está la cabeza del animal, bastante bien modelada, y del lado opuesto se nota un apéndice cónico, la cola, que es hueca interiormente, lo mismo que la cabeza; la cola lleva rayas grabadas en toda su periferia. Las tres figuras zoomorfas, que se ven perfectamente en el grabado (fig. 25 y 26), se repiten también en el otro lado.

La superficie del vaso es lisa, pero se nota muy bien la unión del fondocon la parte superior. La abertura es elipsoidal, algo más estrecha atrás; las paredes son delgadas: tienen dos á tres milímetros de espesor.

El ejemplar número 36 de la colección, es un pequeño vaso de fabricación muy tosca, de forma aplastada y se compone de dos partes semejantes: la inferior subcónica, con base circular y plana; la superior un poco más convexa, tiene la abertura en el centro de 40 milímetros de diámetro; el diámetro total del vaso es de 150, y su altura de 40 milímetros.



Fig. 26. — El mismo vaso zoomorfo, visto de frente

En el medio de la pared superior se destaca la pequeña cabeza de una figura zoomorfa, y en el lado opuesto parece haber existido un pegote, que indicaría quizá la cola del animalito.

Este vaso, de superficie rugosa, es de color de barro cocido, y está groseramente decorado. La ornamentación pintada de negro se descompone así: una faja superior de triángulos combinados con grecas, en la parte inferior, una faja de dos líneas separadas por puntos negros, y abajo de ésta, otra de líneas onduladas.

Jarros. — De paso mencionaremos los dos jarros cilíndricos, de fondo plano y con bocas algo más abiertas: ambos con un asa, como lo muestra la figura 27.

Estos jarros son de color amarillo pardusco. En uno de ellos se ve, á la altura del asa, una faja horizontal de dos líneas paralelas, entre las cuales hay cinco círculos con punto central; mientras que el otro ejemplar tiene la faja de tres líneas y, entre los dos espacios, solamente gruesos puntos. Los dos jarros tienen rayas cortas y oblicuas pintadas en el borde interior.



Fig. 27.—Jarro con decoración sencilla N° 34, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Vasos ornitomorfos. — Los tres ejemplares que completan la pequeña colección del Bañado, pertenecen á vasos ornitomorfos.

Empezaremos por el que reproduce la figura 28, de cuerpo subesférico, comprimido y alargado en el extremo posterior, imitando la cola del ave. Tiene la base formada por un aplanamiento circular, donde se encuentran

dos pegotes, bastante groseros, que representan las patas ó pies tripartitos.

La mitad superior del cuerpo es más convexa; cerca del borde anterior se desprende el cuello ancho, completamente cilíndrico y colocado en sentido vertical; éste se halla imperfecto, pero conserva aún ocho centímetros de alto y tiene seis de diámetro.

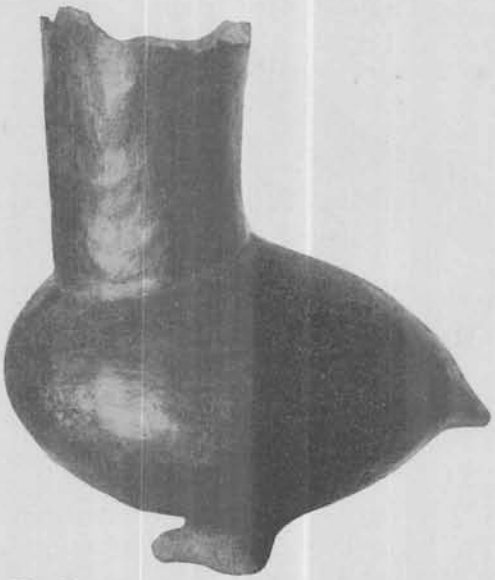


Fig. 28. — Vaso ornitomorfo de color rojo sanguíneo N° 27, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Este curioso vaso está pintado de un color rojo sanguíneo, que aparenta una especie de barniz, la superficie es bastante lisa, y el modelado, excepto el detalle de las patas, es bastante bueno.

El ejemplar que representa la figura 29, es un vaso delicado, muy bien trabajado, de pasta fina; sus paredes son delgadas, la superficie es perfectamente lisa, de un color bayo uniforme. Se caracteriza por su cuerpo algo globoso aviforme, poco aplanado en la base y ceñido en la garganta ó lugar de la unión del cuerpo con el cuello. La cola en su extremidad está lateralmente comprimida; las patas son unos pequeños conos postizos, aplicados en la región antero-basal. Además, el vaso va provisto de un asa ancha, que arranca del mismo borde trasero del cuello, el cual está oblicuamente truncado. Esta asa viene á descansar sobre el dorso, y al tacto deja sentir que ha sido introducida perforando la pared del vaso, que conserva aun un pegote en su interior.



Fig. 29. — Vaso ornitomorfo de paredes delgadas N° 28, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Por último, en el pequeño ejemplar figura 30, volvemos otra vez á la alfarería gris: podríamos considerarlo como derivado de los dos vasos

ornitomorfos, que acabamos de describir, ó sino representando también un sér zoomorfo convencional.

Aquí el cuerpo es netamente piriforme, la base un poco aplanada y con depresión central. De su parte antero-superior, se desprende el cuello subcilíndrico y ligeramente enangostado en el sitio de unión con el cuerpo. Encuéntrase ahora el cuello horizontalmente tronchado, y otros detalles indican que debe haber habido un asa, desde el labio hasta el dorso.



Fig. 30. — Vaso ornitomorfo de alfarería gris. N° 26, Col. M. L. P. (1/2 del nat.)

En los lados del cuello, un poco más atrás, aparecen ojos, figurados como en otros objetos. Sobre la línea basal, en el costado izquierdo del cuerpo, hay dos pequeñas protuberancias con rayas breves, impresas, que por ciertos indicios (manchas simétricas) deben haber existido en el otro lado también. Desde la protuberancia anterior, sale una línea quebrada, que se dirige hacia atrás, y termina debajo de una tercera, también con tres rayas grabadas como las anteriores.

Pequeña urna de tipo excepcional. — La pequeña urna, figura 31, la encontramos al recorrer las ruínas de Quilmes, debajo de una gran roca inclinada, junto á dos cráneos: es probable que alguien la colocara accidentalmente en aquel sitio. Por su pequeño tamaño y detalles de ornamentación, nos vemos obligados á mencionarla por separado.



Fig. 31. — Urna de tipo excepcional. N° 25 Col. M. L. P. (1/2 del nat.)

Como puede verse en el esquema, esta urna consta de un vientre muy estrechado en la base, de asiento cóncavo, y de un gollete ó cuello casi cilíndrico, terminado en labio inclinado hacia afuera. Por defectos del modelado es ligeramente asimétrica, y su diámetro de frente un poco mayor que el otro, por ser su sección ovalada.

El fondo de la ornamentación es blanquizco, algo amarillento; los dibujos son negros, sencillos é iguales en los dos lados de la urna, separados por una ancha faja negra vertical, en la región de las asas, lo que fija el tipo.

Los dibujos se componen de un reticulado, ó mejor dicho de un jaquelado, que cubre el cuello incluso el labio, y de una espiral volutiforme con series de puntos negros, que ocupan el vientre. Los espacios laterales de la espiral están pintados de negro, como también la ancha faja marginal del lado interior del labio.

Urnas ó tinajas con ornamentación antropomorfa. — Con las seis urnas ó tinajas, como se llaman en el lenguaje local, se completa la pequeña colección arqueológica de Quilmes. Ellas pertenecen á la alfarería característica de la gran región que nos ocupa, y constituyen á par de los pucos, el material mejor representado en nuestras colecciones [1].

Á pesar de sus formas heterogéneas, estas urnas corresponden, sin embargo, á un tipo bien definido, que consta siempre de dos partes; es decir, de una inferior, su cuerpo ó vientre, de forma subglobosa ú ovoidea; y de otra superior, el cuello ó gollete, á veces bastante alto, que termina en boca amplia, con labio doblado hacia afuera. Á los costados del vientre, y casi á la mitad de su altura se colocan las asas del tipo común.

La superficie exterior siempre va pintada de un blanco impuro algo amarillento, como fondo, sobre el cual se han trazado dibujos en negro, complementados muchas veces con alguna pintura roja.

Las diferencias que observamos en los caracteres morfológicos de estas urnas, se manifiestan también en los detalles decorativos, que forman un conjunto sumamente caprichoso, de diversos dibujos, pero de un efecto agradable y de valor artístico. Desde ya, y en mérito de la ornamentación, ellas corresponden á la categoría de las antropomorfas, en razón de que llevan figurados ojos, narices, bocas y manos de un sér humano, si bien en formas muy convencionales y estilizadas, que no siempre se hallan todas representadas en la misma pieza.

Entre los dibujos del gollete se nota en primer lugar la cara humana del tipo usual, compuesta siempre de curvas simples ó paralelas, que convergen hacia la línea media, simulando así los arcos superciliares y la nariz: en el caso que exista boca (fig. 32), las curvas se prolongan en rectas paralelas, hasta la base del cuello; los dientes se hallan indicados por pequeñas rayas. Los ojos van formados por círculos perfectos, y más ó menos ovalados, á veces con su punto ú otros circulillos concéntricos, y con los complementos (rayitas y curvas) de costumbre.

En el caso en que la representación antropomorfa está provista de

[1] Haremos presente que casi todos los autores citados en este trabajo se han ocupado de esta clase de urnas, publicando de ellas gran número de figuras que no mencionaremos aisladamente.

brazos, existen éstos siempre sobre el cuerpo ó vientre de la tinaja, colocados en sentido inverso á los arcos superciliares de la cara, como puede verse en la figura 34; es probable, que las series de triángulos negros con líneas rectas dirigidas hacia arriba, equivalgan también á una representación de manos. Hemos de advertir, que en varias urnas, los arcos superciliares de la cara, alguna vez los ojos, como también los arcos inferiores ó brazos, por ejemplo en la tinaja figura 35, son postizos, ó sea en relieve y perfectamente destacados de la superficie. En la base del gollete, dos líneas paralelas separan los dibujos correspondientes á cada parte, es decir, la superior de la inferior, mientras que las fajas negras verticales é irregulares, que bajan en la región de las asas, se interponen entre la ornamentación del anverso con el reverso.

Por regla general, la decoración de estas urnas ó tinajas es más bien asimétrica, en el sentido de que alguna vez los dibujos de la izquierda difieren de los de la derecha; tampoco son siempre iguales los que ocupan sus dos frentes opuestos.

Examinemos ahora los motivos ornamentales de nuestras urnas: encontramos en su mayor parte las mismas figuras, que son á su vez típicas en otros objetos de aquella región, naturalmente modificadas, según el sentido estético del artista, ó para adaptarlas mejor á las formas ó espacios libres de los vasos.

Si tomamos la representación antropomorfa del gollete como base ó dibujo principal, los adornos complementarios en esta parte constan, casi siempre, de especies de fajas horizontales, oblicuas ó curvas, donde predominan los elementos típicos, como ser triángulos negros con sus grecas.

En cambio, la ornamentación ventral es la que nos da la nota característica de estas tinajas, y sus diferencias facilitarán el medio de establecer ciertas subdivisiones, lo que no haremos por ahora, dado el reducido número de ejemplares en nuestra colección. Nos limitaremos, pues, á mencionar ligeramente algunos de sus detalles más importantes.

La urna, figura 32, ostenta un ejemplo de ornamentación ventral muy común, y que no es otra cosa, que la típica faja quebrada ó escalonada, llamada también ofídica [1], con todos sus complementos, tal cual la veremos más tarde sobre los pucos de fondo claro, descriptos como del Fuerte Quemado. Una faja divisoria, vertical, formada por elementos romboidales, separa los dos dibujos más ó menos simétricos en los lados de los frentes. En esta urna, como en casi todas las demás, ambas fajas escalonadas ú ofídicas del vientre, lo mismo que otras en forma de Z que se ven en el gollete, están pintadas de un rojo lacre muy obscu-

[1] Es en razón de que, en ciertos casos, esta faja quebrada termina por una cabeza de serpiente.



Fig. 32. — N° 18, Col. M. L. P.



Fig. 33. — N° 20, Col. M. L. P.



Fig. 34. — N° 21, Col. M. L. P.



Fig. 35. — N° 19, Col. M. L. P.

(Urnas antropomorfas de decoración negra y roja. $^1/_6$ del natural)

ro; la orilla superior del labio lleva un ancho ribete interior negro.

Otras dos tinajas, que llevan los números 20 y 23 de la colección, pertenecen á la misma categoría que la anterior. La faja vertical del medio se compone de escalinatas con sus grecas de costumbre.

En el ejemplar figura 33, la ornamentación del anverso en la parte ventral á cada lado de la faja céntrica, es del mismo tipo que el propio de la anterior (fig. 32), con la diferencia que la banda es de líneas rectas y no escalonada, y los claros del fondo están ocupados por los motivos maniformes [1], con algunos otros detalles que resaltan del dibujo.

En el reverso, se repite en la parte ventral la misma ornamentación á la derecha de la faja vertical, pero á la izquierda el esquema de ornamentación se asimila al de la figura 32, sólo que la banda escalonada del medio es de color negro en el centro con sus contornos rojos.

La decoración del gollete en las dos caras de la urna es más ó menos simétrica, y sólo haremos constar que los arcos, nariz y ojos se destacan aquí en relieve.

En cuanto á ornamentación, la otra urna (n° 23) es casi idéntica á la precedente, pero los detalles de la cara están como lo demás solamente pintados de negro.

En la figura 34, reproducimos otra tinaja con tipo de ornamentación bien conocido. Como se ve, ésta se divide en tres secciones, de las cuales corresponde una al gollete, con los dibujos usuales; otra, á la ventral, con dos brazos que complementan la representación antropomorfa, y encierran á su vez unos dibujos, que no son, sino otras modificaciones de los motivos típicos, que vuelven á reaparecer en la tercera ó sección basal. La claridad de nuestro esquema hace innecesaria una descripción extensa; los espacios, ó sean figuras pintadas de rojo, se indican aquí por un rayado oblicuo; conviene sólo hacer constar, que los dibujos del reverso son idénticos, con un detalle más: una cruz, entre los arcos superciliares de la cara.

La diversidad, en cuanto á forma, del quinto ejemplar está perfectamente indicada en nuestro esquema figura 35; resulta como las otras tinajas algo más ensanchada en su sección ventral, que en la del labio, la cual es casi circular. Los arcos de la cara, y los que representan los brazos están aquí en relieve; los últimos terminan en un reborde semicircular, que en casos análogos representa un objeto, tal vez algún puco ó vaso, sujetado con ambas manos.

La ornamentación en cada uno de los frentes de esta tinaja es más ó menos simétrica, excepción hecha de los dibujos que ocupan los dos espacios entre los brazos, que en el anverso son las dos figuras avifor-

[1] Elementos estos que pudieron interpretarse también como forma de alas, como se verá en la nota que se refiere á la decoración ornitomorfa del puco figura 59.

mes de *Rhea* ó « suris », con los detalles que están de manifiesto en el esquema; en el reverso un motivo semejante al que ostenta el vientre de la tinaja anterior (fig. 34), substituye las dos aves. Los dos campos del gollete, oblicuamente rayados en nuestro esquema, corresponden en el original á un fondo de un rojo lacre muy obscuro, lo mismo que el interior de la banda escalonada de la base; todos los demás dibujos son negros. Repetimos que también aquí, como en las demás urnas, el borde interior lleva un ancho ribete negro.

Las dos urnas que nos quedan aún por mencionar, se caracterizan por su forma bastante ancha, de sección elipsoidal; su factura es más bien tosca, y la decoración más grosera que en los ejemplares anteriores. Ellas se encuentran, además, en mal estado de conservación.



Fig. 36. — Urna antropomorfa de decoración negra N° 24, Col. M. L. P. ($^1/_6$ del nat.)

La urna número 22 de la colección, lleva en los dos lados del vientre brazos y manos, como en el ejemplar figura 34, que encierran figuras típicas de la *Rhea* ó « suris », con cuerpo circular, negro, y una cruz en su centro; el espacio debajo de los brazos, se complementa con adornos semejantes á los de la urna mencionada (fig. 35).

La ornamentación del gollete consta en el anverso de la cara estilizada, donde los contornos de los arcos superciliares forman ángulos rectos, y terminan en boca con dientes; los ojos se ubican en un rectángulo horizontal, y debajo de éste, dos más forman fajas, con los elementos típicos de triángulos escalonados con grecas. Parece que algunos de estos triángulos estuvieran pintados de un pardo rojizo, lo mismo que dos triángulos alargados en los ángulos infero-laterales de los rectángulos superiores. El reverso del cuello está cubierto por un reticulado tupido muy irregular; la cara solamente indicada por unos pequeños arcos, angulosos como en el lado opuesto, y rojizos, color que llenaba también el interior de los brazos en ambos lados.

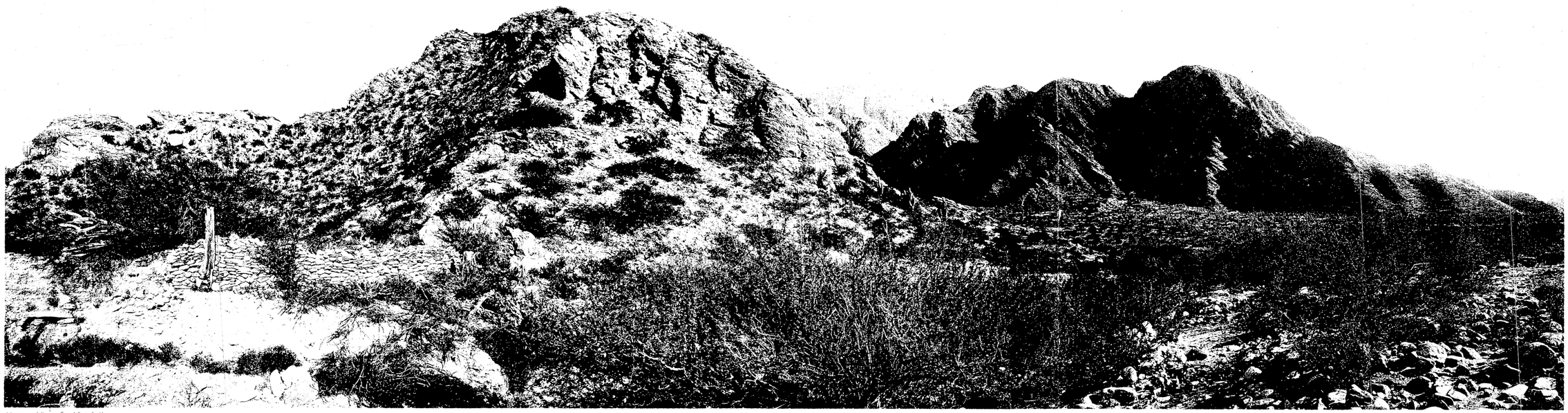
Por último, de la tinaja número 24 sólo puede decirse que es enteramente tosca, y de sección muy elíptica. Su decoración, á pesar de estar casi del todo borrada, hemos logrado reconstruirla, con ayuda de ejempla-

res similares que posee la colección del Museo [1], lo que permite presentar el esquema figura 36.

En la parte debajo del labio, las curvas usuales determinan los arcos superciliares de la cara; algunas de estas líneas vienen á juntarse en la base del cuello, acompañadas de una curva que arranca de los dos ojos.

La decoración ventral consta de la figura zoomorfa, que representa sin duda un batracio con cabeza bipartita, serpentiforme, y con demás detalles, que no necesitan otra explicación. El espacio á los costados de dicha figura, se completa por líneas paralelas, alternadas con series de puntos negros; las dos fajas negras, en la región de las asas, separan el anverso del reverso.

[1] Las dos urnas proceden de Loma Rica y llevan los números 193 y 284ª respectivamente.



Werner u. Winter, Frankfurt M.

C. Bruch, fot.

Boca del canal de regadío

Pared del embalse de aguas

Región del pueblo antiguo

Vista parcial de Quilmes (Provincia de Tucumán)



Fig. 1 **Ruinas en la falda sur del cerro de Quilmes** (Prov. de Tucumán)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 2 **Aspecto del pueblo antiguo de Quilmes en su parte baja**

SEGUNDA PARTE

ARQUEOLOGÍA DE LA PROVINCIA DE CATAMARCA

CAPÍTULO I

FUERTE QUEMADO

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

La antigua población de Fuerte Quemado ha sido otro importante centro indígena, establecido en el valle de Yocavil, cuyas ruínas se encuentran precisamente en la extremidad norte de la población actual del mismo nombre y también sobre los cerros que la rodean al oeste; se halla como á unos 16 kilómetros al sur de Quilmes.

El paisaje que ofrecen los alrededores del Fuerte Quemado, es propio de la región descripta al principio del capítulo anterior. Las mismas montañas pertenecientes á la continuación de la Sierra de Quilmes, son allí más bajas y menos accidentadas; interrumpen su monotonía las plantaciones y arboledas de las propiedades, ubicadas en la estrecha faja de tierras, que baja desde la base de la cerrillada hasta el lecho del río, donde se halla en la actualidad la parte más densa de la población (lám. VIII).

También aquí, especialmente del lado norte, perdidos entre huertas y verdes alfalfares, se distinguen aún vestigios de construcciones idén ticas á las que existen en Tafí y Quilmes, que hemos supuesto hayan sido destinadas á los cultivos de aquellos tiempos.

Como acabamos de ver, la población indígena se compone de dos partes distintas: una de ellas es la situada en el terreno llano del mismo valle; á la otra, el «Fuerte», pertenecen las construcciones dispersas sobre los cerros inmediatos.

Todo lo que hasta ahora se ha publicado sobre Fuerte Quemado, sólo se refiere á esta última parte, cuya descripción nos dió el malo-

grado Adán Quiroga [1]. Al doctor Lafone Quevedo, asimismo, debemos una breve relación [2] sobre uno de los puntos más interesantes en estos lugares, la cual ha servido para un más prolijo estudio de cuanto allí pudimos hallar. Por lo que respecta al plano publicado por Ten Kate [3], debo hacer constar que fué por error titulado «Fuerte Quemado».

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Ruinas en el llano del valle. — Corresponden éstas á la parte principal del pueblo viejo, el que ocupa aproximadamente un kilómetro cua-

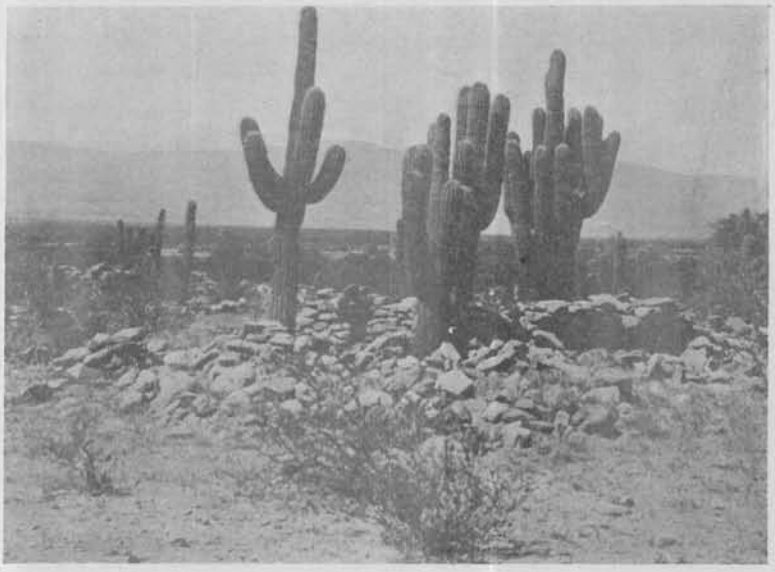


Fig. 37. — Vista parcial de las ruinas de la antigua población

drado; desde luego, una extensión inferior á la del pueblo de Quilmes, que también lo supera en cuanto á la magnitud de sus construcciones.

Las pircas bastante mal conservadas, se destacan en su mayor parte

[1] Adán Quiroga, *Ruínas Calchaquíes. Fuerte Quemado*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo LII, 1901, pág. 235, etc., con siete figuras incluso un plano. Lamento no haber tenido á la mano dicho trabajo, cuando recorrí aquellos lugares; pues me parece curioso no poder hallar en el plano (fig. 5) varios de los puntos personalmente visitados y anotados por mí.

[2] Lafone Quevedo, *l. c.*, *Revista del Museo de La Plata*, XI, 1902, páginas 7 y 8.

[3] Ten Kate, Herman, F. C., *Anthropologie des anciens habitants de la région Calcha-*

apenas de medio metro sobre la superficie del suelo; sólo en contadas ocasiones llegan á medir metro y medio y hasta dos de altura, cuando mucho; su espesor no es extraordinario, y no pasa de 60 centímetros, término medio. Para la edificación, los indios se sirvieron en su mayor parte de cantos rodados del río ó de piedras desprendidas de los cerros, empleándolas en la forma habitual, es decir, todas las piedras superpuestas unas sobre otras, sin uso de liga alguna.

En conjunto, el Fuerte Quemado lleva el sello característico de los pueblos indígenas de la región; sin embargo, parece que á veces se hu-

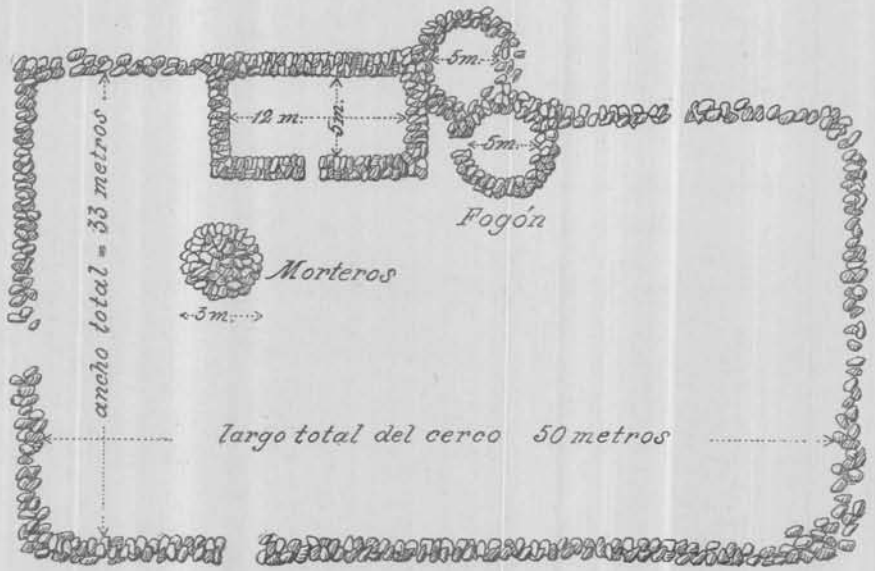


Fig. 38. — Croquis de una habitación en el llano

biese cuidado de distribuir ciertos edificios con algo de simetría, y si alguna irregularidad existe, no es tan manifiesta en la parte sur del pueblo.

Allí se ven (fig. 37) algunos grupos de casas, que constan de una y hasta tres ó más piezas, perfectamente cuadrangulares, de paredes bastante gruesas y altas, provistas de simples aberturas de entrada; luego otras construcciones más pequeñas, bajas y de forma circular, casi siempre unidas con las angulares. Además, cada casa, por decirlo así,

quí (Rép. Argentine), en *Anales del Museo de La Plata* (sección antropológica), I, 1896, página 17, plancha A, figura 27 y 27*a*.

El plano mencionado, hecho según un croquis muy someramente levantado por el ingeniero Bovio, representa las fortificaciones sobre el cerro de la Punta de Balasto, como lo pude comprobar con el original hallado por casualidad entre los documentos del Museo.

está rodeada de una pirca baja, que le sirve de amplio cerco, generalmente hacia el este, y anchas calles corren más ó menos paralelas de sur á norte, separando una vivienda de la otra.

Para dar una idea suficiente, ofrecemos dos planos de estas construcciones características.

El croquis (fig. 38) representa una casa compuesta de una sola habitación rectangular, cuyas paredes, de unos 80 centímetros de espesor conservan en parte casi dos metros de altura; el pasaje, que da acceso al patio, tiene 60 centímetros de luz. Á la derecha de esta pieza, se hallan dos pircas circulares, de las cuales parece que la externa hubiese sido la más alta; la otra, quizá haya servido de cocina, pues, al efectuar una pequeña excavación en el centro de la misma, se descubrieron abundantes vestigios de cenizas y fragmentos de huesos carbonizados.

Con cierto interés hemos examinado un círculo de tres metros de diámetro, cubierto totalmente de piedras, y que se hallaba en el interior del



Fig. 38 bis. — Croquis parcial de una habitación vecina

patio. Al remover las piedras, vimos dos fragmentos de lajas, provistas de hoyos para morteros, lo que nos hizo sospechar, que se tratara tal vez del mismo tipo de morteros, descubiertos por Ambrosetti [1]. Las construcciones mencionadas están rodeadas por un amplio cerco, tal cual lo demuestra nuestro plano.

El segundo croquis (fig. 38 bis) corresponde á otra casa, que se encuentra al este y próxima á la anterior. En el caso presente, existen tres piezas cuadrangulares dispuestas en línea, de las cuales la del medio es casi cuadrada, pero separada del muro exterior y de la pieza contigua por una pared externa, algo curva. También aquí hallamos dos pircas circulares bajas, de tres y cinco metros de diámetro respectivamente. El muro general ó cerco forma un gran rectángulo, algo irregular en el rincón ocupado por los edificios, que mide unos 50 metros del costado este y 33 del otro sur.

[1] Véase página 25 de este trabajo.

El resto de las construcciones del bajo no ofrece particularidad alguna; las habitaciones son allí casi siempre pequeñas, aisladas, en parte muy mal conservadas, circunstancia que nos ha impedido estudiarlas como lo deseáramos. Entre las construcciones angulares abundan también otras de formas circulares, separadas ó en relación con aquéllas. Así, por ejemplo, hemos visto al noroeste de las primeras casas descriptas, una quincena de pircas circulares, colocadas en dos filas paralelas á distancia de unos treinta metros una de otra, y en dirección de este á oeste. Estas pircas, de tres á cuatro metros de diámetro, tienen apenas unos 50 centímetros de altura, por otro tanto de espesor; pero no presentan indicio alguno de haber tenido vano para puerta.

Otros vestigios más, dan á conocer que debe haber existido un muro bajo, que cercaba la antigua población en sus costados sur y nordeste.

Ruínas en la región montañosa. — Sin duda alguna, las construcciones que hallamos en esa parte, tenían por objeto, servir para obras de defensa: con ese fin, el indio levantó una gran extensión de pircas sobre las faldas de los cerros, para proteger con ellas las pequeñas quebradas y caminos que conducen á los puntos más elevados del cordón principal, cuyas cimas, aquí y allá, están ocupadas por construcciones de menor importancia.

Las construcciones que se hallan sobre las faldas del cerro constan en su mayor parte de simples paredones cortos y bajos, dispuestos con irregularidad, pero siempre en forma tal que se aprovecha muy hábilmente cualquier peña ó lugar adecuado, sin descuidar la disposición estratégica como condición de primera importancia.

Otras veces, estas paredes son mucho más largas, constituyendo entonces murallas horizontales, colocadas algunas en doble, y hasta triple filas paralelas, que rodean luego los morros en su base para dominar el acceso á ellos.

Todas estas obras de defensa son más abundantes en la parte norte y este de las alturas que en las faldas del oeste, las cuales por lo general son muy paradas, abruptas, y casi inaccesibles; por lo tanto ha sido innecesario fortificarlas.

Si hemos de atenernos al plano de Adán Quiroga, cuyos detalles y orientación creo deben estudiarse de nuevo y con más detención, son cinco los morros que ofrecen mayor interés; están ocupados por construcciones cercadas por una serie de murallas protectoras. Las primeras tienen forma angular; son de dimensiones variables, entre dos á tres metros de ancho, y de tres hasta siete de largo; en ciertas partes conservan aún dos metros de altura, y su espesor es el mismo que en las demás edificaciones ya mencionadas.

Al extremo norte de la población antigua, cerca del camino que conduce á la Chilca, y sobre el mismo filo que baja del cerro, levántanse sobre algunas rocas escarpadas tres hermosas torres cilíndricas, construídas de piedra laja [1].

Estas torres, en la actualidad muy destruídas, se suceden elevándose en línea recta, con metro y medio entre la primera y segunda, distante ésta unos once metros de la tercera. Á juzgar por los muros que en partes se han conservado, la altura de dichas torres no excedía en mucho de 2 metros: los diámetros, medidos por Quiroga, indican $4^{m}10$ para la primera, $2^{m}80$ y $3^{m}20$ para las otras respectivamente. Cada una de ellas lleva su puerta de entrada, y se distinguen además en sus paredes externas ciertas lajas salientes, horizontales y separadas, á manera de escalones.

Inoficioso nos parece hacer referencia al valor estratégico de estas construcciones circulares, pues, es de suponer, que ellas fueran los primeros reductos de las defensas, que entonces servían de avanzadas, capaces de rechazar cualquier ataque por aquel costado.

En el curso de nuestras investigaciones hemos podido dar con algunas de estas torres más: varias de ellas se encuentran sobre las faldas al sudeste de la cerrillada; otras forman parte de las construcciones de un cerro, que por lo visto, parece ser el más interesante de todos, y quizás hayan correspondido á la principal de las fortificaciones, la que pasamos á describir en seguida.

Construcciones sobre el cerro. — Nuestro cerro, ó mejor dicho morro (lám. IX), está situado como á un kilómetro al sudeste del caserío grande de la llanura, y al oriente del mismo cordón de la cerrillada, donde viene á marcar un lugar más prominente entre los otros comprendidos en el radio de esta población. Su altura puede apreciarse en algo menos de trescientos metros, sobre el nivel del río; siendo ese morro un verdadero « divisadero », pues desde su cima se domina el gran valle Calchaquí en toda su amplitud, alcanzando la vista hasta la misma Punta de Quisca, por el norte, y hasta las extensas planicies que se abren al sur del mismo valle, sin que se pierdan en nada todos los detalles de los lugares y puntos circunvecinos.

Por otra parte, la configuración natural de este cerro, es una circuns-

[1] Quiroga *(Fuerte Quemado,* pág. 236), compara dichas torres con aquellas de Batungasta; dice haber notado que las piedras lajas empleadas, han sido ligadas con un barro gredoso, y que las torres estuvieron rebocadas por afuera. Extraño no recordar este detalle que, si el dato fuera exacto, no dejaría de tener importancia, puesto que no vimos ejemplos parecidos entre otras construcciones indígenas de la región.

tancia en favor de que el pequeño fuerte resultara una posición tan importante como inexpugnable.

Con el objeto de efectuar el relevamiento de las pircas, que coronan su cima, realizamos el 23 de marzo de 1907 una ascensión, acompañado por Manuel Guerra, criollo de Fuerte Quemado. Á pesar de la poca altura del cerro, la subida se presenta bastante dificultosa; la emprendimos empero por el costado sudeste, siguiendo por las faldas hasta un portezuelo, y después de salvar unas laderas muy ásperas y empinadas, tomamos directamente hacia el norte, para llegar al filo principal (lám. IX, fig. 1 y 2).



Fig. 39. — Plano de las construcciones principales sobre el filo del cerro

Por los costados este y oeste el cerro es inaccesible, por estar sus faldas y laderas casi á pique y presentar puros despeñaderos: desde luego su única parte transitable es el estrecho filo, que forma un plano irregular, angosto y ligeramente inclinado con rumbo de noroeste al sudeste, y sobre el cual encontramos interesantes fortificaciones.

Casi todas estas construcciones se hallan hoy día muy mal conservadas, y para nuestro relevamiento tuvimos que guiarnos las más de las veces por los cimientos que han quedado de lo edificado.

Ambos lados de todo el plano superior del cerro están cercados por una pirca que en alguna parte llega á medir hasta dos metros de altura, por fuera, sobre todo donde hubo necesidad de levantar el piso para nivelarlo. Dentro de este pircado queda el recinto habitable, bastante estre-

cho por cierto, con solo cinco á siete metros de ancho, el cual está ocupado por las cinco construcciones, exactamente, como ellas figuran en nuestro plano (fig. 39).

De la primera A, sólo quedan cuatro pilares ó macizos ya derrumbados, que dispuestos en rectángulo están separados entre sí por un espacio de un metro; y cada macizo mide un metro de ancho por dos de largo.

Á los doce metros nornoroeste de esta original construcción, hallamos una torre circular B, que descansa como el edificio C que la sigue, sobre grandes peñascos. Esta torre tiene 4 metros de diámetro, su pared, del lado de adentro, 1^{m}40 de alto, y hacia el sur se abre una estrecha salida de apenas 40 centímetros de luz.

La construcción C, corresponde á un recinto rectangular, perfectamente orientado de sur á norte. Es la mayor de todas, con 8 metros de largo y 5 de ancho, ocupa el lugar más elevado de la misma cumbre del filo. La pirca tiene unos 40 centímetros de espesor y en aquella que hace la pared del lado oeste, la única que está aún en pie y visible desde abajo del cerro, se halla además una puerta de 55 centímetros de abertura.

De las otras dos piezas, D y E, rectangulares también, sólo quedan marcadas sus bases. Ellas están situadas al lado opuesto de las mencionadas más atras: son pequeñas de 2 por 3 y 3 por 5 metros de ancho y largo respectivamente y tienen también sus vanos de salida en los sitios donde lo indica el dibujo.

Desde la última pirca E, el angosto filo del morro baja rápidamente unos 150 pasos derecho al norte; luego con mayor pendiente aun, dobla hacia el este, y unos 50 pasos más adelante llega á una pequeña plataforma que se confunde con las sinuosidades de las mismas faldas; éstas se hallan cortadas á la vez por profundas gargantas.

Aprovecharon este descolgadero los antiguos, para transformarlo en un camino, por donde tenían una subida relativamente cómoda hasta la cumbre del cerro. Con tal fin, gran parte de este filo ha sido pircado, y de trecho en trecho se encuentran lajas escalonadas, sobre todo en los sitios donde el terreno tiene más declive; y esta escalinata llega hasta la construcción mayor (C) de la cima, donde aun está muy visible.

Por otro lado, la subida estaba perfectamente defendida, como consta por restos de las pircas, y torre circular que aun existe al pie de la primera bajada. La plataforma á la terminación del filo está cercada por un muro cuadrilátero bajo, de unos 35 metros por 20, con otro formando un martillo cuadrado al nordeste; este último es bastante alto, de unos cuatro metros por costado, y viene á dar sobre el mismo borde de la plataforma.

De allí parece que el camino continuó bajando hacia el nordeste al abrigo de las defensas, que están distribuídas sobre las ásperas laderas

y en las mismas quebradas ó gargantas del cerro, de manera que habría sido casi imposible cualquier tentativa de asalto por esta parte.

La breve relación que antecede, basta para darse uno cuenta de la importancia de esta posición é inteligencia de sus moradores, una y otra cosa puestas ya de relieve en la amena descripción de Quiroga. El mismo autor menciona el descubrimiento de cuatro grandes menhires [1] hallados sobre uno de los morros al nordeste del Fuerte, de los cuales no hemos hallado rastro, ya porque hayan sido destruídos, ya porque no pudimos dar con su ubicación.

§ III

CEMENTERIOS Y SEPULCROS

En las siguientes líneas, á grandes rasgos, daremos algunos detalles sobre el tipo de sepulturas halladas en nuestra rápida exploración y mencionaremos también los dos enterratorios de donde procede la mayor parte del material arqueológico adquirido durante la breve permanencia en esa localidad. Es de sentir que los que realizaron las excavaciones para obtener estos objetos, no hayan observado todas las precauciones indispensables en tales casos. Afortunadamente, conocemos la procedencia cierta de los hallazgos, dato que nos permitirá aventurar opinión al respecto.

Para que un estudio de los enterratorios y de las excavaciones sea prolijo, sistemático y escrupulosamente llevado, debe de estar siempre correlacionado con el examen de las viviendas del pueblo á que perteneciran. Lástima grande es que, por lo general, entre nosotros han sido descuidados estos detalles desde un principio; y, es tanto más sensible en este caso, por tratarse de una localidad de la cual se han sacado materiales tan numerosos como interesantes, que se hallan actualmente diseminados en las grandes colecciones del país y del extranjero.

Sorprende el número de cementerios y la enorme cantidad de objetos arqueológicos extraídos de Fuerte Quemado, al parecer fuera de toda relación con la importancia de esta población. Es de suponerse, pues, que se trata de un centro muy antiguo y habitado durante largas épocas, por varias generaciones, acaso de origen étnico muy distinto, como podría deducirse de las construcciones y objetos que ellas nos han dejado.

[1] Á estos nos hemos referido en la nota 1, página 13.

Los enterratorios, hoy casi todos profanados, son muchos y constan generalmente de buen número de sepulcros agrupados, y excavados en los derrumbes que se hallan en la base de algún cerro, siendo más frecuentes en el lado nordeste del cordón principal (lám. X). Se encuentran también, aunque más aislados, al pie de algunas lomas al extremo norte de la población, y al oeste de la misma cerrillada.

Nada hace sospechar en la actualidad la presencia de sepulturas, puesto que se hallan totalmente cubiertas por el material suelto que se ha desmoronado de las alturas, posiblemente durante largos siglos. Esta circunstancia nos permite suponer que, en un principio, todas estas construcciones funerarias hayan estado perfectamente visibles sobre el nivel del suelo, como sucede en los casos en que no han intervenido dichos derrumbes.

Examinando más tarde los escombros de las sepulturas ya excavadas por otros, que se hallan al pie de los cerros, pudimos observar que todas ellas son más ó menos de una misma construcción, por consiguiente podríamos considerarlas como típicas de la localidad [1]. Todos los sepulcros son más bien pequeños, de forma más ó menos circular ú ovalada, á veces rectangular, con sus ángulos mal definidos, y cuyo interior casi nunca excede de $1^{m}50$ á 2 metros de diámetro y un metro de altura, mejor dicho de profundidad. Sobre el propio piso del sepulcro descansan los restos fúnebres y se alzan las paredes formadas por lajas muy delgadas y largas, de un solo tamaño, y colocadas como duelas de barril; á menudo estas paredes son inclinadas de tal modo que el diámetro de la parte de arriba supera al de abajo, diferencia que les ha valido el nombre local de « hornos ».

En ciertas ocasiones hemos observado, que por la falta de lajas laterales bastante largas, y para aumentar la altura, se sobrepone á éstas una pirca de piedras colocadas horizontalmente; en este caso el diámetro máximo está en la parte donde descansa la pirca sobre las lajas; sólo en raras ocasiones, tal vez por la carencia de lajas de conveniente tamaño, hemos hallado sepulcros más ó menos cuadriláteros, pero pircados con piedras pequeñas desde su propia base.

Por lo que se ve, y sin excepción alguna, todas estas construcciones se han tapado con piedras muy grandes y chatas, que estarían ó no á la vista; pero que hoy por hoy se hallan cubiertas por una capa de ripio y pedregullo de medio metro y más de espesor.

Desgraciadamente, ningún dato preciso se ha podido obtener sobre la disposición de los sepulcros entre sí, ni de los hallazgos en el interior

[1] Me refiero aquí solamente á las excavaciones recientes, y lugares de donde proceden nuestros objetos. De las excavaciones anteriores, pocos vestigios quedan aún, pero según mi acompañante las sepulturas aquéllas pertenecían al mismo tipo.

de los mismos. Parece que éstos se distribuían sin orden alguno, ya muy arrimados unos á los otros, ya separados. En cuanto á su contenido, se nos ha asegurado que en todos los casos la osamenta era poca, pero la alfarería mucha; y que del panteón que representa nuestra vista lámina X, los hermanos Guerra descubrieron como 200 objetos, en una extensión de unos 800 metros cuadrados, sin contar las piezas desperdiciadas que se hallan aun desparramadas por el suelo.

El otro cementerio del cual procede la colección rotulada *Molino del Puesto,* merece una descripción especial, por la factura tan inferior de los objetos, como luego veremos. Este cementerio descubierto y excavado por el vecino José Méndez, pocas semanas antes de nuestra llegada,

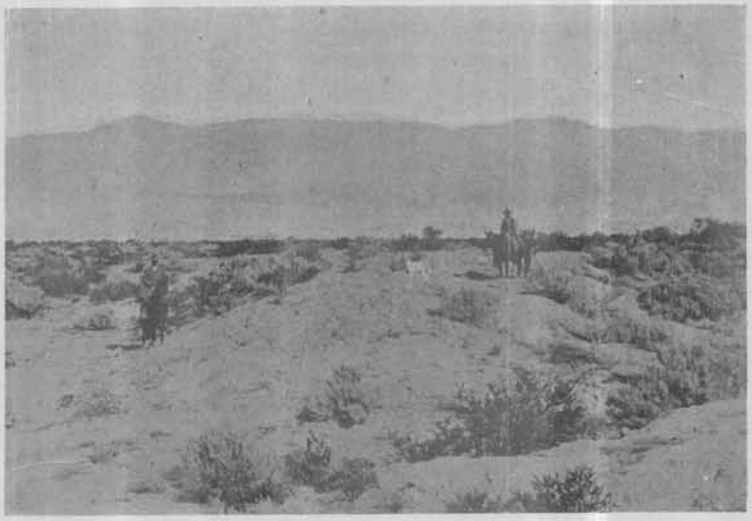


Fig. 40. — Aspecto actual del cementerio próximo á Molino del Puesto

se halla como á tres kilómetros al sudeste del anterior, en la misma llanura del valle, distando de Molino del Puesto, propiedad de Manuel Gómez, apenas un kilómetro, rumbo al este.

En esta parte del valle el terreno se presenta bastante desigual y ondulado, entrecortado á veces por los torrentes que bajan del alto, los que han acumulado en algunos lugares pequeños montículos de ripio y otros depósitos fluviales. Precisamente una de estas elevaciones fué la que ha servido en el presente caso, para convertirlo en el panteón de donde proceden muchos de los objetos comprados á Méndez.

Ya dijimos que por la factura tosca, estos objetos se diferencian completamente de aquéllos sacados de los enterratorios arriba mencionados, y no cabe duda que ellos pertenecen á un *Kulturlager* muy distinto; observaciones ulteriores resolverán, si es anterior ó posterior al de la al-

farería tipo Santa María. Según noticias proporcionadas por Méndez, parece que muy poco cuidado se ha tenido para construir los sepulcros que pertenecen á este panteón: á menudo, una simple pirca de forma más ó menos rectangular ú ovalada, pero de gran extensión, debe haber formado un grupo de sepulturas, las que se hallaban separadas entre sí por una que otra hilera de piedras.

§ IV

MATERIAL ARQUEOLÓGICO

Los objetos que nos proponemos describir en este párrafo, no proceden, como sería de desear, de excavaciones sistemáticas; pues faltan los antecedentes y detalles sobre los hallazgos, que deberían acompañarlos siempre; sin embargo, no por ello desmerece su interés, tanto más cuanto que por lo menos podemos tener confianza de que su origen es fidedigno. La colección adquirida de José Méndez, la había formado él personalmente, y poco antes de nuestro paso por aquella villa, había hecho las excavaciones en el enterratorio próximo á Molino del Puesto, lo que pudo comprobarse *in situ*. La colección comprada á José Martínez, comerciante de Fuerte Quemado, la obtuvo él á su vez de los hermanos Guerra, convecinos y hábiles buscadores de antigüedades, quienes nos acompañaron hasta los sitios donde hicieron las excavaciones de que hablamos ya en otro lugar. Por último, las grandes urnas que nos vendió Inocencio González, las obtuvo de los mismos Guerra, por una pequeña deuda que ambos resolvieron cancelar mediante esta venta.

Sin otros detalles precisos sobre los hallazgos, y por tratarse de un material en parte completamente homogéneo en cuanto á su decoración, haremos la enumeración en conjunto, señalando como de Molino del Puesto ó sólo con la letra M, todos aquellos objetos que Méndez nos dijo haber extraído del panteón próximo á la propiedad de Manuel Gómez.

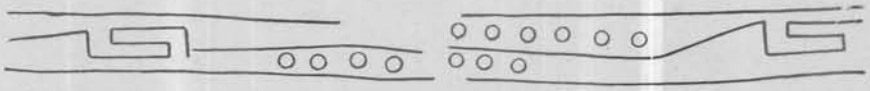
Escudillas ó «pucos»

Pucos negros. — De todos los objetos obtenidos de esos lugares y en las condiciones arriba expresadas, los más son las escudillas, llamadas pucos [1]. Comenzaremos su descripción con los de una clase bien cono-

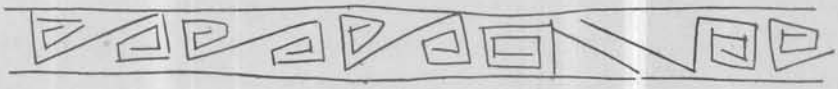
[1] Conservaremos el nombre local *puco* (véase nota 2 de la página 16), para toda la serie de escudillas ó tazas, si bien de formas bastante heterogéneas, tanto más cuanto que aun no se han establecido términos especiales para los distintos tipos de estos vasos.



a Fuerte Quemado. N° 212, Col. M. L. P.



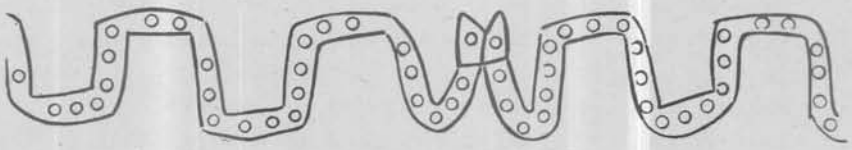
b) Fuerte Quemado. N° 208, Col. M. L. P.



c) Fuerte Quemado. N° 203, Col. M. L. P.



d) Molino del Puesto. N° 207, Col. M. L. P.



e Fuerte Quemado. N° 201, Col. M. L. P.



f) Fuerte Quemado. N° 206, Col. M. L. P.

Fig. 41. — Ejemplos de ornamentación grabada sobre diversos pucos

cida: los de alfarería negra; de éstos tenemos unos catorce ejemplares, seis de ellos completamente lisos, sin adorno alguno; los otros, provistos de una guarda ó faja grabada en el margen exterior.

Salvo diferencias insignificantes, estos pucos corresponden morfológicamente á un solo tipo: de forma subhemisférica, altura reducida, con base circular y cóncava; la pared superior proyectada ligeramente hacia el interior del recipiente, que siempre está desprovisto de asas.

El modelado está bien hecho, de pasta uniforme, arcillosa; la superficie perfectamente alisada y, ya por fuera, ya por dentro, ó también en ambos lados, negra, muy bien pulida.

En cuanto á las dimensiones, el ejemplar más pequeño de la serie sin guarda (n° 213) tiene 45 milímetros de alto y 90 de diámetro; el más grande mide 80 y 180 milímetros respectivamente.

El puco número 211 es, por excepción, de forma más alta, sus paredes son rectas, se ensanchan gradualmente hasta el mismo borde y ambas superficies están bien pulimentadas.



Fig. 42. — Pequeño vaso de triple cintura. N° 81, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Los pucos grabados son de igual forma que los lisos. El ejemplar número 214, procedente de Molino, es pequeño ($0^m04 \times 0^m07$), y su guarda idéntica á la del puco número 212, que representamos en la figura 41 *a*.

Para simplificar nuestra descripción hemos reproducido los esquemas de las diferentes guardas en la figura 41 *a-f*. Como se ve, se componen en su mayor parte de figuras geométricas, formadas de líneas rectas y curvas, combinadas alguna vez con pequeños círculos ó con grecas y meandros.

Solamente en los pucos número 201 y 206, la guarda está formada por la representación de la serpiente, figurada como faja quebrada con pequeños círculos estampados: en uno de estos vasos, el ofidio está reproducido con más naturalidad; y en éste mismo, la superficie externa es de color gris, pero negra por dentro.

Sea dicho de paso, todos los dibujos han sido grabados con bastante profundidad y antes de la cocción, estando aún blanda la pasta.

Pequeño vaso de triple cintura. — Citaremos por separado un pequeño vaso, que si bien es de forma distinta á la de los otros recién descriptos, pertenece también á la alfarería grabada.

Como se ve por la fotografía figura 42, se compone de tres partes superpuestas, de manera que dan lugar á una triple cintura, terminando la superior en un labio, inclinado hacia afuera. Las tres partes que componen este vaso están adornadas por fajas de dos líneas paralelas, sepa-

radas por series de pequeños círculos estampados, visibles perfectamente en nuestra reproducción, como también el lugar donde estaba colocada el asa que falta.

Pucos rojos sin decoración. — Los pucos sin decoración, representan los ejemplos más simples de la alfarería colorada, pero no por esto son más abundantes; por el contrario, casi todos los ejemplares de nuestra colección están artísticamente decorados.

Desprovistos de toda ornamentación tenemos tres pucos sacados del cementerio de Molino, que merecen ser mencionados por su forma perfectamente hemisférica, sin base ó con ésta apenas manifiesta. Sobre todo uno de estos pucos (n° 191), ha sido modelado con especial cuidado; las paredes son siempre gruesas, perfectamente lisas en ambos lados, pero el material empleado para la fabricación contiene mucha mica; en cuanto á sus medidas, alcanzan á unos 10 centímetros de alto y poco menos de 20 de diámetro.

Algunos otros pucos de la misma factura se distinguen por su forma menos convexa y la parte inferior más bien cónica, que termina en una base acentuada por una pequeña depresión circular. Dos ejemplares bastante grandes de este tipo, proceden también del cementerio del Molino.

De otros dos pucos de Fuerte Quemado, uno, el número 149, es muy pequeño ($0^m03 \times 0^m07$ de alto y diámetro respectivamente), muy bien alisado y pintado de rojo; el otro, de doble dimensiones, muestra la parte de arriba visiblemente inclinada hacia el interior.

Pucos decorados. — Las escudillas ó pucos de que vamos á tratar en este párrafo, son del tipo común, de forma subhemisférica, más bien subcónica, si bien con diferencias en el tamaño: ellos carecen de asas y son siempre de color rojizo con dibujos negros.

Esta decoración se compone de líneas rectas y también curvas, dispuestas siempre en guarda ó faja más ó menos ancha, que ocupa toda la circunferencia en la parte labial del recipiente.

El adorno más sencillo consta, en uno de los ejemplares, de dos líneas paralelas; se repiten en otro, pero aquí más distanciadas, y el espacio entre ellas está ocupado por puntos algo gruesos.

De Molino tenemos un puco (n° 173) que lleva una especie de faja formada solamente por triángulos negros, con los vértices dirigidos hacia abajo; un esquema parecido se nos presenta en el ejemplar número 162, de Fuerte Quemado; las fajas en éste son dos y dentadas en forma de serrucho, una debajo del borde, la otra en el medio del puco, con los picos en sentido opuesto á los de arriba.

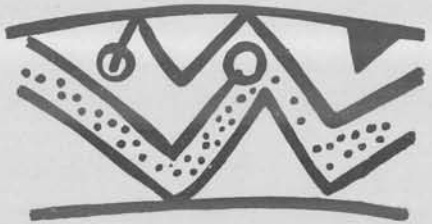
En la guarda, figura 43 *a*, tenemos una decoración rectilínea, común á varias tazas, que se repite con algunas variantes en otros ejemplares.



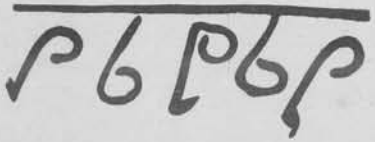
a) Fuerte Quemado. N° 169, Col. M. L. P.



b) Molino del Puesto. N° 200, Col. M. L. P.



c) Fuerte Quemado. N° 170, Col. M. L. P



d) Fuerte Quemado. N° 144, Col. M. L. P.



g) Molino del Puesto. N° 104, Col. M. L. P.



e) Molino del Puesto. N° 140, Col. M. L. P.



h) Molino del Puesto. N° 141, Col. M. L. P.



f) Fuerte Quemado. N° 175, Col. M. L. P.



i) Fuerte Quemado. N° 189, Col. M. L. P.

Fig. 43. — Ejemplos de guardas pintadas sobre pucos rojos

Mencionaremos en este lugar el pequeño puco número 147, de factura tosca, con base y un asa pequeña, antropomorfa, en la orilla. La guarda es sencilla, formada también por rombos entre dos líneas horizontales, con puntos negros en su centro y en los triángulos de arriba.

Otro puco de forma excepcional, bajo y de paredes como de cono truncado, con dos pequeñas asas simétricas, colocadas sobre el mismo borde, conserva aún vestigios de una guarda parecida á la anterior, pero combinada con varios círculos.

El ejemplar número 186 M de la colección, tiene las líneas dispuestas en tal forma, que los rombos son más alargados en sentido horizontal, con otros incluídos dentro de los mismos y todo ello con bastante simetría; el espacio entre uno y otro rombo lleva los puntos negros tan conocidos.

Otra variante se consiguió (n° 165) con las mismas dos líneas, que encierran rombos libres con otros manchones de la misma forma en el medio, todo más ó menos asimétrico; los rombos principales en los puntos de contacto tienen sus ángulos pintados, para formar unos triángulos negros. En la parte inferior de la guarda, los espacios triangulares que resultan, llevan también unos piquillos negros que más ó menos condicen con las líneas que los limitan. En la figura 43 *b*, la faja usual es completamente asimétrica y caprichosa, pero se ve que resulta de líneas y triángulos con apéndices contrapuestos.

El puco número 170, figura 43 *c*, es muy curioso, porque las líneas en zigzag de la ornamentación usual imitan la forma de serpiente aunque muy estilizada, como resulta de los círculos en que terminan las quebradas, base del dibujo; los puntos que llenan el campo del esquema representan las manchas del ofidio y dos de los vacíos triangulares superiores llevan su triángulo invertido.

En la figura *e*, se representa en parte el esquema de otra taza, que se explica por sí solo: es una combinación de líneas y espirales que nacen de triángulos.

La figura 43 *g* representa también parte de la guarda de otro puco, aun más caprichosa que las anteriores, pero que ocupa el mismo lugar y se ciñe á las mismas limitaciones: un espacio cuadrilongo con puntos, dos series de piquillos (2 y 2), otra de triángulos que acaban en espirales y otra de unas S, muy conocido tema de aquellos artífices.

La figura 43 *f* corresponde á un puco de pequeño tamaño, del cual se ha conservado solamente el adorno que representa nuestro esquema.

Algunos vasos con guarda marginal que tenemos aún que mencionar se diferencian de los citados, por tener también en la parte interior dibujos que parecen indicar algo como fajas.

En los pucos número 143 y 144 (fig. 43 *d*) y al exterior de la línea negra

marginal, se desprenden ganchos que encierran otros contrapuestos que suben del espacio inferior. En el interior van pintados unos ángulos formados por dos líneas paralelas, y cuyos espacios están colmados por gruesos puntos.

Se puede hacer referencia á una escudilla que por fuera tiene unos triángulos groseramente cuadriculados, como guarda, y en el interior una faja mediana con espirales.

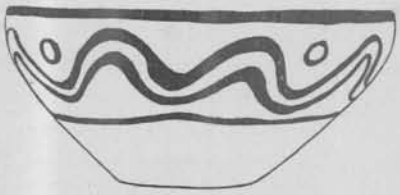


Fig. 44. — Decoración del puco nº 150 M Col. M. L. P. ($^1/_3$ del nat.)

También se incluirá aquí otro ejemplar, cuya ornamentación exterior se reproduce en la figura *h*. El interior lleva esas espirales dobles en forma de S opuestas una á otra, símbolo que reaparece en el número 178 de la colección.

Por último, el puco número 189 es de una factura y ornamentación muy superior, como se verá por el esquema que representa en su integridad la guarda exterior (fig. *i*), muy complicada y poco común. La exactitud del calco hace innecesaria toda otra descripción. Los ejemplares de este tipo son dos, casi iguales en forma, tamaño y ornamentación.

El pequeño puco figura 44, número 150 M, se adorna con líneas onduladas y circulillos en los vacíos de arriba.

La diversidad en los caracteres morfológicos de nuestros pucos se manifiesta también en su ornamentación, pues, no siempre hallamos concordancia entre las formas y su decoración. Tal vez sería posible agrupar todas estas piezas de mejor manera; pero seguro es que habrá siempre alguna contradicción, debido á que el material es demasiado heterogéneo. Dado el carácter de simple enumeración á que nos sometemos, no sería extraño que alguna vez lleguemos á citar tal ó cual ejemplar que estarían mejor colocados en división aparte; verdad es que hemos tratado de reunir ciertas piezas especiales, considerando los detalles de su decoración exterior como razón de origen para esta agrupación. Después de estas explicaciones, pasemos á examinar los objetos.



Fig. 45. — Taza hemisférica. Nº 155 Col. M. L. P.

De las dos tazas números 155 y 157 de la colección, una de ellas está representada en la figura 45. Como se ve, tiene forma casi perfectamente hemisférica, sin aplanamiento alguno en la base; estando provis-

tas de una pequeña asa vertical al borde, y del lado opuesto, con el dedo, se ha producido una depresión hacia adentro. Del lado de afuera se ven triángulos negros, dispuestos en dos filas, limitada la inferior por una línea circular mal trazada, que falta en el segundo ejemplar; allí los triángulos inferiores resultan más bien manchones subovalados é irregulares. En el interior de las dos tazas se advierten líneas y otros dibujos bastante borrados.

Otro ejemplar (nº 154 M), en color y tamaño, se parece á los anteriores, pero su forma es más cónica con base bien pronunciada. Dos protuberancias ó pegotes, como á la mitad del vaso, hacen las veces de asas, y cuatro pequeños pegotes más, dispuestos en cruz y con algunas incisiones, sirven de adorno al borde.

Toda la decoración ha sido muy groseramente ejecutada; en la parte exterior hay líneas muy irregulares, verticales, con algunas oblicuas que determinan cuatro ángulos ó cheurrones desiguales, con sus vértices hacia abajo, sobre una línea circular en la base. En el interior, el vaso está cubierto con líneas muy onduladas, entreveradas con rectas de trecho en trecho y pequeños redondeles en algún espacio.

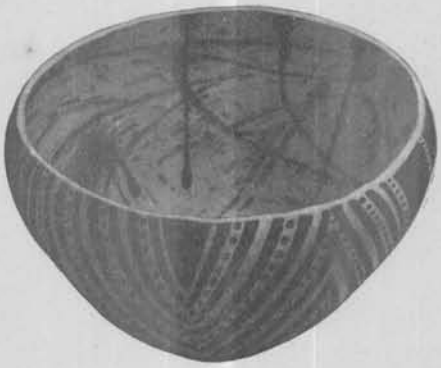


Fig. 46. — Taza con decoración exterior rectilínea en su interior las salpicaduras típicas. Nº 156, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Intercalamos también aquí tres pucos, dos de ellos, altos, grandes, de tipo muy general, pero distintos de los anteriores, por su ornamentación exterior, que consta de series de cheurrones, incluídos unos dentro de otros, formados de rectas paralelas sembrados de puntos negros.

De estos recipientes el número 156 es algo más tosco y su interior sólo lleva unas salpicaduras que hacen las veces de dibujo, lo que es bastante común en la alfarería de aquellos lugares. El color del fondo es más bien bayo que rojizo. Es de notar que las series de estos cheurrones alternan los vértices, unas veces para arriba, otras para abajo. Algunos de los vacíos se completan con triángulos negros, y de la región de las asas laterales, se desprenden dos de ellos que se extienden del borde hasta el asiento. Las asas faltan, pero han sido del tipo usual en los pucos, á saber un reborde semicircular abierto hacia abajo.

El otro ejemplar que merece ser descripto, es un puco grande, de 15 centímetros de alto por 29 de diámetro, de forma subhemisférica, base pequeña, ligeramente cóncava y pronunciada en el interior, donde

aparece convexa; las paredes son perfectamente lisas. Su color es rojo obscuro, por dentro más pardusco. Del lado exterior la decoración es semejante á la del ejemplar precedente, pues consiste de cuatro series, parecidas á las anteriores, de cheurrones invertidos que bajan hacia la base, sembrados éstos de puntos negros, algo alargados y con triángulos negros en los vacíos superiores.

Estas cuatro series están separadas una vez por dos fajas verticales, groseramente reticuladas, y por otras dos, inferiormente onduladas, que bajan en la parte de las asas en forma de doble línea, adorno muy típico en esas localidades.

La decoración del interior (fig. 47) se compone de dos fajas angostas y cuadriculadas, que hacen cruz con otras dos muy anchas, ajustadas las cuatro á la superficie por cubrirse. Las dos más anchas constan de dos bandas laterales, onduladas como en las dichas del exterior, y en el espacio entre ellas están dos figuras zoomorfas, que representan batracios.



Fig. 47. — Ornamentación interior del puco con fajas en cruz. N° 111, Col. M. L. P. (1/5 del nat.).

Pucos con decoración serpentiforme. — En este párrafo vamos á tomar en consideración un buen número de escudillas bastante parecidas, no sólo en cuanto á sus formas sino también por el hecho de que su decoración del lado exterior presenta siempre un dibujo serpentiforme. Como excepciones, empero, y como introducción á esta serie de vasos, empezaremos en este lugar con cuatro ejemplares, números 106, 124, 166 y 187 de la colección, que ofrecen una ornamentación distinta: en dos de ellos, la serpiente está substituída por cuatro espirales, que se inician junto al mismo borde; mientras que en los otros, las espirales son simples, libres ó unidas en forma de una S volcada, y representan un dibujo serpentiforme muy simplificado, completado en un vaso con triángulos negros, en los vacíos que ocupan el sitio de las asas; éstas faltan en los cuatro ejemplares. Se previene aquí, que los números 106 M y 124 tienen ornamentación interior que será representada más adelante en el esquema figura 56.

En su mayor parte, éstos pucos tienen forma subhemisférica, á veces más ó menos modificada en la porción que viene á formar la base; están casi siempre provistos de asas, marcadas simplemente por un reborde postizo, semicircular ó en forma de herradura, siempre boca abajo.

Pertenecen todos á la alfarería rojiza; muchos pintados de un hermoso color lacre ó de un rojo sangre subido, y parecen tener una pátina protectora ó especie de barniz, que ha contribuído notablemente á la conservación de las pinturas.

El dibujo de las serpientes se repite en las dos mitades del vaso, asas por medio, ó separado alguna vez por unas líneas en ángulos. La serpiente es un símbolo muy usado en toda la alfarería de aquellas regiones; ella se representa por dos líneas paralelas que se desarrollan usualmente en forma de S volcada, con el interior del cuerpo llenado con líneas transversales : en otros casos, está dividido por secciones, en las cuales se pintaron alternadamente estas líneas transversales y otras en sentido longitudinal. Las dos figuras 48 y 49 representan una de estas serpientes típicas y la modificada.

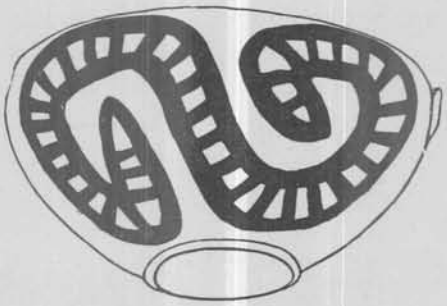


Fig. 48. — Decoración serpentiforme típica

Si examinamos ahora estos pucos por su decoración interior, encontraremos, al contrario de la exterior, una ornamentación lo más variada posible. Querer describirlos detalladamente uno por uno, sería tarea larga y fastidiosa, hasta cierto punto imposible, y no resultaría tan provechosa como la representación de dibujos esquemáticos, lo que haremos de las piezas más interesantes de esta colección.



Fig. 49. — Decoración serpentiforme modificada del puco N° 103. Col. M. L. P.

Ante todo empezaremos por distribuir los pucos de este tipo en dos grandes divisiones : una que lleva ornamentación serpentiforme, simple ó combinada con dibujos geométricos: la otra que se limita á dibujos sólo de este último tipo.

Primera división : de los siete pucos que corresponden á ésta, uno de ellos lleva cuatro figuras de serpientes, más bien vermiformes, que se extienden sobre toda la superficie interior, menos el fondo. Se caracterizan por el cuerpo anterior recto, que arrancando de dos lóbulos negros, en forma de cabeza convencional, se enrosca luego en espiral, adelgazándose hacia el ápice.

El cuerpo en tres de los casos lleva su cuadriculado, adorno que se

trueca en puntos negros en la cuarta figura. En su colocación, estas serpientes se alternan, las unas con la cabeza para arriba, las otras con la misma hacia el fondo, y una de ellas lleva una cruz pintada en el vacío que forma la parte posterior enroscada.

Los detalles de las diferentes formas de serpientes y de su ornamentación complementaria, se dejan ver tan claros en nuestros dibujos, que nos evitan largas descripciones: es una ornamentación simétrica, en la que el ofidio se repite igualmente en la otra mitad del vaso.

En algunos ejemplares, la serpiente se ha dibujado con dos cabezas, una en cada extremidad (fig. 50); en otros, va ella figurada con cabeza y cola (fig. 51), ó más simplificada, en forma de cinta que termina en dos colas, y éstas enroscadas (fig. 52). En conjunto, algunas de estas representaciones son artísticas, y de aspecto agradable, y pueden considerarse como figuras típicas, aplicadas á muchísimos objetos de toda la alfarería regional. Á los detalles del adorno del cuerpo de estos ofidios, que figuran en nuestras esquemas, pueden agregarse los del puco número 100, en el cual aun se distinguen (casi borradas) serpientes con cabezas en sus dos extremidades, pero de formas idénticas á las del puco figura 52; el cuerpo lo constituye una guarda de grecas con triángulos negros, escalonados, decoración muy usual que reaparece en muchos objetos de nuestra colección.

Excepción hecha de los primeros dos pucos mencionados en esta serie, las figuras serpentiformes van siempre separadas entre sí: en dos de los casos, por simples fajas reticuladas, ó como en el ejemplar figura 52, por dos triángulos contrapuestos; otras veces, por guardas más complicadas, como lo demuestra el puco figura 53, donde vemos los mismos dibujos geométricos que se notan en ejemplares de la segunda serie.

Antes de pasar á la clase de pucos con adornos puramente geométricos, vamos á describir el curioso ejemplar figura 54. En éste se representa al ofidio en una forma algo más que convencional, hasta fragmentaria, á juzgar por el dibujo que se ve en la parte anterior izquierda del esquema y por los cheurrones con pintas negras; también la disposición de las guardas atravesadas constituye en este caso un ejemplo poco común y caprichoso. En este ejemplar, las asas forman dos protuberancias contiguas y arrimadas al borde.

Segunda división: Corresponden á esta categoría diecinueve pucos, cuya decoración interior está formada por figuras geométricas, y la exterior por dibujos serpentiformes. Respecto á este último detalle, conviene hacer constar que en cinco ejemplares agregados sin embargo á dicha serie, la decoración ha sido modificada en el sentido, que las serpientes ocupan aquí solamente la parte infero-exterior del recipiente, mientras que la parte superior lleva una guarda marginal, compuesta de triángulos ó escalones y con grecas contrapuestas del tipo usual; á los costados,



Fig. 50. — Fuerte Quemado. Nº 99, Col. M. L. P.



Fig. 51. — Molino del Puesto. Nº 101, Col. M. L. P.



Fig. 52. — Molino del Puesto. Nº 103, Col. M. L. P.



Fig. 53. — Fuerte Quemado. Nº 98, Col. M. L. P.



Fig. 54. — Fuerte Quemado. Nº 110, Col. M. L. P.



Fig. 55. — Molino del Puesto. Nº 115, Col. M. L. P.

(Diversas decoraciones asimétricas, serpentiformes y geométricas en el interior de pucos rojos)

esta ornamentación se halla limitada á veces por líneas ó fajas verticales, en la región de las asas.

Todos estos vasos son más ó menos subhemisféricos, del tipo común; la mayor parte miden unos 2 centímetros de alto y 20 á 25 de diámetro: el ejemplar más grande, 15 y 30 centímetros respectivamente. Las asas faltan en algunos ejemplares, casi siempre son semicirculares ó en forma de herradura, y en otros pocos, las substituyen dos pares de protuberancias más ó menos contiguas.

Sucede con la mayor parte de nuestros pucos, como con muchísimos otros que se conocen de aquellos lugares, que la ornamentación trazada en el interior del recipiente, se proyecta en ocho secciones, fraccionadas en cuatro principales; éstas, dispuestas en forma de cruz de Malta, presentan dibujos simétricos, en sus dos lados opuestos, cuando no se repiten siempre los mismos en las cuatro divisiones. Esta ornamentación está compuesta de líneas rectas, quebradas ú onduladas, de triángulos simples ó escalonados, combinados con grecas ó elementos espiralados, que en ocasiones vienen á formar un conjunto curioso, pero complicado, y tan general que llega á ser típico.

Los cuatro vacíos ó espacios entre la ornamentación principal, están ocupados por dibujos de valor secundario, donde predominan triángulos negros y alargados. Por último, el centro del vaso está limitado por una línea circular, ó por otras que vienen á cerrar las cuatro fajas en esta parte.

Antes de enumerar los ejemplos que corresponden á este tipo, tenemos que mencionar algunos dibujos que se apartan algo de lo común. Principiaremos por el puco número 126 de Molino del Puesto. De un círculo central se dirigen líneas rectas ó radios hacia la periferia, sobre las cuales descansan, siempre de un solo lado, dos grandes triángulos negros con sus hipotenusas escalonadas y vértices truncados. Esta ornamentación algo irregular y asimétrica está dividida en dos mitades por triángulos angostos y muy alargados.

Nuestra figura 55, reproduce fielmente la ornamentación de otro puco de la misma procedencia que el anterior; por la claridad de aquélla no entraremos en explicaciones, y sólo haremos constar que la serpiente del lado exterior es algo distinta del tipo común.

La figura 56 representa un ejemplo de la decoración característica que se repite con ciertas variantes, en siete pucos, sacados de las sepulturas de Fuerte Quemado. En ciertas ocasiones, la ornamentación de las guardas principales no lleva sino una sola greca combinada con las líneas diagonales y onduladas, y los vacíos entre dichas fajas llevan líneas en cheurrones, que en otros casos son paralelas onduladas, completadas con tal ó cual dibujo, en vez de los triángulos negros usuales.

Naturalmeute, la proyección que ostenta el puco figura 57, es otra variante de la misma decoración; y en el pequeño vaso número 105, también de Molino, los adornos de las cuatro fajas se componen de dos motivos distintos: el uno, del tipo usual con grecas, el otro, compuesto de triángulos negros alternados, con una línea mediana en zigzag, pintada en los vacíos; en este puco, como en el anterior, sólo hay triángulos negros en dos de los espacios; los otros dos están vacíos.

Á mero título de información, daremos á conocer algunos pucos más, haciendo abstracción de otros de menor interés ó en parte mal conservados.

El ejemplar número 113 M es curioso por tener una mitad de su superficie exterior pintada de rojo, y la otra de amarillento pálido.



Fig. 56. — Fuerte Quemado. N° 122
Col. M. L. P.



Fig. 57. — Molino del Puesto. N° 117
Col. M. L. P.

Decoraciones simétricas formadas por dibujos geométricos usuales

La decoración consta de guarda en la parte superior y de serpiente en la inferior. En el interior se repiten los dibujos que acabamos de ver en los pucos anteriores: esta vez las fajas son anchas, en dos de ellas hay triángulos con grecas, y en las otras dos, figuras romboidales, de líneas diagonales, rectas y onduladas, que llevan también alguna greca en el interior, resultando el conjunto un adorno típico.

Una decoración bastante sencilla vemos en el pequeño puco número 107, cuya ornamentación principal se compone de dos guardas cuadriculadas, y de otras dos con ángulos ó cheurrones dobles, interlineados; en el centro de este puco se ha pintado una especie de asterisco.

Otra escudilla (n° 125), tiene la decoración muy apretada, formada de cuatro anchas bandas en cruz, dos de ellas jaqueladas, y otras dos con triángulos alternados, combinados con líneas rectas y onduladas que las separan. Los cuatro espacios están ocupados por líneas onduladas y paralelas, y todo ello forma una composición bastante compleja.

En el esquema del puco número 118, se repiten los mismos motivos en las cuatro secciones, que constan de grandes triángulos negros alternados, separados por una faja doble, paralela á las hipotenusas de los triángulos : el espacio entre las dichas líneas se adorna con otra ondulada, y cuatro triángulos alargados ocupan los correspondientes vacíos que dejan los cuatro brazos de las bandas en cruz.

Puco con decoración ornitomorfa. — Á los diversos tipos de pucos que acabamos de mencionar, debemos agregar uno más, de alfarería colorada, que por su factura esmerada y los motivos de decoración



Fig. 58. — Decoración serpentiforme estilizada del puco nº 97, Col. M. L. P.



Fig. 59. — Decoración ornitomorfa interior del mismo puco. ($^1/_4$ del nat.)

representa una de las piezas más notables de la colección; lo reproducimos en los dibujos de las figuras 58 y 59.

Se trata de un hermoso puco hemisférico, perfectamente simétrico, con base destacada, muy bien alisado y pintado de un lindo rojo obscuro; los dibujos, como siempre, son negros.

La decoración del lado exterior consta de una ancha guarda limitada por dos líneas horizontales, cuyo motivo principal es sin duda otra representación serpentiforme, muy estilizada y recticulada en el cuerpo. Los vacíos superiores é inferiores de esta figura convencional están ocupados por triángulos negros, algo irregulares y escalonados de un solo lado.

En el interior de este vaso vemos las dos hermosas figuras ornitomorfas, con los dos adornos en S, cuya descripción se hace innecesaria [1].

[1] Es indudable que este puco corresponde á la misma categoría que el ejemplar publicado por el profesor Outes, *Alfarería*, etc., 1907, pág. 20, plancha II, fig. 5, donde venimos á encontrar los mismos elementos maniformes ó en forma de alas, usados también en diversas alfarerías de otros lugares.

Pucos de fondo claro con dibujos negros. — Unos treinta pucos, si bien variados en su forma y detalles de ornamentación, podemos reunir en este párrafo, por el hecho de que todos ellos tienen el fondo exterior pintado de un color amarillento, más ó menos impuro ó blanquizco; los dibujos son negros y en ocasiones una que otra figura de color rojo. El interior es á veces del mismo color de fuera, pero generalmente más rojizo. Representan, pues, estos pucos un conjunto más variado, pero á su vez, otro tipo de alfarería tan característica y tan común de la región, como los pucos rojos que recién hemos enumerado.

Excepción hecha de algunos pocos, su forma es bastante cónica en la porción inferior, y las paredes arriba ligeramente arqueadas hacia el interior. Las asas faltan á veces, ó se marcan por un par de pequeños pegotes simétricos, unos redondos, otros alargados, verticales y contiguos; algunos son retorcidos, en forma de cuerda ó significan también alguna representación zoomorfa convencional; pero siempre estas asas se encuentran cerca del borde.



Fig. 60. — Decoración interior con guarda y salpicaduras usuales. N° 134, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Cuanto más variada se presenta la ornamentación en el exterior, tanto más pobre es ésta en el interior de los vasos, y nueve de ellos carecen totalmente de dibujo alguno; en otros doce, el adorno consiste apenas de las manchas ó salpicaduras usuales, completadas en uno de los casos con la linda guarda, que aparece en la figura 60.

En tres de los pucos, la ornamentación interior consta de dibujos geométricos, y en otros cuatro, de figuras zoomorfas.

De los tres primeros, en el número 127, parece que se inició un dibujo, como otros en cruz, pero sólo se alcanzó á formar uno de los brazos, constando de dos guardas contrapuestas, con tres triángulos negros en cada una, sobre líneas separadas por un claro del fondo.

La proyección del puco número 114 M, sobre fondo rojo, es tripartita, porque consta de tres anchas fajas trapezoidales, que arrancan de la circunferencia del fondo, separadas por gruesas líneas en los vacíos correspondientes. Estos dibujos están bien trazados, y son parecidos á aquellos de los pucos rojos, descriptos precedentemente; se forman de dos grecas triangulares, separadas por ciertas líneas usuales : una recta entre dos onduladas dispuestas en ángulo, y con uno que otro de los ángulos de dichas grecas llenados de negro.

El tercer ejemplar, número 160 de la colección, á que nos referi_

mos, de un tipo excepcional, de forma más esbelta, de base cónica; y sus paredes arriba bien arqueadas hacia adentro, terminan en un estrecho labio. El color del fondo es de un amarillo pardusco.

En las cuatro fajas que se ven en el interior, apenas quedan rastros de dibujos, que se han borrado al cubrirlos con la mano de pintura amarillenta que hoy se advierte: lo que tal vez se hizo, para hacer destacar más el color rojo, que cubre los cuatro espacios en cruz; éstos se juntan en el pequeño rectángulo central del mismo color; los espacios rojos se encierran con líneas negras, y otras de éstas, cortas, ocupan también la parte supero-interior del labio.

La decoración del lado de afuera, se compone de figuras losángicas ó rombos, dispuestas en dos cadenas oblicuas: cada una con cuatro rom-



Fig. 61. — N° 93, Col. M. L. P.



Fig. 62. — N° 94, Col. M. L. P.

Pucos con ornamentación serpentiforme estilizada ($^1/_4$ del nat.)

bos, producidos por líneas rectas que se cruzan, y encierran otras figuras análogas completamente libres, y en ocasión alguna de ellas con su punto central. Los espacios á ambos lados de los losanges se completan con los típicos triángulos ó escalinatas negras, juntas á simples listones y ángulos, separadas como de costumbre con puntos gruesos, y con triángulos reticulados, en el último vacío que dejan los ángulos superiores.

Esta ornamentación se repite en el reverso del puco, separada por fajas laterales reticuladas; en este caso, á las asas substituyen dos figuras zoomorfas, muy rudimentarias, formadas por un cuerpo alargado hacia abajo, y una cabeza con ojos que asoma sobre el mismo borde.

De los cuatro pucos con figuras zoomorfas, el ejemplar número 96 de la colección, lleva una serpiente muy mal dibujada, con cuatro líneas quebradas que ocupan los espacios libres; todo apenas se distingue sobre el fondo rojo obscuro del interior del recipiente.

Los dibujos en los otros tres pucos, figuras 61, 62 y 63 del texto, están

muy bien ejecutados, y los esquemas que de ellos reproducimos, harán innecesaria una descripción detallada. En el primero, la simbólica serpiente tiene su cuerpo formado por la linda faja, que podrá verse en la figura 61; mientras que el cuerpo del ofidio en el puco número 94 es linear, y en ambos son de dos cabezas, con las barbas tan usuales, representación bien conocida en otros ejemplos de esta clase. En dichos pucos, la superficie exterior se halla bastante deteriorada: en el número 93, la ornamentación lleva también serpientes lineales en forma de S, como lo veremos más tarde; el otro (n° 94) conserva solamente dos serpientes en relieve, postizas, de cuerpo vermiforme y ondulado, con cabezas toscas en cada extremidad que reposan sobre el borde.

Fijémonos ahora en la decoración externa de nuestros pucos y veremos que ésta se compone en su mayor parte de dibujos geométricos, combinados en algunos otros casos con las serpientes usuales; los dibujos son negros, ó completados con rojo, pero siempre dispuestos como para cubrir la superficie entera.

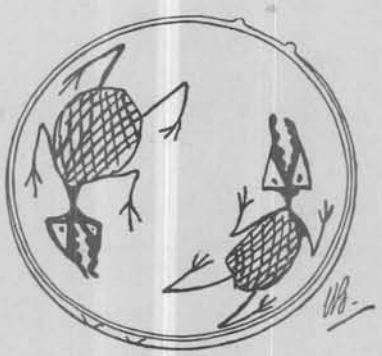


Fig. 63. — Figuras zoomorfas en el interior del puco n° 95, Col. M. L. P. (1/4 del nat.)

La ornamentación más común, que se repite en doce ejemplares, con ciertas variantes, tiene por motivo principal una faja ó guarda escalonada, que consta de dos líneas negras equidistantes, cuyo interior es de color rojo; el artista, aprovechando los espacios que deja dicha guarda, ha pintado en ellos dibujos complementarios en forma de líneas y ángulos, separados por puntos, y los triángulos y escalinatas negras de costumbre, produciéndose así un conjunto, no siempre simétrico, pero agradable, y que se repite más ó menos igual en ambos lados del vaso; los dibujos del anverso y reverso son separados por espacios libres, ó fajas, en la región de las asas.

Para evitarnos prolijidades, citaremos solamente unos cuantos ejemplares de este tipo de ornamentación que se reproduce en la figura 64.

Sin embargo, en uno de los pucos (n° 96 de la colección), á la típica guarda escalonada substituye una serpiente pintada de rojo, mal dibujada, de cuerpo ondulado, con ojos y cabeza redondos. Los espacios que quedan arriba de esta figura, los ocupan series de ángulos ó cheurrones más ó menos paralelos, y separados por puntos que bajan del borde hacia la base; existe un triángulo negro en el último vano que dejan los ángulos superiores. Este puco es el único de la serie que lleva asas en forma del reborde semicircular, descriptas ya al hablar de los pucos rojos.

Una decoración muy semejante, en cuanto á los referidos ángulos, tenemos en el puco número 132 de la colección. Aquí la faja está escalonada con toda regularidad, y es simétrica, pues baja del borde hasta la base, para volver á subir á la inversa. En los espacios entre faja y los dichos ángulos, se han puesto los dibujos usuales; en los costados también los escalones completan los vacíos, y como el mismo esquema se repite en el reverso, los dos se separan por fajas verticales reticuladas en la región de los pegotes, que hacen las veces de asas.

La decoración de otro puco (nº 127) es asimétrica. El fondo es de un amarillo ocre subido, los dibujos bien negros, pero la guarda escalonada y la faja lateral son de color rojo. Los espacios libres van ocupados por figuras irregulares, más ó menos en forma de escalinatas ó listones, con otras casi triangulares ó escalonadas, cuyos ángulos son contrapuestos á los de la guarda principal, resultando series de losanges en los claros.

Por último, el puco número 134 M, mencionado ya al ocuparnos de su decoración interior, tiene por fuera también la misma guarda que se ve en la figura 60, y bajo de ella un adorno parecido al de los pucos recién descriptos (fig. 64), sin embargo distinto en el detalle del esquema escalonado, que es de una sola línea, y negra como los demás dibujos, en vez de constar de un listón ofioide con fondo rojo. Las paredes en el tercio superior del vaso son casi rectas; llevan como asas dos pegotes verticales en forma de cordón.



Fig. 64. — Decoración exterior típica sobre pucos de fondo claro. Nº 131, Col. M. L. P.

En siete ejemplares más de esta clase de pucos, es decir, con fondo claro, la ornamentación está formada por la típica guarda de triángulos con grecas, modificada según los casos, pero siempre compuesta de los mismos motivos. En varios ejemplos, los triángulos son alternados, unos negros y otros rojos, y ofrecen ciertas variantes en los detalles; como se ve en tres pucos (129, 133 M y 194 de la colección), la guarda es ancha, y ocupa toda la circunferencia ó mitad superior del vaso.

En el número 129, las dos fajas divisorias verticales son también de este mismo tipo, es decir, triángulos y grecas: aquí la porción inferior está ocupada por series paralelas y oblicuas de triángulos y losanges negros, ornamentación que en el número 133 M se substituye por un ofidio en forma de S, con el cuerpo transversalmente estriado.

El puco número 194 es de fondo blanquecino por fuera y negro por dentro; la guarda de arriba, como de siete centímetros de ancho, es de grecas entrelazadas que nacen de grandes triángulos contrapues-

tos, reticulados, que un estrecho espacio del fondo en zigzag separa.

Falta citar otro ejemplar (n° 159), que procede del enterratorio de Molino, y lleva de un lado tres fajas horizontales, superpuestas, con los detalles de costumbre, y parte de sus triángulos (casi siempre los superiores) rojos: en el reverso, la superficie está muy gastada, y sólo se distinguen aún dos de estas fajas; en el espacio inferior un semicírculo con líneas cortas, dirigidas hacia arriba. El mencionado puco es de factura algo tosca, de forma subhemisférica, base saliente; la superficie es áspera y pintada de amarillo rojizo, que por otra parte resulta ser el mismo color natural del resto del vaso.



Fig. 65. — Decoración de figuras geométricas usuales sobre fondo claro. N° 95, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Otro ejemplar de factura bastante grosera es el número 167, en el cual se encuentran los mismos motivos de la guarda típica, dispuestos en tres secciones triangulares, cada una de éstas formada de una greca doble entrelazada, que nace de triángulos escalonados y negros, separados todos por líneas rectas en zigzag, ajustadas á los espacios. Las asas son pegotes toscos, retorcidos. De los costados bajan dos franjas divisorias; la una con serie de ángulos ó cheurrones invertidos entre líneas negras, y la otra con su orilla dentellada hacia afuera.



Fig. 66. — Decoración excepcional con banda ofioide roja. N° 158, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Tenemos á la vista dos ejemplares más, cuya decoración se reproduce en las figuras 65 y 66. El primero lleva por dentro las dos representaciones zoomorfas (fig. 63); su guarda marginal es de triángulos contrapuestos y reticulados, debajo de la cual se colocan tres fajas paralelas y oblicuas, una ornamentación que se repite en el reverso, separada por un espacio ó vacío del fondo, con dos pequeñas protuberancias que hacen las veces de asas.

El puco representado en la figura siguiente, tiene una ornamentación original, distinta en los dos costados, si bien los elementos de que consta son análogos. Entre dos grupos ó series de triángulos negros, con grecas ó sin ellas, serpentea una estrecha banda ofioide, de color rojo en su interior, la cual falta en el reverso del vaso, donde los mismos motivos se agrupan en cuatro series horizontales, de dibujos

semejantes, en las dos franjas laterales, que separan el anverso del reverso del vaso.

El color del fondo en este ejemplar es de un amarillo ocre subido, y algunos de los triángulos están pintados de rojo, como la faja serpentiforme. La forma del puco es subhemisférica, su factura y decoración bastante ordinarias. Dos pegotes alargados en cada lado sirven de asas.

Por fin, los últimos ejemplares (nos 93, 138, 139, 183 y 188 de la colección) que quedan de los pucos con fondo claro, tienen una decoración común y típica; en cuatro de ellos es la característica de serpientes, enroscadas unas en forma de S, otras en espiral con todos los complementos que acompañan á estos símbolos, ajustándose á la forma del vaso respectivo, y formando un conjunto simétrico y hasta artístico.

Los dos grandes pucos subhemisféricos numeros 138 y 139, no ofrecen detalles dignos de mención; las serpientes constan de dos líneas con una serie de puntos negros que ocupan el cuerpo. Las mismas figuras existen también en el puco número 188 de Molino : éste es bastante alto, sus paredes de arriba encorvadas hacia adentro terminan en un estrecho labio levantado, y pintado con rayas cortas en su borde interior.

Mencionaremos también la pequeña escudilla con la faja serpentiforme interior; las serpientes de afuera están también enroscadas en forma de S, pero constando de una sola línea algo gruesa, y de la cabeza usual, bipartita, con barbas onduladas; los demás detalles son los mismos de siempre.

El quinto y último puco de la serie (n° 183), es distinto de los demás; tiene forma perfectamente hemisférica, con una depresión basal cóncava, que se manifiesta en sentido contrario en el interior del recipiente. Las paredes de este vaso son gruesas, lisas; el fondo está pintado de color amarillo claro, la decoración es negra, casi borrada.

Los dibujos se dividen en cuatro campos ó medallones, formados por círculos concéntricos, que en dos de los casos encierran espirales; y otra vez, una cruz de Malta con dos simples líneas cruzadas en el medio. El cuarto medallón está formado por un círculo con una figura en que cuatro cuadrados negros se hallan dispuestos en cruz en derredor de un vacío de igual color al del fondo; del círculo se desprenden cuatro triángulos, que sirven para completar el esquema y acentuar la forma de la cruz de Malta. Algunos de los intervalos ó fajas, formados por líneas, llevan series de gruesos puntos, y los vacíos ó espacios de arriba, que separan los cuatro medallones, se complementan con pintura negra en forma de grandes triángulos curvilíneos que bajan de la orilla superior del puco.

Para terminar la ya larga serie de nuestros pucos ó escudillas, vamos á mencionar también otros, que en nuestro concepto no pueden incluirse las series descriptas.

Pucos de fondo blanco con dibujos rojos. — Los tres ejemplares conseguidos de esta clase de vasos, fueron sacados por Méndez de las sepulturas de Fuerte Quemado. Se distinguen de la alfarería anterior por su decoración un lindo color rojo, pintada sobre fondo blanquizco, como también porque ella se compone de elementos distintos de los ya conocidos.

El pequeño puco número 153, es perfectamente hemisférico, pero con la base aplanada; la superficie es lisa, por fuera conserva el color rojizo, propio de la cocción, y una faja roja de dos centímetros rodea la parte superior del vaso.

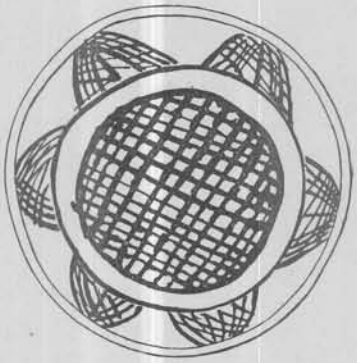


Fig. 67. — Ornamentación interior linear roja sobre fondo blanco. Nº 153, Col. M. L. P. ($^1/_3$ del nat.)

El lado interior, en su totalidad, ha sido pintado de blanco, y sobre este fondo, en color rojo, se ha trazado el dibujo que se ve en la figura 67. Consiste éste de dos círculos concéntricos, el interior cuadriculado; mientras que del exterior se desprenden seis picos subtriangulares, muy asimétricamente reticulados y dispuestos en forma de estrella.

El ejemplar, bastante bien trabajado, es de pasta fina y homogénea; mide casi 7 centímetros de alto y 14 de diámetro.



Fig. 68. — Ornamentación espiralada, roja sobre fondo blanco. Nº 152, Col. M. L. P. ($^1/_3$ del nat.)

El otro puco, de igual altura, pero con diámetro de 19 centímetros, es completamente parecido al anterior, en cuanto á forma, color, y faja colorada externa. En él, la superficie interior está también pintada de blanco, y el dibujo de rojo, es tal como lo reproduce la figura 68.

Se compone de una gran espiral, de cuya periferia nacen otras espirales pequeñas, dentadas en la línea exterior, y engrosadas en forma triangular hacia la línea de unión con la primera.

Del borde del puco se destacan hacia abajo cuatro ángulos, con series de líneas paralelas y pequeños rectángulos alternados entre los espacios de las dos líneas inferiores; mientras que el espacio arriba de las líneas está completado con pintura, resultando así en cada uno de los dichos ángulos, un triángulo rojo alargado, den

tado en su línea inferior, detalles todos conocidos en estos vasos [1].

El tercer ejemplar de esta reducida serie, es el más curioso, y posiblemente ha sido importado al lugar donde se halló; pues no recordamos haber visto ornamentación igual en la alfarería de aquellas regiones: puede considerarse este puco como único en su clase.



Fig. 69. — Vaso con decoración excepcional roja sobre fondo blanco. N° 223, Col. M. L. P. (1/3 del nat. aprox.)

Se trata de un vaso subglobular, algo achatado, tanto en la parte superior cuanto en la inferior, donde termina en una base un poco aplanada. La parte inferior es algo áspera y sin pintura; la superior en cambio, está bien alisada y ha recibido una mano de pintura blanca que parece esmalte, sobre la cual se dibujó la original guarda, que aparece en la figura 69. Dicha guarda consta de dos líneas paralelas, distantes unos seis centímetros una de otra, entre las que se ha dibujado una línea ancha y quebrada, que forma espacios triangulares, ocupados por espirales con especies de flabelos; en los pequeños vacíos que quedan entre esa línea y las espirales, van sembrados unos puntos rojos, irregularmente dispuestos. La superficie interior está bien alisada, pero sin pintura alguna.

Todo el trazado de esta interesante decoración está hecho con esmero y sentido artístico, y como dijimos ya, el modelado es simétrico; la cocción ha sido perfecta. Las medidas de este vaso son las siguientes: altura total 11 centímetros; diámetro máximo 18,5, y de la abertura 12,5.



Fig. 70. — Pequeña escudilla ó plato con decoración interior. N° 89, Col. M. L. P.

Escudilla ó plato con asa. — El curioso plato, cuya decoración reproduce la figura 70, procede también de Fuerte Quemado y es de origen probablemente exótico, como el vaso que acabamos de describir. Por la forma y los dibujos se parece á los objetos de La Paya, semejanza ésta, observada también en otros hallazgos, como en los vasos lla-

[1] Juan B. Ambrosetti, *Arqueología argentina. Los pucos pintados de rojo sobre blanco del valle de Yocavil*, en *Anales del Museo Nacional* (S. III), t. II, 1903, pág. 361, fig. 4-6.

mados « yuros », y ciertos objetos de madera, etc., reproducidos por los doctores Ambrosetti y Debenedetti en diversas publicaciones.

El plato de que nos ocupamos, es de altura reducida, cinco centímetros, y quince de diámetro; sus paredes bastante gruesas, son perfectamente cóncavas; la base, del lado de afuera, es apenas aplanada. Del borde se desprende un asa de tres centímetros de ancho y



Fig. 71. — Puco cestiforme, casi de tamaño natural. N° 222, Col. M. L. P.

de sección casi ovalada, encorvada hacia arriba, mientras del lado opuesto al asa se destacan dos pequeños pegotes. Las dos superficies están bien alisadas y pintadas de lindo color bermejo; los dibujos que ostenta el interior son negros. Conviene hacer notar que la decoración debió ser aplicada después de la cocción del plato, por el hecho de que ha podido borrarse con facilidad al efectuar la limpieza.

En este plato se nota en primer lugar una doble guarda: la superior, formada por triángulos escalonados que terminan en espirales, y la

inferior, de una doble línea ondulada entre dos más ó menos paralelas. El centro se divide en cuatro sectores, por dos listones dispuestos en cruz, y que constan de tres líneas rectas, con dos onduladas.

En estos sectores están pintadas cuatro figuras: dos zoomorfas y dos ornitomorfas que se ven reproducidas en la figura 70, y representan seguramente el guanaco ó llama *(Auchenia huanachus)* y el suri ó avestruz americano *(Rhea americana)*. Un adorno simple, de tres líneas y de dos fajas en cruz, aparece sobre el asa, y todo el borde del plato está ribeteado de negro.

Puco cestiforme. — Por su calidad y factura corresponde describir aparte el pequeño puco, número 222, que procede de Fuerte Quemado. Es de fabricación algo tosca, pero por el mismo exterior se ve que fué modelado dentro de un cesto de trama bastante fina, que desaparecía con la cocción.

Su forma es la de un cono truncado, de paredes rectas, base cóncava, es decir, la misma que la del pequeño cesto que sirvió de molde; la pieza producida conservó todos los rastros del contacto.



Fig. 72. — Detalle de la decoración del puco cestiforme

Su color es el natural, más bien amarillento, como ladrillo. En el exterior se distinguen aún dibujos negros, que hacen al puco más interesante.

La decoración en el interior consta de simples manchones ó salpicaduras, colocados en forma de gruesos puntos también sobre el labio, todo irregular y sin arte.

La ornamentación que ocupa toda la superficie exterior consiste en una guarda de dos líneas horizontales con triángulos negros alternados, naciendo grecas simples de los superiores. De la mencionada guarda se desprenden pares de líneas onduladas hacia la base, algunas de éstas terminando como lo demuestra el dibujo parcial adjunto.

Vasos antropo y zoomorfos. — De esta clase de vasos ventricosos hemos conseguido los dos ejemplares representados en las figuras 73 y 74. Uno de ellos, el de alfarería negra, consta de un cuerpo subhemisférico, algo comprimido, formado de dos partes unidas en su diámetro mayor: la inferior tiene la base circular destacada y de

diámetro igual á la boca; en la superior, algo más abajo de la boca, se ha puesto la curiosa cabeza, cuyos detalles reproduce nuestra fotografía; en ella se distingue también la ornamentación, grabada con punta como de un milímetro de grueso y á la misma profundidad. En la parte opuesta, el fragmento de un pequeño pegote, sin duda debió corresponder á la cola del enigmático animal.

El otro vaso, también de carácter antropomorfo, es de mayor tamaño, de factura más tosca, de color amarillo rojizo y con pinturas negras. La figura humana está representada por una cabeza de cara chata, y nariz muy pronunciada, con una mano llevada á la boca, y dos brazos suplementarios que se dirigen hacia el lado opuesto.



Fig. 73. — Vaso antropo-zoomorfo grabado. N° 87 Col. M. L. P. (Tam. nat.).

Los dibujos están formados por triángulos negros, y grecas combinadas con líneas oblicuas, rectas y onduladas.

Descansa sobre una base cóncava, de doble diámetro que el de la boca ó abertura.



Fig. 74. — Vaso antropomorfo pintado. N° 86 Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Vasos de tipos diversos sin decoración. — El material reunido en este párrafo, se compone de diecinueve recipientes, de diferentes formas y tipos, que son jarros y ollitas, destinados probablemente al uso doméstico, desde que varios estaban cubiertos de hollín; constituyen un conjunto tan original como característico, por la factura tosca y *sui generis* : todos ellos carecen de pintura ó decoración.

Por otra parte, ellos proceden del antiguo enterratorio cerca de Molino del Puesto, como pudimos comprobarlo por el gran número de fragmentos de la misma alfarería desparramados por el suelo. Según afirma Méndez, estos toscos vasos fueron hallados con los demás objetos que en este trabajo se mencionan como de la misma localidad y

cuya importancia hicimos ya constar en páginas anteriores. Es de sentir que, en oportunidad, no se haya tenido la prolijidad de conservar apuntes de otros detalles, así como la nómina de los diversos objetos, y cómo se hallaron en las respectivas sepulturas.

Principiaremos nuestra enumeración con una serie de doce vasos, de un tipo bien definido que se distingue por su forma globosa, con la base ligeramente prolongada en cono, terminada en un pie más ó menos alto y con asiento circular y cóncavo. La boca es ancha, provista de labio plegado hacia afuera, cuyo diámetro total es casi siempre inferior y raras veces mayor al máximo del vaso. Hay una pequeña asa arqueada que arranca del mismo borde, y se coloca sobre la parte superior del cuerpo.

La mayor parte de estos vasos son de color amarillento pardusco y



Fig. 75. — N° 60 M, Col. M. L. P.



Fig. 76. — N° 59 M, Col. M. L. P.

Pequeños vasos toscos de uso doméstico ($^1/_2$ del nat.)

muchos de ellos conservan aún las manchas negras del hollín, que revelan su empleo en las cocinas indígenas.

En cuanto al tamaño, éste es variable : el más pequeño mide 9 centímetros de alto y 20 el ejemplar más grande; la mayor parte mide entre 15 y 20 centímetros. En los más pequeños, la fabricación ha sido menos cuidada; los grandes en cambio, son simétricos, su superficie bastante lisa y, por lo general, la pasta bien elaborada, pero siempre recargada de mica.

Por la homogeneidad de forma y material, es innecesario describir en detalle estos vasos; por consiguiente, haremos notar tan sólo ciertas diferencias que se observan en algunos de los ejemplares reproducidos en las figuras.

El vaso más pequeño de la serie (n° 61), de boca ancha y labio plegado hacia afuera, tiene casi el mismo diámetro del cuerpo.

Otro (fig. 75), es un poco más grande; tiene la boca estrecha, sin labio; su cuello es relativamente corto, truncado y puesto verticalmente sobre el vaso.

En el jarro número 59, de color negruzco, observamos que el asa es retorcida (fig. 76).

La forma del ejemplar número 55 (fig. 77), es algo distinta de la típica, por tener sus paredes arriba ensanchadas, la boca muy amplia, el labio fuertemente inclinado hacia el exterior, y su diámetro un poco mayor que el del cuerpo. El pie es bastante alto y en la base profundamente excavado. En sutal, es una pieza muy ordinaria, en la que se distingue perfectamente la unión de las dos mitades en que ha sido modelada. Además, es de un color ladrillo pálido, y se observa cierta pátina de barro más fino, aplicado para mejorar la superficie áspera. Las medidas de este vaso son: altura 17, diámetro máximo del cuerpo 12 y del pie 8 centímetros.



Fig. 77. — Vaso tosco. N° 55 M. Col. M. L. P.

Haremos mención aquí de otro vaso ó jarro (n° 62), que por su forma se asemeja al ejemplar anterior; es más pequeño y aun más tosco, tiene un labio muy estrecho, apenas manifiesto. Carece además del asa: en su defecto lleva una especie de botón pegado debajo del borde, y que parece haber existido también en el otro lado.



Fig. 78. — Vaso tosco de forma globosa N° 51 M, Col. M. L. P.

Por último, el ejemplar mayor de la serie, representado en nuestra figura 78, es de fabricación más esmerada, de pasta más fina, y de color amarillo rojizo. Su forma es globosa, y de la boca ancha se desprende un labio estrecho é inclinado hacia afuera; el asa, lo mismo que la base, son relativamente pequeñas. Las medidas del vaso son: altura 20 centímetros, diámetro del borde 16, del cuerpo 19 y de la base 8.

Los dos ejemplares número 65 y 66 de la colección son dos vasos de fabricación tan tosca y ordinaria como los de la serie que acabamos de describir.

El primero es una jarra de forma subovoide arriba truncada, estrechada en la base, que consta de un aplastamiento algo oblicuo, debido á los desperfectos de la fabricación. Un asa en semicírculo se coloca verticalmente en su segundo tercio. Por fuera, la jarra es de color pardusco con manchas obscuras, pero en el interior se nota un tinte rojo, como si hubiese servido alguna vez de recipiente para contener una mezcla de dicho color. Su altura es de unos 12 centímetros, y su diámetro equivalente.



Fig. 79. — Vaso de forma irregular. N° 62 M Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

El segundo ejemplar es más pequeño que el anterior; tiene paredes muy gruesas, forma subglobosa, estrechada en la parte inferior y la base plana. Es de boca ancha, su labio estrecho. En el costado y á la altura del primer tercio se destacan un par de pegotes tuberculiformes, puestos en sentido horizontal, y á juzgar por otros indicios, parece que hubo asa del otro lado.

La pasta que sirvió para la fabricación del vaso ha sido poco trabajada, y partículas de cuarzo y terrones dejan una superficie granulosa, defecto éste, que se ha remediado con una capa de barro más fino, lo que se observa aun mejor en el interior, donde forma una pátina de color amarillento.

Vasos irregulares. — De los dos ejemplares que describiremos á continuación, el vaso ó jarro, que representa la figura 79, corresponde á la categoría de los vasos « asimétricos », como los llamó Ambrosetti [1] y es del mismo tipo que los ejemplares publicados por Debenedetti [2].

Se distingue por un cuerpo ó vientre abultado, subgloboso y algo achatado, de manera que su pared superior es casi paralela á la base; ésta última está marcada por un borde circular saliente.

Del lado opuesto al vientre nace un ancho cuello, colocado oblicua-

[1] Ambrosetti, J. B., *Exploraciones arqueológicas en la Pampa grande*, etc., en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*. 1906, VI, página 58.

[2] Debenedetti, S., *Exploración arqueológica en los cementerios prehistóricos de la isla de Tilcara*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1910, página 200, figura 148.

mente sobre el vaso, y con un asa plana, poco destacada en su reverso. La parte antero-superior del cuello está ahora quebrada, pero es probable que terminó alguna vez en un labio, tal como lo representa nuestra fotografía, tomada del objeto restaurado.

En su color y factura tosca, el vaso se parece á las piezas anteriores; es seguro que debía contener agua ú otros líquidos, pues la estabilidad cuando lleno es perfecta, á pesar de la fuerte inclinación de su parte posterior.

El otro, que muestra la figura 80, difiere del anterior por su tamaño mayor, y por detalles de fabricación.

El cuerpo presenta también un vientre globoso en la parte anterior, mientras que la porción basal del lado opuesto está más encorvada hacia arriba, formando un ángulo bastante pronunciado en la unióncon la parte superior.

La base es convexa y provista de tres patas cortas, cilíndricas, con pies : dos anteriores rectas y una posterior con una especie de codo, dirigido hacia atrás; este último detalle y la presencia de tres dedos toscamente modelados, hacen sospechar que sea una representación zoomorfa muy convencional.



Fig. 80. — Vaso irregular con tres pies. N° 50 bis M Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

El cuello se coloca sobre el cuerpo casi verticalmente; es bastante alto y muy ensanchado hacia arriba; su borde lleva adelante un pegote ó pico, con dos estrechos agujeros, mientras del lado opuesto arranca un asa bastante amplia, ancha y plana, ligeramente arqueada, la que viene á colocarse debajo del mismo cuello.

Este curioso vaso, á pesar de su apariencia tosca, es una de las piezas más interesantes del gran enterratorio de Molino. Tiene como los demás el color natural de la cocción, y conserva en partes manchas de hollín. Su superficie es áspera y presenta las estrías paralelas del instrumento ó raspador que sirvió al alfarero.

Como dimensiones, este vaso tiene : 23 centímetros de alto, 17 de diá-

metro máximo del vientre, 11 del cuello en su base y 15 el de su borde ó labio; los pies miden 4 centímetros de alto.

Ollitas con pies. — Las dos ollitas que mencionaremos de paso, son los últimos ejemplares que nos quedan de este tipo de alfarería rústica.



Fig. 81. — Ollita tosca de tres pies. N° 63 M Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Como lo demuestra la figura 81, se trata de un vaso enteramente tosco, de forma subhemisférica, asimétrica por los defectos de fabricación, y con un asa lateral poco destacada. Descansa sobre tres pies cortos, cilíndricos, y oblicuos es decir, convergentes hacia el centro, donde se encuentran unidos por un pegote grosero. De color natural amarillento gris, mejor conservado en su interior; está por fuera ennegrecido por hollín.

La otra ollita (fig. 82), semejante á la anterior, está mejor trabajada más lisa y de color del barro, gris. Su forma es más bien globosa, el fondo un tanto aplanado y provisto de cuatro pies cortos y cilíndricos, dispuestos en cuadro. La rotura que se observa en el costado indica la posibilidad de un asa, que puede haber desaparecido junto con la pared.



Fig. 82. — Ollita tosca de cuatro pies. N° 64 M Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Ollas pequeñas de fondo rojo. — Á cinco ejemplares solamente asciende el número de las comprendidas en esta categoría; proceden también de los mismos sepulcros que los objetos recién descriptos, pero corresponden á una alfarería superior, bien modelada y pintada de color rojo. Se trata, sin embargo, de vasos conocidos, sin particularidades dignas de mención, por lo cual nos ocuparemos de ellos muy ligeramente.

Las dos, números 75 y 77, se caracterizan por su cuerpo globular,

comprimido, y apenas aplanado en la base. Arriba termina en cuello bajo, que da lugar á un labio plegado hacia afuera y de cuyo borde se desprende un asa bastante ancha, que viene á colocarse en semicírculo sobre el vaso, más ó menos á la mitad de su altura.

Las dos ollas tienen 11 centímetros de alto y 15 de diámetro; por fuera su superficie es perfectamente lisa y está pintada de color rojo, excepción hecha en la parte inferior del vaso, que es también más áspera; la pintura de las dos se extiende hasta el borde superior del labio y es más cargada en la número 75.

La olla número 76, pertenece al mismo tipo, y es del tamaño de las anteriores; sólo se diferencia en tener la parte inferior del cuerpo más alta con un aplanamiento en la base bien manifiesto, siendo toda la superficie lisa y pintada.

Como variedad, sólo por su forma y tamaño, tendríamos el vaso número 78: este es mucho más pequeño, relativamente más alto y su base aun más destacada que en el precedente.

Por último, la olla número 72 M, puede incluirse entre las demás, pues solamente difiere de ellas por su forma más alta, su base saliente y por estar provista de dos asas simétricas, pero del mismo tipo que las anteriores.

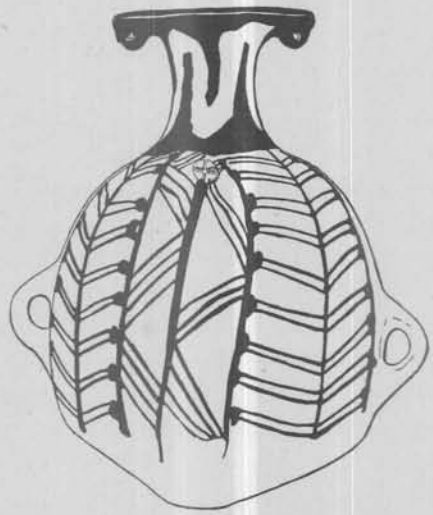


Fig. 83. — Vaso ó yuro de base cónica con decoración fitomorfa estilizada. N° 92, Col. M. L. P. (1/4 del nat.)

Vasos ó yuros [1]. — De los tres hermosos vasos ó yuros procedentes de la colección Martínez, dos de ellos pertenecen á los vasos de base cónica sin asiento ó *ápodos,* propiamente dichos. Ellos corresponden por su forma al tipo así llamado por el profesor Outes [2]: son en su ornamentación muy semejantes á dos de los vasos que figuran entre las láminas cromolitográficas, publicadas por este autor [3].

Como aquéllos, nuestros vasos son de vientre subgloboso, de base cónica, y su cuello termina en un labio plegado hacia afuera del cual cuel-

[1] Véase la referencia en la nota 1, página 17.

[2] Outes, *Alfarerías,* etc., página 24.

[3] *Ibid.*, plancha III, figuras 4 y 7.

gan dos aletillas ó protuberancias; en el centro de la parte superior del vientre hay otra especie de botón, y en el tercio inferior del mismo hállanse las asas colocadas verticalmente.

El ejemplar representado en la figura 83 es el más pequeño; tiene 24 centímetros de alto; el fondo es de uniforme color amarillo rojizo.

Los dibujos son negros, ocupan un solo lado del vientre, todo el cuello y parte inferior del labio. Entre los del vientre se distinguen elementos fitomórfos estilizados, formados por un tallo central con una serie de líneas dobles bipenadas, que terminan en gruesos puntos negros. Esta ornamentación ocupa las dos zonas laterales y es limitada á su vez por las líneas verticales subparalelas al tallo central del dibujo fitomórfo.

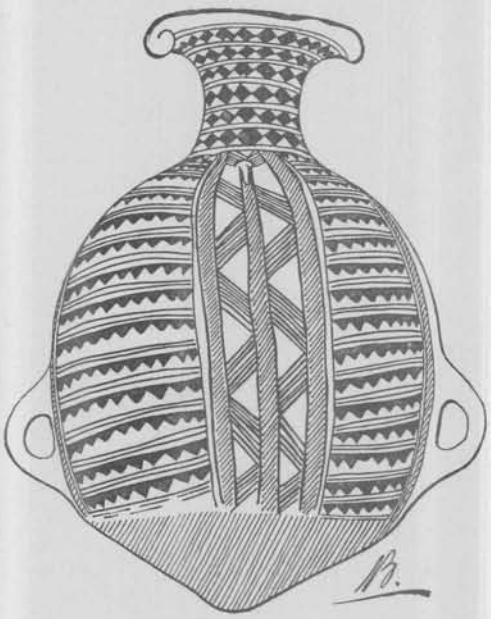


Fig. 84. — Vaso ó yuro de base cónica con decoración tricolor. N° 91, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Otra línea longitudinal divide el espacio medio en dos estrechas bandas, ocupadas por unas líneas diagonales dispuestas en grupos de cuatro y de tres, y en tal forma, que en cada una de estas bandas resultan dos vacíos angulares.

En el cuello y labio se ve pintada una doble serie de triángulos alternados, algo asimétricos, con sus vértices muy alargados, forma de ornamentación común en toda la región.

El vaso está bien modelado, de superficie perfectamente pulimentada y al parecer su color general corresponde á la cocción de la propia pasta.

Ya se dijo que las aletillas del labio están perforadas y ahora se advierte que el botón del vientre lleva una doble escotadura dispuesta en cruz.

El otro vaso sin asiento (fig. 84), tiene 34 centímetros de alto. Su fondo está pintado de un color amarillento impuro ó bayo claro, pero la base y el cuello son rojos. Los adornos, distribuídos como en el otro ejemplar, son negros, á excepción de cinco fajas rojas, las que dividen el vientre en cuatro zonas y están limitadas á su vez por estrechas rayas negras.

En las dos zonas ó franjas laterales se distinguen series paralelas y

transversales de líneas dobles, angostas, alternadas cada vez con una hilera de pequeños triángulos con los vértices hacia abajo.

Los espacios entre las fajas centrales rojas, están ocupados por líneas diagonales como en el primer vaso, pero cuyo número varía de cinco á nueve líneas paralelas.

Todo el cuello está pintado con series de pequeños losanges, colocados siempre entre dos líneas paralelas. El borde externo del labio lleva también su ribete negro.

En la unión del vientre con el gollete y del lado opuesto al del dibujo, se extienden tres líneas paralelas y el espacio entre la superior de éstas y la terminal del dibujo del cuello, está cruzado tres veces por líneas cuádruples onduladas.



Fig. 85. — Vaso ó yuro de base cónica truncada rojo con dibujos negros. Nº 90, Col. M. L. P.

En este vaso, las aletillas del labio están perforadas y aquella de la parte ventral es un simple botón sin adorno alguno.

El tercer vaso pertenece á un tipo muy semejante á los anteriores, clasificado por Ambrosetti con el nombre de *seudoápodo;* que se diferencia de ese tipo en primer lugar, por tener una base en forma de cono truncado, que permite asentarlo en el suelo. Las asas se hallan situadas hacia la mitad del vientre, y faltan en este ejemplo las aletillas en el labio y el botón en el vientre, tan propios en la mayoría de las piezas del otro tipo.

Nuestro ejemplar, representado en la figura 85, tiene 42 centímetros de alto; es de color rojo sanguíneo, los dibujos son negros y ocupan los dos costados del vientre y todo el cuello.

Estos dibujos forman tres franjas iguales y horizontales, limitadas en los costados por dos verticales que bajan de la región de las asas y que constituyen otros tantos rectángulos, de cuyo margen superior se desprenden triángulos reticulados; los vértices de estos son prolongados en forma semiespiral, resultando un espacio subovalado, en el cual está una línea corta oblicua, entre cuatro puntos dispuestos en cruz.

En la guarda del medio, las líneas en espiral se encorvan en sentido contrario á las otras y el número de éstas es allí de tres contra dos.

El lado opuesto del vientre tiene los mismos dibujos con pequeñas variantes, pues, la última guarda es la que lleva las tres figuras, y entre los dos seudoóvalos de la del medio, se aumenta un triángulo de más, el cual se levanta de la línea inferior, con su vértice hacia arriba.

En el cuello está pintada una doble fila de triángulos con vértices muy alargados y entre sí alternados. El labio lleva un ribete negro.

Este vaso, que por su ornamentación constituye una de las piezas más interesantes de esta colección, ha sido elaborado con esmero, y la cocción perfecta.

Los tres ejemplares que acabamos de describir, nos aseguró don José Martínez, fueron exhumados de los panteones al pie de los cerros, ó sea al sudoeste de la antigua población.

Ollas y urnas decoradas. — Los objetos que á continuación se mencionan, pertenecen todos á tipos bastante heterogéneos en cuanto á su forma y ornamentación : los dibujos son negros y pintados con poco arte en el primer grupo que vamos á citar.



Fig. 86. — Pequeña urna decorada de doble cintura. N° 74 M, Col. M. L. P.

Nuestra figura 86, reproduce una pequeña urna ú olla algo tosca, formada por un vientre globular del cual se levanta otro cuerpo ó cuello corto de doble cintura, que termina en un labio. Hay dos pequeñas asas del tipo común.

La ornamentación se ve perfectamente bien en el esquema; se compone de la guarda central de triángulos con vértices alargados y contrapuestos ; de otra que circunda el cuello, y de una simple línea quebrada sobre la orilla interior del labio.

El fondo de este vaso no es pintado, conserva su color natural rojizo; la superficie es áspera, por estar la pasta recargada de mica.

Ubicaremos aquí el pequeño vaso biglobular número 80, formado de dos cuerpos iguales superpuestos, unidos por una cintura pronunciada y cóncava : la parte inferior termina en una base algo destacada y plana; la parte superior de las paredes está inclinada hacia adentro.

La superficie del vaso es lisa y está pintada de rojo impuro, con una especie de faja marginal de dos líneas equidistantes, separadas por una serie de gruesos puntos en el medio, lo que constituye su único adorno. Mide este vaso unos 11 centímetros de alto, y otros tantos de diámetro.

Otro, número 67 M, de la misma altura que el anterior, es subgloboso ;

la parte inferior cónica con base pequeña y cóncava ; el cuello es corto, la boca ancha y el labio inclinado hacia afuera ; su diámetro es el del cuerpo.

Los dibujos que están casi del todo borrados, constan de una línea irregular quebrada que baja del labio y corre separada por espirales casi invisibles.



Fig. 87. — Olla tosca con decoración romboidea. N° 70 M Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Urnas ú ollas toscas. — Las tres urnas ú ollas números 69 á 71, pertenecen á un mismo tipo, bastante generalizado y son ordinarias por su factura y detalles de ornamentación. Se caracterizan por la forma subglobosa, un poco más estrechada hacia la base, terminada en un asiento pequeño de sección cóncava; la boca es ancha, el labio dirigido hacia afuera. Las asas son simétricas, situadas á la altura del diámetro mayor de la urna, colocadas horizontalmente en un ejemplar, y en sentido vertical en los otros dos.



Fig. 88. — Olla tosca con decoración irregular grosera N° 71 M, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Méndez extrajo dos de estas urnas de los sepulcros cerca de Molino. En la primera (fig. 87), el fondo está pintado de color amarillento, y los dibujos de la guarda ventral son los mismos que hemos visto en las decoraciones de ciertos pucos, descriptos en las páginas anteriores; lleva también una ancha faja negra debajo del labio, y sus asas son horizontales, del tipo común.

El segundo ejemplar, representado en nuestra figura 88, es un poco mayor que el anterior; acaso por efecto de la cocción, su color sea rojizo, pues este color sólo aparece caprichosamente en partes de la superficie.

En ésta, la guarda es ancha, cubre casi toda la mitad superior

y consta de dos líneas paralelas que encierran otras líneas quebradas y algunas verticales entre círculos, como se ve en el dibujo.

Las asas son en este caso verticales, y aparecen como lóbulos que se desprenden del cuerpo.

La urna número 69, procede de las sepulturas de Fuerte Quemado; tiene forma algo menos globosa que las otras, los dibujos han desaparecido casi del todo, y sobre un fondo rojizo se nota solamente en parte los restos de una guarda, formada por líneas horizontales y algunas espirales que se desprenden, al parecer, de triángulos contrapuestos. Las asas son muy toscas, verticales, pegadas solamente abajo y arrimadas con la otra extremidad á la pared de la urna; sobre su línea mediana hay pequeñas impresiones circulares, estampadas, comunes en otros ejemplos de la alfarería local.

Urnas diversas. — Las figuras 89 á 91, representan otras tantas urnas de nuestra colección, ejemplares únicos, de distintos tipos, pero de alfarería roja con ornamentación negra. Dos de ellas proceden del cementerio antiguo cerca de Molino del Puesto, la tercera de Fuerte



Fig. 89. — Urna baja con guarda y serpiente típicas.
N° 82 M, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Quemado ; las tres se hallan en un estado admirable de conservación : para ello ha influído la calidad superior de su factura y materiales.

La mayor parte de las figuras que componen la ornamentación, no son sino los mismos motivos que hemos tratado más atrás, al ocuparnos de la decoración de ciertos pucos, razón por la que desistimos de describirlas con mayor extensión.

La urna figura 89, es de fabricación más bien tosca; se distingue por su cuerpo subglobular relativamente bajo, que hacia arriba vuelve á en-

sancharse en curva suave, dando lugar á un cuello de diámetro algo mayor que el del mismo cuerpo; á la altura de este último están situadas las asas, horizontales y de tipo común.

El fondo de la urna es de lindo color rojo ladrillo. La ornamentación en el anverso y el reverso es igual; está limitada por líneas verticales en la región de las asas, y por dos horizontales, una debajo del mismo borde, la otra sobre el diámetro máximo del cuerpo. El dibujo, en el espacio superior, ó del cuello, consta de la conocida faja de los triángulos negros, con grecas entrelazadas, mientras que la parte inferior está ocupada por la típica representación serpentiforme, idéntica á la que vemos en los



Fig. 90. — Urna de tipo común con decoración variada y figuras zoomorfas. N° 83 M, Col. M. L. P. (1/4 del nat.)

pucos rojos; también se observan algunas líneas salpicadas en el interior de la urna.

El modelado de esta pieza no es precisamente muy prolijo; la parte alta es ligeramente ovalada, y se advierte muy bien la unión de las dos mitades de que la urna fué fabricada, como también la perforación de sus paredes para colocar el asa.

Del mismo lugar sacó Méndez la hermosa urna figura 90, muy bien trabajada, de superficie lisa y de lindo color lacre. Pertenece á un tipo conocido, formado de tres zonas superpuestas: la de la base, perfectamente cónica, con asiento pequeño y cóncavo, sobre la cual se coloca otra más alta, ó vientre, de paredes más arqueadas que disminuyen de diámetro para formar en la tercera zona un labio amplio dirigido hacia afuera.

Las asas horizontales, tienen el borde superior más estrecho, y están

oblicuadas del lado interior, por consiguiente menos separadas en la parte inferior, pero como en la urna precedente, colocadas mediante la perforación de las paredes del recipiente.

Encima de las asas sube de cada lado una figura zoomorfa (fig. 90 bis), posiblemente el llamado « quirquincho » *(Dasypus vellerosus)*, á juzgar por su forma y líneas impresas, que indicarían su caparazón [1].

Los dibujos que ocupan respectivamente las tres zonas de la urna, están separados por dos líneas paralelas, que en su parte superior limitan el vientre del cuello, y en la inferior de la base; otras tantas verticales bajan de la línea inferior del cuello por los costados de las asas hasta la misma base, formando así el anverso y reverso de esas dos secciones.



Fig. 90 bis. — Figura zoomorfa de la urna nº 83 (tam. nat.)

La serpiente en la zona inferior es la típica de dos cabezas.

El dibujo sobre el vientre de la urna consta de los triángulos negros con espirales, unidos en dos figuras romboidales por líneas rectas y onduladas ; estas mismas figuras no son sino ligeras modificaciones de una ornamentación usual y típica en los pucos de la misma región (véase fig. 56 y 57).

El gollete lleva un adorno negro que consta de una guarda reticulada y angulosa, la cual serpentea en toda su circunferencia ; el interior del labio lleva su guarda de rayas negras, bastante largas y juntas, y verticales á la periferia.

La preciosa urna figura 91, encontrada por los hermanos Guerra en Fuerte Quemado, corresponde á un tipo especial, de forma alta y subcilíndrica. Se compone de un vientre alto, subovoide, que termina en una base en forma de cono truncado con asiento cóncavo ; arriba, el vientre se prolonga en cuello ó gollete, ensanchándose paulatinamente hacia la boca ó borde superior. Dos asas anchas, en forma de cinta semicircular, están en el lugar de costumbre.

[1] Hemos encontrado idénticas figuras en muchas otras urnas ó cántaros del mismo tipo en la alfarería de la región.

El profesor Outes *(Alfarerías,* etc., pág. 36, fig. 27) las consideró como representación del puma.

El modelado de esta urna es muy esmerado; sus paredes son delgadas, de 6 milímetros de espesor, muy bien alisadas, sobre todo del lado de fuera, donde están pintadas de lindo rojo sanguíneo, que abarca también el margen superoinferior; la pasta empleada es de primera calidad y la cocción perfecta.

Los dibujos son de un negro puro. El gollete se adorna con la hermosa guarda marginal, que se duplica también, pero más simplificada, en la orilla interior.

La ornamentación que aparece en nuestra figura, se repite en el reverso; es posible que los curiosos motivos correspondan á una representación como en las grandes urnas de tipo antropomorfo, si bien muy convencional. Las líneas verticales que limitan los dos frentes dejan espacios libres, entre las asas y la cintura del gollete, ocupados en cada caso por una figura de dos triángulos reticulados unidos por sus vértices; las asas ostentan siete rayas negras verticales.



Fig. 91. — Urna de tipo especial con decoración antropomorfa. N° 84, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)



Fig. 92. — Fragmento de urna con cara humana en relieve. N° 85, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Fragmento de urna. — Presentamos en este lugar el fragmento (figura 92), que hemos hallado entre los escombros de sepulturas excavadas, y que debió pertenecer á una urna de forma parecida á la anterior. Es también de factura de buena calidad, de color pardo rojizo; su ornamentación justifica el rubro de antropomorfo que dimos á la urna indicada.

Una cara humana se destaca dentro de un contorno ovalado, con nariz muy pronunciada, ojos y boca de dos bordes repujados, debido esto á

una impresión horizontal profunda; de los ojos bajan tres líneas verticales también impresas, todo en la forma muy usual en muchos otros ejemplos de la alfarería regional. Otras líneas horizontales y verticales pintadas atraviesan la cara, y en lo demás del fragmento, se distingue algo como la parte caudal de una de esas representaciones serpentiformes, con otras figuras que adornaban la urna.

Urnas ó tinajas diversas. — Entre las grandes urnas ó tinajas, con las cuales terminaremos la descripción del material arqueológico de Fuerte Quemado, figuran dos ejemplares que por sus diferencias de tipo, tenemos que separar de los demás que luego describiremos.



Fig. 93. — Urna de tipo excepcional. N° 43 Col. M. L. P. (1/6 del nat.)

Á mero título de información, vamos á mencionar una urna funeraria mal conservada, con su ornamentación borrada, pero que presenta á su vez otra forma muy conocida en la región que nos ocupa.

Estas urnas se caracterizan por estar formadas mediante la yuxtaposición de dos partes: la inferior baja, de base subcónica y truncada, arriba algo estrechada hasta el plano de unión con la superior, que es alta, cilíndrica, con sus paredes ligeramente arqueadas, terminando en labio estrecho y horizontal.

Además están provistas siempre de dos asas anchas, colocadas horizontalmente sobre el diámetro máximo de la porción inferior de la urna.

Por la tonalidad del fondo, se advierte en nuestro ejemplar que los dibujos ocuparon ocho fajas ó registros verticales, una decoración muy general en esta clase, y como puede verse en otra urna de un panteón de Las Mojarras, que se publica al final del capítulo siguiente.

En la figura 93, reproducimos una hermosa urna ó tinaja *sui generis*, y única en nuestra colección. Por su forma se acerca al tipo de urnas funerarias que acabamos de mencionar. Se diferencia por su fondo ó porción basal perfectamente hemisférica, sobre la cual se coloca un cuerpo

alto, cilíndrico, de menor diámetro en su parte superior, donde termina en un labio ancho y oblicuado; el asiento de la base es ligeramente cóncavo.

Las asas son grandes, horizontales é inclinadas hacia afuera.

El color de la urna es el rojizo natural, pero á la superficie exterior cubre una capa de un blanco impuro, algo amarillento, sobre la cual se han trazado dibujos negros, entreverados con algunas líneas de color rojo.

La ornamentación, de un conjunto armonioso y de gusto artístico, se repite en el reverso con pocas variantes. La que ocupa el cuerpo alto, está separada en los costados, y en la base por líneas negras, que dejan un espacio libre, más ancho en la región de las asas. Otras líneas dividen el frente en tres registros ó fajas verticales.

El dibujo de la faja del medio, está formado de ángulos ó cheurrones negros, acompañados por otros rojos que en el anverso están debajo, pero en el reverso, arriba de los negros. En el vacío del ángulo superior, una pequeña raya entre dos puntos indica quizá la representación antropomorfa, en una forma muy simple y convencional, tan común en las grandes tinajas de otros tipos: en el anverso, de los ojos se desprenden dos rayas ó lágrimas rojas.

Los motivos de los registros ó fajas laterales constan de cuatro hermosas grecas triangulares, contrapuestas dos á dos, y separados los pares de ellas por un adorno de piquillos ó triángulos negros, que dejan vacíos losángicos del color del fondo.

En la parte inferior de la tinaja se repiten los mismos motivos de las franjas laterales, con la diferencia, que la greca central que aparece en nuestra figura, se hace dos en el reverso; unas cuantas líneas paralelas, complementan los vacíos que la disposición de los triángulos deja en el esquema.

Por último, la parte exterior del labio está ocupada por un reticulado, formado por líneas diagonales negras y rojas que las cruzan.

La altura total de la urna ó tinaja es de 52 centímetros, su diámetro entre las asas de 29, del cuello ó labio 35; las asas son de 13 centímetros de ancho y casi 6 de alto.

Urnas ó tinajas con ornamentación antropomorfa. — Nueve son las grandes urnas ó tinajas que, como se dijo en un principio, fueron adquiridas de Inocencio Gómez en Fuerte Quemado. Ellas corresponden á la misma categoría, que las descriptas al final del capítulo anterior, ó sea también al llamado « tipo Santa María », desde que coinciden perfectamente con sus formas y detalles de ornamentación. Por lo tanto, no es necesario que repitamos los caracteres generales, propios de esta clase de urnas, de que se ha tratado ya en páginas que anteceden; nos referiremos, pues, sólo á las diferencias más notables, con los dibujos

de los ejemplos más interesantes que pueden servir para comparación.

Así encontramos, por ejemplo, en las dos tinajas figuras 94 y 95, la típica faja escalonada con todos sus complementos, que constituyen también la ornamentación ventral de la urna de Quilmes, representada ya en la figura 32. En la tinaja figura 94, la faja vertical media, se compone de triángulos rojos alternados, separados por líneas diagonales entre otras onduladas, formando un conjunto conocido, pero poco común en estas urnas, pues, esta faja consta casi siempre de los triángulos con grecas : motivos empleados también con más frecuencia en la ornamentación del gollete. La cara humana está figurada aquí por los arcos superciliares, prolongados hasta la boca con dientes, y el todo limitado del lado inferior por un espacio pintado de color rojo dentro del cual se hallan ubicados los ojos.



Fig. 94. — Urna antropomorfa con decoración ventral típica y guarda vertical excepcional. N° 43, Col. M. L. P. ($^1/_6$ del nat.)

La urna figura 95 es otro hermoso ejemplar y, como la anterior, muy bien conservado. Los arcos y los ojos se destacan en relieve; los primeros, que determinan también la nariz, están pintados de rojo, lo mismo que dos secciones de gollete alrededor de los dibujos geométricos usuales : éstos se alternan con las serpientes, todo ello perfectamente detallado en nuestro dibujo, cuya ornamentación se repite asimismo en el reverso de la tinaja.

Los tres ejemplares que á continuación se mencionan, llevan los números 46 á 48 de la colección; son de factura menos esmerada, de vientre algo más bajo y de gollete más alto, que el ejemplar de Quilmes, reproducido en la figura 34 del capítulo anterior, á cuya categoría corresponden sin embargo en razón de su ornamentación ventral. En las dos tinajas números 47 y 48, los brazos encierran también un motivo ornamental semejante al que vemos sobre la urna de Quilmes, substituído por un batracio, de cuerpo romboidal y cabeza bipartita, en el tercer ejemplar. En este mismo, el gollete es bastante ensanchado hacia el

labio, y su ornamentación consta de dos series oblicuas de los típicos triángulos con grecas, limitados arriba y abajo por grandes triángulos negros. También el labio lleva del lado interno una ancha faja ó guarda marginal, con los elementos recién mencionados de triángulos con grecas.

En la urna número 47 de la colección, los brazos se dibujan por una simple línea negra, que termina en cuatro dedos largos. El espacio debajo de los brazos se complementa con las líneas paralelas y series de puntos usuales, pero en la sección basal, la ornamentación consta de la característica serpiente en forma de S volcada. Los dibujos del gollete son parecidos á los de la tinaja anterior; la representación antropomorfa es algo burda, pero menos estilizada.



Fig. 95. — Urna antropomorfa con decoración ventral típica. N° 46, Col. M. L. P. ($^1/_6$ del nat.)

Por último, en la tercera urna, número 48, la decoración ventral es la misma y típica, como en la figura 34 de Quilmes. Los brazos y la faja escalonada, en la sección inferior, son rojos. La ornamentación del gollete es asimétrica; lo son también los arcos superciliares y una faja horizontal debajo de la nariz. Los ojos son pequeños, debajo del izquierdo hay una serpiente de cuerpo acodado con puntos en su interior, y los espacios triangulares que quedan entre los codos, se complementan con figuras digitales ó maniformes. Esta serpiente, con los demás detalles, se repite en la parte inferior del lado derecho del gollete, mientras que los vacíos ó espacios opuestos se alternan con los motivos de triángulos y grecas de costumbre.

Por los detalles de sus dibujos, conviene citar en este lugar otra tinaja más, que lleva el número 41 de la colección y que reproduce nuestra figura 96. Se diferencia sin embargo de todas las otras, por su gollete desproporcionadamente alargado, pero representa á su vez un subtipo de estas mismas urnas, bien conocido en la región. El cuerpo ó vientre es en tales casos relativamente pequeño, y en nuestro ejemplar subovoide.

Los dibujos son negros, muy borrados. En el vientre, los brazos encierran de cada lado un espacio jaquelado, el resto de la ornamentación no ofrece nada de particular; en el gollete, los motivos usuales están agru-

pados en dos bandas muy oblicuas, y el espacio entre ellas está ocupado por figuras ornitomorfas. El interior de la urna se adorna con la guarda marginal y dos figuras de « Suri » ó *Rhea,* tal como lo muestra el esquema (fig. 96 bis).

Las formas y ornamentación de otras dos tinajas, se reproducen con suficiente claridad en nuestras figuras 97 y 98; ambas se distinguen por sus dibujos curiosos y no tan comunes.

La tinaja figura 97, se caracteriza por su gollete muy ensanchado hacia el labio; el vientre presenta una cintura al nivel de las asas, que corresponde á la unión de las dos partes de que ha sido fabricado el todo.



Fig. 96. — Urna antropomorfa de gollete alto. N° 41, Col. M. L. P. ($^1/_6$ del nat.)

Los dibujos del gollete son curiosos por la interpretación convencional, que se ha dado á la cara humana y por los detalles que la complementan. La boca es elipsoidal, las mejillas están groseramente reticuladas, y á los arcos acompaña una faja de color rojo, que se dirige por los costados de la cara, hasta la misma boca.

La ornamentación ventral es senci-



Fig. 96 bis. — Un detalle de la decoración interna de la misma urna

lla y consta de la guarda vertical media, con los motivos tantas veces mencionados, á cuyos costados aparecen ángulos ó cheurrones, pintados de rojo en el medio, con algunos triángulos negros en los espacios que dejan los ángulos superiores.

La tinaja figura 98 ostenta una decoración de buen efecto, y ya conocida en otros ejemplares procedentes de dicha región. Parece que tanto la del gollete como la del vientre, corresponden á una representación serpentiforme, pintada de rojo, y que tiene en esta última parte la forma acostumbrada de S. Los demás detalles se perciben perfectamente en nuestro dibujo.

El último ó noveno ejemplar de esta pequeña serie, quizás debiera separarse de los demás, por el hecho de que ni el gollete, ni tampoco el vientre llevan la ornamentación antropomorfa que caracteriza por una parte estas tinajas.

Los dibujos que ocupan el gollete, forman una especie de red, de trama irregular, con algunas mallas exagonales, intercalados gruesos manchones más ó menos circulares, de modo que imitan un dibujo jaquelado: algunos de los vacíos de la malla llevan puntos negros. Tanto esta ornamentación como la ventral, están separadas en las dos caras de la urna, por la típica faja negra, que baja en la región de las asas.

Los dibujos del vientre están muy borrados; de ellos se distinguen líneas curvas, paralelas, separadas por series de puntos negros, y que acompañan en sus vueltas una especie de faja tortuosa, repitiéndose con cierta asimetría en cada lado, pintada de rojo y que recuerda en algo los motivos de la urna figura 98.

Sea dicho, en general, que todas estas urnas tienen el borde interior del labio pintado de negro, y á menudo se presentan en la superficie interna las típicas salpicaduras de que dimos cuenta para otros objetos.



Fig. 97. — Urna antropomorfa con chevrones N° 50, Col. M. L. P. ($^1/_6$ del nat.)

Objetos diversos. — No debemos dar por terminada nuestra ya extensa enumeración, sin completarla con algunos objetos más, que forman también parte de la colección obtenida de José Méndez; las piezas más interesantes las reproducimos en la figura 99.

Los pocos objetos de madera proceden del enterratorio de Molino del Puesto, y están representados por un par de cucharas talladas, una de ellas con mango bien arqueado, pero ambas mal conservadas.

La tercera pieza es solamente la mitad de otro objeto en forma de tortero de huso, con una perforación central y varios dibujos ó líneas graba-

dos; se trata de un objeto de tipo bien conocido, de que Ambrosetti ha publicado numerosos ejemplares [1].

Entre los mismos sepulcros del gran enterratorio, encontró Méndez muchos fragmentos de frutos de una cucurbitácea, llamada « Mate » en el lenguaje del país, de forma más ó menos esférica, partidos por el medio, y usados probablemente como recipientes ó cucharas para tomar líquidos.



Fig. 98. — Urna antropomorfa con ornamentaciones serpentiformes. N° 45, Col. M. L. P. ($^1/_6$ del nat.)

De los objetos fabricados de hueso, dos de ellos proceden de Fuerte Quemado: el uno, es una especie de alfiler, de forma cilíndrica con un pequeño disco plano; el otro, se parece á una espátula ó utensilio empleado, tal vez como el anterior, en el modelado de la alfarería. Hay también puntas de flechas de hueso, encontradas en abundancia, pero mal conservadas, dentro de las sepulturas de Molino del Puesto y juntas con los vasos toscos, que hemos descripto en páginas anteriores.

Los cinco ejemplos que presentamos en la figura 99, nos darán una idea perfecta de este tipo. Todas ellas han sido más ó menos bien talladas; muchas con punta aguda y una pequeña escotadura en la extremidad posterior; están provistas casi siempre en uno, ó en ambos lados, de una profunda ranura longitudinal mediana. Estas puntas de hueso se parecen mucho á las mencionadas por Ambrosetti de los cementerios de La Paya [2].

Entre las diversas sepulturas, y aun sobre el suelo entre las ruinas de la población de Fuerte Quemado, se han recogido algunos objetos de piedra tallada, como ser puntas de jabalina y también de flecha de forma lanceolada, bastante gruesas, pero con cantos ó filo en toda la circunferencia. Luego, un buen número de puntas de flecha casi todas de peque-

[1] Ambrosetti, J. B., *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya*, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, 1907, t. VIII, páginas 12, 105, 108, 126, etc.

[2] Ambrosetti, J. B., *Exploraciones*, etc., 1907, página 50, figura 26.

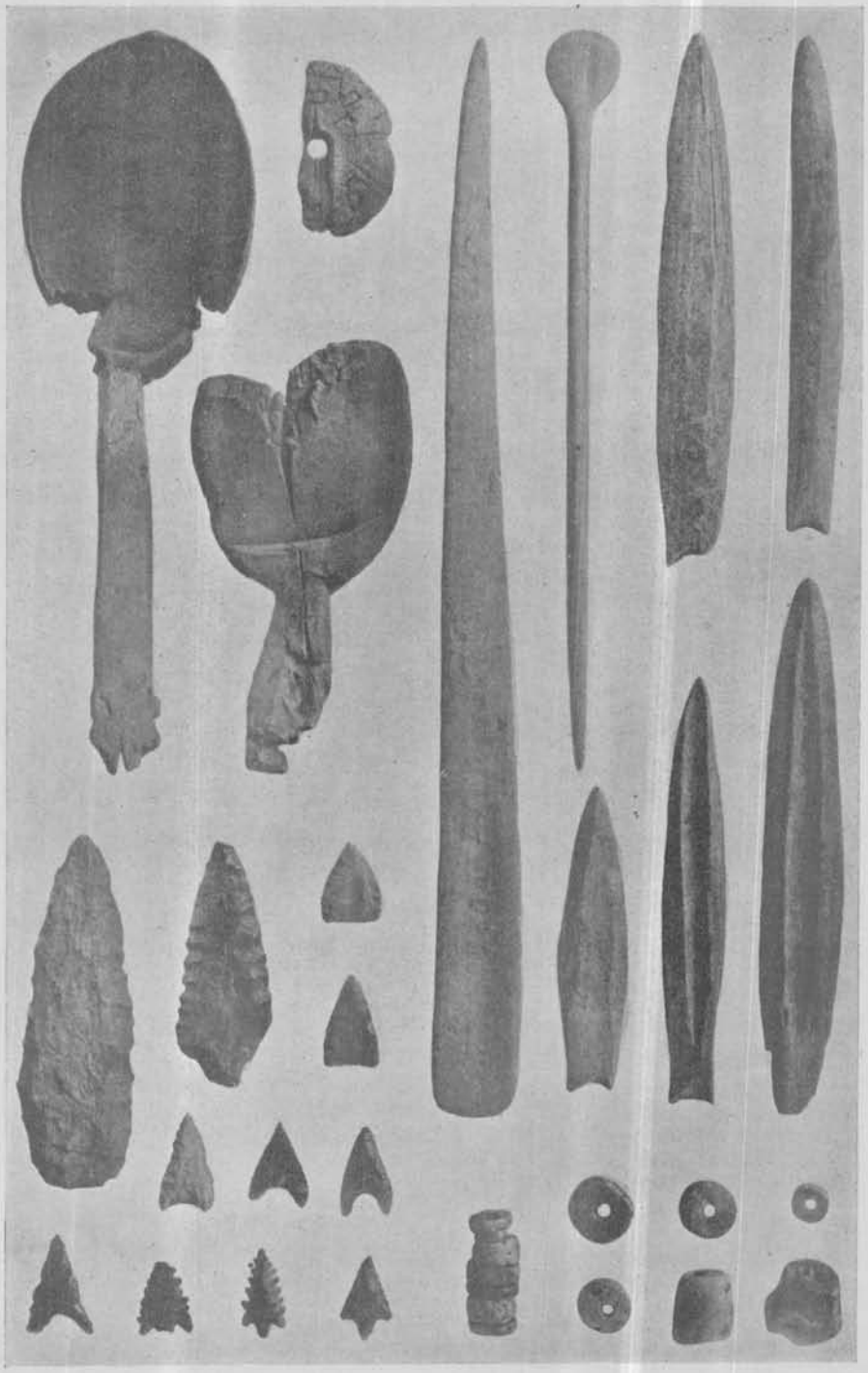


Fig. 99. — Objetos extraídos de las sepulturas de Fuerte Quemado y Molino del Puesto ($^2/_3$ del nat.)

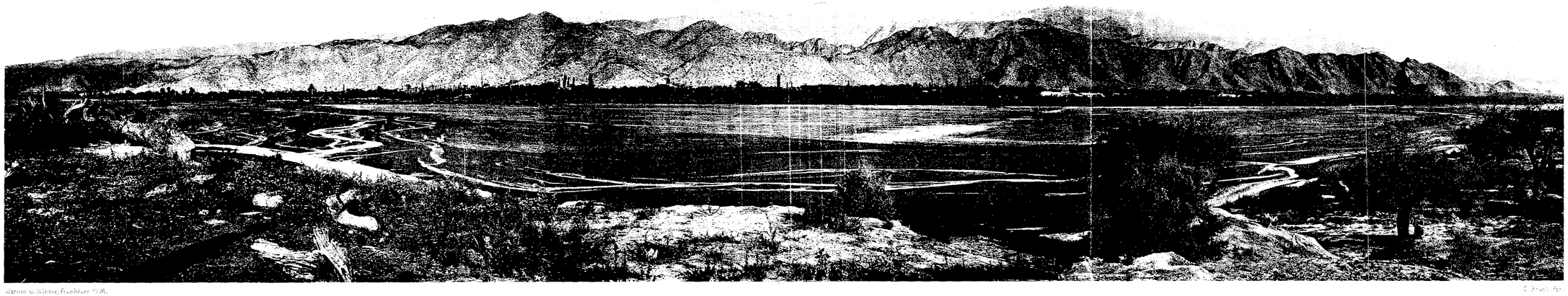
ñísimo tamaño y de diversos tipos, como puede verse perfectamente en nuestra figura.

Hay entre estas puntas de flecha, muchas de forma triangular, con los dos bordes y la base rectos ó ligeramente convexos; otras, en esta última parte, cóncavas, y muchas veces profundamente escotadas, conservando dos aletillas pronunciadas: este grupo constituye el tipo predominante de la región. Se encontraron también puntas de flecha más ó megos pedunculadas en su base, algunas pequeñas, de forma corta, triannular, con los bordes laterales cortantes, y otras más alargadas fuertemente dentadas. El material empleado con más frecuencia para su fabricación es de obsidiana y basalto (?), de vez en cuando también de cuarzo lechoso, calcedonia de varios colores y de pórfido cuarcífero.

Terminamos, por fin, mencionando unos objetos pequeños de piedra, tallados y perforados en forma de cuentas, que se han encontrado también dentro de los sepulcros de Fuerte Quemado. La mayor parte de ellos son turquesas, de color que varía entre verde cardenillo y verde aceituna; también los hay de color azul marino que son todos de sodalita. Muchos tienen forma de disco circular con perforación central, y algunos otros, de tamaño mayor, son cilíndricos ó conservan la forma primitiva de la piedra, siempre perfectamente pulidos y perforados. De estos objetos se conocen muchos ejemplos hallados en diversos puntos del noroeste argentino [1], pero hasta ahora no se sabe con seguridad su verdadero origen.

Por último, hubiese sido muy interesante, conocer con precisión el medio en que se hallaron gran número de cuentas ó perlas azules de vidrio, de forma esférica, alargada ó cilíndrica, encontradas al remover varias sepulturas, según Méndez, al pie del cerro de Fuerte Quemado y también en otras de Molino del Puesto. Desgraciadamente, no se conoce su relación con las otras extraídas, posiblemente de los mismos sitios; pero correspondiendo estas perlas á las introducidas por los españoles en el siglo XVI, no tenemos cómo tomarlas en consideración.

[1] Véase los trabajos de : Ambrosetti, Debenedetti, Boman, etc., etc.



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

C. Bruch, fot.

Cerro Pintado de las Mojarras

Ubicación del pueblo antiguo del Fuerte Quemado

Vista del valle de Santa Maria y de la actual población del Fuerte Quemado (Provincia de Catamarca)

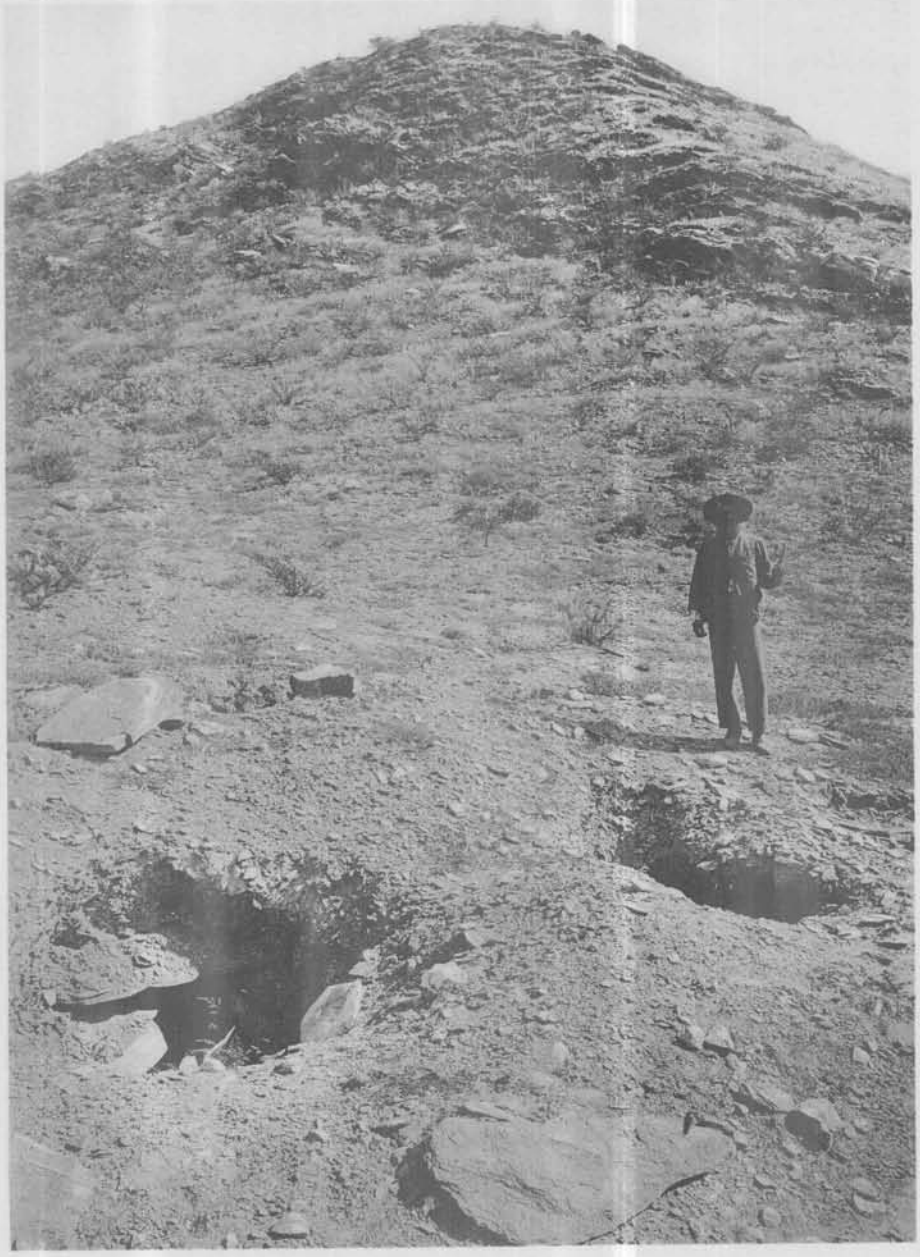


Fig. 1 **Cumbre del cerro del Fuerte Quemado, vista hacia el noreste**



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch for.

Fig. 2 **Construcciones antiquas en la cumbre del cerro del Fuerte Quemado**
(Provincia de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Sepulturas al pie del cerro del Fuerte Quemado (Prov. de Catamarca)

CAPÍTULO II

CERRO PINTADO DE LAS MOJARRAS

§ 1

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

El acondicionamiento de nuestras colecciones originó una demora de dos días en Molino del Puesto, circunstancia que aprovechamos para visitar también el Cerro Pintado de Las Mojarras, situado como á dos kilómetros de la Estancia del Molino, rumbo al sudoeste, y más ó menos á medio camino entre la villa de Fuerte Quemado y la de Santa María.

Corresponde, por consiguiente, Cerro Pintado al mismo cordón que ya se citó, y de cuyo costado oriental se destaca, como á distancia de tres kilómetros al sur de la vieja población de Fuerte Quemado. Unos cuantos ranchos de las propiedades al pie del cerro, forman el lugar llamado « Las Mojarras ».

El cerro tendrá escasamente unos doscientos metros de alto. Visto de frente, es decir, desde el lado del río, afecta más ó menos una forma hemisférica, y se extiende como 400 metros hacia el noroeste (lám. XI, fig. 1).

Las construcciones antiguas se hallan circunscriptas en casi toda su extensión sobre el mismo morro, donde se levantan las ruínas de un gran caserío.

La subida al cerro es muy tendida por su costado este, y es precisamente en esta parte, y á contar de su mitad superior, donde existe mayor número de construcciones, las que se elevan gradualmente, una después de otra (lám. XII). Más escasas son las construcciones sobre la falda norte, y, excepción hecha de unas cuantas, faltan en los costados sur y oeste, siendo éstos, por otra parte, mucho más escarpados y, por lo tanto, menos accesibles.

La cumbre del cerro forma una estrecha planicie de unos 20 metros

de ancho, pero bastante despareja, la que se halla edificada también en una extensión como de 30 metros de sudeste á noroeste.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Todas las construcciones son por lo visto angulares; no hemos encontrado ni una sola de forma redonda. Las que ocupan las faldas son típi-

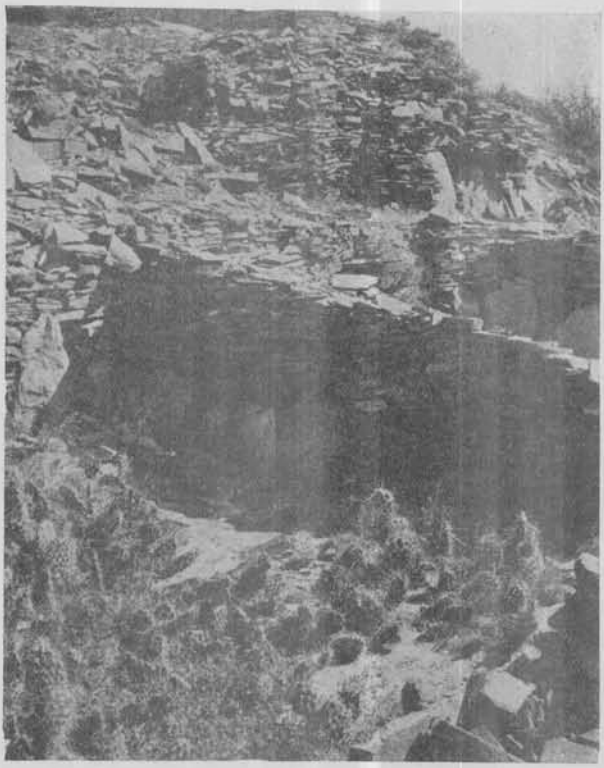


Fig. 100. — Paredes de base reforzada, sobre la falda

cas, y semejantes á aquellas de Quilmes: por lo general determinan recintos que miden de 3 á 4 metros de ancho, por 4 á 5 de largo; formados por cuatro paredes, de las que, la una está arrimada á la falda y libres las demás.

El espesor de las paredes varía entre 70 centímetros y un metro; su altura rara vez excede de 2 metros, correspondiendo esta medida

máxima á la pared del frente ó externa, cuando el terreno presenta cierta inclinación; en ese caso la interna se halla arrimada al cerro.

Por otra parte, observamos también aquí, que las paredes son más esmeradas, perfectamente á plomo en el interior de cada recinto, y la base reforzada con lajas grandes y chatas (fig. 100).

Las entradas á las habitaciones están casi siempre del lado sur é inmediatas á la pirca posterior. Cuando hay dos ó tres cuartos juntos, éstos se comunican entre sí por simples vanos, ó por una pequeña pirca, formando codo, que facilita la entrada á los mismos.

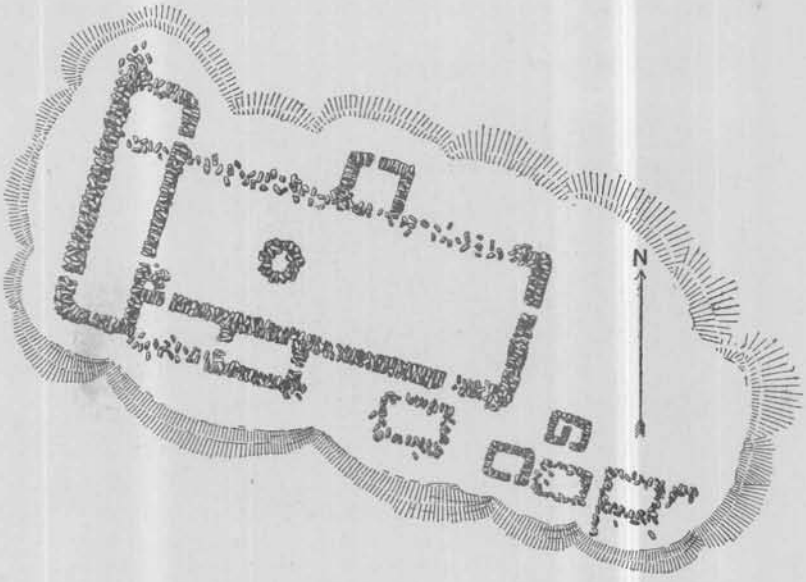


Fig. 101. — Relevamiento de las construcciones encima del cerro

Hemos dicho ya, que las construcciones abundan en esta parte del cerro; se suceden unas á otras, como los escalones de una gran escalinata: á corta distancia de la pared trasera de cada casa, se levanta la delantera de la de más arriba.

Las construcciones en el costado norte se hallan casi todas muy derrumbadas, y, á juzgar por los vestigios que aun se distinguen, deben haber existido dos grandes murallas paralelas, que cercaban todo este conjunto de casas en su parte baja.

Construcciones en la cima del cerro. — Nuestro croquis (fig. 101) dará una idea completa de la edificación que lleva la parte superior del cerro [1],

[1] Debo hacer presente también aquí, que el plano publicado por el doctor Ten Kate (*Anthropologie des anciens habitants*, etc., plancha A, fig. 26), en nada se parece á

cuya vista fotográfica reproduce además la lámina XI, figura 2. Tenemos aquí, un pequeño grupo de construcciones angulares, cuadradas y de rectángulos alargados, dispuestas con cierta simetría y que seguramente corresponden á otras tantas habitaciones. Éstas, salvo algunas particularidades, no ofrecen diferencias dignas de ser mencionadas en detalle.

El grupo principal de estas construcciones representa un edificio compuesto de una gran pirca rectangular, que mide 40 metros de largo por 12 de ancho y parece haber servido de patio; á éste se hallan adheridas las habitaciones, pero aquí arrimadas á la pared externa y no á la interior.



Fig. 102. — Habitación sobre el cerro al oeste de las construcciones principales

Una gran galería rectangular y sobresaliente, forma dos martillos por su costado occidental; además, aun existen otros tres cuartuchos: uno perfectamente cuadrado, ubicado en la mitad de la pared del norte, en parte hoy derrumbado; mientras que los otros dos, rectangulares, se hallan del lado opuesto, tal cual lo vemos en el plano, en el que también están indicados los vacíos ó pasadizos, aun más ó menos reconoscibles. Allí se incluyen otros cuartuchos inmediatos, hacia el sudeste del edificio citado, que pueden ó no haber pertenecido al primer grupo: en uno de ellos se distingue una pirca divisoria.

Haremos notar, á más de todo esto, que en el interior de la gran cuadra existe un círculo, formado de piedras lajas, que mide unos tres metros de diámetro y está colocado á flor de tierra. Otra pequeña pirca en

la realidad; es posible que se trata de una equivocación, como en el plano de Fuerte Quemado, ó de un relevamiento hecho con poco cuidado.

forma de cuadrante, pero muy deteriorada y cuyo destino ignoramos, se halla en el rincón sudoeste de la cuadra.

Todas estas construcciones han sido levantadas con piedra laja hasta un metro y algo más de altura [1].

De la gran galería rectangular hacia el sudoeste, hay una pequeña depresión en el cerro, y, como á los cien metros encontramos una casa alta de una sola pieza de 4 × 4,50 metros, muy bien edificada y que conserva aún el dintel de su puerta, formada por dos largas piedras (fig. 102). Á poca distancia de esa casa, y siempre sobre el mismo filo, se encuentran vestigios de trabajos mineros, efectuados, según información del doctor Lafone Quevedo, á mediados del siglo pasado.

En las proximidades de este último edificio existe una serie de ruínas, que están completamente destruídas, probablemente debido al tráfico de los mineros, para los trabajos posteriores á que nos referimos en las líneas que anteceden.

Á lo que se ve, existe cierta relación entre las obras antiguas de Cerro Pintado y aquellas otras de Quilmes y de Fuerte Quemado, y, dada la proximidad de estas localidades, es muy posible, y aun probable, que todas hayan pertenecido á indios de una misma estirpe ó nación, que tuvo su asiento principal á la altura de Fuerte Quemado, centro que parece haber sido del valle de Yocavil.

§ III

CEMENTERIOS

Á la bajada del cerro con el mismo Méndez, quien nos había acompañado en esta excursión, pasamos á un lugar de donde, según él, fueron extraídas muchas tinajas y otros objetos de alfarería, muy parecidos á los que conocemos de los cementerios de Fuerte Quemado. Se trata aquí de un enterratorio, situado como á medio kilómetro al nordeste

[1] Quiero aprovechar esta oportunidad para manifestar que he podido ver en muchísimas ocasiones paredes pircadas por los habitantes actuales, que son en todos sus detalles perfectamente idénticas á aquellas de épocas más remotas.

El tipo de casas de pirca baja, está muy generalizado entre los actuales habitantes de esta región; pero, la disposición del techado, y otros detalles complementarios, con los largos años han desaparecido completamente en las construcciones antiguas, y sin duda modificaron sensiblemente la altura interior de esos edificios: puede muy bien ser que se imitara la falta de altura en las paredes, sin que se acordasen de los techos altos que las complementaban.

de Cerro Pintado, en una de las propiedades de «Las Mojarras».

Poquísimos restos han quedado de los sepulcros, después de una remoción completa del terreno, que se hizo, según nos lo aseguraron, como un año antes de nuestro arribo; pero, por los mismos datos proporcionados



Fig. 103. — Aspecto actual de un antiguo cementerio

por nuestros acompañantes, se ve que estos sepulcros deben haber sido muy parecidos al del primer tipo, descripto en nuestro capítulo anterior, lo que confirmaron después dos rápidas excavaciones (fig. 103), que se hicieron en nuestra presencia en otro lugar vecino al cementerio profanado.

§ IV

MATERIAL ARQUEOLÓGICO

El material que á continuación vamos á describir, se ha adquirido por compra; una sola vez tuvimos oportunidad de presenciar personalmente la excavación de una sepultura. Esta colección, vendida por José Martínez, comerciante de Fuerte Quemado, consta de unos veinte objetos, reunidos por los vecinos Guerra y Méndez en el antiguo pueblo de Las Mojarras; la mayor parte son pucos, casi todos pintados y de alfarería roja, que corresponden del todo á los mismos tipos, descriptos ya de Fuerte Quemado y de Molino del Puesto.

Pucos de fondo rojo. — El ejemplar más sencillo es un puco (n° 13), de factura algo tosca sin pintura, de color ladrillo, ennegrecido por el hollín, que muy bien puede resultar de uso en alguna cocina indígena. Es de forma cónica, de altura reducida, paredes rectas, arqueadas solamente en la parte superior hacia adentro; la base es pequeña y de sección cóncava.

Otro de los mismos (n° 6), pertenece á un tipo distinto en cuanto á su forma baja, achatada, con una cintura entre los dos pares de protuberancias laterales y el borde de un labio oblicuamente dirigido hacia el exterior: hubo dos pestañas en el labio, entre las protuberancias dichas, de las que una ha desaparecido. Su base es perfectamente circular, amplia y cóncava, y como en el anterior ejemplo convexa en el interior. La superficie es lisa, de color gris amarillento; por afuera se distinguen aún unas gruesas líneas oblicuas de rojo muy claro.

Los demás pucos rojos llevan sus dibujos negros; á excepción de tres de ellos, la ornamentación del lado exterior consta otra vez de esquemas típicos serpentiformes, tales como los tenemos en el material procedente de Fuerte Quemado. En algunos ejemplares, los dibujos del lado interior están tan mal conservados que resultan casi del todo invisibles.

Uno de los tres pucos excepcionales, es de forma parecida, pero más grande, que el número 13; tiene del lado exterior una banda formada por líneas paralelas sembradas de puntos negros y que corre en zig-zag entre el borde y una línea negra cerca de la base.

Otro puco pequeño es algo tosco; sus paredes son más verticales y la porción basal cónica; además está provisto de dos protuberancias simétricas como asas, en el punto de reunión de las dos partes antedichas. La decoración externa se compone de seis fajas verticales, que caen del labio á un círculo cerca de la base, formadas por líneas más ó menos paralelas. El adorno del lado de adentro comprende cuatro fajas en cruz, constituídas por dos líneas rectas entre otras dos onduladas: estas cuatro fajas se desprenden de un ancho círculo en la base.

El tercer ejemplar (n° 10) es grueso y tosco, de forma subhemisférica, con una base como siempre cóncava por fuera, y convexa por dentro muy pronunciada. Del lado exterior se distingue un trozo de una doble línea, que serpenteaba por toda la circunferencia, y en el interior, unos siete listones con ornamentación caprichosa y asimétrica.

Cuatro de los pucos que por fuera ostentan el símbolo del ofidio llevan también en el interior figuras serpentiformes (n°s 1, 5, 8 y 16 de la colección).

En uno de ellos vemos, por ejemplo, cuatro figuras que corresponden á la parte posterior del ofidio típico, muy semejantes á los del puco número 104 de Fuerte Quemado; pero, en este caso, las figuras son más

angulosas, alternadas en los detalles que adornan los cuerpos, como que dos llevan puntos, y otras dos, líneas transversales en gran profusión.

Los otros tres pucos están muy mal conservados; en dos de ellos se distinguen apenas rastros de un dibujo serpentiforme, que aparece una vez como especie de guarda, completada con la ornamentación de grecas que nacen de triángulos negros; mientras que en el otro, se distinguen dos serpientes del tipo común, con los cuerpos adornados por series de líneas transversales, y otras en sentido longitudinal. Las dos figuras están separadas por una banda mediana de dos líneas paralelas con otras quebradas, dispuestas en sentido del ancho de la banda.

La ornamentación interior de los otros pucos (nos 4, 7 y 8 de la colección) consta de elementos geométricos, dispuestos en ocho secciones, tal como se ha dicho de los ejemplos citados en otro lugar (ver pág. 65).

El puco mayor (n° 7) de 30 centímetros de alto y 32 de diámetro, procede de la misma sepultura, de donde se ha sacado la urna funeraria, de la que nos ocuparemos más tarde. Se distingue del tipo común, por su forma alta y subcónica con paredes poco arqueadas, el borde ceñido por una cintura cerca del labio, que resulta plegado hacia afuera; la base es muy pequeña y cóncava, con escasa convexidad en el interior. Hay dos asas, las de siempre, semicirculares, simétricas, un poco más abajo del borde.



Fig. 104. — Decoración interior con fajas cruzadas. Puco n° 12, Col. M. L. P. (1/3 del nat.)

El símbolo de la serpiente, en la superficie exterior, está groseramente dibujado: se forma el ofidio por dos líneas separadas con una hilera de puntos en su interior.

La decoración del lado de adentro es sumamente sencilla: los cuatro listones ó fajas principales en cruz, se forman con tres líneas onduladas entre dos rectas, y se complementan en los cuatro espacios correspondientes con cuatro grandes triángulos negros.

En el puco número 12, como siempre, tenemos por base cuatro fajas principales, dispuestas en cruz, alternadas: dos de ellas con triángulos, solos ó con grecas, separados entre sí por curiosas líneas rectas y onduladas; las otras dos también llevan triángulos, pero sin grecas y cada una su serie de losanges simétricos, unos dentro de otros, y separados de los triángulos por líneas similares á las anteriores: los detalles de estos artísticos dibujos, se ven en el dibujo reproducido en la figura 104. Estas cuatro fajas en cruz se separan por cuatro figuras parecidas á cheurrones invertidos, cuyos detalles constan en el mismo dibujo.

En el número 4 de nuestra colección, tenemos en las fajas principales los mismos adornos de triángulos con grecas, muy parecidos á los del puco anterior, si bien peor ejecutados, y dispuestos de la misma manera. Los vanos correspondientes también llevan su ornamentación; en dos de los casos, líneas onduladas (dos de un lado, tres del otro); y en los otros, líneas en zig-zag, de las cuales se desprenden hacia arriba ciertas líneas cortas, en número de cuatro ó más, que muy bien pudiéramos considerar como adorno fitomorfo muy estilizado; sea de ello lo que fuere, es una decoración también típica de la región.

Escudillas de fondo amarillento claro. — Seis son los pucos que nos quedan por citar de esta localidad; ellos pertenecen á la misma categoría que los descriptos en el capítulo anterior.

El único ejemplar bien conservado tiene del lado de afuera las dos guardas del tipo común, como puede verse en el grabado adjunto (fig. 105).



Fig. 105. — Decoración exterior de doble guarda
Puco nº 11, Col. M. L. P.

Esta misma decoración constituye también en otro puco el adorno del lado interior, pero en vez de simples guardas, trátase de ofidios, por completarse aquellas con la cabeza triangular de la serpiente. En este mismo puco, se repite luego la típica guarda en la porción inferior del lado externo; mientras que el dibujo principal ó superior, se compone de dos serpientes en forma de S, con dos cabezas, boca dentada y ganchos que se desprenden de los ángulos postlaterales de la cabeza; figuras triangulares, con claros sembrados de puntos, complementan los vacíos que dejan las vueltas y contornos de los ofidios.

Igual decoración ocupa también el otro lado del mismo puco, y estos dos motivos están separados por líneas verticales una á cada lado de las asas también verticales y retorcidas. Finalmente, sobre el borde, se distinguen breves líneas negras.

Los demás ejemplares presentan del lado interno las típicas trazas de salpicaduras.

El puco número 14 es de factura tosca, distinto de los demás por su forma cónica; mide unos 15 centímetros de alto, 32 de diámetro en el borde y 10 en la base; las asas son retorcidas y toscamente aplicadas.

Este puco lleva un fondo blanquizco sobre el cual se ha dibujado con más ó menos arte el esquema de su ornamentación, que es diferente en los

dos lados. En el anverso tenemos dos guardas, como en tantos otros casos: la superior consta de triángulos con grecas, desprendidos de dos líneas negras que forman la semicircunferencia del vaso; los dos triángulos superiores tienen el centro pintado de rojo y los dos inferiores son negros, pero dentados en su hipotenusa superior. La segunda guarda la forma una banda quebrada, pintada de rojo entre líneas negras, y los espacios que quedan, contienen otros triángulos cuadriculados, que completan el dibujo. En el otro lado la mayor parte de la ornamentación ha desaparecido; sus elementos parecen los mismos, pero otra es su disposición.

Los demás ejemplares tienen el adorno casi completamente borrado, pero se nota aún que en uno hubo guarda quebrada roja, y decoración como en los ejemplares de Fuerte Quemado; en el otro tal vez un motivo serpentiforme muy irregular [1].

Ollas. — Las dos ollas, halladas según Méndez en una misma sepultura, en cuanto á forma y color son idénticas á las descriptas en la



Fig. 106. — Olla tosca con decoración subespiralada
N° 18, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

página 87 del capítulo anterior. En factura y ornamentación, ambas son bastante ordinarias: el dibujo del lado que representa nuestra figura 106, no necesita mayores comentarios; no es igual el del lado opuesto, pues allí se notan tres espirales más pequeñas, y mal trazadas; además sobre la línea inferior de la guarda, otra figura, formada por una

[1] Son los números 9 y 15 de nuestra colección.

simple curva con triángulos negros en las dos extremidades, y dos líneas cruzadas en el espacio medio. Á cada lado hay una faja vertical, muy asimétrica, la una con varias líneas reticuladas, la otra con estas más enredadas. El labio interior de la olla, lleva sus pequeños piquillos ó triángulos negros, que arrancan de la misma orilla.



Fig. 107. — Trozo de la guarda de la olla nº 19 Col. M. L. P.

La otra olla es más ó menos del mismo tamaño; tiene la pintura ya muy borrada. Se distingue aún parte de una guarda quebrada de dos líneas equidistantes, con una serie de gruesos puntos negros. Los demás detalles se verán en la figura 107. También el interior del labio lleva un adorno de ganchos subespirales que se desprenden del borde.

Urna funeraria. — Cuando recorrimos con Méndez los sitios de los antiguos enterratorios, los ocupantes de un rancho cercano, atraídos por la curiosidad y la esperanza de que un nuevo hallazgo les proporcionaría algún beneficio pecuniario, se pusieron á excavar el terreno adyacente á las sepulturas ya profanadas. Desanimados por el resultado negativo en su exploración, estuvieron á punto de retirarse, cuando de pronto tropezaron con algunas piedras que indicaban se trataba de un sepulcro, cuya abertura pudimos presenciar [1].

La forma de éste, nada tenía de novedoso, como detalle de la construcción: varias lajas, ó sean piedras chatas, bastante separadas unas de otras, hacían las veces de paredes, mientras que otras tres largas servían de techo.

Luego se descubrió una gran urna con su correspondiente tapa, volcada ésta sobre la boca de aquélla. En el interior de la urna se hallaba el puco número 7, que hemos descripto anteriormente, algunos fragmentos de alfarería y unos pocos restos humanos muy mal conservados, mezclados con pedregullo.

La urna, que reproduce nuestra figura 108, es de un tipo bien conocido, y de la misma forma de la que obtuvimos de Fuerte Quemado: las condiciones del hallazgo confirman su empleo como urna funeraria. Es de color rojo ladrillo, y la decoración está distribuída en ocho bandas verticales, con ornamentación alternada, dibujada con poco arte. En las

[1] Corresponde este sepulcro precisamente al sitio que representamos en nuestra figura 103.

cuatro bandas, que se componen de elementos curvilíneos, el fondo es más amarillo; en las otras se repiten series de ángulos ó cheurrones, con los detalles usuales que se ven en la figura. Esta decoración ocupa toda la parte superior de la urna, y parece que hubo intención de repetirla también en la parte inferior, donde se presenta muy irregular, y no ya en relación con los grupos de arriba. Por último, sobre el labio se ven líneas cortas verticales á la periferia, adorno que se repite casi en todos los ejemplares de este tipo de urnas; también las asas son las usuales.



Fig. 108. — Urna funeraria con su correspondiente tapa, extraída del sepulcro figura 103. N° 12, Col. M. L. P. ($^1/_6$ del nat.)

La tapa es muy parecida á la parte inferior de la urna, sobre la cual se hallaba volcada, tanto en tamaño como en los detalles de su decoración, y, á primera vista pensábamos considerarla como fondo truncado de otra de dichas urnas: esta costumbre, en efecto, se ha observado en casos análogos. Sin embargo, un examen prolijo de la tapa, no confirma nuestra suposición, á juzgar por la curva pronunciada que describen sus paredes hacia el interior del recipiente. El borde, recortado en toda su circunferencia, debió estrechar aun más la abertura, y no podía haber dado lugar á la yuxtaposición de un cuerpo alto, como lo lleva este tipo de urnas. Es probable que el ejemplar en cuestión haya sido alguna vez un enorme puco que más tarde fué recortado para emplearlo como tapa. Resta decir que á la altura de su diámetro máximo, hay dos especies de listones horizontales, poco destacados, que hacen las veces de asas.



Fig. 1 **Vista del cerro Pintado de las Mojarras** (Prov. de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch fot.

Fig. 2 **Caserío en la cumbre del cerro Pintado de las Mojarras**



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

C. Bruch fot.

Construcciones antiguas en la parte este de la cumbre del cerro Pintado de las Mojarras
(Provincia de Catamarca)

CAPÍTULO III

LOMA RICA, ANDAGUALA Y AMPAJANGO

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

Al continuar nuestra exploración hacia el sur, nos dirigimos hasta Loma Rica, Andaguala y Ampajango, lugares vecinos situados al costado oriental del valle de Santa María, y que estuvieron habitados, sin duda, por las mismas tribus indígenas que ocuparan algunas de las poblaciones descriptas. Dichos lugares nos eran asimismo bien conocidos como grandes centros de petroglifos. Haremos mención de varios ejemplares, algunos de ellos reproducidos por Liberani y Hernández en uno de los primeros trabajos sobre estudios arqueológicos, iniciados precisamente en estos parajes [1].

Tenía nuestro viaje por objeto principal buscar dichos petroglifos, razón por la cual no se dedicó más tiempo á ruínas ú otros restos arqueológicos. Aprovecharemos, sin embargo, la oportunidad para ofrecer algunas observaciones realizadas en este sentido, antes de dar cuenta de los interesantes monumentos hallados durante nuestra rápida excursión.

El 28 de marzo dejamos la villa de Santa María y pasamos á San José, de donde arranca el camino que cruza el valle en dirección al suroeste y conduce directamente á Loma Rica; desde la quebrada

[1] LIBERANI y HERNÁNDEZ, *Exploración en Loma Rica*, 1871. *Album de fotografías tomadas de dibujos*. Tucumán, 1877.

Es una publicación muy rara, pues se hizo solamente un número reducido de ejemplares; muchos de los dibujos que, sea dicho de paso, carecen de exactitud, han sido reproducidos más tarde por el doctor Ameghino, véase: *Inscripciones anticolumbianas encontradas en la República Argentina*, Bruselas, 1879 (comunicación al Congreso internacional de americanistas en Bruselas, 1879); luego en su clásica obra: *La antigüedad del hombre en el Plata*. París y Buenos Aires, 1880-1881.

de Yape, otro camino se dirige á Andaguala y á unos ocho kilómetros rumbo al suroeste se encuentra Ampajango, distante unas cinco leguas de nuestro punto de partida.

El paisaje que presenta la parte oriental del valle en esta altura es bastante distinto al del lado opuesto. De la prolongación de esta cadena del Aconquija, se desprenden escarpadas colinas de areniscas multicolores, cuyos mantos rojos y amarillos dan á la región un aspecto simpático y más pintoresco que el monótono cordón de la Sierra de Quilmes, del otro lado. Regadas por algún arroyo afluente del río de Santa María, las poblaciones nombradas constan de trecho en trecho de terrenos fértiles, mientras que por lo general el suelo es accidentado y árido; un sinnúmero de cerros y pequeñas lomas forman un laberinto de cuestas y quebradas tortuosas, sitios por donde se encuentran desparramados restos de construcciones antiguas, como también petroglifos de que luego haremos referencia.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Á juzgar por ciertos detalles que durante nuestro recorrido pudimos observar, se confirma la semejanza de muchas de estas construcciones con otras de que se ha tratado ya en capítulos anteriores. En las proximidades de Ampajango, por ejemplo, encontramos una gran extensión cubierta de cantos rodados, dispuestos y alineados, como los de Quilmes y Fuerte Quemado: una serie de círculos del mismo material puesto á flor de tierra, como de dos á tres metros de diámetro, reproducen perfectamente otros vistos posteriormente en Punta de Balasto, etc. (véase fig. 114, pág. 126).

En Andaguala hemos hallado también las ruínas de un gran caserío compuesto de habitaciones rectangulares, parecidas á la de Fuerte Quemado; y numerosos vestigios de pircas derrumbadas y sepulcros excavados, obra de los exploradores que nos precedieron [1].

Loma Rica. — Loma Rica es una colina ó loma aislada de unos

[1] Cuéntanse entre ellos, en primer lugar, los ya citados Liberani y Hernández, y más tarde, el malogrado Methfessel, antiguo empleado del Museo de La Plata, quien exhumó en Andaguala y Loma Rica buen número de urnas y objetos arqueológicos del mayor interés.

Si bien se observa entre dichos objetos algo de la característica regional, no puede negarse que, en su mayoría, las grandes urnas, por ejemplo, corresponden perfecta-

100 metros sobre el nivel del río, cuya parte superior forma una planicie horizontal alargada que mide unos 350 metros de largo en dirección de naciente á poniente, y poco menos de cien metros en su mayor anchura [1].



Fig. 109. — Vista parcial de las construcciones de Loma Rica

Está dicha planicie cubierta en su totalidad con pircas irregularmente dispuestas, con sus ángulos y martillos que constituyen á la vez habitaciones más ó menos cuadradas, unas juntas á las otras ó separadas algunas por estrechos pasajes ó calles, de manera que en conjunto estas construcciones se parecen á una gran red.

mente á la factura típica de todo ese valle (tipo Santa María, de Lafone Quevedo), como ser los de San José, Cerro Pintado y Fuerte Quemado, etc.

Parte de esta alfarería figura en los trabajos del profesor Outes (*Anales del Museo de La Plata*, 1907, t. I); y del doctor Lafone Quevedo (*Revista del Museo de La Plata*, 1908, t. XV).

[1] En el mapa publicado por Boman, de la región de los Diaguitas (*Antiquités*, etc., fig. 10), Loma Rica está indicada entre Colalao del Valle y Bañado de Quilmes; en cambio se lee Loma de Jujuy en el sitio que correspondería para aquella. Sin perjuicio de cualquiera otra Loma Rica que pueda existir, insisto en que la Loma Rica clásica es la situada entre San José y Andaguala, advirtiendo que en sus inmediaciones se halla un riacho llamado localmente de Jujuy.

Por la disposición de las construcciones, es muy probable que el plano publicado por Ten Kate (*Anthropologie des anciens habitants*, etc., planche A, fig. 25), como de Loma de Jujuy, sea en efecto el de Loma Rica. Por lo que ya hemos dicho (pág. 42 y 103), que deben aceptarse con reserva los detalles de dicho plano.

Por lo general, los recintos de estas habitaciones son pequeños, de pocos metros de ancho y largo; las pircas, cuyo espesor raras veces tiene más de un metro, están levantadas en la forma usual, de cantos rodados micaesquistosos; en la actualidad, de su altura no conservan más de un metro, á lo sumo metro y medio, y es asimismo difícil descubrir en ellas vanos de puertas ó aberturas de pasajes. Algunas veces se observa una doble pared paralela, es decir, una pirca más baja, arrimada á la principal.

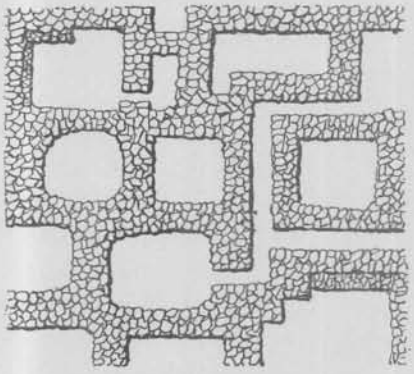


Fig. 110. — Detalle de construcciones (según Methfessel)

La abundante vegetación de plantas espinosas en su mayor parte cactáceas, nos privaron de poder hacer un relevamiento cualquiera, faltándonos tiempo para realizar el desmonte. Por ahora nos limitaremos á presentar un detalle de las construcciones sacado de los apuntes de Methfessel que demuestra perfectamente cómo eran entonces, mientras que la vista fotográfica reproduce su aspecto actual (fig. 109 y 110).

Desde la meseta de Loma Rica se domina todo el valle de Santa María con sus poblaciones antiguas desde Punta de Balasto hasta Quilmes y aun más allá.

Las faldas al este y sur de la loma tuvieron también sus «pircados», pero ellos se encuentran ahora completamente derrumbados y destruídos. Posible es que alguna vez existieran las murallas en círculos, de las que hablaron Liberani y Hernández, consideradas como obras de defensa; por nuestra parte, nada pudimos afirmar al respecto, y no deja de extrañar que el mismo Methfessel no las haya descubierto durante su larga estadía en esos lugares.

§ III

PETROGLIFOS

La costumbre de fijar inscripciones sobre las peñas, ha sido muy generalizada también entre los indígenas del noroeste argentino. Los ejemplares observados en las provincias andinas, se presentan todos en la región calchaquí, pero en ninguna parte con tanta frecuencia como en los lugares de que ahora nos ocupamos.

Al clasificar estas inscripciones, corresponde dividirlas en dos cate-

gorías: unas como pictografías, si para producirlas se empleó solamente la pintura; otras como petroglifos, si ellas se hallan grabadas sobre las peñas; no nos consta que se usaran los dos procedimientos combinados, y en el presente caso, no encontramos sino rocas grabadas ó petroglifos propiamente dichos.

Para tal objeto, el indio ha elegido siempre piedras obscuras, de roca porfídica, cuya superficie, por su descomposición natural, presenta un aspecto betuminoso y sobre la cual los dibujos se destacan con más claridad; para producir el petroglifo, parece que el procedimiento ha sido golpear esa superficie negra, con algún instrumento ú otra piedra más dura. El grabado tiene, por decirlo así, poca profundidad, casi como una simple raspadura, y es muchas veces difícil poder descifrar los dibujos, sobre todo si no se hallan colocados en buenas condiciones de luz.

Parece que los indígenas, en la selección del material, no tuvieron en cuenta la forma ni el tamaño de las piedras, y simplemente aprovecharon las más obscuras, desde pequeños cantos rodados hasta bloques á veces de grandes dimensiones. Igual cosa puede decirse, en cuanto á la ubicación, siendo probable que no haya habido mayor premeditación en cuanto al sitio asignado; así es que encontramos los petroglifos ya dispersos y separados unos de otros por largas distancias, ya reunidos ó agrupados, lo mismo en campo llano como entre quebradas ó sobre cuestas y lomadas.

Ahora bien, las inscripciones de nuestros petroglifos están compuestas de distintos elementos: de líneas rectas ó curvas, entrelazadas de la manera más irregular, de figuras geométricas como ser círculos, espirales y grecas, ó de representaciones convencionales de seres antropo ó zoomorfos, como también de un sinnúmero de otros signos curiosos. Por ahora su interpretación es imposible y tampoco pretendemos ofrecerla, ni entrar en dilatadas consideraciones al respecto; reproducimos simplemente las fotografías y dibujos de los ejemplares hallados durante los días que recorrimos los lugares circunvecinos entre Loma Rica y Ampajango. Hoy por hoy, el pequeño conjunto que ofrecemos representa tan sólo parte de los curiosos monumentos existentes en los lugares mencionados; tengo que lamentar asimismo, por una parte, la pérdida de fotografías tomadas de otros ejemplares situados en las proximidades del antiguo ingenio de Ampajango, y por otra, que algunos originales no se hallarán en condiciones favorables para obtener de ellos reproducciones.

Haremos constar que se ha seguido siempre el sistema de reproducir solamente aquellos trazos que se destacan con toda claridad; en su mérito hemos dibujado con esmero las figuras, que entre tantas otras ilegibles contiene la lámina XV, mientras que las fotografías que aparecen en la lámina XIV, se obtuvieron después de repasar cuidadosamente los contornos de los dibujos con tiza. Este último procedi-

miento es sin duda el más recomendable, pero tiene el inconveniente que las figuras se proyectan á veces deformadas por la perspectiva. Al mismo tiempo de la fotografía, debiera hacerse siempre de cada petroglifo un calco, el cual se podrá tomar fácilmente empleando papel transparente, ó como se me ocurrió, repasando los contornos con lápiz de copiar y aplicando después hojas de papel humedecido, que se ajustan al dibujo por medio de un cepillo suave, recibiendo así la impresión de lo repasado con lápiz. Los calcos obtenidos de este modo tienen la ventaja de que el dibujo es exacto, y se podrá desarrollar más tarde sobre superficie plana y reducir al tamaño que se desea.



Fig. 111. — Petroglifo en el arroyo seco de Marcos Yape

Dos petroglifos, que mencionaremos por separado, hemos hallado sobre el camino á Andaguala; uno, en el mismo lecho del arroyo seco, cerca de Marcos Yape; el otro, sobre la falda de una loma, pocos metros al oeste del camino que conduce al arroyo del bajo de Andaguala [1].

El primero es un bloque rectangular, de 0m70 por 1m50 de ancho y largo y 0m60 de alto, que lleva una serie de dibujos en la parte superior y en uno de sus costados; algunos de ellos se ven en nuestra fotografía (fig. 111), mientras que el resto se halla ya casi totalmente borrado.

Las figuras que se destacan á la derecha del bloque, corresponden quizás á representaciones zoomorfas, si bien de un convencionalismo algo exagerado.

En parecidas condiciones se encuentra el otro petroglifo, cuyo cro-

[1] Los dos petroglifos han sido publicados por Liberani y Hernández y reproducidos por AMEGHINO, *La antigüedad*, etc., plancha XII, páginas 362-363 y plancha XI, páginas 356-357. Los dibujos de los mencionados autores son poco fieles á los originales.

quis se ve en la lámina XV, figura 7. Este es casi igual al anterior en cuanto á forma y dimensiones; también los diseños que ostenta en uno de sus costados se destacan muy poco sobre la superficie obscura y betuminosa.

Entre un conjunto de figuras irregulares y de elementos geométricos, como ser líneas subespiraladas, grecas ó círculos, se ven otras figuras más complejas, difíciles de interpretar. Pudiera ser que los trozos de alguna línea ondulada con círculo, representasen un ofidio, y que el diseño que aparece en el centro, signifique tal vez un ave, como las que hemos visto en las inscripciones de este género, sobre peñas en la provincia de Córdoba [1].



Fig. 112. — Fragmento de petroglifo, depositado en la colección del Museo

Del lado superior del bloque hay también algunos dibujos y, entre ellos, el precioso diseño escutiforme, cuyo facsímile reproduce nuestro grabado (fig. 112). En esta misma parte, hallábase la roca agrietada, lo que nos permitió desprender el fragmento con el escudo en cuestión, el que se encuentra hoy en las colecciones del Museo.

Fijándonos ahora en los demás petroglifos, se observa en ellos cierta característica local, á pesar de que en parte tienen mucha analogía con aquellos que ya se conocen de otras regiones. Seguramente, esta nota característica se manifestará en mayor grado á medida que se estudie el material en más números ejemplos, y con más detención.

En este caso, nos faltan todas aquellas representaciones humanas típicas y otras figuras que acompañan á éstas en las pictografías y en algunos petroglifos de las altas planicies [2]; las figuras de llamas ó guana-

[1] Outes, *Los tiempos prehistóricos y protohistóricos en la provincia de Córdoba*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo XVII, 1910-11, página 315, figuras 15 y 20.

[2] Boman, *Antiquités de la région andine*, etc., 1908, páginas 665-676, plancha LXI; Ambrosetti, *Las grutas pintadas*, etc., en *Boletín del Instituto geográfico argentino*, tomo XVI, 1895, figura de la página 311.

cos, tan comunes allí, no las hemos visto sino en una sola ocasión, sobre una piedra cerca de Andaguala (lám. XIV, fig. 5); pero conviene hacer notar que también otros de los dibujos de ese mismo ejemplar tienen mucho parecido con los de dichas planicies, como puede verse, por ejemplo, en el petroglifo de Puerta de la Rinconada, publicado por Boman [1].

Varias de estas figuras irregulares formadas por líneas curvas de terminaciones digitiformes, guardan semejanza con algunas que ostentan nuestros petroglifos. Por otra parte, encontramos también parecido en los detalles del petroglifo situado en el Bajo de Canota, en la provincia de Mendoza publicado por el doctor Moreno [2], y el malogrado profesor Aguiar, de San Juan, me mostró unos dibujos muy parecidos á los nuestros, sacados de varias piedras grabadas de aquella provincia.

Las figuras 5 á 8 y 11 á 13 de la lámina XV, nos dan á conocer algunos de los petroglifos que hemos encontrado en nuestro recorrido en los campos al noroeste del antiguo ingenio de Ampajango. En ellos ocurren solamente líneas curvas, espiraladas y entrelazadas, combinadas con círculos, una que otra vez con punto céntrico, formando el total figuras caprichosas, que tan difíciles son de describir, como de interpretar.

Otra piedra, que se halla sobre una pequeña lomada entre Loma Rica y la casa de Eugenio Gómez, en el bajo de Andaguala, tiene dos de sus superficies grabadas: una de $0^m80 \times 0^m60$, la otra de $0^m60 \times 0^m40$ de largo y ancho respectivamente. Sobre ellas, se destacan con claridad los esquemas que reproducimos en la lámina XIV, figuras 3 y 4, formados por líneas rectas y quebradas, más ó menos paralelas con los contornos trapezoidales de la piedra, y que terminan en círculos con puntos céntricos y algunas grecas bien trazadas.

Muchos son los signos, por supuesto muy convencionales, que encontramos sobre otros petroglifos. En su mayor parte se componen de figuras geométricas, como por ejemplo el dibujo de doble espiral en forma de S, que se ve sobre las rocas, lámina XIV, figura 5 y lámina XV, figura 1. Este último petroglifo está situado al nordeste, como á dos kilómetros de la casa de Gómez en Andaguala: tiene 0^m80 de alto y entre otros signos curiosos, algo más profundamente grabados que de costumbre, se distingue una huella tridáctila del «Suri» ó «Pata de Perdiz», denominación local.

Muy interesante es sin duda el hallazgo del petroglifo situado cerca de Ampajango, yendo de la Cuesta del Vallecito, el que figura en la lá-

[1] Boman, *Antiquités*, etc., página 677, figura 149.

[2] Francisco P. Moreno, *Exploración arqueológica de la provincia de Catamarca*, en *Revista del Museo de La Plata*, 1890-91, tomo I, figura de la página 208.

mina XIV, número 2. Además de buena cantidad de curiosos signos, mezclados con círculos concéntricos, rastros tridáctilos, etc., se encuentra aquí, por primera vez, las huellas de la planta del pie ó de la palma de la mano humana, idénticas á aquellas de las esculturas en la roca de Río Negro [1], ejemplo que hemos citado ya, al tratar de los petroglifos de Quilmes [2].

Los pocos petroglifos que nos quedan aun por mencionar, son de representaciones antropo y zoomorfas.

La figura humana, que ostenta una pequeña piedra hallada al suroeste de Marcos Yape (lám. XV, fig. 2), acaso pertenezca á un tipo moderno; por otra parte, no sería demasiado aventurado, considerar las figuras de la lámina XV, números 3 y 4, y tal vez aun parte del número 5, como seres antropoides, muy estilizados por cierto [3].

Para terminar haremos notar las dos representaciones reptiliformes, muy bien ejecutadas, del petroglifo lámina XV, figura 10, hallado sobre la Cuesta del Vallecito, y en el cual se conservan también rastros de grabados en la parte superior de la piedra; y por último, otra figura zoomorfa, lámina XIV, figura 1, se destaca con mucha claridad sobre la peña obscura, casi negruzca. Entre algunas figuras enigmáticas aparecen otra vez las llamadas « patas de perdiz », y del lado izquierdo, una ornamentación que bien pudiera ser de carácter fitomorfo muy estilizado.

Si este corto relato basta para darnos á conocer, siquiera someramente, los petroglifos de la región, no hemos satisfecho con ello nuestra curiosidad en cuanto á su origen y significación. ¿Sería posible con tales antecedentes emitir opinión alguna en cuanto al sincronismo de estos petroglifos con las ruínas y restos arqueológicos? ¿Acaso pertenecen todos ellos á una sola estirpe, é intervinieron en todos los artistas que fabricaron también el abundante material arqueológico? Tal aseveración parece poco probable, por el solo hecho de que no existe suficiente analogía entre los respectivos simbolismos. Es admisible que los petroglifos correspondan á una época más moderna, porque en el transcurso de largos siglos los dibujos hubieran quedado del todo ilegibles, por el proceso de descomposición que experimentaría la superficie raspada.

Por ahora, esta solución nos parece tan problemática como la de pretender descubrir el significado de los petroglifos. Admitiendo la posibilidad de que algunos de ellos puedan haber servido para algún fin cere-

[1] Bruch, *La piedra pintada*, etc., en *Revista del Museo de La Plata*, tomo X, 1902, página 173, lámina II.

[2] Véase el capítulo II, página 27 del presente trabajo.

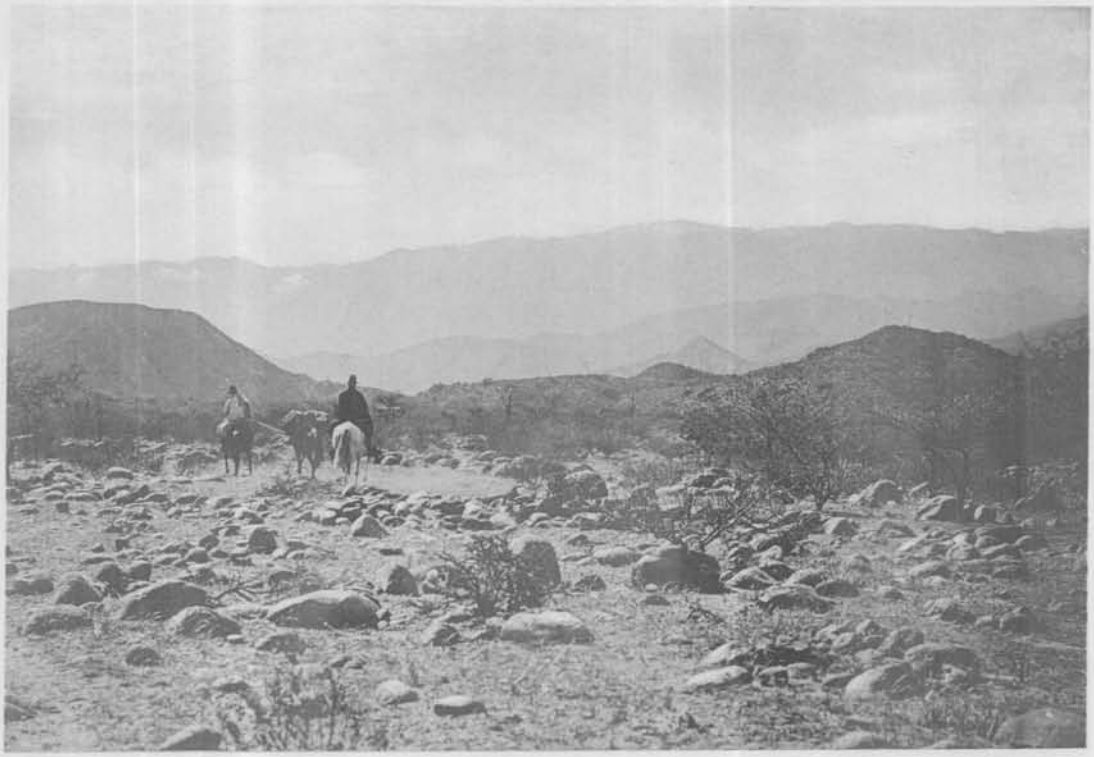
[3] El petroglifo lámina XV, figura 3, se encuentra sobre la Cuesta de los Marciales; el representado en la figura 4, poco más al sur de la Cuesta del Vallecito.

monial ó de culto, debe dejarse la última palabra á estudiosos más autorizados; me adhiero, no obstante, á lo que dice Boman al final de su capítulo referente á este punto [1]: « Tal vez que los hombres de la época de los petroglifos, hayan mirado estas obras enigmáticas simplemente como obras de arte, que satisfacieron sus conceptos estéticos, sin darles ninguna significación precisa, y que jamás será posible descifrarlos ó descubrir su significado. »

[1] Boman, *Antiquités*, etc., página 829.



Fig. 1 **Vista general de la Loma Rica** (Prov. de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch fot.

Fig. 2 **Ampajango desde el valle de Santa Maria** (Prov. de Catamarca)



Fig. 1 Piedra sobre la cuesta del Vallecito



Fig. 2 Piedra en las proximidades de Ampajango



Fig. 3 Piedra en las proximidades de Andaguala



Werner u. Winter, Frankfurt a. M.

Fig. 4 Lado opuesto de la piedra de la Fig. 3



Fig. 5 Piedra al sur de Andaguala

Petroglífos (Provincia de Catamarca)



Fig. 1



Fig. 11



Fig. 2



Fig. 3



Fig. 13



Fig. 12



Fig. 4



Fig. 5

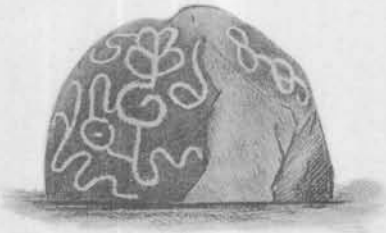


Fig. 6

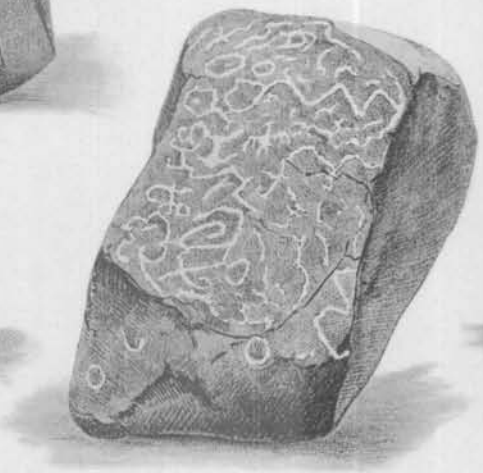


Fig. 7



Fig. 8

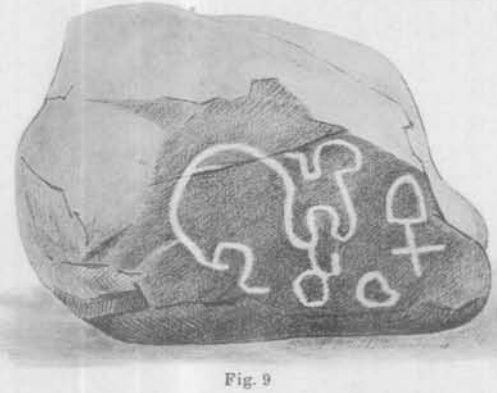


Fig. 9

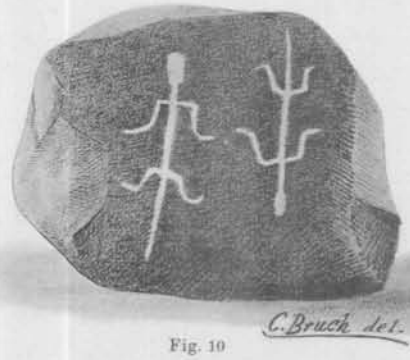


Fig. 10

Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Petroglifos (Provincia de Catamarca)

CAPÍTULO IV

PUNTA DE BALASTO

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

Con la descripción de que nos ocuparemos en el presente capítulo, damos á conocer por primera vez lo que aun queda del antiguo pueblo en la Punta de Balasto, uno de los más interesantes de todos los que hemos estudiado, y, que por lo curioso é importante de sus construcciones, parece que debió pertenecer á una plaza fuerte de primer orden para aquellos tiempos.

Punta de Balasto es lugar bien conocido, situado en el extremo sur del valle de Santa María ó Yocavil, y muy próximo á la terminación de la serranía de Quilmes, de ahí su nombre de « Punta ». Está al este del cordón final de la cerrillada, sobre un morro que se destaca de dicha sierra, en el que se halllan las ruínas.

En este lugar se ramifican importantes vías de comunicación entre las poblaciones del valle de Santa María y las principales de más al sur, como ser: 1° de Andalgalá á las Minas y Quebrada de Muschaca; 2° de Hualfín y Belén, cruzando en dirección sudoeste la inmensa llanura, hasta llegar á Los Nacimientos; 3° otra que dando vuelta á la Punta va hacia el norte y toma el otro valle que conduce desde Famabalasto hasta El Cajón: la sierra de Quilmes se interpone á los dos valles paralelos citados (lám. XVI).

Si marchamos de Punta de Balasto hacia el norte, damos con el lugar de San José, y más allá, con la villa de Santa María; luego las poblaciones viejas del Cerro Pintado de Las Mojarras, Fuerte Quemado y Quilmes, esta última, como dijimos ya, la más notable por sus imponentes construcciones y su gran extensión. Del costado oriental del mismo

valle, rumbo nordeste de Punta de Balasto, hállanse los lugares de Ampajango, Andaguala y Loma Rica.

Los alrededores de Punta de Balasto son tan áridos como los demás lugares ya mencionados: la vegetación es pobre, formada de plantas xerófilas, como jarillas *(Larea divaricata)*, retamas *(Bulnesia retama)* y otras espinosas, entre las cuales abundan cactáceas y grandes «cardones» *(Cereus)*, tan característicos de estas regiones.

El río, bastante caudaloso en este punto, corre hacia el sur por el valle del Cajón, rodea la terminación de la sierra, y continúa su curso en dirección opuesta, ó sea norte, por el ancho valle de Santa María. Las tierras, bañadas por sus aguas, son algo más fértiles, pero no por eso mejor aprovechadas por los pocos pobladores actuales. La casa de Ismael Vargas, que sirve de hospedaje á casi todos los viajeros que transitan por esas regiones, es asimismo la única propiedad de alguna importancia, y en sus confines es donde está situada la vieja población.

Como en las demás localidades, observamos en Punta de Balasto, dos grupos bien distintos de construcciones, separadas unas de otras: el uno, es el de la edificación en el llano del valle; el otro, el de las construcciones que se hallan sobre el cerro. Sucede, pues, tal como en Quilmes, Fuerte Quemado y tantas otras poblaciones antiguas, que las construcciones de la parte llana fueron habitadas en tiempo de paz y por gente entregada á sus labores domésticas y al cultivo de sus tierras; mientras que aquellas otras, remontadas sobre los cerros, debieron haber servido como sitios de observación, de refugio, ó como verdaderas fortificaciones, como lo vemos en el caso presente.

Dejando de lado otras consideraciones, nos limitaremos á describir las ruínas de Punta de Balasto, tal cual las hemos hallado en marzo de 1907.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Construcciones en el llano del valle. — Penetrando al valle de Santa María por el sur, como un kilómetro antes de llegar á la casa de Vargas, se encuentran sobre una ligera elevación del terreno, ó terraza inmediata al río, que corre á la derecha, ruínas de un centenar de pircas, que ocupan aproximadamente una superficie de 10 hectáreas.

Se trata aquí, en su mayor parte, de pequeñas construcciones de dos metros por tres, de forma cuadrilonga, con ángulos no siempre bien definidos. Estas construcciones se hallan ya aisladas, ya en grupos de á dos, pero siempre bastante separadas entre sí, y distribuídas con cierta

regularidad. Para su edificación se han empleado cantos rodados del río: las pircas son bajas, apenas de medio metro de alto y de igual espesor, pero actualmente se hallan muy destruídas. No aparecen vestigios que pudieran indicarnos los vanos ó pasadizos, razón por la cual es más difícil explicarse su verdadero objeto. Los interiores casi nunca miden más de uno ó dos metros cuadrados y todas esas pircas en apariencia son muy semejantes á las que veremos luego en una excursión por Pajanco, localidad al sur del actual pueblo de Siján; análogas pircas volvimos á encontrar, pero mucho más extensas, en «La Ciudacita» de Saujil. Es posible, que á par de aquéllas, las construcciones aludidas de Punta de Balasto correspondan á simples cuadras ó andenes, destinadas á la agricultura.

Al este de la serie de pircas, y cerca del borde de otra terraza, que se eleva á pocos metros sobre el nivel de la anterior, se distinguen aun

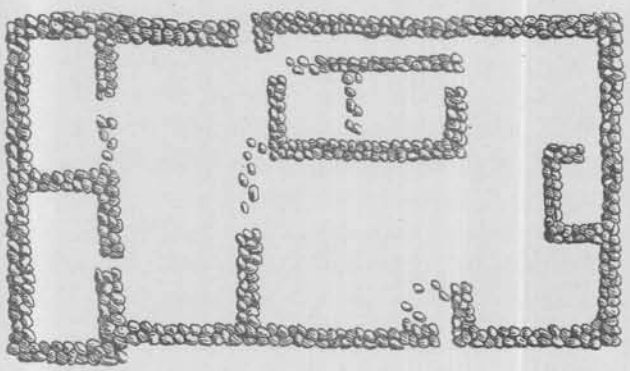


Fig. 113. — Croquis de una habitación en el valle

los cimientos de una habitación (fig. 113 y lámina XIX, fig. 1), formada de varios departamentos angulares, que se comunican por vanos y se hallan cercados por un muro de 26 metros de largo por 14 de ancho. Estas construcciones, también levantadas con cantos rodados, se encuentran actualmente muy mal conservadas: las paredes derrumbadas ó tapadas por arena, tienen muy poca altura, y no presentan más particularidades que la disposición de los diferentes departamentos, en lo cual se parecen á las construcciones ya descriptas.

Encima de la pequeña terraza, al naciente de aquellas ruínas, hallamos algunas construcciones curiosas, observadas más tarde también en otras poblaciones, y que, en un principio, suponíamos debían ser sepulturas: me refiero á unos círculos perfectos, de dos hasta tres metros de diámetro, formados de piedras colocadas á flor de tierra.

En esta ocasión eran once los círculos, y se hallaban repartidos en dos hileras más ó menos simétricamente, y á corta distancia unos de

otros; cada círculo consta de una, de dos ó más series de piedras (fig. 114).

Hemos efectuado excavaciones en algunos de estos círculos, sin descubrir indicio alguno de que pudieran haber servido de sepulturas: su verdadero objeto es un enigma [1].

Muy pocos vestigios, fuera de éstos, quedan en la predicha población en su parte llana; sin embargo, al dar vuelta otra vez hacia el sur, hallamos á uno y otro lado del camino real, en una buena extensión, restos



Fig. 114. — Uno de los círculos de piedras en la llanura

de pircas, como también una serie de construcciones circulares, más pequeñas que las anteriores, y á más, los mismos cantos rodados en series largas, más ó menos simétricas, que anteriormente hemos supuesto destinados á la labranza.

Circunstancias ya conocidas, y además el hecho de no haber dado con un panteón ó gran enterratorio, durante nuestro rápido recorrido, nos hicieron desistir de intentar excavaciones; pero los fragmentos de objetos de alfarería recogidos sobre el suelo, aquí y allí entre las primeras construcciones citadas, demuestran perfectamente el tipo de algunos de esos objetos; aunque sólo sea de paso, no queremos dejar de llamar la atención en este lugar sobre los mismos. Al parecer, proceden estos fragmentos de pucos ó tazas muy esmeradamente fabricados, con pare-

[1] El terreno en esta parte es enteramente pedregoso y estéril, por cuya razón no es posible suponer que hayan servido para sembradíos.

des delgadas, de pasta muy bien trabajada y cocida, de color rojo unos, y otros blanco esmaltado, con sus pequeñas figuras geométricas ó zoomorfas de exagerado convencionalismo. Todo el aspecto de esta alfarería, á primera vista, se correlaciona mucho con aquella que conocemos de los valles de Calingasta.

La fortaleza. — El gran fuerte, que constituye el segundo grupo de construcciones á que nos hemos referido ya en esta relación, se levanta sobre un cerro como á tres kilómetros al norte del pueblo del bajo, y á unos dos kilómetros al noroeste de la casa de Vargas.

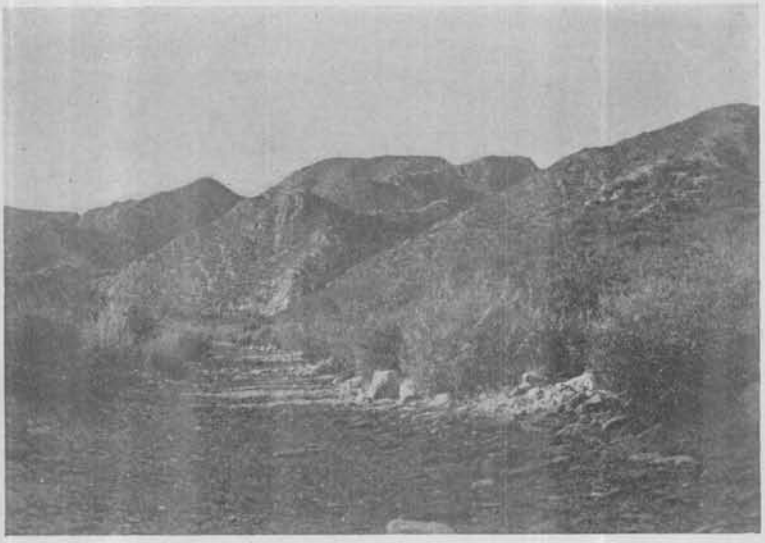


Fig. 115. — El cerro fortificado desde la Quebrada del Mendocino

Dicho cerro tiene 480 metros de altura sobre el valle y un total de 2380 sobre el nivel del mar, siendo además el más elevado entre los del contorno. Visto desde el valle, este morro se presenta como un gran cono muy regular, pero prolongado hacia el oeste, de lo que resulta, en su cima, un estrecho filo bastante desigual, ó en realidad una larga y angosta meseta. Sus faldas y laderas al norte y nordeste, son enteramente escarpadas, llenas de grandes é inaccesibles peñascos y por consiguiente desprovistas de toda construcción. Por la parte sur, al frente de una quebrada, llamada del « Mendocino » (fig. 115), que en esta misma dirección desemboca en el valle de Yocavil á la altura de la poblacion del llano, el cerro se presenta menos empinado, con sus faldas formadas por anchas lomadas, separadas por cuatro profundas gargantas. Son por lo tanto, las faldas sur y oeste y toda la cumbre, las que están erizadas de

paredones ó pircas; pero debe advertirse, que éstas empiezan á aparecer recién á unos 250 metros del pie del cerro (lám. XVII).

Á objeto de estudiar estas fortificaciones, ascendimos tres veces al cerro, acompañados por el vecino Alberto Cáceres. La primera vez, efectuamos la subida por el costado sudeste, trepando con dificultad por las ásperas laderas y gargantas, llenas de ripios corredizos y en parte muy empinadas; por cuya razón, la segunda vez, dimos vuelta por el pie de la cerrillada, para remontar la Quebrada del Mendocino, la que nos condujo con más comodidad hasta la lomada en el extremo oeste del cerro, y que probablemente fuera el camino transitado por los constructores de aquella plaza fuerte.

Lo más notable de estas fortificaciones son las enormes murallas horizontales, más ó menos continuas, que protegen admirablemente la subida al cerro en todas sus partes más accesibles: vienen á colocarse en número hasta de siete murallas paralelas, que se elevan equidistantes de diez á veinte metros, y en ocasiones hasta de cincuenta una de la otra, y cuya disposición demuestra nuestro plano (fig. 116) [1].

La muralla inferior del recinto fortificado, al sudoeste del cerro, lleva dos grandes torres cilíndricas, á distancia como de 200 metros una de otra, quebrada por medio; la muralla que corre hacia el norte desde la primera torre, es sin duda la más monumental, pues conserva en partes tres metros de alto, medida del lado externo, y hasta metro y medio de espesor: á los siete metros tiene una entrada de $1^{m}70$ de luz. Las demás murallas miden casi siempre dos metros de alto y tienen un espesor constante de un metro, por lo cual, muchas veces, debido al fuerte declive del cerro, disminuye la altura interna de estos paredones. Otra de sus particularidades es la construcción escalonada, sobre todo en los sitios por donde van ascendiendo; de esta manera se ha mantenido su nivel general más ó menos siempre horizontal.

Las dos torres se levantan sobre grandes peñascos en laderas sobresalientes y puntos en sumo grado estratégicos, desde donde se domina todo el camino de la quebrada que caracolea al pie de este cerro. Estas torres son perfectamente cilíndricas, muy bien construídas, y la primera (fig. 117) tiene un diámetro de $5^{m}70$; su pared por fuera es de 2 metros de alto, y su espesor de 70 centímetros.

Para todas estas construcciones en general, se ha empleado el mismo material del cerro, lajas de filita sericítica, en una palabra, la pizarra arcillosa, usada tal cual la separa su clivaje natural. Estas lajas consti-

[1] Observaré aquí, que todo lo edificado en la cima del cerro corresponde á un relevamiento prolijo, mientras que lo demás del croquis sólo sirve para indicar aproximadamente los sitios y el carácter de las demás construcciones.

Véase página 42, nota 3, lo observado respecto al plano de Punta de Balasto.

Fig. 116. — Plano de la fortaleza en Punta de Balasto

tuyen siempre el material más excelente y apropiado para la edificación: y aquí, como en otras partes, las encontramos superpuestas sin cemento alguno; las paredes son perfectamente perpendiculares y trabajadas con mucho esmero. Repetiremos que los paredones éstos, excepción hecha del exterior ó de más abajo, son discontinuos en partes, respondiendo así á varias causas, una de ellas, sin duda, la configuración del suelo.

Con el interés de conocer las construcciones que se aperciben desde lejos, más arriba de la serie de imponentes muros, recorrimos primero las dos lomadas centrales en dirección al naciente, explorando después



Fig. 117. — Torre circular en el extremo sudoeste de la fortaleza

la tercera, ó sea la última en el extremo sudeste del cerro, separada de aquéllas por profunda garganta. Sobre estas tres lomadas, nos encontramos con otros tantos grupos de construcciones, de las cuales, dos forman el caserío principal, compuesto en su totalidad de habitaciones, dispuestas sobre las faldas superiores de las dos lomadas centrales [1]. En la lomada oriental, las habitaciones se alternan con otros edificios, menos regulares, varios de forma circular, que sin duda son los reductos de defensa en las avanzadas de este lado del fuerte.

Los edificios del caserío referido, son todos sólidos cuartuchos, cuadrados ó de forma más ó menos rectangular, algunos muy largos y bas-

[1] En término medio, estas habitaciones miden 3 metros por 5 de ancho y largo. Cerca de la cumbre de la segunda lomada (la del medio de las tres citadas), hay una casa grande, aislada, de 16 metros de largo y 8 de ancho, con dos pasadizos de 0m90 de luz, que comunican á dos pequeños departamentos (3 × 4 m.) por el lado sur y este respectivamente.

tante grandes, sobre todo donde las condiciones del terreno permiten su extensión; por la misma causa encontramos estos cuartuchos, ya aislados, ya en pequeños grupos de tres á cuatro juntos, sin comunicación entre sí ó con simples vanos.

Casi siempre, estos edificios constan de tres paredes libres, mientras que la cuarta se confunde con la falda del cerro, la que sirve de estribo; pero, todas se levantan perfectamente á plomo y á igual nivel; la última pirca parece que sirviera también de acera ó camino para facilitar la bajada al interior de las habitaciones: en algunos casos, existe la entrada abierta en el muro, pero está siempre del lado de la falda.

Por lo general, muchas de estas construcciones son idénticas á las de Quilmes. Las pircas son como de metro y medio de grueso, y su altura máxima de dos metros; la base va muchas veces reforzada de grandes lajas, chatas y lisas, y cada una de ellas superpuesta con esmero, en la forma habitual, pero aquí, como en las de aquel pueblo, rellenadas con ripios y detritos de la misma roca.

Las construcciones que se hallan por último sobre la lomada al naciente, corresponden en gran parte á obras de defensa, como lo manifestamos ya. La misma lomada se presenta aquí más parada, llena de laderas ásperas y de grandes peñascos, que se aprovecharon hábilmente para levantar sobre ellos, á más de varios edificios, buen número de pequeñas construcciones de formas irregulares y ángulos redondeados. Hay otras, que son torres bajas que se suceden hasta la misma cumbre del cerro, donde se encuentran colocadas sobre las laderas más escarpadas: estas debieron guarecer á los defensores de nuestro fuerte, que de estos puntos altamente estratégicos arrojaran sus mortíferos proyectiles de piedra al invasor que intentara trepar por los pocos sitios accesibles. En varias de las torres encontramos el suelo cubierto de cantos rodados, arrojadizos, acarreados del río y muy bien seleccionados.

Muchas veces, debido á la irregularidad ó declive pronunciado del terreno, tanto las torres como los otros edificios no alcanzan á estar del todo pircados: en tales casos substituye la peña viva á la pared en una que otra parte (casi siempre es la posterior del edificio); la pirca de circunvalación arranca entonces de la misma peña viva, y por allí se baja con facilidad al interior de cada recinto.

Haremos constar á más, que esta lomada no lleva otras murallas de defensa, fuera del fragmento de pirca gruesa al costado sur, que corresponde á la prolongación de la gran muralla inferior: las condiciones del mismo cerro hicieron, en esta parte, tan impracticables como innecesarias estas defensas.

Llegamos por último á la cima del cerro, donde experimentamos nueva sorpresa, al contemplar las ruínas de las grandes y complicadas construcciones que la coronan.

Como se dijo ya, la cima está formada por una especie de meseta angosta, bastante accidentada, en una extensión como de 150 metros de este á oeste y de 15 á 30 metros en su mayor anchura. La parte más elevada de la meseta corresponde al extremo oeste; el suelo está erizado de peñascos, y declina hacia el sur con un desnivel de algunos metros, el que se ha podido subsanar en la manera de levantar las pircas de los edificios.

Como sucede en las construcciones de las lomadas, y en las otras ya descriptas, están aquí también casi todos los edificios sin pared visible en su costado norte, debido al declive del terreno: estas paredes se hallan siempre perfectamente ajustadas á la peña ó al suelo, el que á veces ha sido escarpado, y esta misma peña determina después la altura de las demás paredes de circunvalación.

Todos estos paredones son muy anchos, muchos de dos metros, levantados á plomo y su centro, á veces, relleno de ripios. Por otra parte, obsérvase que las esquinas en estos edificios son por lo general imperfectas unas, redondeadas otras, y las pircas asimismo curvas ó también en ocasiones subcirculares. Las entradas á los recintos son casi siempre del lado norte, nunca del sur; cuando los edificios son de varios departamentos ó cuartos, éstos se comunican entre sí por medio de estrechos pasadizos abiertos.

Hemos reproducido con cuidado en nuestro croquis (fig. 116) la disposición y detalles de las construcciones que constituyen este curioso fuerte.

El edificio que ocupa la parte más angosta de la meseta en su extremo este, está compuesto de varios departamentos; uno de ellos, el más amplio, es de contorno rectangular por fuera, y original por la forma que tienen sus muros en el interior: constan de diversos ángulos bien definidos y de una pirca con vano, que forma un pequeño recinto con una ancha pared sin abertura, á la derecha. De este lado hay una pirca cuadrilonga, con salida al exterior, y otra que comunica con la pieza contigua, más ó menos de las mismas dimensiones, pero de forma algo caprichosa. Á mano izquierda de la gran sala, aparece una pirca muy destruída, que corresponde á otro departamento de forma apsidal, con su salida al exterior y en comunicación con el gran salón del medio.

De este edificio, á los dos metros apenas hacia al poniente, se levanta un segundo, también grande é irregular, compuesto de dos piezas, una cuadrada, y otra mayor más ó menos rectangular; en cada una de ellas se desprende una corta pared como para formar recodos: bastará con referirnos al plano.

Al norte de este último edificio, y sobre el terreno más alto, se encuentran las ruínas de dos cuartuchos más ó menos cuadrados; el del lado oeste está enteramente derrumbado.

Dichos edificios están separados de los otros más al oeste, por una ligera depresión en la parte central de la meseta, donde existe una especie de corral ó patio, cerrado por tres muros bajos, pero gruesos, y levantados con lajas muy grandes: los dos más ó menos paralelos miden 20 y 32 metros de largo respectivamente, y 18 metros el que cierra el patio al sudeste y que parece no hubiese existido en el lado opuesto. Llama la atención, por hallarse el piso de dicho patio perfectamente embaldosado con lajas delgadas, muy bien seleccionadas.

Unos 15 metros rumbo noroeste de este corral, y sobre el terreno ascendente, encontramos las ruínas del segundo grupo de construcciones. Primeramente se da con un edificio irregular, de pirca ancha y baja, compuesto de tres habitaciones, comunicadas entre sí por vanos ó pasadizos abiertos, los que no se alcanzan á ver del exterior: los ángulos dentro y fuera del edificio son más bien redondeados, y casi no existe pirca externa. Á los seis metros encontramos una habitación doble, y muy cerca de ésta, otro gran salón cuadrilátero de unos 8 × 12 metros de luz, con paredes muy gruesas (2m00), separado á la mano izquierda de otra sala menor, muy angosta, por una pirca divisoria más baja y con comunicación en el medio. De este mismo lado se levanta otro edificio, colocado oblicuamente á la pared divisoria del salón, que responde á la vuelta del cerro, y el triángulo sólido que resulta de la unión de paredes está relleno de ripio. Este cuarto, de pirca incompleta, está separado de las murallas ó defensas, al noroeste, por un pasadizo, que comunica con las últimas construcciones por ese lado.

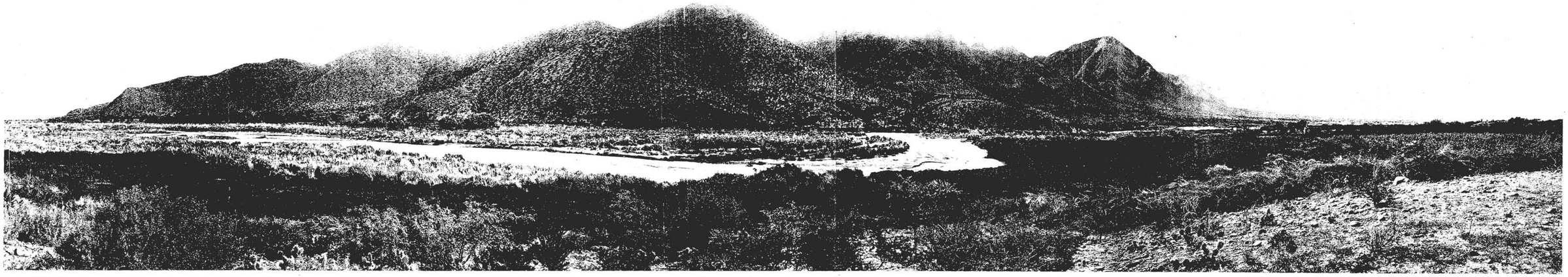
Los tales edificios, en número de tres, son de forma caprichosa, irregulares, más ó menos redondos; sus paredes muy anchas, como otras veces son rellenadas de ripio, sin sobresalir en partes del nivel del suelo. Debido á los desprendimientos del borde de la meseta, la construcción más al nordeste se halla muy destruída, y no es fácil saber, si el muro ha sido un círculo completo, ó si ha formado parte del de las otras dos. De éstas, la de más al norte mide unos 5 metros de diámetro y poco menos de uno de alto ó, mejor dicho, de fondo; á más, está completamente cerrada, su costado izquierdo reforzado exteriormente por una pared gruesa. Por último, la tercera de estas construcciones tiene mayor capacidad; su pared del lado izquierdo es recta, como si fuese la prolongación de la del edificio antedicho, y después de formar esquina, cierra en semicírculo este recinto por el lado del norte. En el rincón, y á mano izquierda, dos paredes de escasas dimensiones y más bajas que las otras, forman dos recintos pequeños: uno con entrada abierta, el otro de forma trapezoidal y completamente cerrado [1].

[1] Véase la vista, lámina XVIII, que corresponde á esta parte; allí puede distinguirse á la derecha una de estas pircas dobles con relleno de ripio.

¿Cuál sería el objeto de estas singulares construcciones? No es fácil dar respuesta categórica á tal pregunta, pues lo más probable es que no sirvieron de habitaciones sino de almacén para víveres, y hasta para el agua que puede haberse depositado en esa pirca circular, que figura con la pared de refuerzo. Esta hipótesis es tanto más admisible, cuanto que sin este requisito, los defensores de la fortaleza, no hubiesen podido resistir un sitio prolongado. Es de advertir que el morro en cuestión carece de fuente ó vertiente alguna, y toda el agua tiene que haberse acarreado desde el río ó de alguna quebrada cercana, que en otros tiempos tenía su riacho.

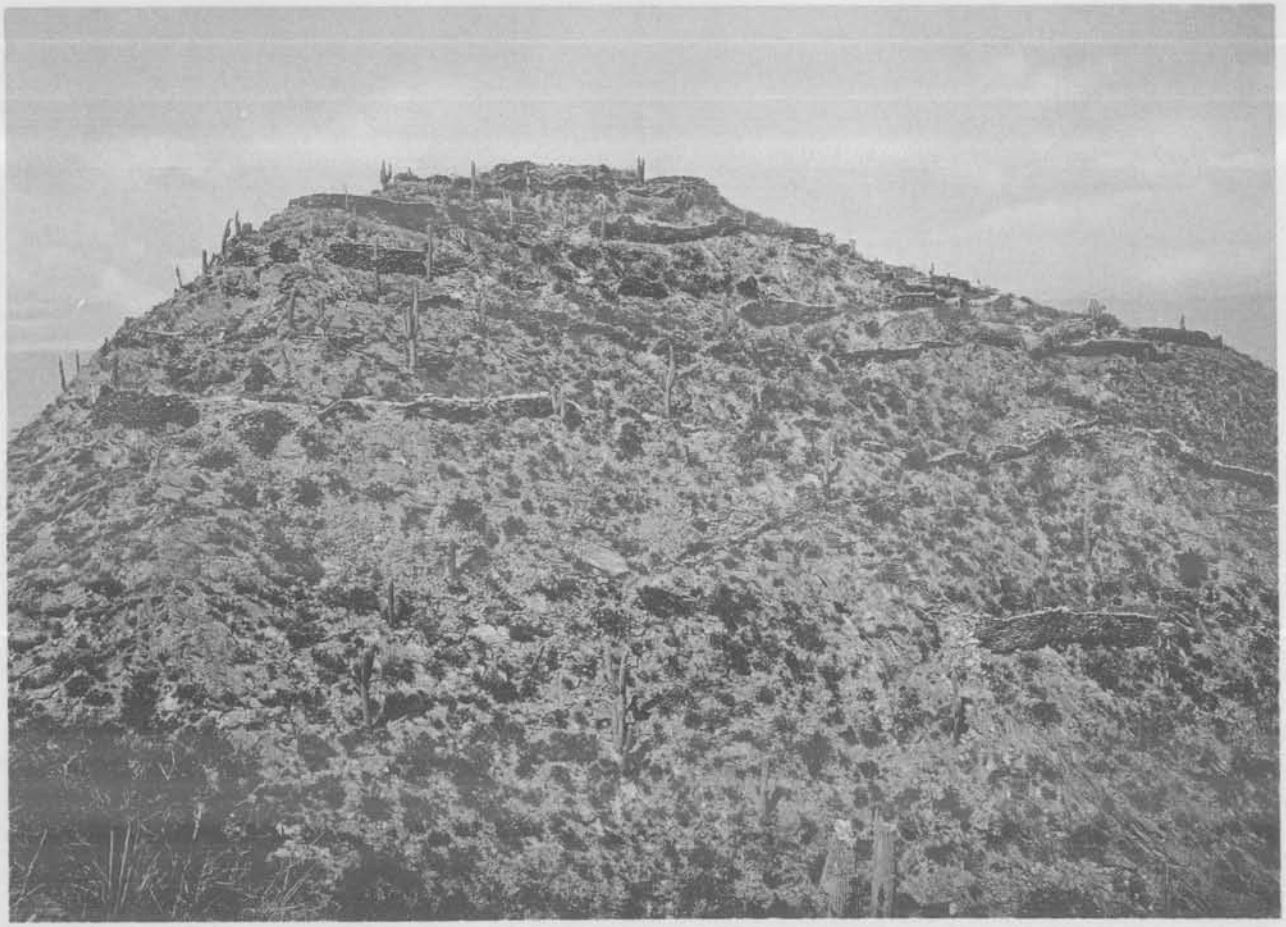
Por otra parte, nos ha llamado la atención, que durante nuestro viaje en aquellos lugares, hemos visto muy pocos hoyos de mortero excavados; tampoco hemos hallado objetos ó fragmentos de alfarería, cosa tan abundante siempre en todos los otros pueblos.

Pero, sea de ello lo que fuere, si hemos de analizar todas las construcciones con el criterio que corresponde á las exigencias del momento, y, si aun tenemos en cuenta la posición geográfica del cerro, fácilmente podremos apreciar la importancia que alguna vez alcanzó el « fuerte » de Punta de Balasto en la época de las conquistas precolombianas.



Cerro con restos de fortificaciones indígenas

Vista del valle de Santa María en las proximidades de Punta de Balasto (Provincia de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch fot.

Construcciones paralelas en la parte sudoeste del cerro de Punta de Balasto (Prov. de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch, fot.

Construcciones en la parte oeste de la cumbre del cerro de Punta de Balasto (Prov. de Catamarca)

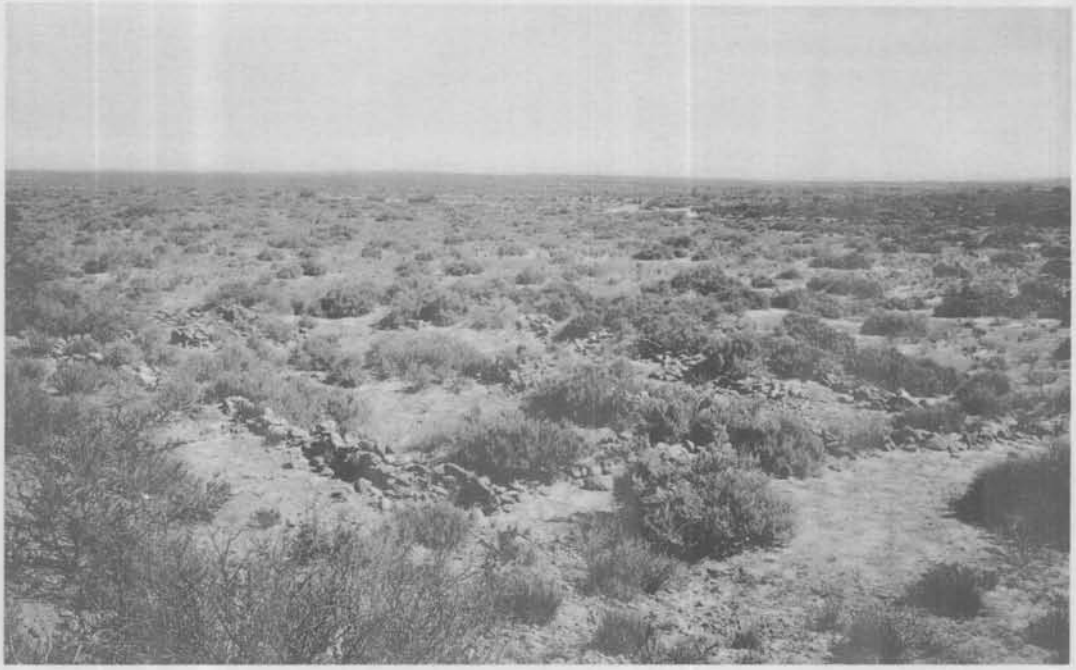
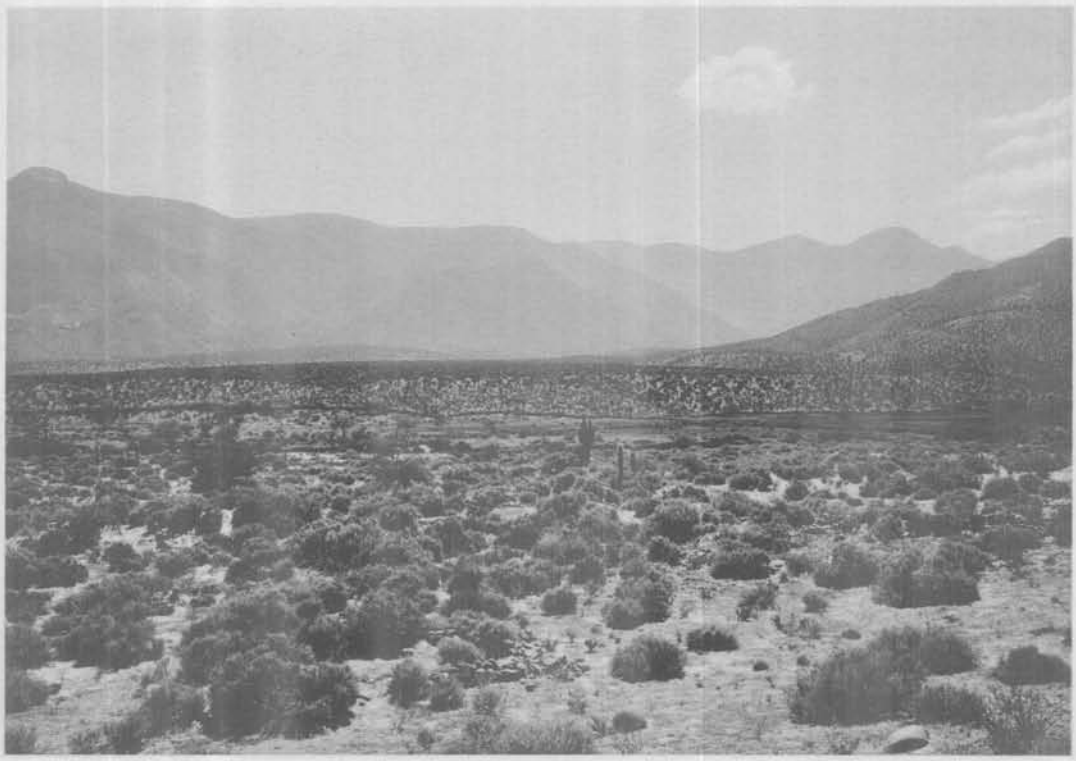


Fig. 1 **Vestijios de construcciones en el valle al sur del cerro de Punta de Balasto**



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 2 **Aspecto general de la region ocupada por el pueblo antiguo del mismo valle**

CAPÍTULO V

FAMABALASTO

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

En el curso de nuestra exploración del año 1908, y de regreso de Ampajango á lugares vecinos, llegamos por segunda vez á Punta de Balasto, para seguir de allí hasta Famabalasto y conocer también la población indígena de la cual sólo teníamos una que otra referencia. No existe, que sepamos, trabajo alguno que trate de dicha población, y así, grande fué nuestro asombro al encontrar luego ruínas tan extensas como curiosas.

Como lo indicamos al principio del capítulo precedente, Famabalasto está situado del lado occidental de la sierra de Quilmes, y al este del valle de El Cajón, que corre paralelamente con el de Santa María ó Yocavil. De Punta de Balasto, dista unas ocho leguas y se llega allí fácilmente en otras tantas horas de marcha, siguiendo el camino aguas arriba, que da vuelta por la sierra, poco más al norte de Pie del Médano.

Á par de otros lugares que hemos conocido de paso, Famabalasto cuenta en la actualidad con una sola casa habitada, ó mejor dicho un puesto, que consta de un pequeño rancho con corral para ovejas y cabras, cerca de las lomas que se desprenden de la sierra principal: allí establecimos campamento.

Del lado oeste, el valle de El Cajón está limitado por las bajas colinas, que se pierden al sur hacia la gran llanura de Campo de los Pozuelos, mientras que al naciente se levantan las montañas, en ese punto bastante altas y más imponentes que las del otro costado de la sierra. La vegeta-



Fig. 118. — Vista general de la región ocupada por el antiguo pueblo

ción es más ó menos la misma, que en la región ya descripta; las arenas depositadas por el río forman anchas playas, en las que se destacan los plateados penachos de la cortadera *(Cortaderia argentea)*, que cubre largos trechos.

Por ausencia del puestero ó de otra persona baqueana de esos lugares, que posiblemente nos hubiera podido proporcionar datos sobre el pueblo viejo, nos vimos abandonados á nuestra propia suerte, por lo que, apenas llegados, nos dedicamos á la tarea. Habíamos recorrido sin resultado los lugares del bajo en un radio de varios kilómetros, así como las lomas circunvecinas á dicho puesto, cuando remontando un valle transversal que desemboca en el de El Cajón, como á diez cuadras al sur del rancho, penetramos en una quebrada que desciende del noroeste, donde descubrimos construcciones de pirca baja, una roca con morteros excavados y momentos después, al obscurecer, gran cantidad de construcciones, casi invisibles, sobre las faldas de un cerro que intercepta la quebrada. Convencidos de haber hallado la población buscada, entrada ya la noche, volvimos á nuestro campamento.

Al día siguiente, para abreviar camino, salimos directamente rumbo al oeste, cruzando la meseta que se levanta detrás del puesto, y bajando á una ancha quebrada que conduce también al pueblo viejo, distante como dos largos kilómetros del punto de partida.

Contrariamente á lo que hemos observado en las otras poblaciones estudiadas, la de Famabalasto se halla escondida en las montañas, lejos de la llanura. Los únicos vestigios de construcciones fuera de su ejido, son las pircas que sirvieron para los sembradíos y una que otra roca con morteros excavados que se encuentran en las dos quebradas aludidas, en el extremo occidental del pueblo (fig. 118).

Á este rumbo, está limitada por un cerro de unos doscientos metros de altura; en la falda, bastante empinada, que da al poniente hallamos muchísimas pircas que se suceden hasta la misma cumbre, formada por estrecho filo muy desigual, cubierto también de construcciones, como la falda oriental, por cierto más tendida.

Recién desde la altura, domínase las ruínas de todo el gran conjunto de construcciones que ocupa en esta cerrillada, compleja y apiñada, una superficie más ó menos de un kilómetro de sur á norte, y dos de naciente á poniente. En esta dirección corre el gran cerro, ó mejor dicho cordón, que rodea la región poblada por el costado norte, y dando vuelta se eleva paulatinamente hacia los morros que surgen en el extremo oriental, y sobresalen sobre el cordón unos 100 metros. Por último, la cerrillada del sur es más baja, forma una cadena paralela que acompaña al cordón y está separada de éste por una quebrada bastante áspera y sinuosa.

La parte más densa de la población corresponde al mencionado cordón,

cuya cima, faldas y laderas del sur están cubiertas en toda su extensión por importantes construcciones, careciendo de ellas el costado norte por lo mismo que es muy escarpado y accidentado. Abundan asimismo las construcciones en las laderas de los morros, en su extremo oriental, pero ellas son más escasas y diseminadas en toda la parte sur del pueblo.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Las ruínas de Famabalasto. — Demás está decir que dos días de permanencia en esta población no bastaron para estudiarla como era nuestro deseo; á mero título informativo y á grandes rasgos, nos limitaremos, pues, á describir estas antiguas ruínas, ofreciendo de ellas las fotografías reproducidas en las láminas XX y XXI.

Famabalasto lleva el sello típico de los pueblos indígenas; se diferencia, sin embargo, por ciertos detalles de construcción y en su conjunto, de los otros lugares tratados en el presente trabajo. Por lo observado es lícito suponer que la edificación no responda á un plan intencionalmente trazado, sino que el objeto principal ha sido aprovechar las condiciones favorables del terreno, levantándose con tal motivo esas vastas construcciones, sin cuidarse de orden ni distribución.

Llama la atención la falta de murallas, torres, ú otra obra de defensa; lo que allí se nota perfectamente son dos tipos de edificios bien caracterizados: uno que corresponde á las habitaciones propiamente dicho, y otro formado por *andenes* construídos quizá para sembradíos ú otros fines, que no alcanzamos á vislumbrar. Estas construcciones, exceptuadas unas pocas circulares, son más ó menos rectangulares, levantadas en la forma habitual, con pircas sencillas ó dobles, rellenadas en medio con ripio si la anchura lo requería. Los materiales empleados son piedras de micaesquista y de granito pegmatítico, ambas extraídas del mismo cerro.

Las habitaciones ó casas abundan más sobre la cumbre y parte superior de las faldas sur del cordón principal; encuéntranse también aquí y allá en la cerrillada, entreveradas con las pircas de los *andenes*, menos en la falda oeste al poniente de la población, donde sólo hay andenes.

Cada habitación, por lo general, está compuesta de varios cuartos rectangulares, que se comunican entre sí, casi siempre, por angostos pasadizos abiertos, pero pocas veces con el exterior; sus paredes, de setenta centímetros á un metro de ancho, conservan aún, más ó menos, otro tanto de altura, medidas por el lado interior. Sobre el morro más elevado al naciente, encontramos un grupo de habitaciones muy bien construídas; desde este punto se domina todo el pueblo viejo, los cerros y las quebradas circunvecinas, hasta los dos grandes valles que se pierden hacia el sur en el horizonte de la extensa llanura.

Las otras construcciones que llamamos *andenes,* son mucho más abundantes que las verdaderas casas. Se caracterizan, por tener el

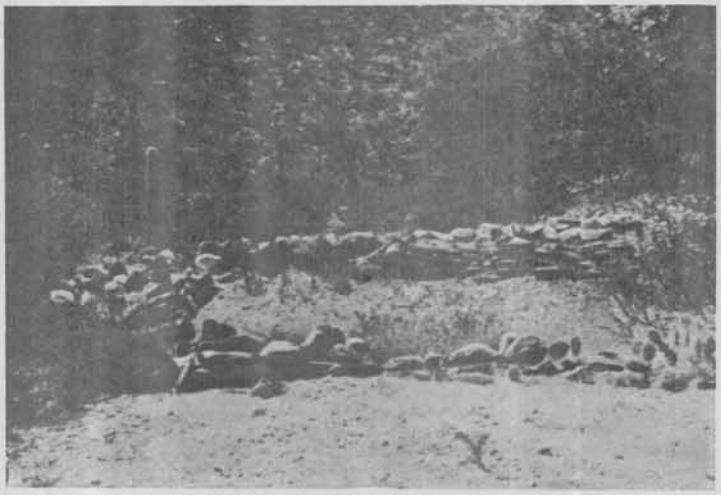


Fig. 119. — « Andén » de la quebrada en su aspecto actual

recinto que deja la pirca de circunvalación rellenado casi hasta arriba, formando una especie de terraza con piso horizontal.

El mismo plano inclinado del cerro y muchas veces alguna roca ó la peña viva, substituyen á la pirca en los edificios que se encuentran sobre las faldas y laderas; en otras ocasiones, la pirca es completa, de forma rectangular y perfectamente ajustada al desnivel del terreno que se compensa por la mayor altura de las paredes.

Las construcciones sobre la falda, en la parte occidental del pueblo, miden término medio unos dos metros de ancho por tres á cuatro de largo, y sus muros al frente como un metro y más de alto. El acceso á ellas debe haber sido por la misma falda del cerro, estando aún de manifiesto una que otra senda ó camino pircado que facilitaría el tránsito entre di-

chas construcciones. Son éstas algunas veces de grandes dimensiones; por ejemplo, en el extremo nordeste del cordón principal y sobre su falda superior, hemos medido una de pircas gruesas con ocho metros de ancho, veinte de largo y por un lado más de tres metros de alto, y con ripios en su interior [1].

Como hemos dicho, entre las dos quebradas al norte y al sudoeste de la población, existen muchos de estos andenes formados por pircas bajas y rectangulares (fig. 119).

§ III

MATERIAL ARQUEOLÓGICO

Morteros. — No deja de ser curioso, la gran cantidad de morteros excavados sobre las rocas y peñascos, que se encuentran con tanta frecuencia en cualquier punto del pueblo. Nuestro clisé (fig. 120) representa uno de estos ejemplos de morteros, típicos de toda la región Calchaquí, que se halla en la quebrada del noroeste. Los diecisiete hoyos están excavados en la peña viva, ó sea aquí en uno de los llamados « diques de pegmatita », que atraviesan la quebrada. Los hoyos, hoy tapados por arena, son perfectamente circulares y subhemisféricos; su diámetro es más ó menos de quince centímetros. En esta misma quebrada y en la del sudoeste, se hallan algunos peñascos más, pero con menos morteros.

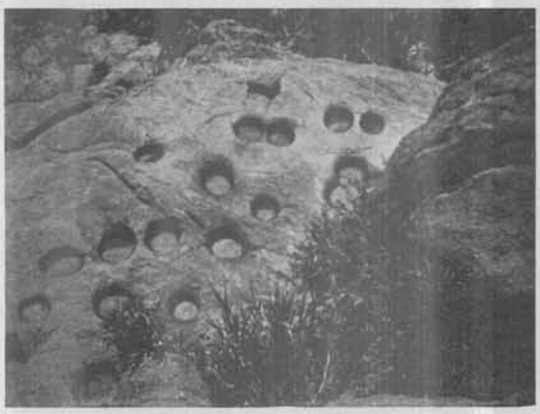


Fig. 120. — Roca con 17 morteros en la quebrada del noroeste

En toda población, estos morteros siempre están próximos á las habitaciones. Hemos visto sobre el filo del cerro, al extremo nordeste, una pe-

[1] Trátase aquí de uno de los llamados andenes, que se apercibe debajo de una gran peña inclinada, á la derecha en la lámina XXI, figura 2.

ña con catorce hoyos; luego, dando vuelta al naciente, encima de las laderas, y sobre el mismo precipicio de un desfiladero, hay un enorme bloque rectangular de granito con 22 hoyos (fig. 121), cuyo costado está limitado por un lado á pique del cerro. Esta peña es muy interesante no sólo por su situación sino también por el inminente peligro á que se exponían al menor descuido las personas que usaban los hoyos. Cerca de este gran bloque, hay otra peña con 27 hoyos, y sobre el morro más alto, al lado de las casas, vimos un mortero excavado en forma de batea con bordes en los costados, pero con un solo hoyo en el centro, y que conserva aún sus correspondientes manos.

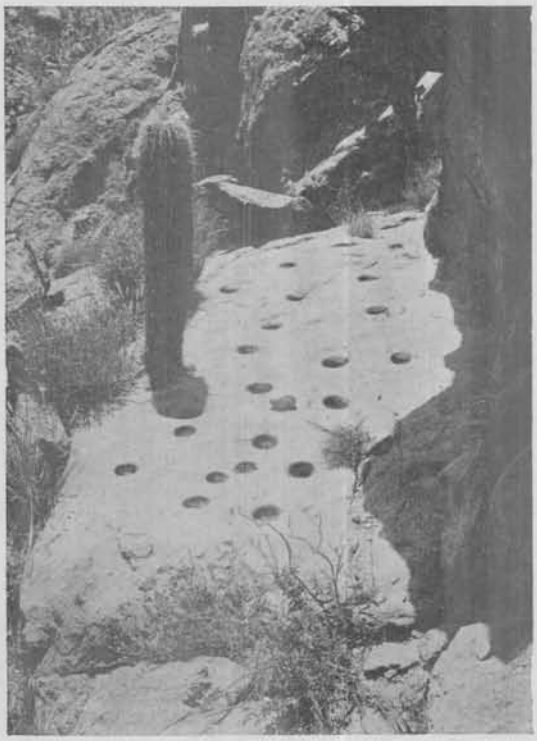


Fig. 121. — Roca con 22 morteros al borde de un precipicio

Por la gran abundancia de morteros, fácilmente podemos darnos idea del principal elemento en la alimentación de los antiguos habitantes, que, por otra parte, explica el gran número de andenes necesarios para el cultivo de los granos.

En el curso de esta exploración por el pueblo y lugares circunvecinos, llamaron nuestra atención las condiciones enteramente desfavorables en que se hallan éstos en la actualidad, debido al clima seco; nuestras investigaciones para descubrir obras de riego ó embalses de agua, fueron infructuosos. Es indudable que esta extensa población sería inhabitable en nuestros días; Famabalasto ofrece, pues, una prueba evidente de que en aquellas épocas toda esta gran región debe haber sido más húmeda y lluviosa, opinión que emitieron ya varios exploradores.

Por último, la aparente falta de construcciones estratégicas ó de defensa, nos hace suponer que los moradores de Famabalasto vivían pacíficamente, retraídos tal vez durante muchísimos años, en aquella montaña tortuosa y quebrada, de donde á su vez ellos desaparecieron,

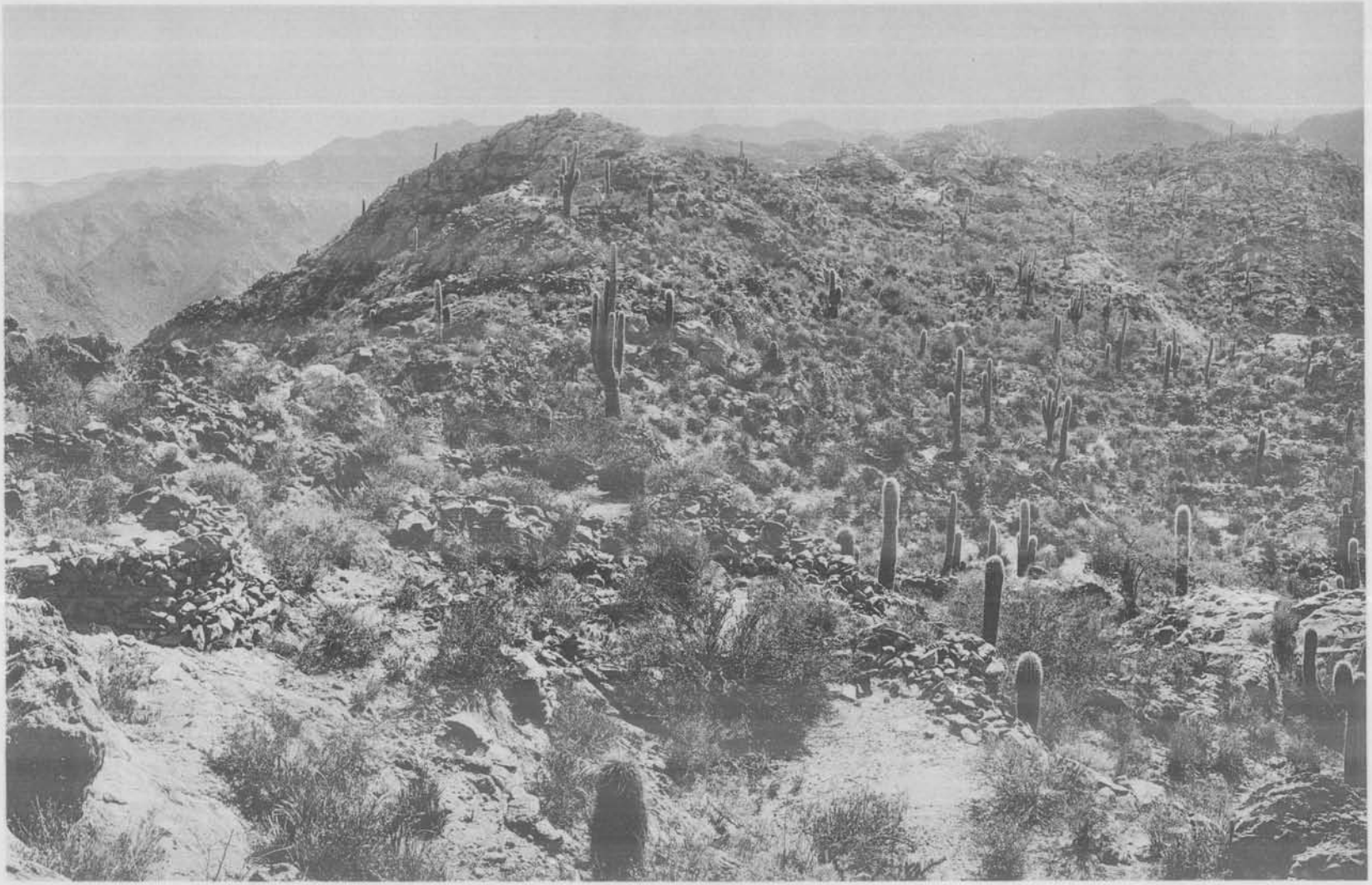
quedando hoy, como mudos testigos, las ruínas cuyo estudio proporcionará quizá más de una sorpresa.



Fig. 122. — Fragmento de urna antropomorfa con su decoración interior

La falta de tiempo nos obligó á suspender toda diligencia para buscar enterratorios ó efectuar excavaciones en las mismas construcciones. Los pocos fragmentos de alfarería hallados entre las ruínas, si bien no bastan para darnos una idea cabal sobre los objetos arqueológicos de Famabalasto, demuestran, sin embargo, que hubo ahí indudablemente pucos decorados y grandes urnas ó tinajas de igual tipo á los del valle Santa María.

Un pequeño fragmento, que corresponde al labio de una de estas urnas, reproducido en la figura 122, ostenta el dibujo del surí ó avestruz americano; las dos perforaciones que se observan en él, se hicieron probablemente á los efectos de alguna compostura.



Werner u. Winter, Frankfurt a. M.

C. Bruch fot.

Vista general del cerro de Famabalasto (Provincia de Catamarca)

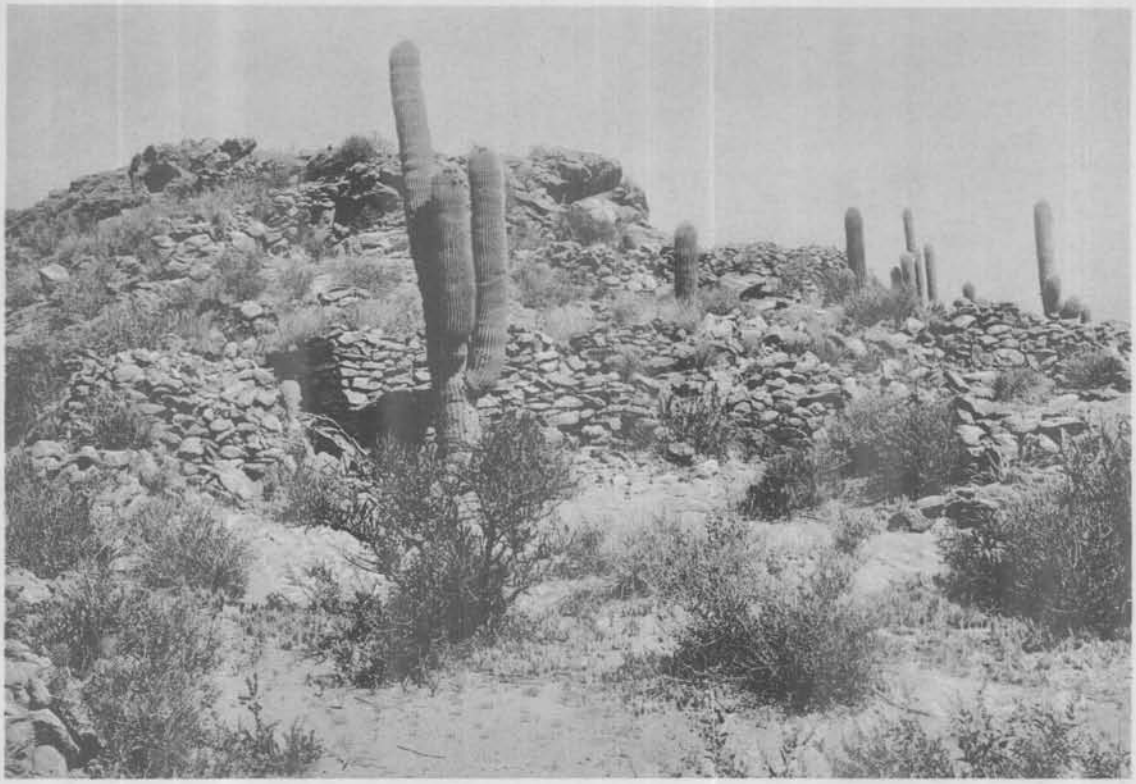


Fig. 1 **Construcciones en las laderas del cerro de Famabalasto** (Provincia de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 2 **Construcciones en las laderas del cerro de Famabalasto**

CAPÍTULO VI

HUALFÍN

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

De Famabalasto nos dirigimos directamente á Hualfín, cruzando desde Saladillo la gran llanura rumbo al sudoeste hasta Nacimientos, siguiendo luego el curso del río que conduce á la población referida. Esta jornada resulta bastante penosa, no sólo por la larga distancia que separa los antedichos lugares, sino también debido á la extrema aridez del paisaje por recorrer; el viajero que durante los días de la canícula se ve obligado á efectuar esta travesía, conservará siempre recuerdos de aquella ingrata y desolada comarca.

Por otra parte, este camino es la vía de comunicación directa entre las poblaciones del valle de Santa María y las del departamento de Belén, y que seguramente no fué menos frecuentada en las épocas precolombianas que lo es en la actualidad.

Hualfín es la población principal del distrito del mismo nombre, el que se halla incorporado al departamento de Belén. El aspecto de sus alrededores difiere ciertamente de los lugares tratados en los capítulos precedentes, más bien por la configuración del suelo que por el carácter de la vegetación.

La erosión ó efectos de poderosos torrentes convirtieron el antiguo suelo de aluvión en un sinnúmero de pequeñas mesetas ó lomas que constituyen la formación característica de esta región (lám. XXII). Su monotonía está interrumpida por verdes arboledas y sembradíos de las actuales propiedades, ubicadas en ambos lados del río, interceptando en su curso, y al extremo norte del pueblo, una serie de terrazas; tras de las cuales se levantan colinas de areniscas rojas, con el Cerro Colorado al oeste (lám. XXIII), que destacándose de la serranía lejana, dan la nota pintoresca al paisaje.

Esta vasta región fué habitada en otra época por los antiguos indios hualfines, quienes, según refieren los viejos cronistas, formaron tribus numerosas y guerreras, cuyo centro ocupaba la parte nordeste de la actual población. Algunas de las ruínas de viviendas y sepulturas allí existentes, nos son ya conocidas por el relato de viaje, efectuado en el verano de 1896 [1]. La presente información servirá para completar dichas noticias sobre las antiguas construcciones y sepulcros, que hallamos precisamente dentro de la propiedad de los Leguizamón, situada en el extremo norte del pueblo. Haremos constar que muchas de las ruínas y sepulcros observados entonces, los volvimos á encontrar en el mismo estado; en cambio, es de lamentar que otras construcciones desaparecieran al extenderse las superficies cultivadas.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Toda la edificación hecha por los «hualfines» es de piedra ó cantos rodados de regular tamaño y bien seleccionados, formando así *pircas,* como de costumbre, de un metro de ancho, y que en su mayor parte conservan aun algo más de un metro de altura. Por lo general, las paredes de estos edificios están perfectamente á plomo, y más parejas del lado interior; muchas veces no existe pared exterior, confundiendose entonces con el nivel del suelo, como se ha visto en otras poblaciones indígenas ya mencionadas.

Las construcciones son todas cuadrangulares [2] y miden desde 4 á 5 metros en cuadrado, hasta 15 por 20 y también más en su interior, comunicándose entre sí, estando agrupadas, por estrechas aberturas de pasaje. Ningún complemento se observa que pudiera proporcionarnos otro detalle ó indicarnos el tipo usado para techumbre.

Nuestro croquis (fig. 123) y la fotografía (lám. XXIII), nos darán idea de las construcciones, cuyas ruínas se encuentran sobre la pequeña meseta al sudeste, inmediata á la casa de Leguizamón. Tendrá la me-

[1] Carlos Bruch, *Descripción de algunos sepulcros calchaquíes (resultado de las excavaciones efectuadas en Hualfín). Revista del Museo de La Plata,* tomo XI, 1902, páginas 11-27, figuras 1-9, láminas I-IV.

[2] Entre la edificación que tuve ocasión de visitar en mi primer viaje y de la cual se publicó un plano aproximado (Bruch, *Descripción,* etc., lámina III), se encuentran muchas construcciones redondas junto á las cuadrangulares. Todas ellas ocupan una meseta del otro lado del río, al sur de nuestro punto actual de observación.

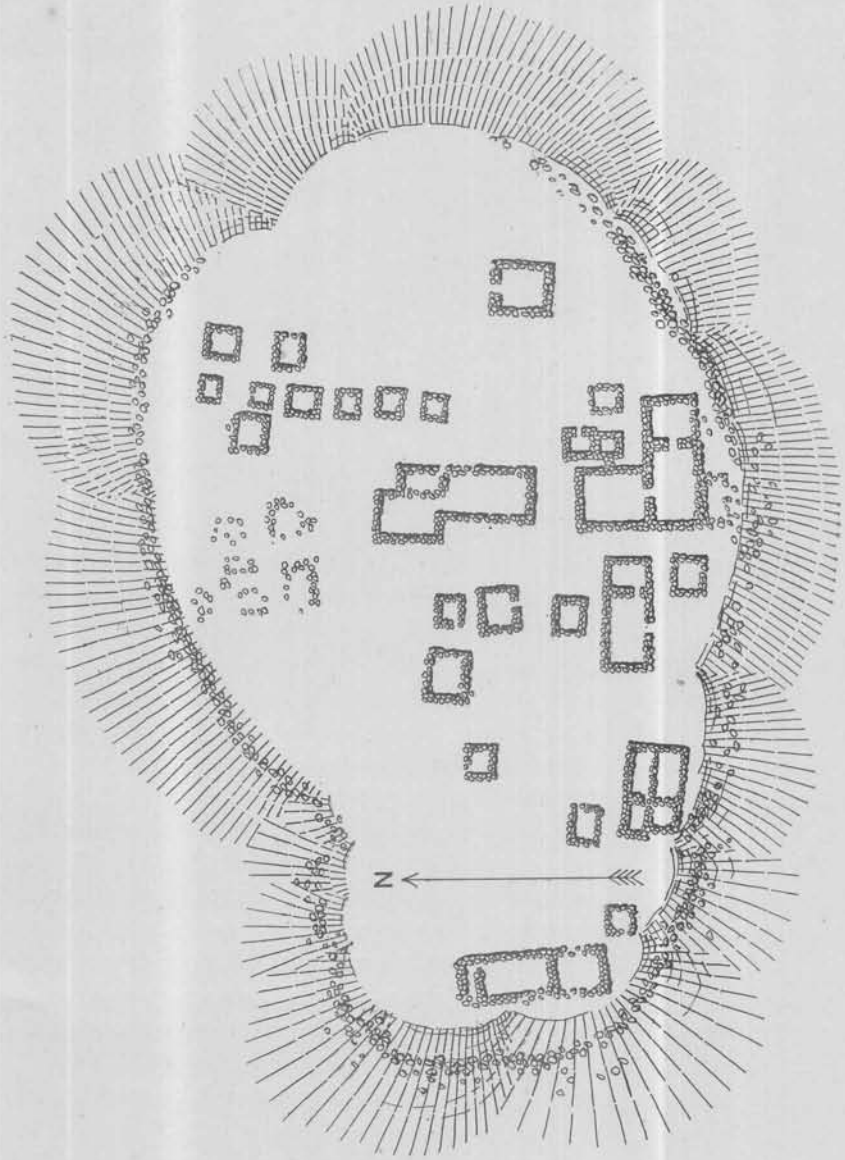


Fig. 123. — Croquis aproximado de las construcciones sobre la meseta al sudoeste de la casa de los Legnizamón

seta apenas 30 metros de alto y una superficie de unos 300 metros de largo por 240 de ancho; á juzgar por ciertos vestigios, parecería que el borde superior hubiera estado cercado por una pirca baja, ahora casi toda caída.

Las construcciones que se hallan encima de la meseta se componen en su mayor parte de pequeñas habitaciones ó recintos cuadrados, aislados, y de otros más amplios, á veces rectangulares y dispuestos en grupos como lo indica el plano adjunto. Los recintos al nordeste de la



Fig. 124. — Pequeña meseta edificada, al norte de la casa de los Leguizamón á la izquierda aparece la Loma Colorada

meseta miden de 4 á 6 metros los de forma cuadrada, y como 10 por 20 metros, y algo más, los rectangulares de mayor capacidad. Casi todas estas viviendas se hallan muy mal conservadas; la mayor parte de ellas son bajas, y la correspondiente pared, en uno que otro costado, sólo existe en el interior, mientras que su lado exterior, como de costumbre no pasa del suelo.

De la casa de Leguizamón, rumbo al norte, y antes de llegar al cerro ó Loma Colorada [1], encontramos otra pequeña meseta (fig. 124) con un grupo de habitaciones, algo mejor conservadas que las precedentes. Un estrecho borde de la loma en su tercio medio, se halla cercado por una gruesa pirca de este á oeste en todo el costado sud.

[1] No es este el mismo Cerro Colorado á que nos hemos referido ya.

Encima de la loma vimos construcciones rectangulares, algunas con paredes de $1^{m}50$ hasta 2 metros de espesor y poco más de 1 metro de altura: una de ellas de 14 por 20 metros de superficie. Otro gran rectángulo, con 16 metros de ancho y 30 de largo, lleva á su costado norte cuatro, y al oeste tres recintos menores, sin otros detalles dignos de mención.

El panorama que representa la lámina XXII, muestra en primer plano parte de los edificios levantados sobre tres pequeñas lomas ó mesetas contiguas y próximas al costado sur de la misma Loma Colorada citada; en el croquis figura 125, ofrecemos un relevamiento aproximado de estas construcciones.

Por lo que se ve, cada una de estas lomas está ocupada por una serie

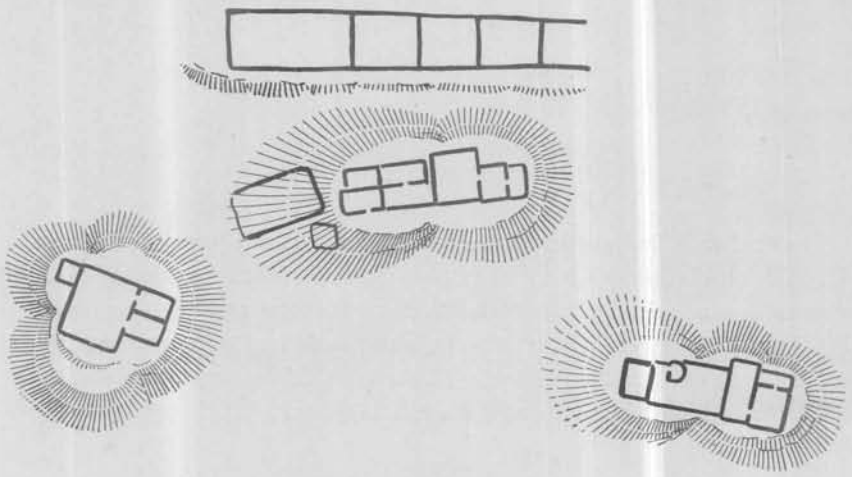


Fig. 125. — Croquis de las construcciones sobre las tres mesetas cerca de la Loma Colorada

de edificios perfectamente cuadrangulares, dispuestos de tal manera, que vienen á formar un grupo, quizá una sola vivienda ó propiedad. Las diferentes subdivisiones, que conservan más ó menos en nuestro plano, su relación de medidas, son casi todas amplias, habiendo una de 20×25 y otra de 16×35 metros de ancho y largo respectivamente. En los demás detalles se parecen á las construcciones ya referidas, y como lo demuestra la fotografía, sus paredes se levantaron con todo esmero; son perfectamente rectas y con los ángulos bien definidos, á excepción de un recinto de pirca semicircular en el interior del gran cuarto rectangular de la loma á la derecha.

Sobre las faldas de estas lomas ó mesetas y al pie de las mismas, como también sobre otras y en todo el terreno circunvecino, se encuentra una que otra construcción y muchos vestigios de algunas muy mal conservadas. El estrecho plano ó elevación que separa las tres mesetas menciona-

das de la Loma Colorada, está ocupado por una serie de grandes cercos rectangulares de pircas bajas y formadas de piedras de la misma roca de la Loma.

Conviene hacer constar, que sobre la falda sur de esta última hemos visto restos de pircas, y varios hoyos de morteros del tipo usual.

Por los vestigios de construcciones que hemos hallado durante nuestra exploración por Hualfín y lugares vecinos, puede juzgarse que la antigua población debe haberse extendido al otro lado de las mesetas del poniente, hasta el llamado Eje, frente á la quebrada de Villavil; y recuerdo aún la enorme cantidad de fragmentos de alfarería que en el viaje de 1896 ví diseminados por todo el arenal al oeste del Cerro Colorado, que crucé entonces con motivo de una excursión hasta Culampajá.

§ III

SEPULCROS

No obstante haber descripto ya los diferentes tipos de sepulcros de Hualfín en el relato de nuestro primer viaje, consideramos de interés volverlos á referir. Éstos se encuentran dispersos por la propiedad de los Leguizamón, en el terreno bajo al pie de las terrazas, muchos de ellos cerca del panteón actual, y sobre las faldas, así como encima de las mismas lomas inmediatas á las citadas en el párrafo precedente.

Los sepulcros más característicos de esta localidad, están sólidamente construídos, en forma de campanas ó de bóvedas, con grandes piedras, cantos rodados bien elegidos y colocados sin liga alguna. Desde la superficie del suelo se advierte su presencia por un círculo de piedras, más ó menos de 30 á 50 centímetros de diámetro interior, que corresponde á la abertura ó boca de la bóveda; á veces, como puede verse en nuestra lámina XXIV, figura 1, se completa por un semiarco [1] ú otro círculo de piedras colocadas á flor del suelo y de 3 á 4 metros de diámetro. Haremos referencia á un caso singular, en que el sepulcro se hallaba marcado en el suelo por tres círculos concéntricos, el exterior de grandes dimensiones (fig. 126).

Las paredes de todas estas tumbas van ensanchándose gradualmente hasta la base que llega á medir de 2 á $2^{m}50$ de diámetro; la altura ó más bien la profundidad, de $1^{m}50$ á 2 metros. Los despojos fúnebres se colocaban sobre este suelo ó base y luego se rellenaba por dentro como por

[1] En varias excavaciones pude observar que este arco correspondía más ó menos á la cabecera de los individuos enterrados.

fuera con tierra y piedras en la forma usual. En la lámina XXIV, figura 2, representamos el mismo sepulcro que descubrimos en febrero de 1896 [1], el cual, como los demás, volvimos á hallar en el mismo estado, sin haberse desprendido ni una sola piedra.

Otro tipo de sepulcros usual afectaba una forma rectangular; sus paredes estaban constituídas sólo por unas cuantas piedras grandes, chatas y

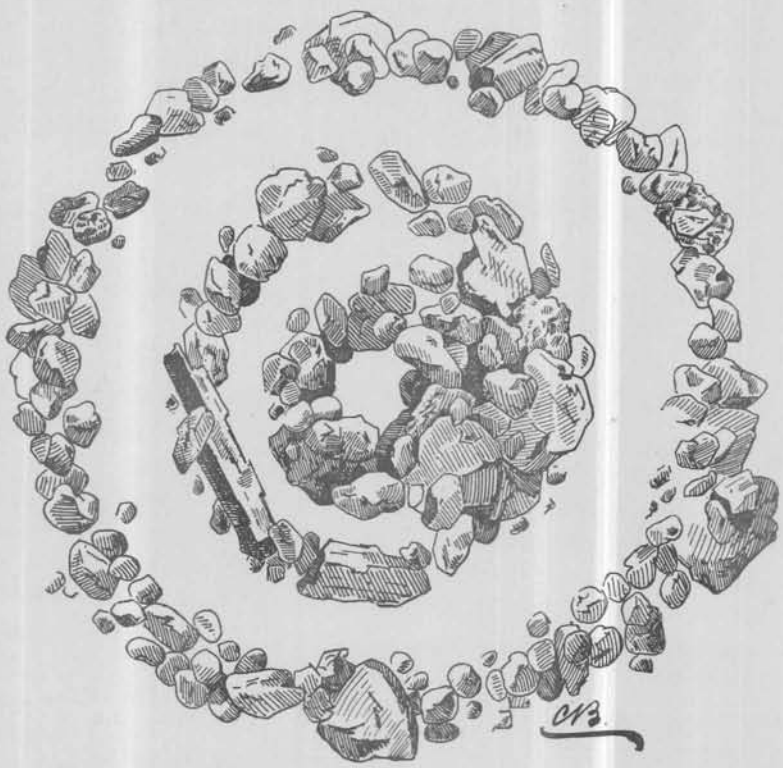


Fig. 126. — Sepulcro excepcional, marcado por tres círculos concéntricos

bien seleccionadas, y en los casos observados tenían como un metro de profundidad; para cerrarlas se habían colocado diversas piedras por encima conservando siempre la forma rectangular. Por este detalle, de manifiesto sobre la superficie del suelo (fig. 127), es que se advierte la existencia de la sepultura. De esta clase de enterratorios pudimos estudiar unos cuantos en nuestro viaje de 1896, pero no volvimos á encontrar ninguno durante esta expedición.

Un tercer tipo de sepulcros, que entonces se hallaba junto á las cons-

[1] Bruch, *Descripción*, etc., lámina II, figura 2.

trucciones á que se refiere nuestro plano, figura 123, estaba formado solamente por una sencilla pirca elíptica, hasta escasa profundidad y marcada por una simple hilera de piedras sobre el suelo [1].

Por último, puede citarse otro caso aislado, en el que la sepultura estaba ubicada sobre la falda de una loma, debajo de estratificaciones horizon-



Fig. 127. — Sepulcro de forma rectangular, visto desde arriba

tales que le servían de techo; el único indicio aparente era una pirca semicircular que cerraba esta especie de cueva [2].

No tenemos para qué recapitular otros detalles, ya publicados de los hallazgos hechos en estos sepulcros y pasaremos á dar cuenta del resultado de las pocas excavaciones efectuadas durante el presente viaje, y á describir el reducido número de objetos obtenidos durante nuestra estadía en Hualfín, que adelantan algo más nuestros conocimientos referentes á la alfarería local.

[1] Bruch, *Descripción*, etc., página 5, figura I.

[2] Bruch, *Descripción*, etc., página 14, figura VII.

§ IV

MATERIAL ARQUEOLÓGICO

Alentado por el resultado relativamente satisfactorio que he tenido en las excavaciones efectuadas en estos mismos lugares en marzo de 1896, aproveché los últimos dos días de nuestra estadía en Hualfín, para hacer abrir siete sepulcros, que se encontraron diseminados sobre las faldas y al pie de la pequeña colina, mencionada más arriba. Empero, los hallazgos que obtuvimos de nuestro trabajo resultaron casi nulos, porque solamente de tres sepulcros logramos extraer un objeto de cada uno, que son: una taza ó puco, número 25, y las dos urnas números 22 y 28 de la colección. En las otras tumbas, sólo se encontraron restos de osamentas humanas, pero todas en tan mal estado de conservación, y tan entreveradas con cantos rodados, que no fué posible averiguar el número de esqueletos ni su posición en el hueco que los contenía. Al describir dichos objetos agregaremos tres urnas y un fragmento de ídolo, procedentes también de Hualfín, y que se obtuvieron como se expresará en seguida.

Puco tosco decorado. — De un sepulcro, sobre la falda de una loma, el cual, á juzgar por las osamentas, contenía también dos ó tres esqueletos, se extrajo la pequeña taza ó puco, figura 128. Dicho puco es de factura bastante tosca y de color amarillento. Del lado de afuera se destacan en relieve dos ofidios, de cuerpo ondulado, con cabeza en cada extremidad, que asoman sobre el mismo borde y llevan los ojos y boca estampados. Tanto por dentro como por fuera, se distinguen dibujos mal conservados: unas líneas negras siguen los contornos del ofidio, y en los espacios superiores é inferiores, se nota una que otra greca ó espiral, mientras que líneas verticales bajan desde las cabezas de las serpientes, separando el anverso del reverso, con una decoración idéntica.



Fig. 128. — Puco pintado y con serpientes en relieve. N° 25, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Urnas rojas con ornamentación negra. — Las cinco urnas de Hualfín, tienen por fuera el fondo pintado de lindo rojo sanguíneo, y los dibujos trazados en negro.



Fig. 129. — Pequeña urna de tipo especial. N° 27, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

El primer ejemplar de la serie es la pequeña urna ó ánfora, figura 129, de factura algo tosca, pero interesante por su forma poco común, y por los dibujos que la adornan. La parte superior y las asas están quebradas; éstas últimas tenían colocación simétrica, horizontal, y estaban situadas sobre el diámetro máximo, que corresponde asimismo á la unión de las dos piezas de que se fabricó el vaso. Su porción inferior es cónica y termina en pie con asiento cóncavo; la superior, constituída por un gollete alto, de paredes arqueadas, que vuelven á ensancharse hacia la boca ó labio que ya no existe.

La ornamentación es curiosa: consta de cuatro grupos de grecas bastante irregulares, superpuestas de á dos, y una vez de á tres, que nacen de ramas que las encierran, correspondiendo sin duda á una ornamentación fitomórfica convencional. En la región de las asas, las dos ramas laterales se prolongan en líneas rectas por la parte inferior del vaso.

Como dijimos ya, el modelado se hizo con poco esmero, hasta falta la simetría; la superficie está mal alisada; el color de la cocción es ladrillo rojizo.

Debemos esta urna á un obsequio de don Ramón Miñaur, en cuya propiedad ha sido casualmente hallada.



Fig. 130. — Urna pintada con figuras zoomorfas encima de las asas. N° 24, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

De la misma procedencia que el ejemplar anterior hemos conseguido otra urna que reproduce nuestra figura 130. Ella pertenece á un tipo bien conocido, caracterizado por la superposición de tres partes, ó sea:

de una base en forma de cono truncado con asiento cóncavo ; un cuerpo ó vientre, de paredes verticales ligeramente arqueadas, enangostadas hacia la unión de la tercera parte ó cuello, que se ensancha gradualmente para formar el labio de la urna.

Existen dos gruesas asas horizontales del tipo usual, oblicuadas del lado interno, y así apenas separadas de la pared de la urna en su parte inferior. Encima de cada asa se encuentra una figura zoomorfa de cabeza saliente, cuerpo ovalado con rayas horizontales impresas y de poco relieve : son éstas sin duda las mismas figuras del « quirquincho » *(Dasypus vellerosus)*, que hemos visto en la urna de Fuerte Quemado (fig. 90 *bis)* y en muchas otras.



Fig. 131. — Hermosa urna con ornamentación serpentiforme N° 23, Col. M. L. P. ($^1/_6$ del nat.)

El modelado de esta urna está bien hecho ; la superficie perfectamente alisada y provista de una pátina ó barniz protector.

La ornamentación es sencilla ; consta sobre el cuello de cinco anchas fajas verticales y reticuladas, que descansan sobre una línea horizontal en la base de éste, y de la cual se desprenden hacia abajo nueve triángulos negros, de cuyos vértices nacen espirales. La guarda en la parte inferior del vientre, está formada por dos líneas paralelas equidistantes á unos 45 milímetros, con el interior ocupado por una serie de ganchos dobles, enroscados que muy posible es que representen algún motivo fitomórfico ; estos dibujos y la línea inferior de la guarda están interrumpidos en la región de las asas. Por último, de la mencionada guarda se desprenden cinco pares de líneas onduladas, que llegan hasta la base ; y del lado interior del labio serpentea una banda muy ondulada que ocupa toda la circunferencia sin solución de continuidad.

El tercer ejemplar (fig. 131), es una hermosa urna del tipo de la anterior, pero de doble tamaño y de paredes más uniformemente arquea-

das. Los dos animalitos encima de las asas, están substituídos por un simple pegote subovalado, pero también con rayas impresas; alrededor de dichos pegotes están pintados dos, y una vez tres líneas semicirculares entre series de gruesos puntos.

El gollete ó cuello está separado del cuerpo por una línea negra; por fuera presenta una ancha faja ó guarda escalonada y reticulada, y del lado interior grandes triángulos negros, que se desprenden del borde; una estrecha línea negra, corre próxima á la base del cuello.

El vientre de la urna ostenta el lindo esquema de serpiente, con cabeza triangular, de la cual se desprende un cuello, y de él, á cada lado, un cuerpo con cola enroscada en espiral; todos los detalles de este ofidio están reproducidos fielmente en nuestra figura.



Fig. 132. — Urna tronchada con decoración serpentiforme N° 28, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Una de las asas se ha roto; sobre la otra se ven siete rayas verticales negras; la porción basal lleva las líneas onduladas, dispuestas en cuatro grupos, propias de este tipo de urnas.

Por mera casualidad, esta urna fué hallada dentro de la propiedad de don Justiniano Leguizamón, al excavar un agujero para plantar un poste de cerco; pude comprobar que no se trataba de sepulcro, y que la urna estaba simplemente enterrada allí, á muy poca profundidad.

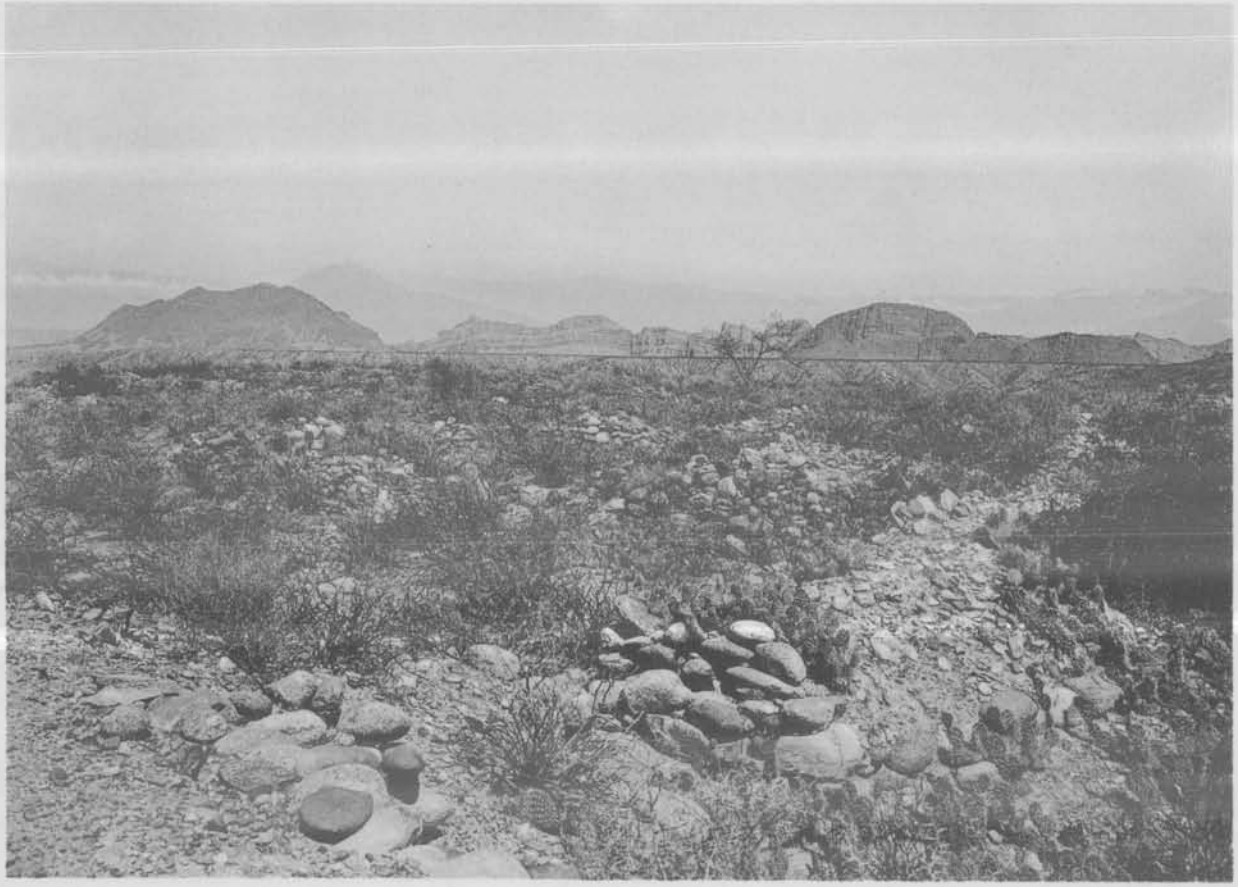
Otro ejemplar, semejante á la urna recién descripta fué extraído de un sepulcro que contenía al parecer, los restos de un solo individuo, y la urna á su vez algunos huesecillos de quirquincho y fragmentos del fruto de una cucurbitácea.

En cuanto á su forma, ella es menos ancha que la precedente, casi de la misma altura (38 centímetros), de paredes más gruesas y factura algo tosca. La superficie se halla bastante deteriorada; se distingue aún los dibujos de su ornamentación, que en la parte ventral consta de un ofidio parecido al de la figura 131, pero de cuerpo menos esbelto, ancho, con las dos colas acodadas dirigidas hacia arriba. La guarda del gollete se compone de líneas y anchas fajas negras, verticales, que forman cua-



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Vista parcial de las construcciones existentes sobre las terrazas fluviales al noreste de Hualfin (Provincia de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch fot.

Restos de caseríos en una de las terrazas al noreste de Hualfín (Prov. de Catamarca)



Fig. 1 **Sepultura intacta en las proximidades de Hualfin** (Prov. de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 2 **Sepultura abierta lateralmente** (Hualfin)

tro secciones desiguales, cada una de ellas con tres pares de líneas paralelas horizontales, separadas por una serie de gruesos puntos.

Encima de las asas, y en la base del cuello se encuentra un pegote grosero con una sola incisión horizontal profunda, y limitado abajo por un doble arco semicircular; sobre las asas hay algunas rayas verticales. La porción basal lleva las líneas onduladas usuales; el borde interior del labio está ribeteado de negro, y acompañado de una línea quebrada que complementan triángulos con vértices dirigidos hacia el interior.

De otra sepultura al lado de la anterior procede la urna tronchada figura 132. Ésta es de factura algo tosca; su cuerpo subgloboso termina en base alta en forma de cono truncado. La superficie es granulosa, poco pulimentada y ostenta en ambos lados una serpiente con cabeza en cada extremidad, limitada por dos líneas horizontales, constituyendo la única decoración ventral con los detalles de costumbre.

En esta misma sepultura se hallaba también la cabeza de un pequeño ídolo, de forma circular, cara chata, con ojos, nariz y arcos superciliares destacados, la boca impresa, y con las tres rayas típicas debajo de los ojos, pintadas sobre las mejillas; á cada lado, en la región de las orejas lleva la perforación de costumbre para suspender el objeto.

CAPÍTULO VII

LA CIÉNAGA

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

La población actual de La Ciénaga queda más ó menos á mitad de camino entre Hualfín y la villa de Belén. Yendo de Hualfín á esta última, se pasa por el Eje, San Fernando y Palo Blanco, donde la que-



Fig. 133. — Cerro con ruinas antiguas, al sudoeste de la población actual de La Ciénaga

brada se convierte en un valle ancho y fértil que baja hacia el sud hasta la Angostura de San José, y por el cual se extiende la población referida.

Con motivo de una misión especial nos dirigíamos á casa de una señora Zenona Ochoa, dueña de la propiedad conocida por El Baño, una

pequeña vertiente de aguas alcalinas, situada á mano derecha del río, y casi en el extremo sur de La Ciénaga.

Nuestras averiguaciones entre las personas de dicha casa nos dieron á conocer varios sitios, donde existían antiguos panteones, como también ruínas de paraderos aislados y de otras construcciones, que probablemente pertenecieron á algún centro de indios de esa localidad.

Las ruínas de tal centro, se hallan situadas como á tres kilómetros al sudoeste del Baño, encima de un cerro que avanza hacia la margen izquierda del río, precisamente entre los ranchos de Ildefonso Arancibia y Domingo Romero. Este cerro alcanza á unos 150 metros de altura aproximadamente; su forma es indefinible, parecida á una meseta ondulada, con distintos niveles, sobre la cual se levanta un pequeño morro, perfectamente visible en nuestras fotografías (fig. 133 y lám. XXV). En el nordeste, otra elevación determina la mayor altura del cerro, cuyas faldas al norte y oeste son bastante tendidas, pero más paradas en los costados opuestos, y sobre todo al sudeste, donde bajan á la quebrada de un río seco.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Todas las construcciones de que nos ocuparemos, son en cuanto á detalles de edificación, semejantes á las ya descriptas de las poblaciones del valle de Santa María; el material empleado es la cuarcita paleozoica, originaria del mismo cerro. Subiendo á éste por el costado norte, encontramos restos de pircas, que se elevan sobre sus faldas en forma de muros bajos, ya muy derrumbados, pues sólo en partes conservan apenas medio metro de alto; en ocasiones se completan como de costumbre por una que otra pared lateral.

Encima de la meseta hallamos en seguida el primer grupo de construcciones compuesto de una gran pirca rectangular, y en el medio de uno de los costados más cortos, se desprende una pared divisoria que ocupa como dos tercios del interior; luego, sobre el terreno ascendente están diez construcciones bajas, rectangulares, más ó menos de unos cinco metros por siete de ancho y largo respectivamente.

Al nordeste de estas construcciones, y también sobre las mismas laderas, en la parte nordeste del cerro, existe buen número de sepulcros ya abiertos, cuya forma describiremos más tarde.

De las construcciones que ocuparon la falda sur del pequeño morro, se conservan solamente pocos vestigios; al parecer no hubo en esta parte sino unos cuantos cuadros, formados por pircas sumamente bajas

y de poco ancho. Sobre la misma cumbre del morro, hay dos pirças circulares, más ó menos de tres metros de diámetro exterior y poco más de uno en su interior; una de ellas caída, la otra conserva unos cincuenta centímetros de su altura primitiva.

Nuestra lámina XXV, reproduce un recinto ó habitación rectangular, de unos 6 metros de ancho por 12 de largo, excavada de manera que no se advierte pared alguna en el exterior, como lo hemos visto ya en casos análogos. Por dentro hay una pared que está perfectamente á plomo y mide más ó menos un metro de alto, ó mejor dicho, por hallarse enterrada, de profundidad. En el costado oeste queda un estrecho pasaje abierto que da salida á un plano ligeramente inclinado, cerrado en esta parte y del lado norte por un cerco angular y muy bajo, de unos 24 y 12 metros de extensión en sus dos brazos. Otra pirca de unos tres metros de largo, corre paralela con la pared de la construcción mencionada en la parte del sur.



Fig. 134. — Disposición aproximada de las construcciones sobre el cerro de La Ciénaga

El segundo grupo de construcciones se halla ubicado sobre la meseta en la parte sud del cerro, y ocupa aproximadamente unos 150 metros de naciente á poniente, y algo menos de norte á sud. Los cercos cuadrados de la parte oeste están distribuídos con menos regularidad: constan de pircas rectangulares de unos 5 metros de ancho por 7 de largo, y de unas pocas piedras superpuestas. Las paredes de los otros edificios, por decir así, se hallan mejor conservadas, sin embargo raras veces tienen más de medio metro de alto por unos setenta centímetros de grueso; la mayor parte de ellas tienen sólo los costados de piedra, las que van rellenadas de ripio, como lo hemos hecho notar ya.

Otro grupo de ocho construcciones está dispuesto en línea de naciente á poniente; se compone en primer lugar de dos pircas rectangulares de 6 por 8 metros, con una pared divisoria baja y angosta; el tercer recinto es muy estrecho y separado de los anteriores por una muralla ancha, levantada con piedras grandes al exterior é interiormente rellenada con ripio. Tres de los cuadros que siguen, miden entre 4 y 5 metros de ancho;

los dos primeros los separa una pirca divisoria baja, que llega solamente hasta la mitad del interior, mientras que la pirca de la sexta construcción es otra vez muy ancha, como en uno de los casos anteriores; por último, dos recintos más son cuadrados, de 8 metros por lado y están subdivididos por una angosta pirca medianera.

Haremos constar que en ninguna de estas construcciones hemos observado vanos ó puertas de salida ú otros detalles dignos de mención; las paredes son todas muy bajas, perfectamente á plomo, y de ángulos bien pronunciados. Más al sudeste se encuentran algunas ruínas de construcciones más pequeñas, pero mal conservadas; entre ellas, uno que otro sepulcro explorado.

§ III

SEPULCROS Y MATERIAL ARQUEOLÓGICO

Todos los enterratorios que hemos hallado dispersos sobre la meseta y las laderas del cerro, han sido construídos en forma de bóveda, de un tipo muy semejante á los descriptos de Hualfín; sin embargo, los de la Ciénaga son más pequeños y menos profundos. Hemos visto una veintena de ellos: casi todos han sido abiertos por arriba, ó sea por la misma boca ó abertura de la bóveda del sepulcro, que en pocas ocasiones llega á tener más de un metro de profundidad.

Estas bóvedas se han construído prolijamente con igual piedra angulosa que la de los edificios; el mayor diámetro está en la base, el de la boca mide apenas medio metro de luz que corresponde á la pared interior. Como en las demás sepulturas de esta clase, las paredes se van estrechando hasta formar el arco de arriba, tal como lo hemos visto en las de Hualfín (lám. XX, fig. 1).

Seguramente que un reconocimiento prolijo del cerro y lugares circunvecinos, nos permitiría descubrir sepulcros aun intactos, como también otros restos de la población indígena, pues en ésta sólo pudimos hacer un registro muy somero durante las contadas horas de nuestra estadía, el 3 de marzo de 1908.

Unos pocos objetos antiguos que hemos conseguido en la Ciénaga, han sido encontrados casualmente en la propiedad de la señora Ochoa por Juan Carrión, quien los tenía reservados. Excepción hecha del hacha y de la ollita roja, los cuatro recipientes de esta pequeña colección, proceden de dos distintas sepulturas, descubiertas al excavar un canal de regadío. Parece que éstas estaban formadas por paredes verticales de piedras superpuestas y tapadas con otras *lajas* grandes y

planas; contenían además, según cuenta Carrión, «unos huesos largos y cráneos, pero tan frágiles, que se deshicieron al sacarlos con la pala». El hacha y la ollita proceden del mismo cerro del cual ya nos ocupamos.

Hacha de piedra. — El hacha, figura 135, con que comenzaremos la enumeración, es de gran tamaño; mide unos 25 centímetros de largo, es algo asimétrica, y para su fabricación se aprovechó la forma natural de la piedra, sacando el filo correspondiente á su forma; paralelas á él dos escotaduras profundas vienen á formar un cuello. Este último, por consiguiente, no da vuelta completa alrededor de la cabeza del hacha y tiene poco más de 30 milímetros de ancho, con unos 14 en su mayor concavidad. La cabeza del hacha está redondeada, pero no es del todo globular, debido á la asimetría general de la piedra.

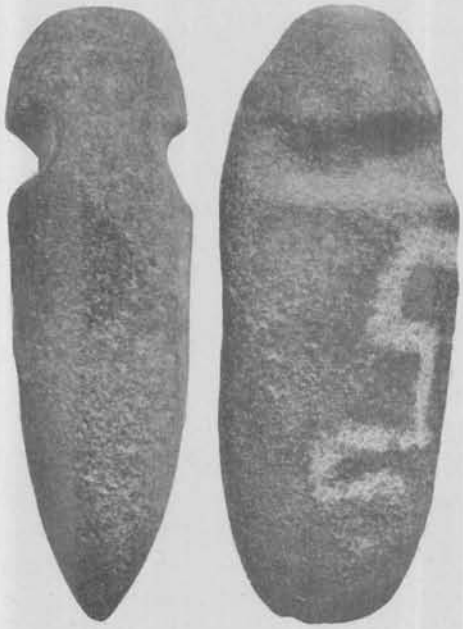


Fig. 135. — Gran hacha de piedra con dibujo esculpido en uno de sus lados. N° 78, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

En la superficie se advierten algunos golpes del cincel ó instrumento manejado por el tallista; pero lo que hace más curioso al objeto, es la figura grabada en uno de sus costados: se trata tal vez de un dibujo inconcluso formado por una banda quebrada, esculpida á poca profundidad, y que conviene hacer constar como caso único, pues no recordamos otro.

Vasos de alfarería gris grabada. — Los cuatro objetos de que ahora nos ocuparemos, pertenecen todos á la alfarería gris grabada. Corresponden á una fabricación esmerada, con pasta muy fina y arcillosa; sus paredes son sumamente delgadas y, tanto por fuera como por dentro, bien alisadas, de color gris uniforme.



Fig. 136. — Pequeño vaso de alfarería gris grabada. N° 76, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.).

La pequeña taza ó puco, figura 136, es de forma perfectamente he-

misférica, con una depresión basal de sección apenas cóncava. En cada lado lleva dos figuras de dobles ganchos rayados en el centro y limitados por una línea horizontal paralela al borde, de donde dos laterales bajan hasta la misma base. Los dibujos han sido grabados con punta fina á regular profundidad.



Fig. 137. — Vaso subesférico con ornamentación draconiana. Nº 75, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

El segundo ejemplar de esta serie, es un hermoso vaso subgloboso ligeramente comprimido, con un aplanamiento formando la base, de unos siete centímetros de diámetro, el que equivale al de la abertura ó boca, situada en el centro del recipiente. En la parte superior del vaso y de ambos lados, se encuentra grabado el curioso monstruo reproducido en todos sus detalles en nuestra figura 137. De un cuerpo encorvado, dibujado de perfil, se desprenden una cola larga y angulosa, pies y manos, así como la cabeza provista de ojo, oreja y boca con grandes dientes triangulares ; el interior del monstruo está ocupado por rayas y figuras fusiformes con estrías cortas, tal como lo reproducen las figuras. En el vacío, delante de cada dibujo, se repiten en mayor escala los detalles de la boca, en forma de dos series dentadas convergentes hacia un círculo, sin duda el ojo, que corresponde á otra representación convencional del sér misterioso. Estos grabados fueron hechos con punta fina, y las figuras están encuadradas por contornos trapezoidales.

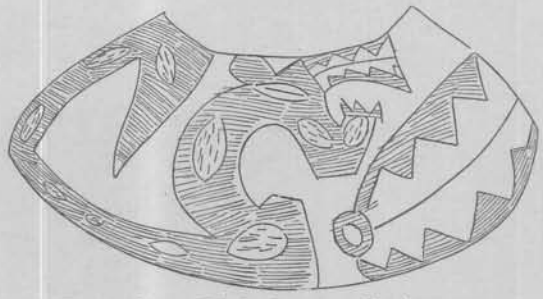


Fig. 137 bis. — Dibujo al reverso del mismo vaso

Esta interesante ornamentación no es por cierto desconocida; el doctor Lafone Quevedo la llama draconiana y ha publicado una serie de ejemplos análogos sobre alfarería procedente de Andalgalá, donde parece ser típica.

Poseemos dos jarras, de ornamentación bastante parecida; el ejemplar figura 38, está formado por un cuerpo globoso con base circular y ligeramente cóncava, del cual nace un cuello subcilíndrico; está provisto de un asa plana, vertical. Exceptuando la región del asa, toda la superficie del vaso está cubierta por una decoración rectilínea constituída en el cuello por series de líneas paralelas, muy juntas, que convergen alternadamente, una vez hacia arriba, otra vez hacia abajo; una serie de rayas cortas verticales limitan este conjunto en la base del cuello. Como se puede ver, el cuerpo ó vientre está adornado con ángulos alargados, agudos, que llevan como adorno pequeñas rayas horizontales; el conjunto representa un dibujo geométrico en forma de estrella.



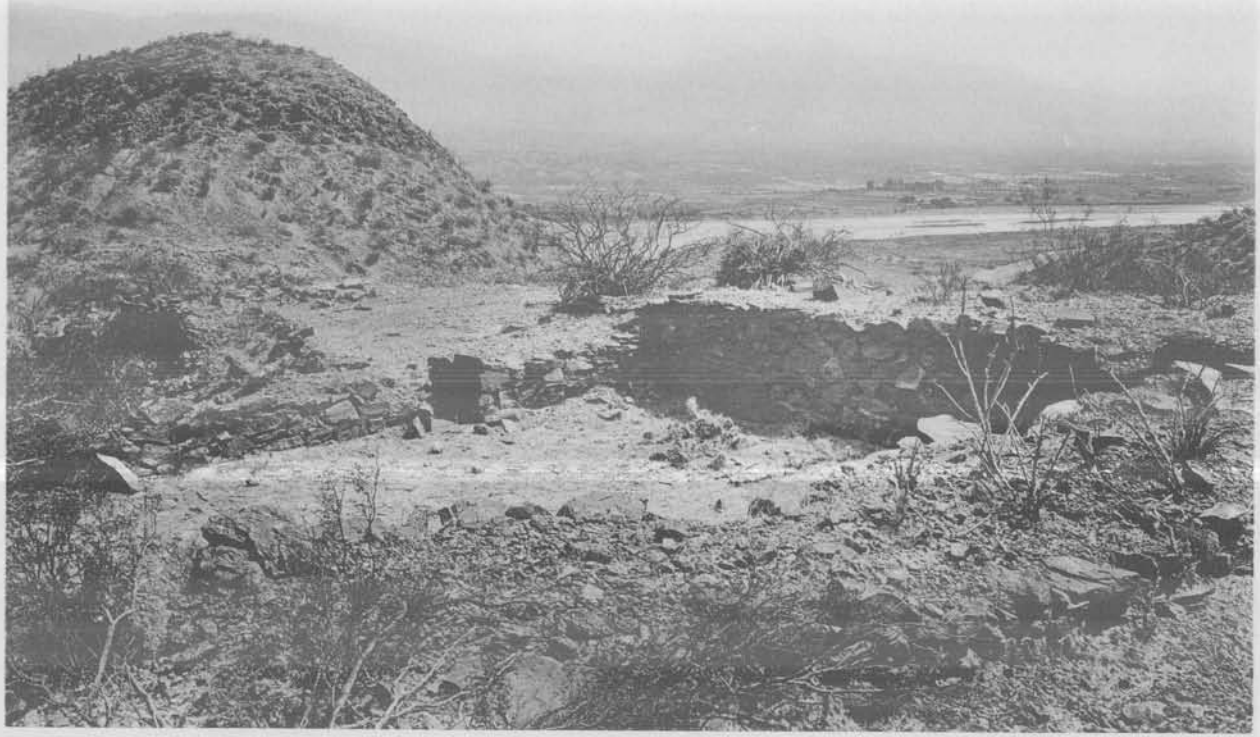
Fig. 138. — Jarro de alfarería gris grabada N° 74. Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

De la segunda jarra (fig. 139), se conserva el fondo y la parte anterior con el asa, habiéndose perdido gran parte del reverso. Se diferencia de la precedente por tener un cuerpo más bajo, subhemisférico, sobre el cual se levanta el cuello.

Los dibujos han sido grabados con un instrumento poco punzante, como de un milímetro de ancho, y en partes á poca profundidad. Los que ocupan la pared superior de la jarra se asemejan á los del ejemplar anterior y recuerdan cierta ornamentación fitomórfica. Los dibujos de la base son más irregulares; existen aquí también los ángulos con rayas transversales, pero ellos están separados por una, dos, ó más líneas paralelas, pero general-



Fig. 139. — Jarra de alfarería gris grabada. N° 73, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

C. Bruch fot.

Construcción rectangular en las cercanias de La Ciénaga (Prov. de Catamarca)

mente por tres de ellas. El asa está situada en esta jarra más ó menos en su tercio medio.

Pequeña olla roja con dibujos. — La pequeña olla tosca que nos resta por describir tiene forma perfectamente globular; su base es estrecha y plana, la boca es ancha y termina en labio recto, oblicuamente dirigido hacia afuera. Está provista de dos asas toscas, poco destacadas del cuerpo, y encima de cada una, de un pegote en forma de tubérculo.

La superficie es de color rojo ladrillo; la ornamentación es simétrica y consta en el anverso de dos cabezas serpentiformes, completadas por triángulos con terminaciones digitales y limitadas por gruesas líneas en los cuatro lados. En el reverso hay dos figuras como manchones ovalados con series de líneas paralelas y puntos. El espacio entre pegote y asa está ocupado por dos y tres rayas horizontales. La base de la ollita lleva los cuatro pares de líneas onduladas usuales, y el labio otros tantos grupos de rayas verticales, del lado exterior como del interior.

Haremos notar que los dibujos del anverso y otros detalles, tienen semejanza con los de una urna de Belén, publicada por los profesores Outes y Lafone Quevedo [1].

[1] Outes, *Alfarerías*, etc., plancha IV, figura 5; Lafone Quevedo, *Tipos de alfarería en la región Diaguito-Calchaquí*, en *Revista del Museo de La Plata*, 1908, página 344, figura 17.

CAPÍTULO VIII

LONDRES DE QUINMIVIL

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

El hecho de haberse incluído en nuestro itinerario el viaje hasta el antiguo pueblo de Londres, justifica que publiquemos las siguientes observaciones, advirtiendo desde luego que no es imposible sean estas

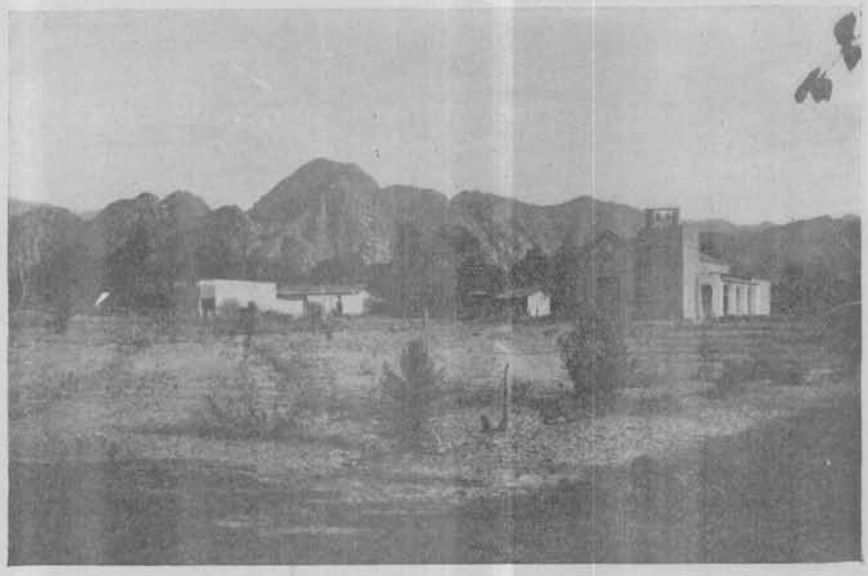


Fig. 140. — Vista parcial de la actual población de Londres

ruínas, al menos en parte, de una población de origen español: algo así se deduce de las crónicas antiguas, transcriptas por los doctores Lafone Quevedo [1] y Adán Quiroga; el aspecto de las mismas construcciones es

[1] Lafone Quevedo, *Londres y Catamarca*, Buenos Aires, 1888.

distinto de aquéllas, de que nos hemos ocupado hasta ahora. De todo esto trató Furque en un artículo sobre Londres de Quinmivil [1], pero sus conjeturas y el plano que publicó de las ruínas, no están en completo acuerdo con la impresión que recibimos durante nuestra rápida visita, y si bien someramente, nos ocuparemos en el presente capítulo de esas ruínas más ó menos antiguas.

El pueblo viejo de Londres está situado al nordeste de la población actual; conduce á él la quebrada del río Quinmivil, y como á los tres kilómetros, otra, que rumbo al oeste va hasta las primeras murallas del antiguo caserío : éste se extiende sobre un kilómetro cuadrado de un terreno bastante desigual, cubierto ahora por un matorral bajo pero muy tupido, entreverado con varias especies de mimosas, breas, chañares y otros ejemplares característicos de la vegetación local. En la parte sur del pueblo se alzan tres pequeñas lomas aisladas, en cuyas faldas se destacan algunas construcciones. Hacia el sudeste, la vista se pierde en la llanura, mientras que del lado opuesto se levantan las montañas de la serranía que aparece en la lámina XXVI.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Sorprendidos por fuertes aguaceros en las dos ocasiones en que visitamos las ruínas del caserío de Londres, nuestra exploración por el espeso matorral fué bastante penosa, y por la misma razón no pudimos hacer un relevamiento prolijo de cuanto allí había; pero, sin embargo, alcanzamos á ver que no es enteramente exacta la distribución de los edificios que aparece en el plano de Furque.

Hay, por cierto, bastante simetría en algunos grupos de las habitaciones, por cuanto éstas se hallan formadas por una serie de piezas dispuestas una al lado de otra, constituyendo así el tipo local. Se ha podido observar, un paralelismo perfecto entre la pared del frente y la del fondo; esta última conserva en partes casi tres metros de altura, y es probable que ha debido sostener el techo inclinado hacia adelante. Los muros de las subdivisiones son generalmente más bajos; sólo en algunos casos las respectivas piezas se comunicaban por pasadizos abiertos, y las entradas deben haber estado en la parte anterior ó frente del edificio.

[1] Hilarión Furque, *Las ruínas de Londres de Quinmivil (Catamarca)*, en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo L, 1900, página 166-171, con un croquis.

Todas las paredes están construídas en forma de pirca ancha con grandes piedras simplemente superpuestas, que por la forma cuadrangular de muchas de ellas, parecen haber sido labradas. En ninguno de los casos pudimos notar puerta con dintel, tampoco ventanas, ni otros detalles que nos indicasen el tipo de la techumbre [1]: nos limitaremos, pues, á la descripción de las construcciones más importantes en este supuesto primitivo Londres, observando en lo posible la exactitud de su distribución.



Fig. 141. — Pared exterior de un grupo de viviendas

Las primeras ruínas que encontramos al llegar á la población por el camino seguido, constan de un cerco de pirca muy baja de unos 30 metros de largo por 14 de ancho que encierra dos recintos rectangulares (de 3 × 5 m.), separadas las pircas por unos 80 centímetros de la del cerco, á la cual se ajusta por afuera otro rectángulo de 25 por 8 metros de superficie.

Como 200 metros al sur de esta vivienda, hay otra, compuesta de siete piezas en línea, orientadas de este á oeste. De un costado, las paredes son altas y perfectamente á plomo (fig. 141); del otro, que corresponde

[1] Furque, *Las ruínas*, etc., página 167, observó en las murallas de alguno de los recintos ciertas cavidades como nichos que yo no he podido descubrir. Estos nichos debieron estar como á 80 centímetros del suelo y distantes dos metros uno de otro.

al frente, su altura alcanza á poco más de un metro, y las dos paredes se hallan equidistantes entre sí á unos 3m50. Siguiendo estas construcciones desde el naciente, hallamos un recinto muy largo, de 26 metros, hasta llegar á la primera pared divisoria; á ésta siguen otras tres piezas de 4, 2m50 y de 3 metros respectivamente, todas de paredes divisorias enteras y sin comunicación alguna interior, notándose sólo aberturas ó salidas del lado sur. La cuarta pieza recién se comunica con la siguiente de 10 metros de largo; otra contigua mide 6 metros y termina en un muro alto, al que sigue el último ó sea el séptimo recinto, con su entrada perfectamente visible del lado del sur.

Caminando hacia el poniente, encontramos unas cuantas construcciones cuadrangulares, ya muy derrumbadas y rodeadas del lado del este por una pirca baja. De ahí hacia el sur, el terreno está surcado por una estrecha zanja, antiguo canal alimentado en otro tiempo por las mismas aguas del río Quinmivil, que fueron á no dudarlo, aprovechadas para mover el molino allí instalado: porque dentro del mismo canal yace una gran piedra de moler.

Á distancia como de algunos cientos de metros de las ruínas susodichas, hay otras de construcciones perfectamente alineadas y orientadas de sur á norte. Éstas están distribuídas en tres grupos de viviendas con paredes paralelas, distan unos cuatro metros unas de otras y se hallan subdivididas en ocho recintos, cada grupo de tres á cinco metros por costado. Los dos grupos que en parte aparecen en la lámina XXVII, figura 1, se hallan separados solamente por un espacio de un metro; los dos muros paralelos corresponden probablemente á los del fondo, que conservan aún mayor altura. El tercer grupo, también de ocho piezas, se halla separado de los demás por un espacio ó patio de unos 10 metros de ancho; se compone de una simple hilera de piezas, y la pared considerada como trasera corre acompañada por otra á distancia de un metro más ó menos.

Por la mala conservación de estas construcciones, es difícil reconocer sus correspondientes entradas, pero parece que éstas, como en otros edificios análogos ya mencionados, deben haber existido al frente de cada uno de los tres grupos de viviendas.

Aun nos queda por citar otras construcciones que vimos cerca de una loma al nordeste de la población (lám. XXVII, fig. 2); son tres edificios rectangulares, dos de ellos de 5 metros por 10, hallándose rodeados por un cerco de pirca de regular extensión.

Por otra parte, y á juzgar por ciertos vestigios de paredes, diríase que esta pequeña ciudad hubiese estado cercada por una muralla, mejor conservada en su costado oriental, pero más ó menos continua en toda su línea.

Ni estas breves observaciones, ni los antecedentes conocidos sobre la

primitiva ciudad de Londres, nos permiten emitir fundada opinión respecto á su origen, es decir, si fué indígena ó colonial; es preciso que nuevos estudios ó excavaciones complementen las informaciones que de ella tenemos.

Toda la región de Belén y los pueblos circunvecinos estuvieron ocupados por tribus indígenas, y es menester tener presente que por esos parajes se levantaron dos ó más ciudades coloniales; casi seguro es que el pequeño fragmento de alfarería que encontré entre las pircas caídas de esos pueblos, representen algo de la cultura de aquellas tribus.



Fig. 142. — Fragmento de urna ó cántaro encontrado entre las ruinas de Londres. N° 71, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.).

No hemos hallado durante nuestra exploración ningún vestigio de sepultura.

El fragmento en cuestión (fig. 142), corresponde á la parte superior de una urna ó cántaro de boca muy estrecha, gollete bajo y labio poco pronunciado; por los detalles de su ornamentación y factura pertenece á un vaso del tipo draconiano. El color del fondo es amarillo obscuro, los dibujos son negros y en parte rojos. Un ejemplar completo de estos vasos, de gollete muy parecido y que procede de Belén, se conserva entre las colecciones del Museo de La Plata [1].

[1] Esta misma urna fué publicada por Lafone Quevedo, *Tipos de alfareria* etc., página 356, figura 37.

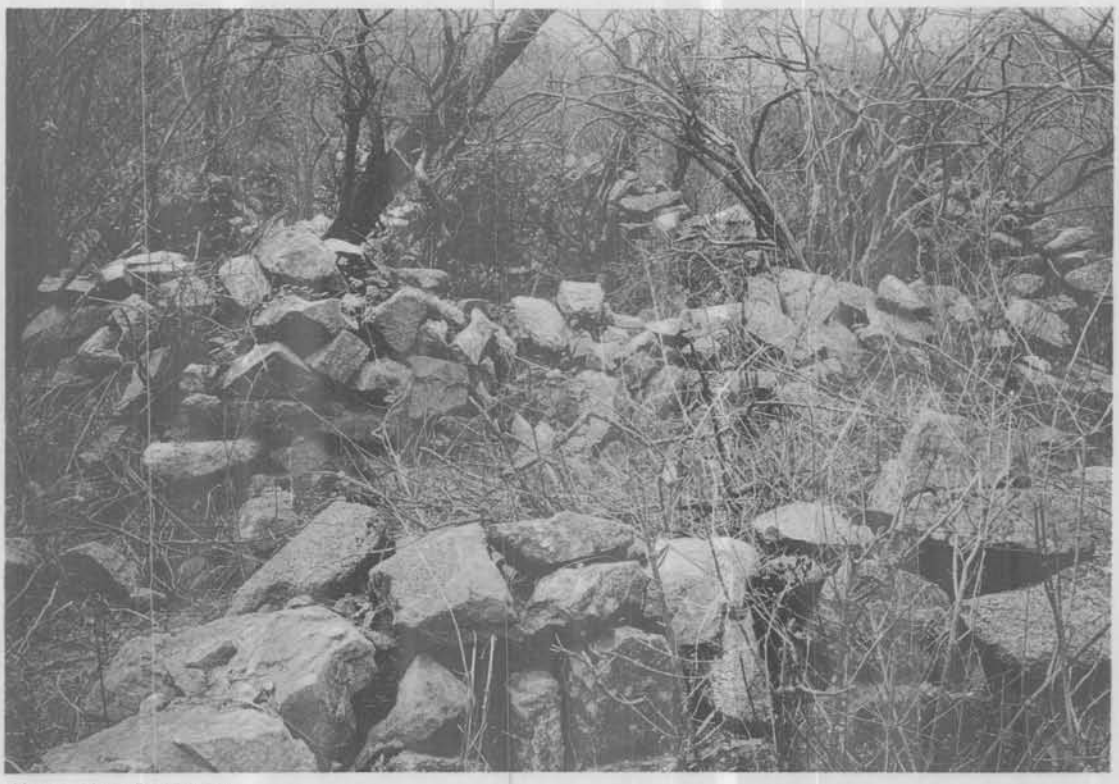


Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch fot.

Aspecto de la región ocupada por el pueblo antiguo de Londres (Prov. de Catamarca)



Fig. 1 **Aspecto del caserío del antiguo pueblo de Londres** (Prov. de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 2 **Aspecto del caserío del antiguo pueblo de Londres** (Prov. de Catamarca)

CAPÍTULO IX

ANDALGALÁ

A pesar de haber iniciado uno de nuestros viajes en Andalgalá ó más bien en Huasán, población á ocho kilómetros al norte de dicha villa, no hemos tenido ocasión aún de explorar los distintos sitios que for-

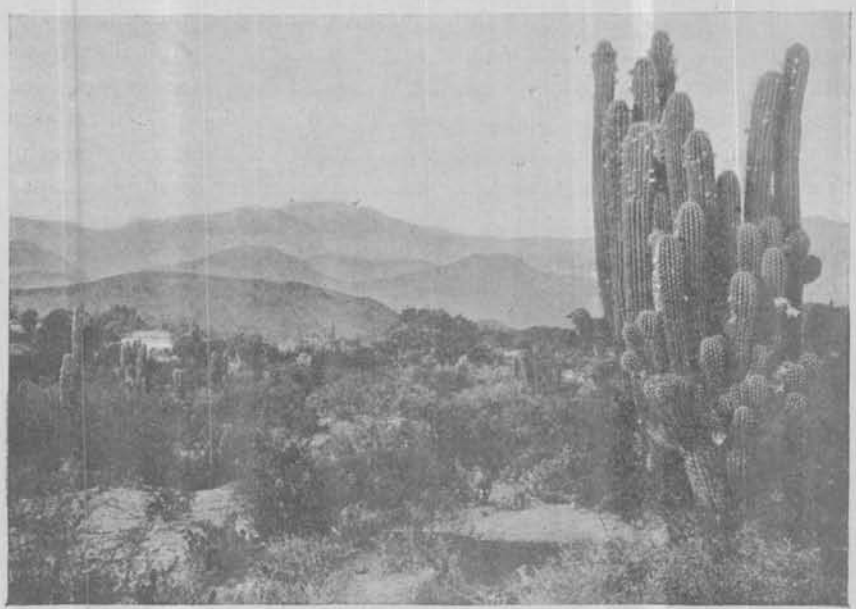


Fig. 143. — Vista desde Huasán hacia la población actual de Chaquiago

man parte de aquella región. La causa de tal desistimiento se debe á la escasez de tiempo, y al propósito de dedicar alguna vez una temporada suficientemente larga, para efectuar un estudio como lo requieren las condiciones, en que se hallan los vestigios de las poblaciones indígenas en la actualidad.

La villa de Andalgalá constituye uno de los oasis más fértiles en la provincia de Catamarca; fundada á mediados del siglo pasado [1] conserva su importancia, merced á su posición geográfica y estratégica; puesto que es punto donde convergen las grandes vías de comunicación, que desde épocas lejanas pusieron en contacto las poblaciones dispersas en las cuatro direcciones, á saber: Santa María, Belén, Tinogasta, los « Pueblos » de Pomán y todos los de La Rioja [2].

Los yacimientos arqueológicos más conocidos de la región andalgalense, se hallan comprendidos en los campos de Huasán, Chaquiago y Choya, en la parte norte y noroeste de la villa; se hicieron también hallazgos al sur de la misma región, donde se extendían las antiguas posesiones de los pueblos de Saujil, Sijan y Mutquín, etc.

Por la circunstancia de encontrarse ahora muchísimas de estas tierras cultivadas, gran parte de las viejas construcciones han desaparecido para dar lugar á extensos viñedos y alfalfares, donde sólo por casualidad, algún torrente ó el arado ponen á descubierto uno que otro resto ú objeto de los primitivos moradores.

Á mi entender nada se ha publicado, ni estamos en condiciones de informar sobre las construcciones que correspondiesen á viviendas ó sepulturas indígenas de la región de Andalgalá. Su importancia histórica y geográfica ha sido considerada por Lafone Quevedo en sus valiosas comunicaciones [3], donde nos ofrece también abundantes y preciosas reproducciones, que le permitieron definir perfectamente los tipos principales de la alfarería regional. En este sentido dedicamos este breve capítulo con el propósito de aumentar, si bien con un número muy reducido, la lista de los objetos procedentes de Andalgalá.

MATERIAL ARQUEOLÓGICO

De los pocos ejemplares y fragmentos que forman parte de nuestra colección, una taza lisa de alfarería negra, encontrada en los alrededores de Huasán, debémosla á la gentileza de la señora Helena F. de Blamey; tres vasos y otros tantos fragmentos se consiguieron de Jerónimo Páez, quien los había encontrado al remover el terreno de su propiedad, situada sobre la misma plaza de Andalgalá.

[1] Como lugar lo menciona el padre Techo en el siglo XVII.

[2] « Pueblos » que eran de los indios Diaguito-Calchaquíes, y así se designan hasta el día de hoy.

[3] LAFONE QUEVEDO, *Londres y Catamarca*, l. c.; Ibid., *Viaje arqueológico en la región de Andalgalá*, en *Revista del Museo de La Plata*, tomo XII, 1906, pág. 75-110, lám. I-XVIII.

La taza no ofrece detalles dignos de mención; su forma es subglobosa, con la base plana, apenas cóncava; las paredes son delgadas, poco inclinadas hacia adentro, perfectamente pulimentadas en ambos lados. La taza está provista de un asa vertical, colocada en semicírculo desde el borde hasta el medio del vaso, el cual mide poco menos de 9 centímetros de alto y 12 de diámetro.

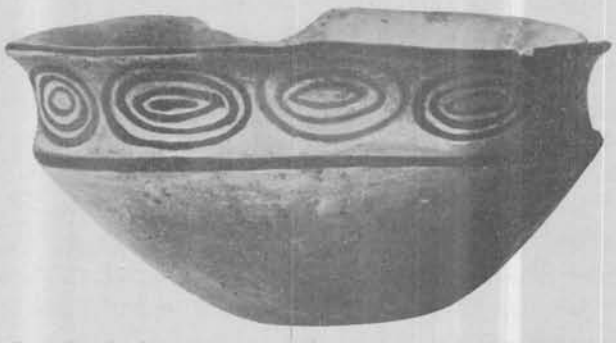


Fig. 144. — Puco de color bayo con decoración negra y roja. N° 62, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Todos los objetos de Andalgalá los reproducimos en el texto. El primero que citaremos es una especie de puco ó plato hondo (fig. 144), de forma subhemisférica, y base plana, apenas cóncava, provisto de un labio ancho y vertical, de sección también cóncava, con el adorno descripto más adelante. En la base del labio hay dos pequeñas asas en semicírculo y boca abajo, del tipo como los pucos rojos de Fuerte Quemado, etc.

La superficie del puco es lisa, por fuera pintada con un fondo de color bayo; el labio ostenta á cada lado de las asas una guarda, limitada por líneas negras, las que encierran cuatro círculos imperfectos, con otros concéntricos, alternados rojos y negros.



Fig. 145. — Vaso gris con ornamentación en relieve y grabada N° 61, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

El vaso figura 145, es algo tosco; pertenece á un tipo de recipientes conocido; tiene el fondo qajo y bastante chato; sus paredes arriba bien convexas, estrechadas hacia la abertura de la boca de diámetro reducido. La forma del vaso es ligeramente ovalada; su color de un pardo amarillento, que corresponde á la cocción natural de la pasta.

Como puede verse en nuestra ilustración, en la parte anterior del vaso se destaca en relieve una figura, al parecer un ofidio, con cabeza y

cuello, del cual se desprenden hacia los lados dos cuerpos ondulados, cuyas colas terminan en la mitad del vaso; del lado opuesto á la mencionada cabeza hay un pegote indefinible. La mitad posterior está adornada con una serie de ángulos ó piquillos invertidos, grabados, dispuestos alrededor del borde con su fondo sembrado de pequeñas impresiones del tipo conocido.

La figura 146 representa un pequeño vaso de alfarería gris, grabado, parecido á un fragmento procedente de Chaquiago, publicado por Lafone Quevedo [1].

Este vaso tiene forma de un cono truncado con base perfectamente plana, su borde inferior está redondeado y el superior adelgazado. Ha sido fabricado de fina pasta arcillosa; su color es de un gris plomizo; la superficie está bien alisada y los dibujos han sido grabados con una espina ó utensilio bastante agudo. Como consta en el esquema desarrollado, el mismo dibujo está dispuesto en dos guardas rectangulares, unidas de un lado y separadas del otro por un espacio de tres centímetros de ancho.



Fig. 146. — Pequeño vaso gris grabado N° 62, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Las dos cabezas, ó más bien los bustos humanos, están trazados con poco arte; á sus costados se encuentran otras figuras, tal vez flechas, hachas ú otro objeto. Llama la atención el adorno que ostentan las figuras sobre la cabeza, una diadema cortada en piquillos: es muy posible

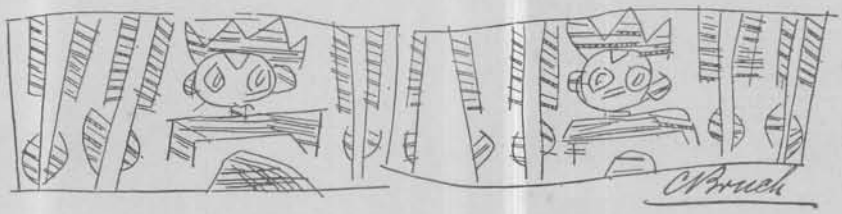


Fig. 146 bis. — Dibujo desarrollado del mismo vaso

que se trata aquí de estos adornos fabricados de lámina de oro, que deben haberse usado en dichos lugares á juzgar por los hallazgos recientes en poder del doctor Lafone Quevedo, hasta podría sospecharse que fuese una imitación moderna.

La figura 147 corresponde á la porción superior de un vaso ó urna,

[1] *Viaje arqueológico*, etc., página 13, número 10, y lámina II, figura 10.

de alfarería negra, grabada, del tipo draconiano muy conocido en la región. Representa este fragmento como un tercio de la circunferencia total del vaso, que prolongando su curva del borde, habría tenido en esta parte unos 20 centímetros de diámetro; sus paredes superiores eran moderadamente convexas, y terminaron en un labio de unos dos

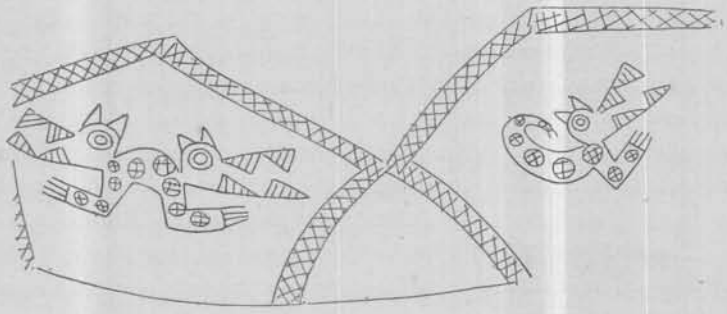


Fig. 147. — Ornamentación draconiana sobre un fragmento de urna N° 78, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

centímetros de ancho y con el borde plegado hacia afuera. Las paredes tienen como cuatro milímetros de espesor; los dos lados están perfectamente alisados, negros, pero conservan en su interior el color gris plomizo de la arcilla.

Las dos figuras draconianas ocupan espacios pentágonos irregulares, formados por cuatro guardas cuadriculadas y la base rectilínea.



Fig. 148. — Fragmento de un vaso antropomorfo modelado y grabado. N° 67, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.).



Fig. 149. — Cabeza de Guanaco, fragmento de urna tosca. N° 68, Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

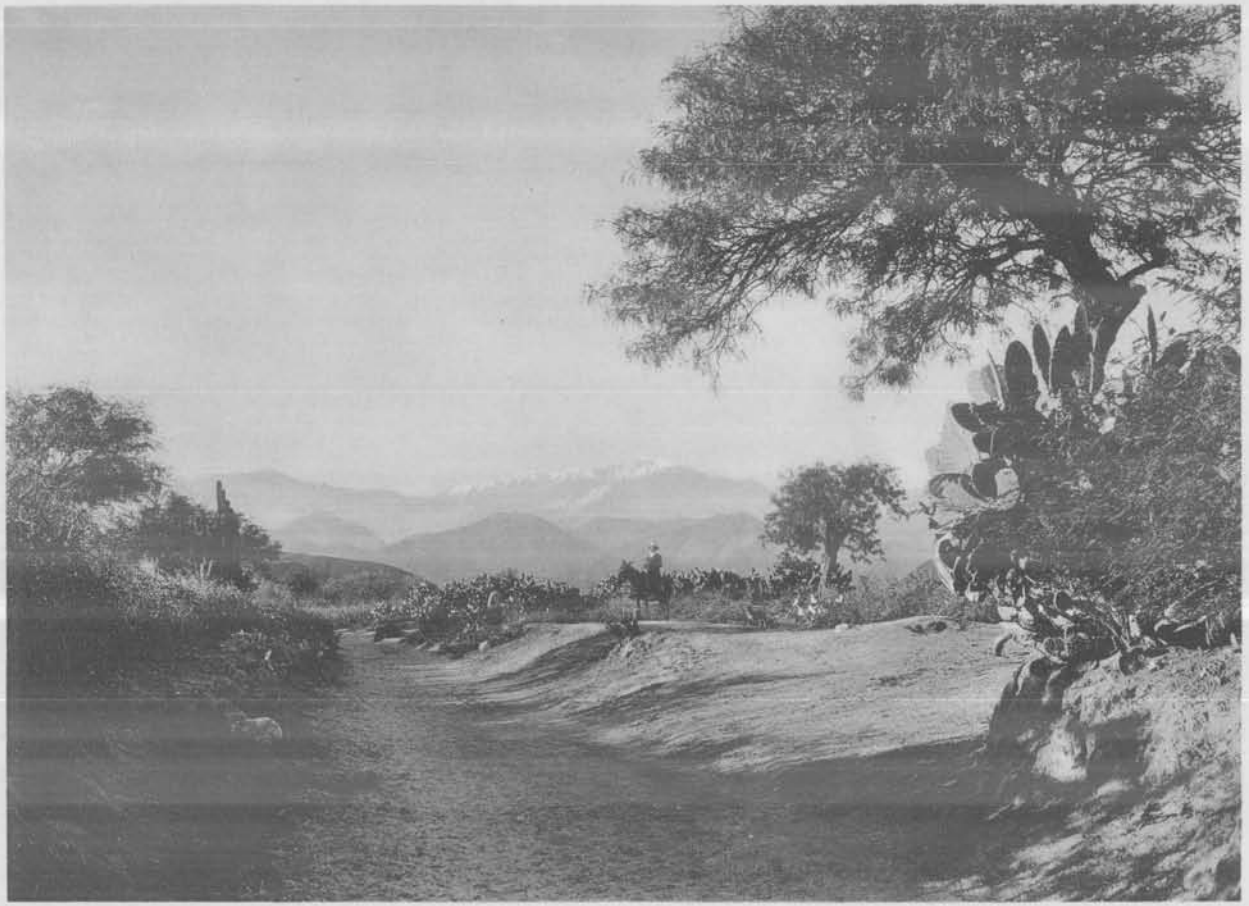
Nuestro dibujo, que reproduce dichas figuras con exactitud, nos exonera de una descripción detallada. Conviene repetir que tal ornamentación es muy característica de la región de Andalgalá, de la cual el trabajo de Lafone Quevedo nos ofrece hermosos ejemplos. El vaso completo ha sido de algún mérito.

El segundo fragmento (fig. 148), corresponde probablemente á un vaso antropomorfo, también de alfarería negra, como el objeto anterior,

y que á juzgar por su poca convexidad, debió haber sido de regular dimensión. Se trata de una pieza muy artística, de la cual se conserva sólo parte de una cara, hermosamente modelada y bien concluída. El triángulo reticulado entre la oreja y el ojo, y la faja estriada debajo de este último, están grabados con punta fina: dada la naturalidad con la cual está representada la cara, puede interpretarse este detalle como un ejemplo de tatuaje ó pintura, usado entonces por aquella tribu indígena. Esta suposición confirman casos análogos que hemos mencionado más atrás; y uno de estos tatuajes es manifiesto en el interesante ídolo de figura entera, que se conserva entre las colecciones del Museo [1], cuyos detalles de modelado ofrecen mucho parecido con el fragmento en cuestión: de éste haremos constar también que tiene como 4 ó 5 milímetros de grueso y que la superficie del interior no está tan bien alisada como la del exterior.

Por último, mencionaremos la cabeza zoomorfa (fig. 149), de barro gris y factura tosca, que probablemente sirvió de asa en alguna olla ó urna. Las orejas están quebradas; por los detalles de la boca, con su labio superior partido pudiéramos sospechar que fuese tal vez la cabeza del guanaco *(Auchenia huanachus)*; debajo de los ojos se encuentran las típicas tres rayas, tan usuales en las diversas formas de caras, que se presentan en una multitud de ejemplares parecidos, muy comunes entre la alfarería del Valle de Santa María y los pueblos al sur de Andalgalá.

[1] Publicado en las láminas murales, *Las viejas razas argentinas* (lám. I, fig. 17), por Felix F. Outes y Carlos Bruch; Ibid. en *Los aborígenes de la República Argentina*, página 57, figura 30. Buenos Aires, 1910. Angel Estrada y compañía, editores.



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. G. Bruch fot.

Alrededores de Huasán (Prov. de Catamarca)

CAPITULO X

PUCARÁ DEL ACONQUIJA

§ I

SITUACIÓN Y ASPECTO GENERAL

Á las grandes vías de tránsito, mencionadas en distintas ocasiones, pueden agregarse dos más, también importantes, por las que se comunica Andalgalá con Tucumán y con Catamarca respectivamente.

El primero de estos caminos [1] pasa por Villavil, rodea la sierra del Aconquija al norte del Campo de Pucará, y baja por el río de las Cañas, al este de dicha sierra, hasta llegar á los llanos de Tucumán. El otro, que conduce á la ciudad de Catamarca, cruza la cuesta de la Chilca [2], y el Campo de Pucará en su parte sur, para bajar por Humaya ó por Singuil al costado oriental de las montañas altas de la sierra del Manchao ó Ambato.

El Campo del Pucará ocupa, pues, la planicie situada á unos 1800 metros de altura, comprendida entre las dos sierras del Aconquija al norte y del Manchao al sur, con una extensión de 23 kilómetros, siendo poco menos de 10 kilómetros de naciente á poniente. En el extremo oriental lo limita el cordón de Narváez, bastante alto, mientras que los cerros del lado opuesto son más bajos y descienden á unos 700 metros hacia la llanura, la cual se extiende al sudeste de Andalgalá, hasta dar con las serranías de la provincia de la Rioja.

El Aconquija con sus picos cubiertos por nieves eternas mide 5450

[1] Nos referimos aquí al camino viejo, que ha sido abandonado y sigue ahora por el río de Cochuna.

[2] El paso por la cuesta de la Chilca que hasta hace pocos años era bastante malo y penoso, hállase convertido hoy en un camino cómodo y muy transitado.

metros, y el Manchao 4050, sobre el nivel del mar. Así se explica que el Campo del Pucará, por su propia altitud, y la valla de altas montañas que lo rodea, experimenta un clima más benigno, no tan seco como en la llanura al poniente; la humedad y las lluvias aumentan en mayor grado á medida que nos internamos en los cerros al naciente de esta región.

La vegetación de la planicie misma es por consiguiente menos xerófila que en los lugares circunvecinos. Desaparecen en parte los grandes cardones *(Cereus)*; la jarilla *(Larrea divaricata)* es aquí más escasa; en cambio abunda por todo el campo la maravilla *(Flourensia tortuosa)*, mezclada con el suncho ó la chilca *(Baccharis salicifolia)*, y la hediondilla *(Cestrum pseudoquina)*. Entre las quebradas encontramos cortaderas *(Cortaderia argentea)*, uno que otro arbusto y árbol, como algarrobo *(Prosopis)* y palán-palán *(Nicotiana glauca)*, etc.; en las partes más secas del campo, y sobre los cerros alrededor del Pucará predominan las gramíneas del género *Stipa*.

La actual población del Pucará está situada en el ángulo sudeste de la altiplanicie llamada Campo del Pucará, por donde pasa también el río ó arroyo del mismo nombre; ella se reduce á unas cuantas casas de piedra, dispersas al pie de las primeras lomas.

Precisamente, en esta parte, al nordeste de las últimas casas y sobre un cerro que se levanta al norte del arroyo, se encuentran las interesantes ruínas del Pucará [1] ó fortaleza antigua, cuyo estudio motivó nuestra excursión. De Andalgalá se llega fácilmente al Pucará por el camino de la Chilca en una corta jornada.

Fuera de la descripción de von Tschudi [2], que no estuvo á mi alcance y que, según Boman, está escrita de un modo algo fantástico, no tenemos sobre este fuerte sino el trabajo del ingeniero Lange [3], el cual nos proponemos reconsiderar y ampliar con detalles que obtuvimos de la propia investigación.

Ante todo, conviene advertir la incertidumbre en que nos hallamos

[1] *Pucará* es palabra quichua y significa en efecto fortaleza. Nos encontramos en la región del noroeste, como en Perú y Bolivia, con numerosas localidades que llevan el nombre de Pucará, y en las cuales observamos entonces siempre vestigios de antiguas fortificaciones. Por eso hemos llamado á nuestro fuerte el « Pucará del Aconquija », para no confundirlo con los *Pucará* de Humahuaca, de Lerma y de Rinconada, etc.; de este último se ocupa Boman extensamente en su obra *Antiquités de la région*, etc.

[2] J. J. von Tschudi, *Reise durch die Andes von Süd-Amerika, von Córdoba nach Cobija, im Yahre 1858*. (Appendice des Petermanns geographischen Mittheilungen, Gotha, 1860).

[3] Gunardo Lange, *Las ruínas de la fortaleza de Pucará* en *Anales del Museo de La Plata*, sección de arqueología, III, 1892, con cuatro láminas y figuras en el texto.

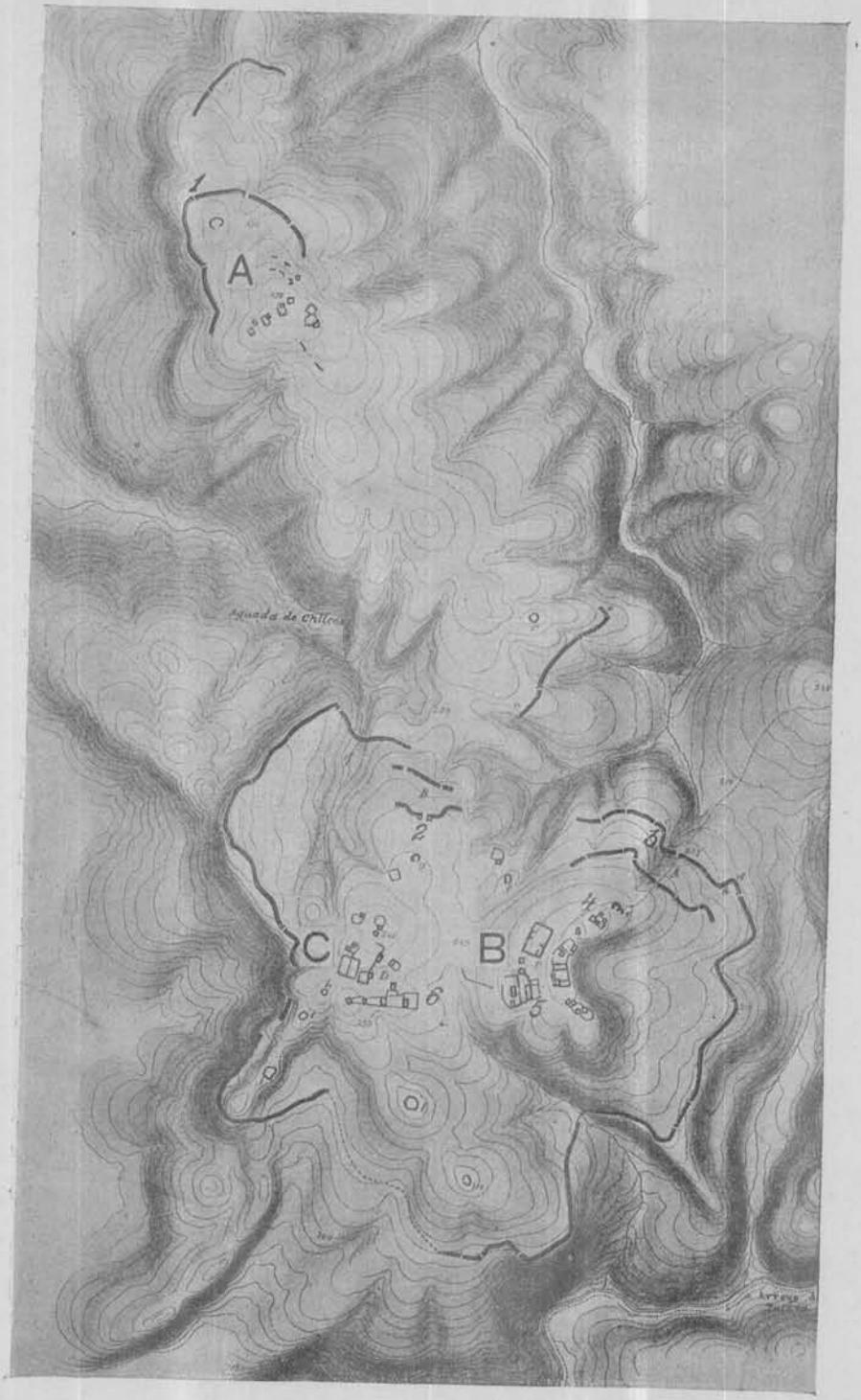


Fig. 150. — Plano general del Fuerte de Pucará, según relevamiento del ingeniero Lange

acerca de esas famosas construcciones, las cuales, como se verá por su descripción, presentan un carácter tan singular y distinto de todas cuantas hemos visto hasta ahora, que no podemos hallarles parecido con ninguna de ellas. Sucedió probablemente en esta localidad lo propio que en la primitiva Londres: pero, es igualmente posible, que las diferencias observadas correspondan á una cultura anterior á la usual en la región Diaguito-Calchaquí; las razones para tal suposición las deducimos de nuestras observaciones.

El cerro fortificado corre de norte á sur y alcanza, según Lange, á 275 metros sobre el cauce del arroyo del Pucará, y su quebrada lo separa por el sur y oeste de las lomas vecinas, como lo hacen otras quebradas en los demás contornos. Dichas faldas son bastante empinadas, en parte casi inaccesibles, y las cortan gargantas de mayor ó menor importancia como la que baja á la aguada de Chilcas, en el medio del costado oeste del cerro. La planicie de arriba consta de dos distintos planos de poco más ó menos la misma altura, cada uno de ellos con sus grupos de ruínas cercadas por complicadas murallas de defensa.

La parte norte ó punto más alto del cerro, está separada de la del sur por una depresión transversal, que forma la citada garganta ó quebradita con la aguada de Chilcas, y que ofrece por el naciente una subida relativamente cómoda á una y otra parte. Desde el borde sur del primer plano se divisan los otros dos grupos de edificios, con las dobles murallas, que les servirían de eficaz defensa. El segundo y más importante grupo de estas ruínas, ocupa la elevación al este, un poco más alta que la tercera é inmediata hacia el poniente.

Las faldas al noroeste del cerro son más tendidas, y desde las murallas de defensa que allí existen, se domina las lomas que descienden hacia el Campo del Pucará (lám. XXXI, fig. 1). Las murallas que rodean al segundo grupo de edificios sirvieron admirablemente para defender la salida al cerro por las quebradas y faldas del lado del norte y sudeste (lám. XXXI, fig. 2); desde el tercer grupo de construcciones se divisan los lugares circunvecinos que dan hacia el oeste.

Para poder orientarnos mejor, reproducimos nuevamente el plano general de las ruínas, publicado por Lange, en el cual hemos marcado los puntos á que se hará referencia en el texto. Los esquemas de los tres grupos de edificios incluídos en el texto, corresponden á observacion es y mensuras hechas por nosotros *in situ*.

§ II

CONSTRUCCIONES ANTIGUAS

Con excepción de ciertos detalles en los edificios y del tipo de murallas que servían para la defensa, y que dan á las ruínas del Pucará su nota característica, poco se observa que pueda llamar la atención en cuanto á la manera de cómo fueron construídas. Las paredes son todas de *pirca*, como de costumbre; para ellas se emplearon las piedras de los cerros de la localidad, que son de roca micaesquista granatífera (arcaica), tal cual se separan por su propio clivaje.

Murallas de defensa. — Tanto las paredes de los edificios como las de las murallas de defensa han sido muy sólidamente construídas, perfectamente á plomo, con altura de 2, 3 y hasta 4 metros en algunas partes: su ancho es más ó menos constante, de unos 60 centímetros, pero en varios edificios y casi siempre en todas las murallas de defensa, el lado interior se halla reforzado con una base de medio metro de ancho por otro tanto de alto. Este último detalle no se ha observado en ninguna otra de las construcciones en los demás lugares; parece que no sólo se buscó aquí de reforzar las murallas, sino también de utilizar esta base ó acera, para mirar á través de las troneras y asomarse por las mismas, para lanzar los proyectiles que habrían de usarse contra el enemigo invasor.

Dichas troneras se encuentran siempre á ambos lados de algún portillo de entrada al recinto fortificado; consisten en pequeñas aberturas cuadradas, de unos 20 á 30 centímetros de luz, distantes como metro y medio ó dos metros unas de otras y colocadas más ó menos á igual altura del suelo. Estos vanos están limitados generalmente por una especie de marco, de cuatro piedras rectangulares, una por costado, y este mismo método se usó también para las aberturas equivalentes á ventanas, que existen en diversas paredes de los edificios.

Al interior del fuerte conducen varias entradas, situadas en los puntos más accesibles del cerro, y las forman unos portillos á través de las murallas de 2 á 3 metros de ancho, flanqueados por paredes cortas, hacia el interior y perpendiculares á las murallas, como se verá en nuestra lámina XXXI, figura 1 [1]. Estos dos flancos en una de las murallas, al norte del tercer grupo de edificios, sirven para formar recintos pequeños cuadrados [2].

[1] El lugar correspondiente está indicado en el plano con número 1.

[2] Véase en el plano el número 2.

Otro ejemplo que demuestra perfectamente la importancia estratégica de estas obras de defensa, la tenemos al nordeste del segundo grupo de edificios: en esta parte, una doble línea de hermosas murallas corre paralelamente, distantes unos 40 metros, una más arriba que la otra, formando así una verdadera punta de bastión, con su cortina ó pared de frente, protegida por correspondientes flancos provistos de troneras [1]. En este caso, los flancos son amplios parapetos, pero externos y siempre formando ángulo con el muro de circunvalación; en la base tienen su

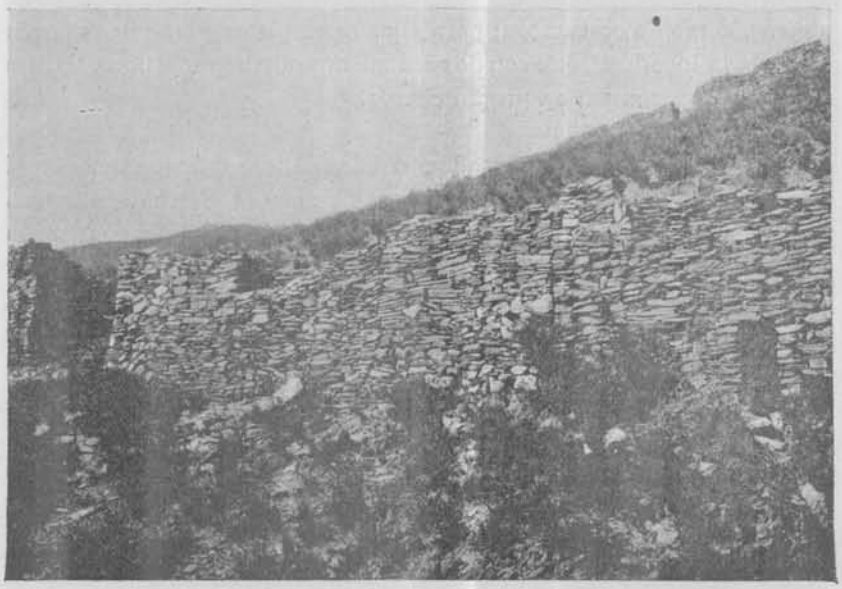


Fig. 151. — Muralla de defensa con entrada principal y puerta accesoria á la derecha arriba se distingue la muralla interior

pirca de refuerzo como se dijo ya más arriba. También esta entrada en el medio de la muralla de frente, tiene los flancos de costumbre y en sentido inverso; á la derecha de la entrada hay una abertura (fig. 151), como de $1^{m}50$ por 50 centímetros de luz, parecida á una alcantarilla de desagüe, pero que puede haber sido una entrada especial.

Á juzgar por la disposición de las murallas aun en pie, es muy posible que estas hayan sido alguna vez continuas, encerrando así por completo los edificios y las viviendas de ese gran fuerte. Diversas construcciones circulares y otras han servido seguramente de reductos, dis-

[1] Lámina XXXI, figuras 2 y 3; la vista figura 2, fué tomada desde el punto indicado con número 3 de nuestra lámina y el mismo flanco que aparece en esta vista, está representado por la figura 3, visto del exterior.

tribuídos sobre algún punto prominente, y estarían, pues, en relación con las demás obras de defensa, cuyo valor estratégico no necesita comentarios.

Edificios para viviendas. — En esta clase de construcciones se observan dos tipos de paredes: las unas son perfectas, de pirca alta, y constituyen las verdaderas habitaciones ó casas; las otras, bajas, sirven para subdivisiones ó recintos complementarios, como también para los cercos que con frecuencia rodean las casas. En todos los casos hemos observado que las paredes son sólidas, de piedras superpuestas y nunca rellenadas con ripio, método tan usual en otras poblaciones de que nos hemos ocupado ya.

Los edificios son casi siempre rectangulares, compuestos de una ó dos, y hasta de mayor número de piezas, como sucede en los más grandes; y si bien parece que en estos últimos existe cierto alineamiento, no se observó lo mismo en la distribución de todo el conjunto de las distintas casas. Buena parte de éstas se encuentran bastante bien conservadas; se distinguen aún las correspondientes entradas ó vanos de comunicación entre las piezas, en algunos casos abiertas en las paredes, y provistas de dintel: una de estas puertas medidas tiene casi dos metros de altura, por 60 centímetros de ancho.

Otra particularidad ofrecen los pequeños vanos que hacen las veces de ventanas [1], y que ya hemos mencionado al ocuparnos de las troneras abiertas en las murallas de defensa. Además, parece que el piso de las viviendas estaba perfectamente aplanado, hasta en algunos casos embaldosado con lajas, pero no hemos hallado ni desnivel notable en la parte superior de las paredes, ni otro detalle, que pudiesen indicarnos con cierta probabilidad el tipo de techo que pudo haberse empleado.

Por último, los muros de los cercos son menos regulares; alguna vez tienen sus ángulos redondeados ó formados por una simple pirca curva ó más ó menos circular, como se puede ver por los croquis que ofrecemos de los tres grupos de ruínas A—C [2]. Sin entrar en largas descripciones, daremos algunas noticias más, referentes á los relevamientos y vistas fotográficas tomadas.

Construcciones del grupo A. — Entre las ruínas de unas trece construcciones pequeñas, que encontramos sobre la punta norte del cerro, cuatro de ellas podríamos llamar viviendas ó casas propiamente dichas;

[1] Obsérvese la ventana en la casa, lámina XXXI, figura 4, cuyo sitio está indicado en el plano con el número 4.

[2] No figuran entre ellas las viviendas de la parte oriental del grupo B, por habérsenos extraviado en viaje la correspondiente hoja de apuntes.

se componen siempre de una sola pieza rectangular con patio cercado por pirca baja, y están dispuestas como indica nuestro croquis figura 152 [1].

Yendo del reducto ó pirca circular, en el extremo norte, como 50 me-

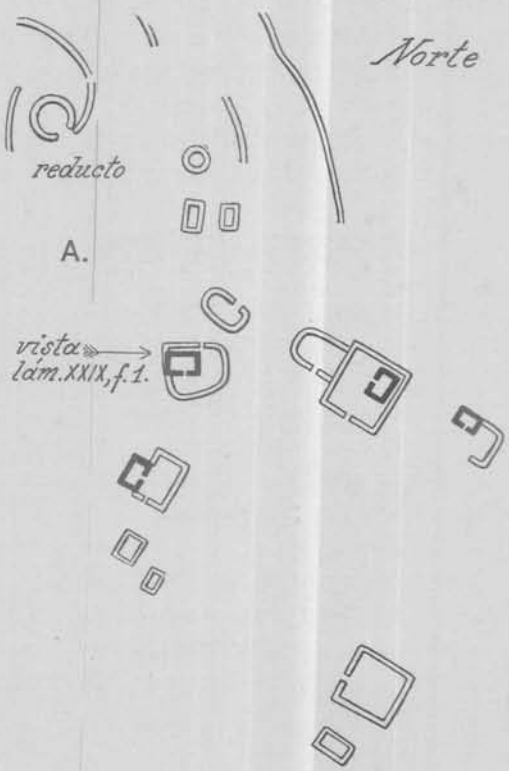


Fig. 152. — Plano detallado de las construcciones del grupo A

tros hacia al sudeste, hallamos la casa que representa la lámina XXIX, figura 1. Medida interiormente, sus dimensiones son 4^{m}50 de largo por 3^{m}50 de ancho, y las paredes conservan 1^{m}80 de altura; al costado sur está la entrada con apenas unos 60 centímetros de ancho, pero no lleva dintel ó muro alguno, que cierre el vano por arriba. El cerco que rodea esta vivienda consiste en una pirca baja, más ó menos rectangu-

[1] En los croquis que reproducimos en estas construcciones, las paredes altas, más ó menos completas, se indican con líneas gruesas negras, mientras que las otras dobles equivalen á pircas bajas ó caídas, cuya altura primitiva no se puede ya apreciar. Probablemente, algunas de las construcciones ahora derrumbadas han servido alguna vez también de viviendas.

lar, de 12 metros de largo por 8 en su mayor ancho, y con su correspondiente entrada del costado norte.

Unos veinte metros al este de la construcción mencionada, hay otra de dimensiones parecidas, ubicada dentro del ángulo nordeste de un gran cerco cuadrado, pero separado de él por un espacio de medio metro; al costado oeste del mismo cerro se le arrima otro pircado, formando martillo. Las entradas á ambos cercos están perfectamente visibles del lado sur, y la de la habitación interior conduce, como de costumbre, al patio.

De las otras viviendas, una de ellas es pequeña y está bastante mal

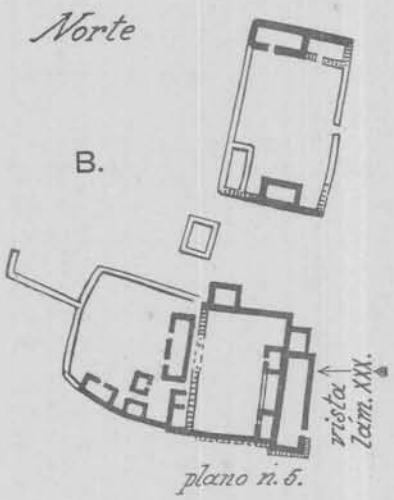


Fig. 153. — Plano detallado de las construcciones del grupo B

conservada; la última difiere por la disposición del cerco, que aquí no la encierra.

Las demás construcciones no ofrecen nada de particular; se distinguen aun varias pircas caídas, que pueden haber servido de parapetos y estar en relación con los reductos y la gran muralla de defensa, que protege toda la edificación en la parte norte del cerro.

Construcciones del grupo B. — Nos referimos á las mismas, marcadas con B en nuestro plano, que son á la vez las más importantes de este fuerte. Constan de cinco edificios principales, cada uno compuesto de buen número de recintos ó viviendas en grupos, cercados por sus correspondientes patios.

El gran edificio, figura 153, cuya vista fotográfica reproduce la lámina XXX, consta de gruesas paredes, altas y levantadas á plomo. La

pared del ángulo sudeste del edificio ha sido reforzada con una base que sobresale medio metro del lado de afuera hasta 1m70 de alto, porque el cerro declina aquí bruscamente hacia el sud. El nivel de todas las paredes, se ajusta al terreno, que es bastante desigual; en la esquina mencionada, conservan aun más de 4 metros de altura, extendiéndose como 45 metros en el costado sur, y unos 20 metros del lado que mira al naciente. En esta parte, y cerca de la esquina, está una estrecha entrada que da acceso á una pieza de 6 metros de ancho, que con otra cuadrada, ocupan todo el frente al norte. Á los fondos de esta pieza, hay dos piezas pequeñas, con puertas de 50 centímetros por 1m80 de luz y provistas con dintel, que se comunican con un amplio patio. Sobre el costado norte y por fuera, hay un pequeño recinto cuadrado.

En un segundo patio, contiguo al primero, y de mayor extensión, hállanse dispuestas las otras viviendas en la forma que indica el croquis (fig. 153).

La pieza, situada en el ángulo sudeste del patio, está subdividida en dos; otra al norte, con dos entradas, tiene en su pared del costado sur un pequeño vano como para ventana, á 1m70 del nivel del suelo. El muro que arranca al oeste de aquel vasto edificio, corresponde probablemente á otro cercado que hubo en esta parte.

Algunos metros al norte del edificio mencionado, hay otro compuesto de cuatro cuartuchos, encerrados dentro de un gran rectángulo pircado de unos 20 metros de ancho por 35 de largo.

Las construcciones al naciente, debido al desnivel del cerro, están distribuídas con cierta irregularidad; varias de sus paredes conservan aún cuatro metros de alto. No pudimos hallar otro detalle, que indicara la existencia de un segundo piso, como lo presume en su descripción el señor Lange, y los que recuerda haber visto el doctor Lafone Quevedo, hace más de cuarenta años. En dos paredes de los mismos edificios hemos visto pequeños vanos que sirvieron de ventanas (véase lámina XXXI, fig. 4).

Construcciones del grupo C. — En el último plano de nuestra fotografía, lámina XXX, se distingue parte de las ruínas, que pertenecen al tercer grupo de las construcciones, cuyo relevamiento representa el croquis figura 154. Este conjunto comprende un gran edificio principal, perfectamente alineado, orientado de este á oeste, y varios otros angulares y redondos, con sus correspondientes cercos de pirca baja, algunas veces de forma irregular y caprichosa.

El edificio mayor consta de amplias piezas ó viviendas cuadrangulares; la del medio, corresponde más bien á un extenso patio, de 17 metros de ancho por 25 de largo; no lleva división alguna en su interior, pero dos pircas bajas (3 × 5 m.), arrimadas á la pared exterior, una de cada

costado y con sus ángulos redondeados. Las otras viviendas están formadas por recintos casi todos perfectamente angulares, además de un recinto circular y de una pequeña pirca baja en semicírculo; sus correspondientes entradas están marcadas en nuestro croquis, lo mismo que las pequeñas ventanas (V) que existen en varias de las paredes. La pieza al poniente se ajusta por un cerco bajo, redondeado, en su ángulo sudoeste al edificio principal; todas las demás paredes son bastante altas, como de dos metros y aun algo más en ciertas partes.

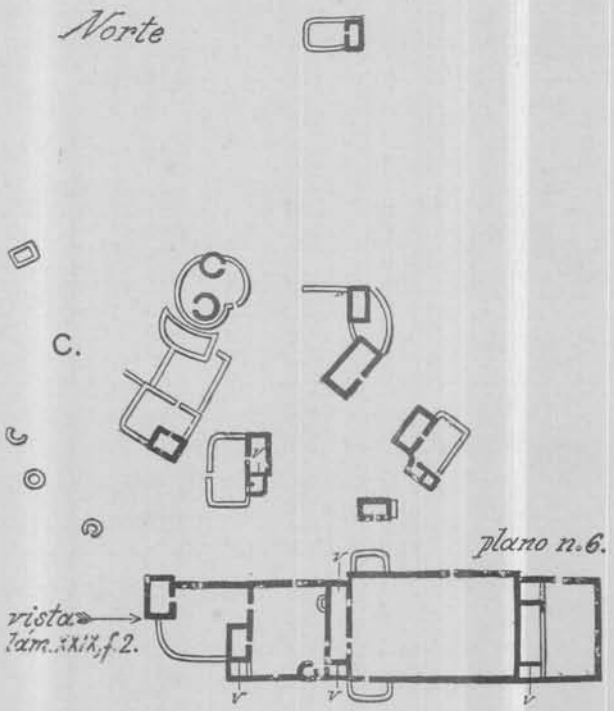


Fig. 154. — Plano detallado de las construcciones del grupo C (plano nº 6)

Entre las construcciones al norte del edificio mayor, y casi sobre el borde del cerro, hay dos torres cilíndricas, de 1m50 de alto, encerradas por una pirca subcircular con entrada del lado sur. Contiguas á ésta, otras tres pircas de irregular forma se extienden hacia el sur, con un cuartucho en el ángulo sudeste de una de ellas. Los detalles de los otros edificios constan en el plano; sobre el cerro, en la orilla del poniente, hay vestigios de parapetos y de pequeñas torres circulares; más al norte, está una pequeña casa aislada (de 2×5 m.), con vanos para puerta y ventana [1].

[1] La fotografía, lámina XXIX, figura 2, representa el caserío, visto desde el poniente hacia el naciente, y no hacia el oeste, como por equivocación está indicado.

Esta breve descripción basta para darnos una idea de la importancia del antiguo fuerte de Pucará; pero en cuanto á su verdadero origen, las conclusiones que de aquella pudiéramos sacar, nos obligan á ciertas reservas.

La disposición de los edificios, su forma, altura de sus paredes, con los vanos para puertas y ventanas, pero sobre todo el tipo de las murallas de defensa, con todos los detalles mencionados, confieren á las construcciones del Pucará un carácter peculiar. Por eso, creemos más que probable, que éstas pertenecían á otras tribus, quizá á una nación muy distinta, de las que ocuparon en otras épocas las demás regiones que acabamos de visitar. Por estos hechos estudiados, sería admisible que el fuerte de Pucará tuviese más bien su origen en el tiempo colonial que en la época precolombiana.

El ingeniero Lange ha atribuído al Pucará gran importancia estratégica; sus argumentos provienen tal vez de un criterio militar demasiado moderno. Ciertamente, las mismas obras de defensa prestarían mejor servicio á guerreros equipados con armas de fuego, desde que el tiro con arco y flecha, ya sea por encima, ya á través de los muros, en la forma que se hallan éstas dispuestas, es casi impracticable. Asimismo, parece curioso, no haber hallado ni siquiera fragmentos de puntas de flecha, de las cuales debieron hacerse derroche, en los momentos más encarnizados de las luchas.

Seguramente con el estudio de antiguos enterratorios y de su correspondiente material arqueológico, se adelantarían los conocimientos sobre esta localidad. Nuestro empeño para descubrir sepulcros, en el interior ó en las proximidades del fuerte, no dió resultado alguno; así, hasta la fecha, no se ha hecho mencion de ningún ejemplo. Se dice, que en los alrededores del Campo del Pucará, abundan pircas y vestigios de obras de piedra, los cuales no pudimos visitar.

En cuanto á objetos de alfarería del Pucará, muy poco conocemos de ellos, y el reducido número no es suficiente, para formarnos una idea del tipo local. Una olla tosca, publicada por Lange *(l. c.*, pág. 11, fig. 11), como procedente de la población del Pucará, lleva de cada lado una cabeza zoomorfa en vez de asas. El doctor Franz Kühn, tuvo la amabilidad de prestarme el material, que con el doctor Rauenbusch, juntaron entre las ruínas del Fuerte y en el Campo del Pucará; en su totalidad son unos ochenta fragmentos de alfarería ordinaria del tipo usual, restos de objetos que bien pueden haberse introducido de la región Calchaquí.

Entre los objetos del Fuerte, figura un pedazo de mortero esculpido, de piedra micaesquistosa, angular por fuera y con su hoyo excavado á unos 5 centímetros. Luego una cantidad de fragmentos de vasos y ollas

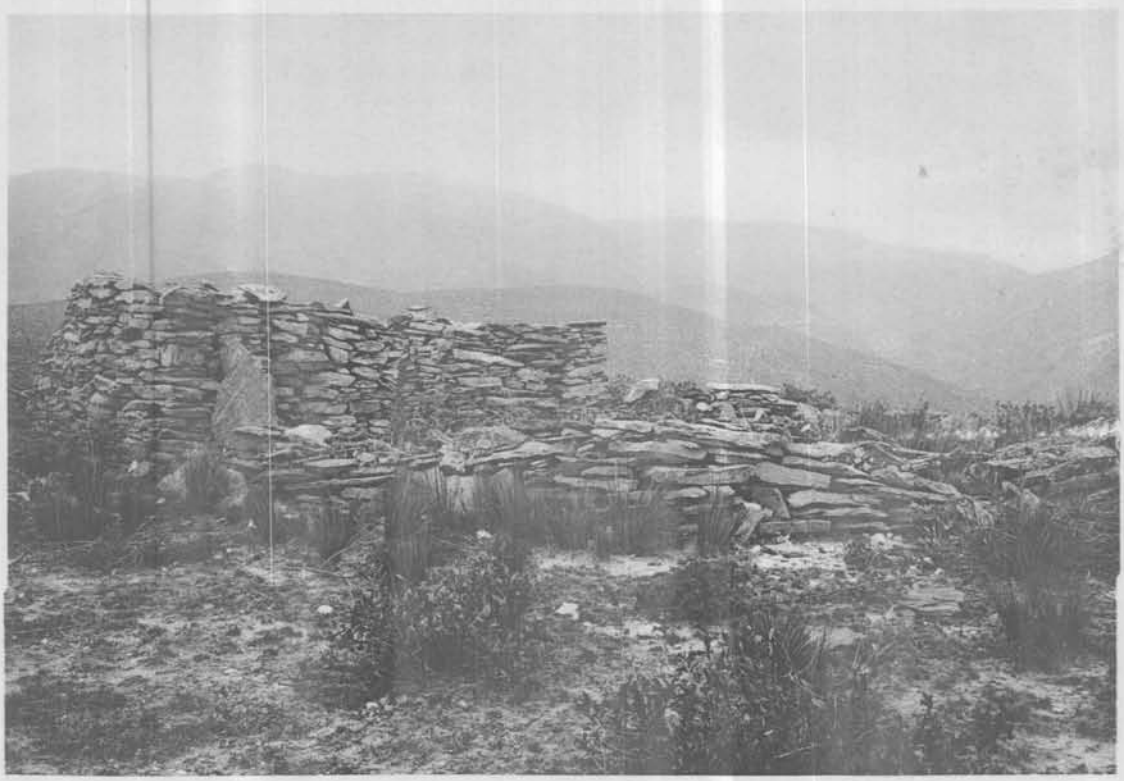


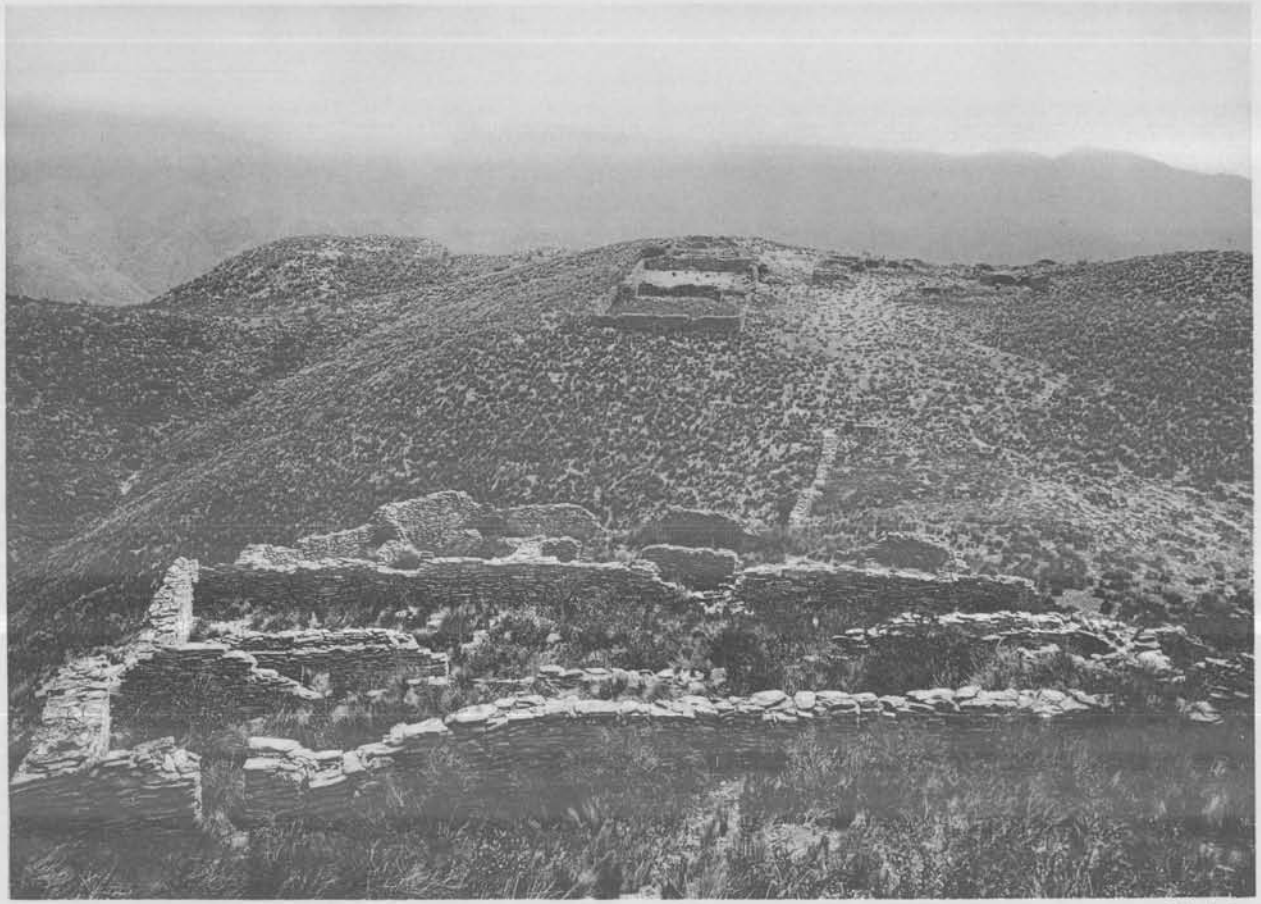
Fig. 1 Casa cercada en la parte norte del Pucará



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 2 Parte sur de los caseríos, vista hacia al oeste

Ruinas en los cerros del Pucará (Prov. de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

C. Bruch fot.

Grupo de casas en el interior del recinto fortificado del Pucará (Prov. de Catamarca)



Fig. 1 Pasaje á través de una muralla



Fig. 2 Entrada protegida por murallas laterales provistas de troneras



Werner u. Winter, Frankfurt a/M.

Fig. 3 Muralla provista de troneras, vista de afuera



C. Bruch fot.

Fig. 4 Casa en el interior del recinto fortificado

Construcciones antiguas en el Pucará (Provincia de Catamarca)

toscas, como también de tazas ó pucos de alfarería roja con pintura negra del tipo común. Una cabeza de ave, como de loro, con pintura roja, es idéntica á unas que tenemos en nuestro Museo, y que sirven de asas á pequeños platos.

Los fragmentos procedentes del Campo de Pucará, pertenecen también á vasos ordinarios; algunos son de alfarería gris grabada, parecida á la andalgalense; solamente dos pequeños trozos llevan líneas negras, pintadas sobre fondo gris, que tal vez representarían el esquema usual de la serpiente.

CAPÍTULO XI

LA « CIUDARCITA », PAJANCO Y TUSCAMAYO

§ I

BREVES APUNTES SOBRE ESTOS LUGARES

Aprovechando nuestro regreso de Andalgalá á Chumbicha, al fin de la primera expedición, visitamos, si bien sólo de paso, los antiguos lugares arriba mencionados; así que estos breves apuntes fueron reunidos durante las pocas horas que allí demoramos. Con ellos confirmamos las observaciones hechas con anterioridad por el doctor Lafone Quevedo [1], que ampliarán nuestras informaciones gráficas.

La Ciudarcita. [2] — Las viejas construcciones, conocidas por el nombre La Ciudarcita, se encuentran como á un kilómetro al norte de la villa de Saujil, y al este del ancho valle ó primitivo lecho del río. Ya á primera vista, ofrecen estas construcciones un aspecto particular, razón por la cual no pensábamos considerarlas como edificios ó habitaciones propiamente dichas; hasta podrían caber dudas sobre su origen indígena.

Observamos mucha simetría en la disposición de todo este conjunto, que consta en su mayor parte de amplias pircas rectangulares, agrupadas en series paralelas, como para servir de patios, que tal vez encerraron viviendas que ya no existen. Pero es más probable, que se trate

[1] LAFONE QUEVEDO, *Las ruinas de Pajanco y Tuscamayo entre Siján y Pomán (Provincia de Catamarca)* en *Revista del Museo de La Plata*, tomo X, 1902, p. 257 con una lámina.

[2] Se llama « La Ciudarcita », probablemente de ciudadcita, en lenguaje local, y no Ciudacita, como se lee en nuestra lámina XXXII, y en la referencia que de este lugar hicimos en la página 125.

aquí, como dice Lafone Quevedo, de obras destinadas á antiguos cultivos, si bien las condiciones del suelo, en el interior de los cuadros son poco adecuadas para tal fin, á lo menos si las juzgamos por el estado actual en que se hallan.

El panorama lámina XXXII, muestra las principales construcciones de La Ciudarcita. Estas constan de varias series paralelas de pircas ó cercados rectangulares, orientados de norte á sur, y que están separados entre sí por espacios ó calles, como de tres á cinco metros de ancho. Las dimensiones de los recintos pircados son variables: generalmente miden unos 10 metros de ancho por 20 á 30 de largo, y los hay también de mayor extensión. Algunas veces se distinguen pasajes á través de las

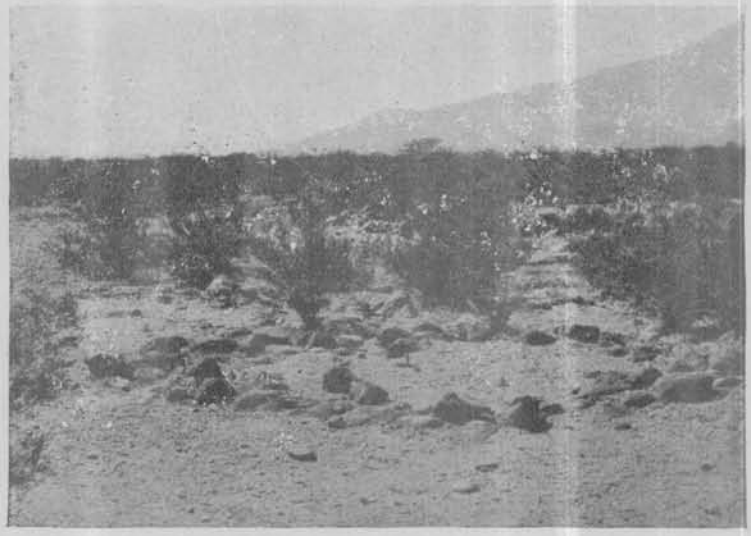


Fig. 155. — Círculos de piedras próximas á los cuadros

pircas, pero no hemos notado nada de particular que pudiese proporcionarnos alguna idea del fin á que se destinaron.

Todas las construcciones han sido levantadas con cantos rodados del río, de regular tamaño; las pircas más altas apenas miden un metro; por lo general, no alcanzan á medio metro ó sólo constan de unas pocas piedras superpuestas.

Junto á las series de cercos mencionadas, se encuentran también otros pircados aislados, de forma cuadrangular, y uno que otro círculo de piedras, puestas solamente á flor de tierra, como muestra la figura 155. Estos círculos son idénticos á otros ya mencionados de las poblaciones indígenas del valle de Santa María.

Pajanco y Tuscamayo. — Dichos lugares están situados al sur de Siján;

Pajanco á distancia de unos seis kilómetros, á mano izquierda del camino; y del otro lado, como dos kilómetros más al sudoeste se encuentra Tuscamayo. Es muy posible que las construcciones cerca de Pomán tuviesen también alguna relación con los tres restos de poblaciones referidas, y que esas puedan haberse extendido hasta los terrenos altos de Mutquín, de donde conseguimos unos pocos objetos que se citarán más adelante.

Entre las ruínas de Pajanco volvimos á encontrar esas conocidas series paralelas de piedras alineadas, semienterradas, que forman á veces pequeños rectángulos (lám. XXXIII, fig. 2). Las demás construcciones



Fig. 156. — Construcciones cuadrangulares en Pajanco

constan de simples cercados de pirca baja, en forma cuadrangular y más ó menos de unos tres por cuatro metros, término medio (fig. 156); la mayor parte de ellas se encuentran dispersadas con irregularidad; algunas están también agrupadas de dos á tres juntas, pero no hemos logrado descubrir otros detalles dignos de mención.

El mismo señor Estratón Gómez, propietario del campo, donde se encuentran las ruínas de Tuscamayo nos sirvió de baqueano, y tanto más se lo agradecemos, porque sin esa ayuda no hubiésemos acertado á dar con los vestigios de esas viejas construcciones. Ocupan éstas como un kilómetro por costado, es decir, más ó menos en extensión como las de La Ciudarcita de Saujil, á las cuales se parecen mucho, por la disposición de sus pircados, pero no así por su aspecto general.

Fuera de ciertas excepciones, las pircas son aquí muy bajas, semien-

terradas y así con pared sólo visible en el interior; se levantan perfectamente á plomo y construídas con suma prolijidad, como veremos por el detalle figura 157. Entre las piedras angulares, se advierten otras, también de cantos rodados, pero al parecer descantilladas con intención, para formar así una pared perfectamente pareja; con el mismo cuidado se han rellenado los vacíos con ripio y piedra menuda. La fotografía, lámina XXXIII, figura 1, representa una parte de estos cercados, que corren de norte á sur á distancias desiguales, separados unos de otros, por espacios que varian desde algunos, hasta veinte y más metros.

Del lado del norte de las mencionadas construcciones están los vestigios de una gran depresión ó estanque artificial para retener las aguas,

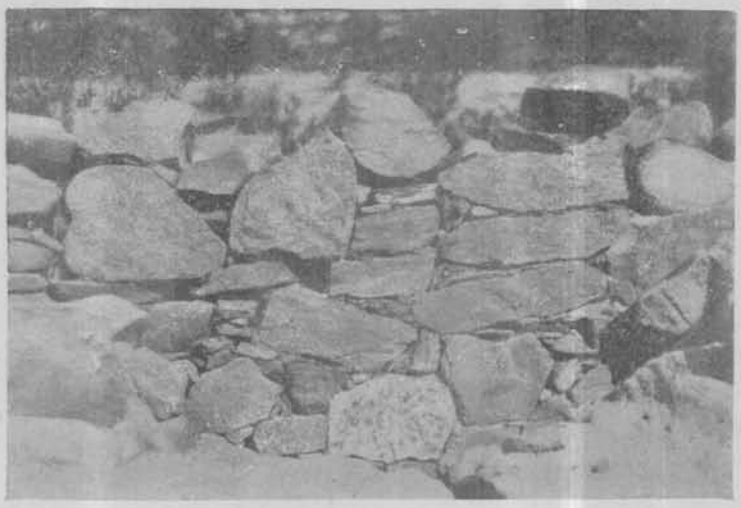


Fig. 157. — Detalle de pirca baja del lado interior; se advierte los cantos partidos intencionalmente

con sus bordes en partes levantados hasta dos metros. Parece que esta represa recibió sus aguas por un pequeño canal en comunicación con uno de los riachos que en otro tiempo bajaron desde la sierra del naciente y que en la actualidad ya no existen.

Más al sudoeste del estanque encontramos varios grupos de construcciones cuadrangulares, que por su aspecto, altura de las paredes y otros detalles, podríamos considerar como viviendas propiamente dichas. En esta parte, una muralla corre de naciente á poniente, y limita la población por el lado norte; dada su escasa altura y construcción bastante débil, no nos animamos á tomar esta muralla como obra de defensa.

Por último, tenemos que citar también unos círculos de piedra, que vimos al sudoeste de las supuestas habitaciones. Estos miden de uno á dos metros de diámetro; constan algunos de doble hilera de piedras,

puestas como de costumbre á flor de tierra (fig. 158). Según información de Gómez, quien dice haber extraído de ellos diversos objetos, es muy probable que se trata en el presente caso de verdaderos sepulcros. Llama la atención que el suelo se halla en estos sitios materialmente cubierto con fragmentos de alfarería.

Por estas breves observaciones sobre aquel conjunto y la condición del terreno, probablemente mejor irrigado en otro tiempo, podemos considerar á Tuscamayo como que fuera centro agrícola de cierta importancia. Nos remitimos así á la opinión del doctor Lafone Quevedo, también en cuanto á los demás lugares; atribuímos, pues, la mayor parte

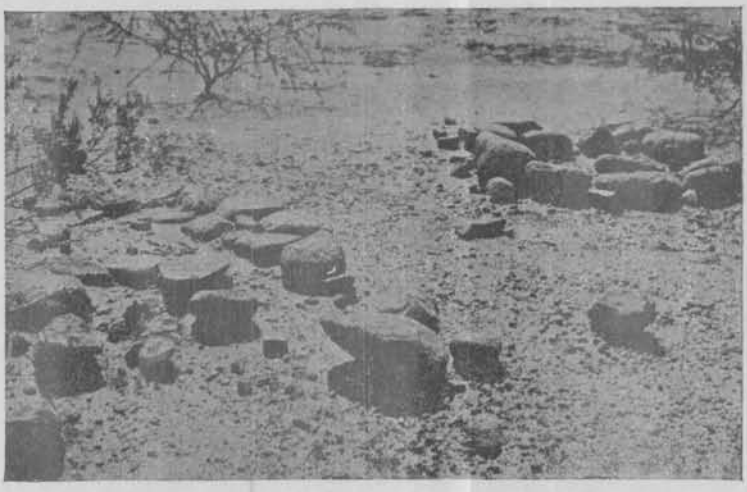


Fig. 158. — Pequeñas construcciones circulares, probablemente sepulcros en Tuscamayo

de estas construcciones á obras destinadas para cultivos, ó sean los llamados *andenes,* citados en capítulos anteriores, mientras que estudios más detenidos no nos prueben otra cosa.

§ II

MATERIAL ARQUEOLÓGICO

Las interesantes publicaciones del doctor Lafone Quevedo, incluyen también varios ejemplos de alfarerería de los lugares recién tratados, que demuestran la dispersión de objetos pertenecientes á un tipo bien caracterizado, como de la región andalgalense propiamente dicha. Naturalmente, hallamos aquí, como en todas partes, ciertos objetos espe-

ciales, acaso importados, y que fueron introducidos con anterioridad de algún otro punto [1].

Ídolo. — El único objeto, hallado casualmente entre un montículo de rodados, cerca de los cuadros de Saujil, es un pequeño ídolo, ó sea una de esas figuras humanas, tan comunes en toda la región (N° 229, Col. M. L. P.).

Tiene la cabeza más grande que el resto del cuerpo, de forma rectangular, chata y solamente convexa en la parte facial. Los ojos son dos sencillas impresiones oblicuas; otra impresion horizontal forma la boca, y las narices son dos pequeños agujeros. Los brazos son muy cortos; los pies algo más largos, se dirigen hacia adelante. Á cada lado del pecho hay tres rayitas horizontales grabadas. En la región auricular ó ángulos infralaterales de la cabeza existen las perforaciones de costumbre, que sirvieron para suspender al ídolo.

Fragmento de cántaro. — Por referencias de que el comisario en Mutquín había encontrado, poco antes, un hacha de bronce, nos costeamos desde



Fig. 159. — Fragmento de vaso ó cántaro del tipo draconiano. N° 235, Col. M. L. P. ($^1/_4$ del nat.)

Siján hasta dicha población. En efecto, era cierto, y este señor cedió el curioso objeto, junto con un fragmento de cántaro y algunas prendas de plata; estas últimas, por considerarlas de origen postcolombino y ser de procedencia dudosa, las excluiremos de la descripción.

[1] Nos referimos aquí, por ejemplo, al hacha ó cetro de cobre, que describimos á continuación; recordamos asimismo, el interesante pito de Tuscamayo, publicado por Lafone Quevedo (*Viaje arqueológico*, etc., 1906, página 109, lámina VIII).

El fragmento, figura 159, corresponde á uno de estos cántaros del tipo draconiano. Como casi todos los de esta clase, tenía forma subesférica, cuello corto y labio estrecho, dirigido hacia afuera. Las paredes son delgadas, bien alisadas; de pasta fina, y de su calidad y la cocción perfecta resultó el color bayo claro del vaso. Los dibujos son negros, completados en partes con rojo pardusco.

El cuello se adorna con líneas verticales y con triángulos alternados, rojos los de arriba y negros los de abajo.

Entre los trazos que ostenta el fragmento, se advierten los detalles característicos de las figuras convencionales de dragón, como los óvalos rojos y negros en el interior de su cuerpo y cola, y ciertos triángulos prolongados en espiral. Es también probable, que unos círculos concéntricos con ganchos, significan una representación convencional de manos ó pies, muy común en varias de estas figuras [1].



Fig. 160. — Hacha de bronce hallada en Mutquín N° 249. Col. M. L. P. ($^1/_2$ del nat.)

Hacha ó cetro de bronce. — Como el objeto precedente, el hacha ó cetro fué también encontrado en los alrededores de Mutquín; es una pieza de mérito. Consta de una lámina delgada, de dos milímetros en su mayor espesor, y con la ornamentación en relieve. La hoja ó parte anterior del hacha es completamente lisa, con el filo adelgazado y bien arqueado. El borde opuesto es más grueso, casi recto, y tiene las puntas fuertemente encorvadas.

Como se ve en nuestra fotografía, figura 160, del borde posterior se destacan en relieve las dos caras humanas, con los detalles característicos en muchísimos otros objetos de bronce conocidos, con procedencia de la región Calchaquí [2]. Entre las caras y el mango, hay tres pequeños rectángulos dispuestos en línea.

[1] Véase Lafone Quevedo, *Tipos de alfarería*, etc., 1905, figuras 39 y 46.

[2] Consúltese al respecto la monografía del doctor Ambrosetti, *El bronce en la región Calchaquí*, en *Anales del Museo Nacional de Buenos Aires*, serie 3ª, tomo IV, 1905, página 163 y siguientes.

El mango ostenta también dos caras: una bien pronunciada, en la misma punta, y otra, casi borrada, que viene á quedar entre las dos hojas. Esta cara está limitada por un rectángulo perfecto, de cuyos ángulos infralaterales se desprenden ganchos ó espirales.

El mango presenta tres figuras en forma de triángulos, erizados en sus hipotenusas y con espirales que nacen de los vértices. El mismo debió



Fig. 161. — Fragmentos de alfarería grabada y estriada de Tuscamayo (tam. nat.l)

haber sido más largo, porque está fracturado en su extremo; próxima á la quebradura, se nota en cada lado una pequeña incisión.

Por último, haremos constar, que el mismo ornamento se repite con toda exactitud en el reverso del hacha. Su peso total es de 330 gramos; medido entre las dos hojas tiene 20 centímetros de largo, y el mango 24 centímetros.

Fragmentos de alfarería. — Los muchos fragmentos desparramados sobre el suelo en Tuscamayo, pertenecen principalmente á dos clases de alfarería: unos, á vasos ordinarios, sin pintura, pero grabados ó estríados; otros, á un tipo superior, de grandes vasos ó cántaros decorados.

Por ciertos detalles de pintura, como los conocidos óvalos, á veces negros, rojos ó reticulados en su interior, podemos saber que allí abundaron los famosos cántaros del tipo draconiano ó de otro muy semejante, como ya lo hizo constar el doctor Lafone Quevedo [1].

El color predominante de estos vasos es amarillo impuro, bayo pardusco; el de los dibujos, negro, con rojo en algunas figuras. Hay también alfarería roja, pero no hemos encontrado nada que hiciera sospechar la presencia de los conocidos pucos rojos con decoración serpentiforme, ó de esas grandes urnas ó tinajas, tan comunes en los pueblos antiguos del valle de Santa María.

Los fragmentos (fig. 161) son de alfarería gris, más ó menos bayo ó rojizo, según la pasta y su cocción. Pertenecían á recipientes de paredes delgadas, provistas casi siempre de un reborde ó especie de labio; por lo general, toda la superficie externa estaba groseramente estriada con líneas paralelas y onduladas.

[1] *Ruinas de Tajanco*, etc., página 263, 1902.



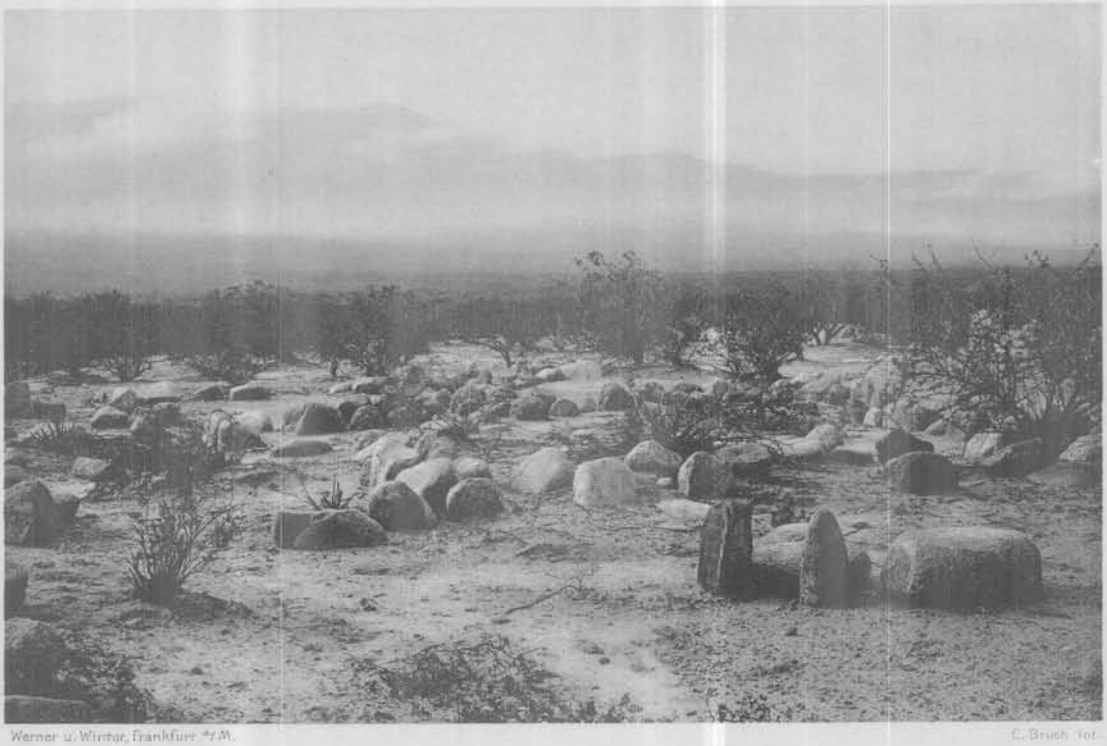
C. Bruch fot.

Werner u. Winter, Frankfurt a. M.

»La Ciudacita« en los alrededores de Saujil (Provincia de Catamarca)

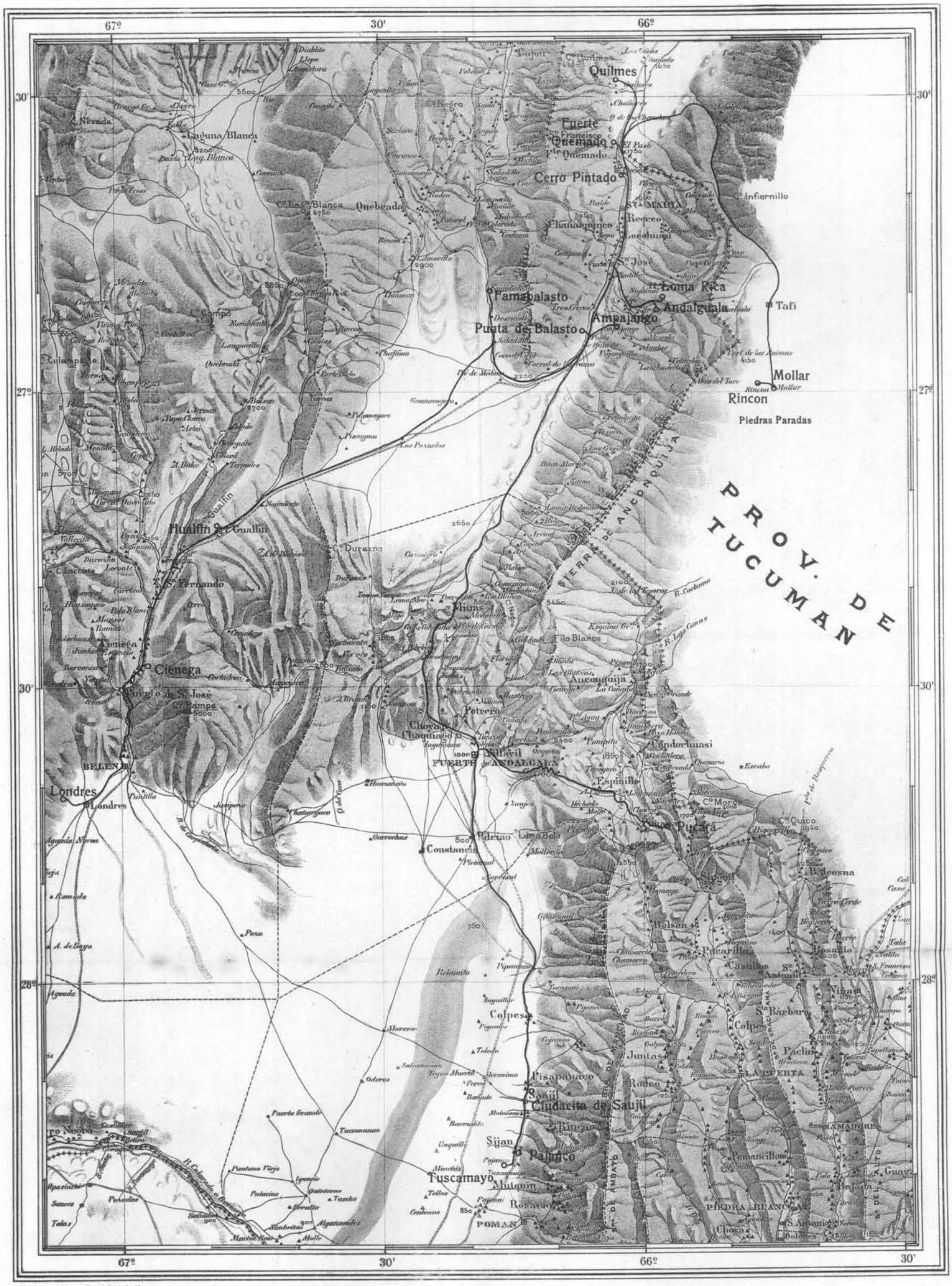


Fig. 1 **Vestigios de construcciones en Tuscamayo** (Prov. de Catamarca)



Werner u. Winter, Frankfurt a/M. C. Bruch fot.

Fig. 2 **Vestigios de construcciones en Pajanco** (Prov. de Catamarca)


67º
30'
66º
Quilmes
Fuerte Quemado
Cerro Pintado
Infiernillo
Recreo
Loma Rica
Andalgualá
Tafi
Ampajango
Punta de Balasto
Famabalasto
Mollar
Rincon
Piedras Paradas
PROV. DE TUCUMAN
SIERRA DE ANCONQUIJA
Ancanquija
Laguna Blanca
Nevada
Cº Las Blancas
Quebrada
Cº Campo
Cº Durazno
Hualfin
S. Fernando
Cienega
Cº Lacosta
Cº Rampa
Londres
BELEN
Villavil
FUERTE de ANDALGALA
Potrero
Chuya
Chaquivil
Condorhuasi
Espinillo
Cº Morro
Cº Quico
Pucará
Bideosna
Rolson
Pucarillas
Casillas
Sta Barbara
Colpes
Juntas
Paclin
LA PUERTA
Rodeo
Saujil
Ciudacita de Saujil
Pisapaluco
Bingan
Sijan
Pajanco
Tuscamayo
Mutquin
Rosario
POMAN
Pomancillos
AMADORES
PIEDRA BLANCA
S. Antonio
Choya
Guayamba
Cº Negro
Cº Durazno
Cº Lacosta
Cº Campo
Cº Las Blancas
Cº Negro
Cº Quico
Cº Morro
Cº Durazno
Cº Negro

CONCLUSIONES

Terminado este estudio, que por su índole representa ya un compendio de mis observaciones, agregaré aún estas breves conclusiones, deducidas de los principales hechos, tratados en los capítulos respectivos.

Ante todo, debo de advertir, que la agrupación de los capítulos tiene solamente un valor relativo, por coincidir con los límites políticos actuales, pues, se trata más ó menos de una misma comarca arqueológicamente considerada.

Puede considerarse á la antigua población de Tafí, como importante centro agrícola. Entre sus construcciones, destinadas á los cultivos, no hay nada parecido á viviendas ó habitaciones; tal vez á ese objeto usábase maderamen y ramaje, que ya no subsiste.

Son característicos de esta localidad los curiosos monolitos ó menhires, si bien algunos hay también en las viejas poblaciones del valle de Yocavil ó Santa María. Posiblemente estuvieron en relación con esas obras agrícolas, odedeciendo tal vez, á ciertos ritos ó ceremonias, para nosotros desconocidas.

Con el reducido número de alfarerías de Tafí, no sería prudente establecer tipos determinados de industria local; es posible, que muchos de estos objetos fueron introducidos de los grandes centros vecinos, cuya influencia, aun en caso contrario, queda siempre evidenciada.

Todas las viejas poblaciones, ubicadas en el valle de Santa María, pertenecían sin duda, á una misma región, perfectamente definida, por su carácter étnico, sus construcciones, y sobre todo, por los tipos de su alfarería. Hállanse comprendidos en esa región, entre nosotros conocida como « Calchaquí », los viejos centros de Quilmes, Fuerte Quemado, Cerro Pintado, Loma Rica, Ampajango y Andaguala; también comprende á Punta de Balasto y tal vez á Famabalasto, y otros pueblos trás de la sierra de Quilmes.

En cuanto á las construcciones de estos pueblos, se observa bastante parecido entre ellas, distinguiéndose casi siempre tres tipos: unas, las viviendas ó verdaderas habitaciones; otras, destinadas á la defensa, y las terceras á los cultivos agrícolas. Las primeras se encuentran tanto en terreno llano, como sobre los mismos cerros, estando, generalmente en esta parte, en combinación con las construcciones, que sirvieron de defensa. Estas constan á veces de simples parapetos ó murallas, más ó menos continuas, con sus correspondientes reductos ó torres, como en Quilmes y en Fuerte Quemado, pero sobre todo, en Punta de Balasto, donde constituyen una verdadera fortaleza de mucha importancia estratégica. Los trabajos agrícolas comprenden tambien á los llamados *andenes*, substituídos en Famabalasto por curiosas terrazas sobre las faldas del cerro; pudiera ser que ciertos círculos de piedras semienterradas, conocidos de otros lugares, hayan servido también para ese fin.

Por lo general, hay cierta relación entre antiguas construcciones y demás restos arqueológicos de esta región; sin embargo, no parece que exista sincronismo entre los petroglifos de Ampajango y Andaguala, y sus ruínas y alfarería. Quizá estos petroglifos correspondan á una civilización muy distinta, y á una época más reciente; su significado es por ahora un enigma.

En cuanto al material de alfarería, nada hay más característico para esta región, que los pucos decorados juntamente con las grandes urnas ó tinajas antropomorfas, tan abundantes en todo el valle de Santa María. Naturalmente se agregan á estas una serie de objetos no menos interesantes; en cambio, otros, pueden corresponder muy bien á una industria local, quizá de épocas ó tribus diferentes, como es posible en los hallazgos que proceden del enterratorio de Molino del Puesto. Por último, hay también objetos probablemente introducidos de otras regiones ó países.

La antigua población de Hualfín ofrece cierto aspecto local; lo debe por una parte, al ambiente ó medio físico de la región, y á sus propias construcciones, algo distintas de las que hemos visto en los pueblos arriba mencionados; por otra, á la forma de los sepulcros, á las grandes bóvedas sobre todo, y á los tipos de alfarería bastante característicos de esta localidad.

Los pocos objetos y datos, obtenidos de La Ciénaga, Andalgalá, Ciudarcita y lugares circunvecinos, confirman, en sus rasgos más típicos, el carácter de otra gran región étnica á que pertenecían dichos pueblos. Su alfarería, del llamado *tipo de Andalgalá*, comprende vasos negros, grabados, y policromos con figuras draconianas, que no se encuentran

en el valle de Yocavil, y viceversa lo mismo sucede con las grandes tinajas antropomorfas.

Por los restos de construcciones se deduce que constituían estos pueblos otros tantos centros agrícolas, favorecidos por su posición geográfica y por mejores condiciones climatéricas que las de hoy día; causas, por las cuales, más tarde surgieron los pueblos actuales, que pueden haber modificado ó borrado la primitiva edificación. Me refiero aquí á los curiosos pircados de La Ciudarcita, cuya disposición simétrica no es la más usual en las construcciones indígenas.

En cuanto al antiguo Londres de Quinmivil y al Fuerte de Pucará, se podría considerarles, al menos en parte, como poblaciones de origen postcolombiano, tanto más si se tiene en cuenta ciertos antecedentes relacionados con la fundación de varios pueblos coloniales en aquellas localidades. Se advierte ya en Londres un carácter distinto de las construcciones, pero no tan especial, como en el Pucará de Aconquija, donde forman ellas un gran fuerte, de alto mérito estratégico.

Para dilucidar el origen de este Pucará, creo necesarias investigaciones más detenidas, principalmente en lo que se refiere á la alfarería; investigaciones que deberían llevarse á cabo cuanto antes, si no se quiere ver borradas las ruínas de ese pueblo por el efecto destructor de los años y de los actuales habitantes.

AUTORES CONSULTADOS

Ambrosetti, Juan B., *Descripción de algunas alfarerías calchaquíes depositadas en el Museo provincial de Entre Ríos. Revista del Museo de La Plata*, t. III, p. 65, etc. La Plata, 1892.

— *Las grutas pintadas y los petroglifos de la provincia de Salta. Boletín del Instituto geográfico argentino*, t. XVI, p. 311, etc. Buenos Aires, 1895.

— *Los monumentos megalíticos del valle de Tafí (Tucumán). Boletín del Instituto geográfico argentino*, t. XVIII, p. 105, etc. Buenos Aires, 1897.

— *La antigua ciudad de Quilmes (valle Calchaquí). Boletín del Instituto geográfico argentino*, t. XVIII, p. 33, etc. Buenos Aires, 1897.

— *Arqueología argentina. Los pucos pintados de rojo sobre blanco del valle de Yocavil. Anales del Museo nacional de Buenos Aires*, t. IX, serie 3ª, t. II, p. 357, etc. Buenos Aires, 1903.

— *El bronce en la región Calchaquí. Anales del Museo nacional de Buenos Aires*, t. XI, serie 3ª, t. IV, p. 163, etc. Buenos Aires, 1905.

— *Exploraciones arqueológicas en la Pampa Grande (provincia de Salta). Revista de la Universidad de Buenos Aires*, t. V. Buenos Aires, 1906.

— *Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya (valle Calchaquí, provincia de Salta). Revista de la Universidad de Buenos Aires*, t. VIII. Buenos Aires, 1907.

Ameghino, Florentino, *La antigüedad del hombre en el Plata*. París y Buenos Aires, 1880-1881.

Boman, Eric, *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du désert d'Atacama*. París, 1908.

Bruch, Carlos, *La piedra pintada del arroyo Vaca Mala y las esculturas de la cueva de Junín de los Andes. Revista del Museo de La Plata*, t. X, p. 173, etc. La Plata, 1902.

— *Descripción de algunos sepulcros calchaquíes (resultado de las excavaciones efectuadas en Hualfín). Revista del Museo de La Plata*, t. XI, p. 11, etc. La Plata, 1902.

— *La piedra pintada del Manzanito (territorio del Río Negro). Revista del Museo de La Plata*, t. XI, p. 71, etc. La Plata, 1904.

Debenedetti, Salvador, *Exploración arqueológica en los cementerios prehistóricos de la isla de Tilcara. Revista de la Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1910.

Furque, Hilarión, *Las ruinas de Londres de Quinmivil (Catamarca). Anales de la Sociedad científica argentina*, t. L, p. 166, etc. Buenos Aires, 1900.

Lafone Quevedo, Samuel A., *Londres y Catamarca*. Buenos Aires, 1888.

LAFONE QUEVEDO, SAMUEL A., *Las ruínas de Pajanco y Tuscamayo entre Siján y Pomán (provincia de Catamarca). Revista del Museo de La Plata*, t. X, p. 257, etc. La Plata, 1902.

— *Viaje á los menhires é intihuatana de Tafí y Santa María, en octubre de 1898. Revista del Museo de La Plata*, t. XI, p. 123, etc. La Plata, 1904.

— *Viaje arqueológico en la región de Andalgalá en 1902-1903. Revista del Museo de La Plata*, t. XII, p. 73, etc. La Plata, 1906.

— *Tipos de alfarería en la región Diaguito-Calchaquí. Revista del Museo de La Plata*, t. XV, 2ª serie, t. II, p. 295, etc. Buenos Aires, 1908.

LANGE, GUNARDO, *Las ruínas de la fortaleza de Pucará. Anales del Museo de La Plata*, sección de arqueología, III. La Plata, 1892.

LIBERANI, J., y HERNÁNDEZ, R., *Exploración en Loma Rica en 1877*. Album de fotografías tomadas de dibujos. Tucumán, 1877.

MORENO, FRANCISCO P., *Exploración arqueológica de la provincia de Catamarca. Revista del Museo de La Plata*, t. I, p. 199, etc. La Plata, 1890-1891.

OUTES, FÉLIX F., *Alfarería del noroeste argentino. Anales del Museo de La Plata*, t. I, 2ª serie. Buenos Aires, 1909.

— *Los tiempos prehistóricos y protohistóricos en la provincia de Córdoba. Revista del Museo de La Plata*, t. XII, 2ª serie, t. IV, p. 261, etc. Buenos Aires, 1910-1911.

OUTES, FÉLIX F. y BRUCH, CARLOS, *Las viejas razas argentinas*. Cuadros murales con texto explicativo. Buenos Aires, 1910. Ángel Estrada y Cª, editores.

— *Los aborígenes de la República Argentina*. Manual adaptado á los programas de las escuelas primarias, colegios nacionales y escuelas normales. Buenos Aires, 1910. Ángel Estrada y Cª, editores.

QUIROGA, ADÁN, *Ruínas calchaquíes. Fuerte Quemado. Anales de la Sociedad científica argentina*, t. LII, p. 235, etc. Buenos Aires, 1901.

STELZNER, ALFRED, *Beiträge zur Geologie und Palaeontologie der argentinischen Republik*. Cassel und Berlin, 1885.

TEN KATE, HERMAN F. C., *Rapport sommaire sur une excursion archéologique dans les provinces de Catamarca, de Tucumán et de Salta. Revista del Museo de La Plata*, t. V, p. 331, etc. La Plata, 1893.

— *Anthropologie des anciens habitants de la région Calchaqui (Rép. Argentine). Anales del Museo de La Plata* (sección antropológica), I. La Plata, 1896.

ÍNDICE DE LÁMINAS

Lámina I. — Quebrada de Monteros (provincia de Tucumán) 1
Lámina II. — Fig. 1. Piedras dispuestas en líneas en el campo del Mollar (Tafí, provincia de Tucumán); Fig. 2. Piedras dispuestas en círculos en el campo del Mollar (Tafí) 18
Lámina III. — Fig. 1. Piedras paradas aisladas en el campo del Mollar (Tafí, provincia de Tucumán); Fig. 2. Una de las piedras paradas esculpidas del campo del Mollar (Tafí) en su posición actual (piedra A del plano respectivo). 18
Lámina IV. — Las piedras paradas del campo del Mollar (Tafí, provincia de Tucumán). — Fig. 1. Piedra B del plano respectivo; Fig. 2. Piedra Z del plano respectivo; Fig. 3. Piedra W del plano respectivo; Fig. 4. Piedra 1 del plano respectivo 18
Lámina V. — Vista parcial de Quilmes (provincia de Tucumán) 40
Lámina VI. — Fig. 1. Ruínas en la falda sur del cerro de Quilmes (provincia de Tucumán); Fig. 2. Aspecto del pueblo antiguo de Quilmes en su parte baja 40
Lámina VII. — Paredones de los caseríos al pie del cerro de Quilmes (provincia de Tucumán) 40
Lámina VIII. — Vista del valle de Santa María y de la actual población del Fuerte Quemado (provincia de Catamarca) 100
Lámina IX. — Fig. 1. Cumbre del cerro del Fuerte Quemado, vista hacia el nordeste; Fig. 2. Construcciones antiguas en la cumbre del cerro del Fuerte Quemado (provincia de Catamarca) 100
Lámina X. — Sepulturas al pie del cerro del Fuerte Quemado (provincia de Catamarca) 100
Lámina XI. — Fig. 1. Vista del cerro Pintado de las Mojarras (provincia de Catamarca); Fig. 2. Caserío en la cumbre del cerro Pintado de las Mojarras. 112
Lámina XII. — Construcciones antiguas en la parte este de la cumbre del cerro Pintado de las Mojarras (provincia de Catamarca) 112
Lámina XIII. — Fig. 1. Vista general de la Loma Rica (provincia de Catamarca); Fig. 2. Ampajango desde el valle de Santa María (provincia de Catamarca) 122
Lámina XIV. — Petroglifos (provincia de Catamarca). Fig. 1. Piedra sobre la cuesta del Vallecito; Fig. 2. Piedra en las proximidades de Ampajango; Fig. 3. Piedra en las proximidades de Andaguala; Fig. 4. Lado opuesto de la piedra de la figura 3; Fig. 5. Piedra al sur de Andaguala 122

Lámina XV. — Petroglifos (provincia de Catamarca) 122
Lámina XVI. — Vista del valle de Santa María en las proximidades de Punta de Balasto (provincia de Catamarca)..... 134
Lámina XVII. — Construcciones paralelas en la parte sudoeste del cerro de Punta de Balasto (provincia de Catamarca)..... 134
Lámina XVIII. — Construcciones en la parte oeste de la cumbre del cerro de Punta de Balasto (provincia de Catamarca) 134
Lámina XIX. — Fig. 1. Vestigios de construcciones en el valle al sur del cerro de Punta de Balasto; Fig. 2. Aspecto general de la región ocupada por el pueblo antiguo del mismo valle..... 134
Lámina XX. — Vista general del cerro de Famabalasto (provincia de Catamarca)..... 142
Lámina XXI. — Fig. 1. Construcciones en las laderas del cerro de Famabalasto (provincia de Catamarca); Fig. 2. Construcciones en las laderas del cerro de Famabalasto..... 142
Lámina XXII. — Vista parcial de las construcciones existentes sobre las terrazas fluviales al nordeste de Hualfín (provincia de Catamarca)..... 154
Lámina XXIII. — Restos de caseríos en una de las terrazas al nordeste de Hualfín (provincia de Catamarca)..... 154
Lámina XXIV. — Fig. 1. Sepultura intacta en las proximidades de Hualfín (provincia de Catamarca); Fig. 2. Sepultura abierta lateralmente (Hualfín). 154
Lámina XXV. — Construcción rectangular en las cercanías de La Ciénaga (provincia de Catamarca)..... 162
Lámina XXVI. — Aspecto de la región ocupada por el pueblo antiguo de Londres (provincia de Catamarca)..... 168
Lámina XXVII. — Fig. 1. Aspecto del caserío del antiguo pueblo de Londres (provincia de Catamarca); Fig. 2. Aspecto del caserío del antiguo pueblo de Londres (provincia de Catamarca)..... 168
Lámina XXVIII. — Alrededores de Huasán (provincia de Catamarca)..... 174
Lámina XXIX. — Ruinas en los cerros del Pucará (provincia de Catamarca. Fig. 1. Casa cercada en la parte norte del Pucará; Fig. 2. Parte sur de los caseríos, vista hacia el este 186
Lámina XXX. — Grupo de casas en el interior del recinto fortificado del Pucará (provincia de Catamarca)..... 186
Lámina XXXI. — Construcciones antiguas en el Pucará (provincia de Catamarca). — Fig. 1. Pasaje á través de una muralla; Fig. 2. Entrada protegida por murallas laterales provistas de troneras; Fig. 3. Muralla provista de troneras, vista de afuera; Fig. 4. Casa en el interior del recinto fortificado.. 186
Lámina XXXII. — La Ciudarcita en los alrededores de Saujil (provincia de Catamarca)..... 196
Lámina XXXIII. — Fig. 1. Vestigios de construcciones en Tuscamayo (provincia de Catamarca); Fig. 2. Vestigios de construcciones en Pajanco (provincia de Catamarca)..... 196
Lámina XXXIV. — Mapa parcial de la provincia de Catamarca, comprendiendo la región explorada..... 196

ÍNDICE DE MATERIAS

Introducción III

PRIMERA PARTE

ARQUEOLOGÍA DE LA PROVINCIA DE TUCUMÁN

CAPÍTULO I

TAFÍ

§ I. Situación y aspecto general 1
§ II. Construcciones antiguas 2
§ III. Menhires del valle de Tafí 4
Las piedras del Mollar 4
Gran menhir esculpido 5
Grupo de piedras al este del río 7
Grupo de piedras al oeste del río 8
La piedra esculpida del Rincón 10
El menhir esculpido del río Blanco 11
Algunos datos sobre otros menhires 12
§ IV. Material arqueológico 13
Objeto de piedra perforado 13
Hacha de piedra 14
Mortero de piedra 15
Vaso de figura zoomorfa 15
Escudilla ó « puco » decorado 16
Vaso ó « yuro » 17
Urna con ornamentación antropomorfa 17

CAPÍTULO II

QUILMES

§ I. Situación y aspecto general 19
§ II. Construcciones antiguas 21
El pueblo bajo 21

La fortaleza 23
Represa para el embalse de aguas 24
Morteros 25
Petroglifo 27
§ III. Material arqueológico 28
Escudillas ó pucos 29
Tazas 30
Vaso zoomorfo 31
Jarros 32
Vasos ornitomorfos 32
Pequeña urna de tipo excepcional 34
Urnas ó tinajas con ornamentación antropomorfa 35

SEGUNDA PARTE

ARQUEOLOGÍA DE LA PROVINCIA DE CATAMARCA

CAPÍTULO I

FUERTE QUEMADO

§ I. Situación y aspecto general 41
§ II. Construcciones antiguas 42
Ruínas en el llano del valle 42
— en la región montañosa 45
Construcciones sobre el cerro 46
§ III. Cementerios y sepulcros 49
§ IV. Material arqueológico 52
Escudillas ó « pucos » 52
Pucos negros 52
(Pequeño vaso de triple cintura) 54
Pucos rojos sin decoración 55
Pucos decorados 55
Pucos con decoración serpentiforme 60
Primera división 61
Segunda división 62
Puco con decoración ornitomorfa 66
Pucos de fondo claro con dibujos negros 67
Pucos de fondo blanco con dibujos rojos 73
Escudilla ó plato con asa 74
Puco cestiforme 76
Vasos antropo y zoomorfos 76
Vasos de tipos diversos sin decoración 77
Vasos irregulares 80
Ollitas con pies 82
Ollas pequeñas de fondo rojo 82
Vasos ó yuros 83
Ollas y urnas decoradas 86

Urnas ú ollas toscas 87
Urnas diversas 88
Fragmento de urna 91
Urnas ó tinajas diversas 92
Urnas ó tinajas con ornamentación antropomorfa 93
Objetos diversos 97

CAPÍTULO II

CERRO PINTADO DE LAS MOJARRAS

§ I. Situación y aspecto general 101
§ II. Construcciones antiguas 102
Construcciones en la cima del cerro 103
§ III. Cementerios 105
§ IV. Material arqueológico 106
Pucos de fondo rojo 107
Escudillas de fondo amarillento claro 109
Ollas 110
Urna funeraria 111

CAPÍTULO III

LOMA RICA, ANDAGUALA Y AMPAJANGO

§ I. Situación y aspecto general 113
§ II. Construcciones antiguas 114
Loma Rica 114
§ III. Petroglifos 116

CAPÍTULO IV

PUNTA DE BALASTO

§ I. Situación y aspecto general 123
§ II. Construcciones antiguas 124
Construcciones en el llano del valle 124
La fortaleza 127

CAPÍTULO V

FAMABALASTO

§ I. Situación y aspecto general 135
§ II. Construcciones antiguas 138
Las ruínas de Famabalasto 138

§ III. Material arqueológico..... 140
Morteros..... 140
Fragmento de urna antropomorfa..... 142

CAPÍTULO VI

HUALFÍN

§ I. Situación y aspecto general..... 143
§ II. Construcciones antiguas..... 144
§ III. Sepulcros..... 148
§ IV. Material arqueológico..... 151
Puco tosco decorado..... 151
Urnas rojas con ornamentación negra..... 152

CAPÍTULO VII

LA CIÉNAGA

§ I. Situación y aspecto general..... 156
§ II. Construcciones antiguas..... 157
§ III. Sepulcros y material arqueológico..... 159
Hacha de piedra..... 160
Vasos de alfarería gris grabada..... 160
Pequeña olla roja con dibujos..... 163

CAPÍTULO VIII

LONDRES DE QUINMIVIL

§ I. Situación y aspecto general..... 164
§ II. Construcciones antiguas..... 165
(Fragmento de urna ó cántaro encontrado entre las ruínas de Londres). 168

CAPÍTULO IX

ANDALGALÁ

Material arqueológico..... 170
(Puco de color bayo con decoración negra y roja)..... 171
(Vaso gris con ornamentación en relieve y grabada)..... 171
(Pequeño vaso gris grabado)..... 172
(Fragmento de cántaro con ornamentación draconiana)..... 173
(Fragmento de un vaso antropomorfo modelado y grabado)..... 173
(Cabeza zoomorfa)..... 173

CAPÍTULO X

PUCARÁ DEL ACONQUIJA

§ I. Situación y aspecto general 175
§ II. Construcciones antiguas 179
Murallas de defensa 179
Edificios para viviendas 181
— construcciones del grupo A 181
— — del grupo B 183
— — del grupo C 184
(Objetos de alfarería) 186

CAPÍTULO XI

LA « CIUDARCITA », PAJANCO Y TUSCAMAYO

§ I. Breves apuntes sobre estos lugares 188
La « Ciudarcita » 188
Pajanco y Tuscamayo 189
§ II. Material arqueológico 192
Ídolo 193
Fragmento de cántaro 193
Hacha ó cetro de bronce 194
Fragmentos de alfarería 196

Conclusiones 197
Autores consultados 201
Índice de láminas 203
— de materias 205